SAMANTA ESPERÓN

NIEBLA DE OTOÑO

ERA DE MAGOS
PARTE II

Samanta Esperón

Era de Magos
Parte II
Niebla de Otoño

A mi hija y a mi madre, por las eternas horas en las que les he hablado sobre mis dilemas con la trama de Niebla de otoño.
A todos quienes han trabajado y ayudado a que este ejemplar llegue a ustedes, lectores.
A todas las personas maravillosas que me he cruzado en el camino, desde la publicación de Bautismo de Acero.
A Keny Alcántara por su absoluta confianza en mis letras.
A mis lectores beta: Emmanuel Lloret, Gaba Arciniegas, Natalia Fernández, Daniel Cordón Contreras y Martín Cuesta por su invaluable aporte para mejorar esta historia. ¡Infinitas gracias!
A Claudio Dominguez por las extensas conversaciones.
A Irus de la Santa Cruz por su incondicional apoyo y por llenarme de luz cada vez que la niebla de otoño caía sobre mí.
A mi padre, que ascendió a uno de todos los cielos mientras escribía los últimos capítulos de NdO. Por su apoyo y sus palabras de aliento.

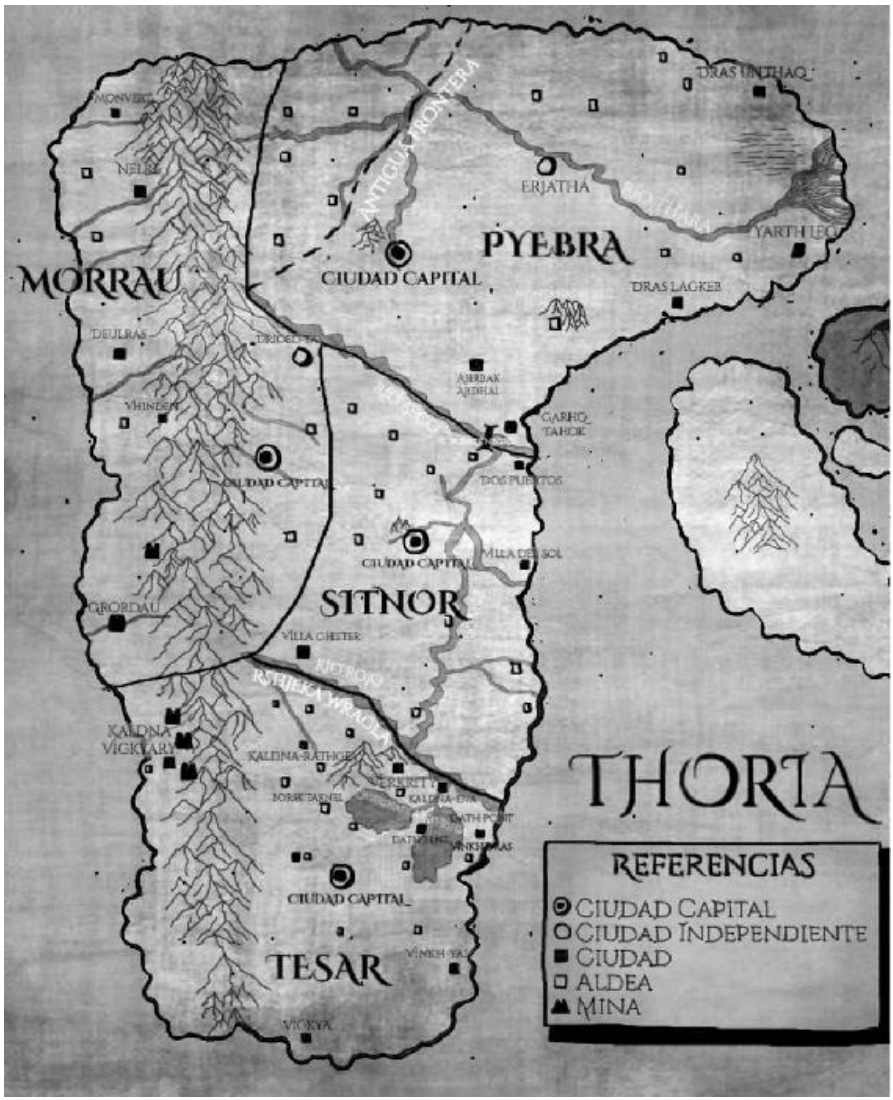
Samanta Esperón
Era de Magos, parte II. Niebla de Otoño.

1° edición, 21 de marzo de 2021
ISBN: 9798723507548

Título original: Era de Magos, Parte II, Niebla de Otoño
©2021 Samanta Esperón

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN: 9798723507548


THORIA
REFERENCIAS
CIUDAD CAPITAL
CIUDAD INDEPENDIENTE
CIUDAD
ALDEA
MINA
PYEBRA
MORRAU
SITNOR
TESAR
CIUDAD CAPITAL
CIUDAD CAPITAL
CIUDAD CAPITAL
CIUDAD CAPITAL
ANTIGUA FRONTERA
ERJATHA
DRAS UNTHAQ
YARTH LEO
DRAS LAGKER
MONVERT
NELIE
DEULRAS
VHINDEN
ORORDAU
AHRBAK ARDHAL
GARHO TAHOR
DOS PUEBLOS
MILA DEL SOL
VILLA CHESTER
VICTORIA
KALDNA VICKYARI
KALDNA-RATHGE
ERKRET
KALDNA-ENA
BATH POINT
DATHARG
UNKHARAS
VINCH-YA
VICKYA

PRÓLOGO

Páginas 965 a la 973 del libro de texto "Historia Universal"
Autores varios
Programa de educación básica de la
Gobernación de Sitnor.

"La Última Gran Guerra se extendió desde el año 3694 hasta el año 3733. Incontables personas perdieron la vida y los daños materiales, aún a doscientos años de finalizado el conflicto (mientras se escribe este ejemplar), siguen sin haber sido recuperados en su totalidad. Grandes extensiones de tierras completamente fértiles fueron arrasadas por las terribles llamas de los fuegos mágicos, llegando a convertirlos en largas hectáreas de cenizas y, en ellas, aún no ha vuelto a crecer ninguna hierba, por nombrar solo uno de los peores daños ocasionados.

El conflicto inició cuando "La Orden de los Hijos del Águila" asesinó al último rey de la antiquísima dinastía erjathaína, el rey Mesut Tabarhdiz, segundo de su nombre. En ese momento, la Orden tomó el control de sus ejércitos de soldados y magos, sin poner un nuevo soberano. Su líder, del que nunca se supo su nombre ni se vio su rostro, fue el encargado de comandar ambas fuerzas o de asesinar a quienes se opusieran a sus órdenes. Cientos de magos honrosos escaparon hacia Sitnor, pero muchos más de ellos cayeron víctimas del acero.

El objetivo principal de la Última Gran Guerra era tomar el control del Consejo General de Magos de Thoria que, en esos momentos, estaba radicado en Tesar, al poseer la mayor cantidad de magos del continente y, también, al ser los tesarianos los más poderosos y longevos.

Morrau, en un principio y por medio de engaños, cedió el mando de ambos ejércitos, soldados y magos, a Pyebra. Sitnor recibió una propuesta de Pyebra para formar parte de su alianza, pero este se alió a Tesar ni bien Pyebra envió su declaración de guerra al frío país del sur.

A pesar de su rechazo, Sitnor fue ignorada por completo y comenzaron los intentos de invasión a Tesar a través de la cordillera Selgo. Numerosas vidas se llevaron los magos tesarianos, hasta que los aliados del norte se retiraron para reagruparse y planificar su próximo paso.

Sitnor cerró todos los pasos fronterizos a excepción de los que llevaban a Tesar, pero no pasó mucho hasta que fueron el blanco de los magos del norte, que ingresaron a los túneles de Morrau para lograr su objetivo, sin contar que los magos sureños llenaron de encantamientos los túneles que llegaban a Sitnor, por lo que no pudieron continuar con la invasión por el oeste. Cuando los norteños vieron sus planes fracasados, Tesar y Sitnor tomaron las riendas del conflicto y marcharon por los túneles hacia Morrau. Como resultado, ciudades y aldeas enteras fueron arrasadas y los cuatro países fueron responsables de la destrucción, sea por ataque o por defensa.

Numerosas atrocidades se cometieron en esta cruel contienda, entre ellas la creación de Indignos a gran escala, algo nunca antes visto. Miles de niños y jóvenes fueron arrancados de sus hogares y llevados a Vhinden[1], Morrau, donde el señor Laurent Monvant, el infame mago y Supremo Sacerdote del Gran Templo de la diosa Zarba, se encargaba él mismo de hacer lo necesario para convertirlos. A partir de la firma de la "Ley de Protección contra la Magia", los templos de los dioses Suin y Zarba fueron destruidos en todo Thoria, quedando absolutamente prohibido el culto a los dioses de los muertos.

Apenas cinco años después de la firma de la alianza Morrau - Pyebra, los "Hijos del Águila" acabaron con la dinastía Edouard, siendo Camille su última reina. Morrau renunció a su alianza en el año 3702, pero sus soldados y magos estaban atados a Pyebra por un juramento mágico de obediencia que les impedía abandonar la alianza y, también, quitarse la vida para no traicionar a su país.

Nunca antes se había dado una guerra con tal nivel de destrucción. Morrau Ciudad Capital fue arrasada por completo. Miles de años de historia quedaron enterrados bajo los escombros y las cenizas de sus bibliotecas y castillos. Lo que se sabe de su historia es gracias a los archivos de Sitnor y de Tesar y, en base a eso, pudo reconstruirse parte de su pasado, aunque no su totalidad. Los retratos de los reyes que custodian la entrada al Castillo Blanco, actual residencia de los soberanos, fueron el último obsequio de los magos tesarianos antes de su forzado exilio.

Cientos de monumentos, catedrales, templos, aldeas y castillos a lo largo del continente fueron arrasados por los magos pyebranos y morroínos hasta que, en el año 3733 los ejércitos de Pyebra se rindieron definitivamente a las fuerzas aliadas de Tesar y Sitnor, pidiendo como

única condición para rendirse, que le sea entregada la porción de tierra ahora conocida como "Tierras anexas", en el oeste del país. Morrau aceptó la condición, ya que quería separarse de Pyebra lo más posible, dejando que la cordillera Selgo sea su límite natural. Sitnor cedió parte de su territorio a Morrau, donde se fundó la nueva Ciudad Capital en el año 3734, meses después de haber finalizado la guerra con la firma de la "Ley de Protección".

Los aspectos más sobresalientes de la "Ley de Protección contra la Magia", y que más han afectado a la población de Thoria, son:

** La obligación de todo ciudadano de reportar para su ejecución inmediata a cualquier persona que sea vista usando la magia, ya sea su uso por voluntad propia o por voluntad de su Astro.*

** Prohibición al culto de los dioses Suin y Zarba. Destrucción de sus templos, manuscritos, anillos mágicos, brazaletes, tiaras y todo objeto requerido por los dioses para cumplir sus rituales.*

** Restricción de circulación de todo libro, tratado o manual que enseñe el uso de la magia. Solo monjes y estudiosos podrán acceder a ellos, bajo estrictos controles.*

** Prohibición de enseñar en las escuelas sobre la historia de los magos, sus nombres, sus poderes y los usos que la magia pueda tener.*

** Prohibición de la circulación de relatos, cuentos y pinturas de los magos para uso o aprendizaje de menores de edad[2], sin contar con la supervisión y aprobación de un adulto competente e instruido.*

** La inclusión del Tratado de Magia que todos los magos firmaron para mantener la paz, sin saber que ellos serían los principales perjudicados.*

Con respecto a este último punto, cabe aclarar que el "Tratado de Magia" fue propuesto por los magos de Tesar para evitar que los hechizos más poderosos sean utilizados por toda la población del continente. Los magos de Sitnor y los pocos sobrevivientes de Morrau y Pyebra (ya liberados de su juramento) estuvieron de acuerdo y colaboraron en su realización. Al concluirlo y quedar Thoria liberada de la amenaza que los magos suponían, éstos comenzaron a ser perseguidos y asesinados bajo los términos de la Ley de Protección, que los magos desconocían. Muchos de ellos pudieron escapar, pero se puso precio sobre sus cabezas; la gente que había perdido su fortuna o su tierra en la guerra vio la oportunidad de recuperar parte de su patrimonio y corrieron tras ellos con la esperanza de cobrar una recompensa que los haría ricos a ellos, a sus hijos y a sus nietos.

Otra de las traiciones más resonantes de la firma de la ley, incluía la utilización del oro tesariano para pagar las recompensas, al considerar, injustamente, que ellos habían sido los culpables de la guerra.

No se sabe, hasta la fecha, cuántos magos de la Antigua Era sobreviven escondidos, pero se sospecha que, al menos, una decena de ellos caminan aún sobre nuestras tierras.

I

Palmeras, Pyebra, año 3999

Después de arrebatarle la vida al vigía, Tareq bajó de la última torre de guardia de la muralla, se detuvo unos momentos y observó debajo de él. Se sintió aprisionado por la oscuridad que lo rodeaba y parecía que el mundo se terminaría en su siguiente paso. No había un farol encendido, ni una fogata, nada que le indicara por dónde debería caminar una vez que pisara la ciudad.

Bajó las escaleras cuidándose de no hacer ningún ruido y, al pisar la mullida tierra, fue capaz de distinguir delante de él la sombra tenue de unas cabañas de madera aún en construcción. Comenzó a correr entre ellas hasta que llegó a las que estaban terminadas y mostraban señales de estar habitadas.

Se asomó en las ventanas de cada una de ellas y, cuando encontró a quien buscaba, rodeó la cabaña hasta llegar a la entrada. La puerta crujió al abrirse y Tareq esperó, sin moverse, por si su ocupante se despertaba, pero no escuchó ningún sonido más. El piso de tierra del oscuro interior amortiguó sus pasos, por lo que caminó a tientas hasta la habitación, que estaba separada del resto de la cabaña por una cortina de hilos trenzados.

En la habitación, el rostro de la sacerdotisa de plateada cabellera era iluminado por la débil luz de un farol que había junto a la cama hecha de gruesos troncos. Tareq se aproximó a ella, se arrodilló a su lado y se quedó viéndola dormir por unos minutos. Era más bella de lo que recordaba y el temor de que algo malo pudiera sucederle le atenazó las entrañas y un escalofrío le recorrió la espalda. Acercó la mano a su mejilla, pero la retiró enseguida, antes de llegar a tocarla.

«¿Qué debo hacer? Por Efos, si la dejo aquí, ella morirá y no podré perdonármelo nunca pero, si la llevo conmigo a la fuerza, me odiará por el resto de sus días» pensó, intentando aclarar sus ideas.

Después de largos minutos de vacilación se puso de pie y le cubrió

la boca con la mano. Vila abrió los ojos de inmediato y se retorció, intentando librarse de él pero, al darse cuenta de quién era, sus manos se cerraron como pinzas en el brazo de Tareq, y le enterró las uñas en la carne. El muchacho hizo una mueca y se llevó el dedo índice a los labios, para pedirle que haga silencio.

—Ven conmigo a Ciudad Capital, prometo que te cuidaré y nadie te hará daño allí. ¿Vendrás conmigo?

Vila soltó el brazo de Tareq y se señaló la boca. El muchacho quitó la mano con cautela y Vila se sentó en la cama.

—Debes estar bromeando. ¿Has venido a raptarme? —susurró, furiosa.

—Dime que vendrás conmigo, por favor —Tareq se arrodilló junto a ella y le tomó la mano.

—¿Acaso perdiste la razón?—preguntó y se apartó de él.

—Perdóname.

—Destruiste mi templo. ¿Cómo pretendes que…?

—No tenía opción, la maga estaba a punto de matarme. Fue lo único que pude hacer para salvarme—dijo con tanto pesar en la voz que vio a Vila mirarlo con cierta compasión—. Escúchame, invadiremos Palmeras. Dime que vendrás conmigo y podré protegerte, si eliges...

Vila se puso de pie de un salto e intentó correr, pero Tareq la sujetó y cubrió su boca nuevamente. La sacerdotisa intentó, en vano, liberarse de él pero el mago la sujetó con fuerza.

—Perdón —murmuró. Comenzó a recitar unas palabras y Vila se durmió en sus brazos.

Tareq, sin perder más tiempo, cargó a la sacerdotisa sobre uno de sus hombros y salió de la cabaña. Se dirigió hacia el muro nuevamente, sin estar demasiado seguro de lo que hacía. Sabía que estaba arriesgando el plan de la señora Viktoria por una muchacha, pero proteger a Vila era para él, en esos momentos, mucho más importante que cualquier orden que pudiera haber recibido.

Corrió hasta la última cabaña en construcción, que estaba a algunos metros de la muralla norte, sentó a Vila en un rincón y se sentó a su lado; acomodó la cabeza de la muchacha en su hombro y su cabello plateado le cubrió el rostro. Lo único que podía oír, aparte de los acelerados latidos de su corazón, era la suave respiración de la sacerdotisa. Tareq le acomodó el cabello y acarició con suavidad su mejilla.

Le hubiera gustado poder despertarla y permanecer a su lado por el resto de la noche, que le cuente sobre su vida y de su pasado antes de

ser llevada al Gran Templo, pero temía despertarla y que ella arruine todo. Tenía sobradas razones para huir de él, sabía que lo que estaba haciendo no estaba bien, sin embargo, él la protegería de la señora Viktoria y de quién sea.

Se quedó junto a ella por largas horas, recreando en su mente una conversación que nunca había sucedido y que, estaba seguro, nunca sucedería. Vila lo odiaría en cuanto la despertara, podía apostar su vida a ello.

Después de despedirse imaginariamente de ella, recostó a la muchacha en el suelo y, luego de mirarla unos segundos más, dejó la cabaña.

Una vez afuera, murmuró un largo hechizo caminando alrededor de la estructura de troncos. Cuando terminó de hacerlo, el aire vibró y la cabaña desapareció de su vista. Tareq sintió que su cuerpo se estremeció por unos momentos, cuando las energías para proteger a Vila abandonaron su anatomía. Aunque algo alarmado por la pérdida, sonrió con satisfacción al saber que ella estaría a salvo allí.

Dio media vuelta y se largó a correr por las estrechas callejuelas, con sus poderes puestos en encontrar algún rastro de los magos de Palmeras. Un perro comenzó a ladrar con ferocidad cuando estaba acercándose a él y lanzó un hechizo rápido sin detenerse. El perro se desplomó en el suelo, ya sin vida.

Continuó hasta que se topó con una cabaña con dos magos, por lo que se detuvo en su puerta por unos momentos y dejó una marca.

«Deben ser la maga de la aldea y su esposo» pensó después de marcharse. Lehsa les había contado sobre ellos cuando regresó junto a Hidzá de su fallida misión para capturarla a ella y a Vila.

Tareq retomó su camino y llegó a la parte vieja de la ciudad sin encontrar rastros de ningún otro mago; debía apresurarse, había perdido demasiado tiempo con la sacerdotisa.

Corrió por las empedradas calles, escondiéndose cada pocos pasos en las sombras de los árboles. Había luminosos faroles cada pocos metros y guardias recorriendo las calles. Quedaban apenas unas horas para el amanecer y la ciudad era inmensa. Maldijo en silencio mientras caminaba apresurado, ya que sabía que no podría recorrerla por completo.

En una pequeña casa de piedra encontró otro mago. Volvió a dejar una marca sobre la puerta y siguió corriendo. Un perro ladró desde el interior de una casa a pocos metros de allí y comenzó a rasguñar la puerta frenéticamente. Como no podía verlo, no pudo hacer nada para hacer que deje de ladrar, por lo que corrió a esconderse en una calle

lateral. Esperó, en silencio, para ver si alguien salía de esa casa; no podía arriesgarse a que dé la alarma.

La puerta de la casa se abrió y el animal corrió, olfateando su rastro en la calle. Detrás de él, venía un hombre con una espada corta en su mano izquierda y Tareq volvió a maldecir. El perro seguía caminando hacia su escondite y, cuando estuvo a unos pasos de él, decidió terminar con su vida antes que el animal comenzara a ladrar para delatarlo. Su dueño lo vio caer muerto, regresó sobre sus pasos y corrió en la dirección contraria. Tareq abandonó su escondite y fue tras él. El hombre comenzó a gritar pero, antes de que pudiera completar una palabra, se desplomó en el suelo pesadamente.

El muchacho, levantó la espada, cargó al hombre en su espalda y llevó el cuerpo hacia su casa. Cerró la puerta detrás de él, dejó el hombre en el suelo y apagó el farol que estaba sobre la mesa.

Recorrió la casa, apresurado, pero parecía no haber nadie más allí. Las luces de los faroles de la calle iluminaban el interior de la vivienda, a través de las ventanas, lo suficiente como para poder ver los contornos de los muebles y algunos detalles de su decoración allí donde la luz reflejaba directamente. La casa estaba limpia y ordenada y Tareq llegó a la conclusión de que el hombre vivía solo con su perro, pues sobre la mesa había un solo plato vacío y limpio, cubiertos y una copa de metal. En el suelo, junto a la cocina de leña, había un plato con restos de comida.

A Tareq le llamó la atención un haz de luz que acariciaba un retrato en una de las paredes de la pequeña sala. Había cuatro personas en él: el hombre que yacía muerto junto a la puerta, una mujer de rostro moreno y dos muchachos jóvenes, muy parecidos a la mujer. Tareq corrió hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones. Una de ellas estaba completamente vacía y en la otra había una cama y dos baúles.

Hizo que una pequeña esfera de luz apareciera sobre él para poder ver mejor. Abrió uno de ellos, en el que encontró ropa de hombre, y el segundo estaba cerrado con llave.

—*Loyk lanta*[3] —murmuró y la traba se liberó con un chasquido. Al abrirlo encontró un atado de cartas, pequeños frascos de perfume vacíos, y algunos potes de vidrio de diferentes tamaños, también vacíos. Debajo de eso, podía verse ropa de mujer; uno de los vestidos era de telas costosas mientras que los demás eran de confección más simple.

Tareq tomó, casi sin pensarlo, una de las cartas del baúl y comenzó a leerla. En un papel amarillento, y algo ajado, Tareq vio letras escritas con la torpeza de alguien que no suele hacerlo con

regularidad. Aún así, había tanta devoción, tanto amor expresado en pocas y poéticas palabras, que no pudo evitar sentirse miserable por lo que había hecho. Ese hombre había amado, se había casado, había tenido hijos y, al parecer, había enviudado. Quizá tenía nietos, también. Y él había sido el culpable de haber terminado con su vida sin darle la mínima oportunidad de defenderse.

Se sintió asqueado y retrocedió con pasos temblorosos hasta que chocó contra una pared. Se detuvo y miró a su alrededor, pero no fue capaz de ver más allá de su pesar; sus piernas le fallaron y se deslizó hacia el suelo. Abrazó sus rodillas y escondió su rostro.

«He matado» pensó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Era la primera vez que mataba humanos, ya que él no había participado en ninguna de las ejecuciones de la señora Viktoria.

«He robado cinco vidas. Cinco personas que eran amigos de alguien, familiares de alguien, padres, hijos, hermanos. Maldito sea. ¿Qué he hecho? ¿Qué estoy haciendo?» se lamentó.

Tareq lloró sin temor a que alguien lo escuchara, lloró por lo que hizo y por lo que tendría que hacer. Tendría que asesinar a más gente inocente, porque así se lo ordenaron. Y, en ese momento, las palabras de Ajác y de Vila le golpearon en la cabeza con la fuerza de una maza.

«¿Por qué lo haces?» le había preguntado la maga de la aldea. Él había respondido que esas eran sus órdenes y Vila había querido atacarlo por su respuesta.

Ahora lo entendía. Entendía la diferencia entre el miedo a morir y el poder que se tiene sobre una vida. Él tenía ese poder, pero ya no lo quería. Todo lo que le habían enseñado, todo lo que le habían dicho había dejado de tener sentido cuando se dio cuenta en lo que se había convertido. Un maldito asesino.

Los ideales con los que lo había adoctrinado la señora Viktoria solo serían reales si destruían todo lo que no concordaba con ellos. No era posible destruir los idiomas, las religiones, las tradiciones ni las creencias de los que no se ajustaran a su utópica perfección. Tenía que ser una farsa, debía haber otro motivo, pero él ya no quería ser parte de eso. ¿Qué sentido tenía matar gente, solo por que su forma de pensar es diferente a la propia? Se preguntó, pero no pudo encontrar una respuesta.

Nada de esto tenía sentido y él era un asesino, eso era todo. No había ninguna justificación posible para lo que había hecho.

Tenía que hacer algo con urgencia, ya que el tiempo no se había detenido por él y sus compañeros esperaban su señal para atacar Palmeras.

Se asomó por una ventana para ver si había alguien en la calle y, al ver que se encontraba vacía, dejó la casa. Corrió sin rumbo, sin saber a dónde ir ni qué hacer pero, cuando se dio cuenta, había llegado a la parte nueva de la ciudad y estaba frente a la cabaña donde había dos magos. Quizás inconscientemente, sus paso lo habían llevado hacia la única persona que podría ayudarlo.

Tareq se detuvo por unos minutos. Tomó aire y abrió la puerta. Entró sigilosamente hasta la habitación y se aseguró de inmovilizar a la pareja que descansaba sobre la cama. Cuando sintieron las invisibles sogas que sujetaban sus cuerpos, ambos despertaron, alarmados.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ajác y Tareq pudo notar el pánico en su voz.

—No teman, por favor, y escúchenme. La señora Viktoria atacará Palmeras. Todos sus magos están esperando mi señal detrás de las murallas. —La voz le temblaba y aún tenía lágrimas en sus mejillas. Sintió la presencia de Ajác y de su esposo, sabiendo que nadie puede mentir en su propia mente, sea mago o no.

—*¿Y por qué nos lo dices?* —preguntó el esposo.

—*Escúchenme, maldición. Avisen a sus magos, deben proteger a la gente de la ciudad, mis compañeros entrarán por el muro norte* —Tareq se sentó en el suelo frente a ellos y comenzó a llorar nuevamente—. *No puedo hacer esto. He matado ¿entienden? He tenido que matar gente inocente que no podía protegerse, gente que no pudo despedirse de su familia, que no tuvo ninguna oportunidad contra mí. Por eso vine con ustedes, para salvar a quienes pueda.*

—*Debo ir por Vila* —dijo Ajác.

—*He protegido a la sacerdotisa, la oculté en una cabaña en construcción y nadie puede verla. Por favor, avísenles a los demás magos. Protejan a quienes puedan. Si no doy la señal, los magos atacarán al amanecer. Creo que aún quedan algunos minutos en los que podrem…*

—*Ya está comenzando a amanecer* —dijo el hombre, sin dejarlo terminar.

Tareq se puso de pie de un salto.

—¿Qué haré? —preguntó, desesperado, y comenzó a pasearse de lado a lado de la habitación, con ambas manos sujetándose la cabeza.

—Libéranos, Tareq —dijo Ajác con suavidad. El muchacho los miró confundido, pues había olvidado que aún eran sus prisioneros, y terminó con el hechizo que los sujetaba. El esposo se levantó sin perder el tiempo y comenzó a vestirse con rapidez. Ajác lo imitó y Tareq les dio la espalda.

—Su casa está marcada —dijo con la voz ahogada—, al igual que una más del otro lado del muro, cerca de aquí.

—Gracias, Tareq —dijo el hombre—. Ya hemos avisado a los dem...

La frase fue interrumpida por un sonido atronador, muy cerca de ahí, que le hizo erizar la piel y acelerar el corazón. Tareq giró para verlos y se sintió mareado y atemorizado.

—Que Sinmá nos proteja, ya han comenzado —dijo el esposo de Ajác.

—Ve, Mihaí —dijo ella, apresurada—, me quedaré con él.

Vio con cierta envidia y, a su vez, con angustia que Mihaí abrazó a su esposa por unos segundos, le besó las manos y, después, se fue corriendo. Tal vez era la última vez que ellos se verían y no pudo evitar sentirse culpable por el incierto destino de los esposos.

—Tareq, debes calmarte y pensar en qué harás. —Ajác lo trajo de vuelta a la realidad—. No podré quedarme por mucho tiempo, me necesitan ahí fuera.

Tareq se limpió el rostro enrojecido con la manga de su camisa, pero las lágrimas continuaban cayendo.

—Iré primero a ver a Vila. Luego intentaré proteger a los habitantes de Palmeras sin que mis compañeros me vean —dijo con un hilo de voz y, luego, agregó—. ¿Sabes? Ella tenía razón, soy un mal nacido. He pensado en lo que sucedió en el templo. Tú me preguntaste por qué los atacaba, y te respondí que era una orden. Ustedes mataron a los soldados para defenderse y mis muertos no pudieron defenderse de mí.

Les llegaba desde afuera el sonido de la gente que corría, como así también los gritos y llantos de las personas que huían de los magos de la reina y Ajác se asomó por una ventana para ver la situación.

—Ahora no. —Ajác se acercó a él, puso una de sus manos en su hombro y Tareq sintió su cuerpo ponerse rígido ante el contacto—. Protege a Vila, te prometo que hablaremos después. Gracias por avisarnos.

Ajác sonrió y Tareq la miró por unos segundos sin comprender cómo podían agradecerle con tanta sinceridad. La ciudad estaba siendo invadida, él había esperado hasta el último minuto para ponerlos al tanto de lo que ocurriría y, aún así, le confiaban la seguridad de Vila, sin objetar ni dudar de sus intenciones.

«En su lugar, yo me hubiera asesinado» pensó con amargura, al notar lo diferentes que eran de él.

Tareq dio media vuelta sin responderle y saltó por la ventana; afuera se encontró con una escena tan terrible que se le heló la sangre.

Las llamas rodeaban a muchas cabañas y la gente, desesperada, corría con los niños en brazos, intentando abrirse camino entre las lenguas de fuego, que se adherían a todo aquello que alcanzaban, sea tela o sea piel.

—Tareq ¿estás bien? —exclamó uno de sus compañeros, un maestro de los elementos, al verlo quitarse el pañuelo que le cubría el rostro para limpiar las lágrimas que caían de sus irritados ojos. Vio al hombre empujar sin remordimiento alguno a una mujer contra una de las cabañas incendiadas—. ¿Qué te ha suce...

Tareq no dejó que terminara la pregunta y acabó con su vida sin responder. El cuerpo del mago cayó envuelto en una nube de polvo y, a los pocos segundos, las llamas alcanzaron su túnica y corrieron apresuradas por su vestimenta hasta convertirlo en una pira.

Miró a su alrededor, vio que una maga estaba incendiando una cabaña y reclamó su vida también. Terminó con la vida de dos más de sus compañeros, sin detenerse siquiera a pensarlo, antes de llegar hasta donde estaba Vila. Le había bastado ver lo que estaban haciendo para no sentirse culpable de haber desobedecido las órdenes de la reina.

Comprobó que nadie hubiera notado la ausencia de la construcción ni el hechizo que la ocultaba, por lo que regresó sobre sus pasos e irrumpió en una de las cabañas habitadas más cercanas, que había quedado a resguardo del fuego. Volvió a cubrir su rostro con el pañuelo, se echó sobre la cabeza una manta, encorvó su espalda y volvió a salir.

Corrió entre las cabañas en llamas, murmurando hechizos para acabar con los fuegos que amenazaban con destruirlas, en un intento de retrasar los planes de la reina.

—¿Qué demonios haces? Maldito traidor. —Uno más de sus compañeros lo descubrió y se acercó a él, amenazante.

—Está muriendo gente inocente —dijo Tareq con desesperación—. ¿No te pesa matar a personas que no pueden defenderse?

—¡Defiéndete entonces! —gritó arrojando contra él una pequeña bola de fuego. Tareq la detuvo en el aire con un movimiento de su mano y la hizo desaparecer.

—No hagas esto, por favor. Sabes que soy capaz de matarte antes que puedas volver a levantar una mano.

—¡Tenemos órdenes, Tareq! Estás traicionando a Pyebra, la señora Viktoria se enterará de esto.

—No, no lo hará —dijo Tareq y, lanzando otro hechizo, acabó con la vida del mago.

Tareq le dio la espalda y tosió varias veces; el humo comenzaba a irritarle la garganta a pesar de que llevaba cubierto su rostro y los ojos le ardían tanto que le parecía llevar una brasa encendida en cada uno de ellos. El muchacho empezó a correr hacia otra cabaña en llamas, pero hizo solo un par de metros cuando su cuerpo se paralizó por completo y cayó de cara al suelo. Sintió el sabor metálico de la sangre al lastimarse los labios por el golpe.

—¿Qué haces, Tareq? —era la calmada voz de Lehsa esta vez—. Me pregunto por qué razón estás atacando a nuestros compañeros tan cobardemente.

Su compañero le dio una patada en el costado; Tareq se quejó pero no pudo moverse.

—Lehsa, no. Todo esto está mal, está mal lo que la señora Viktoria está haciendo —susurró.

—¿Qué sabes tú de lo que está bien o lo que está mal? —Preguntó sin perder la calma, antes de volver a patearlo pero, esta vez, en el rostro y Tareq maldijo—. Tenemos órdenes que cumplir ¿Quién crees que eres para cuestionar a la reina? Te llevaré ante ella para que...

—No llevarás a nadie a ningún lado —dijo Mihaí en algún lugar detrás de él—. No permitiré que le hagas más daño.

—Déjalo —susurró Tareq—. Protege a los demás, son más importantes que yo.

—Vaya, Tareq el mártir —dijo Lehsa y lo pateó en el vientre, otra vez.

Mihaí arrojó una esfera de luz blanca que envolvió a Tareq y, también, pareció anular todos sus sentidos por unos instantes. Dejó de oír, de sentir, de ver, su respiración se entrecortó pero, antes que la desesperación se adueñara de él, fue capaz de recuperarse. Sintió su respiración agitada y el sudor caer por su frente.

Se incorporó y abrió los ojos despacio; solo pudo ver que todo era blanco, menos su cuerpo. Sintió que era libre de moverse, pero parecía que el suelo en el que se encontraba sentado se unía con lo demás a su alrededor, al no notar sombras ni nada que indique a que distancia estaba el final de esa blancura. El abdomen y el rostro le dolían por lo golpes de Lehsa y se llevó la mano al rostro para comprobar sus heridas.

—¿Estoy muerto? ¿Vendrá alguien a decirme qué sucede? —dijo en voz alta. Podía escuchar su voz, pero solo eso. Ante el desconcierto y la incertidumbre, cerró los ojos y se decidió a esperar. No podía ser que hubiera muerto, Mihaí no pudo haberlo hecho.

2

La esfera de luz hizo desaparecer a Tareq, delante de los ojos asombrados de Lehsa. Antes que el mago pudiera reponerse de la sorpresa, Mihaí entró en su mente y comenzó a caminar entre sus recuerdos, como Ajác le había enseñado a hacer. No le tomó mucho tiempo llegar hasta la esfera de energía y absorber lo que quedaba de ella. Lehsa se desplomó en el suelo; se quejó por la intrusión pero, a los pocos segundos, enmudeció.

—*Tengo al mago llamado Lehsa. Estaba atacando a Tareq.*

—*Déjame a esa alimaña* —dijo Bela—. *Borraré sus recuerdos sobre lo que sucedió con su compañero, después veremos que hacemos con ellos.*

—*Iré por él* —agregó Tino y, unos segundos más tarde se presentó frente a Mihaí. El muchacho se acuclilló junto a Lehsa, tomó su mano y ambos desaparecieron en un remolino de polvo y cenizas.

—*Buen trabajo* —dijo Dima. Mihaí, al quedarse solo, se alejó corriendo hacia donde estaban los demás.

Los magos de la señora Viktoria habían asesinado a muchas personas sin reparar siquiera en su edad. Había madres abrazando a sus niños, hombres protegiendo a sus familias y todos yacían muertos donde los invasores los habían encontrado. Los pocos que habían logrado escapar, habían huido al otro lado de la ciudad.

Los soldados de Palmeras se presentaron en el lugar, aunque sin saber qué hacer, y los magos los mataban con una facilidad aterradora. Bastaban unas simples palabras para que cayeran sin vida. Los magos de Palmeras les dijeron que se mantengan alejados donde no pudieran ser vistos por los magos de la señora Viktoria, por lo que, después de sus instrucciones, habían permanecido en las puertas que separaban la parte nueva de la vieja ayudando a organizar a los aldeanos que huían del incendio.

Como la parte nueva se había construido fuera de las murallas originales de la ciudad, habían abierto una puerta de no más de diez metros de ancho por cinco de alto para unir ambas secciones, pensando, en un futuro, derribar esa parte del muro antiguo. Gracias a

que la muralla aún no había sido derribada, los magos de Palmeras habían podido detener a los invasores en esa parte y, así, habían evitado que el daño fuera mayor de lo que ya era.

Los magos de elementos de la señora Viktoria creaban extensas nubes de polvo y de humo, detrás de las que se escondían los magos con poderes mentales. De esa forma, se habían movido con total impunidad para atacar a quienes se cruzaban en sus caminos.

Tras la pérdida de Ky Ha en el anterior enfrentamiento entre los magos, Drian era el único de Palmeras capaz de manejar los elementos y era quien más se esforzaba, al ser el encargando de utilizar sus poderes para disipar las oscuras nubes que acariciaban la superficie de la ciudad para que sus compañeros pudieran atacar. Sin embargo, su energía se consumía a una velocidad vertiginosa al mover enormes cantidades de aire para lograrlo.

En algunos momentos era asistido por Ade, aunque ella no podía ayudar con sus energías a todos a la vez. Drian cayó desmayado más veces de las que pudieron contar y sus compañeros temían que no pudiera detener los hechizos antes de que su energía se acabe por completo.

—*Drian ha vuelto a caer* —dijo Bela a sus compañeros—. *Debemos intentar algo más o podríamos perderlo.*

Sin embargo, Ade lo asistió y, en unos segundos, el hombre estaba de pie otra vez.

—*Drian, no está funcionando* —dijo Dima—. *Préndelos fuego.*

—*Señor, ¿está seguro?* —preguntó, asombrado.

—*Sí. A todos. No podemos arriesgarnos más. Áliza, crea una ilusión delante de Drian. Ade, tú lo asistirás. Debemos llegar a los demás magos y no podemos hacerlo de otra forma.*

—*Entendido, señor* —dijeron a la vez.

Dima había hecho retroceder a sus magos hasta detrás de la muralla que separaba ambas secciones, manteniendo a sus enemigos del otro lado. Áliza creó delante del enorme hombre una imagen de las puertas, tal como se verían si estuvieran despejadas, y dio una señal a Drian, quien avanzó con pasos seguros por el medio de la abertura y se adentró entre las nubes de humo. Caminó hasta llegar a los nuevos límites de la ciudad y allí se detuvo.

—*Ade, empezaré ahora.*

—*Adelante* —respondió ella.

Drian levantó ambas manos y comenzaron a formarse enormes llamas a su alrededor, aún más grandes que las que ya estaban consumiendo los restos de las cabañas que aún se mantenían en pie. El

hombre retrocedió a paso lento para asegurarse de que, en esta ocasión, no quedara ni un centímetro sin cubrir. Algunos de los magos de la señora Viktoria hicieron el intento de atacar a quien originaba las llamas, pero no podían verlo; ninguno de ellos fue capaz de llegar a Drian y sus esfuerzos se consumieron con las llamas que lo rodeaban.

—*¡Vila!* — exclamó Ajác. Comenzó a correr hacia las puertas pero Mihaí la retuvo—. ¡Vila está allí! ¡Está en las cabañas y el gigante la cocinará!

En ese mismo momento, Mihaí sintió que Tareq intentaba con urgencia comunicarse con él. Cuando se lo permitió, escuchó la desesperación en su voz.

—*Vila está en peligro. No podré mantener el hechizo que la protege por mucho más tiempo, mis energías se agotarán de un momento a otro.*

—*Muéstrame donde está y enviaré a buscarla. Cuando te lo diga, debes terminar el hechizo.*

Tareq le mostró, en un recuerdo, la ubicación de la cabaña en construcción y Mihaí se comunicó con los demás para que le concedieran retirar a Vila de ahí; Dima aceptó y Tino se preparó para ir por ella.

—*Ahora* —dijo Mihaí y Tareq terminó con el hechizo que la protegía.

Tino no tardó más que unos segundos en ir por la sacerdotisa y regresar pero, a pesar de eso, su camisa se había prendido fuego. Vila aún dormía cuando el muchacho la dejó en brazos de Mihaí. Tino se quitó la camisa y la arrojó al suelo, para apagar las llamas. Ajác se acercó corriendo a ellos y ayudó a su esposo a revisar que estuviera fuera de peligro.

—*Vila está a salvo*.

—*Los dioses te bendigan. ¿Podrías decirme donde estoy?*

—*Luego, no puedo distraerme en estos momentos, discúlpame.*

Mihaí terminó la conversación con Tareq sin esperar a que él dijera algo más. Un grupo de soldados, que estaban junto a los magos de Palmeras, tomaron a la sacerdotisa y la llevaron a la Villa del Señor Jeno, para que descansara a salvo allí.

Pasaron algunos minutos más hasta que Drian regresó con sus compañeros, dejando detrás de él una hoguera cuyas llamas tenían, al menos, cinco metros de alto. Cuando cruzó las puertas, tanto Ade como él se desplomaron en el suelo. Héctor se acercó a Drian, lo levantó en brazos, para alejarlo de donde había caído y Bela los siguió de cerca, mientras curaba las quemaduras del cuerpo del enorme

mago.

—*Dudo que haya quedado alguien vivo del otro lado* —dijo Dima—. *Esperaremos unos minutos y luego iremos a comprobarlo. Áliza, Shanyi, Tino y Mihaí se quedarán conmigo. Los demás resguárdense en mi casa en cuanto Drian y Ade estén recuperados. Bela, cuando termines con Drian ven con nosotros.*

—*Entendido, señor* — dijeron al unísono.

—*¿Señor, que haremos con Tareq y Lehsa?* —preguntó Ajác.

—*Lehsa no tendrá recuerdos de lo que vio hacer a su compañero, por lo que lo mantendremos como prisionero hasta que la señora Viktoria se retire de aquí, si todavía está viva. Tareq es libre de hacer lo que desee. De no haber sido por él, hubieran destruido la ciudad completa y no sé que sería de nosotros ahora.*

Los magos se separaron en dos grupos y Ade se puso de pie, al haberse recuperado parte de su energía. Héctor alzó a Drian y se alejaron caminando despacio hasta la casa de Dima, que quedaba a pocas calles de donde se encontraban. Bela los miró por unos momentos y, luego, fue hacia donde se encontraban los demás.

—*Por favor, los que se quedarán aquí, abandonen esta sala* —dijo Dima. Los magos se reunían en una representación mental del salón donde hacían las prácticas habitualmente—. *No quisiéramos ser interrumpidos. Volveremos a contactarnos con ustedes cuando regresemos.*

—*Pero, señor, ¿cómo sabremos si necesitan ayuda?* —dijo Ade.

—*Ustedes manténgase a salvo y no nos sigan, es una orden. Abandonen la sala o los expulsaré.*

Las imágenes de los magos se esfumaron de la sala, sin objetar.

—*¿Por qué, Dima?* —preguntó Shanyi.

—*Porque si morimos allí, alguien tiene que quedarse para defender la ciudad, no estoy seguro de lo que puede ocurrir cuando encontremos a los magos de la señora Viktoria. Si tienen conexiones individuales, córtenlas, Mihaí, Bela. Los que quedan tendrán que ser pacientes y esperar a nuestro regreso. Si ellos saben que fuimos heridos no dudarán en dejar la seguridad para venir por nosotros y es algo que no puedo permitir.*

Todos estuvieron de acuerdo y cerraron sus conexiones individuales, sin despedirse de los demás.

Los magos se quedaron esperando hasta que las llamas comenzaron a extinguirse y luego fueron apagando los pequeños fuegos que había delante de ellos mientras caminaban.

El suelo crujía a sus pies y el olor amargo del humo les hacía picar

la garganta, por lo que tosían cada pocos segundos. Había cuerpos calcinados, diseminados hasta donde alcanzaba la vista y Shanyi, que iba delante del grupo junto a Áliza, lloraba en silencio, esforzándose por no ver lo que había a su alrededor.

—*Shanyi, debes controlarte* —dijo Áliza—. *Debes estar atenta, podemos encontrar magos en cualquier momento. Si miras hacia el cielo no podrás verlos.*

—*Esto es muy difícil. Ha muerto mucha gente, hay niños allí.*

—*Regresa, Shanyi. Dile a Ajác que venga en tu lugar* —Shanyi quiso protestar, pero Dima no la dejó hablar—. *Nos pones en riesgo a todos si estás distraída y no podemos permitírnoslo.*

Shanyi se limpió la cara con el pañuelo que cubría su cabello, dio media vuelta y miró a Dima. La muchachita abrió la boca para hablar pero antes de decir una palabra, sus ojos se abrieron al doble de su tamaño, levantó una de sus manos y de su palma salió despedida una esfera de luz roja. Dima se agachó ante la sorpresa y siguió con la mirada el recorrido de la esfera, que volaba con rapidez.

El hombre que la recibió voló por el aire por la fuerza del impacto y cayó cinco metros atrás, con el pecho abierto en una horrible herida. Shanyi lo había visto cuando intentaba escapar, mientras creaba una débil nube de polvo alrededor de él.

—Intentaré estar atenta de ahora en más —dijo Shanyi con la voz temblorosa.

—Bien hecho, amiga. —Tino sonrió y le dio una palmada en el hombro cuando pasó junto a ella.

Dima asintió y continuaron caminando, ahora más alertas que antes. Llegaron hasta el otro lado de la ampliación sin encontrarse con nadie más y subieron la escalera de piedra por la que Tareq había bajado horas antes, escudados con una ilusión que había creado Áliza.

Dima llegó a la cima de la muralla, vio que al otro extremo, había un enorme montículo de tierra y cerca de allí se concentraba un grupo de no más de cincuenta personas. Algunos estaban tendidos en el suelo, mientras otros permanecían de pie a su alrededor y uno de ellos iba de un lado al otro. Alcanzó a distinguir, entre todos, a la señora Viktoria, cuya blanca piel parecía reflejar la luz del sol que se colaba entre las nubes de humo que brotaban, aún, del incendio de la ciudad.

—*Los veo* —dijo Dima—. *Están del otro lado, son alrededor de cincuenta. La señora Viktoria está entre ellos, así que caminaremos hasta el otro extremo. Parece que han hecho una escalera de tierra que llega hasta alcanzar la cima del muro. Áliza, deberás crear otra ilusión para protegernos hasta que hayamos conseguido bajar.*

La maga asintió y se adelantó hasta llegar al lado de Dima. Algunos segundos después, hizo una señal al resto para que la siguieran. Corrieron por la muralla hasta el otro extremo y comenzaron a descender por la escalera de tierra en silencio.

Uno de los magos de la señora Viktoria miró hacia donde ellos se encontraban. Los magos de Palmeras se detuvieron, conteniendo la respiración; estaban a algo más de cincuenta metros. El mago continuó con sus tareas momentos después.

—*Nos han visto* —dijo Mihaí—. *Puedo escucharlo hablar con los demás.*

—*¡Ataquen!* —exclamó Dima sin siquiera cuestionarlo.

Áliza creó un escudo frente a ellos. Dima y Mihaí lanzaban blancas y luminosas esferas de energía hacia los invasores, a la vez que estos intentaban acabar con sus vidas de igual forma, pero sus esfuerzos eran vanos al desviarse en el escudo de Áliza. Tino tomó a Mihaí y a Bela de las manos y los llevó con él a un claro que había fuera de las murallas de Palmeras, más allá de donde estaban los magos de la señora Viktoria.

—*Atáquenlos* —dijo el muchacho y volvió a desaparecer.

Mihaí y Bela se recuperaron con rapidez de la confusión que les causó haber sido transportados por Tino, sin previo aviso, y continuaron atacando.

3

La melódica voz de Shanyi comenzó a cantar sus hechizos y tres magos enemigos cayeron de rodillas sosteniendo su cabeza, mientras otros cuatro gritaban y se retorcían en el suelo. Tino regresó y se llevó consigo a Dima y a Áliza.

La reina gritaba órdenes a sus desorganizados discípulos, cuando una joven de rostro moreno que estaba a su lado le señaló a la muchacha que cantaba.

—¡Tú! —La reina levantó sus manos y el canto se detuvo.

Shanyi se vio arrojada desde la cima del montículo de tierra, arrastrada por las cuerdas invisibles que la sujetaban. Aterrizó sobre su costado, su codo derecho crujió por el golpe y ella gritó de dolor. La señora Viktoria rio y la obligó a ponerse de pie.

—Mira, Nihá, así es como se ve una escoria que se revela ante sus señores —dijo la reina y se acercó a ella caminando con calma.

—Y así es como se ve una bruja que asesina a su propio pueblo. —Shanyi levantó el rostro y la miró con desprecio. Contuvo las lágrimas que amenazaban con caer de sus ojos y sonrió burlonamente—. Vaya, pensé que sería una visión un poco más… impactante. La famosa reina Viktoria solo parece una campesina despechada.

—Que poca estima tienes por tu propia vida, muchacha insolente —exclamó la reina y las cuerdas que sujetaban a Shanyi se apretaron más alrededor de su cuerpo—. Te llevaré conmigo al Palacio de Las Hojas, seguro mis soldados encontraran la forma de divertirse contigo.

—Me divertiría más que me entregues a tus magos —dijo a media voz—, tengo una cuenta pendiente con uno de ellos. Lehsa es su nombre, si no recuerdo mal. —Shanyi soltó una carcajada y Viktoria la miró extrañada—. ¡Oh! Cierto que lo tenemos cautivo, perdón la confusión.

—*Tino, necesito que vengas por mí en cuanto pueda moverme* —dijo Shanyi a su compañero.

—*Por supuesto. ¿Te encuentras bien?*

La señora Viktoria abrió la boca para hablar, pero Shanyi no le dio

tiempo a hacerlo, recurrió a sus poderes y entró en la mente de la reina.

—*Detente, te lo ordeno* —exclamó ella y Shanyi pudo sentir el miedo que acompañaba a sus palabras.

—*Tú no tienes derecho a darme órdenes, maldita bruja* —dijo Shanyi.

Shanyi se acercó a los recuerdos de la reina y, recordando lo que Ajác había dicho, comenzó a pasearse entre ellos, tocándolos por breves segundos. Las sogas que la sujetaban se liberaron, Shanyi levantó sus brazos y la señora Viktoria cayó de rodillas. Nihá, la maga que estaba junto a ella, entró a la mente de Shanyi, quien percibió el asombro que sintió al encontrarse con sus murallas.

—*Sal de aquí de inmediato, no me hagas perder el tiempo* —dijo Shanyi. La imagen de la muchacha se desvaneció y Tino apareció a su lado.

—¿Estás bien? —dijo el muchacho.

—Sí, vayámonos de aquí.

Tino la tomó de la mano y se dispuso a llevarla junto a los demás.

Nihá levantó una de sus manos antes que ellos desaparecieran y alcanzó a sujetar el antebrazo de Shanyi con una de las sogas invisibles que utilizaban para atacar. Nihá quiso retener a la muchacha, tirando con fuerza de las ataduras. Shanyi sintió que era arrastrada hacia atrás y que la piel de su brazo se desgarraba en el mismo momento en que desaparecían.

Cuando aparecieron junto a sus compañeros, la muchacha se desmayó y cayó al suelo, ante el asombro y confusión de los demás. Tino se arrodilló a su lado y la hizo girar para acostarla sobre su espalda.

—Maldición —murmuró. Shanyi estaba acostada sobre un charco de su propia sangre.

—¿Qué sucede? —preguntó Dima.

—Shanyi está herida y necesitaré regresar, continúen atacando —dijo Tino.

Áliza gritó y se llevó la mano a la boca al ver lo que había sucedido. Bela se arrodilló junto a Tino y comenzó a examinar el brazo de Shanyi, para detener el sangrado.

—Bien. Áliza no dejes que se desvanezca la ilusión. Concéntrate, por favor —dijo Dima.

—Mihaí, ataca a la maga que está junto a la reina, iré por el brazo de Shanyi —agregó Tino antes de desaparecer.

El mago asintió y atacó a la discípula de la reina. Tino regresó apenas un segundo después, con el estómago revuelto y el rostro pálido por la impresión. Le entregó a Bela el brazo desgarrado de su compañera y se alejó de ellos.

—*¿Tino?* —preguntó Mihaí.

—*Estaré bien. Sigan atacando a esos malditos.* —Tino esperó unos momentos hasta que pudo recobrarse y, cuando estuvo mejor, sacó de su cintura un cuchillo—. *Podré hacer tres viajes solo y pienso aprovecharlos. Déjenme esta zona libre.*

—*Quédate aquí*—dijo Dima, alarmado.

—*No, señor, no lo haré.*

Tino desapareció y reapareció entre los magos de la señora Viktoria. Ninguno de ellos estaba armado, por lo que no tuvo que luchar para reclamar sus vidas. Regresó a sus compañeros con la hoja del cuchillo ensangrentada y sus primeras tres muertes en su consciencia. Tenía la respiración agitada y su sangre alterada le cosquilleaba en las venas de una forma que nunca antes había sentido.

Drian le había enseñado a utilizar las armas y, para satisfacción de su compañero y maestro, había aprendido rápido y los entrenamientos era algo que ambos disfrutaban hacer a diario. Tino, en poco más de un año, había dejado de ser aquel “pequeño niño”, delgado y bajito, y se había transformado en un muchacho alto y fornido. Sus compañeros solían bromear diciendo que tanto pasar tiempo con Drian, estaba empezando a parecerse a él.

—Tino, detente. —Dima lo tomó del brazo salpicado con la resbaladiza sangre de los magos de la señora Viktoria—. Te estás exponiendo a ser herido.

—No, señor. Esas basuras destruyeron nuestra ciudad, mataron a nuestra gente y le arrancaron un brazo a Shanyi —dijo liberándose—. Si caigo, arrastraré conmigo a tantos como pueda, lo autorice o no.

Antes de escuchar a Dima decir algo más, Tino volvió a desaparecer y reapareció junto a dos magos que estaban apartados de los demás. El primero de ellos murió sin saber qué iba a sucederle.

—Hijo, soy yo, detente por favor —dijo un hombre con el rostro cubierto de suciedad, poniendo sus manos delante de él. Tino lo miró por unos segundos.

—¿Padre? —El muchacho quedó con la mano que sostenía el cuchillo en alto, listo para enterrarlo en su cuello.

—Ven conmigo, la señora Viktoria es una buena mujer, y te ayudará a ser un mejor mago, ya verás.

—¿Cómo podría, después de lo que han hecho esta noche? ¿No te

da vergüenza pedirme que la siga?

—Ingenuo. ¿Crees que esconderse aquí y desobedecer las órdenes del rey es lo correcto? Ven conmigo y sálvate de morir con este montón de escoria.

—No, padre.

—Muchacho ignorante —exclamó con brusquedad.

Tino regresó una vez más junto a sus compañeros y, en esta oportunidad, mucho más enojado de lo que estaba antes.

—Maldición, Tino, ya quédate aquí —exclamó Mihaí—. ¿Qué pretendes?

—Hacer la mayor cantidad de daño posible. —Apretó los puños antes de volver a dejarlos.

Esta vez, apareció cerca de la señora Viktoria, que estaba custodiada por cinco de sus discípulos. Había visto que su padre había corrido hacia ella en cuanto él lo dejó. Reclamó la vida de tres de ellos y había tomado a una maga cuando su padre y la reina se percataron de lo que sucedía.

—Espera, muchacho —dijo el hombre.

Tino se detuvo, con el filo de su cuchillo a punto de rebanar otra garganta. La mujer forcejeó para liberarse, pero el muchacho la retuvo con fuerza.

—¿Qué quieren? ¿Piedad? —exclamó apretando los dientes—. Tendré la misma que tuvieron ustedes cuando pensaron en atacar Palmeras.

—¿Este es tu hijo? Es muy parecido a ti —dijo la reina con calma y miró a ambos alternadamente—. ¿Vendrás con nosotros, Tino? Podremos hacer grandes cosas juntos. Imagínate, con lo habilidoso que eres, serías...

—Solo en sus pesadillas me verán, pues eso seré de ahora en más para ustedes.

—Mátelo, mi señora, yo ya no tengo un hijo —dijo antes de darle la espalda.

Tino apretó la empuñadura del cuchillo hasta que su mano perdió el color; la mujer que tenía cautiva se quejó e intentó liberarse por última vez.

—Padre, la próxima vez que nos encontremos, yo te mataré a ti.

Tino deslizó el cuchillo por su cuello, sin quitar la vista de los violetas ojos de la señora Viktoria. La sangre caliente de la mujer que tenía en sus brazos bañó la hoja de su arma y llegó hasta su mano. Por primera vez, escuchó el gemido de dolor y el murmullo ahogado y burbujeante que provenía de una garganta abierta. En las ocasiones

anteriores, no había permanecido tanto tiempo junto a sus víctimas.

La reina gritó, enfurecida, y Tino sonrió antes de empujar a la mujer hacia ella y desaparecer. Cuando regresó junto a sus compañeros, vio que la reina había encendido en rojas llamas el lugar donde él había estado segundos antes y los cuerpos que yacían a sus pies estaban consumiéndose a gran velocidad. Ya no volvió a ver a su padre.

Después de unos segundos, apartó la vista, se agachó, enterró su cuchillo, tomó un puñado de tierra y se restregó las manos para quitarse, en parte, la sangre que lo cubría. El muchacho se puso de pie y se acercó a Bela. Para su alivio, nadie preguntó qué había sucedido allí.

—Me falta muy poco, aunque solo pude arreglar lo esencial, necesito a Ade para continuar.

Shanyi volvió en sí y quiso sentarse, pero Tino la detuvo.

—Quédate quieta, Bela terminará en unos momentos —susurró.

—¿Qué te ha sucedido? Estas lleno de... —dijo Shanyi con preocupación.

—No es mi sangre, es de ellos —dijo y señaló hacia detrás de él, donde estaban los magos invasores—. Tenía que cobrarles por lo que te hicieron.

—Tino… ¿qué has hecho? —dijo Shanyi con los ojos llenos de lágrimas. Su mano sana buscó la del muchacho.

—Hizo lo que debía hacerse —intervino Bela—. Niña, esos condenados te arrancaron un brazo, Tino fue por él y lo acomodé lo mejor que pude. Cuando regresemos, terminaré de arreglarlo, porque necesito la ayuda de Ade para hacerlo. No te asustes por cómo se ve ahora, quedará perfecto cuando hayamos terminado. —Bela se quitó el pañuelo que llevaba anudado a su cuello y lo puso alrededor del brazo de Shanyi—. Intenta no moverlo y no te quites la venda.

Bela y Tino ayudaron a Shanyi a levantarse y caminaron hacia donde estaban los demás, que seguían resguardados por la ilusión de Áliza y, de cuando en cuando, lanzaban algún ataque hacia los enemigos. Quedaban no más de treinta de los magos de la señora Viktoria y habían creado delante de ellos una nube de polvo para protegerse de ser vistos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Dima al ver a Shanyi. La muchacha estaba pálida y debilitada por la sangre que había perdido, pero podía mantenerse en pie sin ayuda.

—Aún no se librarán de mí.

—Nadie quiere librarse de ti. —Dima sonrió—. Buen trabajo, Bela.

La mujer asintió y luego preguntó, señalado hacia la muralla.

—¿Qué haremos con ellos?

—No lo sé —dijo Dima—. Estamos todos al límite de...

El suelo comenzó a temblar debajo de sus pies y Dima los miró asustado. La escalera que habían levantado los magos de la señora Viktoria se derrumbó con un estruendo. Una espesa nube de tierra se extendió por varios metros y minutos después, cuando el polvo se aplacó, vieron que los magos de la señora Viktoria habían dejado el lugar.

—Los malditos se han escapado —dijo Tino y apretó los puños—, y no me quedan energías para seguirlos, demonios.

—Si no hubieras hecho esas incursiones, ahora serían más los que se escapan. No me ha gustado que te expongas de esa forma, pero lo hiciste bien. —Dima le dio una palmada en la espalda. Luego, comenzó a caminar—. Debemos regresar. Además del asunto de Lehsa y Tareq, tenemos que ayudar a los que han perdido todo esta noche. Ha sido un desastre para el que ninguno de nosotros estaba preparado.

Los demás lo siguieron y se encaminaron hacia el sur, a las puertas de Palmeras.

—¿Cómo han podido hacer esto? —preguntó Bela después de unos minutos—. Somos todos habitantes de la misma tierra y no les tembló el pulso para matarnos como a ratas.

—Escuché en el mercado decir que los soldados del rey están asesinando a todas las caravanas de aldeanos que encuentran de camino hacia aquí y no perdonan la vida de nadie, ni tan siquiera a los niños—dijo Tino y Bela se llevó una mano al pecho—. Dejan los cadáveres estaqueados a la vera del camino a modo de advertencia para los demás. Tendremos que acostumbrarnos y hacernos fuertes, estamos en las puertas de la próxima Gran Guerra.

—No quiero acostumbrarme a la muerte, no quiero que el hecho de ver niños asesinados sea algo normal en mi vida —respondió Bela.

—Nadie quiere hacerlo —agregó Shanyi.

4

La batalla de los magos había destruido por completo la parte nueva de la ciudad. Allí era donde se habían alojado los refugiados de las aldeas de Pyebra que se habían rehusado a seguir las órdenes del rey Kirios y habían aceptado la invitación del señor Jeno de resguardarse detrás de las murallas de la ciudad de Palmeras.

Fallecieron cientos de personas y otras tantas perdieron todas sus pertenencias. Sin embargo, los muros no habían recibido daños considerables.

El señor Jeno, junto a sus consejeros y una centena de ciudadanos voluntarios, estaba ocupándose de organizar y sanar a los heridos y conseguir alojamiento para las familias que habían perdido sus hogares.

Los magos se habían reunido en el salón que ocupaban, cerca de las puertas de la ciudad. Las gemelas habían terminado de sanar el brazo de Shanyi y ya ni rastros quedaban de lo que le había sucedido.

Tareq había sido liberado de la esfera de luz de Mihaí y Lehsa, que aún no se había recuperado, estaba inconsciente en el suelo, sobre unos almohadones. Cada tanto alguno de los magos entraba en su mente para comprobar que sus energías no se repongan.

Mientras los demás estaban ocupados en decidir que harían con el mago de la señora Viktoria, Shanyi se acercó a Tareq, que estaba sentado en un rincón del salón, junto a Lehsa.

—Que vueltas tiene la vida, ¿no? —dijo y se sentó al lado del joven —. Quién diría que hoy estarías aquí con nosotros, sin intensiones de hacernos daño.

Tareq no contestó. Tenía la vista fija en sus manos y ni siquiera se movió cuando la muchacha habló.

—La última vez que estuviste aquí, atacaste a Áliza —continuó Shanyi y su tono fue cargándose de resentimiento con cada palabra—, tu compañero mató a Ky Ha y casi me mata a mí también. ¿Sabías que Ky Ha era madre de dos niños? Dos niños que quedaron huérfanos por su culpa, dos niños que no podrán recibir el cariño de su madre, que

no tendrán quien los abrace por las noches cuando las pesadillas los acechen. —Shanyi se puso de pie, perdiendo la paciencia por la falta de reacción de Tareq—. Di algo, demonios. Te quedas ahí, como si con tu maldito silencio pudieras deshacer el daño, las muertes y la destrucción que causaron en nuestra ciudad.

Los demás magos dejaron de hablar y estaban mirándolos, a esperas de que algo suceda, pero Tareq continuó mirando hacia abajo. Finalmente, Áliza se acercó a Shanyi y la tomó del brazo.

—Cálmate.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —preguntó Shanyi y se alejó de ella —. Sabes muy bien lo que han hecho...

—Suficiente, Shanyi. Déjalo en paz o te haré escoltar a la Villa.

—Por supuesto —dijo la muchacha con una sonrisa—. Basta con pedir perdón para que pasen por alto cualquier delito, ¿no es así? Está bien por mí. Hagan lo que quieran con esta mierda, sigan cuidando de él como si fuera uno de los nuestros, yo me largo de aquí.

Ajác quiso ir tras ella, pero Dima se lo impidió.

—Ya lo entenderá. Déjala, no escuchará a nadie en estos momentos. Le hablaré más tarde, cuando se haya calmado. Tino, ve tú con ella, para evitar que haga alguna locura.

Tino asintió y dejó el salón para ir tras Shanyi. Dima le hizo una seña a Ajác, indicando a Tareq, y la joven mujer caminó hacia él.

Se sentó a su lado y Tareq volteó la cabeza para verla.

—Está bien, Ajác. Ella tiene razón, no merezco ninguna consideración de su parte. Ni siquiera merezco estar vivo el día de hoy.

—Has salvado a mucha más gente de lo que crees, Tareq. De no haber sido por lo que hiciste, todos estaríamos muertos ahora. Espero que pienses en eso cada vez que quieras castigarte de esta forma. Esa mujer confundió tu mente con su visión del mundo, no es tu culpa no conocer más que lo que ella dijo. Alégrate por haber sido capaz de darte cuenta.

—Gracias por tus palabras, aunque eso no quita…

—Basta, Tareq, debes dejar de pensar en eso. Te debo mi vida, la de mi esposo, la de mis padres, la de los demás magos y la de las miles de personas que pueden hoy ver el sol nuevamente.

Tareq la miró por unos segundos, una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro y volvió a bajar la vista.

—¿Cuándo despertará Vila? —preguntó Ajác después de un largo silencio.

—Cuando decida terminar el hechizo, o cuando yo muera —dijo

Tareq sin levantar los ojos de sus pulgares.

—¿Quieres hablar? Ahora que estamos más tranquilos.

Después de pensarlo por unos momentos, Tareq le contó lo que había sucedido en la cabaña del último hombre al que mató y lo que lo llevó a tomar la decisión de revelarse a las órdenes que había recibido. Por momentos, su voz se ahogaba y los ojos se le empañaban, pero él continuó hablando. Le contó a cerca de sus padres, de su familia y de su pesar al no saber si podría volver a presentarse ante ellos por la marca que Vila le había hecho y que aún permanecía en su espalda.

Le habló también sobre sus sentimientos hacia Vila, y que gracias a ella y a las pocas palabras que le había oído decir, se había dado cuenta de lo equivocado que estuvo todo el tiempo.

—¿Qué crees que sucederá cuando Vila despierte? —preguntó Tareq al finalizar.

—No lo sé. Estaba muy enojada contigo por haber perdido su templo y sus anillos —Tareq la miró sin comprender, y Ajác le explicó que sin ellos no podía ser sacerdotisa—. Prometí que regresaría a recuperarlos, pero no sé cuándo seré capaz de hacerlo, el camino es largo y hay muchos peligros. No me permitirán abandonar la ciudad para ir por ellos.

Tareq asintió.

—Quisiera que estés presente cuando la despierte —dijo sin levantar la mirada—. Tú la conoces mejore que yo y podrás explicarle lo sucedido.

—Si así lo deseas —respondió Ajác.

—Soy un cobarde —susurró.

—No lo creo. Fuiste capaz de reconocer tus errores y salvarnos.

El silencio cayó entre ellos una vez más y, varios minutos después, Tareq volvió a hablar.

—¿Qué harán con Lehsa?

—Aún no lo deciden. Alguien se encargó de borrar sus recuerdos sobre ti y lo que te vio hacer.

—¿Y conmigo?

—Tú eres libre de hacer lo que desees. Si decides regresar con la señora Viktoria y Lehsa es liberado, no correrás peligro de que te delate.

—No quiero regresar, pero estoy seguro de aquí todos los ciudadanos me tratarán con desprecio. Esto es muy complicado.

—No te apresures. Aún no sabremos que harán con tu compañero, hasta entonces tendrás tiempo de pensarlo.

—¿Y qué se supone que haré si regreso con Lehsa? No puedo mirar a esa gente a la cara sin recordar lo que hicieron. Ni siquiera puedo pensar en lo que yo hice sin sentir desprecio por mí mismo.

—¿Quieres que despertemos a Vila? Mejor ahora que más tarde. Se sentirá peor.

Tareq se puso de pie y Ajác lo imitó.

—*Iremos a despertar a Vila* —dijo Ajác a Mihaí.

—*Ten cuidado con Tareq.*

—*No sucederá nada, quédate tranquilo. Ya hemos comprobado que no ha mentido.*

—*Puede haber cambiado de parecer, puede intentar asesinarte, ya lo hizo una vez.*

—*Me cuidaré de él, no temas.*

Ajác y Tareq dejaron el salón para dirigirse a la villa, donde la sacerdotisa estaba ocupando una de las cabañas para invitados. Le habían dado de beber, sin despertarla, la pócima para evitar que la planta de la felicidad hiciera algún efecto en ella.

Caminaron en silencio y Ajác podía ver el nerviosismo que sentía el muchacho, lo que era algo comprensible después de lo que le había confesado. Por un lado, era uno de los magos de la señora Viktoria y, por otro, debía enfrentarse a Vila. Tareq caminaba con la cabeza baja y el rostro cubierto por un pañuelo, para evitar ser visto por los pobladores de la ciudad.

—Deberías tranquilizarte. Nada malo sucederá. —Tareq la miró y Ajác se sobresaltó al ver que sus ojos eran grises—. ¿Qué haces?

Al instante los ojos de Ajác cambiaron también de color.

—Rastreo. Es lo que sé hacer. Rastreo por si se ha infiltrado alguno de mis compañeros.

Ajác asintió.

—No había pensado en eso, perdóname.

—*¿Sabes si alguien controló a la gente que pasó a la parte vieja de la ciudad?* —preguntó a Ajác a Mihaí.

—*¿Cómo dices?* —preguntó a su vez, asombrado.

—*Tareq está rastreando en busca de magos en nuestro camino hacia la Villa, por si algún mago de la Señora Viktoria se infiltró con la gente que huía del fuego.*

—*Hablaré con los demás.*

Unos minutos más tarde, Mihaí le confirmó que habían intentado hacerlo, pero que no pudieron ver a todos.

—Continúa rastreando —susurró Ajác—. No pudieron controlar a todos los que cruzaron.

Tareq asintió y siguieron caminando, cada vez a mayor velocidad. Cuando llegaron a la villa, los guardias los dejaron pasar y uno de ellos los escoltó hasta la cabaña donde se hallaba la sacerdotisa.

Al ingresar, Ajác se dirigió hasta la habitación en la que se encontraba Vila y Tareq esperó en la sala. Ajác se sentó en la cama, al lado de la sacerdotisa, y Tareq finalizó el hechizo que la mantenía durmiendo.

Vila abrió los ojos, se sentó de repente y abrazó a Ajác al verla junto a ella.

—Atacaron Palmeras —susurró—. Tareq… él dijo… ¿Tú estás bien? —preguntó y se alejó de ella para mirarla.

—Si, tranquila.

—Él… él quiso secuestrarme...

—Tareq está aquí.

Vila saltó de la cama, corrió hasta la puerta y Ajác fue tras ella. La sacerdotisa corrió por el pasillo hasta las demás habitaciones y, luego, regresó sobre sus pasos para dirigirse a la sala. Se detuvo al ver que Tareq estaba allí.

Recién al volver a ver al muchacho, Ajác comprendió el comportamiento de Vila. Los magos aún no se habían lavado ni cambiado y ambos tenían el rostro y sus vestimentas cubiertas de hollín, sangre seca y tierra. El rostro de Tareq estaba golpeado y Ajác había sufrido quemaduras en las mejillas y en las manos al ayudar a la gente de las cabañas.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? —sollozó. Vila se abalanzó sobre él y comenzó a golpearle el pecho con los puños. Tareq permaneció de pie, sin moverse y sin atreverse a mirarla a los ojos.

—De no haber sido por él, las cosas hubieran sido peores de lo que ya son, Vila —dijo Ajác—. Él nos ayudó a salvar la ciudad.

—Yo podría haber sido útil ¿sabes? —dijo, ignorándola, con su vista clavada en los evasivos ojos de Tareq—, pero en cambio me mantuviste dormida… ¿cuánto tiempo? Ajác, ¿cuánto tiempo estuve así?

—Solo desde anoche.

Vila cerró los ojos, apoyó la frente en el pecho de Tareq y sus brazos cayeron a los lados. El muchacho levantó una mano con la intención de acariciar su cabello, pero no se atrevió a hacerlo y volvió a bajarla.

—¿Quieres escuchar lo que sucedió? —susurró Tareq.

La sacerdotisa asintió, Ajác la tomó del brazo y la condujo al comedor. Cuando los tres estuvieron sentados en torno a la mesa, Ajác

le contó todo lo que había sucedido la noche anterior. Luego, se puso de pie, ante las miradas de desconcierto de Tareq y Vila.

—Ustedes se deben una conversación en la que yo no esté presente. Hay cosas que no me corresponde decir. Estaré afuera por si me necesitan.

Ajác dejó la cabaña y se dirigió a la caseta de los guardias. Pidió permiso para asearse y los guardias la llevaron a una de las cabañas junto a la de Vila. Le enviaron vestidos limpios y una muchacha para que la ayude. Cuando terminó, se sentó fuera de la cabaña, a esperar. Conversó con Mihaí mientras los esperaba y él le informó que habían decidido llevar a Lehsa a las cercanías de Ciudad Capital y lo dejarían ahí para que pueda regresar por sus propios medios. Ajác le contestó que Tareq y Vila estaban conversando y que aún no sabía qué decisión tomaría.

Cuando cayó la noche, la sacerdotisa y el mago salieron a buscar a Ajác. Ella se puso de pie cuando los vio y se dirigió a los jóvenes.

—He tomado una decisión —dijo Tareq—. Me gustaría poder decirlo ante los demás también.

Ajác asintió y les hizo una seña, para dirigirse al salón donde esperaban sus compañeros.

5

Pyebra Ciudad Capital

—Princesa Lena, ¿dónde se encuentra? Le he traído su cena.

La nana colocó la bandeja en la mesa y comenzó a recorrer la habitación de la niña. Miró detrás de las cortinas, debajo de la cama y en el balcón.

—Señorita, ya no juegue; su madre se molestará conmigo si le llevo la bandeja con la comida sin tocar otra vez.

—Mi madre siempre está enojada. —La pequeña se asomó desde detrás de la puerta del vestidor. La nana sonrió al verla y se acercó a ella. La alzó y la llevó hacia la mesa.

—La señora Viktoria es una persona con muchas responsabilidades, por eso es que a veces parece enojada. —La nana sentó a Lena en una silla y acomodó la cena.

—La he visto, dentro de su cabeza. Con Dante está feliz, conmigo siempre está enojada. Con Dante pasa muchas horas en la sala de juegos, a mi me obliga a estar encerrada en esa horrible habitación vacía. A él le sonríe, a mi me grita cuando estoy cansada.

La niña comenzó a sollozar, se bajó de su silla y se abrazó a las piernas de su nana. La muchacha se sentó, la subió a su falda y le acarició el negro cabello mientras intentaba tranquilizarla.

—Tu madre está muy feliz contigo también, eres como ella y serás una maga muy poderosa, ya verás.

—Yo quiero jugar con mi hermano, quiero ir a correr al jardín y comer pasteles, no quiero ser una maga poderosa —dijo Lena entre llantos—. El señor Reda me odia, mi madre me odia, mi padre no viene a verme y estoy sola todo el día. Ya no quiero ser maga, ya no quiero que los maestros entren en mi cabeza para obligarme a hacer cosas, quiero estar escondida de todos ellos.

—El rey es una persona muy ocupada y...

—Mi madre le ha prohibido verme, también lo he visto.

—Mi niña —dijo la nana y la abrazó más fuerte—. Te traeré un regalo, para que ya no estés sola ¿quieres? Pero deberás comer toda tu cena ¿si?

Lena la miró sonriendo entre lágrimas y pasó sus pequeñas manitas por su cara.

—Si, quiero. Voy a comer hoy. ¿Cuándo lo traerás?

—Cuando termines de cenar —dijo la joven sonriendo a su vez.

Lena comió rápidamente y le pidió a la nana que se apresure a traer su regalo. La muchacha se llevó la bandeja de nuevo a la cocina y, a los pocos minutos, regresó con una canasta cerrada.

Lena estaba saltando en su cama, sin poder controlar su emoción, pero al ver la canasta su alegría se tornó seriedad.

—¿Me traes una canasta de regalo? —preguntó disgustada.

—No, princesa, el regalo está adentro.

La nana dejó la canasta en el borde de la cama y la niña se acercó. Al abrirla, sus ojos brillaron nuevamente.

—¿Cómo…? —Lena metió sus manos dentro de la canasta.

La nana se sentó junto a ella y la ayudó a sacar a dos pequeños cachorros, marrones y gordos. Los pequeños animales se acercaron a la niña moviendo las colas y Lena intentó abrazarlos mientras ellos trataban de lamer sus mejillas.

—Estoy muy feliz, de veras estoy muy feliz.

—Yo te ayudaré a cuidarlos y deberás educarlos para que se comporten y no rompan las cosas aquí, ¿si lo harás?

—Si, nana. ¿Pueden dormir conmigo?

—Pueden dormir donde tú quieras, tesoro.

Lena jugó con los cachorros hasta que los tres se quedaron dormidos por el cansancio y la nana se retiró a su habitación después de haber acomodado y haber limpiado el desorden que habían hecho.

Lena se despertó temprano esa mañana y desayunó sentada en el suelo, junto a sus dos cachorros. Ella tenía la costumbre de entrar en las mentes de todas las personas que la rodeaban. Nadie le había enseñado a hacerlo y nadie le había dicho, tampoco, que estaba mal, por lo que también hizo el intento de entrar en la mente de los cachorros.

Estas eran diferentes a las de los humanos, pero se sintió bien. Había en ellos curiosidad, hambre y el deseo de estar con su madre. Lena los tranquilizó, diciéndoles que ellos eran ahora sus amigos y que los iba a cuidar y a abrazar todas las veces que pudiera.

—*Ahora me tengo que ir* —dijo la niña—, *pero volveré a la hora de la comida. Deben portarse bien y no romper nada o mi madre se enojará, ¿si?*

Lena pudo sentir que los cachorros no comprendían lo que había querido decirles, pero los abrazó unos momentos y dejó la habitación. Cuando la puerta se cerró, los cachorros comenzaron a aullar y a rasguñar la puerta. La niña volvió a entrar y los cachorros se abalanzaron sobre ella. Lena rio y esta vez se comunicó con ellos transmitiéndoles emociones, su amor y su felicidad al estar junto a ellos.

—*¿Comprenden? Eso quiero decir cuando digo que me voy a ir, pero que voy a regresar. No deben llorar porque alguien los va a oír. Esperen por mí.*

Lena volvió a dejar la habitación y, esta vez, los cachorros no lloraron cuando cerró la puerta. Corrió por los pasillos que llevaban hasta la sala donde recibía sus entrenamientos y todo el camino estuvo pensando cómo hacer para esconder a los cachorros de su madre, ya que cuando ella entrara en su mente sería lo primero que vería. Estaba tan feliz de tener compañía, que iba a ser imposible que no lo notara. Además, ella siempre estaba triste y desganada y hoy se sentía más animada que nunca. Lena se detuvo a mitad de camino.

«Tengo que protegerlos de ella. Necesito un cofre para esconder a mis cachorros» pensó y sonrió al imaginarse poder hacerlo. Decidió que se retrasaría unos momentos para intentar resguardar sus sentimientos. Su madre se enojaría de todos modos, siempre se enojaba.

La pequeña giró a la izquierda y corrió unos metros hasta que dio con una escalera. No le gustaban las escaleras, sus pequeñas piernas aún no le permitían subir de manera rápida como lo hacen los adultos. Se sentó en el primer escalón y cerró los ojos. Imaginó ver un cofre como el que había en la habitación de juegos. Trató de recordar todos los detalles que tenía. El color, su rugosidad, su aroma a madera y el de la herrumbre de las bisagras; los herrajes plateados y los dibujos de la tapa. Cuando se sintió satisfecha de su apariencia lo abrió y guardó allí todos los sentimientos que le producían sus cachorros, incluso el miedo que tenía de que alguien los descubra. Volvió a cerrar el cofre, se puso de pie y corrió al ala sur, donde recibía sus lecciones.

Su madre se molestó por su retraso, pero Lena se sintió muy aliviada cuando al fin terminó su entrenamiento sin que notara nada extraño en ella. Lena corrió a toda la velocidad que sus piernas se lo permitían y llegó a su habitación para encontrarse con sus cachorros. Se asustó al no verlos apenas entró, pero después de buscarlos por todos lados notó que una de las cortinas estaba abultada de forma

extraña. Corrió la cortina con suavidad y los vio durmiendo uno sobre el otro. Los acarició y los pequeños perros se despertaron moviendo las colas. La nana llegó poco tiempo después con el almuerzo para los tres y Lena, esta vez, almorzó en su mesa mientras los cachorros hacían lo propio sentados a su lado. Lena colocó los platos uno de cada lado, para que no se peleen, y les dijo que debían comportarse al comer.

Estaba por terminar su almuerzo cuando su madre entró sin anunciarse. Lena no tuvo tiempo de esconder sus cachorros, y éstos corrieron hacia ella.

—¿Qué significa esto? —preguntó mirando con desprecio a los perros.

—Son mis cachorros, mi nana me los trajo de regalo ¿puedo quedármelos?

Viktoria los miró por un largo rato, mientras ellos intentaban llamar su atención, pero al no lograrlo, regresaron a sentarse junto a Lena.

—Está bien —dijo finalmente—, pero no quiero que te distraigan de tu entrenamiento ¿entendido?

Lena aplaudió, feliz, prometiéndole a su madre que no iba a distraerse ni iba a volver a llegar tarde a sus lecciones.

Viktoria dejó la habitación sin decir una palabra más. La nana recogió los platos y salió unos minutos después. Lena jugó con los cachorros hasta que uno de los maestros fue a buscarla para su lección siguiente.

Al caer la noche, Lena terminó con su última clase y fue corriendo hasta su habitación. Los cachorros la estaban esperando sentados frente a la puerta y saltaron hacia ella ni bien la abrió. Lena se sentó en el suelo a jugar con ellos hasta que, unos minutos después, entró una muchacha a la que Lena no conocía.

—Princesa Lena, yo soy Teka, su nueva nana. —Se presentó la muchacha—. Ya le he preparado su baño y...

—¿Dónde está mi nana? —Lena se puso de pie—. Vete, quiero a mi nana.

—Ella ya no se encuentra en el palacio, princesa.

—¡Quiero a mi nana! —gritó Lena. La nueva nana se acercó a ella e intentó alzarla en brazos, pero Lena comenzó a gritar más fuerte.

—No te atrevas a tocarme, vete y dile a mi nana que regrese.

Los cachorros corrieron a esconderse debajo de la cama. La puerta se abrió y entró su madre.

—¿Qué es este escándalo? —Viktoria tenía el ceño fruncido y su

voz retumbó sobre las demás.

—Quiero a mi nana, ¿dónde está?

—Tu nana se ha marchado —dijo Viktoria, sin emoción alguna.

Los ojos de Lena se encendieron como dos pequeñas brasas e ingresó a la mente de su madre.

—*¿Dónde está mi nana?* —gritó, mientras comenzaba a pasearse, enfurecida, entre los recuerdos de su madre. La mujer se tomó la cabeza con ambas manos y cerró los ojos.

—*Desobedeció las órdenes, Lena* —dijo Viktoria con la voz entrecortada—. *Tuvo que recibir un castigo por eso.*

—*No la castigaste, la asesinaste.* —La niña comenzó a llorar al ver un recuerdo donde Viktoria le decía a uno de sus guardias que la matase —. *¿Cómo pudiste, madre? Era la única persona que se preocupaba por mí, la única que me quería y que no me tenía miedo.*

Viktoria no era capaz de responder, su cara estaba contraída por el dolor y la niña no hizo ningún esfuerzo para evitar que sufriera. Quería que sintiera el dolor, la soledad y la falta de atención que ella estaba padeciendo. Por primera vez, comprendió a lo que su madre se refería cuando le decía que tenía que evitar sentir compasión por las personas. Su madre, en esos momentos, no representaba nada para ella y quería que sufriera para aliviar su malestar. Quería matarla para librarse de ella y de la presión constante en la que vivía.

Tareq estaba a punto de cenar cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta con insistencia. Cuando abrió se encontró a una muchachita atemorizada y nerviosa.

—¿Quién eres? —preguntó, confundido.

—Soy Teka, la nana de la princesa. Debe venir, mi señor, la niña está atacando a la señora Viktoria.

Tareq rio.

—Aún no tiene dos años ¿qué daño puede hacerle a su madre? —preguntó con una mueca. La nana tiró de su brazo, con urgencia y Tareq la miró con desconfianza.

—La niña tiene los ojos encendidos como el fuego de las antorchas, mi señor, y la señora acaba de desmayarse. Apresúrese, se lo ruego.

Tareq no sabía que la pequeña hija del rey también era maga, pero le bastó con que la nana describiera sus ojos para darse cuenta que no mentía. Se apresuró a seguirla, mientras la muchacha lo guiaba a sus habitaciones.

Cuando entró, vio que la princesa Lena estaba sentada en el suelo,

llorando mientras abrazaba a dos cachorros marrones. Al mirarla supo que aún estaba utilizando sus poderes. La señora Viktoria yacía en el piso, inmóvil.

Tareq sintió que la niña entraba en su mente y, también, sintió el enojo y el dolor que acompañaban su presencia.

—*¿Quién eres?*

—*Mi nombre es Tareq Sabah. Soy un mago y vivo aquí.*

—*Te ha traído la nana nueva, ¿no es así? Tiene miedo que la lastime a ella también.*

—*Por supuesto que tiene miedo, estás atacando a tu madre.*

—*Dile que no le haré daño, estoy enojada con mi madre porque mató a mi nana*

Tareq respiró profundamente y se sentó a su lado.

—*¿Tus cachorros ya tienen nombre?* — preguntó, intentando distraerla. La niña movió la cabeza de lado a lado—. *Deberías buscarles unos. Si quieres puedo ayudarte.*

Lena hizo una mueca que intentaba ser una sonrisa, pero sus ojos continuaban llorando.

—*Sientes lástima por mí* —dijo Lena.

—*Si* —dijo Tareq—*, ninguna niña debería sufrir lo que tú estás sufriendo. Puedo sentirlo yo también.*

—*Vete.*

—*No, no me iré. Quiero ser tu amigo y ayudarte.*

—*Estás mintiendo, solo quieres que deje a mi madre.*

—*Las personas no podemos mentir en nuestra propia mente ¿lo sabías?* —Lena negó moviendo la cabeza—. *Si digo una mentira, la verdad habla detrás de mí. ¿Conoces los colores?* —Lena asintió esta vez—. *Fíjate, el sol es azul.*

En la mente de Tareq, apareció una imagen real del sol, iluminando todo el interior. La niña miró fascinada el astro hasta que desapareció, unos segundos más tarde.

—*Los caballos tienen alas* —dijo cuando se apagó el sol y una imagen de un caballo blanco apareció corriendo a su alrededor.

—*Me gustan los caballos* —dijo Lena.

—*¿Has visto? No podemos mentir en nuestras mentes.*

—*Así que es cierto que quieres ayudarme y ser mi amigo* — dijo Lena sonriendo, mientras se limpiaba la carita con las mangas de su túnica. Sus cachorros se habían dormido.

—*Por supuesto. ¿Ahora puedes dejar de atacar a tu madre así se la llevan de aquí?*

—*Quiero que sufra como yo estoy sufriendo.*

—Tu madre está desmayada, está dormida, ya no puede sentir lo que le sucede, estás perdiendo el tiempo con ella. En lugar de eso, podríamos buscar dos buenos nombres para tus cachorros, ¿qué dices?

Lena se retiró de la mente de Tareq, dejó a los cachorros a su lado, se puso de pie y se acercó a su madre. Le corrió el cabello de la cara y la miró por largos minutos.

—Llévatela —dijo y levantó la mirada hacia la muchacha que permanecía en la puerta, sin atreverse a entrar. La nana les hizo una seña a los guardias y éstos entraron, levantaron a la señora Viktoria y salieron. La nana salió detrás de ellos, cerrando la puerta tras de sí.

Tareq se quedó con Lena hasta cerca de la medianoche, cuando la niña se durmió. Al dejar la habitación, vio a la nana esperando afuera.

—Mi señor, ¿cómo está la niña?

—Está dormida ya. Estaba enojada con su madre por haber matado a su nana anterior. —La muchacha lo miró con espanto y Tareq pudo comprender su reacción. Al mínimo error, ella sería la próxima—. Es una niña muy buena, no debes tenerle miedo, no te hará daño. Es más adelantada que el resto de los niños, es muy inteligente y habla como un adulto, pero también le gusta jugar y hacer travesuras. Trátala como a una niña normal y ella se comportará como tal.

—Gracias, mi señor. Así lo haré.

—No dudes en buscarme si algo ocurre.

A la mañana siguiente, Tareq asistió a los entrenamientos pero la señora Viktoria no estuvo presente. A mediodía se presentó uno de los guardias y le informó que la señora Viktoria deseaba hablar con él. Tareq lo siguió en silencio hasta una de las salas del ala sur, donde se daban las lecciones a los aprendices y que, en ese momento, se encontraba vacía.

—Tareq, querido, toma asiento —dijo, invitándolo a sentarse en un almohadón. Tareq obedeció y se sentó frente a ella—. Me dijo Teka, la nana de mi hija, que anoche fue a buscarte cuando… cuando Lena me atacó.

—Así es, mi señora. ¿Cómo se encuentra?

—Aún un poco confundida, pero nada que no pase con el tiempo. Gracias por tu ayuda, no se qué hubiera sucedido si Lena continuaba atacándome.

—Por nada, mi señora, sólo hice lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho.

—Lena se está volviendo rebelde. Cada vez tiene menos ganas de

entrenar y me hace perder la paciencia con demasiada frecuencia, pero ésta es la primera vez que ataca a alguien. Temo que su rebeldía la lleve a dañar a alguien más y no sé qué hacer con ella.

—¿Dejaría que me acerque a ella? ¿Que la visite con más frecuencia? Quizá logre descubrir cómo hacer para que se interese más por sus entrenamientos.

—Me parece una buena idea, querido. Ya fuiste capaz de controlarla una vez, no dudo que podrás volver a hacerlo, llegado el caso.

«Por un demonio, habla de su hija como si hablara de un caballo» pensó Tareq, aliviado de que ella no estuviera en su mente en ese mismo momento; de lo contrario, sentiría todo el desprecio que le causaba la conversación.

—Iré a visitarla por la tarde, después de los entrenamientos, si me lo permite.

—Por supuesto. Ya puedes retirarte.

Tareq se puso de pie y dejó la sala con una reverencia. Comenzó a caminar hacia su habitación, que se encontraba del otro lado del palacio, esquivando a la gente que se cruzaba; no estaba de humor para conversaciones triviales. Sin embargo, pensó que pasar a visitar a Lena por unos momentos, quizá, sería una buena idea. Quería asegurarse que la pequeña esté bien.

Tareq se desvió de su recorrido y caminó hasta la puerta de Lena. Levantó la mano para golpear y antes de hacerlo, la puerta se abrió de golpe. El señor Reda Almairon apareció frente a él y sus miradas se cruzaron por unos segundos.

—Muévete de mi camino, escoria. —Reda lo miró con desprecio. Tareq bajó la cabeza en una reverencia, dio unos pasos hacia atrás y el hermano del rey se alejó caminando apresurado.

Tareq esperó unos momentos y luego golpeó la puerta. Lena le contestó desde adentro, preguntando quién era.

—Soy Tareq, anoche vine a verte, ¿recuerdas? —La puerta se abrió y la pequeña se abrazó a sus piernas. Tareq sonrió, sorprendido—. Vine a ver como se encontraban tú y tus cachorros.

—Estábamos por almorzar, pero vino mi tío Reda. Viene cuando tiene malos días, a gritarme —dijo con tanta naturalidad que a Tareq le dio un escalofrío. La pequeña se dirigió a la mesa y se trepó a la silla, mientras sus cachorros se quedaban uno a cada lado.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—Mi padre ya no viene a verme, mi madre se lo ha prohibido, y a mi madre no le importa lo que me suceda, mientras entrene y sea

capaz de hacer las cosas que ella quiere que haga.

—Entra en mi mente Lena, me gustaría decirte algo.

Los ojos de Lena se encendieron y Tareq vio a la pequeña aparecer entre sus pensamientos.

—Esta mañana hablé con tu madre sobre lo que sucedió anoche. Le pregunté si estaba de acuerdo con que te visitara y accedió. Le mentí diciéndole que era para convencerte de que entrenes con más ganas, pero en realidad solo quisiera pasar tiempo contigo, para acompañarte.

—Ya veo. Quiere seguir controlándome. Gracias Tareq, pero no hace falta. Ahora tengo mis cachorros conmigo, no necesito tu lástima.

—No es por lástima. Quiero ayudarte y hacerte compañía, nada más. Te diré algo, que es un secreto. Y es tan grande que si alguien llega a saberlo, me cortarán la cabeza.

—No me lo digas entonces, no sabría como ocultarlo. Los maestros y mi madre entran en mi mente todo el tiempo. No puedo esconder nada. Excepto por los cachorros. Fui capaz de ocultarle a mi madre que tenía a los cachorros durante toda la mañana de ayer, hasta que ella vino a mi habitación y los vio con sus propios ojos.

—¿Crees que podrías hacerlo por más tiempo?

—No lo sé. No quisiera arriesgar tu secreto, Tareq. Cuando sea capaz de hacerlo, te lo diré y podrás contármelo.

—Está bien. Hay otra cosa que quisiera que sepas. Los magos de Palmeras, una ciudad al norte de Pyebra, son capaces de crear murallas en sus mentes. De esa forma, protegen sus pensamientos de los magos que quieren atacarlos. No sabemos cómo lo hacen, ninguno de nosotros ha sido capaz de hacer esas murallas. Se derrumban a los pocos minutos y volvemos a quedar expuestos. Como tú fuiste capaz de ocultar a tus cachorros, quizás eres capaz también de crear murallas estables y protegerte de los demás.

El rostro de Lena se iluminó en una enorme sonrisa. La niña bajó de su silla y se arrojó sobre Tareq. El muchacho la miró asombrado.

—*¿Debo… puedo abrazarte?* —preguntó, sin saber que hacer con ella. La niña asintió y Tareq la subió a su falda, la rodeó con sus brazos y le acarició el suave cabello.

—Gracias Tareq. Intentaré hacer esas murallas, así ni los maestros ni mi madre vuelven a molestarme.

—Debes tener cuidado, pues no sé como reaccionarán cuando las vean.

—Me da igual, sólo quiero mantenerlos lejos de mí. Quiero ver a mi padre y volver a jugar con mi hermano, lo que digan los maestros me tiene sin cuidado.

—Entiendo. También quisiera lo mismo.

6

Viktoria regresaba al palacio en un carruaje modesto, para evitar ser molestada por la gente de Ciudad Capital. Sentía gran desprecio por todo lo que la rodeaba, la gente, el idioma, las costumbres, el maldito calor. No había nada en esas tierras que le produjera satisfacción, a excepción de sus discípulos. Ni tan siquiera sus hijos. Había sentido cierto orgullo al ver que Lena era maga, pero la niña se estaba tornando cada vez más peligrosa. El ataque que había sufrido días antes le había demostrado que Lena no era capaz de controlarse si se enojaba y lo que más le molestaba era que ella no había sido capaz de defenderse de su ataque. Eso la había llevado a pensar cómo solucionar ese asunto y, por esa razón, había ido a ver a los alquimistas que el rey Kirios había convocado a Ciudad Capital. Necesitaba con urgencia que den con una poción para inhabilitar los poderes de los magos y así poder controlar a Lena, aunque eso significara que no volviera a utilizarlos. Lamentaba tener que perder el poder de la niña, pero era mejor eso al riesgo que corrían los demás e, incluso, ella misma.

La Dama de la Cueva no había estado de acuerdo con su decisión, le había sugerido aislar a la niña como castigo, pero Viktoria creía que eso iba a afectar aún más su carácter.

Al llegar al palacio, Viktoria se dirigió a la sala de juegos, donde estaba Dante con su nana. El niño corrió a su encuentro al verla y Viktoria lo levantó en brazos por unos minutos. Luego el niño quiso bajarse y, al dejarlo en el suelo, el pequeño corrió a buscar uno de sus juguetes para llevárselo a su madre. Era una pequeña muñeca de tela, de vestido azul.

—Lena —dijo el niño.

—¿Es tu hermanita? —preguntó su nana.

—“Quiero Lena”, madre.

—Lena no puede venir ahora, pero te prometo que pronto vendrá a jugar contigo.

—Hoy estuvo preguntando por la princesa todo el día, mi señora.

Podría venir a jugar con Dante, ¿no cree?

—Lena está muy ocupada con sus entrenamientos, Erfa, apenas si le queda tiempo libre.

—Comprendo, mi señora —dijo la nana y bajó la mirada.

Alguien golpeó a la puerta y la nana fue a abrir.

—Déjanos —dijo Reda ni bien dio un paso en la habitación y la nana salió sin objetar.

Reda se acercó a Viktoria y la tomó de la cintura; Dante, al verlo, corrió a esconderse detrás del cofre donde guardaban sus juguetes.

—No, Reda, está el niño aquí —susurró—. Puede decírselo a alguien.

—Mocoso de porquería. —Reda se alejó y miró con desprecio hacia el lugar donde el pequeño se escondió—. ¿Cuando tendrás tiempo para mí? Te la pasas todo el día con estos niños y nunca puedo verte.

—Son mis hijos, Reda, y son mi prioridad, ¿cómo te atreves a hablar así de ellos?

—Son tus hijos, no los míos. No tengo porqué sentir algo por ellos. Lo único que hacen es alejarme de ti.

Viktoria rio.

—Pareces un niño caprichoso, reclamando atención.

—Será porque necesito atención —dijo Reda, y esta vez acercó a Viktoria hasta él, tirando de su brazo. Viktoria intentó apartarse, pero Reda la sujetó con fuerza y la besó.

—Esta noche ven a mi habitación —dijo Reda en voz baja y Viktoria asintió. Él sonrió y se apartó—. Me ha dicho la Dama que has ido a verla porque no sabes qué hacer con Lena —dijo y se sentó en el sillón que había en un rincón—. No deberías haberle enseñado a usar sus poderes desde tan pequeña.

—Ese no es tu problema.

—No me sorprendería que un día de estos ataque a alguien más.

—Ya me estoy ocupando del asunto, Reda, no necesito de tu opinión.

El hombre levantó las manos, dándose por vencido.

—Solo decía —Reda se puso de pie, se acercó a la puerta y agregó antes de marcharse—: Te espero esta noche.

Viktoria le dio la espalda, sin dar ninguna respuesta, y fue en busca de su temeroso heredero.

7

Lena y Tareq estaban sentados en la alfombra, jugando con los cachorros, cuando se escucharon fuertes golpes en la puerta. Alguien quiso abrirla, pero estaba con llave y, desde afuera, se escuchó que un hombre le ordenaba a Lena que abriera. La niña se puso de pie de un salto y le dio los cachorros a Tareq.

—Escóndete —dijo apresurada.

—¿Quién es? —susurró.

—Mi tío, ¡escóndete!

Tareq, de muy mala gana, se escondió en el vestidor con los cachorros en sus brazos. Momentos después, Lena abrió la puerta y Reda Almairon entró. Tareq no podía verlos y no se atrevía a abrir la puerta por temor a que él lo note.

—"*Hoy me dijeron que atacaste a tu madre, pequeña bruja*" —dijo Reda—. "*Tú y tu hermano no son más que un dolor de cabeza, no se porqué han nacido*".

Se escucharon los pasos de Reda sobre el suelo de madera.

—*"¿Qué estás escondiendo?"* —lo oyó decir.

—"*Nada, tío"* —contestó Lena, con la voz temblorosa.

—"*Cállate, no soporto escuchar tu voz*".

Tareq oyó que los pasos se acercaban hacia donde él se encontraba, por lo que durmió a los cachorros y los escondió en un rincón. Escuchó que Lena corría y le decía a su tío que no tenía nada escondido y, luego, se oyó el sonido de un golpe. Tareq abrió la puerta al mismo tiempo que Reda y vio que Lena estaba arrodillada en el suelo, con la mejilla marcada y sus ojos llorosos comenzaban a encenderse peligrosamente.

Lena levantó una mano y Tareq, sin pensarlo, agarró a Reda de su camisa y lo empujó contra la pared.

—Quítame las manos de encima —dijo Reda, apretando los dientes.

—Mire a Lena —dijo Tareq sin soltarlo.

Reda miró detrás de Tareq, sus ojos se agrandaron al doble de su tamaño y volvió a mirar al muchacho.

—Tareq, déjanos —dijo la pequeña.

Reda movió la cabeza de lado a lado, Tareq lo soltó y se apartó.

—No, Lena, ¿qué harás? Por favor, no fue mi intención… —murmuró.

—Arrodíllate.

Reda se puso de rodillas y Lena lo miró a los ojos mientras en su mano se formaba una pequeña esfera de luz blanca. Reda había perdido todo el color de su rostro y su mandíbula temblaba. Después de lo que pareció una eternidad, Lena hizo desaparecer la esfera y sus ojos regresaron a la normalidad.

—No te atrevas a volver a tocarme. —Lena le dio la espalda y murmuró—: Retírate.

Reda dejó corriendo la habitación, sin cerrar la puerta.

—De no haber estado tú aquí, tal vez lo hubiera matado —dijo Lena sin emoción alguna en su voz—, o lo hubiera lastimado. Me gustaría lastimarlo.

—Los dioses no lo quieran, pequeña, no hables así.

—Mi madre me está entrenando para esto, Tareq, me está entrenando para matar. Si no lo hice, fue porque tú estás aquí y siento que soy diferente cuando estás a mi lado.

Tareq se sintió asqueado por lo que escuchó decir a la pequeña. Aún no cumplía los dos años y hablaba de matar a alguien con tal indiferencia que le helaba la sangre. Más que antes, sintió deseos de escapar de ese lugar tan terrible, y de ser posible, llevar a la niña con él.

—Entra en mi mente —dijo finalmente y se sentó en uno de los almohadones que había sobre la alfombra.

Lena obedeció, él le mostró lo sucedido en el templo de la aldea y, luego, lo ocurrido en la noche que atacaron la ciudad de Palmeras.

—Ese es tu secreto, Tareq —susurró Lena cuando Tareq dejó de mostrarle sus recuerdos. La pequeña, que en un principio estaba sentada junto a él, se había puesto de pie y lo estaba abrazando. En los ojos de Tareq algunas lágrimas amenazaban con caer—. Por eso estás aquí conmigo, tú también odias todo esto.

Tareq asintió, tenía un nudo en la garganta que no le permitía emitir ningún sonido.

—Larguémonos de aquí —dijo Lena de repente, alejándose de él y mirándolo con una sonrisa—.Vayámonos a esa ciudad de las palmeras, tú y yo… y los cachorros. Allí hay gente buena que puede ayudarnos y nosotros también podremos ayudarlos a ellos. Podemos vivir en la cabaña de la mujer de cabello plateado y brillante sonrisa y los

cachorros tendrán mucho jardín para correr.

Tareq sonrió ante la inocencia de la pequeña, la cabaña cabía perfectamente en la habitación de Lena y pensó que se sentiría ahogada en ese lugar.

—*No es una buena idea, Lena* —dijo entrando en su mente—. *Si regresé fue para poder ayudar a los demás intentando averiguar todo lo que sucede aquí, si me voy, no podré ser tan útil. Tú tienes a tu familia, quizás pueda convencer a tu madre de que te permita pasar más tiempo con ellos y así las cosas no serían tan difíciles para ti.*

—*Tienes razón, no me gustaría dejar a mi hermano. ¿Y si lo llevamos con nosotros?*

—*¡De ninguna manera! Me culparían de secuestrar a los dos príncipes, no solo a uno. Puede que ir solo contigo no sea del todo malo, porque tú decidirías ir, pero con el príncipe es diferente. Los soldados del rey caerían sobre Palmeras como una tempestad, y destruirían aún más la ciudad. No, es una pésima idea.*

—*Me gustaría ir a ese lugar. Ahí parece que todo es más lindo.*

—*A mi también me gustaría ir, sin embargo a veces lo que queremos no coincide con lo que debemos hacer. Te prometo que si las cosas se vuelven insoportables para ti, te ayudaré a escapar, pero primero haremos un intento para que funcionen, ¿te parece bien?*

—*No creo que nada funcione con mi madre, Tareq, tú me has hecho ver las cosas de forma diferente a la manera en que ella las ve. No hay posibilidad de que ella entienda el punto de vista de alguien más.*

—*Haremos el intento ¿si?* —Lena asintió—. *¿Cómo vas con las murallas? ¿Has practicado?*

—*La verdad es que ya no lo recordaba. Ahora tengo tu secreto y debo protegerlo, así que tengo una razón más para intentar hacer las murallas, gracias por recordármelo.*

La nana llegó a la habitación trayendo la bandeja de la cena. Tareq recordó a los cachorros, fue a buscarlos, los despertó y dejó a Lena con ellos, ya era hora de marcharse.

8

Palmeras, Pyebra

—Mihaí. ¿Estás bien?

Mihaí se sentó en su cama, sobresaltado. Ajác despertó y él la tranquilizó para que vuelva a dormir.

—Maestro.

—Mihaí… Que alegría saberte vivo —dijo aliviado—. *¿Dónde te encuentras?*

—En Palmeras, maestro. —Mihaí se vistió y salió al jardín de su casa. Él y Ajác estaban viviendo temporalmente en la villa, al lado de la cabaña de Vila, hasta que terminaran de reconstruir la zona afectada por la última incursión de los magos de la señora Viktoria.

—Eso está muy bien, Mihaí. Mi compañero felino y yo vimos lo que sucedió en Palmeras, no me atreví a contactar a alguien más por temor a no encontrarlos.

—Fue una gran matanza, pero ninguno de mis compañeros ha muerto, maestro. En cambio, más de la mitad de los magos que vinieron con la señora Viktoria cayeron ese día.

—Mihaí, necesito que me digas algo. Una vez te enseñé una canción, ¿la recuerdas?

—¿La canción del árbol?

—Esa misma. Escúchame con atención y recuerda mis palabras. Verás, cuando se firmó la Ley de Protección, los magos accedimos a realizar un tratado para proteger a la magia más poderosa y así evitar que una nueva ola de violencia cause la misma destrucción que causamos en la última guerra. Ustedes conocen esos hechizos, se alojan en algún lugar de su mente inconsciente, pero no son capaces de utilizarlos. A algunos de tus compañeros le enseñé una canción como la que te enseñé a ti y en ellas se esconde un hechizo que ayudará a romper el tratado y a que recuerden y puedan utilizar todo el poder de la magia de los sagrados Astros.

“Para hacerlo, también, deberán contar con la asistencia de un

sacerdote o sacerdotisa, en lo posible alguien que sea de su confianza ya que deberán llevar a cabo la invocación de Efos o Sinmá. Ellos sabrán lo que debe hacerse. No será fácil, no será agradable y no muchos se atreven a realizarlo, pero es necesario que así se haga.

"La señora Viktoria recibió instrucción de la Dama de la Cueva, una bruja muy poderosa y malvada que sobrevivió al exilio, al igual que yo, escondiéndose. Lo que no sé es si la Dama le enseñó a Viktoria los hechizos antiguos. En caso de ser así, ellas también tendrán la oportunidad de utilizarlos. Tampoco sé a cuántos discípulos ha instruido la Dama directamente, lo que también es algo muy peligroso.

"He rastreado a la Dama, y creo conocer su escondite, pero estoy viejo e inútil y no me atrevo a enfrentarla. Temo que deberán acabar con ella antes de romper el tratado. No hay forma que puedan vencerla si liberan la magia antigua antes de enfrentarla, les lleva siglos de ventaja y resentimiento.

—Dígame dónde se esconde, maestro.

—Esta bruja siempre habitó en montañas y extraños recovecos entre las piedras, de ahí su apodo. No creo que haya cambiado de hábitos, después de todo, son buenos escondites. Lo más lógico sea que esté en Ciudad Capital, ya que está cerca de Viktoria. He sabido que Viktoria y su cuñado, el hermano del rey, salen con frecuencia del Palacio de Las Hojas. Puede que se dirijan al escondite de la Dama en sus paseos. Salen cinco carruajes iguales cada vez, y se dirigen a lugares distintos para confundir. Después de mucho tiempo siguiéndolos, mis informantes han logrado identificar el que ellos usan y han llegado al lugar a donde se dirigen. Ha sido difícil y ha costado muchas vidas, pero su sacrificio valió la pena. Hay una sola cadena montañosa en Ciudad Capital, pero su escondite fue bien elegido.

Mihaí comenzó a ver en su mente las imágenes de un modesto carruaje que iba por la ciudad, luego, la dejaba atrás y se dirigía hacia la selva. El carruaje tomó por un camino poco transitado para cruzarla y las imágenes parecían vistas por un ave que volaba en círculos sobre él.

Al terminar el camino, Reda Almairon descendió de la carreta y comenzó a caminar con dos guardias detrás, que le dieron la espalda una vez que él puso un pie en las rocas. Reda ascendió algunos metros y la imagen se desvaneció. Volvió a aparecer una imagen en la mente de Mihaí pero, esta vez, era un animal el que seguía su rastro. El dueño de los ojos vigilantes avanzaba escondiéndose entre rocas y arbustos cada pocos pasos. Lo siguió por varios metros hasta que Reda lo descubrió, lo emboscó y acabó con él. Mihaí no pudo más que sentir

compasión y agradecimiento por esos animales que se habían sacrificado para ayudarlos. Perdió la cuenta después que veinte de ellos perdieron la vida, aunque le siguieron muchos más. Aves, reptiles, insectos, zorros, liebres, todos ellos habían sido descubiertos y asesinados. Mihaí sentía un gran peso en su pecho cuando, finalmente, Reda llegó a su destino.

—Mihaí, debes recordar lo que has visto. Es doloroso y es cruel, pero ellos dieron su consentimiento y ofrecieron sus vidas para que esto sea posible. Honremos su memoria y hagamos que su sacrificio valga la pena.

—Si, maestro. Recordaré y lo haré por ellos.

—Me da gusto que lo comprendas, Mihaí. Debes hablar con tus compañeros. Dima sabrá quién de ustedes es más apto para cumplir con esta tarea. No pueden ir Tino, Drian ni Ade, ellos son esenciales para lo que vendrá después. Los que partan deberán escribir la canción que les enseñé, en caso de que los que sean elegidos la hayan aprendido. Si uno de ellos no regresa y la canción se pierde, no podrán romper el tratado.

—Comprendo, maestro.

—Una cosa más, Mihaí. Deben buscar entre los niños a aquellos que también tengan poderes. Es posible que encuentren a varios magos entre ellos. Encuéntrenlos y comiencen a entrenarlos. Serán necesarios. Me marcharé ahora, saluda a tus compañeros y diles de mi parte que les agradezco por su existencia.

—Adiós, maestro.

—No olvides, Mihaí. Nunca olvides.

El contacto de Lobo Blanco se desvaneció y Mihaí se quedó sentado en el jardín hasta que amaneció. Entró a despertar a Ajác y, mientras preparaba el desayuno, se contactó con sus compañeros para informarles que su maestro había hablado con él.

Se reunieron en el salón que acostumbraban utilizar y Mihaí les contó todo lo que había sucedido esa noche. Acordaron ir por Vila para que los ayude y Ajác fue por ella.

—No puedo hacerlo —dijo Vila una vez que le contaron—. Y no es porque no me atreva, es porque no tengo mis anillos.

—Nosotros sabemos que eres sacerdotisa, no tienes que comprobarnos nada.

—Los necesito para la invocación. La magia está en esos anillos y sin ellos no puedo lograrlo.

—¿Y si alguien te presta los suyos? —sugirió Bela.

—No me servirían los anillos de otra persona. La magia de los anillos es única para cada uno y solo funcionan con sus dueños. Lo lamento.

—Iremos por los anillos, entonces —dijo Dima.

—Yo iré —dijo Ajác—. Le prometí a Vila que lo haría.

—Está bien. ¿Algún otro voluntario?

—Me encantaría ir, pero mi tamaño no me permite montar un caballo. Solo te retrasaría, cariño.

—Está bien, Bela, no te preocupes —dijo Ajác con una sonrisa.

—Iré con Ajác—dijo Tino—. Si me lo permiten y están de acuerdo, por supuesto.

—Me parece bien —dijo Dima después de unos segundos de reflexión.

—Gracias. —Los ojos de Vila se llenaron de lágrimas—. Cuando tenga los anillos seré capaz de ayudarlos, cuenten con eso.

—Muchas gracias, Vila —dijo Dima—. Bien, prepárense para partir mañana al amanecer. Si alguno de ustedes dos ha aprendido la canción que mencionó Mihaí, por favor escríbanla antes de partir. Una vez que regresen comenzaremos a pensar en cómo acabar con esa mujer que el maestro mencionó. Ya pueden retirarse.

9

Unos pobres rayos de sol se colaban entre la frondosa vegetación de uno de los caminos de tierra que nacían en las puertas de Palmeras. Tino y Ajác se habían sentado en un claro entre los árboles, donde la hierba crecía suave y mullida a un lado de la polvorosa senda, para así pasar las horas de más calor cerca del agua. Llevaban cabalgando toda la mañana y tanto ellos como sus caballos estaban agotados.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ajác después de almorzar—. Estás más callado que de costumbre.

Tino se recostó en la hierba y transcurrieron varios minutos hasta que, al fin, habló.

—Yo vivía en Yarth Leg[4], con mis padres, en una hermosa casa en el centro de la ciudad. Era tan grande y con tantas habitaciones, que no soy capaz de recordar si alguna vez entré a todas ellas. Mi padre era comerciante, tenía varios barcos de carga, no sé cuántos… tenía nueve años cuando la bruja del rey llegó hasta la ciudad y lo único que me interesaba en esos momentos era hacer travesuras y cabalgar en la playa. Tenía un compañero, un muchacho que estaba todo el día conmigo y siempre estaba dispuesto a hacer lo que yo quisiera. Ahora que lo pienso, debe haber sido un esclavo de mis padres, por eso nunca me contradecía.

“Mis padres no dudaron ni un segundo en dejar nuestro hogar cuando una partida de carretas a cargo del hermano del rey llegó a buscar a los magos un tiempo después. Ellos… los dos tienen poderes. La noche que partimos, el maestro habló conmigo para advertirme sobre la señora Viktoria y le conté que nos estábamos marchando con el hermano del rey hacia Ciudad Capital. El maestro se alarmó y se preocupó. Me enseñó lo que Dima había visto en la mente de la señora Viktoria y le dije que regresaría a mi ciudad, aunque intentaría convencer a mis padres primero.

“Al día siguiente, les hablé pero no pude persuadirlos. Les dije que no quería ir con ellos y esa noche me ataron con sogas a los barrotes de una carreta. Escapé sin que lo supieran y regresé a Yarth Leg.

Cuando encontré mi casa, después de varios meses, otra gente vivía allí y los sirvientes me echaron como si fuera un perro sarnoso. Ellos me conocían desde que nací. —Tino cerró los ojos y apretó las mandíbulas varias veces antes de continuar—. Vagué por las calles por meses, hasta que escuché decir que el señor Jeno daría refugio en Palmeras a quienes se opusieran al rey. No volví a hablar con el maestro, pero escuchar que alguien se oponía al rey era lo que necesitaba oír. Me quedé por días en las inmediaciones del camino hacia Palmeras hasta que vi un grupo de gente que partía hacia allí y me uní a ellos. El señor Jeno nos recibió con mucha amabilidad y Áliza me contactó en las puertas, antes de entrar a la ciudad. Al día siguiente me buscaron y Dima me alojó en su casa hasta que me dieron una cabaña pequeña cerca del salón de prácticas, hace apenas un mes.

Tino se puso de pie, caminó unos metros hacia la orilla del río con su bota de agua y regresó minutos después.

—Vi a mi padre el día que atacaron Palmeras —dijo sin sentarse—. Casi lo mato, no me di cuenta que era él.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Ajác, asombrada.

—Quiso convencerme de seguirlo, me negué y desaparecí. Vi que corría a hablar con esa maldita bruja, por lo que mi siguiente aparición fue junto a ellos. Maté a tres de sus magos y tomé una mujer de rehén. La reina quiso persuadirme pero, como volví a negarme, mi padre me dio la espalda. Asesiné a la mujer y desaparecí.

—Por los dioses, Tino —dijo Ajác acercándose a él. El muchacho la miró con los ojos empañados y una solitaria lágrima rodó por su mejilla.

—Le dije que la próxima vez que nos encontremos, lo mataría.

Ajác lo abrazó y Tino sintió que su cuerpo se puso rígido pero, luego de unos momentos, sus músculos se relajaron y él también abrazó a la mujer. No pudo evitar que todo el peso del dolor que había guardado en los últimos años se manifestara en forma de lágrimas y se le formó un nudo en la garganta que le impidió hablar cuando quiso excusarse por su comportamiento.

—Está bien, Tino —susurró Ajác. El muchacho lloró por largos minutos, desahogando las penas que llevaba dentro y, cuando al final pudo controlarse, se secó las lágrimas, pero no se alejó de la seguridad y la paz que le brindaba Ajác.

—Hacía años que... nadie me abrazaba de esta forma—balbuceó.

Ajác se separó de él, le tomó el rostro con las manos y le limpió las lágrimas.

—No estás solo, ¿sí? Cada vez que necesites hablar, dímelo.

—Eres una mujer casada, Mihaí…

—Mihaí es el hombre más bueno y comprensivo de este mundo.

—Lo sé, pero…

—¿Crees que el pueda malinterpretarnos? —preguntó sin soltar su rostro—. Puedes ser mi hijo, Tino. Y tú necesitas una madre, aunque te veas casi como un adulto.

—Gracias, Ajác…

—Estamos juntos en esto, debemos ser fuertes y apoyarnos entre nosotros para no caernos en pedazos, ¿sí?

—Tienes razón. Muchas gracias…

Ajác volvió a abrazarlo una vez más.

—Debemos seguir, muchachote —dijo unos minutos después y se separó de él.

Cuando cayó la noche se apartaron del camino para descansar y esperar el amanecer.

—Tomaré la primera guardia —dijo Tino después de cenar—, de todas formas, no puedo dormir desde que atacaron Palmeras.

—¿Por tu padre?

—Por haber matado a ocho personas. No puedo sacarme de la cabeza lo que sucedió… Los recuerdos aparecen cada vez que cierro los ojos.

—Comparte tu dolor conmigo, Tino.

—No es necesario, Ajác, no te preocupes.

—No es solo por ti, sino por mi también —dijo la mujer en un intento de convencerlo—. Tenemos que estar atentos a nuestro entorno. Si estoy dormida y tú no notas que alguien se acerca, será malo para los dos.

—Entiendo, pero no sé como hacerlo.

—El maestro me enseñó. Debes dejar que entre en tu mente. Buscaré esos recuerdos y los retendré conmigo. Serán solo un par de segundos.

Tino accedió a hacerlo y las sensaciones que acompañaban esos recuerdos inundaron la mente de Ajác, sumiéndola en un profundo dolor. Sin embargo, al saber que esos sentimientos no le pertenecían, no le preocupó sentirlos por unos momentos si eso significaba aliviar a Tino de su pesar. Ajác se retiró de la mente del muchacho, pero no fue capaz de hablar en esos momentos.

—Ya me siento mucho mejor. No sé como podré pagarte todo lo

que estas haciendo por mí.

—Solo sé una buena persona, Tino —balbuceó con la voz ahogada por el nudo que se había formado en su garganta—, me puedes pagar siendo una buena persona.

—Así lo haré, te lo prometo.

Ajác intentó disimular lo que sentía y habló con la mayor normalidad posible, como si lo que acababa de ocurrir no le afectara.

—Bueno, ya vete a dormir, muchachote, tomaré la primera guardia. Debes estar agotado.

—La verdad que sí. Ahora sí podré dormir —aunque Ajác no podía verlo, el alivio de Tino se reflejaba en el tono de su voz.

La mujer apoyó la espalda en el tronco de un árbol, Tino se recostó a su lado y no pasó mucho hasta que comenzó a oírse la respiración calma del muchacho.

Más allá del malestar, que aún perduraba en ella, Ajác se alegraba de que Tino estuviera mejor. Sentía cierto cariño hacia él ahora que le había confiado su pasado y pensó que, a pesar de lo dura que había sido su vida, era un buen muchacho y siempre intentaba ser una distracción para los demás.

Sabía que Tino comenzaba una etapa difícil en el desarrollo de una persona, ella tenía tres hermanos y recordaba que habían sido criados con muchos consejos, interminables charlas y un sinnúmero de discusiones cuando los consejos eran ignorados. Tino no tendría eso.

Después de un rato, Ajác se puso en contacto con Mihaí y conversaron sobre lo que había ocurrido en el día de ambos. Ajác le habló sobre Tino y lo mucho que le preocupaba que el muchacho no sepa cómo manejar todas sus emociones ahora que vivía solo y que las cosas se estaban tornando cada vez peor para todos. Mihaí la consoló al decirle que pasaría más tiempo con él, tal como un padre lo haría.

Los árboles habían comenzado a escasear desde hacía algunas horas, el terreno comenzó a volverse cada vez más árido y, con el atardecer del tercer día, Tino vio por primera vez el desierto en toda su extensión. El muchacho quedó hechizado por su dimensión y por los colores que tomaba con la luz del sol a esa hora.

—Ajác, esto es maravilloso —dijo con una enorme sonrisa pintada en sus labios y en sus ojos—. Jamás imaginé ver algo así, me siento como una hormiga diminuta e insignificante.

—No le encuentro nada especial, yo nací entre la arena —respondió quitándole importancia.

—Y yo a la orilla del mar… y el mar es inmenso, pero esto… ¡esto es de otro mundo!

Tino frenó su caballo, desmontó y se quitó la túnica que lo protegía del sol. Se quitó también las botas y se echó a correr entre la arena, riendo como un pequeño niño. Ajác sonreía mientras conducía los caballos hasta uno de los últimos grupos de árboles que verían hasta su regreso a Palmeras.

—¡No te transpires! —exclamó al ver al muchacho escalar una duna—. ¡Cuando caiga el sol, se pondrá muy frío y puedes enfermar!

Cuando Tino regresó hasta ella, todo él brillaba por la mica que se había pegado en su rostro, en sus brazos y en su alborotado cabello al bajar rodando por la duna que había trepado.

—Me he quemado los pies —dijo Tino riendo—. No debería haberme quitado las botas.

—Tendría que haberte advertido, pero pensé que…

—Ha sido divertido, me quedaré con eso —luego agregó mirando a su alrededor—. ¿Se va a poner muy frío?

—Te costará creerlo y cuando la arena se enfríe, te congelará hasta los huesos.

—No podremos mantener la fogata por mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó con una mueca.

—Sería mejor no hacerlo. Pero no te preocupes, no dejaré que te congeles, puedo hacer fuego. —Ajác levantó su mano y unas pequeñas llamas flotaron sobre su palma.

—Tienes que enseñarme a hacer eso —dijo con una sonrisa.

—¿Qué elementos manejas?

—El maestro me enseñó solo a manipular el agua. No sé si podré con algún otro, no tuvimos mucho tiempo. No hablo con él desde que mis padres se marcharon a Ciudad Capital

—Bien, probaremos más adelante.

Ajác terminó de sacar de las alforjas lo necesario para pasar la noche y se sentó en contra de un árbol a ver a Tino entrenar con su espada, mientras esperaban a que se cocinen los conejos que había cazado el muchacho. Desde que habían dejado la ciudad, esa era la rutina que habían adoptado y, aunque parecía que Tino nunca se cansaba, cuando llegaba la noche se dormía ni bien se quedaba quieto y a Ajác le costaba despertarlo a la hora de cambiar la guardia.

Al atardecer del quinto día Ajác encontró la piedra donde Vila y ella habían pasado la noche cuando escaparon del templo, y estuvieron de acuerdo en que lo mejor sería no detenerse hasta llegar a las ruinas.

Al caer el sol, la luna se asomó a la izquierda del camino, lo que les facilitó seguir el sendero pedregoso que cruzaba entre las dunas y cuando la luna alcanzó su máxima altura, la pareja de magos llegó a las ruinas del templo donde Vila una vez fue sacerdotisa. La plateada luz iluminaba apenas los contornos de la construcción, un edificio cuadrado y de techo bajo, de paredes lisas.

—Estoy agotado —dijo Tino una vez que desmontó.

—Debemos tener mucho cuidado estando aquí, muchachote. —Ajác bajó de su caballo, lo acercó al bebedero y Tino la siguió—, me da escalofríos este lugar de solo recordar lo que sucedió. No voy a dormir esta noche, necesitaré estar despierta por si algo sucede.

—Pero tienes que descansar. —Se quejó mientras comenzaba a desatar las hebillas que sujetaban la montura.

—Lo haré mañana cuando regresemos, deberás guiar mi caballo —dijo Ajác, imitándolo.

—Cuenta con eso.

—Entremos, creo que podremos encontrar algunas mantas de más entre las pertenencias de Vila.

Una vez que terminaron con sus animales, se acercaron al templo y pudieron ver la puerta de madera que se encontraba abierta y el muro que Tareq había derrumbado meses antes. Dejaron las monturas junto a la puerta de entrada y Ajác hizo aparecer una muy pequeña luz en su mano, la hizo descender hasta la altura de sus rodillas y la dejó libre para que se moviera delante de ellos y, así, poder ver dónde pisaban. La arena había entrado por los huecos del muro y se había adueñado del suelo de piedra del salón principal. En la pequeña habitación de Vila, que había permanecido cerrada, no había presencia alguna de los diminutos y dorados granos.

—Puedes ocupar la cama de Vila. —Ajác se acercó a un baúl que había a los pies de la cama. Dentro, estaban los vestidos que Vila utilizaba para los rituales y celebraciones, las túnicas que utilizaba a diario y unas cuantas mantas. Ajác tomó una y se la puso sobre los hombros.

—Pero…

—En serio, no dormiré. Temo no poder darme cuenta si algo ocurre mientras duermo.

El muchacho se dio por vencido y, después de tomar un trozo de pan de su bolso, se sentó en la cama y se cubrió la espalda con una manta. Conversó con Ajác por unos momentos, mientras comía, y a los pocos minutos estaba profundamente dormido. Ajác se contactó con Mihaí para contarle las novedades y recibir noticias de Palmeras. Su

esposo le dijo que habían encontrado cuatro niños con poderes y sus padres les habían permitido entrenarlos. De momento no sabían de qué eran capaces, pero de a poco sus habilidades se manifestarían. En Palmeras, todos estaban felices y esperanzados con los niños e, incluso, el señor Jeno los había presentado en frente de una gran cantidad de ciudadanos en un acto llevado a cabo frente al Palacio de Gobierno de la ciudad.

Mihaí se despidió de su esposa cuando aún restaban muchas horas para que el sol volviera a iluminar las dunas y Ajác, por su parte, pasó toda la noche caminando de un lado al otro, asomándose entre los miradores de los muros que habían quedado en pie o entre los huecos que había abierto Tareq meses antes.

Una de sus manos comenzó a temblar y sentía un cosquilleo en algunos de sus dedos por la tensión acumulada en su cuerpo. Los nervios y el miedo que la acompañaban jugaban con sus sentidos y le hacían ver sombras que se movían entre la arena, que lucía como un mar de plata bajo la luz de la luna llena. A veces, le parecía escuchar voces y, en varias oportunidades, estuvo a punto de despertar a Tino, pero desistió a último momento. Era mejor que descansara mientras pudiera.

Cuando el sol comenzó a retirar, muy lentamente, el oscuro manto nocturno, Ajác despertó a Tino y, después de un muy pobre desayuno, se dirigieron al salón principal, que en esos momentos estaba iluminado casi en su totalidad. Ajác se paró en el centro del salón y miró a Tino.

—¿Por dónde empezamos? —dijo el muchacho mirando con desconcierto a su alrededor.

—Quédate en contra de un muro y no te muevas- —Tino abrió la boca para hablar, pero Ajác no le dio tiempo a hacerlo —. Hazlo.

Tino retrocedió unos pasos y apoyó su espalda en la pared más cercana. Ajác cerró los ojos y extendió los brazos delante de ella, con las palmas de sus manos hacia abajo.

—*Ecsa lazda* —murmuró.

Por unos segundos nada ocurrió. Tino estaba por preguntar qué había dicho cuando los escombros comenzaron a temblar y en la arena que había inundado la estancia se formaron unos cráteres de diferentes tamaños, que expulsaban lo que parecían ser gotas formadas por la misma arena. Ajác sonrió complacida.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tino, sin dejar su lugar.

—Ya puedes moverte, pero no camines sobre las marcas, por favor. Lo que utilicé es una de las palabras de poder. Las palabras de poder

se pronuncian en el idioma de los Astros y fueron descubiertas por los sabios de la Antigua Era. Son absolutos, que dan órdenes precisas y sin opción a ser malinterpretadas. Utilizan el poder del astro que ha decidido bendecirnos por lo que el hechizo no tiene posibilidad de ser interrumpido en caso de que nuestra energía esté próxima a agotarse.

—¿Me enseñarás a utilizarlas? —preguntó sonriendo como un niño al que le han regalado un dulce.

—Busca en los agujeros —dijo Ajác, mientras se agachaba e introducía su mano dentro de uno de ellos—, dentro de cada uno hay un objeto de oro. Nos llevaremos todo lo que podamos. Encontraremos los brazaletes de Vila, sus tiaras y por supuesto, los anillos. —Tino obedeció, se arrodilló en la arena y también comenzó a buscar—. Claro que te enseñaré, pero hay ciertos requisitos que debes cumplir, sino serás incapaz de hacerlo.

—Haré lo que me pidas.

—No lo digo yo. —Ajác rio—. Son reglas mágicas. Para empezar, debes poder comunicarte con tu astro, en tu caso, el Sol.

Tino se incorporó y la miró, con cierta decepción.

—¿Y cómo se supone que lo haga? Debo… no lo sé, ¿preguntarle algo? —Tino abrió los brazos y las dejó caer nuevamente.

—Lo aprenderás cuando llegué el momento de hacerlo, muchacho. No soy una maestra, aún me faltan muchas lecciones para llegar a serlo. Lobo Blanco te lo enseñará cuando estés preparado, eso tenlo por seguro.

—Eres grandiosa, ¿lo sabías? —dijo y volvió a agacharse para continuar con la búsqueda—. No importa que no puedas enseñármelo tú, pero eres una maga grandiosa. Me gustaría haber tenido una madre como tú.

Ajác se sentó en la arena y se quedó mirándolo por unos momentos. El muchacho continuó buscando, sin prestar atención a lo que ella hacía.

—Eso… Tino…

—¿Qué sucede? —preguntó mientras escarbaba en otro cráter.

—Quiero que sepas que he hablado con Mihaí sobre ti, y me gustaría… nos gustaría preguntarte algo. —Tino la miró esta vez—. Queríamos saber si tú... si te gustaría que seamos tus padres. —El muchacho no movió ni un músculo, ni tan siquiera para pestañear y Ajác pensó que tal vez no había sido una buena idea decirlo, por lo que se apresuró a hablar—: Aún no tenemos una casa, como sabes, todo se destruyó cuando nos atacaron, pero Mihaí está construyendo una nueva y hará dos habitaciones…

Tino se puso de pie de un salto y se acercó a Ajác. Sus ojos habían enrojecido y parecía que, de a poco, comenzaban a inundarse.

—¿Es en serio...? —tartamudeó—. ¿Es en serio que… quieren ser… mis padres?

—Solo si tú quieres, pero nos harías muy felices si aceptas. —Ajác se puso de pie.

—¿Puedo... ? —preguntó Tino y se acercó a Ajác un paso más.

—Claro que sí —dijo Ajác abriendo los brazos. El muchacho se abalanzó sobre ella y recostó la cabeza sobro su hombro.

—Ahora tengo una familia… otra vez —dijo entre sollozos y Ajác le acarició el rizado cabello.

—Por supuesto que sí —susurró. Después de unos minutos, cuando Tino logró calmarse, volvió a hablar—. Queríamos esperar a nuestro regreso, Mihaí quería estar presente cuando te lo preguntara, pero no pude esperar.

Ajác se separó de él y secó sus lágrimas con el pañuelo que cubría su cabello.

—Mi reacción seguro hubiera sido diferente, porque aún no conozco tanto a Mihaí, aunque sé que es un buen hombre.

—Es un gran hombre, ya lo verás. Él está tanto o más ansioso que yo. Hemos hablado mucho por las noches, cuando tú dormías.

—No seré un problema para ustedes, te lo prometo, obedeceré siempre y…

Ajác rio.

—No hace falta que me prometas nada, Tino —dijo y le tomó el rostro entre sus manos—. Sé que has pasado días difíciles. Quiero… queremos que seas tú mismo, no lo que nosotros digamos. —El muchacho sonrió y Ajác se separó de él—. Deberíamos continuar buscando, encontrar los anillos y regresar cuanto antes. No me gusta este lugar.

A media mañana, con las alforjas cargadas con la mayor parte de las pertenencias de Vila y las botas llenas de agua, dejaron el templo para regresar a Palmeras. La inmensidad del desierto, que en un principio había maravillado a Tino, terminó ganándose el desprecio del muchacho. Le irritaba la arena que se pegaba en todas partes, el calor del día y el frío de la noche también habían contribuido a su cambio de parecer y el hecho que, aparte de lagartijas, no hubiera presas para cazar acabaron por agotar su paciencia.

Faltaban pocas horas para que el quinto día del viaje de regreso

finalizara, cuando se internaron en la selva pyebrana y Tino volvió a sonreír en el momento en que pudo darse un baño en uno de los arroyos que atravesaban la selva hasta llegar a unirse con el río Thara.

—No más arena —dijo con una sonrisa cuando Ajác regresó de buscar leña—. Que me cuelguen si vuelvo a pisar el desierto.

Tino tomó su arco y se fue a cazar la cena, dejando sola a Ajác para que también pudiera darse un baño; una hora después regresó con un pequeño ciervo cargado en su espalda, y con una sonrisa que iluminaba más que el fuego que la mujer había encendido.

—Mira lo que he traído —dijo depositando el animal junto a la fogata—. ¡Esta sí será una cena como los dioses quieren!

—¡Vaya, qué buen cazador has resultado!

Tino sonrió orgulloso y comenzó a quitarle la piel con gran habilidad.

—Ya tengo pensado que haré con ella —dijo dándole la espalda a Ajác, una vez que terminó, para extender la piel sobre un arbusto—. Será para nuestra casa. No te diré aunque preguntes… es una sorpresa.

—¡Sorpresa! —exclamó alguien detrás de él. Un escalofrío le recorrió la espalda y, cuando quiso darse vuelta, el sujeto que había hablado lo golpeó en la cabeza. Lo último que pudo ver, antes de que sus ojos se cerraran, fue a Ajác inconsciente en el suelo, junto al fuego. Otro hombre, con el uniforme de los soldados de Pyebra, estaba arrodillado junto a ella, vendando sus ojos.

10

Tino intentó abrir los ojos pero, al igual que a Ajác, también lo habían vendado. Estaba recostado en el suelo y, cuando intentó sentarse, comprobó con desesperación que sus ataduras le impedían moverse.

—¿Quiénes son y qué quieren de nosotros? —preguntó sin dejar traslucir la preocupación que sentía.

—Los seguimos hace días. ¿Qué hacen dos personas solas viajando sin equipaje?

—No es tu asunto, déjennos seguir nuestro camino, no estamos molestando a nadie.

El hombre rio y se acercó al muchacho.

—Ya sabemos que la mujer es maga, niño, por eso vendamos sus ojos. Y los tuyos también, por precaución. Los hemos vigilado... ¿Sabes cuánto pagará la señora Viktoria por llevar su cabeza a Ciudad Capital? Seré rico, niño, ¡rico!

—¿Su cabeza? —Tino rio—. Estoy esperando a que te atrevas a hacerlo. ¿Donde está?

—Mis hombres cuidarán de ella, se entretendrán juntos —contestó riendo.

—Malditos sean, si la llegan a lastimar de alguna for…

—¿Qué harás, pequeñín? ¿Me convertirás en sapo? —El soldado volvió a reír y Tino sintió el aliento del hombre en su rostro.

Sin pensarlo demasiado, movió con fuerza la cabeza hacia delante y su frente chocó con la nariz del soldado, que se alejó de él al instante.

—Maldito seas —murmuró. El hombre se acercó nuevamente, unos segundos después, y Tino sintió que algo muy caliente se aproximaba a su rostro.

—Dime el nombre de la mujer…

—¿Para qué? De todas formas la matarás.

—Para saber cuánto dinero me pagarán por ella. Todos tienen distintos precios. —Tino sintió que el calor se retiraba y escuchó que el hombre hacía ruido, como si desenrollara un pergamino—. Por Dima Hidrym me pagarían 500 monedas de plata, por Shanyi Dokjusu

300 monedas de plata, por Mihaí y el calvo 300 monedas de plata, por cada una de las gemelas y Drian 100 monedas de oro. Por Ajác 300 monedas de oro si está muerta, 500 si la llevamos viva y el premio gordo es Tino Suhrah. 500 monedas de oro muerto, 1000 si lo llevamos vivo.

«*Demonios, nos están cazando como a los ciervos*» pensó Tino.

—Traigan a la mujer, quizás así el muchacho hable.

Tino escuchó las voces y risas de los demás hombres que acompañaban al soldado que había hablado con él y sintió que el hombre comenzaba a desatar la venda que le cubría los ojos.

«*El cabrón va a torturarla y quiere que lo vea, ¡maldito retorcido!*»

En cuanto sus ojos se acostumbraron a la luz de la fogata, vio a Ajác aún inconsciente. Tenía sangre en el rostro, su túnica estaba rasgada y sus piernas al descubierto. Sintió que la sangre hervía en sus venas como nunca antes.

—*Despierta, por favor, Ajác* —dijo con su voz mental, pero la mujer no respondió, ni tan siquiera se movió. Tino respiró varias veces para intentar calmarse. Debía ser cuidadoso y pensar lo que haría porque cualquier error podría costarle la vida a Ajác. Sabía que sus ojos lo delatarían apenas recurriera a sus poderes, por lo que debería moverse con rapidez y precisión.

—*¿Tino?*

—*Por los dioses que alivio… Escucha, tengo los ojos descubiertos, pero el cuerpo atado. No puedo sacarte de aquí.*

Los soldados sujetaron a Ajác, que permanecía con los ojos cerrados, mientras que el hombre que había hablado con él, se acercó a ella con un cuchillo en la mano.

—*Fíjate si consigues mover la venda de mis ojos, si puedes cortarla o liberar mis manos, no importa si me lastimas, pero ¡hazlo ahora!*

—¿Qué harán? —preguntó el muchacho y, al ver que nadie ponía su atención en él, acudió a sus poderes—. *Temo lastimarte, Ajác, no he aprendido a mover cosas, no sé si puedo hacerlo.*

—*¡Hazlo ahora, demonios, o lo que me harán ellos será peor!*

Tino, dudando, tomó el control del cuchillo que el hombre estaba acercando al pecho de Ajác. Cuando notó lo que estaba sucediendo, miró a Tino y vio que los ojos del muchacho se habían encendido como las brasas que estaban frente a ellos.

—Sorpresa —susurró Ajác ni bien fue capaz de abrir los ojos.

Los cuatro soldados que la sostenían se apartaron de ella y quisieron correr, pero entre Tino y la maga los inmovilizaron para que no pudieran escapar. Ajác, utilizando sus poderes, hizo uso del mismo

cuchillo que la había liberado para amenazar al oficial que estaba a cargo del grupo de soldados.

—Libera al muchacho —dijo y pinchó su cuello con la punta del arma—. Apresúrate, cucaracha.

El hombre obedeció y, con movimientos lentos y cuidados, se acercó a Tino, desató la soga que le sujetaba las manos y Ajác le ordenó que se aparte de él.

—Por poco y es tu día de suerte. La presento: ella es Ajác —dijo Tino con una sonrisa y luego agregó con un suspiro—, la señora Viktoria estará muy desilusionada contigo.

Tino terminó de desatar las sogas que le inmovilizaban las piernas y se acercó a Ajác, para cortar sus ataduras. La maga se puso de pie con algo de dificultad, se sostuvo en el brazo de Tino y miró su túnica desgarrada y manchada con sangre seca.

—¿Quién lo hizo? —Ajác posó la vista en cada uno de los soldados, que la miraban aterrados.

—Yo te lo diré —dijo Tino y sus ojos volvieron a encenderse.

El muchacho ingresó a la mente de cada uno de ellos y se abrió paso con brusquedad entre sus recuerdos buscando, también, algo que pudiera servirle para utilizar en contra del rey. Mientras tanto, Ajác permaneció inmóvil, amenazando al oficial. Los soldados no pudieron resistir la violenta intrusión del muchacho y se desmayaron luego de varios minutos.

Después de haber terminado, Tino señaló a dos de ellos.

—¿Qué harán? ¿Qué sucederá con ellos? —tartamudeó el oficial.

—Morirán —dijo Ajác—. De hecho, todos lo harán, pero esperaremos a que despierten, para que sean capaces de defenderse. No somos unas cucarachas como ustedes.

Tino tomó la soga que lo había sujetado, ató al oficial al tronco de un árbol y luego se sentó junto a Ajác a esperar a que los demás despertaran.

—*¿Cómo te encuentras?*— preguntó a Ajác después de unos minutos.

—*Estaré bien, no te preocupes.*

—*¿Ellos te… forzaron?* —Tino apretó los puños. Ajác no respondió y bajó la vista—. *No quise ver en detalle lo que había ocurrido, malditos sean.*

Se puso de pie de un salto, tomó una de las botas con agua y la vació sobre el rostro de uno de los soldados que había señalado antes y este se removió en el suelo cuando el líquido empapó su cabeza y su cuerpo.

El muchacho caminó hasta su montura en busca de su espada y

regresó a los pocos segundos.

—Ponte de pie, alimaña —dijo a su regreso, tomándolo de la camisa. Tiró una espada a sus pies y desenfundó la suya.

Tino le dio la espalda y se alejó de él; el soldado se agachó a recoger su arma y, cuando se levantó, se quedó mirándolo como si no fuera capaz de entender, todavía, qué era lo que estaba sucediendo.

—El chico no podrá contra él, ese es uno de los mejores espadachines que he visto—dijo el oficial con una mueca, señalándolo con la cabeza, y Ajác rio.

—No tienes una mínima idea de quién es, ¿verdad? —El soldado negó moviendo la cabeza a ambos lados y Ajác susurró—. Es Tino Suhrah. Mil monedas por llevarlo vivo ante esa maldita bruja que tienes por reina.

El rostro del oficial palideció y su mandíbula se movió, como si intentara hablar, pero ningún sonido salió de su boca.

Los ojos de Tino volvieron a encenderse y movió la mano que tenía libre. Una esfera de agua se levantó del arroyo que corría al lado del camino y cayó sobre los otros tres soldados. Los hombres se sentaron asustados, confundidos y empapados y Tino atacó al soldado que tenía frente a él.

—Defiéndanse, malditos sean—dijo Tino apretando las mandíbulas.

—¡A él! —exclamó a su vez el oficial, removiéndose exaltado ante la posibilidad que tenían sus soldados de poder capturarlo—. Capturen a ese maldito muchacho. ¡Serán mil monedas de oro!

Los soldados, aunque aturdidos, se arrastraron hasta sus armas y corrieron hacia donde se encontraba su compañero defendiéndose de los sablazos de Tino. El soldado parecía confundido, sin embargo, ante las palabras del oficial, pareció recuperar en parte la lucidez y fue capaz de herir a Tino. Cuando el muchacho sintió el ardor del filo de la espada en su piel, desapareció para reaparecer detrás de él y antes que este pudiera notarlo, su cabeza rodó por el piso. Sus compañeros esquivaron el cuerpo decapitado y atacaron al muchacho. Tino levantó el brazo y una pequeña esfera de luz blanca salió de su mano para estrellarse en la cabeza de uno de ellos, que cayó gritando de dolor. La piel se desprendió del hueso allí donde había recibido el impacto y, esta vez, los hombres se detuvieron a mirarlo, impresionados por los aullidos de dolor del soldado que se retorcía en el suelo y por la escena que tenían frente a ellos. Su oreja derecha y parte de su cuero cabelludo colgaban sobre su hombro y el soldado intentaba regresar la piel a su lugar mientras sus manos temblorosas solo empeoraban la herida.

Ajác levantó una de sus manos y murmuró unas palabras; los gritos cesaron y el soldado cayó para ya no volver a moverse. Sus compañeros centraron su atención en Tino una vez más y se lanzaron a él.

—¿Qué hiciste? —tartamudeó el oficial que estaba a su lado.

—Debería haberlo dejado sufrir unos minutos más, pero sus gritos estaban distrayendo a tus hombres y mi hijo está ansioso por terminar con ellos de una vez.

Tino sonrió al oírla y la distracción le costó dos nuevas heridas.

—¡Mientes! —gritó el oficial—. Conozco a sus padres, ¡ellos están en Ciudad Capital, junto a la señora Viktoria!

El muchacho levantó una mano y los soldados se arrojaron al piso, cubriéndose la cabeza con los brazos. Tino rio.

—Mueran con decencia. ¿O acaso necesitan a una mujer indefensa frente a ustedes para ser valientes? ¡Levántense!

Uno de ellos levantó apenas la cabeza y Tino lo apuntó con su espada.

—Ponte de pie y toma tu arma —dijo. El hombre cerró su mano sobre la empuñadora de su arma y se incorporó, pero no se atrevió a moverse.

Ajác se puso de pie y, con otro movimiento de su mano, acabó con su vida. El hombre se desplomó pesadamente sobre la tierra del camino.

—Terminemos con esto de una vez —dijo, se acercó a Tino, y agregó—: Dame tu cuchillo.

El muchacho le entregó el cuchillo que llevaba en su cintura y Ajác se acercó al soldado que aún estaba hecho un ovillo en el suelo. Lo tomó del cabello y levantó su cabeza. El hombre suplicó por su vida pero la mujer lo ignoró y pasó la hoja del cuchillo por su garganta. Luego se acercó al tembloroso oficial que la miraba aterrado y cortó las sogas que lo sujetaban. El hombre escapó corriendo cuando se vio libre pero el muchacho lo detuvo apareciendo frente a él, con la espada apuntando su pecho.

—Déjalo —dijo Ajác.

—Personas como él no merecen seguir respirando—dijo Tino—. Quiero acabar con su miserable existencia.

—Déjalo. Que corra bajo las faldas de la señora Viktoria y le cuente lo que ha visto esta noche. Si nuestras cabezas tienen precio, que sepa que no será tan fácil cazarnos.

Tino bajó su espada y se apartó de él.

—Corre, perro apestoso —dijo cuando el oficial pasó por su lado.

II

Sitnor Ciudad Capital

Tino se quitó la capucha que cubría su cabeza y le entregó un sobre a uno de los guardias que custodiaban la puerta del Palacio de Gobierno. Mientras el guardia leía la carta que contenía, el muchacho observó los detalles de la enorme puerta frente a él. La madera tallada parecía contar una historia, le recordaba a los grabados que había visto en los muros del Gran Templo de Efos, en Palmeras.

Cuando terminó de leer, el hombre le dijo algo que él no entendió. Le hizo saber por señas que no había comprendido y el guardia le hizo un gesto para que lo siquiera al interior del edificio. El muchacho caminó detrás del guardia mientras miraba a su alrededor.

El Palacio de Gobierno de Sitnor estaba construido con pulida piedra blanca, que brillaba con la luz que entraba por la cúpula de vidrio que se encontraba en el centro del edificio. Altas columnas contorneadas se levantaban en el centro del enorme salón y, entre ellas, una amplia escalera de mármol conducía a los pisos superiores. El guardia condujo a Tino hacia la escalera y, llegados al primer piso, le hizo una seña para que espere. El hombre llamó a la segunda puerta y aguardó unos momentos hasta que esta se abrió. El guardia habló con alguien que estaba dentro de la habitación y luego le entregó el sobre que Tino le había dado. Después de una breve conversación, el guardia llamó a Tino y le hizo una seña para que pase.

Un hombre de gran tamaño, de cabello rubio y nariz recta lo recibió en un despacho de muebles de madera negra.

—Saludos, chico. —El hombre se rascó la barbilla—. Perdón, he olvidado… palabras de Pyebra —dijo intentando encontrar las palabras para poder comunicarse con él.

—Tenga usted buenos días, mi señor —contestó haciendo una reverencia—. Mi nombre es Tino Suhrah y he venido desde Erjathá, en Pyebra, en nombre del señor Jeno, Gobernante de la ciudad.

—Esperar “un minutos”. Vendrá alguien a ayudar —dijo con una sonrisa. El Gobernador le indicó uno de los sillones que había frente al escritorio y Tino tomó asiento.

Después de unos minutos, un muchacho delgado y pálido ingresó al despacho y, después de saludar al Gobernador, se presentó a Tino hablando perfecto pyebrano.

—Buenos días, mi nombre es Noah Guna. Seré su intérprete.

Tino volvió a repetir el saludo y el muchacho lo tradujo para que el Gobernador pudiera entenderlo.

Después de las formalidades, Tino le entregó a Noah Guna otro sobre. El joven leyó en voz alta la carta que contenía, pero iba traduciendo cada una de sus palabras. Tino vio que las manos del Gobernador se tensaban por momentos y hacía observaciones cada pocas frases. En varias oportunidades, Tino vio que el rostro del hombre enrojecía y dos veces golpeó el escritorio con los puños antes de maldecir. La puerta se abrió de golpe y un hombre alto, robusto y de espesa barba negra se asomó detrás. Al parecer, venía a ver qué estaba causando tanto malestar en el Gobernador.

—Él es mi padre, Rob Guna, Vicegobernador de Sitnor —dijo Noah Guna mientras los hombres hablaban—. Se está enterando ahora de lo que dice la carta. No te asustes, hacen mucho ruido, pero son buenos hombres, no te harán daño.

Noah Guna le sonrió cuando terminó de hablar y Tino pensó que realmente debía verse asustado, lo que no dejaba de ser cierto. No quería utilizar sus poderes frente a desconocidos, pero lo haría si su seguridad estaba en riesgo.

Cuando los hombres hicieron silencio, Noah Guna continuó leyendo y pasaron unos minutos hasta que el Gobernador volvió a hablar y el joven le tradujo sus palabras.

—El Gobernador dice que no están interesados en lo que ocurre fuera de las fronteras de Sitnor. Finge que lo comprendes y que no insistirás. Acompáñame a mi estudio. Podremos hablar más cómodos. Sé que podré convencerlos, aunque ahora no quieran escuchar nada que tenga que ver con los magos.

Tino asintió y se puso de pie, saludo a ambos hombres y se retiró de la habitación caminando hacia atrás, sin levantar la vista del suelo. Noah Guna dijo unas palabras y salió detrás de él. Antes que cerrara la puerta, los hombres comenzaron a hablar ruidosamente otra vez.

—Ven por aquí —dijo Noah Guna, guiándolo a la planta baja y, luego, hasta el final de un largo corredor. Al llegar a la última puerta, sacó un enorme manojo de llaves e introdujo una en la cerradura, pero

no abrió. Después de varios intentos y muchas disculpas, Noah Guna pudo abrir la puerta y lo hizo ingresar a una habitación que parecía haber sido el escenario de una batalla entre libros y pergaminos y Tino sonrió ante la idea. Había libros abiertos en el suelo y en el escritorio, y varias pilas de libros se amontonaban por todo el lugar, había también decenas de pergaminos desenrollados y unos cuantos en blanco.

—Perdona el caos —dijo levantando algunos pergaminos para que Tino pudiera pasar—, desde que mi hermano no está en la ciudad, se me dificulta mantener el orden.

—Quentin Guna, ¿no es así? Es tu hermano.

—Sí, ¿cómo sabes eso? —dijo mirándolo confundido.

—Lo vi en la mente de un soldado. No lo dice en la carta que presenté al Gobernador, pero yo soy uno de los magos de Erjathá[5].

—Vaya. —Noah Guna lucía tan ansioso que sus manos dejaron caer los pergaminos que sostenían y se dibujó una sonrisa en su rostro—. Dime ¿y tú qué puedes hacer? No, perdona, que descortés de mi parte. Es que nunca había visto a un mago de cerca, a uno que pudiera utilizar la magia a voluntad.

—Mira mis ojos, Noah Guna —dijo y recurrió a sus poderes. Los ojos verdes del pálido muchacho se abrieron el doble de su tamaño y se acercó para ver mejor. Tino pudo ver el reflejo de sus ojos encendidos en los de Noah Guna y, también, notó que Noah Guna olía como la madera recién cortada.

—Puedes llamarme solo Noah —susurró, hipnotizado.

Tino levantó una mano y en ella se formó una pequeña esfera blanca. La atención de Noah se dirigió a su mano y llevó uno de sus delgados dedos hacia ella, pero Tino hizo desaparecer la esfera.

—Ibas a perder la mitad de tu mano si la tocabas.

—Demonios… —susurró y se alejó de él. Noah le dio la espalda y rodeó el escritorio—. Siéntate, por favor, y cuéntame cómo es que supieron sobre lo que sucedió con mi hermano.

—Hace una semana, estábamos llegando con mi madre a Erjathá y fuimos emboscados por un grupo de soldados que nos seguían. Habían notado que ella es maga, pero no supieron que yo también lo era. Han puesto precio a nuestras cabezas y por eso nos siguieron hasta que pudieron atraparnos. Pudimos librarnos de ellos y, cuando estuvimos seguros, entré en sus mentes para intentar obtener información. Así fue como supe lo de tu hermano, entre otras cosas. También supe que tú capturaste a Reda Almairon. Fue asombroso —Noah bajó la vista y su rostro se sonrojó ante las palabras de Tino—. Lástima que lo

dejaron ir.

—Hubiera sido un desastre si lo reteníamos. Imagina si hubieran venido con sus magos a rescatarlo…

—Sí, eso es cierto. —Tino le habló sobre los ataques a Erjathá y, con más detalles, acerca del último asedio, que causó la destrucción de la parte nueva de la ciudad. Noah escuchaba con atención y, de vez en cuando, hacía algunas preguntas o comentarios.

—Cuando el Gobernador sepa todo esto… —comentó cuando Tino terminó de hablar.

—¿Podrás convencerlo de que empiece a reclutar magos? Nosotros estamos dispuestos a ayudarlos con los entrenamientos.

—No lo sé, no estoy seguro, pero deberé esforzarme. Esto es algo que no podremos ignorar por mucho tiempo.

—¿Y tu hermano? Se dice que también Quentin Guna es mago.

—Vaya, sí que corren rápido los rumores —dijo Noah y acomodó el cabello que le caía sobre el rostro con un movimiento de su mano—. Mi hermano no sabe utilizar sus poderes, tan solo tuvo algo de suerte cuando Reda Almairon estuvo en la ciudad y Quentin ahora está en su entrenamiento obligatorio, no saldrá hasta dentro de unos meses, a principios del próximo año.

—Es una lástima, me hubiera gustado conocerlo.

—¿Tienes alojamiento para esta noche? —dijo Noah. Se asomó por una puerta que había a un costado y daba a una habitación oscura—. Las puertas de la ciudad se cierran cuando cae el sol y no se abrirán hasta mañana

—Debo regresar esta noche.

Noah se movió incómodo en su sillón y Tino notó que bajaba una de sus manos.

—Hay algo que no comprendo —dijo, y su anterior amabilidad se convirtió en seriedad—. Dijiste que hace una semana fuiste atacado, pero el viaje desde Erjathá hasta aquí te tomaría cerca de dos meses. ¿Qué me estás ocultando?

—Tengo los poderes del Sol, puedo aparecer y desaparecer en otros lugares. Mira y no te muevas, por favor.

Tino recurrió a sus poderes y en menos de un segundo apareció junto a la puerta de entrada del estudio. Noah se levantó de la silla de un salto y esta cayó hacia atrás.

—¿Cómo demonios…?

—Espero no haberte asustado. No fue mi intención, solo que esta era la forma más rápida de enseñártelo.

—Está bien, no te preocupes —dijo y se dio vuelta para acomodar

la silla—. Es solo que… no lo esperaba. Eso ha sido asombroso, debo decirlo.

Noah volvió a sonreír y Tino se acercó de nuevo al escritorio.

—Ya debo marcharme, he salido al amanecer de Erjathá y no quiero que se preocupen por mí.

—Espera, quisiera saber algo. Estos viajes que tú haces, ¿con que frecuencia puedes hacerlos? ¿Demandan mucha energía? Me gustaría que regreses.

—Puedo pedirle al señor Dima que me permita regresar. Además, quisiera saber si has podido convencer al Gobernador.

—Bien, bien. ¿El mes próximo? Con la luna nueva.

—Está bien. ¿Dónde nos encontraremos?

—No puedes usar la magia en lugares en los que haya gente, por los que tendrás que aparecer fuera de la ciudad.

—Desde que aparecí esta mañana, me llevó horas llegar hasta las puertas y otro tanto encontrar el Palacio de Gobierno. No conozco la ciudad, ni los alrededores. Solo encontré varios lugares en las mentes de los soldados y uno de mis compañeros me dijo cual podría ser Sitnor. No estábamos completamente seguros de que lo fuera, pero debía intentarlo. Tuve suerte de encontrar la ciudad a la primera oportunidad. Si no es mucho pedir, ¿podría aparecer aquí? Recordaré un lugar libre de obstáculos y apareceré aquí.

—¿A que te refieres con libre de obstáculos?

—Puedo aparecer en un lugar que he visitado o que alguien más haya visto pero, si algo cambia, si hay un mueble, una persona… cualquier objeto, apareceré mmm… alrededor de él, entre él —dijo frunciendo la nariz. Ante la confusión de Noah, Tino le contó lo que había sucedido cuando llevó a Idris, la niña maga, a Pyebra Ciudad Capital.

—Comprendo —Noah se puso de pie y caminó hasta un rincón. Movió un sillón desvencijado, tapado de pergaminos, y apartó una pila de libros—. Aquí… puedes aparecer aquí, con la luna nueva.

—Por favor, no vayas a olvidarlo. Puedo morir si algo sale mal.

—No lo haré. Durante el día previo y el siguiente a la noche de luna nueva, este lugar permanecerá despejado. Si necesitas encontrarme en otra fecha, deberás aparecer fuera de la ciudad y llegar hasta aquí.

—Bien, ha sido un gusto, Noah. Nos veremos la próxima luna nueva.

—Esperaré ese momento —dijo Noah sonriendo.

Tino desapareció, llevando en su mente el lugar a dónde debía regresar y, también, la sonrisa de Noah Guna.

12

Sitnor Ciudad Capital, año 4000

Al salir del “encierro”, era tradición que los jóvenes caminen de regreso a la capital y solo las señoritas eran llevadas en carretas. El entrenamiento obligatorio era de dos años, pero Quentin y Josh habían permanecido tres años en la fortaleza ubicada en las afueras de la ciudad, como todos aquellos quienes pretendían unirse al ejército de Sitnor.

El verano ya había comenzado y las puertas de la fortaleza se abrieron ni bien el sol asomó sus primeros rayos. Les esperaba una larga y calurosa caminata.

—No veo la hora de llegar a casa —dijo Josh, molesto, una vez que cruzaron el puente levadizo—, estoy harto de esta gente.

—Lo he notado, creo que has sido el que más veces se ha batido en duelo en la historia de la fortaleza… Quizás hasta hacen una estatua en tu honor.

—Tú lo has hecho casi tanto como yo —dijo Josh con una sonrisa.

—Gracias a ti. Si fueras capaz de mantener el hocico cerrado, no me metería en problemas tantas veces.

—Quizás… pero se siente bien golpear a la gente.

—Y dicen que el demente soy yo. Se nota que no te conocen.

—Tú eres el caníbal —dijo Josh riendo.

—Cállate, que me puede dar hambre en cualquier momento y Sitnor está bastante lejos.

Se habían apartado del grupo principal, quedándose al final de la fila. Durante su estancia en el campo de entrenamiento, habían hecho muy pocas amistades porque, al principio, todos se burlaban constantemente de Quentin llamándolo “caníbal” o “demente”, sin siquiera saber que gracias a eso había evitado que todo Sitnor cayera en manos del rey de Pyebra. Josh sabía lo que había sucedido y, a pesar de habérselos dicho a los demás, las burlas continuaron. Después

de un tiempo, decidió que lo mejor sería explicárselos a golpes. A Quentin no le interesaba lo que los demás dijeran, pero su amigo veía las cosas de manera diferente, por lo que era habitual que se golpeara con sus compañeros y, la mayor parte de las veces, Quentin terminaba también golpeándose con alguien. Una vez que todos lo entendieron y dejaron a Quentin en paz, Josh tomó el rol de justiciero, defendiendo a todos aquellos que se convertían en objeto de burla, sea cual sea la razón. Se ganó el respeto de muchos y el desprecio de la mayoría de sus compañeros, pero no era algo que le quitara el sueño.

Las señoritas lo adoraban y siempre recibía cartas que no contestaba y regalos que terminaba compartiendo con sus compañeros de habitación. En cambio, se tomaba horas escribiendo largas cartas que enviaba a Sitnor cuando la carreta de la correspondencia viajaba a la ciudad y esperaba nervioso su regreso.

Quentin, en un principio, había hecho amistad con varias de sus compañeras y había sido, también, la causa de varios duelos entre ellas por lo que, finalmente, decidió dejar de responder a sus cartas. La idea de que las señoritas se enemistaran entre ellas por él, le resultaba irracional.

—¿Qué haces? —preguntó Quentin, intrigado, al ver que su compañero se sentaba a mitad de camino y se quitaba el bolso que llevaba colgado en la espalda.

—Voy a tirar todas estas porquerías —contestó Josh—, pesan demasiado. No necesito cargar con cosas que no voy a volver a utilizar jamás.

—Deberías conservarlas, varias cosas pueden resultarnos útiles cuando salgamos de campaña.

—Tonterías —respondió Josh mientras comenzaba a tirar hacia los lados las cosas que llevaba—. Basura, basura, basura. Dime, ¿para qué demonios queremos esto? —Josh arrojó con fuerza un juego de cucharas de madera que él mismo había tallado. Quentin se sentó a su lado y a los pocos segundos Josh se puso de pie—. Vámonos.

—Acabo de sentarme —se quejó.

—Si quieres podemos quedarnos todo el día en el campo, pero en ese caso, pasaremos la noche en las puertas.

—Oye ¿qué tal si nos quedamos fuera? —preguntó.

—¿Te ha dado mucho el sol?

—Piénsalo, sería una buena forma de festejar nuestro regreso a la libertad.

—Ya vámonos —dijo Josh con impaciencia, tirando del brazo de Quentin.

El camino hacia Ciudad Capital era un polvoroso sendero que cruzaba campos de ganado y sembradíos. Había una hilera de árboles a un lado pero, en esos momentos, su sombra ya no les daba ninguna protección contra los rayos del sol, que les quemaba la piel sin compasión alguna. No había ninguna nube y ni siquiera una leve brisa soplaba para aliviarlos del sofocante calor veraniego.

—Tengo hambre —dijo Josh en un momento. Ya era cerca de mediodía y Las Tres Hermanas aún no estaban a la vista.

—Y yo tengo calor y no estoy quejándome…

—Pero en serio tengo hambre.

—Vaciaste tu bolso ¿recuerdas? Seguro arrojaste tu almuerzo con el resto de "porquerías inservibles".

—Así es… lo hice sin darme cuenta —dijo, desilusionado, luego de meter su mano dentro del bolso y comprobar que estaba vacío.

—Menos mal que no soy tan idiota como tú —dijo mientras sacaba de su bolso un pequeño pan y se lo ofrecía.

—No se que haría sin ti, Q… —dijo devorándolo de un solo bocado.

—Pues seguro que ya estarías muerto —dijo Quentin llevándose un panecillo a la boca. Josh de pronto se detuvo—. ¿Y ahora qué te sucede?

—Acabo de recordar a Almairon.

—Yo también lo había olvidado. Noah nunca contestó en sus cartas si había noticias de Pyebra y, con el tiempo, dejé de insistir. ¿Qué es lo que recordaste?

—En verdad podríamos haber muerto… en varias oportunidades.

—Pero no sucedió…

—Porque eres un mago…

—Cállate ¿quieres? —dijo Quentin, que giró la cabeza hacia todos lados por si alguien lo había oído.

—Estamos completamente solos por primera vez en años… déjame decirlo.

—Es incómodo. —Quentin bajó la vista. Luego de unos momentos, agregó—. Hay algo que no te he dicho. Una noche quise escapar con Astor, pero él me detuvo.

—¿Cómo que *él* te detuvo?

—Pudo hablar conmigo y me convenció de regresar.

—Los dioses quieran que siempre confíes en mí de la misma forma, maldito seas. ¡Tres años pasaron y recién ahora lo dices!

—Josh, no empieces, ¿acaso debo decirte todo lo que me sucede?

—Como mínimo… ¿para que demonios eres mi amigo?

—Ya, ya. ¿Quieres que siga hablando o vas a continuar con tus

quejas? —Josh le hizo una seña con la mano, para que continuara—. Gracias. Como decía, Astor habló en mi cabeza. Escuché una pequeña voz entre mis pensamientos… no sé muy bien cómo explicarlo. En ese momento estaba muy preocupado por lo que podría sucederme si me reportaban, ¿recuerdas? —Josh asintió—, por lo que decidí dejar la ciudad y llevar a Astor conmigo. Fuimos por los pasillos hasta el estudio de Noah y, cuando estaba a punto de sacarlo por la ventana, me habló. Dijo que todo estaría bien y que debíamos regresar. Como no creí en lo que me decía, me dijo que había tenido una visión en la que me veía dentro de cinco años…

—Así que además de poder hablarte, también es capaz de tener visiones. Mierda, Q.

—Eso no es todo. Me dijo también que podía entrar en mi mente "para ver cómo me encontraba", y también dijo que me ayudaría, me enseñaría algunas cosas.

—¡Eso es estupendo!

—No estoy muy seguro de querer hacerlo, Josh.

—Debes hacerlo. Necesitamos que lo hagas. Recuerda que el rey de Pyebra, en aquel entonces, ya contaba con ciento cincuenta magos. Imagina cuántos más tendrá ahora. Nosotros no tenemos a nadie para enfrentarnos a eso.

—Tenemos a Astor…

—¡Es un crío! ¿Cómo puede hacer él algo?

—¿Cómo podré hacer yo algo, entonces? —Josh no respondió a eso—. Lo he pensado mucho, no creas que no. He tenido tiempo suficiente. Astor dijo que podría enseñarme a proteger mi mente, para que nadie entre. Solo eso haré. Le prometí a Noah que no intentaría hacer nada estúpido y voy a mantener mi palabra. Solo accederé a proteger mi mente porque quizá sabré cosas que es peligroso que alguien más sepa, pero eso será todo.

—Creo que estás cometiendo un error. —Josh sabía que intentar hacer cambiar de opinión a Quentin era en vano, pero solo expresó lo que sentía en ese momento.

—Todos cometemos errores…

—¿Qué haremos cuando lleguemos a Sitnor? —Josh cambió súbitamente de tema.

—Pues, supongo que descansar unos días mientras esperamos el llamado del ejército. Por mi parte, quiero ir a la taberna a emborracharme. Y llevaré a Noah y a Tanáel también. Seguro será muy gracioso.

Josh rio con ganas.

—¿Otra vez?… En serio, Q, ¿te sientes bien?

—¿Sabes? El tiempo que estuvo Almairon en la ciudad, fue lo mejor que he vivido. Lástima que te perdiste la mayor parte, pero fue emocionante… la incertidumbre de no saber que sucedería, las corridas, las peleas de vida o muerte… necesito eso de nuevo.

—Estoy contigo, Q. También coincido en eso, ¿pero que tiene que ver con querer emborracharte?

Quentin sonrió a medias y se encogió de hombros. No quería hablarle a Josh del malestar constante, del vacío y la desolación que sentía desde el último verano que pasaron en la ciudad, no quería decirle que la única forma de olvidarse de eso era cuando se perdía entre las bebidas que conseguía robar cuando estaban en el campo de entrenamiento. Quería guardárselo para él. Después de todo, Josh no lo comprendería porque ni él mismo lo hacía y sabía que no podría ser capaz de explicárselo, aunque lo intentara.

A media tarde llegaron a las puertas de la ciudad y, al cruzarlas, se encontraron con la familiar escena del verano sitnorense: los vendedores ofreciendo sus mercancías, las voces de cientos de personas que hablaban a la vez, el relinchar de los caballos, los perros y niños que correteaban sin importarles contra quien tropezaran.

—Extrañaba esto. —Josh sonrió—. Cebolla, ajo y mierda de caballo. —Quentin rio ante la ocurrencia pero, luego frunció la nariz.

—Por los dioses, odio el ajo…

—¿Qué hacemos? —preguntó Josh ignorando el comentario—. ¿Vamos por unos tragos o a la fortaleza?

—Depende de ti, yo no tengo ni una moneda.

—A la fortaleza, entonces —dijo Josh, desencantado.

Continuaron caminando, arrastrando los pies un poco por cansancio y otro poco porque no tenían muchas ganas de regresar a su anterior vida, ni siquiera por un corto período de tiempo, ya que les producía cierto malestar. Probablemente sus padres seguirían tratándolos como niños, obligándolos a limpiar los establos, culpándolos por cualquier cosa que sucediera a kilómetros a la redonda y, seguro, deberían cargar con una escolta nuevamente.

Iban caminando por las calles del mercado, cuando vieron unos rostros que les resultaron familiares.

—Así que los dementes ha salido del encierro al fin. Que bien, ya estábamos necesitando a quien golpear.

El más alto de cuatro sujetos, algunos años mayores que Quentin y

Josh, se acercó para cerrarles el paso, con sus amigos siguiéndolo detrás. Eran los que solían pelear con los muchachos cada vez que se cruzaban.

—¿A quien le dices, imbécil? —dijo Josh y se quitó el bolso que llevaba colgado.

—Déjalo, no vale la pena —dijo Quentin, mientras intentaba continuar caminando.

—El pequeño caníbal tiene miedo —agregó uno de ellos y sus compañeros rieron con él.

—¿Caníbal quién? —preguntó Quentin. Josh lo miró, sonriendo, mientras arrojaban sus pertenencias a un costado.

Al ver que se estaba por producir una pelea, todos a su alrededor comenzaron a retirarse. Los vendedores sabían que esos cuatro sujetos ocasionaban problemas cada vez que aparecían y, después de casi tres años fuera de la ciudad, no se habían percatado de quienes eran esos dos extraños que se atrevían a enfrentarlos.

—¿No van a correr a llamar a su escolta, niñitos?

—Podemos encargarnos de cuatro idiotas sin necesidad de llamar a nadie. ¿Lo quieren con espadas o sin ellas?

—Mejor sin armas, Josh, estarían en desventaja. Seguro no han tenido una espada en sus manos en toda su miserable vida —dijo Quentin.

—Es cierto, y las del encierro no cuentan como espadas, parecen palos desafilados.

Uno de los sujetos hizo el intento de atacarlo, con un cuchillo en una de sus manos, pero Quentin lo tomó del brazo cuando lanzó el primer ataque y de un solo y certero puñetazo lo arrojó al suelo. El muchacho quedó inconsciente y con la nariz sangrando. Josh reía a carcajadas.

—Y sin transpirar —murmuró Quentin.

Los tres restantes corrieron hacia ellos, pero Josh desenfundó su espada y se detuvieron por completo, sin atreverse a dar un paso más.

—Sin espadas, Josh.

—¿A puño limpio? —preguntó ingenuamente.

—Si, señor —dijo Quentin y sonrió con malicia, sabía que su amigo golpeaba mucho más fuerte que él y tenía varias mandíbulas rotas en su haber.

Josh arrojó la espada sobre su bolso y se abalanzó contra el que estaba más cerca suyo, un muchacho pecoso y de pelo rojizo. Los años en el campo de entrenamiento lo habían hecho ágil y certero, por lo que esquivó con facilidad los primeros ataques de su contrincante,

hasta que este chocó repetidamente contra el puño de Josh. Después de tres golpes, quedó tendido en el suelo, al igual que su compañero.

Quentin ya había derribado al tercero cuando Josh se acercó a él.

—¿Tuyo o mío? —preguntó.

—No, no —suplicó el último que quedaba en pie—. Ya no los molestaremos.

—¿Ahora se te ha ido lo valiente? Pensé que querías a alguien a quién golpear. Ven, dame tu mejor golpe. —Quentin se dio unas palmadas en la mejilla.

A pesar de ser más alto y, en apariencia, más fuerte que Quentin, se había desanimado al verse solo.

—¡Señores, con ustedes cien kilos de pura cobardía! Pasen y vean —gritó Josh al gentío que se había congregado a su alrededor. Todos reían, sabiendo que, al menos por un tiempo, estos sujetos estarían lejos del mercado.

—Despierta a tus amigos y lárguense de aquí —dijo Quentin.

El avergonzado muchacho corrió junto a sus compañeros y, luego de unos momentos, los cuatro desaparecieron entre la multitud que los abucheaba.

Quentin y Josh tomaron nuevamente sus pertenencias y, entre aplausos y felicitaciones, dejaron el lugar sonriendo satisfechos.

—Esa si fue una buena forma de regresar a casa —dijo Josh riendo, cuando ya se habían alejado del gentío.

—No estuvo mal, a decir verdad —asintió Quentin—. Espera… ¿Aquél no es Tanáel?

—¡Tanáel! —Josh levantó los brazos y, cuando él los miró, agregó sonriendo—. Mira, es Tanáel.

Quentin lo miró extrañado ya que eso era lo que acababa de decirle. El bibliotecario se veía algo desconcertado, pero luego sonrió mostrando sus pequeños dientes.

—¡Por los dioses! ¡Tienen el doble de tamaño que cuando se fueron! ¿Con qué los han alimentado? —exageró Tanáel. Josh, que casi llegaba a los dos metros de altura, era ahora más alto que Quentin y ambos habían crecido más de lo que, incluso ellos mismos, habían esperado.

—Espadas y almas enemigas —dijo Quentin. Josh y Tanáel rieron.

—Iba de camino a la taberna, quedé encontrarme ahí con Noah. Acompáñenme, tenemos que celebrar su regreso.

—Vaya ¿ahora resulta que van de copas? —Josh rio, sorprendido.

—Solemos hacerlo, sí.

—No tenemos ni una moneda y estamos sedientos. Si sus bolsas de

oro pueden con eso, por mi no hay problema —dijo Quentin.

—Vamos, pues —dijo Tanáel cuando comenzó a caminar.

—Y yo muero de hambre—agregó Josh.

—No me extraña, en lo absoluto. —Tanáel lo miró de arriba a abajo.

Continuaron el camino hasta la taberna, mientras los muchachos le contaban a Tanáel sobre su estadía en “el encierro”. Al llegar, vieron que Noah estaba sentado en una mesa en un rincón, alejada de todos, con dos jarros vacíos sobre ella. Quentin les hizo una seña a Josh y a Tanáel para que no hablen. Se acercó desde atrás a Noah y rodeó su cuello con el brazo. Noah reaccionó con rapidez y llevó su mano al bolsillo.

—Quieto, o te rompo el cuello —susurró Quentin en su oído, pero enseguida lo soltó al notar que los hombros de su hermano mayor se relajaban.

—Podría haberte matado —dijo Noah con calma, antes de darse la vuelta para mirarlo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Quentin, sorprendido.

—Si se clavan en tu cuerpo, puede causarte diferentes reacciones. La muerte es una de ellas —dijo Noah y sacó de su bolsillo un manojo de dardos con distintas ranuras talladas.

—Vaya… te has vuelto peligroso.

—La verdad, uno nunca sabe con qué se puede encontrar. —Noah se encogió de hombros. Luego agregó, mirándolo con más detenimiento—. Vaya hermanito, sí que has crecido. ¿Y Josh?

—Con Tanáel… allí, mira. —Quentin los señaló. Estaban esperando a que los atienda el tabernero—. ¿Por qué están aquí y no en lo del Tuerto?

—Me han prohibido la entrada allí —el rostro de Noah se ruborizó —, ya sabes, después del desastre que hicimos…

Quentin rio y se sentó a su lado.

—¿Qué noticias hay de Pyebra? —preguntó después de unos momentos.

—Que nos afecten directamente, ninguna por el momento. Lo que es un hecho es que Kirios, el nuevo rey de Pyebra, está en guerra con Erjathá, que se ha vuelto una gran molestia. Han rechazado con relativo éxito todos los avances que el rey Kirios ha hecho —dijo Noah y agregó bajando la voz—. Estoy en contacto con los magos de Erjathá. Con un muchacho que se llama Tino Suhrah, pero ni el Gobernador ni padre lo saben. Tino fue enviado para dialogar con ellos, para advertirles sobre los planes del rey, pero no lo escucharon.

Me llamaron para oficiar de intérprete y cuando les comuniqué el propósito de su visita, lo despidieron amablemente, diciéndole que no les interesaba lo que tenía para decirles. Lo llevé a mi estudio para hablar más tranquilos y ahí me informó de lo que sucedía. Tiene el poder de "aparecer" en distintos lugares…

—¿Cómo que *aparecer*?

—Eso, aparece —dijo y chasqueó los dedos—. De repente. Son magos ¿qué esperabas? Pueden hacer infinidad de cosas, según me he ido enterando. —Quentin asentía, asombrado—. Cada luna nueva, aparece en mi estudio y me trae noticias. Ya te contaré con más calma, ahora deberíamos festejar su llegada. Ahí vienen. —Noah, sonriendo, se puso de pie para saludar a Josh, que lo abrazó tan fuerte que le hizo crujir la espalda.

—Te has achicado. —Josh rio y Noah tenía una mueca de dolor en su rostro.

—Lo cierto es que tú te has agrandado, pero eso no importa… Que bueno es tenerlos aquí nuevamente. —Los cuatro se sentaron y Josh tomó la jarra de cerveza y la repartió entre ellos, al tiempo que le hacía señas al tabernero para que traiga otra llena.

Pasada la medianoche y ocho jarras más tarde, Josh se paró sobre una mesa para darse la bienvenida a Sitnor, mientras los demás lo animaban. Tanáel y Noah se retiraron poco tiempo después y los dos amigos continuaron con su celebración, ya que también se habían sumado sus compañeros de "encierro", que habían acudido a la taberna por la misma causa.

En un momento, uno de los parroquianos chocó contra otro, lo que ocasionó una pelea. Quentin, Josh y sus compañeros se mantuvieron al margen, sabiendo que no podían estar envueltos en tremenda escaramuza; si querían presentarse en el ejército debían mantenerse lejos de los calabozos y esta era una buena razón para ser encarcelados.

Volaron puñetazos, jarros, algún que otro plato y varias sillas. En pleno conflicto se presentó la Guardia de Sitnor y fueron llevados todos al calabozo, los muchachos incluidos. Por más que se quejaron y protestaron, fueron a parar a una de las celdas subterráneas del Palacio de Gobierno.

Cada vez que alguno de los guardias se acercaba, Josh gritaba que quería hablar con su padre el Gobernador, pero los soldados le contestaban que conocían al señor Joshua y que él no se le parecía en nada.

A media día del día siguiente, uno de los soldados accedió a la

petición de Quentin de ir en busca de Eric.

—¿Cuál es el nombre familiar de ese tal Eric? —preguntó el soldado.

—No lo sé, simplemente es Eric —dijo Quentin encogiéndose de hombros—. Es uno de los Guardias de la fortaleza, el que lleva dos espadas en su espalda.

—Es el Capitán Eric Bohn, inútil. Si fueras quien dices ser, sabrías que es el Capitán Bohn.

—Recién ayer salimos del encierro —dijo Quentin resignado, sentándose nuevamente en el frío y húmedo suelo de piedra. El soldado lo miró por unos segundos y luego se marchó.

El tiempo corría tan lentamente que ya no sabía si habían pasado solo unas horas, unos minutos o unos cuantos días. Quentin tenía un gran dolor de cabeza y Josh hacía horas que dormía, se había rendido al ver que nadie le hacía caso. Habían sido alojados en celdas contiguas, separadas por gruesos barrotes de hierro. Era media tarde cuando Josh se movió, incómodo, y trató de incorporarse.

—Mi cabeza —se lamentó y apoyó las palmas de sus manos en sus sienes—, pareciera que me machacaron a golpes.

—No esta vez.

—Q, ¿qué ha sucedido? —dijo de repente y miró a los lados.

—Nos emborrachamos, hubo una pelea, destruyeron la taberna y nos encerraron.

—¿Peleamos? Por los dioses, dime que no peleamos.

—Nosotros nos quedamos aparte, al menos en eso estuvimos razonables —dijo con una mueca que intentaba ser una sonrisa—. ¿Quieres agua? Aún me queda.

Josh tomó la jarra que Quentin le ofrecía, pasando su mano entre los barrotes, y bebió todo su contenido.

—¿Tendremos que pasar una semana aquí? —preguntó Josh—. No podremos presentarnos al ejército si no nos liberan pronto y aclaran todo esto. Maldición, por una vez que nos comportamos. Imagina el recibimiento que nos darán nuestros padres.

—Si, ya lo he pensado… probablemente terminemos siendo herreros.

—O zapateros…

—O palafreneros…

—O mercenarios…

—Eso me gustaría más.

—¿Dónde están? —rugió una voz como trueno desde la entrada al pasillo que llevaba a los calabozos. Quentin y Josh se pusieron de pie

de un salto al reconocer la voz de Eric.

—Por aquí. —Josh sacó el brazo entre los barrotes.

Se escuchó el sonido de pasos apresurados y el tintinear de las llaves.

—¿Cómo diablos han terminado aquí? Apresúrate a sacarlos —ordenó Eric al soldado que lo acompañaba.

—Fue una confusión, Eric, esta vez no hicimos nada —dijo Josh.

—Les creo. Lo difícil va a ser que sus padres lo hagan.

—Ey, por aquí —dijo una voz detrás de Eric. Tres brazos se asomaban entre los barrotes.

—¿Y ustedes qué? —El Capitán Bohn se dio la vuelta para mirarlos con el ceño fruncido.

—Estaban con nosotros —dijo Quentin.

—Bien, libéralos a ellos también. ¿Alguno más estaba con ustedes?

Los muchachos negaron meneando la cabeza.

—Acompáñenme —dijo Eric ni bien estuvieron todos fuera de las celdas. Eric los guió hasta un calabozo de muros de piedra y habló una vez que estuvieron dentro—. Ahora, díganme qué es lo que sucedió.

Los muchachos comenzaron a relatar los eventos de la noche anterior; solo Quentin recordaba todo tal como había sucedido, por lo que iba agregando los detalles mientras sus compañeros hablaban, Josh no dijo ni una palabra.

—Su versión de los hechos coincide con lo que el tabernero ha dicho a los soldados que acudieron a la taberna. Los escoltaré hasta el despacho del señor Gobernador, para que les otorgue el perdón. Luego podrán marcharse.

Eric abrió la puerta de la celda y esperó a que todos salieran. Josh fue el último.

—Gracias, Eric —dijo, aliviado y al instante se corrigió—. Capitán Eric.

—Tranquilo, muchacho —rio—, ustedes siempre podrán llamarme Eric o como se les de la gana, por mí estará bien.

El resto del camino hasta el despacho del Gobernador lo hicieron en completo silencio, principalmente por el malestar que sentían los recién liberados. Eric se detuvo en la puerta al llegar.

—Esperen aquí, primero hablaré con el Gobernador para ponerlo al corriente.

Eric golpeó la puerta y aguardó unos instantes hasta que la inconfundible voz del Gobernador dijo “Adelante”. Eric se acomodó las correas de la funda de sus espadas dobles, estiró su camisa y desapareció tras la puerta.

Los cinco jóvenes esperaron impacientes y Josh se paseaba de punta a punta del corredor, caminando nervioso. Pasaron unos cuantos minutos hasta que, al fin, la puerta volvió a abrirse. Quentin respiró profundamente antes de pasar al despacho, esperando el sermón que les dedicarían. Se detuvieron al frente del gran escritorio, fijando su vista en un punto invisible sobre la pared detrás del Gobernador.

—Buenos días, señores —dijo el Gobernador con absoluta seriedad—. Me ha informado el Capitán que ha habido un malentendido por el que terminaron en el calabozo. Mis más sinceras disculpas por la injusticia, se tomarán medidas para evitar futuras equivocaciones. Marchen con orgullo y en paz y podrán presentarse en el ejército cuando se abra la convocatoria. Vayan con los dioses. —El Gobernador se puso de pie y los saludó inclinando la cabeza.

Los compañeros de Quentin y Josh salieron de la habitación junto con Eric, mientras ellos dos permanecieron en la misma posición. Una vez que la puerta se cerró, el Gobernador se sentó pesadamente, apoyando los codos en su escritorio y la frente en sus manos. La puerta se abrió detrás de los muchachos, pero estos no movieron ni un músculo. Rob pasó junto a ellos y se sentó detrás del escritorio, al lado del Gobernador.

—¿Cuándo va a ser el día en qué nos den buenas noticias? ¿Cuándo va a ser el día en que no estén metidos en problemas? —dijo sin levantar el rostro.

—Señor, solo fuimos a beber y se armó una pelea. Nosotros no tuvimos nada que ver esta vez.

—¿Y el incidente en el mercado?

—Por los dioses, padre. Esos imbéciles solo hacen desastres cada vez que se aparecen en cualquier lado. Roban, maltratan a la gente, destruyen sus puestos y nadie hace nada.

—Entonces sí fueron ustedes —dijo Rob Guna en un suspiro.

—¿Nos denunciaron por golpearlos? —Quentin rio, pero regresó a la seriedad de inmediato, al ver que solo a él le había causado gracia.

—No los denunciaron, lo cuentan los puesteros.

—Por unos momentos tuve la esperanza de que lo negaran —dijo el Gobernador—. No alcanzaron a cruzar las malditas puertas y ya estaban metiéndose en problemas.

—Ellos nos provocaron —dijo Josh en voz baja.

—Es verdad.

—Llamaron caníbal a Quentin…

—Y nos llamaron “niños” por llevar una escolta.

El Gobernador miró a Rob y ambos comenzaron a reír sonoramente.

Los muchachos permanecieron firmes, mirando la pared de piedra blanca frente a ellos, sobre las cabezas de sus padres.

—Tuvimos tres años de paz y tranquilidad con ustedes lejos, aunque nos llegaban reportes de su comportamiento y de sus duelos diarios. Por los dioses, muchachos, lo llevan en la sangre —dijo Rob y Quentin notó cierto orgullo en sus palabras.

—No se pueden estar quietos, eso es un hecho —dijo el Gobernador y se puso de pie. Se acercó a su hijo y lo abrazó con fuerza, mientras le palmeaba la espalda. Rob se acercó para saludar a Quentin.

—Noah nos contó esta mañana que los vio en la taberna anoche, haciendo hincapié en el tamaño que habían ganado estos años que estuvieron lejos… la verdad es que no exageraba, casi nos han dejado enanos —dijo Rob mirándolos a ambos alternadamente—. Como decía, supusimos que seguirían de juerga hasta que el Capitán Eric vino con estas noticias.

—Debo advertirles que sus madres no están nada contentas, se enteraron que los demás habían llegado y ustedes no se dignaron a verlas aún.

—Y están en todo su derecho de regañarlos, no nos involucraremos en sus sermones. Advertidos están…

Los muchachos rieron.

—Disculpen que lo diga —dijo Quentin unos momentos después—, pero lo que han hecho los soldados estuvo muy mal. Si nosotros no hubiéramos estado ahí… si nos hubiéramos marchado con Noah, nuestros compañeros no habrían tenido oportunidad alguna, nadie los habría escuchado…

—El Capitán Eric nos dijo lo mismo. No te preocupes, tomaremos cartas en el asunto.

—Gracias —dijo Quentin.

—Ahora vayan a casa, y dense un baño antes de ver a sus madres, realmente apestan —dijo el Gobernador con una mueca.

Los muchachos pasaron unos momentos a saludar a Noah y, de inmediato, fueron a saludar a sus respectivas familias.

Quentin encontró a su hermana recogiendo tomates en la huerta, mientras una versión muy pequeña de Noah, incluso con el cabello largo, correteaba entre las plantas aromáticas detrás de Onix.

«¡Astor! Cuánto ha crecido» pensó. Como ninguno de los dos lo habían visto, trató de acercarse a ellos sin hacer ruido.

—¡Hola hermana! —dijo y saltó al lado de Ara, lo mismo que hacía

ella siempre que lo encontraba. La canasta que llevaba cayó de sus manos, haciendo rodar los frutos por todo el lugar. Ara dio un pequeño grito y luego saltó para colgarse del cuello de su hermano, abrazándolo con fuerza. Astor corrió hacia la cocina, asustado al ver a "un extraño".

—¡Quentin! Qué alegría verte…

—Lo mismo digo, chiquita.

—Ven, todos te están esperando —dijo y caminó hacia la cocina.

La nana, que había cuidado a todos los hermanos Guna desde su nacimiento, también gritó de alegría al verlo.

—¡Mi niño! Ha regresado mi niño. —Los ojos se le habían humedecido apenas lo vio cruzar la puerta y, cuando lo abrazó, gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Nana, solo estuve fuera una temporada.

—¿Te han alimentado bien? —dijo apretándole los brazos, era la única persona que siempre veía a todos delgados—. Estás muy alto, bien, bien, aunque seguro has pasado hambre en ese horrible lugar. Te prepararé algo para que comas —dijo y corrió a las ollas.

—La verdad que eso estaría muy bien, hace dos días que no como algo decente.

—¡Oh mi pobre niño! —dijo y volvió a abrazarlo por unos segundos más.

—¿Qué sucede que hay tanto alboroto? —dijo una voz femenina que se acercaba desde el salón. Todos en la cocina hicieron silencio, esperando a que Elisa Guna llegara para darle la sorpresa. El pequeño Astor estaba en sus brazos, con el rostro escondido entre su rubia cabellera. Elisa abrió grande los ojos al ver al muchacho, una versión muy joven de su marido. Por unos breves instantes pareció no notar quien era—. ¡Por los dioses, si es mi hijo! —dijo más para si misma que para los demás—. Mira Astor, tu hermano ha regresado.

El pequeño lo miró muy tímidamente, mientras su madre abrazaba al recién llegado, pero volvió a ocultar su rostro sin prestarle más atención.

—Que bueno es verlos a todos —dijo Quentin sonriendo—. ¿Cómo han estado las cosas por aquí?

—Bueno, la verdad es que no han cambiado demasiado —dijo Ara.

—Enara y Noah van a casarse —dijo Elisa—. Estaban esperando a que ustedes regresaran para celebrar la boda. La verdad que es una muchacha adorable, son muy afortunados de tenerse el uno al otro.

—¡Vaya, esa si es una noticia!

—Como no sabíamos con seguridad en que fecha los dejarían salir,

decidieron esperar hasta que ya estuvieran aquí para empezar los preparativos.

—Quizás alguna de las primas de Enara y tú… —dijo Ara sonriendo con picardía.

—Ara, no empieces —dijo Quentin y sintió su rostro arder.

—¿Qué hay de malo? Sería asombroso. Serían familiares por partida doble…

—Ya, déjalo. —Esta vez su rostro se estaba poniendo cada vez más colorado y todos se divertían, menos él y antes de dejar la cocina, incómodo, agregó—: Iré a darme un baño.

Quentin subió las escaleras de piedra a paso apurado y se dirigió a su habitación. Al abrir la puerta, vio que su gato negro estaba sentado en la ventana abierta. Por lo visto, Ara había seguido sus instrucciones. El gato saltó con agilidad a la cama y volvió a sentarse.

—Hola Onix. —Quentin dejó el bolso que cargaba junto a la puerta y, luego, se recostó junto al felino. Comenzó a rascarle el lomo y a los pocos segundos el gato empezó a ronronear.

—*Te extrañé, humano* —dijo una voz grave. Quentin cayó de la cama del susto, el gato dio un salto y se le erizaron los pelos del lomo.

—¿Cómo demonios…? ¿Tú puedes… hablar? —dijo sin entender qué sucedía, aún sentado en el piso. Luego de unos segundos, el gato volvió a recostarse como si nada hubiera ocurrido y Quentin se rascó la cabeza—. Debe ser por el cansancio, seguro lo imaginé.

Se puso de pie y bajó a buscar un sirviente que le ayude a llevar agua hasta su habitación; necesitaba darse un baño urgente, comer y dormir por largas horas.

13

—*Quentin, ¿eres tú el que ha llegado a la casa hoy?* —La pequeña voz de Astor resonó en sus pensamientos justo cuando estaba a punto de dormirse y, en seguida, contestó sin dejar que él responda—. *Sí, eres tú.*

—*¿Astor?* —preguntó, sobresaltado. Quentin se había recostado en su cama luego de bañarse, mientras esperaba que lo llamasen para la cena.

—*Soy yo. No los escuché decir tu nombre, por lo que no estaba seguro de si eras Quentin. No quise entrar en tu mente hasta no estar seguro, mi maestro me dijo que debo ser cuidadoso. Cuando entré ahora vi que tu mente había cambiado, por eso pregunté si eras tú.*

—*¿Cómo has estado, hermanito?* —A Quentin no se le ocurría qué podía decirle a un niño, con el que apenas había hablado una vez, y no era más que un bulto de mantas cuando se fue al entrenamiento obligatorio.

—*Por acá las cosas han estado bien. No es Sitnor el problema. Es Pyebra, Morrau y Tesar.*

—*Vaya, pequeño…* —Quentin se sentó en la cama y cruzó las piernas delante de él. Astor parecía no estar interesado en las formalidades.

—*Mi maestro me ha dicho que en Pyebra el regreso de la Era de los magos ya es un hecho. El rey ha atacado la ciudad de Erjathá dos veces, la segunda con casi una centena de magos. Los magos de Erjathá son poderosos pues han sido entrenados como yo, desde pequeños, por el mismo maestro. La señora Viktoria, la esposa del rey, regresó a su palacio con un tercio de los magos que llevó a Erjathá, pero destruyeron buena parte de la ciudad antes de retirarse.*

—*Noah me dijo que está en contacto con los magos de Erjathá, habla con un muchacho que vino a informar al gobernador sobre lo que está ocurriendo allí.*

—*Tino Suhrah. Me lo dijo mi maestro. Me gustaría conocerlo.*

—*Viene cada luna nueva. Haré lo posible para que estemos en el estudio*

de Noah esa noche. —Quentin hizo una pequeña pausa—. *¿Sabes? Quise hablar contigo estando en el encierro, pero no fue posible.*

—*La distancia afecta nuestros pensamientos. Ven por mí, ahora estoy en la cocina y la nana hará que mi estómago reviente si continúa alimentándome.*

Quentin sonrió ante sus palabras, se puso las botas y bajó corriendo a buscar a su pequeño hermano. Solo después de llenar sus bolsillos con unos panecillos dulces recién horneados, la nana les permitió dejar la casa. Quentin encendió un farol, tomó a Astor de la mano, se dirigieron al establo y, cuando llegaron, el niño dio vuelta un balde y se sentó mientras él iba por la montura. Quentin siempre le hablaba a su yegua cuando la veía y ella respondía relinchando. Esta vez, la yegua de brillante pelaje negro relinchó con fuerza al escuchar su voz.

—*Luna está muy feliz de volver a verte, Quentin.* —El muchacho palideció, la montura se escapó de sus manos y se sujetó de un poste para no caer sentado ahí mismo—. *¿Te encuentras bien? Siento tu malestar, pero no quiero voltear a verte por si alguien lo nota…*

—¿También… hablas… con los animales?

—*Ah, eso era… Claro que sí, cualquier mago con poderes mentales puede hacerlo, si el animal quiere hablar, por supuesto.*

—¿Qué?

—*Algunas veces no quieren hacerlo, y no permiten que entremos en su mente. Apresúrate, Luna está ansiosa por salir; Noah no la llevaba de paseo tan seguido, ha estado ocupado.* —Quentin miró primero a Astor, que estaba sentado con las manos sobre sus piernas, mirando a los soldados que entrenaban en el patio central y luego a Luna, que no le quitaba los enormes ojos de encima—. *Dile algo a Luna, está preocupada por ti.*

—Demonios, Astor… podrías avisarme con tiempo sobre estas cosas, ¿no te parece?

Astor rio y se dio vuelta para mirarlo.

—*Estás tan pálido como Noah, incluso ahora sí que te pareces a él, aunque con algunos kilos más.* —Astor volvió a reír y Quentin se rascó la nuca.

Finalmente, se acercó hasta Luna y le habló, como hacía antes de dejar la ciudad. Cuando terminó de asegurar la montura, subió a Astor al lomo de la yegua y salieron de la fortaleza a dar un paseo. Las calles de la ciudad estaban bien iluminadas por la luz de los faroles que dibujaban parches de claridad cada pocos pasos y mucha gente paseaba a esas horas, aprovechando el alivio que llegaba con la caída del sol.

El niño acariciaba el cuello de Luna, mientras observaba a la gente que pasaba cerca de ellos y transcurrió más de media hora hasta que Astor volvió a hablar.

—Intenta responderme en tu mente, ¿si? Tengo que enseñarte a hacer las murallas que nombré una vez, Quentin.

—Recuerdo que me dijiste que llorarías y debería sacarte de la casa…

—Lo haremos hoy. Mi maestro no pudo enseñármelo antes de que dejaras la ciudad, estuvo muy ocupado con otros asuntos que no conozco en detalle.

—¿Y tú puedes enseñarme a hacerlo? Apenas eres capaz de hablar, Astor…

—No te guíes por mi apariencia, Quentin, podrías llevarte una sorpresa. Soy capaz de controlar los cuatro elementos, de crear fuego de la nada, condensar mi energía, crear ilusiones, manipular la mente de las personas y animales, puedo, incluso, hacer crecer una flor entre las rocas. No creas que solo por medir un metro no puedo hacer grandes cosas.

—Vaya, no han perdido el tiempo.

—Por supuesto que no, Quentin. Hay magos destruyendo ciudades y aldeas, asesinando personas, animales y árboles en igual medida. No tenemos tiempo para perderlo en banalidades.

Quentin detuvo a Luna al llegar a la Plaza de la Fuente y la ató a un poste. Pensó en lo extraño que era su hermano, ese hijo de la Luna al que las circunstancias le habían impedido tener una niñez como la de los demás seres humanos. Se preguntó cómo era capaz de soportar tener que aprender tantas cosas siendo tan pequeño.

Ingresaron al laberinto de arbustos, caminaron un par de metros en su interior, se sentaron en la hierba y el niño se recostó mirando al cielo. Astor levantó una mano para hacer sombra sobre sus ojos y así poder ver mejor las estrellas.

—¿Quién es ese maestro tuyo? —preguntó Quentin después de unos minutos—*¿Y cómo sabes que no es una mala persona? Astor, puede estar utilizándote para cualquiera que sean sus propósitos, incluso para destruir Sitnor.*

—La gente no puede mentir en su mente. Conocí a mi maestro poco después de nacer, en la fiesta de aniversario de Sitnor, aunque había hablado con él desde el momento en que nací.

—¿Cómo?

—Hay cosas que no puedo decirte, Quentin.

—Astor…

—No me corresponde decirlo y no lo diré.

—Al diablo con los misterios…

—*Me da igual si te enojas y maldices.*

—*Demonios, Astor.* —Quentin se puso de pie y caminó un par de metros, para luego regresar—. *Estoy harto de esto, recién piso la ciudad y ya regresan los misterios. Estoy harto de los magos, de los poderes y de los malditos enigmas. A cada paso, una mierda nueva de la que hay que preocuparse.*

—*Cálmate, no me sacarás ni una palabra de más.*

—*Pero no eres solo tú, es todo lo demás también. Por ejemplo, el día que nos atacaron a Josh y a mí, maté a una persona sin saber que estaba haciéndolo y…*

—*Quisiste hacer uso de tus poderes para salvar una vida y tu Astro te lo concedió.*

—¿Y quién demonios es mi Astro? —exclamó abriendo los brazos.

—*¿Podrías no gritarlo? Por favor, Quentin, alguien te puede escuchar.* —Al darse cuenta de que había hablado en voz alta, Quentin se llevó ambas manos a la boca y volvió a sentarse—. *No sé quien es tu Astro, no sé siquiera qué color toman tus ojos cuando usas tus poderes.*

—*¿Qué? Por todos los cielos, ¿también los ojos cambian? ¿Algo más? ¿Escamas, yagas en la piel, cuernos?*

—*Estás siendo ridículo, Quentin.*

—*Ridículo es todo esto. Todo. Y no estoy seguro aún de querer saber más, por que cuanto más sepa, más querré saber y no me gusta el rumbo que están tomando las cosas. No quiero ser un mago, no quiero saber nada de los magos, no quiero…*

—*¿Crees que puedes escaparte? Un Astro te eligió. Siempre vas a ser mago y todos tus pasos te guiarán hacia el destino que tu Astro vio en ti el día que te eligió. Ahora o en otro momento.*

—*¿Qué destino? ¿Salvar al mundo con mis poderes?* —Quentin se puso de pie otra vez y comenzó a caminar—. ¿Ser el mago poderoso que acabe con los malos? ¡No me jodas, Astor!

—*¡Quentin!* —Astor gritó con su voz mental, se levantó y caminó detrás de él. Se escuchó tan alarmado que Quentin giró para mirarlo. Vio, asombrado, que en su pequeña mano apareció una luz rojiza que desprendía chispas naranjas, que saltaban en todas direcciones, pero lo que más lo impactó fueron los ojos del niño, que en lugar de ser verdes, eran de color violeta.

«*Señor de cielos e infiernos, dueño de vida y muerte…*»

Quentin recordó una parte de la profecía que oyó el día que nació su hermano y un escalofrío le recorrió la espalda. El muchacho retrocedió unos pasos, trastabilló y cayó sentado, incapaz de mantenerse en pie al pensar que su hermano lo atacaría.

—*Mátalo.* —Una voz cavernosa resonó entre sus pensamientos. No era la voz de Astor, ni ninguna que haya escuchado antes.

—*¿Quién eres? ¿Eres mi Astro?*

—*Mátalo ahora, antes que él acabe contigo. Te ayudaré a hacerlo.*

No sabía a quién pertenecía, pero sí sabía con seguridad que le causaba escalofríos oírla.

—*¿Astor?* —Quentin quiso hablar con su hermano, que permanecía de pie delante de él, pero parecía que no podía oírlo. Miró sus manos y vio que la luz rojiza aún estaba allí, pero las chispas que se desprendían de ella estaban quietas, como si flotaran en el aire. El cabello del niño, que antes se balanceaba con la brisa, también estaba inmóvil. Parecía que todo se había paralizado.

—*Hazlo ahora.* —La voz insistió y, junto a ella, una inusual sensación de miedo lo invadió por completo.

—*¡No! ¡Es mi hermano!*

—*No lo escuches, Quentin Guna.* —Una tercera voz apareció entre sus pensamientos, pero esta era muy diferente a la anterior. Era una voz dulce y musical, que trajo a su mente a la muchachita de ojos grises que conoció el día que capturaron a Almairon.

—*Cállate* —rugió la voz cavernosa—. *¿Por qué siempre tienen que intervenir? Vete, maldita seas.*

Quentin sintió una puntada en medio de la cabeza y se llevó las manos a las sienes. El dolor parecía que comenzaba a extenderse, como si fueran las raíces de un gran árbol que escarbaban para enterrarse entre sus pensamientos y, a cada segundo, el dolor aumentaba un poco más.

—*¿Qué quieren conmigo? ¿Por qué me hacen esto?* —susurró cerrando los ojos.

—*Yo soy tu Astro, Quentin Guna* —dijo la voz musical—. *Mi voz te recordó a alguien. Piensa en esa persona.*

Quentin no quería pensar en la muchachita, pues hacerlo le producía una efímera, aunque inigualable, felicidad que duraba hasta que se daba cuenta que ella no estaba junto a él y, cuando regresaba a la realidad, el vacío que había causado su partida parecía ser mayor.

—*No…* —balbuceó.

—*Hazlo, Quentin Guna. Los Indignos no pueden permanecer en mentes felices. Recuerda y él se irá* —susurró la voz musical.

—*Duele tanto hacerlo, no puedes pedirme eso.*

—*Si un Indigno se aloja en tu mente, Quentin Guna, dejarás de ser tú mismo y ya nunca podrás volver a verla, ni siquiera serás capaz de recordarla, pues la felicidad no convive con los Indignos y su recuerdo te*

hace feliz. Te perderás en los laberintos de la locura, te obligará a asesinar a tu familia y a tus amigos, solo servirás a sus propósitos hasta que su maldad te consuma. Recuerda, por favor.

Mientras el Astro hablaba, la voz cavernosa intentaba ganar la atención del muchacho, prometiéndole oro y fama y eso lo convenció de que la voz musical decía la verdad y era quien decía ser; de otra forma, el ser de la voz cavernosa hubiera sabido que Quentin prefería pasar desapercibido y que la fama no le importaba.

Muy a su pesar, y con el miedo que le habían causado las palabras de quien decía ser su Astro, Quentin desenterró de sus recuerdos a la muchachita de ojos grises. Cuando acudió a su mente el instante en que la vio por primera vez, su sonrisa y las pocas palabras que le oyó decir en ese momento, las punzadas que sentía comenzaron a retirarse.

—*Bien, Quentin Guna.* —Lo animó la voz musical.

—*Ella no estará aquí cuando abras los ojos, iluso* —dijo la voz cavernosa—. *¡Tu Astro te engaña!*

—*Ella siempre estará en mi recuerdo y eso me basta* —contestó Quentin e intentó regresar al momento en el que ella le había prometido encontrarlo.

—*¿Qué harás cuando no puedas soportar ya la falta de sentido en tu vida? ¿Qué sucederá cuando la necesidad de ver su sonrisa te oprima el pecho y te impida respirar? En ese momento regresaré, y serás mío, iluso. Juro que tu vida me pertenecerá.*

Quentin no hizo caso a sus palabras y la presencia del extraño ser desapareció por completo de su mente en el instante en que el recuerdo de la muchachita de ojos grises lo tomó de las manos.

—*Lo hiciste bien, Quentin Guna.* —La voz musical parecía sentirse orgullosa.

Quentin respiró varias veces, mientras intentaba encontrar algo de sentido en lo que acababa de suceder. Le dolía la cabeza, estaba confundido y asustado.

—*Él tiene razón… ¿Qué haré en el momento en que ya no soporte mi existencia, Astro? En ocasiones, siento que no soy capaz de levantarme en las mañanas, que no tengo razón, ni motivo para hacerlo…*

—*Las promesas son dichas para ser cumplidas, Quentin Guna, y ella cumplirá su promesa. Pero aún no es el momento y debes ser paciente.*

—*¿Cuánto más? A veces solo quiero dejar de existir, dejar de sentir…*

—*Lo sé, Quentin Guna. Yo también lo siento, pues ambos son parte de mí. Yo les pertenezco, ustedes me pertenecen, ella te pertenece como tú le perteneces a ella.*

—¿Ella también sufre como yo? ¿Puedes dejarla ir? ¿Puedes liberarla de esto? Dime que puedes, por los dioses, dime que ella puede olvidarse de todo, dime que no me recuerda y que su existencia es feliz…

—No puedo hacerlo.

—Por favor, libérala de su promesa.

—Adiós, Quentin Guna.

La presencia del Astro dejó su mente y, cuando lo hizo, Quentin volvió a sentir su entorno. Regresó la brisa, el relinchar de un caballo, sus cascos golpeando en las empedradas calles de Sitnor y su hermano, que estaba junto a él, abrazado a su cuello.

—¿Astor?

—Por los dioses, hermano, al fin. Tuve tanto miedo…

Quentin abrazó al pequeño, se atrevió a abrir los ojos y vio que Onix, su gato negro, estaba parado delante de él. Su cola azotaba como un látigo, de lado a lado.

—¿Qué hace Onix aquí? ¿También puedes hablar con él?

—Tú también puedes hablarme, humano. —La voz que escuchó horas antes, cuando estaba en su habitación, volvió a resonar en sus pensamientos.

—¡Por un demonio! —exclamó Quentin—. ¿Quieren decirme que ocurre?

—Onix no es un gato normal. —Astor se separó de su hermano.

—Soy mago.

—¡Ah, no me digan! Vaya sorpresa.

—Deja de comportarte como un cachorro.

—Si, Quentin, no me avergüences frente a él. ¿Tienes idea acaso de quién es?

—¿Crees que si lo supiera actuaría así?

—Cállate, humano, y escucha.

—Harto estoy. ¡No escucharé nada! ¿Saben lo que acaba de ocurrir? —Quentin se señaló la cabeza con los dedos.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —preguntó, a su vez, el gato con cierto fastidio.

—Van a volverme loco con todo esto, ya no quiero escuchar más —Quentin se puso de pie—. Vamos, Astor. Es hora de ir a casa.

El pequeño lo ignoró y se sentó junto al gato.

—Espera, humano. Debes aprender a protegerte.

—¡Maldición! ¿Ya les dije que estoy harto? ¡Pues eso, estoy harto! Siento que la cabeza me va a explotar en cualquier momento, un no-sé-qué se metió acá adentro con no entiendo qué propósitos, alguien que dijo ser mi Astro estuvo hablándome aquí dentro, diciéndome qué hacer y qué no

hacer, y ahora ustedes siguen con el mismo cuento. Basta, basta por favor.

—*Tú me obligas, humano.* —Los ojos verdes del gato se volvieron grises y Quentin se sintió aprisionado por manos invisibles, que lo obligaron a sentarse justo donde estaba parado—. *Así te quedarás quieto. ¿Sabes lo que ocurrió en tu mente? Te lo diré. ¿Recuerdas cuando los atacaron a ti y a Joshua por primera vez? Pues en ese momento comenzó todo para ti, humano. Los sujetos que asesinaste tenían un encantamiento en sus armas. En cada una de ellas tenían apresado a un Indigno, un ser que solo sería liberado cuando los dueños de las armas perdieran la vida, ya que la energía que se necesitaba para mantener el encantamiento provenía de sus cuerpos y…*

—*Debes estar bromeando…*

—*¿Me veo como alguien capaz de hacer bromas?*

—*No seas irrespetuoso, Quentin.*

—*Podría, en estos momentos, estar junto a mi humano pero decidí quedarme junto a ti para ayudarte en lo que sea posible. No hagas que me arrepienta de mi decisión, cachorro.*

—*Eres libre de partir cuando gustes, Onix, yo no pedí esto, no pedí verme involucrado en cosas que no entiendo ni quiero entender. Me conformo con la vida que tenía antes, acudir al llamado del ejército, ser un soldado… eso es todo lo que quiero.*

—*Qué decepción. Vaya manera de desperdiciar mi tiempo con tus pobres aspiraciones de campesino simplón.*

—*¡No insultes a los campesinos, Onix!*

—*Qué vergüenza, humano. Esperaba más de ti.*

—*¿Sabes? Yo no espero nada más de mi, solo quiero una vida tranquila y lo más sencilla posible, sin tener que verme involucrado en toda esta mierda en la que me han metido. Déjame ir ahora mismo. No estoy interesado en…*

—¡Quentin! —La voz de Josh sonó cerca de ellos.

—¡Aquí! —exclamó Quentin.

Pasaron unos pocos segundos hasta que Josh apareció entre los arbustos.

—¿Qué demonios…?—dijo Josh mirando primero a Quentin y luego al gato y a Astor—. ¿Qué sucede aquí?

—Gracias a los dioses que llegaste. Estos dos… no me dejan ir.

—¿Cómo que…? —Josh caminó decidido hasta su amigo, pero se detuvo a pocos pasos de él y el color de su rostro desapareció—. Ellos… Maldición.

Josh se llevó la mano a la cintura pero, antes de poder desenfundar su espada, cayó al suelo pesadamente.

—*¿Qué…?* —Quentin quiso moverse pero se encontraba sujeto por las manos invisibles que el gato estaba utilizando—. *¿Qué han hecho con él?*

—*Dormirá… Hasta que tú escuches todo lo que tenemos para decirte y accedas a hacer las malditas murallas en tu mente.*

—*Déjenlo ir ahora mismo.* —Quentin se removió en vano, intentando liberarse, pero fue incapaz de hacerlo.

—*No estoy negociando contigo, cachorro insensato. Cuanto más te resistas, más tiempo estará tu amigo durmiendo.*

—*Confía en nosotros, Quentin, queremos lo mejor para ti.*

—*¿Y alguien, en algún momento, se preguntó qué es lo que yo quiero?*

—*No se trata de lo que quieras o no, estúpido cachorro, se trata de lo que necesitas. Como querer, uno puede querer muchas cosas. Yo, por ejemplo, quiero estar con mi humano, en donde sea que él esté, y sin embargo acá estoy, porque necesito enseñarles cosas. Tú, quieres emborracharte a diario* —Quentin se sobresaltó ante sus palabras y su rostro enrojeció—*, de ser posible, todo el maldito día, pero sabes que necesitas mantenerte despierto y por eso no lo haces.*

—*¿Y tú que demonios sabes? ¿Quién te crees que eres para…?*

—*Cállate, cachorro. Tengo más años de los que puedo contar, he visto cosas que ni siquiera serías capaz de soñar aunque durmieras dos años seguidos. Sé cosas que acabarían con el más duro de los corazones y llevarían a la locura a la persona más sana. Podría incluso destruir a un Astro si así lo quisiera… y también sé de tu pesar. ¿Crees, acaso, que lo que te sucede es algo nuevo? No, estúpido cachorro. Ha ocurrido desde el inicio de los tiempos que una estrella decide compartir su poder con dos personas y estas nacen el mismo día y a la misma hora, aunque siempre en distintos lugares. Están condenados a buscarse y a sufrir la pena de no tenerse, hasta que el momento de encontrarse sea lo único que pueda salvar a uno de ellos de la muerte y, en ese momento, cosas inexplicables sucederán que no podrán repetirse nunca jamás. No quieras enseñarme algo a mí, cachorro irresponsable. Tu hermano y yo mismo arriesgamos nuestras vidas para que el Indigno no acabe contigo. No vuelvas a desafiarme, no vuelvas a creer que sabes lo que necesitas, no desobedezcas mis órdenes ni cuestiones a Astor. Ahora nos debes la vida por lo que acabamos de hacer. Y una cosa más, ¿sabes lo que ocurre cuando un humano que comparte una estrella muere? La pena del humano que sobrevive es mil veces mayor a la que sufre por no encontrarlo. Si crees que ahora tu alma duele, imagínate la pena que ella sentirá si algo así te sucede, estúpido cachorro. No solo nos debes la vida, sino que el padecimiento de… la muchachita de ojos grises no sea mayor. Ahora*

cerrarás la maldita boca, dejarás de actuar como un cachorro indisciplinado y harás lo que te decimos.

—*Libérennos ahora mismo.* —Quentin quiso moverse pero, como en las ocasiones anteriores, nada sucedió.

—*Quentin…* —dijo Astor, tratando de hacerlo entrar en razón, sin saber que era algo casi imposible de lograr.

—Déjennos ir.

Astor y el gato se miraron y, finalmente, Josh despertó y se sentó en el suelo, confundido. Quentin pudo moverse y se levantó para acercarse a Josh.

—¿Estás bien?

—¿Q, qué sucedió?

—Te explicaré luego. Ven, vámonos —dijo y lo ayudó a ponerse de pie.

—*Quentin, espera.* —Astor se puso de pie y fue tras él. Quentin se dio vuelta para mirarlo y vio que Onix ya no estaba a su lado—. *No puedo llegar a casa solo, recuerda que salí contigo.*

—*Demonios, es cierto.*

—*Y recuerda que nadie puede saber lo que ocurrió. Yo soy un niño travieso y risueño, y tú mi hermano mayor. Intenta reír cuando entres a la casa.* —Astor caminaba apresurado junto a su hermano.

—*Ni lo sueñes. Hazte el dormido y te llevaré hasta tu habitación.*

—*¡Pero tengo hambre!*

—*Tengo los panes de la nana en el bolsillo, serán tu cena.*

—*Quentin…*

—*Basta, Astor. Es suficiente por hoy, no puedo más, mañana hablaremos. Perdóname.*

14

Quentin llevó a Astor en brazos hasta la fortaleza, intentando calmar un poco el torbellino de emociones que tenía en su interior. Josh caminó a su lado, llevando a Luna de las riendas, sin decir ni una palabra en todo el recorrido y, aunque quizás estaba muerto de curiosidad, no lo dijo. El muchacho abrió la puerta de madera del patio y su madre salió a su encuentro ni bien oyó sus pasos.

—Hijo, me tenías tan preocupada, ¿dónde estaban?

—Solo anduvimos por la ciudad, ya sabes… Astor se durmió cuando regresábamos así que lo llevaré a su habitación.

—Está bien. ¿Han cenado? Salieron muy temprano y…

—Sí, quédate tranquila. Comimos algo por ahí.

—¿Mamá? —Astor levantó la cabeza del hombro de su hermano.

—Sí, mi pequeño. —Astor se dio vuelta y le tendió los brazos a su madre, que lo tomó y comenzó a caminar hacia la casa.

—Saldré con Josh —dijo Quentin antes de que ella desapareciera tras la puerta.

Quentin caminó hacia el establo; Josh estaba terminando de acomodar a Luna, dejándole agua y alimento.

—¿Regresamos al laberinto? —preguntó Josh cuando Quentin se sentó pesadamente en una carreta.

—No, creo que mejor no.

—Está bien, Q. No sé qué es lo que ocurrió ahí, pero está bien si no quieres hablar sobre eso.

—Onix es mago.

—Ya decía yo...

—Él te durmió. Y tiene cientos de años.

—Estás de broma, me imagino.

—Ojalá… —Quentin comenzó a contarle lo que había ocurrido en la plaza y Josh apenas si eras capaz de reaccionar. Le llevó varios minutos a su amigo pensar en todo lo que había escuchado y, finalmente, poder decir algo.

—¿Y qué sucedió con esos seres que salieron de las espadas?

—No lo…

Onix entró al establo, se sentó frente a ellos y enroscó la cola sobre sus patas. Josh lo miró con desconfianza y, luego, miró a Quentin.

—*Cuando los Indignos son liberados, van tras aquel que destruyó sus prisiones, para alojarse en ellos y tomar el control de su mente* —dijo el felino.

Quentin repitió las palabras del gato a Josh.

—¿Los dos? —preguntó Josh.

—*Uno fue destruido.*

—No lo entiendo —dijo Josh—. ¿Cómo pudo Astor verlo? ¿O tú?

—*Los magos no solo los podemos ver, también podemos sentirlos y, por lo general, sentimos la maldad que los rodea antes de verlos. Se alojan en lugares donde no hay felicidad, en sitios donde se ha cometido alguna clase de crimen. Prefieren lugares donde ha ocurrido una muerte violenta, pues los sentimientos de odio quedan impregnados en los muros, en los muebles, en los suelos mismos.*

—Eso es escalofriante —dijo Quentin al terminar de decirle a Josh lo que Onix había dicho.

—¿Hubo un asesinato en el laberinto? —dijo Josh.

—*No necesariamente. Puede que Quentin haya pasado por el lugar donde el Indigno se alojaba y este lo reconoció y fue tras él.*

—¿Y ahora? —preguntó Josh.

—Debo aprender a protegerme.

—¿Y que estás esperando, pedazo de…? —Josh saltó de la carreta y comenzó a caminar de un lado al otro—. Por los dioses, casi te vuelves loco ahí dentro ¿y aún reniegas porque quieren…? Tienes a dos magos a tu disposición, que te protegieron, que quieren ayudarte y enseñarte y tú…

—Baja la voz, ¿quieres que te oiga todo el mundo?

—¡Me da lo mismo, Quentin! ¿Crees que quiero perderte? ¡Por un demonio, Q! —Josh se dio vuelta y se acuclilló frente al gato, para mirarlo a los ojos—. Dime, Onix, y lo duermo de un solo golpe para que hagas tu trabajo.

—Necesito estar despierto, cabeza hueca. —Quentin estiró la pierna y empujó con la punta de la bota la espalda de Josh, que casi cae de cara al piso.

Josh tomó a Onix entre sus brazos y caminó hacia la carreta, puso al felino en brazos de Quentin y se sentó a su lado.

—Empiecen. No me iré de acá hasta que sepa que lo has hecho, Q.

—Onix quiere que vayas por Mirka.

—¿Mi perra también es maga? —dijo asombrado.

—No, lo lamento Josh, pero Onix no confía en mí y la necesita para que tú sepas cuando hayamos terminado.

Josh dejó el establo corriendo y regresó a los pocos minutos con Mirka a su lado. Onix se bajó de los brazos de Quentin y caminó hasta ella, se restregó en sus patas y Mirka le lamió la cabeza. Después de unos momentos, Mirka se acostó en el suelo de tierra, hecha un ovillo. Onix caminó de regreso hasta la carreta y se sentó entre Josh y Quentin.

—*¿Estás listo?* —preguntó Onix y Quentin asintió —. *Aunque sé que no quieres hacerlo, debes traer a tu mente alguno de los momentos en los que te encontraste con… la niña.*

—*Por los dioses, no…* —Quentin se llevó las manos a la cabeza.

—¿Q, estás bien? —preguntó Josh, que no le quitaba los ojos de encima.

—*Necesitas el recuerdo que más felicidad te produzca, y dudo que algún otro se compare.*

—Sí, no te preocupes, Josh.

—*Será la única vez que te lo pediré. Te lo prometo. Sé lo que produce en ti, soy conciente de eso, pero es la única forma de que esto funcione. Lo ideal es hacer las murallas apenas un niño nace, pues no hay recuerdo más feliz, hasta ese instante, que el de respirar por primera vez, pero no estuve contigo en ese momento.*

Quentin asintió y cerró los ojos. Onix le dictaba instrucciones de lo que debía hacer y, aunque tuvo que repetir todos los pasos más de una vez, finalmente logró crear unas murallas con las que el gato se sintió conforme.

—*Ahora podrás darte cuenta cada vez que alguien entre en tu mente, aunque podrás hablar conmigo siempre que lo desees, sin importar a qué distancia nos encontremos y sin que yo deba entrar a tu mente para hacerlo. Serás capaz de guardar tus secretos, todos ellos, para que nadie pueda conocerlos y, para tu tranquilidad, te aseguro que solo tú y yo sabemos lo de… la niña.*

—*Astor… él lo sabe.*

—*Solo lo que vio en tu mente cuando quisiste escapar con él, no lo que realmente sucedió.*

—*Pero la conversación de hoy… Él la escuchó.*

—*Accedió a que borre sus recuerdos sobre lo ocurrido en el laberinto, para resguardar tu secreto. Solo sabe sobre lo que puso en peligro tu vida, y es conciente de que hay algo que él no conoce sobre ti. Hasta ese punto quiere protegerte. Recuérdalo.*

Quentin asintió y Onix bajó de la carreta. Mirka se levantó, se estiró

y caminó hasta donde estaban los muchachos.

—Ya está hecho, Josh.

Cuando Quentin subió a su habitación, Onix ya estaba durmiendo en el medio de su cama, como hacía de costumbre. El muchacho se quedó parado junto a la puerta, mirándolo.

—¿Onix?

—Dime, cachorro.

—¿Aún puedo tratarte como a un gato normal? ¿O debo…?

—Sigo siendo un gato normal. Me gusta esta cama, que tomes mi garra antes de dormir y, también, ronronearé cuando me acaricies.

—Gracias, Onix. No sabía qué sucedería ahora con nuestra… relación.

—Acuéstate, ya es tarde.

Quentin estuvo de acuerdo, por lo que se desvistió y se acostó junto al felino pero, como le ocurría con frecuencia, no podía conciliar el sueño.

—¿Qué sucede, cachorro?

Quentin se tomó varios minutos en responder.

—Me pareció que varias veces estuviste a punto de decir su nombre, pero no lo hiciste. ¿Tú… la conoces?

—Desde su nacimiento.

Quentin notó que su corazón comenzaba a latir con más fuerza que nunca.

—¿Cuál… es su nombre?

—No te lo diré, pues ella lo hará cuando te encuentre, tal como lo prometió. No puedo intervenir en eso, cachorro, lo lamento.

Quentin hizo silencio por unos minutos más, mientras le rascaba detrás de la oreja al felino.

—¿Onix?

—Dime.

—¿Podrías contarme algo sobre ella?

—Puedo hacer algo mejor…

Quentin sintió la presencia del gato en su mente e instantes después, comenzó a ver imágenes de un bebé que acababa de nacer. Le recordó a la primera vez que vio a Astor, pues tenía el rostro hinchado y enrojecido, pero unas suaves pinceladas de cabello gris adornaban su cabeza.

—¡Es ella! Por los dioses… pequeña.

Se sintió tan feliz al ver los recuerdos del gato, que casi se comparaba con lo que había sentido cuando la conoció. Por unos

minutos, Onix le mostró recuerdos de la niña en sus primeros días de vida, hasta que las imágenes desaparecieron al igual que la presencia del felino.

—*Es suficiente por hoy, ha sido un día muy largo para los dos. Es hora de dormir.*

Quentin cerró los ojos y, por primera vez en años, se durmió con una sonrisa en el rostro.

15

Pyebra Ciudad Capital

A Tareq le aborrecía todo lo que lo rodeaba y, de a poco, se había distanciado de sus compañeros, incluso de Nihá con quien solía compartir largas conversaciones antes del ataque a Palmeras. Pasaba la mayor parte de sus ratos libres en la soledad de su habitación, ya que sus momentos de descanso muy pocas veces coincidían con los de Lena, la princesa. Era con la única que hablaba y, en ocasiones, escapaban de los ojos vigilantes de la señora Viktoria y se perdían en los jardines con los perros, que habían crecido tanto que ya eran mucho más altos que ella.

Reda Almairon no volvió a molestarla después de que Lena estuvo a punto de atacarlo. Tareq había logrado convencer a la señora Viktoria y le permitía a la niña pasar algunos momentos con su hermano y su padre, por lo que ahora estaba mucho más tranquila y de mejor humor.

Esa noche, Tareq estaba en su pequeña habitación, después de una larga jornada de entrenamientos. La señora Viktoria insistía en que fueran capaces de crear una muralla en sus mentes, y los hacía practicar la mayor parte del día, hasta que sus energías estuvieran casi agotadas.

Había tomado un baño y estaba por acostarse cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta. Se apresuró a vestirse, temiendo que haya ocurrido algo con Lena, pero se sorprendió al encontrar a Nihá cuando abrió.

La muchacha entró a su habitación sin saludar y cerró la puerta.

—Necesito hablar contigo. —Fueron sus únicas palabras. Tareq se quedó parado donde estaba, mirándola. Nihá caminó unos pasos y se sentó en el sillón que había junto al ventanal que llevaba al balcón—. Sé lo que hiciste, Tareq, y lo que estás haciendo.

—¿A qué te refieres? —Tareq sintió que el corazón iba a escapar de

su pecho.

—Pude ver en tu mente lo que ocurrió en Palmeras. Hoy, mientras entrenábamos. Lo sé todo.

—¿Por qué estás aquí, entonces? —preguntó intentando que el miedo que sentía no se dejara translucir en sus palabras—. ¿Por qué estás aquí en lugar de estar contándoselo a la señora?

—¿Qué viste en esa sacerdotisa? ¿No te das cuenta que su vida es servir a la diosa Sinmá?

—¿De qué hablas?

La muchacha se puso de pie y caminó hacia él.

—Ella nunca será capaz de verte como yo te veo, Tareq —Nihá levantó una mano y la acercó a su rostro, pero el muchacho la detuvo.

—¿Qué te sucede? ¿Qué quieres?

Nihá le dio la espalda y caminó hasta salir al balcón.

—Imagina lo que sucedería contigo si la señora Viktoria escuchara mis palabras. —Nihá se dio vuelta para mirarlo—. En el mejor de los casos, te matará enseguida. En el peor de los casos…

—¿Qué quieres?

—A ti.

—Por Efos, Nihá. Si ya sabes lo que siento por la sacerdotisa, ¿cómo pretendes…?

—No hablo de amor, Tareq —dijo sonriendo—. Me conformo con… tu cuerpo.

—Vete de aquí.

—Mañana por la noche regresaré, tienes hasta entonces para pensarlo. Si tu respuesta me conforma, no hablaré con la señora. Y, de verdad, lamentaría mucho tener que decírselo.

—Largo, Nihá —dijo y abrió la puerta.

La muchacha dejó la habitación con una sonrisa en el rostro y Tareq cerró la puerta de inmediato.

«Lo que me faltaba» pensó, se llevó las manos a la cabeza y caminó de una punta a la otra de la habitación por varios minutos.

El muchacho pensó en Vila y en la conversación que habían tenido la última vez que la había visto.

—Si tú me lo pides, dejaré de ser sacerdotisa e iré contigo a Ciudad Capital.

—No podría hacerte eso, Vila. Si te pido que dejes la seguridad de Palmeras para venir conmigo y descubren lo que he hecho, ¿sabes lo que harán contigo? Vas a desear que te maten, pero no lo harán…

—¿Y que sucederá contigo, si te descubren?

—Tampoco me matarán…

Vila había llorado abrazada a él cuando oyó sus palabras y le había pedido que se quede en Palmeras, pero él se negó. Tenía la oportunidad de hacer algo para frustrar los planes de la señora Viktoria y estaba decidido a hacer todo lo posible para lograrlo, pero no contaba con que alguien podría encontrar esos recuerdos tan rápido. Nihá había notado el cambio en él y sabía qué debía buscar, hasta que lo encontró.

Tenía miedo, por supuesto que tenía miedo. Lo sentía como una espina clavada en su estómago desde el mismo momento en que Lehsa se recuperó y volvió en sí. Tenía miedo constantemente, pero él había elegido regresar y el hecho de haber conocido a Lena y haberla ayudado era algo que lo hacía ver que su decisión había sido la correcta.

Lena era muy pequeña y su madre le había arruinado la vida de forma irreparable al haberla alejado de sus afectos. No podría ya volver a ser quien era antes, pero haber logrado que la señora Viktoria acceda a que Lena pase algún tiempo con su familia, sin duda ayudaría a que su dolor no siga aumentando y, con él, su resentimiento y su falta de control. Era un pequeño triunfo entre tantas derrotas, un pequeño haz de luz entre la oscuridad que estaba comenzando a cubrir Thoria.

Aún no sabía con seguridad cuáles eran las intenciones de Nihá, le resultaba sospechoso que solo fuera a guardar su secreto por compartir su cama, pero ya se había percatado de que la gente tiene motivaciones que, para muchos, resultan incomprensibles. Tino no regresaría hasta la próxima semana, por lo que no podría consultarlo con él ni hacérselo saber a Vila, aunque quizás era mejor así.

La decisión era solo suya.

16

Lena dejó su habitación y se largó a correr por los pasillos que conducían al ala sur, donde la esperaba su madre. Era tarde y le gritaría ni bien abriera la puerta de ese horrible y aburrido salón, pero se enojaría aún más cuando comenzaran a entrenar, algo que la hizo sonreír.

La pequeña no había dormido durante gran parte de la noche y le había costado despertarse, por más que Fuego y Plata, sus perros, intentaron hacerlo.

Cuando llegó al ala sur, comenzó a caminar porque estaba sin aliento y necesitaba recuperarse. De todos modos, ya era tarde. Hacía tanto calor que deseaba escaparse con Tareq y sus perros, pasar el día en el lago y chapotear como los patos. Tareq era divertido y siempre la hacía reír, aunque luego su madre se enojara con ambos, más con ella que con él.

Se sentía tan feliz ese día, que el futuro enojo de su madre, incluso, contribuía a hacerla sentir mejor.

Lena abrió la puerta del salón y vio a su madre parada junto a uno de los ventanales observando el jardín, pero se dio vuelta para mirarla en cuanto la pequeña cerró la puerta. Los ojos le relampaguearon y una mueca tensó sus labios.

—Pareciera que disfrutas haciéndome perder el tiempo, Lena.

—Perdón, madre —dijo con una sonrisa.

—Cuando alguien pide perdón, debe procurar no volver a repetir su error, pero tú siempre llegas tarde. Diría que lo haces a propósito.

—Lo lamento, madre.

—Ya no hables, no quiero escuchar tus palabras vacías.

—De acuerdo, madre.

Lena vio que su madre fruncía el ceño, como cada vez que iba a gritarle, pero pasaron algunos segundos y sus rasgos se suavizaron. Sus ojos cambiaron de color y al instante vio la figura de su madre en su mente. Lena sonrió.

—*¿Qué es esto? ¿Qué has hecho?* —preguntó, asombrada.

—*He podido hacer unas lindas murallas, madre. Y estas no se caen, ¿quieres probar?* —Lena pudo sentir el desconcierto que acompañaba la imagen mental de su madre, como así también su frustración y una mezcla de otros sentimientos que ella no pudo reconocer—. *Pensé que por una vez estarías orgullosa de mí, pero veo que nada de lo que haga puede hacerte feliz. Estaba dispuesta a compartirlo contigo, te iba a enseñar a hacer las murallas que tanto envidias a los magos de Palmeras, pero veo que no lo mereces.*

Lena vio que en las manos de su madre comenzaban a formarse esferas de luz blanca, lo que significaba que atacaría sus murallas. Lena retiró su imagen, para resguardarse detrás de sus defensas y, a la vez, su pequeño cuerpo se hizo un ovillo. La niña se cubrió la cabeza con las manos, esperando sentir el dolor que le causaría la ira de su madre pero, en cambio, no sintió nada. Sus murallas de verdad la protegían. En un principio creyó que se caerían al más mínimo ataque, pero estaban de pie, para su alivio. Podía escuchar a su madre gritar en su mente, pero ella no podía dañarla.

Lena bajó sus manos y levantó la cabeza, para ver el exterior. Su madre estaba en el otro extremo del salón, sin quitarle los ojos de encima y cuando vio que Lena se ponía de pie, caminó a paso apurado hacia ella.

—Pequeña bruja traidora. —Viktoria tenía el rostro contraído en una mueca de desagrado y levantó la mano en cuanto estuvo a su lado pero, antes de llegar a chocar contra la cabeza de Lena, la niña la detuvo usando sus poderes.

—¿Ahora también me golpearas, Viktoria?

—Suéltame, Lena, y dime cómo haces las murallas.

—No voy a decírtelo, pues no te lo mereces. No eres digna —dijo soltando su mano.

Sintió que la presencia de su madre se retiraba de su mente y le dio la espalda para dejar el salón.

—¿A dónde crees que vas? Aún no hemos terminado.

—Ya no entrenaré contigo, Viktoria. Nunca más lo haré. Regresaré a mi habitación anterior, junto a la de mi hermano. Jugaré con él, comeremos pasteles y pasearemos en el lago con mi padre y mis perros. No volveré a pisar este feo salón nunca más. Si intentas hacerme regresar, te mataré, y mataré a todos tus magos. Pero primero los mataré a ellos, para que su muerte te entristezca, ya que lo único que te preocupa son ellos. Lo sé, lo he visto.

La niña hizo puntas de pie y tomó el pomo de la puerta, para abrirla.

—Lena ven aquí o…

—¿Matarás a mi nana? ¿Otra vez? —Lena se dio la vuelta para mirarla y sus ojos se encendieron —. *¿Cuál de tus magos es tu favorito? Aquí no puedes mentir, dímelo.*

—*No, Lena.*

—*Dímelo, Viktoria.*

—*Lehsa. Es Lehsa.*

—*Si algo le sucede a mi nana, él será el primero.*

—*¿Cómo puedes hablar así…?*

—*Para esto me entrenaste. Deberías sentirte orgullosa de tu trabajo. Aunque de ahora en adelante quiero ser una niña normal, como Dante lo es. Si me molestas de alguna forma, antes recuerda proteger a Lehsa.*

Lena dejó el salón y comenzó a correr por los pasillos otra vez, riendo. Debía encontrar a Tareq para decirle que ya no entrenaría y que podrían pasar más tiempo juntos pero, antes, quería ir a buscar a su nana, a sus perros y regresar a su antigua habitación, junto a la de Dante, la que antes estaba llena de juguetes y de túnicas preciosas.

17

Palmeras, Pyebra

Vila golpeó la puerta del despacho del señor Jeno y, enseguida, su voz contestó desde adentro. A los pocos segundos la puerta se abrió y el Gobernante la hizo pasar.

—Señorita sacerdotisa —sonrió después de tomar asiento—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Señor Jeno, necesito de su autorización para construir un templo a la diosa Sinmá. La diosa me lo ha encomendado.

—Lo lamento pero, en estos momentos, no puedo permitirme la construcción de uno de las dimensiones del Gran Templo de Efos, señorita Vila.

—No es necesario que sea uno de esas magnitudes, señor. En la aldea tenía un templo del tamaño de una casa. Era pequeño, pero con eso bastaba. Aquí hay más adeptos a Efos pero, entre los refugiados, hay muchos que agradecerían un lugar donde venerar a Sinmá, además de que la diosa estaría complacida.

—Puedes hacerlo, entonces. ¿Los Supremos Sacerdotes de Ciudad Capital lo saben?

—No se los he dicho, pero creí prudente consultarlo con usted antes. Enviaré un mensaje al Gran Templo de Sinmá.

El Señor Jeno se quedó pensando y volvió a hablar luego de unos minutos.

—Los Sacerdotes nunca antes han intervenido en asuntos políticos, por lo que el mensajero no correrá peligro de ser delatado. Tienes mi autorización para enviar un mensajero avisando de la construcción de un nuevo templo.

—Gracias, señor, la diosa lo bendiga y lo proteja —dijo Vila antes de dejar la habitación.

Vila se retiró del Palacio de Gobierno y se dirigió hacia la fortaleza del Gobernante, donde todavía vivían Ajác y su familia. A pesar de

que la mayor parte de las casas de la zona norte ya habían sido reconstruidas, la de ellos aún no estaba lista. Mihaí y Tino, aunque ayudaban a quienes lo necesitaban, se negaron a aceptar la colaboración de sus vecinos, por lo que avanzaban con mayor lentitud. Ellos deseaban que Ajác se sintiera orgullosa de lo que habían logrado hacer juntos, como padre e hijo.

Vila encontró a Ajác quitando la maleza del pequeño jardín y se sentó en un banco de madera a conversar. Al atardecer, Tino y Mihaí llegaron y Vila les reveló el motivo de su visita. Quería que Tino fuera a Ciudad Capital, si se lo permitían, a llevar su mensaje al Supremo Sacerdote del Gran Templo de Sinmá y Tino aceptó de inmediato.

—Nuestras cabezas tienen precio —dijo Mihaí—. Si alguien llega a reconocerte, quién sabe de lo que serán capaces de hacer.

—Seré prudente y no hablaré de más. Prometo comportarme como un simple mensajero.

—Los magos te han visto y uno de los soldados también, tus verdaderos padres viven allí —dijo Ajác—. ¿Crees que si alguno de ellos te ve se quedará callado?

—Puedo cortar mi cabello o sujetarlo con un lazo. —Tino pasó sus manos sobre sus incontrolables rizos y lo peinó hacia atrás.

—Vaya, pareces otro —murmuró Vila. Ajác la miró con el ceño fruncido y Vila se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Además, si alguien te ve a aparecer… —continuó Mihaí—, la señora Viktoria no tiene ningún mago como tú, sabrán de inmediato quién eres aunque no te conozcan.

—Apareceré fuera de la ciudad y regresaré cuando me den una respuesta. Prometo que no me meteré en problemas ni haré nada que pueda hacer sospechar quién soy y, si me preguntan, diré que me entregaron el mensaje en la ciudad.

—Te seguirán… —dijo Mihaí.

—Una vez que tenga la respuesta puedo desaparecer sin preocuparme, padre, ya no importará si me ven.

—En eso tienes razón —dijo Mihaí—. Vila, ¿los sacerdotes pueden ser magos?

—Puede haber magos entre ellos, pero como hasta hace poco los magos estaban vetados, no sé con seguridad cómo eso influye en sus poderes de sacerdote.

—¿Tú puedes usar magia?

—Solo en contadas ocasiones y bajo ciertas circunstancias.

—¿Puedes entrar en la mente de las personas?

—No, eso no lo puedo hacer. Mis poderes están limitados a los

rituales sagrados pero no sabría decirles los del Supremo Sacerdote.

—Es muy arriesgado —murmuró Ajác.

—Si sirve de algo, el Supremo Sacerdote no recibe a los mensajeros. Las cartas pasan por cinco sacerdotes antes de llegar a sus sagradas manos. A Tino lo recibirá uno de los novatos.

—¿Puedes asegurármelo? —preguntó Mihaí.

—Claro que sí. Yo misma he recibido cientos de mensajeros antes que me dieran mi templo en la aldea.

—¿Cuándo será?

—Mañana al amanecer. Debo redactar la carta aún.

—¿Sabes cuánto tardan en responder? —preguntó Ajác.

—No más que unas horas.

—Si al atardecer Tino no regresa, iré a esa condenada ciudad y tiraré el templo abajo —murmuró Ajác.

—Estaré bien, madre. —Tino se acercó a ella y la abrazó.

Ajác se despertó antes del amanecer para ayudar a su hijo a prepararse para el viaje. Habían decidido que lleve el pelo recogido, por lo que la mujer pasó un largo rato, la noche anterior, peinando su cabello para estirarlo lo más posible y así poder sujetarlo. Después de mucho batallar, al fin quedó conforme con el resultado pero, cuando se levantaron, la mayor parte de los ensortijados rizos de Tino se habían escapado del lazo aunque, en esta ocasión, le fue más fácil volver a recogerlo. El muchacho prometió comportarse y abrazó a sus padres antes de partir.

Tino apareció lejos de las murallas de la ciudad, cerca de uno de los tantos caminos que llegaban a la capital. Caminó por varias horas y llegó al Gran Templo de Sinmá cuando era mediodía.

El templo se encontraba cerca de la muralla oeste de la ciudad y era un círculo formado de cientos de perfectos domos de bloques de piedra blanca. Entre ellos corrían angostos senderos negros, los mismos que también bordeaban todo el conjunto. En el centro del círculo, se hallaba un domo de mayor tamaño, hecho completamente de vidrio.

Desde cerca era imposible notar que el grupo de edificios formaban una representación de la luna, pero Tino lo había visto desde lo alto del centro de la ciudad y se había asombrado por la forma, el tamaño y la perfección con que todo había sido construido.

Un joven sacerdote lo recibió con amabilidad, antes de que llegue a alguno de los domos, y lo condujo hacia uno de ellos. Tino vio que las

piedras que construían los domos, eran diferentes a todas las que había visto antes. Parecían ser transparentes pero, a su vez, no lo eran. Tenían un color blanquecino y, al mismo tiempo, tornasolado. Era lo más raro que había visto en toda su vida.

—Se llama piedra de la luna —dijo el sacerdote al ver que Tino se había detenido a observar—. Un obsequio de la diosa Sinmá.

—Sagrada sea su lanza —respondió Tino, que estaba pasando sus manos sobre la suave y reluciente superficie del domo. El sol le quemaba la piel, pero la piedra estaba fría, tan fría como un invierno en Sitnor. Tino miró a sus pies, vio que estaba parado sobre una especie de hierba y se agachó para tocarla. Se sentía como el césped verde y ordinario que conocía, pero era negro como la noche.

—Por aquí, por favor. —El sacerdote posó ambas manos en la curvada pared del domo y, al empujarla, un rectángulo perfecto se recortó en ella. Una puerta se abrió y entraron al lugar. Era frío y luminoso y Tino se sintió aliviado por el cambio de temperatura. En el centro de la habitación, como único mobiliario, había una mesa redonda, rodeada de bancos circulares, todos hechos de la misma piedra que el domo. Ambos se sentaron y el sacerdote habló—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Traigo un sobre de la sacerdotisa Vila. —Tino sacó de su bolso un sobre y se lo entregó. El sacerdote lo abrió, lo leyó en silencio y se puso de pie.

—Regresaré en unos momentos. Un sirviente traerá bebidas y alimentos. Con permiso.

Tino no pudo ver cómo el hombre había abierto la puerta y, de pronto, se sintió alarmado. Su frente se bañó de sudor y sintió la tensión en sus músculos.

«Puedo desaparecer si las cosas se complican» pensó con alivio luego de unos breves segundos de pánico.

No pasó mucho hasta que un muchacho entró con una bandeja, la depositó sobre la mesa y salió sin haber dicho una sola palabra. Tino observó que eran solo frutas y una jarra con una bebida de color naranja. Sintió deseos de probar esa llamativa bebida pero, por precaución, no tocó nada de lo que le habían ofrecido y bebió del agua que había traído de Palmeras. No quería correr riesgos innecesarios.

Esperó tanto y estaba tan aburrido que perdió la noción del tiempo. Caminó alrededor de la mesa y se sentó muchas veces. No había nada ahí dentro, no podía ver hacia fuera y ni siquiera sabía cómo abrir la puerta. Estaba contemplando la idea de regresar a Palmeras cuando la

puerta volvió a abrirse y regresó el mismo sacerdote que lo había recibido.

—Mis disculpas por la tardanza. —El sacerdote traía un sobre en la mano—. El Supremo Sacerdote desea saber si usted viene de Palmeras.

—No, señor. Un hombre me contactó en la ciudad, me dio unas monedas para que traiga el mensaje y para que le lleve su respuesta.

—Comprendo. —El sacerdote le entregó el sobre y sonrió—. Puedes ir en paz.

Tino caminó hacia la salida, detrás del sacerdote, y este lo acompañó hasta donde se terminaban los senderos de césped negro. El muchacho caminó con calma por la polvorosa calle que llevaba hacia el centro de la ciudad. En ningún momento miró hacia atrás, para ver si lo seguían, pero giró en el primer callejón angosto que apareció en su camino. Se perdió en un laberinto de callejuelas y, cuando creyó que nadie lo veía, desapareció.

Tino apareció en su habitación en la villa y, cuando abrió la puerta, Vila y su madre estaban esperándolo.

—¡Hijo! —exclamó Ajác antes de abrazarlo—. Tuve tanto miedo que algo pudiera sucederte.

—Estoy bien, madre —dijo después de besar su frente—. Nada ocurrió.

—¿Dijeron algo? —preguntó Vila con impaciencia.

—Me dieron esto —dijo y le entregó el sobre.

Los tres caminaron hacia a el comedor y se sentaron. Vila sacó la carta del sobre y la leyó.

—Malditos sean —murmuró.

—¿Qué sucede? —preguntó Ajác.

—Quieren que regrese al templo de la aldea, aún cuando les dije que la aldea está abandonada y el templo destruido. Y, por último, me están amenazando con la muerte si construyo uno nuevo.

—No podrán saberlo si lo haces o no, nadie de Ciudad Capital puede ingresar a Palmeras —dijo Tino.

—Tienen sus formas de averiguarlo, pero la Diosa Sinmá me lo encomendó y debo cumplirlo.

—¿Lo harás de todas formas? —preguntó Ajác.

—Por supuesto. No les escribí para pedirles permiso, les escribí para avisarles que lo construiría.

—¿Qué sucederá si desobedeces? —preguntó Tino.

—Lo han tomado como una declaración de guerra.

—Y eso significa que… —dijo Ajác.

—Que harán lo que sea para acabar conmigo y con el templo.

—No podrán entrar a Palmeras, ¿cómo lo harían? —dijo Tino.

—No lo sé. Pero estoy segura de que hallarán la forma de hacerlo.

—¿Estás segura de continuar con esto? —preguntó Ajác y Vila asintió—. Creo que deberías consultarlo con el señor Jeno nuevamente para advertirle que tendremos otra guerra pero con un enemigo diferente esta vez.

—No será una guerra de Palmeras, será solo mía y de los sacerdotes.

—Vila, es muy peligroso y dudo que no vaya a verse involucrado nadie más —dijo Ajác, intentando convencerla.

—No puedo volver a fallarle a mi diosa, debo hacerlo para ganar su favor. Lo necesito… mejor dicho, lo necesitamos. Si en algún momento tengo que hacer la invocación, debo demostrarle que soy digna de ser llamada sacerdotisa otra vez. Esta es su voluntad y yo debo obedecer. Me ha ofrecido la oportunidad de volver a ganar su atención, su protección y su favor, y no voy a ignorarlo. La voluntad de los hombres no puede ser más fuerte que la de los dioses.

—Vila, estamos hablando de una sacerdotisa en contra de una centena de sacerdotes… —Tino quiso hacerla desistir, pero Vila pasó sus manos sobre sus anillos y estos parecieron brillar con más intensidad.

—Una sacerdotisa que no teme a las palabras de los hombres, no lo olvides. Tendré el favor de la diosa Sinmá al desafiarlos y ellos recibirán su ira al negarse a sus deseos.

—Vila, piénsalo…

—Lo pienso: Por un lado, todo lo que tengo son un puñado de objetos de oro que no sirven de mucho sin el favor de la diosa. Por otro lado…

—Espera —dijo Tino con el ceño fruncido—. Dijiste que podrías hacer la invocación a Sinmá cuando tuvieras los anillos.

—En esos momentos… —Vila levantó el mentón, pero no miró a Tino ni a Ajác—. Estaba en diálogo con la diosa, muchacho.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ajác.

—Nada es tan fácil como dejar un templo y seguir con tu vida. Los dioses son sensibles, se ofenden con facilidad…

—¡Pero estabas muy segura cuando lo dijiste! —protestó Tino.

—La diosa estaba feliz porque recuperaría mis anillos, me quedaba pendiente lo del templo.

—Vila, por los dioses —susurró Ajác y se llevó la mano a la frente.

—En todo caso, no les estoy pidiendo nada más a ustedes. Ya hicieron mucho por mí. Trajeron mis anillos y el Supremo Sacerdote

recibió mi mensaje. Si los sacerdotes del Gran Templo deciden desafiar los deseos de la diosa, seré yo la encargada de castigarlos.

—Ellos pueden venir a atacarte a Palmeras pero tú los castigarás… —Tino levantó las manos, rendido—. No estoy entendiendo nada de lo que dices.

—Ni yo. —Vila encogió los hombros—. Solo hago lo que la diosa me pide. El resto depende de ella.

18

Sitnor Ciudad Capital

La cuarta noche de la fiesta de celebración por el aniversario de Sitnor había terminado hacía rato y Quentin estaba acostado viendo las sombras de las vigas de madera del techo, sin poder dormir. Onix ronroneaba a su lado, estirado cuan largo era, pegado al cuerpo de Quentin. Era una noche calurosa, pero al felino le gustaba el calor y el muchacho nunca hacía el intento de moverse, ya que Onix volvería a pegarse a él. Quentin se acostó de lado, le rascó la panza al gato, y este se despertó.

—Otra noche sin dormir, ¿qué te sucede esta vez?

Quentin se tomó varios minutos para responder.

—Hace unos días vi a una muchacha en la fiesta y creí que era ella, pero cuando me acerqué, me di cuenta que no era. La había mirado durante gran parte del día, de lejos, para ver si podía darme cuenta si era a quien buscaba. Solo por cortesía le hablé, pero creo que ella se confundió y ahora no puedo alejarla de mí.

—Entiendo.

—Ara se molestó. Primero conmigo y después con la muchacha, incluso la atacó, ¿puedes creerlo? ¡Mi hermanita!

—La he visto entrenando con Santoro y con el capitán Eric. Sin duda ha heredado la destreza de tu padre.

—Pero yo no lo sabía siquiera. El Gobernador nos regañó, por supuesto, y le quitó la navaja a Ara.

—¿Por qué se molestó Ara?

—Dice que es una muchacha indecente y no quiere que se acerqué a mí. Rubí se llama. Según dijo, habló con ella para decirle que se aleje de mí, pero Rubí no le hizo caso.

—¿Y tú que opinas?

—Intento escapar de ella cada vez que la veo, pero es muy insistente. Le he dicho que no me interesa, aunque parece no importarle, pues siempre

regresa a buscarme. En fin… te dejaré dormir.

—Descansa, cachorro.

La tarde siguiente, Noah los había invitado a ellos y a Tanáel para hacer una demostración de su más reciente descubrimiento: una poción que podía hacer ampollas en la piel ni bien entraba en contacto con ella, pero sin causar dolor ni picazón.

Después de haberla probado todos ellos, causándose ampollas en gran parte de los brazos, Noah dio por terminada la presentación y decidieron ir a la fiesta.

Comenzaba a caer la noche cuando abrieron las enormes puertas del Palacio de Gobierno y, como estaban todos hambrientos, dirigieron sus pasos directo hacia donde estaban las carretas de comidas. Quentin se detuvo en una de las carretas proveniente de Tesar, pues sentía fascinación por los platillos de aquellas latitudes, y Josh, que podía comer cantidades enormes de cualquier cosa, había comprado un par de bocadillos en cada una y terminó llevando una canasta que uno de los cocineros le prestó, repleta de diversos platillos de todas las regiones. Mientras cenaban, Josh trajo a la conversación a Rubí y Quentin intentó desviar la atención hacia otro tema, aunque sin demasiado éxito. Finalmente, le dijo que ya no quería verla y que le molestaba que lo persiguiera todo el tiempo.

—¿Y tú qué? —dijo en otro intento de dejar de hablar de Rubí. Josh lo miró como si no entendiera la pregunta, por lo que Quentin prosiguió—. ¿Has encontrado a alguien en las fiestas?

—Como si no lo supieras, Q —dijo. Josh agachó la cabeza y se miró las manos.

—¿Saber qué...?

—¿Recuerdas cuando los hombres de Almairon intentaron llevarse a Ara? —Quentin asintió—. En ese momento sentí que se me rompía el alma, Q, y no fue porque ella sea tu hermana…

Quentin se quedó mirándolo por largos segundos, recordando todos los episodios que tenía en su memoria en los que ellos estuvieran juntos. En cada uno podía ver los detalles que tenían el uno con el otro, cosas que, de ser hechos aislados, hubieran sido insignificantes pero se repetían una y otra vez desde que eran muy pequeños, cuando Ara empezó a jugar con ellos. Se preguntó cómo no había sido capaz de darse cuenta antes.

—Di algo, maldito seas, deja de mirarme como si no me conocieras.

—Perdón, solo estaba recordando algunas cosas.

—¿Y bien?

—¿Por eso escribías cartas todas las semanas? Le escribías a mi hermana.

—Así es.

—Ya me parecía raro que echaras de menos a tus padres. —Josh asintió—. ¿Y ella que dice?

—Bueno pues, no es que hubiéramos hablado al respecto, tan solo nos escribíamos sobre las cosas que nos sucedían, del día a día.

—Vaya…

—Y se irá al "encierro" a finales del verano… Pero creo que está bien así. Disculpa que lo diga, pero es cada día más hermosa, es imposible que nadie se fije en ella estando en el campo de entrenamiento y puede que allí conozca a alguien que le resulte más interesante que yo. Quizás sea doloroso al principio, pero terminaré por aceptarlo, supongo.

—Tú también puedes conocer a alguien más, Josh —dijo Quentin después de un largo silencio.

—Mi corazón, mi cuerpo y mi alma son solo de Ara, desde siempre fue así y así seguirá siendo.

Quentin sabía que Josh no mentía cuando lo decía. Durante todas sus vidas había estado ese sentimiento presente entre Ara y Josh y él había sido testigo de ello, aunque no lo había notado hasta que Josh se lo dijo.

—Está bien por mí, hermano. Solo que si alguna vez la veo derramar una mínima lágrima por tu culpa, te juro por todos los dioses reales e inventados que te arranco las entrañas y te las hago tragar.

—Me parece bien —asintió Josh, sin dudarlo.

—¿Hablarás con ella sobre esto antes de que se vaya?

—No lo sé… —dijo sin levantar la vista de sus manos—, creo que sería muy pronto.

Quentin se quedó mirando el diseño irregular que dibujaban las piedras debajo de sus pies y, cuando levantó la vista para mirar a la gente que bailaba en el centro de la plaza, vio que una muchacha de cabello plateado se acercaba a él.

—Levanta el trasero, debemos irnos —dijo Quentin y se puso de pie de un salto.

—¿Qué sucede? —dijo Josh, algo confundido, y llevó su mano a la cadera, donde siempre llevaba su espada.

—Rubí. —Josh comenzó a reír al oírlo—. Y no quiero estar con ella.

—¿Nos pasaremos las fiestas escondidos?

—Ya me ha visto, maldición. ¿Vienes? Yo me largo.

Josh se puso de pie y siguió a Quentin. Por unos momentos lograron deshacerse de ella, caminando entre la gente de un lado a otro, pero cuando menos lo esperaban, volvían a verla. Después de un rato, Quentin se aburrió de esconderse y se fueron a la fortaleza, pasaron por la cocina a buscar algunas botellas de vino y subieron al tejado de la habitación de Josh para poder ver la fiesta desde ahí sin ser molestados.

—Ahora que me ha visto huir tantas veces, espero que se haya dado cuenta que ya no quiero hablarle —dijo Quentin destapando una de las botellas y entregándosela a su amigo.

—No me parece que estuviera muy decidida a renunciar, Q —rio Josh. Quentin hizo una mueca y se recostó para mirar al cielo.

Los muchachos regresaron a la fiesta algunas horas después y se sentaron en una carreta, algo apartados de donde estaban sus madres. Astor jugaba con otros niños delante de ellas.

—No he visto a Ara —susurró Josh—. ¿Habrá dejado la fiesta por hoy?

—No lo sé —dijo Quentin y agregó levantando la voz—. Madre, ¿dónde está Ara?

—Estuvo aquí hace unos momentos, dijo que iría en busca de sus amigas.

La respuesta conformó a los muchachos por lo que siguieron conversando mientras miraban a la gente que había frente a ellos. Pero, unos minutos después, Astor se acercó a Quentin y le tendió los brazos, por lo que Quentin lo alzó y lo sentó en su falda.

—*Debes ir por Ara, está herida, de alguna forma* — dijo Astor con su voz mental, mirándolo a los ojos. Quentin se sobresaltó al escucharlo pero, antes que logre decir algo, Astor se bajó de las piernas de su hermano y corrió junto a su madre.

—*¿Qué… qué dices?*

—*Ahora, Quentin, lleva a Josh contigo.*

Quentin sintió que perdía la estabilidad y parecía que todo se movía a su alrededor a velocidad vertiginosa.

—¿Qué sucede? —preguntó Josh al ver a su amigo reclinarse hacia un costado.

—Debemos ir por Ara, ahora —susurró.

Josh se puso de pie y tiró de su brazo.

—¿Qué sucede? —Insistió una vez que Quentin se recuperó y pudo ponerse de pie.

—*Está por salir por la puerta principal de nuestra casa; lleva tu espada*

—dijo Astor. Quentin repitió en voz alta sus palabras para que Josh pueda oír lo que su hermano decía.

Los muchachos corrieron los pocos metros que separaban la plaza central de la fortaleza y se encontraron con Ara cuando salía a la calle. Llevaba el vestido rasgado, su cabello estaba revuelto y tenía manchas de sangre en los labios y en la ropa. Su rostro estaba enrojecido y caían gruesas lágrimas por sus mejillas.

—Por los dioses —dijo Josh al verla—. ¿Qué te ha sucedido?

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó su hermano al mismo tiempo.

—Quítense de mi camino. —Ara levantó la espada, que parecía más grande que ella.

Josh alzó las manos e intentó acercarse. Quentin dio unos pasos hacia un lado, tratando de llegar a ella para desarmarla.

—Dime qué te ha sucedido, por favor —dijo Josh. Ara apuntó el arma al centro de su pecho.

—Muévanse, malditos sean, déjenme en paz —gritó Ara con la voz afectada.

Quentin acortó los pasos que los separaban, tomó el brazo de su hermana con firmeza y le quitó la espada. Ara gritó, enfurecida, y quiso ir detrás de Quentin, que se había apartado de ella. Josh corrió y levantó a Ara del suelo, rodeando su cintura con un brazo, para impedir que se acerque a Quentin.

—Cálmate, por favor, dime qué te ha sucedido —susurró.

Ara dejó de luchar después de unos momentos y Josh volvió a dejarla en el suelo. Ara se dio vuelta y se aferró a él, escondiendo su rostro en el pecho de Josh. Él la abrazó y Quentin vio que sus ojos enrojecían. Ara continuaba llorando, sin responder.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Quentin, hablando con tranquilidad, a pesar de que sentía su sangre hervir de indignación.

—Rubí y sus amigas me atacaron —dijo después de largos minutos, con la voz entrecortada por todo lo que había llorado.

Quentin caminó hasta el banco que había al lado de la puerta de su casa y se sentó pesadamente, sabiendo que intentar hacer entrar en razón a Ara en esos momentos sería una pérdida de tiempo; si hubiera sido por él, la hubiera encerrado en su habitación hasta que se tranquilizara, pero pensó que sería divertido ver a Josh tratar de calmar la furia ciega de su hermana. Se sentía algo aliviado al saber qué había sucedido, ya que no podían hacer nada más que reportar el ataque a los soldados de la Guardia.

—¿Por eso viniste por la espada? —preguntó Josh y Ara asintió—.

No, Ara, no puedes atacarlas por eso.

—¿Estás de su lado? Maldito seas —gritó Ara, alejándose de él de un empujón.

—No, ¿cómo crees? —dijo Josh sorprendido.

—¿Entonces por qué no me dejas cobrarme lo que me hicieron?

—No es así como funciona, Ara. No puedes intentar matar a todo el que te golpee.

—¿Y tú que demonios sabes? —gritó Ara.

—Hace años que nos peleamos con medio Sitnor, ¿crees que las narices rotas o las costillas quebradas han sido por que nos caímos montando a caballo? —Josh hablaba con una calma que sorprendía a Quentin y le hacía preguntarse cuándo se le agotaría la paciencia.

Ara volvió a acercarse a Josh y levantó la mano con toda la intensión de darle una bofetada, pero Josh le sujetó el brazo antes de que llegue a hacerlo.

—Que sea la última vez que intentas golpearme —dijo acercando su rostro al de Ara y, luego, la soltó—. Cálmate de una vez.

Ara le sostuvo la mirada y, antes que Josh volviera a erguirse, la pequeña mano de Ara se estrelló en su mejilla. Quentin se largó a reír ante lo sucedido, ya que era lo que menos esperaba que hiciera. Tanto Josh como Ara parecían haber olvidado que él se encontraba ahí y ambos se sobresaltaron al escucharlo.

—Es suficiente —dijo Josh y, antes de que se dieran cuenta, cargó a Ara en un hombro y se dirigió hacia la entrada de la casa. La muchacha comenzó a patalear y a golpear la espalda de Josh con los puños, pero eso no hizo que se detuviera. Abrió la puerta y se dirigió a paso firme hacia las escaleras, las subió de un solo tirón, abrió la puerta de la habitación de Ara y la dejó en su cama. Quentin los siguió, al no estar seguro de cómo reaccionaría Josh, por lo que se quedó en el pasillo esperando a ver que sucedía. Oyó a Josh decir:

—"*Escúchame Ara. Ahora te vas a tranquilizar, te darás un baño, te cambiarás y luego hablaremos. Necesito que escuches lo que quiero decirte y, lo que es más importante, que lo entiendas. En el estado en que estás no vas a hacerlo*".

Como respuesta, Ara gritó y arrojó algo que se hizo añicos contra la pared.

—"*Maldición*" —murmuró Josh—. "*Puedes romper todo lo que quieras, pero no te dejaré salir de aquí hasta que estés calmada, ¿entendiste?*"

Josh salió y cerró la puerta tras él, justo para evitar que algo lo golpee, ya que lo que parecía ser un objeto metálico se estrelló en la

puerta.

Quentin lo esperaba sentado en el suelo del pasillo, Josh caminó los pocos pasos que los separaban y se sentó junto a él.

—Si alguna vez Ara te hace derramar una lágrima, le arrancaré las entrañas y se las haré tragar —dijo Quentin, con toda la seriedad que fue capaz. Josh lo miró por unos segundos, confundido.

—Eres un idiota —dijo y le dio un golpe en el brazo. Quentin rio, a la vez que se llevaba una mano al brazo.

Se escuchó algo más dar contra la pared, y Josh hundió la cabeza entre sus hombros.

—Maldición, que carácter tiene.

—¿Aún piensas lo mismo sobre Ara? —preguntó Quentin con su mano sobre el brazo golpeado—. Digo, después de haber visto que atacó a otra muchacha, después de haberla visto enojada contigo.

—Me encanta. Creo que estoy más enamorado que nunca. Esa mirada, el brillo en sus ojos…

—Ya, sin detalles, maldición, es mi hermana —dijo Quentin frunciendo el ceño.

—¿Para qué preguntas, entonces? —preguntó Josh. Quentin movió la cabeza de lado a lado y, luego, Josh agregó—. Lo que no tiene en altura lo tiene de coraje.

—Noah debería llamar a sus piedras con su nombre —agregó Quentin.

Después de lo que pareció una eternidad, Ara dejó de romper cosas, bien porque ya no le quedaba qué romper o porque había calmado su enojo, y tuvieron que esperar un largo rato más hasta que terminó de asearse y ponerse presentable. Cuando al fin salió de su habitación, ya no quedaban rastros de su anterior estado, o eso parecía al menos. Se pusieron de pie al verla, bajaron a la cocina en silencio y Quentin salió por la puerta que llevaba al patio después de decir algo ininteligible.

Josh se sentó en uno de los bancos y Ara comenzó a preparar té. Una vez que estuvo lista la infusión, Ara tomó una bandeja, llevó todo a la mesa y se sentó junto a Josh. Cuando las tazas estuvieron frente a ellos se quedaron en silencio por unos cuantos minutos.

—Perdón por el escándalo —murmuró Ara—. Y por haberte golpeado.

—No fue nada. No podíamos permitir que hicieras una locura, Ara, espero que entiendas por qué no te dejamos ir —Ara asintió—. Podrías haber matado fácilmente a una de esas muchachas, la espada de Quentin no es de juguete, es un arma bastante peligrosa y ellas estaban desarmadas por lo que he visto, porque solo te han golpeado.

¿Qué sucedió con tu navaja?

—Tu padre me la quitó anoche, cuando nos llamó al Palacio de Gobierno después de haber amenazado a Rubí.

—Gracias a los dioses… —suspiró aliviado—. Yo te daré otra, pero solo si me prometes que la usarás en caso de que tu vida esté en peligro, no por un impulso. Como ya dije, las armas no son juguetes y no puedes utilizarlas contra alguien que esté desarmado. Si no puedes defenderte de los golpes a golpes, pues te aguantas, como hemos hecho nosotros. —Ara lo escuchó sin interrumpir, con la mirada fija en su taza—. Lo más fácil sería que evites meterte en problemas, pero yo no soy quién para decirte algo así, ya sabes que ese es mi pasatiempo favorito.

—Sí, lo sé. —Ara lo miró, sonriendo.

—Así te ves más linda, cuando sonríes —dijo Josh casi sin darse cuenta. Ara lo miró asombrada y el rostro de Josh enrojeció de repente—. Perdón, no quise faltarte el respeto.

—Está bien, no te preocupes —susurró y volvió la vista a su taza.

—Ara… quisiera decirte algo, pero no sé cómo hacerlo.

—Entonces no lo digas —dijo mirándolo por unos segundos.

Se quedaron en silencio, ambos fijando la vista en sus tazas ya casi vacías.

—Cuando te vi así, golpeada y llorando, se me destrozó el corazón —soltó Josh finalmente y la voz le temblaba por los nervios—. Tuve el alma en los pies hasta que pudiste hablar.

Ara acercó la mano a la de Josh y él, sin atreverse a mirar a la muchacha, puso la palma hacia arriba. Ara dudó por unos momentos pero, luego, colocó su mano sobre la suya. Josh envolvió la pequeña y suave mano de Ara con sus dedos. Cerró los ojos y soltó todo el aire que tenía contenido en sus pulmones.

Desde el patio, se oyó la risa de Astor y la voz de Quentin. Ara y Josh se soltaron las manos justo en el momento en que ellos entraban a la cocina.

—¿Ya estás mejor? —Quentin miró a su hermana.

—Si, gracias por lo que hicieron.

—El día que naciste me prometí que siempre te iba a cuidar, y eso es lo que voy a hacer. Bueno, eso vamos a hacer. —Miró a Josh y les guiñó un ojo—. Voy a llevar a Astor a su habitación, madre vendrá en unos momentos.

Quentin levantó al pequeño, lo colocó sobre sus hombros y dejó la cocina saltando, entre las risas de Astor. Josh se puso de pie y Ara lo imitó.

—Mejor me marcho, ya es bastante tarde —dijo Josh. Ara se acercó a él, tiró de su camisa para que se agache, hizo puntas de pie y le dio un beso en la mejilla.

—Por el golpe —dijo sonriendo con timidez. Josh sonrió, dio media vuelta y salió hacia el patio, más feliz de lo que alguna vez había imaginado estar.

—Vaya desastre has hecho aquí —dijo Quentin desde la puerta.

—He roto más cosas de las que debería —dijo Ara, mientras seguía juntando el desorden. Quentin caminó entre los restos de botellas de perfume y adornos rotos y se sentó en la cama de su hermana.

—No se si Josh te lo dijo, pero espero que hayas comprendido por qué te detuvimos.

—Si, me lo dijo.

—Si una de esas muchachas moría ibas a terminar encarcelada por largos años.

Ara se sentó junto a Quentin, recostó la cabeza sobre su hombro y su hermano la abrazó.

—Pero tuvo su parte buena —dijo Ara después de un rato—. ¿Tú sabías que Josh…?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no me correspondía hacerlo. Además, les hubiera quitado lo emocionante —dijo Quentin con una sonrisa—. ¿Qué sentido tenía si yo te lo decía? Quizás hasta les hubiera resultado incómodo. ¿Y quién soy yo para arruinarles ese momento?

—Te amo, hermano.

—Y yo a ti, chiquita —dijo Quentin y le dio un beso en su rubia cabeza.

19

Pyebra Ciudad Capital

El sol estaba comenzando a retirarse, llevando con él una porción del calor del día, y Lena sonrió aliviada cuando salió al jardín; el calor hacía que sintiera sus piernas inestables, como las de un potrillo recién nacido. No le gustaba el calor, pero a su hermano parecía no importarle, ya que hacía horas que estaba afuera jugando. Lena se soltó de la mano de su nana, se quitó las sandalias y corrió por el césped llamando a Dante. Sus perros corrían y ladraban delante de ella, instándola a que corriera más rápido.

«No sé que tanta prisa tienen, si el jardín no se irá a ningún lado» pensó mientras corría detrás de ellos.

Lena tropezó y cayó de rodillas. Su vestido se manchó y sus manos se rasparon. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero unas manos la ayudaron a levantarse.

—Princesa, ¿se encuentra bien?

Lena levantó la cabeza y a su lado había una muchacha de rostro moreno y ojos oscuros.

—¿Quién eres? —Lena retrocedió y se alejó de ella. Llamó a sus perros mentalmente; estos regresaron, se pararon delante de la pequeña y la muchacha fue quien retrocedió esta vez. Lena pudo ver el miedo que le había provocado la aparición de Fuego y Plata. La pequeña les ordenó sentarse y ellos obedecieron—. No te atacarán si no doy la orden.

—Vaya… —murmuró.

—No me has dicho quién eres.

—Yo…

Lena no esperó a que terminara de hablar y entró en su mente.

—*Una maga de mi madre, qué sorpresa. Parece que ahora me los cruzo a cada instante. ¿Qué quieres?*

—*Solo estaba dando un paseo* —susurró, confundida.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Nihá, no te haré daño, solo paseaba por aquí y te vi caer. Es todo.

—Yo sí ansiaba encontrarte. Sé quién eres, Tareq me lo ha dicho.

—No deberías confiar en Tareq, no es…

—No deberías confiar en mi madre.

—No entiendo, princesa…

—Quiero que te alejes de Tareq y que ni siquiera pienses en decirle a mi madre lo que sabes de él. No puedes mentir aquí. Promete que no le dirás a la señora Viktoria lo que sabes de Tareq.

—Niña, tú no entiendes lo que ocurre.

—¿Yo no lo entiendo? No sé dónde están tus lealtades, Nihá. Sabes lo que Tareq oculta y quieres ocultarlo tú también. Lo llevas a tu habitación a cambio de guardar silencio. ¿Y si mi madre se entera lo que estás haciendo? No sé quien se llevará la peor parte, si tú o Tareq.

—Yo… no es así como… Maldición, sí. Me importa muy poco lo que suceda a mi alrededor, solo quiero tener una buena vida, y hacer lo que siempre soñé. Su guerra no me interesa. Vine al palacio porque lo vi como una oportunidad de dejar la pobreza de mi hogar y…

—No me interesa tu historia, Nihá. —Lena no la dejó continuar—. *Está bien por mí, haz lo que desees, pero aléjate de Tareq. Promételo, aquí mismo.*

—Prometo que me alejaré de él y no hablare con la señora Viktoria sobre su secreto.

—Excelente.

—¿Y tú? ¿Guardarás mi secreto?

—Los magos de mi madre no me interesan, solo Tareq. No me importa lo que hagan, mientras él y yo estemos a salvo.

Lena se retiró de la mente de Nihá, llamó a sus perros y se alejó sonriendo. Había solucionado el problema de Tareq sin proponérselo.

—¡Dante! —La niña vio a su hermano y se largó a correr hacia él.

20

Sitnor Ciudad Capital

La boda de Enara y Noah fue una semana después de finalizadas las celebraciones por el aniversario de Sitnor, aprovechando que la familia de Enara estaría en la ciudad. La fortaleza se vistió de fiesta por segunda vez pero, en esta oportunidad, los adornos eran flores y guirnaldas blancas y azules.

Como era tradición en Sitnor, la fiesta duró tres días. El primer día, la familia de la novia fue la anfitriona para darle la bienvenida a Noah. Al no vivir en Ciudad Capital, el Gobernador, la Dama Ema y Josh se alojaron temporalmente a casa de los Guna para que la familia de Enara pudiera cumplir con las costumbres de cocinar ellos mismos los platos que se sirvieron en el almuerzo y la cena de recibimiento.

En el segundo día, los anfitriones fueron los Guna, y en esa oportunidad, hasta el Gobernador trabajó codo a codo con ellos para recibir a Enara en la familia. El tercer día, la fiesta continuaba en la Plaza de la Fuente y asistía todo el pueblo para celebrar el enlace de dos destinos, que unían sus pasos para caminar uno junto al otro.

A medida que los invitados llegaban a la plaza, caminaban hasta el centro de esta, donde se encontraba una pequeña mesa adornada con ramilletes de flores blancas. En ella, depositaban una sola moneda como obsequio para los recién casados. Al final del día, contaban el número de monedas que había, sin importar su valor. Según la creencia, si el número era par, la buena fortuna acompañaría a la familia que acababa de formarse. En cambio, si el número de monedas era impar les esperaba un futuro con lágrimas e incertidumbre.

Los novios fueron acompañados por sus respectivas madres desde el frente del Palacio de Gobierno hasta el centro de la plaza. Desde lo alto de la enorme puerta tallada, descendían cientos de cintas blancas que eran sujetas por la familia de los novios del otro lado de la calle. Enara y Noah, ambos vestidos de azul, caminaron tomados de la

mano, escoltados por sus orgullosas y llorosas madres, por el túnel que formaban las cintas y, una vez llegados a la plaza, toda la familia los acompañó hasta llegar a la mesa de los obsequios.

Con la aprobación de todos los presentes, Enara y Noah recitaron en una sola voz las palabras que daban por consumada su unión.

—Aquí y ahora, con los Astros como testigos y protectores de nuestro destino, te ofrezco mi lealtad y mi amor.

“Con mi cuerpo como tu escudo, con mi confianza como tu espada, con mis ojos como la luz que guíen tus pasos, con mi voz como la canción que alivie tu pesar, con mis brazos como el lecho donde reposarás en tus días finales, prometo ser quien te acompañe hasta el día en que tu vida deje de iluminar la mía.

“Aquí y ahora, con los Astros como testigos y protectores de nuestro destino, prometo cuidar de nosotros desde hoy y hasta mi último suspiro.

Ara escuchaba entre sollozos a Enara y a su hermano mayor recitar aquel ancestral discurso, en el que ambos esposos hacían su promesa de amor y fidelidad. Mientras, Quentin la abrazaba, intentando en vano consolarla. El muchacho miró a su alrededor y vio que Astor correteaba entre los invitados, con su padre siguiéndolo por detrás; Elisa y la madre de Enara lloraban sosteniéndose una en la otra. La nana, que era un miembro más de su familia, lagrimeaba en silencio abrazada a su hijo y a su nuera. No había quién no estuviera, en esos momentos, con un pañuelo en la mano para enjuagar sus lágrimas. El Gobernador tenía los ojos enrojecidos y la Dama Ema, siempre tan correcta, lloraba sonoramente tomada del brazo de su esposo, mientras Josh aprovechaba la distracción de los demás para robarse los bocadillos de las mesas para los invitados. Quentin sonrió al verlo y Ara le dio un codazo en el costado.

—¿Qué sucede contigo? ¿Cómo puedes sonreír en este momento? —susurró con el ceño fruncido.

—Por los dioses, Ara, ¿quieres que llore también?

—Cómo mínimo…

Quentin hizo una mueca, dejó a su hermana y caminó hasta donde estaba Josh.

—Se podría llenar un río con tantas lágrimas que han soltado— susurró cuando llegó junto a su amigo.

—El río Salado —dijo Josh y Quentin tuvo que contenerse para no reír—. ¿Ara cómo está?

—Enojada, como es su costumbre últimamente.

—¿Qué hiciste ahora?

—Sonreí porque vi que estabas comiendo cuando creíste que nadie te veía. Estaba por decírselo, pero no quise que te haga un escándalo por eso a ti también.

—Por un demonio, que carácter tiene.

—No te quejes, ya lo sabías desde antes…

—Me encanta verla enojada —suspiró.

—Es mi hermana, maldición, no lo digas. —Quentin frunció el ceño y le dio un codazo. Josh rio y, luego, dejó a Quentin para ir junto a Ara. Vio que su hermana lo tomaba del brazo y apoyaba su cabeza en él. No pasó mucho tiempo hasta que se acercó su padre con Astor en brazos.

—¿Podrías…? Quisiera estar con tu madre…

Quentin asintió y tomó al exaltado y ruidoso niño que parecía no querer quedarse quieto.

—Ven, vamos por algo para beber —dijo Quentin.

—*Ya me había cansado de correr, menos mal que me trajeron junto a ti.* —La voz de Astor resonó entre sus pensamientos.

—*Espero que no haya sorpresas hoy, así que intenta comportarte, ¿sí? No quisiera que arruináramos este día tan especial para Noah y Enara.*

—*No es mi culpa, Quentin, no sé porque me dices eso…*

—*Y si sucede algo, no quiero enterarme.*

—*Tampoco depende de mí.*

—*¿Quieres que te devuelva, así tienes que seguir corriendo?*

—*Quentin…*

—*Era broma. Solo deseo que hoy todo salga bien… por los dioses, daría una mano para que nada les arruine el día.*

—*No digas eso, Quentin. No es algo que se pueda arreglar con un sacrificio.*

—*Ya lo sé, solo decía. Estamos muy cerca del laberinto, ¿qué tal si…?*

—*No está aquí, al menos no aún. Onix estuvo en la plaza varias veces y no es aquí donde se aloja. Quiere saber, también, por donde anduvimos la otra noche, para…*

—*No hoy, Astor.*

—*Lo sé, pero no es algo que puedas posponer por mucho tiempo. Debemos encontrarlo y destruirlo.*

—*¿Debemos? ¿Tú lo ayudarás?*

—*¿Quién crees que destruyó al otro?*

—*Por todos los cielos…* —Quentin se sentó pesadamente la primera silla que encontró y Astor rio, en un intento de desviar la atención de la gente que miró a Quentin—. *¿Cómo…?*

—*El verano pasado, durante las celebraciones. He aprendido mucho*

mientras no estabas aquí, Quentin, ya te lo he dicho. No creas que solo me conformaría con aprender a caminar o a hablar algunas palabras en voz alta. Onix encontró a uno de ellos en donde capturaron a Almairon, según me contó. Madre casi muere del susto cuando no me vio junto a ella, pero hice que… lo olvide. Quentin, ¿podrías comportarte y cerrar la boca? La gente te está mirando.

—¿Cómo…?

—Por los dioses, debes poder conversar conmigo sin perder atención a lo que sucede a tu alrededor, Quentin. No puede ser que cada vez que te hable te tambalees de lado a lado y el color de tu rostro desaparezca.

—Pero…

—Voy por Josh, estás dando un espectáculo penoso.

El pequeño se bajó de la falda de su hermano y corrió entre la gente hasta llegar a donde estaba Josh. Tiró de su pantalón y le señaló a su hermano, que estaba sentado en una silla. Quentin sostenía su cabeza y parecía que en cualquier momento se desvanecería.

Josh llegó junto a él, le dio una palmada en la espalda y Quentin lo miró.

—¿Qué sucede, Q? Parece que has visto un fantasma.

—Quiero… quiero ir a casa —susurró.

Josh lo ayudó a ponerse de pie y comenzaron a caminar hacia la fortaleza. Su padre, al verlos marcharse, corrió hacia ellos.

—Hijo, ¿qué tienes?

—Estoy… creo… —balbuceó.

—Creo que esta afiebrado, señor. Ayer trabajamos todo el día al sol y, además, ya sabe… por las noches él no duerme mucho. Lo llevaré a la enfermería, seguro en poco tiempo estará bien y regresaremos.

—Gracias, Josh. Avísame si sucede algo más.

Josh asintió y continuó caminando mientras sostenía a su inestable amigo.

—¿Qué ha sucedido ahora? —preguntó ni bien se alejaron de la multitud que había asistido a la boda.

—Astor… según entendí, él destruyó al otro ser que se liberó de las espadas, al otro Indigno. Y también él… borró algo de la mente de mi madre. Ya no sé quién carajo es, Josh, me van a volver loco.

—Por un demonio…

—Ojalá pronto recibamos la llamada del ejército y nos envíen lejos de aquí. No puedo con tantas cosas, quizá para ellos es normal hablar de seres malignos, murallas, hechizos… pero para mí no. Y encima se queja porque me descompongo pero no puedo entender que mi hermanito que apenas camina haga cosas… por los dioses, no puedo

ni repetirlo.

—Está bien, cálmate e intenta pensar en otra cosa.

Quentin y Josh llegaron a la fortaleza y, en lugar de ir a la enfermería, se quedaron un largo rato en el jardín de los Guna, sentados a la sombra de un árbol de jazmín. Cuando Quentin se sintió mejor, entraron a la cocina, que estaba repleta de comida por un lado y licores, vinos y cervezas por otro, todos de diversas clases y procedencias, y hacia allí se encaminó Quentin.

—¿De Morrau o de Tesar?

—¿A que te refieres?

—Aquí, idiota. Hay vinos y cervezas para todos los gustos.

—Es demasiado temprano para mí —dijo levantando las manos—. Y creo que para ti también…

Quentin se encogió de hombros y eligió una botella de cerveza de Tesar, que no era más alta que su mano, la destapó y bebió la mitad de un solo trago. Josh caminó hacia él y le quitó la botella, como si se tratara de un veneno.

—Deja eso, por los dioses. ¿Quieres dar un espectáculo frente a tu familia? No ha empezado el almuerzo aún ¿y ya quieres llegar borracho?

—No me jodas…

—Mañana haz lo que quieras, bebe hasta vomitar si te parece bien, pero hoy es el día de tu hermano y de Enara, y no voy a dejar que lo arruines con tus estupideces. Vámonos de aquí. —Josh tomó del brazo a Quentin y lo arrastró hasta el patio—. No sé qué demonios quieres.

—Ya los tengo a todos, Josh, no necesito uno más —murmuró de mala gana.

Quentin dejó de resistirse y le permitió a Josh que lo sermonee. Al fin y al cabo, era preferible escuchar la voz de Josh que las intrusiones mentales de Astor y Onix.

Cuando su amigo estuvo conforme y dio por finalizado su discurso, regresaron a la plaza. Aunque sentía que Josh lo observaba en cuanto él se alejaba, el resto del día transcurrió con normalidad y nada arruinó la celebración de su hermano mayor. Quentin no bebió, Astor no volvió a hablarle y no vio a Onix en ningún momento.

Al anochecer, Quentin y Astor acompañaron a Noah a contar las monedas que habían recibido como obsequio y la concurrencia estalló en aplausos al comprobar que era un número par. Nunca sabrían que Quentin había guardado una de ellas sin que los demás lo notaran.

El muchacho dejó la plaza y fue a buscar refugio a la soledad de su habitación, aunque la fiesta aún continuaba. Estar con tanta gente por tanto tiempo no hacía más que aumentar la sensación de soledad que lo acompañaba desde hacía varios años. Por más que riera, por más que conversara con los demás, por más que aparentara que se sentía bien, por dentro solo llevaba un gran vacío, que parecía hacerse más grande con cada minuto que pasaba y le hacía preguntarse si algún día dejaría de crecer o si acabaría con él por completo.

Se había hecho un ovillo en su cama, había abrazado su almohada y, desde donde estaba, podía ver la noche estrellada a través de la ventana, aunque no prestaba atención a lo que veía. Esa noche sentía frío, aún cuando faltaba más de un mes para que finalizara el verano. Era un frío que le llegaba hasta los huesos y parecía no haber nada que le devolviera el calor. De a ratos, se abandonaba tanto a su propia desolación que le parecía que ya no sentía su cuerpo y, cuando tomaba conciencia de ello, movía apenas los pies y las manos y el frío regresaba. Pensó que, quizás, así era como se sentía una persona segundos antes de morir.

Onix llegó después de una hora y se acostó estirado, cuan largo era, en contra de su espalda, pero Quentin no se movió. La luna, que era apenas una delgada y curva línea dorada esa noche, se asomó en un rincón de su ventana e hizo todo el recorrido hasta la esquina contraria pero Quentin no cambió en ningún momento de posición.

El gato despertó, se estiró y lo miró por unos segundos. Como Quentin no le prestaba atención, caminó sobre él y se sentó en la medialuna que se formaba con sus piernas y su abdomen. Quentin siguió ignorándolo, por lo que el felino se acostó y metió la cabeza entre los brazos del muchacho.

—*¿Cachorro?*

—*Ahora no, Onix, por favor*—dijo. Quentin movió apenas la cabeza, ya que los bigotes de Onix le hicieron cosquillas en el mentón.

—*Cuéntame qué sucede, cachorro. Quizá pueda ayudarte.*

Quentin dejó pasar varios minutos antes de aceptar compartir su angustia con el gato. Después de todo, era con el único que podía hablar sobre lo que le sucedía.

—*¿Por qué, Onix?¿Por qué no puedo ser normal sin ella? Ni siquiera pido ser feliz, tan solo no sentirme tan miserable. Sé que no la conozco y soy consciente de que solo cruzamos unas pocas palabras… Y si lo pienso es, incluso, ridículo. Pero ni siquiera cuando Rubí me besó sentí algo como lo que sentí cuando ella tomó mis manos. Cuando estuve con Rubí solo sentí culpa… y me genera más culpa cada vez que lo recuerdo.*

—No tengo una respuesta para ti, cachorro. No se suponía que se encontraran hasta que alguno de los dos estuviera en peligro de muerte, si es que eso ocurre alguna vez. Deberían ignorar la existencia del otro y ahora entiendo el porqué. La pena que sufren es mayor desde que se conocieron. Los humanos que comparten una estrella suelen hacer una vida normal, a pesar de sentirse tristes mucho tiempo, se casan con otras personas, forman una familia… son felices, a su manera.

—No quiero pensar en que ella pueda casarse.

—Hazte a la idea, está en edad de hacerlo y seguro…

—No lo digas, por favor —dijo. Llevó sus manos a su cabeza y se tapó los oídos, como si con eso lograra acallar la voz de Onix.

Quentin sintió la presencia del gato ingresar a su mente y antes que pudiera protestar, el recuerdo de una beba rolliza, de mejillas enrojecidas y bucles plateados, apareció frente a él. Quentin rio al verla y pensó que todo el malestar que había sentido durante el día, valía la pena si esa era la recompensa.

—Pequeña… —susurró. Quentin se acostó de espaldas, Onix se subió a su pecho y se estiró sobre él, ronroneando ruidosamente.

La niña estaba sentada sobre lo que parecía ser una esponjosa alfombra hecha con el cuero de una oveja y tenía entre sus manos un gran bollo de pan que apenas era capaz de manejar. Con sus gordos y diminutos dedos, pellizcaba un trozo y se lo llevaba a la boca, luego, le ofrecía al perro que estaba a su lado y, por último, al gato negro. Repitió varias veces la ronda hasta que dejó el bollo a un lado y el perro se adueñó de él. Detrás de ella podía verse una chimenea que era tres veces más ancha que las que había en Sitnor. En ella ardían ramas enteras y varias pilas de gruesos troncos. Había una reja protegiendo las brasas y Quentin pensó que era para evitar que la niña se queme. Nunca había visto en Sitnor algo como eso, pero, momentos después, vio que la reja cumplía un doble propósito: una mujer se acercó con una pila de ropa en sus brazos y comenzó a colgarla en la reja. La pequeña niña gateó hasta la mujer y se abrazó a sus piernas. El perro caminó tras ella con el bollo entre sus dientes y la mujer los miró a ambos con el ceño fruncido ya que no la dejaron mover para seguir con sus tareas.

La escena era tan cotidiana, tan tranquila y familiar que Quentin se entretuvo viendo a la niña comiendo, jugando, gateando o intentando caminar hasta que la pequeña se recostó en su mullida alfombra, con una de sus manitas sobre las patas del gato. Sus párpados se cerraron pesadamente sobre sus ojos grises y la niña se durmió. No pasó mucho hasta que a Quentin le ganó el sueño y, como la vez anterior, se

durmió con una sonrisa en el rostro.

—*Descansa, cachorro.*

21

Palmeras, Pyebra

Tino y Mihaí llegaron a la villa al atardecer, después de haber estado todo el día ocupados en la construcción de la que sería su vivienda. No les faltaba mucho para terminarla y, a pesar de que la mayor parte de las casas de la zona nueva habían sido terminadas y estaban habitadas, ellos dos decidieron que la harían por si solos, sin ayuda de nadie más. Ni siquiera le habían permitido a Ajác acercarse, ya que querían sorprenderla.

Restaban algunos detalles menores, pero querían que estuviera completamente habitable antes de llevar a Ajác. En el pequeño espacio que les habían asignado, habían construido una casa de madera de dos plantas. En la planta baja había una sala amplia, en la que Tino colocaría la piel del ciervo que cazó cuando regresaban de la aldea abandonada, una habitación pequeña para que Ajác pudiera tejer los canastos que tanto le gustaba hacer, y junto a ella una habitación que sería la cocina, en la que ubicaron una pesada cocina a leña, de hierro, que Tino había hecho junto a uno de los herreros y como novedad, podían tener agua dentro de la casa sin tener que ir al pozo, ya que había visto en uno de sus viajes a Sitnor que Noah Guna tenía agua en su estudio y le había preguntado por ese artefacto tan extraño de la que provenía. Noah había compartido con él los detalles del funcionamiento de la bomba por la cual extraían agua de los pozos y Tino había sido capaz de darle las instrucciones al herrero para su creación. Mihaí estaba tan sorprendido como orgulloso cuando terminaron de instalarla y lograron sacar agua con tan poco esfuerzo.

La planta alta estaba dividida en dos habitaciones, una para el muchacho y otra para sus padres.

Cuando llegaron a la cabaña, Ajác los esperaba en el jardín, tejiendo un cesto mientras conversaba con Vila. La sacerdotisa se despidió después de haberlos saludado y Tino les recordó que esa

noche iría a Sitnor, a ver a Noah. Ajác no estaba de acuerdo con que Tino hiciera esos viajes, pero no se oponía a que los hiciera.

Después de haberse dado un baño y haber cenado, Tino abrazó a sus padres, como cada vez que tenía la oportunidad de hacerlo, fue a su habitación y desapareció.

Cuando apareció en el frío estudio de Noah, se sorprendió al ver que no estaba solo, ya que junto a él había un muchacho y un niño pequeño. El desconocido desenfundó su arma en el instante que él apareció y vio a Noah sujetar su muñeca y decirle unas palabras. Vio, también, que los ojos del pequeño cambiaban de color y al escuchar a Noah decir "Tino Suhrah", sus ojos volvieron a ser verdes. Observando con más detalle, notó que los tres tenían los ojos del mismo color, por lo que debían ser hermanos.

Noah les presentó a los que, efectivamente, eran sus hermanos, Quentin y Astor, y Quentin se disculpó en un muy rudimentario pyebrano. Noah le tradujo su respuesta a su hermano.

«Así que este es Quentin Guna… vaya, que mirada tan interesante tiene» pensó Tino, mirándolo con detenimiento.

Tino entregó a Noah un regalo de parte de sus compañeros por su reciente boda. En una caja rectangular de palo de rosa estaba tallado el nombre de Enara pero, lo más asombroso de la decoración era que las letras eran de oro con pequeñas piedras preciosas incrustadas en ellas. Noah se sorprendió al ver la lujosa caja, pero su sorpresa fue mayor cuando la sostuvo entre sus manos y sintió su peso.

Al abrirla, vio que estaba repleta de collares, finas cadenas, brazaletes, pectorales, gargantillas y aretes de oro y piedras preciosas que parecían brillar con luz propia. Tino les explicó que eran las costumbres de su país regalar oro a la nueva familia, ya que el color dorado representa la bendición de Efos, dios sol.

Noah agradeció a Tino por el regalo, pero el muchacho sacó de entre sus ropas un estuche, esta vez de brillante ébano. Tenía el nombre de Noah tallado en él, con la misma decoración que la caja de Enara. Al abrirla, Noah se encontró con una daga hecha completamente de oro, con rubíes incrustados.

—Son también los colores de Sitnor —dijo con una sonrisa el mago.

Después de agradecer por segunda vez y mientras conversaban sobre las novedades, Astor observaba a Tino, pero el pequeño no se atrevió a hacer ni un movimiento y tan solo después de haber nombrado a su maestro se animó a hablar.

Noah se puso más pálido de lo que ya era y Quentin se llevó la mano a la frente. Cuando Noah se recuperó le hizo saber que él no

sabía que Astor también era mago, ni de lo que podía hacer. Para él, era solo su hermano pequeño y acababa de enterarse de lo que ocurría.

Después de verlos hablar por unos momentos, Noah fue capaz de traducir las palabras de Astor:

—¿Cuántos magos quedan en Ciudad Capital bajo las órdenes de la señora Viktoria?

—Tenemos un infiltrado en el palacio —contestó Tino—. Hay cerca de cien, aunque continúan buscando más, incluso entre los niños más pequeños. Sabemos que la princesa también es maga, una muy poderosa al parecer, que comenzó a ser entrenada pero terminó rebelándose a su madre y abandonando los entrenamientos. Hasta Viktoria le teme, por lo que la ha dejado en paz.

—Qué interesante esa princesa, me gustaría conocerla —dijo Astor.

Quentin rio ante el comentario, pero no dijo nada, Astor lo miró con demasiada seriedad y luego regresó su atención a Tino.

—¿Cuántos magos hay en Erjathá?

—No llegamos a ser veinte, pero también estamos esforzándonos en encontrar más y el maestro nos ha pedido que busquemos entre los niños para comenzar a entrenarlos.

Se escuchó un ruido en la habitación contigua al estudio, y todos se sobresaltaron y se pusieron de pie. Una de las ventanas se abrió y tanto Tino como Astor recurrieron a sus poderes, mientras Quentin desenfundaba su arma.

Unos segundos después, un gato negro entró al estudio, caminando con calma.

Quentin dijo unas palabras que Tino no comprendió.

—Es el gato de Quentin —dijo Noah—. A veces viene al estudio cuando él está aquí.

Todos regresaron a sus asientos, el gato miró a Tino por uno breves segundos y luego saltó sobre la falda de Quentin y enroscó la cola a su alrededor.

Tino sintió una presencia en su mente y, enseguida, una voz.

—*Soy el gato compañero de Lobo Blanco. No temas.*

Astor volvió a hablar y sus hermanos lo miraron.

—*Lo recuerdo, maestro. Usted fue quién me enseñó en mis primeros días de vida.*

Noah palideció y, cuando habló, parecía tartamudear. Quentin se puso de pie, con Onix en brazos, y caminó de una punta a la otra del estudio. Noah miró primero al pequeño y luego a Quentin, sin poder cerrar la boca.

—Así es. No digas nada a Noah. Si no puedes conversar conmigo, lo comprenderé, pero me da gusto verte bien, Tino Suhrah.

—Gracias, maestro.

—Esto será interesante, ya verás…— dijo el gato, y a Tino le pareció que se divertía.

Astor y Quentin discutieron, Quentin dejó al gato en una silla y se acuclilló frente a Astor, mientras parecía estar regañándolo. Astor lo miraba con seriedad y, cuando Quentin terminó, Astor solo dijo tres palabras. Quentin cayó sentado y el pequeño volvió su atención a Tino. Comenzó a hablar, por segunda vez, y Noah le tradujo sus palabras, con la voz débil y extraña.

—El maestro le ha hablado de la Dama de la Cueva —dijo—, y le ha hecho saber que puede que necesiten de él cuando deban atacar su escondite. Está dispuesto a viajar contigo a Ciudad Capital cuando eso suceda.

—Es cierto, aunque consideramos que aún no estamos listos para hacerlo. Yo no iré en esa incursión, el maestro ha dicho que dos de mis compañeros y yo somos necesarios para romper el tratado que protege la magia antigua, cuando debamos hacer la invocación de Sinmá.

Noah palideció por tercera vez esa noche y habló con sus hermanos. Al parecer, estaba contándoles sobre la invocación de la diosa, pues oyó decir varias veces su nombre. Quentin se tomó la cabeza con ambas manos.

—Quentin tiene poderes pero no quiere ser mago—dijo el gato—*, y se rehúsa a saber sobre cualquier cosa que se refiera a ellos. Todo lo referente a la magia le produce un gran dolor de cabeza, tiene una mente muy compleja y es un poco difícil saber a ciencia cierta a qué conclusiones llega cada vez que alguien le habla sobre este tema. Ahora que aprendió a hacer sus murallas no puedo ver qué le ocurre, aunque debo admitir que antes tampoco lo tenía fácil.*

—Maestro, ¿por qué él ha venido, entonces?

—Astor y Noah no tienen una relación cercana, pues para él, Astor era solo un niño ruidoso y no había forma de que Noah lo trajera sin antes decirle, pero temía su reacción. Por eso es que Quentin ha venido esta noche. Astor le dijo que quería conocerte y él dijo que lo traería, pero seguro que no se imaginó esta clase de conversaciones o quizá pensó que ustedes hablarían sin que él y Noah los escucharan.

Quentin volvió a ponerse de pie e inició su recorrido de punta a punta del estudio mientras hablaba y miraba a su pequeño hermano. Astor, como la vez anterior, lo escuchó sin mover ni un músculo de su

rostro y Noah también habló, aunque con más calma que Quentin

—No puedo hablar el idioma de Sitnor y dudo que el pequeño hable mi idioma, no veo cómo nos comunicaríamos.

—No sé qué habrá imaginado… pero seguro que no esto.

—Disculpe la pregunta, maestro. ¿Siempre son tan ruidosos?

—Quentin aún está tranquilo… —contestó el gato, divertido.

Cuando sus hermanos terminaron de hablar, Astor dijo unas pocas palabras y sus hermanos se quedaron, nuevamente, viéndolo con la boca abierta.

—Quentin y Noah han intentado disuadir al pequeño de hacer ese viaje a Ciudad Capital. Astor dijo que el destino de Thoria es más importante que cualquier destino individual, aún más importante que su propia vida y que hará lo que su maestro le pida que haga, aunque eso lo obligue a dejar el hogar y la familia, puesto que no habrá ni hogares ni familias si la Dama de la Cueva no es detenida a tiempo. Astor ha comprendido que esto es más grande que cualquiera de nosotros.

—Él tiene razón, no es tiempo para egoísmos.

—Tú lo has dicho mejor que yo. Lo difícil va a ser que ellos lo comprendan a tiempo.

—Lo entiendo, maestro. A ellos aún no les ha tocado ver la destrucción con sus propios ojos y temo que no lo comprenderán hasta que eso suceda.

—No quiero mostrarle a Quentin lo que vi la noche que atacaron Palmeras, pero si no entra en razón, no me quedará más opción que hacerlo.

—Los dioses quieran que no deba, maestro.

—También me gustaría ahorrarle eso.

Noah se disculpó por la discusión familiar y dijo que lo mejor era que Tino se marchara, pues cada cosa que Astor decía parecía alterarlos cada vez más.

Tino se puso de pie y se despidió de ellos, pidiendo disculpas por lo que había ocasionado y, luego, desapareció.

Después de llegar a su habitación, fue a la cocina y allí estaban sus padres, sentados a la mesa con una taza de té frente a ellos, esperando por él, como cada vez que iba a Sitnor.

22

Desierto Then Kua, territorio de Sitnor

Tras la incursión de Reda Almairon, el Gobernador de Sitnor había decidido reforzar tanto los puestos fronterizos, como así también los parajes donde los mensajeros cambiaban sus monturas. Sin embargo, la mayor parte del ejército se había concentrado en el único puente que cruzaba el Río Seco, el Puente Negro. Era extenso y robusto, hecho de piedra, una de las pocas construcciones que habían sobrevivido a la última Gran Guerra, aunque se rumoreaba que alguna clase de hechizo protector lo resguardaba.

Durante la guerra, en la época más oscura de la historia del continente, la "Batalla de los dos soles" tuvo lugar en esa porción de tierra. Los ejércitos de Pyebra por un lado y de Tesar y Sitnor por el otro, se encontraron en una de las batallas decisivas del conflicto.

Después de una agotadora jornada en la que lograron hacer retroceder al diezmado ejército pyebrano hasta más allá de sus fronteras, los ejércitos aliados estaban en territorio de Sitnor preparándose para dar sepultura a sus muertos, cuando los refuerzos de Pyebra llegaron para continuar la invasión.

Después de varias idas y vueltas en las que la balanza de la victoria se inclinaba a favor de uno u otro, los magos de Tesar pusieron fin al enfrentamiento cuando un mago llamado Ogdev Wrognia, junto con la asistencia de más de cincuenta magos, fue capaz de crear y manipular una esfera de fuego de tamaño descomunal y arrojarla sobre el puente en el momento en que estaban cruzando las tropas de Pyebra, acabando con todos ellos en un instante. Según las historias que se contaron en los años siguientes, los pobladores de las aldeas cercanas al puente vieron esa tarde un sol que caía lentamente en el oeste, mientras que otro se elevó por unos pocos minutos haciendo que todo se iluminara pero, luego, este cayó con la velocidad de un rayo, causando un gran estruendo y espantando a los animales. Las casas de

barro cercanas al Puente Negro temblaron y algunas de ellas, las más antiguas, se desplomaron por completo.

Se dice que antes de la batalla las piedras del puente no eran negras, sino que eran blancas, pero la caída del segundo sol las quemó hasta hacerlas cambiar de color. A pesar de eso, el puente sigue en pie.

Quentin y Josh, junto con una veintena de sus antiguos compañeros de “encierro”, habían sido destinados a la frontera noroeste de Sitnor. Además de ellos, alrededor de trescientos soldados de diversos rangos habían partido de Ciudad Capital hacía más de quince días para relevar a una parte los que habían permanecido allí el último año. Una larga fila de mujeres, hombres y animales caminaba en una desordenada línea entre las doradas dunas del extenso desierto. Solo un puñado de ellos iba montando a caballo, mientras los demás soldados caminaban cargados con sus tiendas y sus armas.

Los muchachos habían decidido ir en el último tramo de la serpenteante fila ya que, en la retaguardia, era menor la probabilidad de cruzarse con alguno de sus ex compañeros, aunque había un par que estaban junto a ellos. Los nuevos siempre querían llamar la atención, por eso intentaban estar cerca de los oficiales de mayor rango, en la parte delantera de la caravana.

Quedaban unas pocas horas para que caiga el sol, cuando comenzó a soplar un fuerte viento del este, cargado de diminutos granos de arena que parecían lastimar la piel de las manos y del rostro. Quentin, Josh y otro soldado, uno de sus ex compañeros, entrelazaron sus brazos, para que el viento no los hiciera caer, y continuaron caminando a tropezones. Lo único que podían oír entre los aullidos del viento, era la voz del hombre que estaba a su lado por lo que, sin saberlo, comenzaron a separarse de los demás soldados.

Al poco tiempo no podían ver más allá de sus manos y decidieron detenerse. Con gran esfuerzo, fueron capaces de extender una de las tiendas para cubrirse y la sujetaron sentándose sobre ella.

Cuando, horas después, el viento cesó, estaban sumergidos en una profunda oscuridad, inundada de pequeños destellos titilantes sobre sus cabezas. Quentin fue el primero en dejar el improvisado refugio y lo primero que notó fue el silencio, que le resultó tan abrumador que regresó de inmediato junto a sus compañeros solo para escucharlos decir algo.

—¿Qué hay? —dijo Josh.

—Nada. No se ve nada, no se oye nada.

—¿Y ahora? —preguntó el otro soldado, al que llamaban “Rojo”

por el color de su cabello.

—Deberíamos armar la tienda y prepararnos para pasar la noche —sugirió Quentin—. Ya está comenzando a hacer frío, y si no vemos nada pronto, nos congelaremos aquí.

—Y también deberíamos hacer una ronda de cuando en cuando, sin alejarnos demasiado, para ver si logramos divisar algún fuego o algo que nos guíe hacia los demás.

Sus compañeros estuvieron de acuerdo, y se dispusieron a armar la tienda y a buscar mantas, agua y comida entre los bultos que habían cargado en sus espaldas.

Sin posibilidades de prender fuego, la fría noche se les hizo eterna y apenas si pudieron pegar un ojo. Ni bien comenzó a aclarar, los tres se levantaron de un salto, enrollaron las mantas, la tienda y las pocas cosas que habían sacado para pasar a noche. Tomaron apenas unos sorbos de agua, y cuando el sol asomó en el este, pudieron ser capaces de darse cuenta hacia donde debían caminar.

Caminaron y caminaron. El día pasó y no vieron nada más que arena y sol, y a nadie más que a ellos mismos. Al caer la noche, no solo estaban desanimados, sino también enojados y frustrados. Pasó un día, pasaron dos, pasaron tres y los ánimos cada vez estaban peor. Cada palabra que escuchaban contribuía a aumentar el malestar y no pasó mucho hasta que Quentin tuvo que detener a Josh. Lo detuvo una vez, otra vez y una vez más, hasta que fue Quentin quien golpeó y Josh quien respondió y Rojo no pudo más que mirarlos, por que había que tener muy poco aprecio por la propia vida para intentar meterse entre ellos dos. Había comprendido, con el tiempo, que solo Quentin se atrevía a interponerse a Josh cuando este se enojaba. A pesar de ser mucho más delgado y más bajo, era el único que podía detenerlo, aunque a veces simplemente no le apetecía hacerlo y, puesto a elegir, Rojo hubiera elegido correr antes de ser golpeado por alguno de ellos otra vez. En los entrenamientos, había probado con dolor los puños de ambos, pero sabía que no se comparaba un entrenamiento con una pelea de verdad. Josh había quebrado varios huesos en duelo y Quentin había dejado inconsciente a otros tantos.

Y, en ese momento, el paciente Quentin había estallado y descargado su enojo con su amigo. Josh lo golpeó una vez, dos veces y se detuvo, pero Quentin continuó y continuó, hasta que Josh cayó de espaldas en la arena y Quentin se dio cuenta de lo que había hecho. Aturdido y arrepentido, Quentin se arrodilló junto a Josh y esperó, y al ver que Josh no reaccionaba, armó una tienda sobre él para protegerlo del sol y sacrificó su última reserva de agua para cuando su

amigo recuperara la consciencia. Rojo, sin siquiera atreverse a abrir la boca para reclamarle a Quentin lo que había hecho, los dejó y siguió caminando, en busca de algo que ya no sabía qué era. Quentin rezó por primera vez en su vida a cuanto dios se le cruzó por la mente y, luego de rezarles, los maldijo y al poco tiempo les pidió perdón por haberlo hecho. Quentin temió que su falta de control le costara la vida a su único amigo y eso era lo que estaba torturándolo y matándolo de a poco.

Y, a media tarde, sucedieron dos cosas: en el mismo momento en que Josh abría los ojos y Quentin regresaba a la vida, Rojo regresó corriendo con una enorme sonrisa en el rostro.

—Encontré un oasis —dijo casi sin aliento.

Josh rio y Quentin también. Josh se puso de pie y los tres caminaron con el sol del atardecer siguiendo las huellas de Rojo y, antes que la noche se adueñe del desierto, llegaron finalmente al oasis. Los tres corrieron, rieron, se lanzaron al agua y chapotearon ruidosamente hasta que no pudieron más del frío. Después de haberse vestido, hicieron una enorme fogata y comieron de las frutas de los árboles. Los tres durmieron de espaldas al fuego y, cuando despertaron, cada uno de ellos tenía una espada en su cuello. Quentin saltó de entre sus mantas y desarmó a quién lo amenazaba. Josh le arrancó la espada de la mano al sujeto que estaba de pie frente a él y quebró su brazo. Rojo sacó de entre las mantas su arco e hirió a dos de ellos, pero llegaron más y más.

Y fueron pateados, golpeados, despojados de sus pertenencias, encadenados y obligados a caminar detrás de unos inmensos y malolientes animales.

Y Josh, Rojo y Quentin pasaron a ser esclavos.

23

Pyebra Ciudad Capital

Viktoria estaba cepillando su largo cabello negro cuando alguien llamó a la puerta. Esperaba a Tareq, por lo que se apresuró a abrir.

—Tareq, querido, pasa por favor —dijo con amabilidad. El joven ingresó a la habitación y se quedó de pie junto a la puerta. Sin dudas, estaba muy sorprendido y le hubiera gustado ver su mente en esos momentos, pero no tenía motivos para hacerlo y no quería alertarlo—. Quisiera pedirte un favor, querido. Sé que Lena pasa tiempo contigo y creo que ya debes saber que la niña ha conseguido crear murallas con un gran éxito.

—¿Es en serio, mi señora? —preguntó el joven y el asombro se dibujó en su expresión.

—Me temo que sí. Es la única aquí que ha podido hacerlo y necesitamos saber cómo lo hace. Quisiera que hagas uso de la cercanía que tienes con ella para averiguarlo, pero necesito que ella no lo sepa, pues temo su reacción si lo descubre.

—Por supuesto, mi señora, cuente con eso.

—Gracias, querido. Ven a verme cuando sepas algo.

Tareq hizo una reverencia y, cuando abrió la puerta para salir, se chocó con Reda. El muchacho se alejó, sin mirarlo y Reda entró enfurecido.

—¿Por qué esa escoria estaba aquí? ¿Ahora también lo recibes en tus habitaciones, como a mí?

—No comiences, Reda —dijo con una sonrisa—. Es por Lena que mandé por él.

Viktoria caminó hasta la puerta, puso llave y regresó a él. Sus delicadas manos acariciaron el pecho de Reda y, cuando Viktoria comenzó a desabrochar su camisa, la expresión del rostro del hombre cambió por completo. Llevó una de las manos a su rostro y le acarició la mejilla.

—¿Alguna vez te dije que me encanta el aspecto que te da tu cicatriz? Debería agradecerle al muchacho Guna por eso.

—Detente Viktoria, no he venido por esto… —dijo cerrando los ojos.

—Ahora estás aquí y mi marido no hace más que preocuparse por mis hijos. Estoy sola, aburrida y has llegado en un muy buen momento, Reda.

—Viktoria… —dijo tomándole los brazos.

La mujer se alejó de él y regresó al sillón en el que estaba. Tomó su cepillo y comenzó a pasarlo por su cabello.

—¿Qué necesitas, cuñado?

—Acabo de olvidarlo —dijo Reda caminando hacia ella.

—Tengo noticias de los alquimistas —dijo y le dio la espalda—. Me han dicho que han logrado dar con una poción que anula los poderes de los magos y me han pedido que envíe algunos de los nuestros para comenzar a probar su efectividad.

Mientras ella hablaba, Reda le acarició los hombros y comenzó a desatar las tiras de su vestido.

—No escuché ni una palabra de lo que dijiste —le susurró al oído, antes de besar su cuello.

—Ya lo sé —dijo Viktoria y dejó caer su vestido en el momento en que se ponía de pie.

—Hijo, han llegado novedades de Sitnor —dijo con voz temblorosa la anciana, mientras acomodaba el chal que cubría su canoso cabello —. El hijo mayor de Guna se ha casado.

—¿Y eso en qué nos afecta?

—Su esposa es quien era nuestro contacto allí.

—Maldita mujer —murmuró Reda apretando el puño.

—Esa es la razón de que la descripción de los hijos de Pronees y Guna fue cambiada. Enara Pirhs traicionó a la Hermandad, los protegió de nosotros.

—¿Cómo sucedió eso?

—No lo sé, hijo. En sus mensajes parecía marchar todo según lo acordado. Me engañó como a una niña. No debí confiar en ella.

—Regresaré a Sitnor, mi señora. Guna tiene una hija y un hijo pequeño. No causarán problemas.

La anciana tosió ruidosamente y Reda se puso de pie, sirvió agua en un vaso y se lo acercó.

—Gracias, hijo —dijo después de beber—. Pronees ha reforzado las

guardias. Hay centenares de soldados en el Puente Negro, en Dos Puertos, frente a Colonia Este, y en cada puesto del Río Seco. La frontera está cerrada. No vale la pena preocuparse por esa mujer ahora.

—Puedo pasar como comerciante de Morrau, mi señora. Puedo regresar a Sitnor…

—Déjala, hijo. —La anciana volvió a toser—. Ella no es más importante que tú. Sería una pérdida muy grande si te ocurre algo en ese maldito país. Pronto tendremos la oportunidad de golpearla donde más le duele. Solo debemos ser pacientes y esperar a que se presente la ocasión.

24

Castillo Rostur, Morrau

Entre las más altas montañas de la cordillera Selgo[6], se encontraba el lujoso castillo que perteneció por cientos de años a la dinastía Rostur. Este, como todos los castillos de las más antiguas familias de Morrau, había sido excavado en la roca de uno de los picos de la cadena montañosa. Con el tiempo, había sufrido algunas modificaciones, la más extrema fue la última, cuando lo reconstruyeron después que una de las batallas entre los magos lo había dejado convertido en una pila de escombros.

Era una enorme e impenetrable fortaleza, con muros de varias decenas de metros y seis torres como obeliscos que se elevaban sobre las murallas. Un serpenteante camino de no más de diez metros de ancho, que rodeaba las laderas de la montaña, era el único que llegaba hasta la puerta principal. Visto desde las montañas más bajas, se diría que la cabeza de un oscuro dragón asomaba entre la blanca nieve de las cumbres, tal era la apariencia que las torres le daban a la construcción.

Unas pocas antorchas humeantes alumbraban las paredes de rocas negras del castillo de la señora Morgana Rostur donde, cada mes, la adinerada mujer pasaba varios días con sus noches en la sala subterránea, a la que llegaba solo un selecto grupo de personas. Muchos hubieran dado con gusto todas sus pertenencias por estar ahí aunque sea una vez.

La señora Morgana había enviudado hacía seis años, cuando su esposo había sufrido un accidente mientras cazaba en las montañas y la pena que la invadió fue tan grande que atentó contra su vida en varias oportunidades. Con el tiempo y la ayuda de su esclava, había conseguido reponerse, pero luego la influencia de sus amistades hizo que se sintiera atraída por la vida fácil y los excesos. Las deudas comenzaron a acumularse y estuvo a punto de perder todo lo que

poseía, por lo que comenzó a organizar, en su propio castillo, fiestas que terminaban en una marea de cuerpos desnudos y a nadie parecía importarle, en esos momentos de desinhibición, si sus compañeros ocasionales eran grandes señores o esclavos, si eran de familias distinguidas o si habían sido comprados por una pequeña bolsa de monedas. Lo que sucedía en esa sala subterránea era un secreto que debía respetarse con la vida misma; sin embargo muchos lo conocían y todos aquellos que lo oían querían ser parte de él.

La señora Morgana seleccionaba con mucho cuidado a sus invitados, sean señores o esclavos, sean mujeres u hombres, ya que quería disfrutar de la perfección con todos sus sentidos. Los hombres debían ser fuertes, altos y de espaldas grandes, algo no muy difícil de encontrar entre los pobladores de Morrau; las mujeres también debían poseer los encantos que despierten en los hombres sus instintos más primitivos, sin necesidad de decir una palabra y a los hombres les gustaban de baja estatura, de cuerpos redondos, de pechos grandes y caderas anchas. La señora Morgana respondía a esas características y su gran atractivo y sensualidad hacía perder la razón a más de uno, hasta que ella le concedía asistir a una de sus fiestas privadas.

Los esclavos eran comprados para dichos eventos, pero los señores y señoras de todo Morrau pagaban por asistir, sea con grandes cantidades de oro o con arriesgados favores, puesto que la clase de fiestas que organizaba la señora Morgana estaban prohibidas y el Rey hubiera ordenado cortar sus cabezas y quemar los castillos de todos los asistentes de haberse enterado. A pesar de los riesgos que corría, ella disfrutaba de los desenfrenos en los que se embarcaba por días, pero más disfrutaba de la fortuna que había conseguido y de los favores que podría cobrar una vez que reciba la orden de su maestra.

La señora Morgana vio que la puerta se abría y un mensajero entraba. El hombre se detuvo después de hacer unos pocos pasos a contemplar, hipnotizado, la centena de cuerpos desnudos y sudados que había frente a él, algunos entrelazados entre los almohadones, otros de pie, en parejas o en grupos, sin que ninguno de los presentes se percatase de su llegada.

—Quítate. —Le dijo al hombre que estaba entre sus piernas. El hombre levanto la cabeza y la miró, confundido, pero ella le tomó el rostro entre las manos y, después de besarlo, se puso de pie y caminó hacia el mensajero—. ¿Qué me traes?

—Mi señora —dijo haciendo un notable esfuerzo por apartar la vista de sus redondos pechos—. Ha llegado esto para usted.

Le entrego un rollo de pergamino, ella quitó el sello, lo leyó, sonrió

y lo acercó a la llama de una vela que había a su lado. Cuando el pergamino se convirtió en cenizas, la señora Morgana miró al mensajero que tenía la vista perdida entre sus pechos.

—¿Por qué estás vestido aún? —Morgana lo miró de arriba a abajo con una sonrisa.

—Mi señora, ¿cómo…?

—Te mereces una recompensa por la excelente noticia que me has traído.

La señora Morgana se acercó más a él, besó sus labios, lo tomó de la mano y lo condujo al lecho en el que la esperaba el hombre al que había dejado, mientras el mensajero se desvestía con manos nerviosas.

25

Morrau Ciudad Capital

Cuando la delgada línea que era la luna esa noche asomó sobre los muros de la ciudad, una esfera de luz no más grande que el puño de un hombre se estrelló en el centro del portón que daba entrada al Castillo Blanco donde vivía el rey Mesqeu, primero de su nombre. La pesada puerta de roble quedó reducida a un simple montón de tablas en un abrir y cerrar de ojos.

El jardín principal se vio, de pronto, invadido con media centena de hombres vestidos de negro que corrían hacia el edificio principal, como si fueran sombras escapando de los rayos del sol.

Mientras la guardia del rey aún intentaba reaccionar, un reducido grupo se separó del resto y esperó escondido entre los arbustos a que los soldados lleguen hasta ellos y, cuando esto ocurrió, no les tomó más que unos pocos minutos y pocas palabras acabar con sus vidas. Los cinco magos regresaron sobre sus pasos a la puerta principal, levantaron sus manos y parte de la muralla de piedras blancas se derrumbó sin causar ningún sonido. Nadie podría ingresar al castillo del rey esa noche, pero nadie podría escapar tampoco.

La señora Morgana levantó una mano y la tallada puerta de entrada al castillo se abrió de par en par, tomó una de las antorchas que había a su derecha y la encendió con un chasquido de sus dedos. Con la tenue luz, pudo ver que se encontraba en un amplio pasillo y, desde las paredes, la observaban los inmóviles ojos de los antiguos reyes de Morrau, cuyos retratos enmarcados en oro contaban una mínima fracción de la historia del país, sin dar más detalles que el nombre y las fechas de su reinado. Nadie sabía, ni recordaba, si esos reyes trabajaron para los hombres que vivían en sus tierras o si estos fueron exprimidos hasta su último suspiro para que el rey viviera entre lujos. Nombres y fechas que no decían nada y que serían borrados de la historia de Morrau esa misma noche.

Detrás de ella ingresaron los hombres que la acompañaban y, mientras recorrían la extensa entrada que conducía al salón principal, la señora Morgana acercaba la lumbre a cada uno de los ancianos rostros de ojos oscuros, hasta que estos se encendían en llamas verdes y azuladas y se consumían con gran velocidad. Solo quedó detrás de ellos algo de humo y más de cincuenta reyes calcinados. Los marcos de oro permanecieron amurados, intactos, cuando el último de los hombres de la señora Morgana llegó al salón principal.

El grupo de hombres se dividió en pequeños grupos que se distribuyeron en diferentes direcciones. Unos pocos fueron hacia las habitaciones de la servidumbre, otros hacia los cuartos de los guardias y el resto siguió los pasos de la pelirroja mujer hacia la escalera que llevaba a las habitaciones de los pisos superiores.

La señora Morgana puso un pie en el primer escalón cuando se oyó el primer grito, proveniente de lo alto de la escalera; era una de las criadas que caminaba por los pasillos con una vela en la mano. La mujer quiso alertar a la familia real y algunos rostros se asomaron desde detrás de las puertas. Uno de los hombres se adelantó a los demás y corrió tras ella, pero sus llamados habían advertido ya a algunos de los habitantes del Castillo Blanco. Los invasores se apresuraron a subir las escaleras de piedra y corrieron hacia las numerosas puertas de la primera planta. La señora Morgana iba encendiendo las antorchas que encontraba a su paso lo que hacía que sus hombres pudieran actuar con mayor velocidad.

Algunas puertas fueron trabadas desde adentro, dificultando el avance de los usurpadores, pero no todas ellas. Allí donde sus ocupantes no habían actuado con suficiente rapidez, entraron los invasores con las espadas en sus manos, listas para asesinar a quienes se pusieran delante de ellos. Las puertas que obstaculizaron el avance, volaron en pedazos cuando los magos llegaron a ellas.

Las cocineras, las criadas, las decenas de mujeres del rey, los esclavos, los guardias y los prisioneros fueron víctimas inocentes. Muchos fueron degollados mientras dormían, otros tantos muertos por los magos antes que se den cuenta de lo que sucedía. Algunos, haciendo uso de su instinto de supervivencia, intentaron enfrentar a sus verdugos, pero todos ellos fallaron.

Los príncipes, las princesas, los niños, los hermanos, los parientes de los reyes y los reyes mismos, se alojaban en el piso más alto del castillo y tuvieron la oportunidad de cerrar sus puertas y escapar por los pasadizos escondidos detrás de los muebles de sus habitaciones, pero no contaban con que los esperarían en la única puerta que

llevaba al exterior. El rey y su descendencia fueron escoltados de nuevo al castillo y conducidos a la sala del trono, mientras que los demás fueron separados del resto y asesinados antes de ingresar.

Amanecía ya y la señora Morgana estaba sentada en el trono de oro, con la corona de la reina mal puesta sobre su cabeza y un gesto de satisfacción en su rostro. Unos mechones de su rojo cabello caían a los lados de su rostro de porcelana y sus ojos verdes se paseaban por el salón, contemplando con deleite su alrededor. Unos pálidos rayos de sol entraban por los grandes vitrales, dibujando con vivos colores las batallas de los primeros reyes en las blancas piedras del piso.

Los estandartes verdes y azules de la antigua dinastía Ravenna habían sido arrancados y se amontonaban ahora en un rincón, mientras una decena de mujeres y hombres estaban colgando, en su lugar, largos estandartes de terciopelo negro, cuyos bordados de hilos plateados dibujaban un águila con las alas extendidas, la insignia de Los Hijos del Águila.

Cuando la puerta se abrió y entró la familia real, la señora Morgana sonrió.

—Ni el mejor de mis amantes me ha dado una alegría tan grande como este viejo decrépito —dijo dirigiéndose a Ilaria, su guardia principal, que era a la vez su propia sombra y la encargada de esperar a los reyes a la salida de los túneles.

—Mi señora —respondió Ilaria llevándose un puño al pecho—, ¿o debo decir su Majestad?

—¿Cómo se atreven? —rugió el rey, mirando a su alrededor con asombro.

Ilaria golpeó al hombre en las piernas y este cayó de rodillas. Los príncipes quisieron socorrer a su padre, pero fueron sostenidos cada uno por un hombre. A todos los habían amordazado y les habían atado las manos y los niños tenían, también, los ojos vendados.

—Debería haberlo amordazado a él también, no ha hecho más que quejarse todo el camino.

La señora Morgana rio y se acomodó en el trono dorado. Era un sillón incómodo, para que los soberanos recuerden que un trono no es para sentarse sino para mantenerse en movimiento para beneficio del pueblo. No poseía ninguna clase de decoraciones ni tallados; era un bloque de oro macizo, liso como un lago en calma y brillante como el sol de mediodía. El precioso metal era suficiente por sí mismo para ostentar la riqueza del país.

—Ilaria, deja que los niños abracen a su abuelo una vez más, luego llévalos a la cocina, ya es su hora de desayunar.

La reina lanzó un grito y sus piernas le fallaron, pero estaba sostenida por dos guardias que no la dejaron caer; dos de las princesas cayeron de rodillas, llorando, y se arrastraron hacia las escaleras que llevaban al trono de Morrau, pero los hombres que estaban custodiándolas las ayudaron a ponerse de pie y las regresar junto a los demás.

—Permitan a las princesas y a la reina ir con ellos —dijo con un ademán. Ni los príncipes ni el rey se movieron en esta ocasión. Miraron a la señora Morgana con una mezcla de temor, odio y frustración y ella les devolvió una sonrisa.

Cuando las mujeres y los niños se despidieron de los hombres de su familia y dejaron la habitación, la señora Morgana miró a Ilaria y le indicó por señas que ordene a los magos acabar con sus vidas. La mujer asintió y dejó la Sala del Trono.

Luego, la señora Morgana se puso de pie, acomodó la falda de su vestido y descendió con parsimonia los diez escalones que llevaban hasta la parte inferior de la sala. El acompasado sonido de los tacones de sus botas resonó en el silencio que imperaba en el enorme y casi vacío salón. Una vez abajo, caminó hacia el rey y sacó de entre sus grandes pechos un rollo de pergamino. Lo desenrolló como si no tuviera otra cosa más importante que hacer, con toda la lentitud que era capaz. Ilaria regresó, le hizo una seña con la mano, y Morgana comenzó a leer.

—Su Majestad el Rey Mesqeu, primero de su nombre, acaba de ser capturado vivo y será ejecutado en la plaza de armas frente al castillo real cuando el sol llegue a mediodía. Se lo acusa de permitir la esclavitud y contratar los servicios de hombres para cazar a los pueblos nómadas de las montañas. También se lo acusa de tener mujeres en sus habitaciones, para satisfacer sus necesidades carnales…

—¿De qué hablas, maldita mujer? —dijo.

—Ilaria, ¿podrías amordazarlo? No quiero que vuelva a interrumpir. —La mujer asintió y puso una mordaza en la boca del rey, que intentó deshacerse de ella moviendo la cabeza—. Mesqeu, no sé por qué lo niegas —dijo la señora Morgana riendo y unos hoyuelos se marcaron en sus mejillas—, he visto a tus muchachas. Continúo: También se lo acusa de tener mujeres en sus habitaciones, para satisfacer sus necesidades carnales, y de asesinar a sus hijos al nacer. Se lo acusa de proveer de mujeres a sus hijos y a sus parientes. —La señora Morgana bajó el pergamino y lo miró con incredulidad—. Por la santa madre Thara, señor. Si hubiera sabido de sus perversiones, hubiera sido un invitado de honor en las fiestas que daba en mi

castillo. Qué pena… —La señora Morgana volvió a levantar el pergamino y continuó leyendo—. Es sabido, también, que hay aldeas en el sureste que sobreviven gracias a la generosidad de Tesar e incluso de Sitnor, que hacen llegar granos… No puedo continuar —dijo y se cubrió teatralmente los ojos con una mano—, me da vergüenza haber tenido un rey como usted.

La señora Morgana se acercó a uno de sus hombres y levantó una mano, con la palma hacia arriba.

—Dame tu espada —ordenó.

El hombre desenfundó su arma y se la entregó. El Rey se removió en sus ataduras, mirándola con los ojos desencajados y haciendo un esfuerzo sobrehumano para hacerse entender. La señora Morgana caminó hacia él, se agachó y le bajó la mordaza.

—¿Qué sucede, viejo pervertido?

—¿Qué harán con mi familia?

—Ya debería imaginarlo. No puedo permitir que en unos años sus herederos regresen a reclamar el trono. Eso no sucederá jamás. La dinastía Ravenna terminará aquí, hoy.

El rey bajó la cabeza y su cuerpo pareció achicarse varios centímetros.

—¿Por qué hacen esto? —murmuró.

—Es algo que podría imaginarse con mucha facilidad. Si conoce la historia de nuestras tierras y ha conseguido identificar la insignia que ahora decora este horrible castillo, sabrá que se acercan aires de cambio y que todo va a ser distinto. Además, usted ya no sirve a nuestros propósitos.

—El mes próximo los Praeths[7] estarán aquí y no aprobarán sus actos, señora Rostur. Su reinado será el más breve de la historia.

—Ah mi estimado viejo pervertido… —dijo en un largo suspiro—. ¿Sabía usted que los Praeths están de acuerdo conmigo? Morrau necesita que algunas cosas cambien y su desagradable rostro es una de ellas. Sitnor ha sido nuestro aliado desde hace siglos, pero Pyebra ha demostrado ser ahora el país más poderoso del continente y no podemos desaprovechar la oportunidad. La nueva era de los magos ha comenzado y los reyes de Pyebra ya tienen cientos de ellos a su servicio. ¿Deberíamos quedarnos atrás? ¿Deberíamos ignorar ese pequeño y destructivo detalle? He ocultado toda la vida quién soy en realidad, pero ahora ha llegado nuestro momento y ¿qué mejor que una maga sea la reina de Morrau? Dile adiós a las viejas leyes que prohibían que utilizáramos nuestros poderes, adiós a las viejas costumbres que nos impiden reclamar el trono, adiós a la esclavitud,

adiós a la familia real y a su estúpida creencia de que el sexo es solo para concebir, que dicho sea de paso, hasta ustedes mismos descreen, puesto que había más mujeres aquí que en mis lujuriosas veladas.

—Está cometiendo un error, señora Rostur.

La señora Morgana puso el filo del arma en el arrugado cuello del rey.

—Y usted habla demasiado —dijo sin dejar de mirarlo a los ojos. La mujer movió la espada y la sangre brotó de la herida abierta, como un caudaloso río cuando comienzan los deshielos—. Asesinen a los príncipes.

26

Pyebra Ciudad Capital

—¡Lena, espera! —escuchó que Tareq la llamó, por lo que se detuvo y dio media vuelta—. Espera, por favor, ¿a dónde vas?

—Déjame, Tareq. No hagas que te lastime.

—Lena, por favor —suplicó.

—No quiero lastimarte Tareq, pues eres uno de los pocos adultos que realmente aprecio aquí. No interfieras.

Lena se dio vuelta y comenzó a correr hacia el ala sur del Palacio de Las Hojas, chocando con cualquiera que se cruzara en su camino. Los largos minutos que le llevó recorrer el laberinto de galerías y pasillos color arena no lograron calmar el enojo que sentía. Tareq le había contado los planes de su madre, utilizar su amistad para descubrir cómo hacía las murallas, y eso le había molestado tanto que ni siquiera fue capaz de esperar a que Tareq terminara de hablar.

No quería calmarse, no quería escuchar a nadie, no quería que la detengan, solo quería destruir algo o, mejor dicho, a alguien.

—¡Lehsa! —exclamó cuando llegó al ala sur, donde los magos tenían sus entrenamientos.

La primera puerta estaba cerrada pero Lena levantó una mano y la puerta estalló en cientos de astillas que se dispersaron por todo el lugar y, algunas de ellas, terminaron enterrándose en la piel de las personas que estaban en el salón. Lena se asomó unos segundos en el interior y vio que todos estaban en silencio, a pesar de las muecas de dolor que había en sus rostros ensangrentados. Preguntó por Lehsa y le dijeron que no se encontraba ahí, por lo que continuó caminando.

Las siguientes dos puertas corrieron el mismo destino de la anterior y las personas que estaban allí dentro resultaron heridas de igual forma, pero ninguno de ellos, ni aprendices ni maestros, se atrevió a dejar los salones para buscar ayuda o para intentar detenerla. Cuando la cuarta puerta estalló, Lena encontró solo a tres magos adultos en

ella.

Había un hombre joven, alto, de piel morena y cabello ondulado, un muchacho de piel clara, cabello largo y rostro delgado y también estaba allí la muchacha que había visto en el jardín, Nihá, quien tenía ambas manos levantadas. Los tres estaban de pie, inmóviles, en medio de la habitación y, a sus pies, se apilaban las astillas de madera. Al parecer, la muchacha había creado un escudo frente a ellos, por lo que ninguno de los tres estaba herido.

—¿Princesa? —murmuró Nihá.

—¿Quién de ustedes es Lehsa?

El rostro del muchacho perdió el poco color que tenía y sus compañeros lo miraron. Lena levantó sus pequeñas manos y el hombre moreno y Nihá volaron hacia atrás, como si hubieran sido golpeados en medio del pecho por una maza invisible. Ambos chocaron con la pared que había detrás de ellos y cayeron al piso. El hombre intentó moverse y Lena caminó hacia el interior de la sala.

—Si se mueven, los mataré. —Lena los miró con sus ojos encendidos y el hombre quedó inmóvil. Nihá tosió y se sentó, a pesar de la advertencia.

—Princesa, ¿qué sucede? —susurró con la voz temblorosa.

Lena la miró por unos segundos, que se sintieron como una eternidad y, luego, volvió a levantar una mano.

—Tú vendrás conmigo —dijo señalando a Lehsa.

Del dedo extendido de la pequeña salió lo que parecía ser una larga cadena cuyos eslabones, que se diría estaban recién salidos de la forja de un herrero, eran del color del hierro fundido. La cadena se enroscó en el cuello de Lehsa y él se llevó las manos a la garganta, en un intento de quitarse la intangible atadura. Lena tiró de la cadena y Lehsa trató de resistirse, pero la pequeña movió su mano otra vez y el muchacho cayó al piso. Uno de sus codos crujió al caer y Lehsa se quejó.

—Princesa, por favor, déjelo ir —exclamó Nihá con desesperación.

—Le dije a mi madre que no me molestara, pero no me escuchó, nunca escucha lo que digo—dijo la niña.

Tareq llegó corriendo en ese momento y se quedó en el vano de la puerta.

—Lena —susurró.

La niña se dio vuelta y, al verlo, comenzó a llorar.

—Le dije a mi madre que no me molestara, Tareq —sollozó—. Le dije que proteja a Lehsa, pero no lo hizo y ahora debo…

—No debes hacer nada, pequeña, ven conmigo. —Tareq se arrodilló

y abrió los brazos con lentitud—. Anda, ven conmigo, puedo llevarte a ver los caballos que llegaron recién, hay uno que es pequeño y todo blanco, como a ti te gustan.

—No puedo, le dije a mi madre…

Lena volvió a mover su mano y Lehsa se quejó otra vez. Su rostro estaba comenzando a tornarse morado pero, aún así, intentaba quitarse la cadena que lo sujetaba rasguñando su cuello con desesperación.

—Tu madre no sabe como tratarte pero no por eso debes hacer esto. Lehsa no tiene la culpa de sus errores.

El hombre moreno quiso ponerse de pie, pero Lena lo notó, se dio la vuelta y levantó su otra mano. La cabeza del hombre chocó con fuerza contra la pared y cayó inconsciente. Nihá soltó un grito y se arrastró hasta él. Tareq se levantó y se acercó a la niña.

—Por favor, no lo hagas —susurró.

Lena sintió la mano de Tareq en su hombro y, en ese momento, bajó sus manos y la cadena que sostenía a Lehsa desapareció. El muchacho comenzó a toser, intentando volver a respirar, y Nihá corrió hacia él. Lena se lanzó a los brazos de Tareq, que se sentó en el piso y la abrazó con fuerza, mientras intentaba consolarla.

—Tranquila, princesa —susurró.

Pasaron varios minutos hasta que Lehsa pudo ponerse de pie y, en ese momento, la señora Viktoria llegó al salón.

—¿Qué demonios has hecho? —exclamó enfurecida.

Lena levantó la cabeza del hombro de Tareq y sus ojos volvieron a encenderse cuando la miró, pero Tareq se puso de pie y comenzó a caminar hacia la salida.

—Cálmate, Lena —dijo Tareq—, yo me ocuparé.

La señora Viktoria quiso detenerlos levantando sus manos y recurriendo a sus poderes.

—No se atreva, señora, o esta vez no seré yo quien la detenga. Hidzá está inconsciente, Nihá golpeada y Lehsa casi muere. Hay decenas de personas heridas que necesitan que los asistan. Con su permiso.

—Tareq, te ordeno que te detengas, ahora mismo.

El muchacho se detuvo y rio.

—¿En serio, señora? ¿Quiere que deje a Lena para que pueda terminar lo que empezó? ¿Quiere que Lena asesine a mis compañeros? ¿En serio quiere que se convierta en asesina?

Tareq giró sobre sus talones y dejó la sala. En los pasillos, todos se apartaron al verlos y nadie se atrevió a decir ni una sola palabra.

27

Drioed-ta, desierto Then Kua

Quentin, Josh y Rojo caminaron encadenados por tres días, hasta llegar a una ciudad que no figuraba en los mapas de Sitnor: Drioed-ta[8].

Llegados allí, fueron alojados en unas chozas de paja, custodiadas por hombres armados. Fueron bien alimentados y les permitieron beber agua cada vez que lo necesitaran.

Al amanecer del quinto día les permitieron bañarse, les dieron unas largas e incómodas túnicas blancas para que se vistieran y fueron encadenados a una extensa fila de hombres de todos los tamaños y colores. Los condujeron a latigazos hasta un mercado y a Quentin le sorprendió que en ningún momento del camino se cruzaran con una mujer.

La ciudad era ruidosa y en cada calle había pequeños puestos con coloridos toldos en los que vendían cualquier cosa que existiera en Thoria. Desde perfumes y géneros, hasta especias y hortalizas, pasando por animales, vestimentas de todas las regiones, utensilios de cocina, muebles y comidas y bebidas preparadas en el lugar.

La mayor parte de las calles estaba techada por largos lienzos blancos que pendían desde un tejado al otro, lo que contribuía a resguardar a los transeúntes del abrasador sol del desierto. Las casas eran de forma cuadrada, del mismo color de la arena de sus calles, y todas tenían pequeñas aberturas cuadradas cerca del techo y ventanas redondas con postigos de madera a los lados de la puerta de entrada.

—¿Dónde se supone que estamos? —susurró Josh.

—No tengo ni la más mínima idea, pero creo que en Pyebra —contestó Quentin.

—Por un demonio, como si no tuviéramos nada mejor que hacer, deberíamos estar…

—Somos esclavos, Josh, ya no tenemos nada que hacer.

El mercado de esclavos estaba ubicado en lo que parecía ser el centro de la ciudad, ya que desde allí partían callejuelas techadas en todas direcciones. La ciudad parecía haber sido construida sin ningún tipo de planeación, ya que no se parecía en nada a Sitnor, cuyas calles eran paralelas entre sí. Aquí parecían serpenteantes caminos que partían desde un oasis rodeado de altas palmeras.

Una vez que les soltaron los grilletes, les preguntaban en diversos idiomas qué habilidades tenían y fueron separados según lo que supieran hacer. Primero vendieron a los cocineros, luego fue el turno de los herreros, los zapateros, los sastres y, por último, ofertaron a los soldados, que eran una veintena de esclavos.

Tres compradores llegaron al final de la subasta, rodeados de guerreros armados, y se saludaron entre ellos con apretones de mano y ruidosas carcajadas. Fueron conducidos hacia tres tiendas separadas entre sí y les sirvieron frutas y llamativas bebidas de diversos colores.

Uno de los compradores era un hombre de grandes dimensiones, que vestía un pantalón blanco y una túnica abierta delante, dejando al descubierto su velludo y musculoso torso. Era calvo, de piel rosada y sin barba, y usaba gruesas cadenas de oro, anillos y pulseras con piedras preciosas. El segundo vestía de igual manera, pero era más joven, de larga barba trenzada, delgado y moreno. El tercero era un anciano de cabello canoso y espesa barba gris. Vestía también una túnica, pero cerrada, y estaba cargado de oro al igual que los otros dos compradores.

Los vendedores hicieron pasar a los esclavos de a uno por vez y Quentin no podía entender qué era lo que decían los compradores, que vociferaban distintas cosas cada vez que un esclavo era presentado. Una vez que todos fueron exhibidos, los hicieron parar uno al lado del otro y los tres compradores empezaron a discutir entre sí, varias veces se pusieron de pie y caminaron con sus guardias hacia alguna de las otras tiendas hasta que uno de los guardias del mercado intervino y desenfundó su arma. Los ánimos se calmaron y volvieron a sentarse cada uno en su tienda.

Los vendedores comenzaron a hablar y los compradores a discutir otra vez, hasta que un vendedor señaló al enorme calvo. Los dos compradores restantes se levantaron y se acercaron a la tienda del calvo, quien rio escandalosamente. Unos jóvenes llevaron a la tienda comida y bebida, y los esclavos fueron encadenados otra vez.

Los condujeron por las callejuelas retorcidas hacia las afueras de la ciudad, hasta llegar a una mansión de grandes dimensiones.

—Por todos los cielos, ni el Palacio de Gobierno tiene este tamaño

—susurró Josh asombrado.

La mansión tenía la misma arquitectura de las casas que habían visto en la ciudad, pero era excesivamente grande, con cuatro pisos y un oasis propio. Los esclavos fueron conducidos hacia detrás de la mansión, donde había un largo edificio de dos plantas, de paredes rectas, pequeñas ventanas enrejadas y sin decoraciones de ninguna clase.

En el interior, había una sala grande, con tres mesas largas y bancos; había una puerta a cada extremo del salón y, en una esquina, una escalera que llevaba a la planta alta. Los condujeron hacia la puerta de la derecha y allí había un pasillo con numerosas puertas a cada lado.

A cada uno de los esclavos lo llevaron a una habitación, con nada más que una cama y una cajonera. El guardia que los escoltó cerró la puerta al salir y Quentin se quedó solo por primera vez en días. Solo, confundido y esclavizado, en un lugar que no conocía, con gente que le daba órdenes que no entendía y sin saber qué demonios hacer para salir de ahí.

—*¿Onix?* —Se aventuró a decir.

—*Dime, cachorro.*

—*Por los dioses, que alegría. Nos han esclaviza…*

—*¿Cómo dices?* —la voz mental del gato se escuchó alarmada.

—*Eso, que nos han esclavizado, una tormenta de arena nos separó de los demás. Nos perdimos en el desierto, no sé cuantos días pasaron, y nos atraparon en un oasis. Caminamos tres días y seguimos en el desierto. Creo que estamos en Pyebra.*

—*No es Pyebra, muchacho, es Drioed-Ta* —dijo y Quentin notó la preocupación del felino.

—*¿Qué puedo hacer, Onix? ¿Cómo podemos salir de aquí?*

—*No lo sé. Intenta que no te maten. Obedece, no hagas nada que pueda molestar a tus amos.*

—*Pero…*

—*Necesito tiempo para pensar, Quentin, tiempo. Solo dame tiempo y mantente con vida. No puedo llegar hasta allí en dos segundos, me tardaría meses en lograrlo, teniendo suerte.*

—*Entiendo, perdón.*

—*Está bien cachorro, no hagas tonterías y obedece. Eres un soldado, serás utilizado en los circuitos de lucha, los señores de Drioed-ta apostarán sobre unos u otros, aunque algunas veces los combates están arreglados, por lo que si te dicen que golpees, golpea, si te dicen que mates, mata, si te dicen que te detengas, hazlo.*

—Onix…

—Es la única forma que tienes de mantenerte vivo. Espera, por favor, veré que puedo hacer por ti.

—No se lo digas a Astor, por favor. No me gustaría preocuparlo.

—Como tú digas, cachorro. Cuídate.

Desde el día siguiente, fueron llamados a entrenar al amanecer y eso era todo lo que les permitían hacer. No encontraron, entre la centena de esclavos que había en el lugar, a nadie más que hablara el idioma de Sitnor, más allá de uno de los hombres que los custodiaban. Eran bien tratados, correctamente alimentados y podían descansar con comodidad, pero no por ello eran libres.

Diez días después de haber llegado, alrededor de cincuenta de los esclavos fueron encadenados y trasladados en carretas por la ciudad. Recorrieron las callejuelas repletas de hombres y muchos corrían detrás de ellos, gritando y levantando los puños, algunos alentándolos, otros amenazándolos.

Tras un largo recorrido entre las calles de polvo blanquecino, arribaron a una colosal construcción circular de altos muros, que se ensanchaba a medida que sus paredes ascendían. En el exterior se podían ver pinturas de llamativos colores de hombres de todas las naciones en combate: los tesarianos, altos y esbeltos, ataviados con sus delicadas y livianas armaduras, con su largo cabello rubio o gris trenzado, sus bellos y feroces rostros al descubierto, empuñando espadas finas y largas y cubriéndose con escudos en forma de diamante. Los morroínos, los amantes más fieles de la guerra, con sus torsos cubiertos por armaduras de cuero endurecido, sus musculosos brazos desnudos, portando enormes hachas de guerra, mazas o, los menos, una espada en cada mano. Llevaban cascos, de cuero labrado, que simulaban ser cabezas de dragones, en cuyas fauces abiertas asomaban sus barbudos rostros. Los pyebranos, de piel morena, con sus cascos en punta y sus cuerpos cubiertos de placas de reluciente metal plateado o dorado, con sus peligrosas espadas curvadas que eran el terror de sus contrincantes. Los sitnorenses, con sus robustos cuerpos enfundados en plateadas armaduras, sus manos enguantadas cerrándose en torno a largas y anchas espadas doblemente afiladas que, a pesar de sus dimensiones, manejaban con gran destreza. No por nada se decía que Sitnor poseía el ejército más poderoso de Thoria. Y por último, los misteriosos hombres de las Islas de La Luna, de piel tan oscura como un cielo sin estrellas y tan reluciente como un lago en

calma bajo la luna llena; luchaban con sus torsos descubiertos, con sus rostros pintados con líneas rojas y blandiendo hachas de dos filos o pesadas mazas, capaces de destruir cascos y cráneos con la misma facilidad.

Los esclavos, contemplando la asombrosa y sorpresiva decoración, fueron conducidos a una puerta que daba a una sólida escalera lateral, desgastada por los años de uso. Esta llevaba a una especie de amplio puente con asientos de piedra, techado con toldos de tela, que cruzaba de lado a lado sobre el recinto. Los muros resguardaban una selva, una zona de montañas y cuevas, un pantano y un oasis rodeado de dunas doradas. Vieron que había muchos de esos puentes cruzando sobre cada una de las zonas y eran sostenidos, asombrosamente, por columnas de piedra delgadas y de aspecto frágil.

Uno de los hombres que los condujo hasta ahí, les habló en diferentes idiomas, para que todos pudieran comprenderlo.

—Hay armas ocultas en todo el lugar. Espadas, arcos, hachas, cuchillos, martillos, escudos, lanzas. Serán separados e ingresados de a cinco por cada una de las entradas—dijo señalando a diferentes puntos—. Si aún viven, al atardecer todo habrá terminado. Las apuestas nos dan ganadores y esta vez no hay arreglos, así que hagan todo lo posible por sobrevivir y matar a todos aquellos que lleven brazaletes con colores diferentes a los que les asignen. No sabemos cuántos de ustedes saldrá con vida de la “Pequeña Thoria”, pero… los dioses quieran que todos tengan buena suerte.

Los esclavos fueron conducidos de nuevo a la parte baja del edificio y, una vez allí, liberaron sus cadenas y los separaron en grupos. Quentin, Josh y Rojo hicieron lo posible para permanecer unidos y, junto a ellos, quedó un hombre de edad indefinida, de piel negra y fuertes brazos musculosos. Quentin lo había observado en los entrenamientos, solía luchar con dos hachas y permanecer por unos minutos delante de él parecía ser muy arriesgado. Su otro compañero era un muchachito delgado, de larga barba trenzada y rostro moreno y Quentin no lo había visto antes. Ninguno de ellos hablaba el idioma de Sitnor, pero Quentin intentó hacerles saber por señas que debían mantenerse juntos cuando se abrieran las puertas y les permitieran ingresar, y ambos dieron muestras de entenderlo.

Esperaron junto a la puerta por más de media hora y, de a poco, comenzaron a escuchar el bullicio de la gente que se estaba reuniendo en los asientos que había en las pasarelas que cruzaban sobre el lugar. Un cuerno sonó y la muchedumbre hizo silencio, pero estalló en aplausos cuando las puertas se abrieron y los esclavos ingresaron al

recinto.

—Necesitamos armas antes de alejarnos —dijo Josh.

Rojo hizo solo unos pasos, se trepó a un árbol y bajó de un salto a los pocos segundos, trayendo un arco en una mano.

—Me faltan las flechas, pero ya es algo —dijo con una sonrisa.

—Allí. —Quentin señaló otro árbol, después de observar por unos segundos a su alrededor.

Rojo corrió en busca del carcaj y lo colgó a su espalda.

—Excelente, ahora podré cubrirlos.

El sujeto de piel oscura se adelantó y miró a los demás.

—Tá-qá —dijo señalándose el pecho, y luego repitió—. Tá-qá.

—Creo que es su nombre —dijo Quentin a los demás y señaló a sus amigos, diciendo sus nombres.

—Quentin —dijo Tá-qá señalándolo. Quentin sonrió y asintió, y Tá-qá señaló a los demás—. Josh, Rojo.

Quentin miró al muchachito de barba.

—Nagalíjakh Barbreti Monteftonra —y ante la cara de asombro de los demás, agregó—. Pero pueden llamarme Naga.

—¡Hablas el idioma de Sitnor! —dijo Rojo.

—Hablo todos los idiomas de Thoria, incluso los dialectos de los nómadas de Morrau y las varias lenguas de las Islas de La Luna.

—Díselo a Tá-qá —dijo Quentin y Naga intentó en varios idiomas hasta que consiguió que Tá-qá lo entendiera. El enorme sujeto abrazó a Naga y lo levantó del piso varios centímetros, mientras reía ruidosamente. Los demás los miraron sonriendo y, cuando Tá-qá lo devolvió al suelo, Quentin volvió a hablar.

—Naga, tradúcele. —El muchachito asintió y Quentin prosiguió—. ¿Alguno de ustedes ha estado aquí antes? —Naga habló con Tá-qá y ambos negaron moviendo la cabeza de lado a lado—. Bien tenemos que pensar como los demás lo harían… Nos dieron la orden de matar a todos los que no fueran de los nuestros, pero no sabemos dónde se encuentran nuestros compañeros. Deberíamos intentar hallarlos.

—¿Has visto el tamaño de esto? Estaríamos todo el día para hacerlo —dijo Naga después de traducirle a Tá-qá las palabras de Quentin.

—Por eso intentaremos mantenernos vivos por nuestra cuenta. Necesitamos encontrar armas y regresar para defender esta posición. Estoy seguro que los demás saldrán a recorrer el lugar para encontrar a sus compañeros, armarse e intentar matar a quienes se crucen en sus caminos. No sabemos si hay animales sueltos o si hay trampas escondidas, por lo que será mejor mantenernos seguros aquí.

—Que se maten entre ellos —dijo Tá-qá mostrando una enorme

sonrisa y Naga tradujo sus palabras—. Bien pensado, hombrecito.

—Saldremos nosotros dos —continuó, señalando a Josh—. Rojo, sube a un árbol y cúbrenos. Ustedes manténganse escondidos hasta que regresemos.

Después que Rojo encontrara una posición cómoda en uno de los árboles y les diera una señal, Josh y Quentin dejaron el lugar. Avanzaron tramos cortos, escondiéndose entre la vegetación y no pasó mucho hasta que encontraron un cuchillo. Quentin se lo ofreció a Josh, pero él lo rechazó en silencio. En combates cuerpo a cuerpo, prefería utilizar solo sus puños. Continuaron caminando en línea recta, observando con detenimiento su entorno. A solo cien metros de la puerta por la que habían ingresado, la selva se terminaba bruscamente y era reemplazada por montañas de roca, por lo que decidieron regresar, aunque esta vez, por otro camino. Josh se llevó ambas manos a la boca, y Quentin lo detuvo.

—No lo hagas, no hay pájaros aquí —susurró—. Si nos escuchan, sabrán dónde deben venir a buscarnos.

Josh asintió y le hizo una seña a Quentin para que continuara. Unos pocos minutos después, Quentin notó que algo cedió bajo su pie y se detuvo, sin atreverse a continuar. Le hizo una seña a Josh para que se acerque a él.

—He pisado algo —dijo cuando Josh lo alcanzó—. No sé que pueda ser, pero temo que una trampa.

Josh se agachó y movió con cuidado la capa de hojas en estado de descomposición que tapizaba el húmedo suelo de la selva artificial y encontró una cuerda a medio enterrar debajo de la bota de Quentin.

—Hay una soga, buscaré algo de peso para poner junto a tu pie y luego lo quitaremos para activar la trampa.

Quentin asintió y Josh se alejó hacia donde habían quedado los demás. Regresó a los pocos minutos junto a sus otros compañeros y entre todos comenzaron a seguir el recorrido de la cuerda. Se encontraron con que, cada extremo, se unía a una telaraña de sogas que se diseminaban entre el follaje y trepaban en los árboles. Siguieron el recorrido de varias de ellas, pero estaban tan bien colocadas que muchas se perdían antes de poder ver su final.

—Buscaré una roca —dijo Tá-qá—. Estaremos todo el día para encontrar a donde conduce cada una de ellas, con el peligro de que activemos alguna otra en un descuido.

Los demás estuvieron de acuerdo y Josh y él se dirigieron hacia donde habían visto las montañas poco antes.

—Al menos tenemos un arsenal interesante —dijo Naga,

observando las armas que habían encontrado mientras buscaban la forma de activar la trampa sin resultar heridos. Habían recolectado tres hachas, un juego de espadas similar a las que usaba Eric, uno de los capitanes de la Guardia de Sitnor, otro carcaj con flechas, una espada larga, varios cuchillos, un casco y dos escudos.

—Lo que no sé es de dónde sacaremos agua —dijo Quentin—, a no ser que dejemos la selva para ir hasta el oasis.

—Es cierto —dijo Rojo—, no había pensado en eso.

Naga los miró por unos segundos, pero no dijo nada y se quedaron en silencio. Pasó más de media hora hasta que Josh y Tá-qá regresaron, empujando una roca de algo más de un metro de alto.

—Por un demonio. —Se quejó Josh poniendo ambas manos en su cintura y estirando la espalda, una vez que colocaron la roca junto a Quentin—. ¿Estás bien, Q?

—Algo acalambrado, pero ya pasará —dijo estirándose—. Debemos encontrar agua sin tener que ir al oasis, pronto será mediodía y el calor está comenzando a ser difícil de soportar. Los demás, si no se han movido aún, buscarán la sombra de la selva o el agua del oasis, aunque me inclino por la última opción.

El grupo juntó las armas y comenzó a caminar de nuevo hacia la puerta por la que habían entrado y Josh y Quentin fueron detrás, como de costumbre.

—De comer, ni hablar, ¿no? —dijo Josh.

—Podríamos ver si alguno de los árboles tiene frutas —dijo Quentin.

—¿Y si alguna es venenosa?

—Las lecciones de supervivencia cayeron en saco roto, ¿no? ¿No recuerdas nada? —Josh negó moviendo la cabeza de lado a lado—. Menos mal que alguien prestó atención.

—¿Qué sería de mi vida sin ti? —preguntó riendo.

—Sabemos la respuesta, no me molestaré en decirlo.

Cuando llegaron al lugar por donde habían ingresado, se sentaron contra la pared de roca, observando a su alrededor. No pasó mucho hasta que se oyó a un hombre gritar desde la zona de las montañas y apenas un segundo después, la audiencia estalló en aplausos.

—Malditos carniceros —murmuró Quentin.

En seguida, los esclavos se pusieron de pie y tomaron sus armas; Tá-qá tomó dos hachas, Josh una de las espadas largas, Quentin las dos espadas cortas y Rojo trepó a uno de los árboles. Naga, en cambio, se quedó de pie con los puños cerrados.

Quentin le ofreció una espada a Naga, pero el muchachito movió la

cabeza a ambos lados.

—No necesito armas. Soy mago.

—Por un demonio —dijo Josh dando un salto.

—Parece que el señor Arkghor los quiere vivos, por eso me hizo venir con ustedes.

—¿Qué significa eso? —preguntó Quentin.

—Los nuevos no suelen llamarle la atención, pero tiene alguna clase de interés en ustedes. En fin…

Tá-qá dijo algo y Naga le respondió. El hombre lo miró por largos minutos y luego se llevó el puño cerrado al centro del pecho.

—Al grandulón la noticia le ha caído bien —dijo Naga con una sonrisa.

—Doy fe que un mago entre nosotros es lo mejor que nos podría suceder —dijo Josh y, antes de regresar a su posición, se acercó al árbol en el que estaba trepado Rojo y le contó las noticias.

Quentin sintió un leve mareo y, al instante, vio la imagen de Naga en su mente.

—*Onix me habló de ti. Estoy aquí para protegerte. A ti y a tus amigos si así lo deseas, no desconfíes de mí.*

—*Comprendo… ellos son más importantes que yo, cuida de ellos, creo que podré arreglármelas.*

—*No es lo que Onix me dijo.*

—*Cuida a Josh. Estaré bien.*

Naga asintió y se retiró de la mente de Quentin, dejándolo más confundido de lo que antes estaba.

—*Estúpido cachorro, no dejes que te maten* —dijo Onix unos minutos después, pero fueron sus únicas palabras.

El público comenzó a aplaudir y a vociferar cada vez con mayor intensidad.

—Parece que están luchando en algún lugar no muy lejos de aquí— dijo Naga mirando al suelo—. El público está pidiendo la muerte de alguien.

—Maldición —murmuró Quentin—. Rojo, ¿ves algo desde allí?

—Nada todavía, pero me gustaría moverme hacia otro lado, desde acá no los veré hasta que los tengamos encima.

—Creo que todos deberíamos movernos —dijo Naga—. Las montañas son un buen escondite, hay cuevas en las que podríamos resguar...

Antes que Naga pudiera terminar de hablar se oyó un gran estruendo y un árbol, que aún tenía tierra húmeda adherida a sus raíces, cayó entre medio de ellos.

Quentin fue alcanzado por una de las ramas, que lo golpeó en la espalda y lo tiró de cara al piso, quitándole todo el aire de los pulmones. Escuchó que alguien entre sus compañeros gritó, que la multitud estaba enardecida y, también, sintió que no era capaz de moverse.

28

—¿Josh? —murmuró—. Por un demonio debo encontrarlo. No puedo regresar a casa y decirle a Ara… ¿Cómo diablos…?

Quentin hizo un mayor esfuerzo esta vez y se arrastró desde debajo de la copa del árbol. Las enormes manos de Tá-qá lo ayudaron a ponerse de pie y el enorme sujeto lo dejó solo. Quentin caminó desorientado por unos segundos, hasta que pudo recuperarse de la confusión. Se llevó las manos a la cara y sintió la cálida humedad de la sangre que brotaba de la herida que tenía sobre una de sus cejas.

—¡Josh! ¡Rojo! ¡Naga! —exclamó y, como respuesta, una flecha pasó silbando cerca de su cabeza. Quentin se resguardó detrás del tronco del árbol, esperando que alguien conteste.

—Q, ¿estás bien?—dijo Josh desde detrás de él.

—Josh, por todos los cielos…

Quentin se dio vuelta y comenzó a adentrarse entre ramas y hojas, intentando encontrar dónde estaba su amigo, pero antes de poder hallarlo, el árbol entero volvió a levantarse.

—Pónganse detrás de mí —dijo Naga en los dos idiomas y Quentin ayudó a Josh a ponerse de pie para seguir las órdenes del mago. Tá-qá se unió a ellos unos segundos después.

—¿Dónde está Rojo? —preguntó Quentin mirando a los lados.

—Él no… no pude hacer nada por él, lo lamento.

Antes que pudieran reaccionar a lo que acababa de decirles, Naga movió las manos y el árbol salió disparado hacia adelante, junto a los demás árboles que había frente a ellos, arrancándolos de la tierra como si se tratara de unas simples briznas de hierba. La multitud que estaba en silencio, expectante, estalló en aplausos y el rugido de sus voces hizo que Quentin se sintiera asqueado, ya que cada vez que algo así ocurría, lo festejaban con tanta alegría que lo hacía sentir enfermo.

—Debemos irnos —dijo Naga apresurado, tomando del brazo a Josh que estaba justo detrás de él, y empujando a Tá-qá con su otra mano.

—Las armas —dijo Quentin. Los demás comenzaron a correr

mientras él intentaba encontrar, entre los restos de ramas rotas y hojas, alguna de las armas que habían conseguido. Naga regresó sobre sus pasos y lo tomó del brazo.

—¡Déjalas, por un demonio, no las necesitamos!

—Puede que tú no las necesites, pero nosotros sí —dijo. Quentin se soltó y se agachó para revolver entre la tierra removida—. Si se te da por separarte, nos comerán como a unas simples gallinas.

Naga levantó la mano derecha hacia el surco que había abierto cuando arrojó los árboles y el aire frente a ellos se movió como las aguas de un lago en calma cuando una roca rompe su superficie.

—¿Crees que te dejaré por tu cuenta?

—Te dije que protejas a los demás, protege a Josh, que es más importante que yo.

—Onix me dijo que cuidara de ti, maldición, ¿tan difícil es que lo entiendas?

Quentin se puso de pie y se acercó a Naga.

—Si quieres cuidar de mi, protege a Josh, así no debo preocuparme por él y puedo mantenerme a salvo sin hacer estupideces. Si tú te preocupas por mí, y Josh queda a su suerte, solo estaré con la cabeza puesta en que no le suceda nada. ¿Tan difícil es de entender?

Naga lo miró a los ojos por varios segundos, hasta que, finalmente, asintió.

—Como tú quieras. Aléjate de ahí, buscaré las armas —Quentin lo miró confundido y Naga agregó, fastidiado—: Con magia, Quentin, quítate.

Quentin caminó hacia la puerta por la que habían entrado, el mago levantó su otra mano, murmuró unas palabras que no pudo comprender y el suelo vibró delante de ellos. Sin bajar su mano derecha, se agachó y sacó de entre la tierra removida las espadas y un hacha.

—Quitaré el escudo que nos protege, ¡corre!

Naga bajó la mano y corrió detrás de Quentin hacia las montañas, a encontrarse con los demás, que los esperaban asomándose con impaciencia entre las rocas.

—Q, ¿estás bien? Estás cubierto de sangre —dijo Josh una vez que se les unieron.

—Es solo un corte —dijo llevándose la mano hacia la ceja derecha —. No es nada. ¿Tú estás bien?

Josh asintió y tomó la espada que Naga le estaba entregando. Si bien no estaba lastimado, Josh tenía un ojo enrojecido y la camisa se le había rasgado en un hombro. El mago volvió a salir de la cueva,

comenzó a recitar largas palabras en un idioma desconocido y luego regresó, como si nada pasara.

—Deberías haberme dicho lo obstinado que es este muchacho, por un demonio. Si no te hubiera prometido que me haría cargo de él, lo hubiera dejado a su suerte, gato.

—Por eso es que no lo dije, ¿qué hizo?

—¿Aparte de preocuparse tan poco por su propia vida? Le interesa más que cuide de su amigo que de él, ¿puedes creerlo?

—No sería Quentin si se preocupara solo por él mismo…

—Como digas, pero ese chico no está bien.

—¿Quién de nosotros lo está, Nagalíjakh?

Naga dejó la conversación con el gato y se fijó en sus compañeros, para ver si alguno de ellos necesitaba ser curado.

—Quentin, déjame ver esa herida. —Naga se acercó a él. Quentin esta vez no protestó y, cuando Naga recurrió a sus poderes, el muchacho lo miró con asombro y retrocedió unos pasos—. Nunca habías visto a un mago, ¿verdad?

—Sí, pero sus ojos no se parecen en nada a los tuyos. —El muchacho parecía asustado, pero Naga volvió a acercarse.

—Arderá, pero dejará de sangrar. —Naga llevó su mano a la frente de Quentin por unos cuantos segundos y luego la retiró—. Listo.

—Gracias. —Quentin se llevó la mano a la frente para comprobar que su herida estuviera sana—. ¿Qué le sucedió a Rojo?

—El tronco del árbol le dio de lleno en el medio del pecho, ni siquiera supo lo que estaba ocurriendo.

—Que los dioses lo bendigan en su próxima vida —murmuró Quentin.

Tá-qá habló y todos lo miraron.

—Pregunta cuánto tiempo estaremos aquí —dijo Naga.

—¿Qué es exactamente lo que puedes hacer, Naga? —preguntó Quentin, a su vez.

—Lo que sea que imaginen. Algunas cosas puede que no logre hacerlas por demasiado tiempo. Los magos no somos infalibles, llega un momento en que nos agotamos y ya no podemos hacer nada más.

—¿Puedes hacer que no nos vean? —preguntó Tá-qá.

—Si estamos quietos es más fácil y puedo hacerlo por más tiempo —dijo Naga en ambos idiomas.

—No me gusta la idea de esconderme como una lagartija… —dijo Tá-qá.

—A mi tampoco me gusta —agregó Josh.

—… pero creo que no tenemos muchas más opciones —continuó el enorme moreno.

—Eso de lanzar el árbol fue asombroso —dijo Quentin—, pero en términos prácticos, ¿cuántas veces más podrías hacerlo? El mismo tamaño, la misma intensidad.

—Unas… cincuenta veces.

—Bien. ¿Qué tal estás para el uso de las armas? Y pregunta a Tá-qá qué tal se las ingenia con un arco.

—Puedo arreglármelas. Tá-qá dice que se le dan mejor las hachas, pero se esforzará si es necesario.

—Perfecto, entonces. Según tu experiencia, ¿cuántos magos crees que haya aquí?

—Soy el único entre los hombres del señor Arkghor. Puede que haya dos más, quizás tres, en los equipos contrarios.

—¿Son buenos? —preguntó Quentin.

—No mejores que yo —dijo sonriendo.

—¿Y si los tres atacan a la vez? —preguntó Tá-qá.

—En ese caso… destruiré todo.

Tá-qá soltó una gran carcajada y se llevó las manos al vientre.

—¿Qué tal si solo destruyes todo y acabamos con esto? —preguntó Josh.

—Nada me gustaría más, pero trataremos de evitarlo.

—Bien —dijo Quentin—. Lo que hiciste recién, de encontrar las armas, ¿podrías encontrar arcos y flechas y traerlas hacia aquí?

—Puedo —dijo Naga después de unos segundos. *«Vaya con este chico»* pensó—. Lastimaré a mucha gente, seguramente que a los nuestros también, pero todos los arcos y todas las flechas llegarán hasta aquí. El problema es que después de eso, no podré hacer nada más por un buen rato.

—¿No puedes limitarlo a cuatro arcos?

—No, lo lamento.

—¿Qué dicen? —preguntó Quentin mirando a Josh y a Tá-qá y ambos coincidieron en que serían más útiles las armas que cualquier otra cosa.

—Quentin, puedo usar tus energías para traer las armas y en ese caso…

—No sé como puedo ayudarte, no sé usar la magia, ni nada de eso.

—Lo sé, Onix me lo dijo, pero si estás dispuesto a hacerlo…

—Hazlo entonces.

—Te sentirás cansado por unos minutos y quizás mareado.

—No importa, haz lo que debas.

Quentin se acercó a Josh y habló con él, pero Naga no pudo oír lo que decían, luego el muchacho se sentó en el suelo de piedra y lo miró.

—*Estoy listo.*

Naga asintió, le dijo lo que debía hacer y, luego, caminó hacia la entrada de la cueva. Hacía tantos años que no utilizaba ese hechizo, que tuvo que rebuscar en su memoria la manera correcta de formularlo para que nada saliera mal. Cerró los ojos, levantó ambas manos y dijo:

—*Ecsa lazda* —esperó unos segundos y luego recitó la frase que empezaba a hormiguearle en la sangre con tantos deseos de ser pronunciada que ni él mismo podía soportarlo.

Quentin sintió en su interior un cosquilleo, que le causó una desconocida sensación. Parecía que se trataba de cientos de delgados hilos que salían de todo su ser. Se los imaginó como hilos plateados que recorrían sus venas, sus músculos y sus huesos y salían de su cuerpo para esparcirse por todo el recinto, pero no pasaron más que tres segundos y el extraño efecto desapareció.

—*¿Te encuentras bien?*—preguntó Naga.

—*Creo que sí. Ha sido extraño.*

—*Ya te acostumbrarás…*

Quentin se sintió regresar a la realidad y lo que escuchó le heló la sangre. Entre el bullicio del público que festejaba el resultado del hechizo de Naga, podían oírse decenas de hombres gritando de dolor. Sin dudas, lo que el mago había hecho había lastimado a muchas personas y Quentin intentó convencerse que era lo mejor que podrían haber hecho para mantenerse con vida.

—Listo, señores. Terminemos con esto de una vez —dijo Naga señalando hacia afuera. En la entrada de la cueva había, al menos, una veintena de arcos y una alta pila de flechas, la mayoría de ellas teñidas de púrpura, acomodadas en perfecto orden una junto a la otra.

Josh se acercó a su amigo y lo ayudó a ponerse de pie.

—¿Te encuentras bien, Q?

—Creo que necesito unos momentos, nada más —dijo sosteniéndose en Josh. Tá-qá lo miró desde la entrada, se llevó un puño al pecho y bajó la cabeza, en señal de respeto. Quentin se tambaleó y se llevó las manos a la cabeza, que parecía que en cualquier momento le estallaría.

—Naga —dijo Josh, alarmado.

—Estoy bien, tranquilo —murmuró y, luego, agregó sin quitarse las manos de las sienes—. Se me acaba de ocurrir algo. ¿Recuerdan la trampa? Deberíamos atraer a los demás hasta allí y ver qué sucede. Ya no tienen arcos, por lo que estaremos a salvo si nos mantenemos a distancia.

—Iré a ver que la trampa no se haya destruido cuando arrojé los árboles, aunque creo que ya es inservible. —Naga dejó la cueva y regresó, agitado, a los pocos minutos—. Están cerca y la trampa ya no sirve.

—Demonios —murmuró Quentin—. ¿Viste a alguno que sea mago?

—No reconocí a ninguno entre los que vi, aunque eso no quita que no haya alguno.

—¿Por dónde se encuentran?

—Vienen hacia aquí, están llegando a la base de las montañas.

—Iremos a la cima entonces —dijo Quentin—. Que los dioses sean piadosos con nosotros.

«Y me permitan ver las estrellas esta noche, una vez más» pensó.

29

Desde donde se encontraban, tenían vista de gran parte del recinto. La única excepción eran las zonas que quedaban ocultas por los frondosos árboles de la selva.

A unos cinco metros por encima de ellos, cruzaban las pasarelas donde el público festejaba cada muerte como si se tratara de un nacimiento y, debajo de ellos, una centena de hombres de brazaletes verdes provistos de espadas, lanzas y escudos comenzaba a escalar las rocas con gran habilidad.

Quentin, Josh y Tá-qá habían repartido los arcos y las flechas en parte iguales y los habían distribuido en seis posiciones diferentes, ya que se encargarían de dos de ellas cada uno. Naga, en cambio, había bajado algunos metros y recorría los senderos, deteniéndose cada pocos pasos.

—Escuchen —dijo una vez que regresó—, si hay magos entre ellos, solo tendremos unos pocos minutos hasta que noten que he creado una ilusión debajo de nosotros y por eso no pueden vernos. —Naga se pasó la mano por la barba—. Tendrán dos opciones: una es desactivarla y la otra, atacarnos con lo que tengan.

—¿Qué crees que harán? —preguntó Josh.

—La segunda opción —dijo Naga frunciendo el rostro.

—¿Qué tan malo puede ser? —preguntó Quentin—. No saben donde nos encontramos, gastarán todas sus energías moviendo cosas y vaya a saber si nos tocarán.

—Bien dicho, hombrecito —dijo Tá-qá con una enorme sonrisa en el rostro.

—Naga, ¿podrás detener lo que nos arrojen? Si mueven un árbol de nuevo, por ejemplo.

—Sí. Estaré más arriba de ustedes, así tendré mejor vista. Si les digo que corran, por un demonio, corran, porque eso significará que no puedo hacerlo. No importa hacia donde, pero aléjense de donde estén, ¿entendido?

Los tres asintieron y se dirigieron a sus posiciones. Habían buscado

lugares detrás de las rocas donde pudieran ocultarse, por si la ilusión de Naga dejaba de ser efectiva y desde donde pudieran ver a quienes se acercaban a ellos y, una vez que estuvieron listos, apuntaron sus flechas a los hombres que se acercaban a la cima gritando y rugiendo.

«Perdón» pensó Quentin al momento de disparar la primera flecha, que se clavó en el abdomen de un sujeto alto y de piel blanca como la nieve. Con un nudo en el estómago, vio como la sangre teñía su túnica y oyó sus gritos de dolor mientras el hombre caía, pero no tenía tiempo para detenerse a sentir piedad. Dejó su arco y corrió hacia su segunda posición. Colocó una flecha y miró hacia abajo, buscando quién sería el próximo. Estaba por soltar la cuerda cuando un proyectil se clavó en el ojo derecho de su objetivo y Josh aulló, exaltado, a unos cuantos metros por encima de él.

—Demonios —dijo Quentin y volteó hacia atrás para verlo.

—Te daré unas lecciones de tiro cuando regresemos, Q —le dijo guiñando un ojo antes de correr hacia su derecha y desaparecer tras un peñasco.

Quentin ignoró el comentario y volvió su vista hacia donde se acercaban los hombres de brazaletes verdes.

«¿Por qué son tantos? Nosotros no éramos más de cincuenta, ¿qué clase de matanza es esta?» pensó.

Disparó su segunda flecha y esta se clavó en el hombro de un enorme sujeto que corría como un toro enfurecido. El hombre apenas si se detuvo, arrancó la flecha, como si de un simple dardo se tratara, y la arrojó a un lado con un gruñido.

Quentin colocó otra flecha y disparó, pero esta pasó volando a pocos centímetros de su cabeza. El hombre, de pronto, comenzó a reír con sus ojos fijos en él y Quentin se dio cuenta que lo había visto, ya que había traspasado los senderos por los que había caminado Naga unos minutos antes. Buscó a su lado, pero sus espadas habían quedado en su otro escondite.

—¡Demonios, demonios! —exclamó y comenzó a correr hacia ellas.

«Me va a aplastar como a una maldita hormiga» pensó alarmado.

Cuando pudo oír los rugidos del hombre y su ruidosa respiración detrás de él, Quentin se arrojó al suelo y cerró las manos en las empuñaduras de sus espadas. Dio la vuelta a tiempo para cruzar sus armas sobre él antes que la extraña espada que llevaba el otro esclavo se clavara en el medio de su pecho.

El hombre murmuró algo entre risas, escupió al suelo y retrocedió, dándole a Quentin la oportunidad de ponerse de pie y, ni bien lo hizo, el hombre volvió a atacarlo. La espada que llevaba era de hoja curva

más ancha en el extremo, terminaba con un corte sesgado y estaba afilada por los dos lados.

Hacía tanto tiempo que no tenía que combatir contra alguien, que ya había olvidado la forma en que su sangre se agitaba y sus sentidos se agudizaban. Esta vez, no podía intentar convencerlo, no podía negociar y no había, siquiera, una razón coherente para este enfrentamiento.

«Otra vez debo intentar matar para no morir» pensó. Y, con ello, llegó otra vez el miedo. *«El que me atenaza los músculos y las entrañas, el que me paraliza y hace que deje de pensar y de funcionar y, a su vez, el que le da el sentido necesario a mi vida, el que hace que vuelva a respirar, el que me impulsa a caminar, el que hace que mis movimientos sean más rápidos y precisos, aunque mis pensamientos no vayan a la misma velocidad».*

El hombre, que era mucho más alto que él, levantó el brazo herido por sobre su cabeza y lo dejó caer, dejando que el peso de la espada dirigiera su rumbo. Quentin se maldijo por haber elegido esas dos espadas cortas en lugar de una larga, ya que no tenía la altura ni el entrenamiento de Eric para usarlas como él lo hacía y ni siquiera había practicado tantas veces con espadas de ese estilo como para llegar a familiarizarse con ellas. Una vez más, cruzó sus armas frente a él y las tres chocaron con tal fuerza que el impacto le sacudió todo el cuerpo. El hombre volvió a reír y, mientras intentaba hacer que las espadas de Quentin cedieran, levantó su mano izquierda y sus dedos se cerraron como pinzas alrededor de su cuello. El sujeto comenzó a murmurar entre risas y sus ojos parecían los de un desquiciado.

El muchacho sintió que ya no podía respirar y sus brazos perdieron la fuerza necesaria para mantenerse sobre él. Cuando empezaron a ceder, el hombre retiró la espada y Quentin dejó caer los brazos a su lado. El hombre rio más fuerte pero él, aprovechando lo que quizá sería su última oportunidad, movió su brazo derecho con fuerza y clavó la espada en el abdomen desprotegido de su contrincante. El sujeto rugió como un animal herido y, de inmediato, lo soltó. Quentin cayó de rodillas, intentando respirar, pero el aire que entraba a sus pulmones le parecían pequeñas agujas que se clavaban dentro de él y, antes de poder recomponerse, la rodilla del hombre al que había herido se estrelló en su mentón. Quentin cayó de lado, confundido y con el pecho a punto de explotar. Sin embargo, a los pocos segundos escuchó al hombre aullar de nuevo y esta vez lo vio caer a unos pasos de donde él se encontraba.

Josh llegó a su lado y lo ayudó a ponerse de pie.

—Apresúrate, los tenemos encima —dijo su amigo mientras lo

guiaba hacia uno de los escondites. Cuando estuvieron a resguardo, Josh tomó uno de los arcos y continuó disparando—. Hay otro…

Josh hizo silencio de pronto y miró a Quentin con los ojos muy abiertos y la confusión marcada en su rostro. La montaña comenzó a temblar y no pasó mucho hasta que oyeron la voz de Naga.

—¡A la selva! ¡Corran a la selva!

El delgado muchacho parecía un espantapájaros en medio de una tormenta, sacudiendo los brazos en todas direcciones. Josh tomó a Quentin del brazo y lo arrastró hacia la izquierda, donde se encontraba la tupida arboleda. Quentin, que todavía no se había recuperado por completo, se dejó guiar hasta que pudo hacerse cargo de él mismo.

—Por aquí —le dijo a Josh después de unos momentos—, hay un sendero marcado.

—¡Es un mago de tierra! —exclamó Naga, que venía algunos metros detrás de ellos—. Un maldito mago de tierra, ¿cómo diablos no se me ocurrió que podía haber uno?

—¿Dónde está Tá-qá? —Josh giró para mirarlo. Naga volvió a maldecir y, antes de responderles, desapareció en un remolino de polvo. Josh se detuvo como si hubiera chocado contra una pared invisible—. ¡Por un demonio!

Quentin regresó unos pasos y lo tomó del brazo para hacerlo avanzar otra vez.

—Vamos Josh, habrá tiempo para asombrarse después.

—¿Lo viste? —tartamudeó.

—Claro que lo vi —lo soltó y comenzó a correr—, pero no podemos detenernos a pensar en ello en estos momentos.

Aún faltaban cientos de metros para llegar hasta la selva y la montaña temblaba cada vez más. Quentin vio a Naga y a Tá-qá aparecer junto a la puerta por donde habían entrado, pero Naga desapareció a los pocos segundos para reaparecer frente a ellos, con los ojos encendidos como antorchas. Quentin se detuvo y cayó sentado por la sorpresa.

—Tomen mis manos, ¡ahora! —ordenó sin darles tiempo a decir algo.

Los muchachos obedecieron y Naga los llevó hasta la destruida selva junto a su compañero.

—Maldito seas, Naga. —Josh se dobló al medio, apoyó las manos en sus rodillas y bajó la cabeza. Naga se acercó a él y le palmeó la espalda.

—Estarás bien, eso ocurre cuando apareces. ¿Quentin?

—Fue extraño, pero estoy bien. —Quentin, divertido, miraba a Josh batallar contra su malestar.

—Malditos sean los magos, por un demonio —se quejó Josh.

—Corran, lárguense de aquí, lo más lejos que puedan —dijo Naga y los empujó sin darle tiempo a que vuelvan a recuperarse. Josh lo miró frunciendo el ceño, como si quisiera asesinarlo con la mirada, pero Quentin lo tomó del brazo.

—Vamos, la montaña caerá en cualquier momento —dijo.

Tá-qá y los muchachos comenzaron a correr hacia el surco que había abierto Naga pero, antes de llegar a la mitad de este, la tierra debajo de sus pies comenzó a temblar igual que la montaña. Los tres se detuvieron y miraron hacia atrás.

Naga estaba de espalda a ellos y, delante de él, estaba la enorme montaña de rocas que se sacudía con más fuerza que antes. Una a una, las rocas comenzaron a elevarse y algunas, incluso, se levantaron por encima de las pasarelas donde el público se encontraba. Algunos de los esclavos que habían trepado la montaña se aferraban a las rocas, mientras otros flotaban entre ellas, gritando aterrorizados, sin poder controlar su propio cuerpo. El público estaba eufórico, gritando y aplaudiendo sin descansar.

Quentin se adelantó un paso y Josh lo detuvo.

—Veré si Naga necesita ayuda —dijo. Corrió junto al mago y, cuando estuvo a pocos metros de él, le preguntó—: ¿Qué sucede?

Al alcanzarlo, se paró junto a Naga que estaba viendo como casi la totalidad de la montaña estaba ya en el aire.

—Estoy esperando a que el otro levante la montaña por completo. —Naga lo miró y volvió a empujar a Quentin—. ¡Corran, maldición, les dije que se alejen!

Quentin regresó con sus compañeros y los tres terminaron de cruzar el surco de tierra removida, se internaron entre los árboles y siguieron corriendo hasta que la húmeda tierra se convirtió en arena y el sol los cegó. Cuando miraron hacia atrás, vieron que las rocas y los hombres aun flotaban en el aire, como si se tratara de hojas secas atrapadas en una suave corriente de aire. El público no había dejado de aplaudir ni un segundo y parecía que cada vez eran más los que lo hacían.

—Tenemos que seguir —dijo Quentin, y tiró de los brazos de sus compañeros que miraban las rocas, estupefactos. Caminaron con dificultad por la temblorosa arena, que hacía que sus pies se enterraran a cada paso que daban. Josh se detuvo después de unos minutos y miró con detenimiento a su alrededor.

—Los muros —dijo a gritos, para hacerse oír por sobre el bullicio

del público—. Los muros y las pasarelas no están temblando.

—Tienes razón, debemos ir hacia allí.

Quentin le señaló la pared más cercana a Tá-qá, los tres se dirigieron hacia ella y comprobaron, aliviados, que la arena era más estable en esa parte.

Faltaba poco más de doscientos metros para llegar al oasis cuando, de pronto, todo el recinto quedó en silencio.

—¿Qué demonios…? —dijo Josh.

—Esto no puede ser algo bueno —dijo Quentin al mismo tiempo.

Cuando miraron hacia atrás, vieron que las rocas estaban comenzando a girar como si estuvieran atrapadas dentro de un remolino, pero no había viento en el lugar; los árboles estaban quietos y los toldos que había sobre las pasarelas y las gradas alrededor del recinto no se movían. Se podía oír, aún a la distancia, los gritos de los hombres que habían sido apresados por ese remolino y este giraba cada vez a mayor velocidad. Las rocas comenzaron a chocar entre sí y algunas, incluso, se partieron por el impacto mientras otras aplastaron a los hombres que quedaban entre ellas.

La gente que estaba en las pasarelas se largó a correr y pocos eran ya los que celebraban por el espectáculo que los esclavos estaban dando, aún cuando las piedras se desviaban antes de chocar contra las pasarelas o las columnas que las sostenían. Quentin vio a algunas personas que, en su desesperación, se arrojaban desde lo alto de las pasarelas pero eran atrapadas por el remolino de piedras que escupía sangre en todas direcciones.

Naga apareció sobre la arena, a pocos metros de la selva y segundos después, reapareció junto a Quentin.

—¡Corran! —exclamó tirando de sus brazos, mientras corría él también.

Dos enormes piedras salieron despedidas de ese torbellino y chocaron contra el muro detrás del oasis, causando un gran estruendo. Una de ellas rebotó en la arena y cayó dentro del agua, levantando grandes olas, mientras la otra se partió en cientos de pedazos que volaron en diferentes direcciones. Naga levantó las manos y los fragmentos de roca que se habían desprendido con el impacto rebotaron contra el escudo invisible del mago y se enterraron en la arena.

—¡A la puerta! ¡Corran a la puerta! —gritó con urgencia, adelantándose a sus compañeros, mientras señalaba debajo de donde se habían estrellado las rocas. Naga volvió a levantar una de sus manos y la puerta se salió de su marco, estallando en numerosas

astillas.

Quentin iba muy por detrás de Josh y de Tá-qá y, cuando vio que Josh cruzó la puerta, escuchó un zumbido y vio el suelo a su alrededor oscurecerse. Se dio vuelta y vio que otra de las enormes piedras se acercaba a toda velocidad. Miró fugazmente hacia la puerta y vio a Josh mirarlo con espanto, pero volvió la vista hacia la roca, que atraía su vista como un potente imán. Pudo ver con detalle su rugosa textura y cada una de sus grietas e irregularidades.

En ese momento, apareció en su mente el rostro sonriente de Ara y, del mismo modo, recordó a sus hermanos y a sus padres. Vio en una fracción de segundo todos los momentos que había compartido con ellos y se imaginó la tristeza que sentirían cuando Josh regresara a casa y tuviera que darles la noticia de lo que había sucedido. Pensó en que el último recuerdo que Josh tendría de él sería muriendo de esta forma tan ridícula y, también, pensó en la muchachita de ojos grises y en lo que su muerte significaría para ella si lo que Onix había dicho resultaba cierto.

—Perdóname —susurró.

En un acto reflejo levantó las manos y agachó la cabeza, esperando el impacto. Cuando cerró los ojos, sintió que un par de brazos se cerraban en torno a él y luego todo desaparecía. No había zumbido, ni calor, ni luz, ni las voces aterradas del público pero, antes que fuera capaz de pensar en eso, todo regresó. Quentin abrió los ojos y estaba fuera del recinto. Cayó arrodillado sobre la tierra endurecida y se palpó el pecho y los brazos.

—¡Eres un maldito genio! —exclamó Josh dando un salto, pero, luego, se acuclilló junto a Quentin y lo miró—. Q, estás pálido, ¿estás bien? ¡Estás bien, maldito seas!

Josh lo ayudó a ponerse de pie y lo abrazó con fuerza, aunque las piernas de Quentin aún no eran capaces de sostenerlo con estabilidad.

—¿De qué color podría estar? —tartamudeó Quentin mientras era apretujado por su amigo—. Por los mil infiernos, sí que estuvo cerca.

El muchacho miró a su alrededor y vio que sus otros compañeros estaban vivos y sanos y, a pesar del griterío del público, se permitió sonreír.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tá-qá.

—No lo sé —dijo Naga.

—¿Tú hiciste eso? —preguntó Quentin una vez que se recuperó, señalando hacia el torbellino de piedras.

—En parte. Pero se salió de control cuando alguien más intervino. Tendría que regresar y detenerlo, pero lo dejaré para que cause un

poco más de daño

—¡Pero está muriendo gente! —exclamó Tá-qá, indignado.

—¿A quién te refieres? —preguntó Quentin—. ¿A los que debíamos asesinar para que no nos maten o a esos malditos carniceros que se alegran por cada gota de sangre que sale de nuestros cuerpos?

—Toda vida es importante, Quentin —respondió Tá-qá frunciendo el ceño y Quentin notó que podía entender lo que decía sin la intervención de Naga.

—Esas personas querían vernos morir o, en su defecto, matarnos ellos mismos. No entiendo dónde está su importancia.

El enorme moreno se acercó a Quentin y el muchacho tuvo que levantar la cabeza para poder sostenerle la mirada.

—¿Quién crees que eres para decidir qué vidas son importantes? —murmuró apenas moviendo los labios.

Antes de que pudiera contestar, Josh se metió entre los dos y alejó a Quentin de un empujón.

—¿Qué les sucede? —dijo mirándolos—. ¿Ahora pelearemos por algo que no podemos solucionar? Contrólense, maldición.

—El chico tiene razón —dijo Naga, que estaba de espalda a ellos, apoyando un hombro en el destrozado marco de la puerta, contemplando el desastre que había causado—. No peleen entre ustedes. Después de todo, me da igual lo que digan y no les haré caso aunque se rompan todos los huesos a golpes.

Tá-qá se acercó a grandes pasos a Naga y el muchachito se dio la vuelta a mirarlo con los ojos encendidos en cuanto lo escuchó.

—¿Te atreverás a pelear conmigo, grandote? Puede asarte como a un conejo antes de que vuelvas a pestañear. No me pagan por protegerlos, no me molestes y, si quieres continuar con vida, cierra la boca. Aquí no existen los héroes, aquí nadie recordará si salvaste una o cien vidas. Si quieres, salva a uno de esos señores adinerados que está viendo el espectáculo y mañana pasará a tu lado y te escupirá mirándote a los ojos. No estamos en las Islas de la Luna, Tá-qá, eres un esclavo en Drioed-ta, una de las peores ciudades de Thoria para alguien de tu condición. No lo olvides, acá solo sobreviven los egoístas.

Tá-qá permaneció en el mismo lugar por varios minutos, apretando los puños, pero ya no volvió a hablar. Naga volvió a darle la espalda y continuó mirando las piedras que estaban girando en el aire. El recinto estaba casi en silencio, a excepción de alguna que otra roca que se salía de su curso y terminaba estrellándose contra los muros. Apenas si quedaba gente en las gradas que, al igual que Naga, continuaba

viendo el espectáculo, pero los hombres que habían sido atrapados por el torbellino ya habían enmudecido.

El mago levantó una mano y las piedras quedaron sostenidas en su lugar por un mínimo instante para luego caer con un gran estruendo. Una inmensa nube de polvo blanquecino se levantó allí donde habían caído y se oyeron los aplausos de las pocas personas que había permanecido en sus lugares.

—Los odio a todos—murmuró Naga—. Vámonos de aquí, tenemos que encontrar al señor Arkghor.

30

Morrau Ciudad Capital

La señora Morgana estaba sentada en el trono dorado de Morrau con la actitud de quienes han nacido para reinar, con la espalda recta y el rostro en alto.

—¿Ilaria?

—A sus órdenes, su Majestad —la esbelta figura de su guardia personal se acercó al trono con pasos firme y posó sus ojos a los pies de su señora. Su piel oscura como el ébano brillaba con la luz de las humeantes antorchas que iluminaban la Sala del Trono.

—Dime, ¿qué clase de reina seré? —la reina habló sin abandonar su rigidez.

—La reina que Morrau necesita en estos momentos, su Majestad.

—Es muy aburrido ser una reina. —Morgana se recostó en el trono con toda desfachatez y estiró las piernas y los brazos. Ahora parecía una muñeca a la que han arrojado sin ningún tipo de consideración—. Me duele la espalda y el cuello, y recibir gente todo el maldito tiempo, con sus quejas ridículas y sus exigencias me causa dolor de cabeza. Entiendo que los pobres se quejen, porque que les roben una oveja significa mucho, pero esos señores que vienen a quejarse de los impuestos cuando tienen los cofres llenos de monedas me enferman. Que traigan al tipo ese, el que escribe mis leyes.

—¿El notario, su Majestad?

—Ese mismo.

La señora Morgana observó a Ilaria mientras descendía los escalones con pasos felinos. Ni la rígida armadura dorada que protegía su cuerpo podía disminuir la gracia con la que se movía. Muchos fueron los hombres que habían pretendido que Ilaria se una a ellos en sus fiestas y le ofrecieron joyas, oro e incluso uno de los asistentes, el señor Atrien, hizo construir un castillo para ella, pero Ilaria había rechazado los obsequios y nunca aceptó sus invitaciones.

La vio caminar hacia la puerta de entrada; allí habló con uno de los mensajeros y regresó junto al trono.

—Dime, Ilaria —dijo apoyando la cabeza en su hombro para poder ver a su guardia—. ¿No extrañas el castillo Rostur?

—Mi lugar es donde usted se encuentre, mi señora. Sea aquí o en la choza más pobre de Thoria.

—Ilaria… no me aburras. Quiero que seas sincera —se quejó.

—Soy sincera, mi señora.

—Pero… ¿no quieres algo para ti misma? Ya sé: a partir de ahora, te ordeno que me contestes solo con la verdad —dijo con una enorme sonrisa.

—¿Está usted segura de que quiere solo la verdad?

—Por supuesto. Ya tengo toneladas de gente que me miente todo el tiempo, no estaría mal algo de sinceridad, para variar.

—Como usted desee. Quiero matar gente, no cualquier gente, pero sí algunas personas en específico. Y quiero tener a mi hombre a mi lado.

—¿Cómo nunca supe que…? —preguntó incorporándose.

—Nunca lo preguntó, mi señora.

—Eso es cierto. —Morgana se avergonzó al pensar en lo egoísta que había sido su comportamiento con Ilaria, después de todo lo que la mujer había hecho por ella—. Cuéntame sobre él. Quiero saber quién pudo haber robado el amor de mi hermosa y valiente Ilaria.

—Imagine usted un hombre de brazos del ancho de mi cintura, alto, aún más alto que el señor Nathan, y con la espalda más ancha que la de él. Imagine su piel negra y reluciente…

—¿Cómo la tuya?

—Si, mi señora. Imagine una sonrisa capaz de robarle miles de suspiros cada vez que la ve, imagine las manos más fuertes y los ojos más dulces. Imagine al guerrero más valiente y más peligroso. Ese es mi hombre, mi señora.

—¿Y dónde está tu amado?

—Eso quisiera saber yo. Nos separaron cuando estábamos en Garhq Tahok[9]. Nunca supe qué hicieron con él.

—Bueno pues, lo buscaremos y lo traeremos aquí. No quiero que mi Ilaria sufra más.

—¿Y cómo…? —preguntó Ilaria con un hilo de voz. Los ojos le brillaron por una fracción de segundo pero, en seguida, se recobró.

—Déjame eso a mí, Ilaria. Hay mucha gente en este mundo… con un poco de oro y haciendo las preguntas correctas… mírame, hasta llegué a ser reina. —Morgana largó una estridente carcajada y se

acomodó en el trono—. ¿Cómo no voy a poder encontrar a tu hombre?

—¿Cómo podré pagárselo, mi señora? —dijo Ilaria, hincando una rodilla.

—Primero, no vuelvas a arrodillarte frente a mí. Ponte de pie. Y segundo, has salvado mi vida más veces de las que puedo contar. Es mi momento de agradecértelo. —Ilaria quiso hablar, pero la señora se lo impidió levantando una mano—. Sé que eres una esclava y que te compré, precisamente, para que me protejas pero eres más que mi esclava.

—Nunca me hizo sentir que fuera una esclava, mi señora.

—Es que te he tomado cariño. —Morgana se puso de pie, se quitó la pesada corona dorada y comenzó a caminar por la sala. Liberó su melena, del color del sol al atardecer, y pasó sus dedos entre su ensortijado cabello—. No hay hombres negros en Thoria, así que no va a ser muy difícil encontrar a tu…

Un guardia abrió la puerta e ingresó, por lo que la señora Morgana regresó al trono.

—Su Majestad, el notario está aquí —dijo sin levantar la mirada del suelo. Ilaria se paró detrás del trono, con la mano enguantada sobre la empuñadura de su espada.

—Hazlo entrar.

El guardia regresó sobre sus pasos y, al minuto, llegó el notario, un hombre vestido de larga túnica carmesí y bordados dorados. Traía en sus manos rollos de pergaminos y un estuche de cuero. El hombre caminó apresurado hacia una mesa que había a un lado del trono, detrás de una columna, y tomó asiento. Desenrolló un pergamino, abrió el estuche y sacó de él un tintero y una pluma.

—Estoy listo, su Majestad.

—Notario, escribe que quiero que decapiten a todo aquel que se queje de los impuestos. Sus posesiones, ya sean tierras, castillos o casas, serán confiscados en nombre de la reina. Su familia será borrada de Morrau, para que nadie deba avergonzarse de su avaricia. Punto final. En otro pergamino quiero que escribas que Ilaria… —Morgana se puso de pie y miró a su guardia—. ¿Tienes nombre familiar? —Ilaria negó, moviendo la cabeza de lado a lado y Morgana volvió a sentarse—. Escribe que Ilaria es ahora una mujer libre y que está al mando de mis ejércitos desde este mismo instante. Pero permanecerá junto a mí. Punto final. Puedes retirarte cuando termines, deja los pergaminos ahí así los firmo.

El hombre continuó garabateando por largos minutos y, cuando finalizó, levantó sus pertenencias y dejó la sala en completo silencio.

—¿Has visto? —preguntó, dándose la vuelta y arrodillándose sobre el trono para ver a su guardia—. Ahora eres libre.

Las lágrimas se deslizaban con suavidad por las mejillas de Ilaria, como si fueran negras y exóticas perlas; sin embargo, ningún sonido salía de sus labios.

—¿Qué haré con mi libertad señora, cuando mi vida es servirla?

—Continúas a mi servicio, hermosa Ilaria. Pero a partir de ahora tienes oro, joyas, tierras y un castillo nuevo cerca del castillo Rostur. Todo lo que rechazaste, lo guardé para el día en que seas libre. Encontraré a tu hombre y en un año o dos, cuando toda esta mierda se acabe, tendrán un lugar a dónde regresar, puesto que volver a tu isla es un poco… complicado.

—No me alcanzará la vida, su Majestad, para agradecerle. —Ilaria cayó de rodillas, a pesar de su advertencia, y se cubrió el rostro con ambas manos. Morgana caminó hacia ella, se arrodilló a su lado y la rodeó con sus brazos.

—A mí, en todo caso, no me alcanzará la vida para agradecerte, Ilaria. Tú me sostuviste en mis días más tristes, cuidaste de mí como si fuera una niña inválida, bañaste mi cuerpo, cepillaste mi cabello y vendaste mis heridas más veces de las que recuerdo, cuando lo único que deseaba era que la diosa Zarba me lleve a donde creyera conveniente. Abrías las cortinas de mi habitación aún cuando te lo había prohibido, me obligabas a alimentarme y a salir al jardín para que me dé el sol. Sufriste mis ataques de rabia, mis insultos y nunca te quejaste ni desististe, a pesar de que serías libre si yo moría. Cada día de esos dolorosos años estuviste a mi lado, por más que te ordenara que me dejaras sola y eso es algo que las esclavas no hacen, Ilaria, es algo que una hermana haría. Y eso es lo que eres para mí.

Ilaria se incorporó y sus ojos ámbar se posaron en los de la señora Morgana.

—Su Majestad…

La reina se puso de pie, limpió sus lágrimas y le tendió la mano.

—Basta ya de lágrimas. Iremos a beber —dijo con una enorme sonrisa—. La señora Viktoria llegará mañana al amanecer y esa maldita mujer me aburre como nadie en este mundo.

Ilaria rio y tomó la mano de la reina para ponerse de pie. Las mujeres dejaron la sala del trono y se dirigieron a las habitaciones de la reina, con una escolta de diez hombres de armaduras doradas caminando detrás de ellas. Al llegar, Morgana dio indicaciones para que le lleven la cena y una decena de botellas de vino.

Morgana, con la ayuda de Ilaria, se quitó el vestido de terciopelo

negro, las joyas de plata que decoraban su cuello y sus brazos, quedándose solo con una fina enagua. Luego, se sentó en una silla, se quitó las botas y las arrojó a un lado. Ilaria, por su parte, se quitó la armadura que cubría su torso y los guantes de cuero y dejó su espada a su lado cuando se sentó en uno de los sillones. Las mujeres esperaron en silencio hasta que los sirvientes llevaron la cena y, después de servirles, se marcharon por pedido de la reina. Cenaron sin que ninguna palabra saliera de sus labios, como acostumbraban. Cuando terminaron, Ilaria llenó dos copas de vino.

—¿Es una visita oficial o una visita encubierta, mi señora? —preguntó Ilaria, después de vaciar su copa.

—Gracias a los dioses llegará al amanecer y partirá al día siguiente. No quiere que nadie sepa que está aquí y prefiere la soledad, por lo que no tendré que estar tras ella todo el tiempo. Lo mismo, necesito que la vigiles en lo que dure su estadía. No confío en Viktoria.

—Entiendo, mi señora.

—La alojaré en una habitación que no tenga más que una entrada y permanecerás junto a su puerta, me dirás si recibe visitas y a quienes —Morgana vació su copa y volvió a llenarla—. Es muy capaz de querer meter a su gente entre los míos y no quiero que se me alborote el gallinero. Demasiado me ha costado poner a los Praeths de acuerdo con lo de los impuestos. Y hablando de eso, ¿El señor Nathan ya ha dejado la capital?

—No aún, mi señora.

—Perfecto, se me antojó un poco de diversión para pasar la noche. Cuando te retires, envía a alguien a buscarlo.

—¿Quiere que vaya por él ahora, mi señora?

—No, ¿cómo crees? Tú y yo tenemos que festejar tu libertad aunque después yo vaya a continuar los festejos con él —dijo con una carcajada e Ilaria rio también. Cuando terminaron de reír, agregó con un largo suspiro—: Ilaria… no sé cómo haces para vivir sin un hombre.

Morgana tomó una botella y caminó hasta uno de los divanes que había junto a la chimenea.

—Cuando una tiene una espina en el corazón, no puede pensar en otro hombre, mi señora. Usted también lo sabe, cuando mi señor Rostur…

—Sí, así es —dijo y se llevó la botella a los labios—. Pero no me deprimas, Ilaria. —Morgana volvió a beber—. No quiero recordar a mi difunto esposo.

—Perdón, mi señora.

—No es tu culpa… —Morgana se incorporó para mirarla—. Dime, ¿a quiénes quieres asesinar?

—Mi señora, no le agradará mi respuesta, por lo que prefiero no…

Morgana se recostó en el diván y bebió un largo sorbo de vino.

—Mientras no me quieras asesinar a mi, el resto me da igual, Ilaria. Tienes miles de oportunidades de matarme a diario y no las has aprovechado, así que supongo que no soy yo una de ellos…

—Reda Almairon, la señora Viktoria, Enara Pirhs, el capitán Dutar Inostrosa y, en lo posible, a toda la tripulación del *"Velas Rojas"* —Ilaria tomó una botella y su copa, se acercó a la chimenea y se sentó sobre la piel de oso que había junto al diván—. Pero no hablaré de mis razones en esta ocasión, mi señora. No me gustaría deprimirla —Ilaria sonrió con tristeza, y sirvió más vino en su copa.

—Debo saber algo… —Morgana bebió hasta la última gota de su botella y se levantó a buscar otra, la destapó y volvió a beber. Cuando se sentó, preguntó—: ¿Asesinarás a Viktoria mañana?

—No, mi señora, porque eso la pondría a usted en peligro. Solo cuando usted me lo permita, lo haré.

—Yo también quisiera matarla pero, como dices, aún no es el momento. Estoy segura de que ella siente por mí exactamente lo mismo, lo que no deja de divertirme, pero nos necesitamos todavía.

—Creo que al final, medio continente querrá asesinar a la señora Viktoria.

—Y alguno de nosotros lo logrará, ya verás. Creo que todos estamos esperando el momento para matarnos entre nosotros… La hermandad, de hermandad solo tiene la fachada.

31

La señora Viktoria dormitaba entre las mantas que la abrigaban, recordando su infancia en Tesar. En el Palacio de Las Hojas no tenía la oportunidad de envolverse en esas pieles que tanto añoraba, a no ser que sacrificara grandes cantidades de su propia energía para enfriar una habitación, por lo que estaba disfrutando el largo viaje que la mayor parte de la gente hubiera aborrecido.

Por debajo de la cordillera Selgo, un laberinto de túneles anchos y altos atravesaban las montañas en todas direcciones, comunicando entre sí las ciudades principales. Los magos de la Antigua Era los habían excavado para facilitar la comunicación a ambos lados de la cordillera, ya que las montañas ocupaban la mayor parte del territorio del país e intentar cruzarlas por la superficie era una tarea titánica, por no decir imposible. En el centro de la cordillera, los picos más altos trepaban por el cielo hasta perderse entre las nubes, a miles y miles de metros. Era tal su tamaño que quienes habían intentado llegar a las cimas, habían muerto al ser incapaces de respirar.

Todos los caminos subterráneos estaban correctamente señalizados y pequeñas piedras incrustadas en los muros, que parecían ser trozos de la mismísima luna por la suave luz ámbar que emanaban, daban a los viajeros la sensación de estar sumergidos en un constante atardecer. Era la primera vez que Viktoria viajaba por esos caminos y, al contrario de lo que había imaginado, se cruzaban con frecuencia con otros carruajes o con largas caravanas que iban hacia uno u otro lado.

Según la cuenta que Viktoria llevaba, hacía más de diez días el carruaje en el que viajaban había llegado al pie de la cordillera Selgo y había ingresado a uno de los túneles; aún así, era difícil de saber al no ver la luz del sol. Solo Hidzá la acompañaba, no quería llamar la atención entre quienes circulaban los interminables túneles llevando a los soldados de Pyebra en su comitiva.

—Mi señora, ya se ve el final del túnel —dijo Hidzá, ansioso.

Viktoria se incorporó y estiró sus músculos con discreción. Se sentía

algo entumecida, pero ya faltaba poco para arribar a la capital de Morrau.

Al salir del túnel, los rayos del sol comenzaban a pincelar de dorado las oscuras torres de los edificios de mayor altura de la ciudad negra, aquellos que eran aún más altos que las murallas que la protegían. Tanto los muros como todo aquello que resguardaban, estaban construidos con las oscuras piedras extraídas de las montañas más altas de la cordillera Selgo. Sin embargo, el Castillo Blanco, como su nombre lo indicaba, había sido edificado con relucientes rocas blancas provenientes de las montañas más bajas y el contraste que generaba con el resto de la ciudad era un espectáculo para la vista, a cualquier hora del día.

La capital era pequeña en extensión, pero una de las más pobladas del continente. Sus calles eran angostas y la mayor parte de los edificios eran torres de más de tres pisos, que terminaban en largas puntas que imitaban a las estalagmitas que se forman en las cuevas de las montañas que habitaron los pobladores de Morrau miles de años atrás, antes que comenzaran a construir ciudades.

La bella arquitectura de la urbe impactaba a Viktoria cada vez que transitaba sus calles, ya que las paredes de cada residencia parecían oscuros y relucientes espejos, que deformaban ligeramente el reflejo de quienes pasaban frente a ellos. Lo que llamó su atención era que, en esta oportunidad, había largos canteros a los lados de las calles en los que crecían unos arbustos pequeños con flores de un azul brillante, casi eléctrico.

Viktoria ordenó detener el carruaje, ya que quería ver esas exóticas plantas de cerca. Hidzá descendió con ella y la siguió algunos pasos detrás.

La pálida mujer se dejó envolver por el viento que descendía de las montañas y cerró los ojos unos momentos, disfrutándolo y llenándose con el frío aire de Morrau. El aroma del pan recién horneado inundó sus pulmones e hizo que se le antojara seguir esos dedos invisibles que parecían llamarla. A pesar del hambre que sintió, caminó hasta uno de los canteros más cercanos y acercó su mano a los pétalos.

—No debería hacerlo —dijo una profunda voz detrás de ella—. Sería una lástima que uno de sus delicados dedos se lastime.

Viktoria se incorporó y se dio vuelta. Un hombre alto, de cabello entrecano y nariz recta la miró a los ojos. Se sintió tan impactada como intimidada por ese desconocido.

—¿Perdón? —susurró Viktoria.

—Esas flores no son reales, están encantadas. La reina Morgana las

creó cuando tomó el trono y ahora adornan las calles de la ciudad. Por su acento y ante su asombro, puedo asumir que es nueva en la ciudad.

—Así es, solo estoy de paso.

—Es una pena… por las noches, las flores se cierran y llenan las calles de una tenue luz azulada, es un espectáculo digno de apreciar. Además, me hubiera gustado invitarla a cenar, así podía contemplarlas con sus hermosos ojos.

—Vaya… —Viktoria sonrió—. Ya había olvidado lo directos que son los hombres en estas tierras.

—Soy el señor Atrien, Praeth del Distrito 1, por si tiene dudas de mi reputación —dijo poniendo la palma de la mano izquierda hacia arriba, a esperas de la presentación de su interlocutora.

—Soy Viktoria Almairon, reina de Pyebra —contestó colocando su mano derecha sobre la del Praeth. El hombre la miró con asombro, una leve sonrisa se dibujó en sus labios y Viktoria retiró su mano con suavidad—. Estoy segura que nos veremos para la cena.

El señor Atrien hizo una reverencia y volvió a mirarla a los ojos.

—¿Me honraría con su compañía? Puedo enseñarle la ciudad y llevarla al Castillo Blanco cuando usted decida.

—Me gustaría caminar hasta el castillo, si me acompaña. Pyebra es un lugar insufrible para alguien de Tesar y sentir el frío aire de Morrau me llena de felicidad.

—Por supuesto, iré con usted encantado, su Majestad —dijo el Praeth, haciendo una reverencia una vez más.

—Discúlpeme, le diré a mi gente que continúe sin mí. —Viktoria caminó hacia Hidzá y le ordenó seguir el viaje.

—¿Cómo cree, mi señora, que voy a dejarla sola con un extraño?

—Hidzá, querido. Ese hombre es el Praeth más importante de Morrau, ¿crees que dejará que alguien me haga daño? Cuando llegues, dile a la señora Morgana que el señor Atrien me acompañará. No temas, todo estará bien, mi querido.

Hidzá asintió, dudando, y se subió al carruaje después de hablar brevemente con el conductor. Viktoria los vio partir hasta que se perdieron entre el gentío que se acumulaba en las calles y, luego, volvió su atención a su acompañante.

—Le agradecería que se dirija a mí solo por mi nombre mientras estemos en la calle, señor Atrien, no quisiera llamar la atención. —Viktoria habló en voz baja, acercándose a él para que pudiera oírla.

—Como usted desee. Dígame, ¿ya ha desayunado? Me imagino que después de tantos días en viaje se le apetece una comida como los dioses mandan.

—Nada me gustaría más que disfrutar de una bebida caliente.

La señora Morgana caminaba de lado a lado en su habitación, con una botella de vino en la mano, bebiendo varios sorbos cada vez que llegaba a uno de los extremos.

—Mi señora, ya debería dejar eso—dijo Ilaria, por quinta vez en esa tarde.

—Si Atrien se atreve a traicionarme… —Morgana se quedó con la frase en los labios cuando alguien llamó a la puerta. Ilaria, que estaba parada junto a los ventanales, caminó hacia el otro extremo de la estancia, habló por unos segundos con quien había golpeado y luego lo despidió.

—Han llegado. El señor Atrien está aquí.

—Ve por él.

—A sus órdenes —dijo haciendo una reverencia—. ¿Qué le digo a la señora Viktoria?

—Maldita mujer… —murmuró—. Dile que la veré cuando se haya acomodado, que estoy ocupada ahora.

Morgana dejó la botella sobre una mesa y se sentó frente a la chimenea. El sol se había escondido ya tras las altas cumbres y la penumbra cubría la tierra al este de la cordillera. Morgana esperó, impaciente, hasta que Ilaria llegó acompañada del señor Atrien.

—Puedes retirarte, Ilaria, ve a ver a mi invitada —la mujer dejó la habitación con una reverencia y Morgana miró al Praeth—. ¿Qué demonios hacías…?

—Cálmate, ¿sí?

—¿Cálmate? Todo el maldito día esperándolos y los señores paseando por la ciudad como si fueran chiquillos.

—Es una bella mujer —dijo el Praeth con picardía—, es lo único que puede interesarme de ella. Y si puedo meterme en sus asuntos, mejor para ti. ¿Crees que caeré en sus juegos solo porque es atractiva?

—Es un maldito esqueleto, no sé dónde la encuentras atractiva. —El señor Atrien rio por las palabras de la reina. Morgana lo miró con fastidio, se puso de pie y fue en busca de la botella que había dejado hacía pocos minutos.

—Me gustan las mujeres así, ya sabes las locuras que hice por Ilaria…

—Me da igual, solo te advierto Atrien, si te atreves… si siquiera piensas traicionarme…

—Nunca lo haría —dijo con seriedad—. Me ofende que dudes de mí

de esta forma. Si puedo acercarme a ella mucho más, tanto como para que solicite mi presencia en Pyebra, tendrías información de primera mano. No me subestimes, hace años que dejé de ser un muchacho que pierde la cabeza por una mujer.

—No lo parece, Atrien.

—Viktoria no es tan hermosa como Ilaria, pero a falta de una… —dijo encogiendo los hombros. El Praeth se acercó a la mesa y se sirvió vino en una copa—. Tú, en todo caso, deberías tener cuidado con Nathan. He visto que aún no ha dejado la capital.

—Al menos Nathan no me hace esperarlo todo el día.

—Morgana, por favor —dijo Atrien y se sentó frente al fuego de la chimenea—, esos comentarios me causan dolor de cabeza.

—Ya, ya. Dejemos esto de los amantes. No quiero entrar en tu mente para averiguar que tramas, pero si me veo en la obligación, te aseguro que lo haré, Atrien.

—¡Por un demonio! —dijo el Praeth. Su copa resbaló de su mano y se hizo añicos en el piso de piedra—. ¿Y si Viktoria lo hizo?

—Maldito seas —murmuró Morgana, dejándose caer junto a él—. Dime, ¿te sentiste mareado o descompuesto en algún momento, cuando estabas junto a ella?

—No lo sé, Mor, ahora que lo pienso, creo que se me han olvidado algunas cosas.

Morgana bebió lo poco que quedaba en su botella, se puso de pie y la arrojó contra uno de los muros.

—¡Maldita mujer!

—Hazlo ahora. —El señor Atrien se removió en su asiento y buscó con sus ojos los de la reina—, mírame ahora, por favor.

—Sí, lo haré. No estarás a salvo hasta que no lo compruebe.

Los verdes ojos de Morgana se volvieron grises y la reina entró a la mente del hombre, intentando encontrar alguna falla entre sus pensamientos, algo que le indicara si Viktoria había estado ahí antes.

—No hay nada fuera de lo común o, al menos, nada que pueda encontrar.

—Ahora no sé si quiero acercarme a ella.

—Déjame eso a mí, voy a proteger tu mente para que no logre encontrar nada que le sirva y así estarás a salvo.

—¿Eso es seguro?

—Tendrá que torturarte si quiere averiguar algo con más detalles pero, por supuesto, es algo que notarás al instante.

—Malditos sean los magos —murmuró Atrien, y luego agregó—: Hazlo, hazlo.

Morgana se sentó junto a él y comenzó a recitar hechizos. Unos para proteger las palabradas dichas en las conversaciones que Atrien tuvo con ella y con los demás Praeths, como así también otros que servían para proteger futuras conversaciones. Cuando terminó de hacerlo, se recostó en el sillón, con las piernas estiradas y las manos entrelazadas sobre su abdomen.

—Listo. No se atreverá a hacer nada que la delate, al menos de momento. No puedo estar segura de cuánto tiempo pasará hasta que todo este teatro se caiga y Viktoria comience a actuar por su propia cuenta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque todo esto es una farsa, Atrien. La conozco más de lo que ella cree, está esperando el momento, un mínimo error, para dejar la Hermandad. No sé si la Dama lo sabe pero, en todo caso, ese es su problema. No estoy segura de querer decirle algo a mi maestra. Tiene una adoración ciega por Viktoria, y la pondría en mi contra si abro la boca.

—Eso no nos conviene.

—Por supuesto que no, pero cuando esto comience a caerse a pedazos, debemos desaparecer de aquí. Tú, yo y los demás Praeths.

—Por un demonio, Morgana, ¿cómo se te ocurrió aceptar involucrarte con esta gente?

—Pensé que sería divertido ser una reina y me equivoqué. Es un asco. —Morgana se levantó para ir por más vino, Atrien se recostó en el sillón en el que se encontraba y se llevó las manos a la cabeza.

—¿En ningún momento pensaste en las consecuencias, verdad?

—A decir verdad, sí lo hice. Pero de algo hay que morir, ¿no? Que mejor que llevarme a cuantos pueda cuando eso ocurra.

—¿A qué te refieres? —Atrien se incorporó para mirarla.

—Acabaré con la Hermandad. —Morgana regresó, se dejó caer junto a él y bebió un largo sorbo de la botella—. O, al menos, voy a intentarlo.

—Maldita seas, mujer —el hombre apoyó los codos en sus rodillas y la cabeza en sus manos.

32

Morgana llamó a la puerta y esperó, intentando calmar sus alborotados pensamientos, a que Viktoria respondiera.

—Morgana, querida —dijo la reina de Pyebra en cuanto abrió la puerta. Viktoria la tomó por los hombros y la besó en ambas mejillas —. Adelante, pasa por favor.

—Viktoria, tan radiante como siempre —dijo con una sonrisa e ingresó a la pequeña habitación—. Disculpa que te haya alojado aquí, pero las demás habitaciones están siendo… redecoradas. Ya sabes, después de los incidentes con la familia Ravenna…

—No tienes de qué preocuparte. —Viktoria caminó hasta uno de los pequeños e incómodos sillones de madera que había frente a la chimenea de piedra. Morgana, en cambio, se dirigió hasta la mesa que había en un rincón y sirvió dos copas de licor—. Morrau es un lugar muy hermoso y no te haces una idea de cuánto añoraba el viento y el frío. Además, el señor Atrien me ha resultado… interesante. Lo recibiré después de la cena y aunque Hidzá, mi acompañante, no se atrevería a delatarme, agradecería que lo alojes en otro piso, si es posible.

—Por supuesto, no te preocupes. No me hubiera imaginado que tú… —Morgana le entregó una copa a su invitada y se sentó a su lado.

—Kirios casi ha olvidado que tiene una esposa.

—Con lo hermosa que eres, ¿cómo es posible? —dijo fingiendo asombro.

—Ya ves… —dijo con la mirada fija en las llamas que danzaban frente a ellas—. Como sea, aprovecharé la libertad de la que gozan en estas tierras ahora.

—Por supuesto, estás en todo tu derecho de hacerlo y nadie se escandalizará ni nada de eso. Y dime, ¿que noticias traes de la maestra? —dijo y terminó el licor de un sorbo.

—Excelentes noticias. ¿Ya has comenzado a reclutar magos?

—Así es y han llegado algunos a la Capital. —Morgana se levantó para volver a llenar su copa.

—Muy bien. Debes comenzar a preparar los ejércitos, Morgana. Tenemos previsto atacar Sitnor el próximo año y, si no es problema, Hidzá se quedará contigo para ayudarte con los entrenamientos de los magos.

Morgana sintió que le estaba clavando muy despacio una daga en las entrañas, pero mantuvo la compostura y sonrió.

—¿Habla mi idioma? Sería un inconveniente, de no ser así.

—Aprenderá rápido y me encargaré de encontrar alguien que le enseñe antes de dejar la Capital.

—Por supuesto. Sería de gran utilidad aquí, tenlo por seguro, apenas si tengo un par de ayudantes. —Morgana se puso de pie y esperó a que Viktoria la imitara—. Ya me retiro, en pocos minutos vendrán a buscarte para la cena.

Viktoria asintió y Morgana se alejó con la certeza de haber sido utilizada solo para poner un ejército más al servicio de la reina de Pyebra sin haber sacrificado a sus propios soldados. Antes lo sospechaba pero después de esa conversación lo sabía con seguridad.

33

Drioed-ta, desierto Then Kua

Quentin y Josh caminaban por las arenosas calles de la ciudad, visitando los numerosos puestos que había a los lados de las calles. Naga los había sacado de la mansión y le había prometido a Arkghor cuidar de ellos, pero les dio unas monedas y los dejó solos ni bien llegaron a una calle concurrida, prometiéndoles regresar en algunas horas. Sin embargo, habían llegado al lugar temprano en la mañana, faltaba poco para el mediodía y no había noticias del mago.

Era la primera vez que estaban solos en las calles de Drioed-ta y, a pesar de haber caminado por horas, aún no habían sido capaces de recorrer todos los puestos que había.

Con el ascenso del sol, el calor comenzó a hacerse cada vez más intenso y Quentin comprendió por qué en ese lugar todos vestían esas largas, livianas e incómodas túnicas. Hacía más de cinco meses que estaban ahí, pero tanto Josh como él, seguían prefiriendo utilizar sus habituales pantalones y camisas, aunque no era lo mismo estar en el fresco edificio en el que se alojaban que estar en la calle. Lo que sí había adoptado era una especie de chalina, no muy ancha pero larga, que enroscaba alrededor de su cuello, para protegerse del sol. Hubiera sido más práctico si hubiera podido cubrirse también la cabeza con ella, pero era muy angosta.

Después de tanto andar, Josh se había detenido por algo para comer y Quentin, sin notarlo, continuó caminando. Le llamó la atención el brillo de una de las joyas que vendían en un puesto más adelante, por lo que se dirigió hacia allí. Al llegar, vio que el objeto que había despertado su curiosidad parecía ser un broche plateado, que tenía la forma de una mariposa. Algo en esa joya le recordó a la muchachita de ojos grises y, tal vez, con las monedas que Naga le había dado podía comprarlo para ella para entregárselo cuando volvieran a encontrarse.

Se acercó más para poder ver con detenimiento sus alas pero, para su asombro, la mariposa levantó vuelo cuando él se agachó. La miró sin poder cerrar la boca y quiso llamar la atención del vendedor pero este parecía estar demasiado ocupado, conversando con el puestero de al lado, como para hacerle caso.

Quentin comenzó a caminar detrás del extraño insecto y lo siguió por varias calles, con los ojos puestos en él.

Cuando se dio cuenta, se detuvo y vio que no había nadie a su alrededor. No sabía donde estaba y Josh no había venido tras él. Estaba por regresar sobre sus pasos cuando la mariposa revoloteó frente a sus ojos, para luego seguir su camino en la misma dirección de antes. Quentin se dio la vuelta, decidido a volver para encontrar a Josh, pero, nuevamente, la brillante mariposa regresó a donde él se encontraba, dio una vuelta a su alrededor y voló hacia el mismo lugar al que iba en un inicio.

—Por los dioses, ¿qué sucede? —murmuró. La mariposa regresó por tercera vez y Quentin la siguió—. Voy a hacer que me maten por esto, ya verás.

La mariposa retomó su camino y Quentin contempló, hipnotizado, cómo los rayos de sol creaban pequeños destellos en ella con cada aleteo. Le hubiera gustado poder sostenerla entre sus manos y ver cada uno de sus detalles, pero la mariposa no dejó que lo hiciera. No sabía si eso era magia de los Astros o de la naturaleza, pero le intrigaba lo suficiente como para seguirla sin saber hacia dónde se dirigía.

En un nuevo, y muy breve, momento de juicio se preguntó porqué estaba actuando sin pensar, qué era lo que lo había llevado a hacerlo y porqué ni siquiera estaba cuestionándose, pero antes que pudiera responder a sus preguntas, una voz femenina llamó su atención de forma violenta. No pudo comprender sus palabras, pero se detuvo y se dio vuelta para ver qué sucedía. Tres mujeres vestidas con los uniformes que utilizaban los soldados de Drioed-ta se acercaban hacia él corriendo y con sus bastones en las manos.

«¡Por los dioses, estoy en el norte!» pensó alarmado.

En Drioed-ta, las mujeres vivían en otra parte de la ciudad, apartadas de los hombres, ya que eran consideradas demasiado puras para convivir con ellos. Según su cultura, el hecho de dar vida, cargar a sus hijos en su vientre y alimentarlos de sus pechos cuando nacían, convertía a las mujeres en seres sagrados y superiores a cualquier otra criatura. Ellas dictaban las leyes, se encargaban de la economía de la ciudad y eran las que decidían cuando y con quiénes traerían hijos al

mundo.

Los hombres no tenían el derecho de posar sus ojos sobre el venerable rostro de una mujer, a menos que ella se lo permita, y por eso utilizaban un velo cuando iban al otro lado de la ciudad o cuando se encontraban en algún espectáculo público; los hombres tampoco podían entrar a la zona norte sin haber sido invitados y eran escoltados por guardias hasta la casa de la mujer en cuestión, para comprobar que no mentía. Quentin lo sabía, se lo habían advertido en numerosas ocasiones y ahora se encontraba ahí, solo, sin escolta, sin invitación y sin poder decir ni una palabra en su idioma para que comprendieran que se había perdido.

Una lluvia de golpes cayó sobre él y, sabiendo que resistirse podría significar ser decapitado en frente a una gran multitud sedienta de sangre, solo atinó a agacharse para recibir su castigo. Golpearon sin piedad alguna su espalda y sus piernas, hasta que no fue capaz de mantenerse en pie y cayó hecho un ovillo. Sintió que las pesadas botas de las guardias se estrellaron en su vientre, en su espalda, en sus brazos y sus manos y una de las guardias fue capaz de golpearle el rostro, aún cuando él intentaba protegerse la cabeza con los brazos.

Para su suerte, no pasó mucho hasta que escuchó otra voz femenina llamarles la atención, pero no se atrevió a moverse. Los golpes se detuvieron de inmediato y le pareció que la misma guardia que había llamado su atención estaba respondiendo a la mujer que había intercedido; cuando el intercambio de palabras terminó, Quentin sintió una mano posarse con suavidad sobre su hombro. La mujer volvió a hablar, esta vez con calma, y él notó por su tono de voz que era joven.

Se atrevió a mover apenas uno de sus brazos para mirarla. La mujer, que llevaba un velo blanco como la túnica que vestía, se puso de pie y volvió a reclamar a las guardias, pero ninguna de ellas respondió por lo que las despidió gritándoles, furiosa. Quentin intentó sentarse y la joven le tendió la mano para ayudarlo, pero él se tomó el abdomen.

—Permíteme ayudarte —dijo ella con suavidad. Aunque habló en su idioma, lo hizo con un extraño acento, ya que pronunciaba la “D” como una “T”, y la “T” como el sonido “tch”.

—No puedo tocarla, señorita —murmuró sin levantar la vista. Se quitó la chalina que tenía en su cuello y se envolvió una de las manos, que sangraba y le dolía como si tuviera algún hueso roto.

—Creo que nadie nos está viendo —dijo apresurada—. ¿Puedes levantarte? Necesito sacarte de aquí ahora, antes que alguien más nos

vea.

Quentin, sin atreverse a tocarla o mirarla, se puso de pie con gran trabajo.

—¿Por qué lo hace, señorita? Solo seré un problema para usted —murmuró.

—Calla, por favor, y sígueme. No deben verte hablándome.

La joven mujer comenzó a caminar y él la siguió, encorvado y en silencio, hasta que cruzaron dos calles más. Se preguntó por qué demonios estaba dejándose guiar por una desconocida. El hecho de que hubiera detenido a las guardias no llegaba a convencerlo por completo, pero estaba tan dolorido y confundido, que solo la siguió en silencio. Ella entró en una casa, dejó la puerta abierta hasta que Quentin llegó y, luego, la cerró, no sin antes mirar a ambos lados de la calle. Dejó a Quentin solo y él apoyó la espalda en contra de un muro. Además del dolor de los golpes, sentía que estaba mareado, los oídos le zumbaban y le parecía que el aire que entraba a sus pulmones no era suficiente. Cuando pudo recuperarse, abrió apenas los ojos y miró el suelo frente a él. La casa en la que estaban parecía estar deshabitada, ya que había partes del tejado derrumbado y la arena inundaba el suelo, dejando apenas visibles unas pocas zonas del piso de piedra. Al escuchar sus pasos regresar, cerró los ojos otra vez.

—Mírame —susurró ella y tomó su rostro. Quentin se quedó de piedra en cuanto sintió sus manos en sus mejillas; un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, a la vez que sentía que el vacío que lo había acompañado los últimos años se llenaba de la más pura felicidad. Abrió los ojos, asombrado, y el aire volvió a sentirse puro y refrescante. Se encontró con una muchachita apenas más baja que él, de rostro delgado, grandes ojos grises y cabello gris oscuro. Ella sonrió y dijo—: Te encontré.

—¿Qué demonios…? ¿Cómo es qué…? —Quentin estaba tan confundido que no era capaz de expresarse, otra vez, como le había ocurrido en Sitnor cuando la vio por primera vez. La muchachita no le dio tiempo a nada, se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza. El dolor de los golpes que había recibido le azotó el cuerpo, pero no se quejó y la estrechó contra su pecho—. Por los dioses, dejaría que me golpearan todos los días si supiera que tú estarás a mi lado cada vez que abra los ojos —murmuró sin soltarla, con el rostro perdido entre su largo cabello que olía a lavandas.

—Quítate la camisa —dijo ella y se separó de él de repente. Quentin debió verse realmente alarmado, porque ella rio y se cubrió los labios con una mano—. *Shrakjta*[10], que vergüenza. No es lo que…

solo quiero curarte.

—Estoy bien —dijo e intentó no pensar en que sentía su rostro arder por su reacción—, no te preocupes.

—Curaré tus lastimaduras entonces, así dejan de sangrar.

El ojo derecho de la muchachita se iluminó, acercó la mano a sus labios y luego a su frente y sus heridas dejaron de arder en un instante, aunque no fue igual que cuando Naga lo había curado, pues esta vez no sintió ni una mínima molestia. Cuando terminó, miró a su alrededor y le hizo una seña para que la siguiera.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Quentin mirando hacia los lados.

—Vivo a pocas casas de aquí y puedo ver su tejado derrumbado desde mi habitación. Fue el primer lugar al que se me ocurrió venir.

Quentin volvió a apoyarse en la pared ya que las punzadas por los golpes que había recibido en la espalda le dificultaban mantenerse en pie. En la habitación en la que se encontraban había tres sillas y una mesa a la que le faltaba una pata y la muchachita caminó hasta allí, sacudió las sillas y cada una de ellas despidió una nube de polvo.

—*Shrakjta* —dijo cubriéndose la boca y la nariz.

—¿Qué significa eso?

—Ven, por favor —dijo tendiéndole la mano y Quentin caminó hacia ella. Ilsa hizo una mueca y frunció la nariz de forma graciosa—. Perdona, a veces suelo ser un poco grosera. *Shrakjta* es algo así como un insulto en el idioma de Tesar, mi país natal, pero no he encontrado una traducción en sitnorense que me… ¿Consuele? ¿Conforme? No sé decirlo.

—Vaya… —Quentin pudo comprender en ese momento porqué le gustaban tantas cosas provenientes de Tesar. Se sentó frente a ella e intentó no quejarse por el dolor.

—Mi nombre es Ilsa—dijo con una sonrisa y Quentin sintió que la habitación se iluminaba.

—Ilsa… —susurró—. Al fin puedo ponerle un nombre a tu recuerdo. Yo soy Quentin.

—¿Cómo es que llegaste hasta esta parte de la ciudad?

—Seguí a una mariposa de plata —dijo y se rascó la nuca—. Estaba en uno de los puestos y parecía ser un broche, aunque levantó vuelo cuando me acerqué a verla. Quise comprarla para ti cuando la vi, pero… me trajo hacia donde tú estabas y no sé hacia donde se fue.

—Eso sí que es extraño. —Ilsa frunció el ceño y, luego, inclinó la cabeza hacia un lado— ¿Y por qué querrías comprármela?

—Pensé en ti cuando la vi. Bueno, pienso en ti todo el tiempo, a decir verdad —dijo y su rostro enrojeció otra vez. Una cosa era

sentirlo y otra, muy diferente, que ella esté sentada frente a él y pudiera decírselo. A pesar de lo incómodo que a él le pareció, Ilsa le tomó la mano y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo de nuevo. Ilsa notó la improvisada venda y la quitó con mucho cuidado.

—Yo también te recuerdo a cada momento —dijo con su vista puesta en sus heridas—. Esto va a doler, perdón.

La muchacha puso la mano de Quentin entre las suyas y, en un crujido, le acomodó los huesos salidos de lugar. Luego pasó sus dedos por cada corte hasta que cada uno de ellos se cerró.

—Gracias —dijo, asombrado. Quiso mover la mano para comprobar que todo estuviera bien, pero Ilsa no lo soltó—. ¿Cómo fuiste capaz de encontrarme?

—No lo sé. Sentí como en Sitnor, que el suelo temblaba y que no podía respirar. Dejé mi casa sin saber hacia donde ir, pero de alguna forma, sabiéndolo, pues te encontré otra vez.

—Has cambiado, aunque tu sonrisa sigue siendo la misma. —Quería decir tantas cosas en esos instantes, que no sabía por dónde empezar.

—Tú estás más alto, pero sigues siendo quien recuerdo, con tu cara de niño inocente y tu voz demasiado gruesa. —Quentin sonrió al escucharla, pero Ilsa acariciaba su mano, distraída, con toda naturalidad, siguiendo con sus ojos el recorrido de sus delicados dedos —. Me has hecho falta, Quentin, y ahora no quiero dejarte ir nunca más.

—Eso no será posible —dijo bajando la vista—. Soy un esclavo aquí…

—¿Cómo…?

—Nos perdimos en el desierto, nos capturaron y nos trajeron aquí. Josh… —Quentin se puso de pie de un salto e Ilsa se asustó—. ¡Por los dioses, dejé solo a Josh!

—¿A quién? —preguntó Ilsa, imitándolo.

—Es mi amigo, estaba conmigo cuando nos capturaron y también… —Quentin puso sus manos sobre su cabeza—. Estaba conmigo en la ciudad, lo olvidé por completo.

—¿Estaban solos? ¿Cómo es que dejaron a dos esclavos solos?

—Uno de los hombres de Arkghor… —Quentin sintió una puntada y se llevó una mano al abdomen por unos segundos.

—¿Arkghor? —El rostro de Ilsa palideció aún más de lo que ya era.

—El sujeto que nos compró.

—Quentin… —Ilsa sujetó sus manos de nuevo—. ¿Te usan en las peleas?

—Sí, así es. Somos soldados.

—Te acompañaré hasta que los encuentres, no te preocupes. —Ilsa sacó del bolso, que tenía colgado en su hombro, su largo velo y se cubrió el rostro y el cabello—. Usar esto es una porquería, pero esta vez será de utilidad, ya que no sabrán quién soy. Ambos tendríamos problemas si nos ven juntos.

—No lo entiendo… ¿Por qué tú?

—Eres un esclavo y yo no pedí permiso para estar contigo. —Ilsa le hizo una seña y dejaron la casa—. Las mujeres de aquí pueden pedir un esclavo a sus dueños para casarse con él, pero no es un matrimonio como conocemos, sino que son apenas unos quince días en los que, se supone, la mujer debería quedar embarazada. Después de eso, el esclavo regresa a su dueño. —Ilsa chasqueó los dedos—. Eso podría hacer. Te pediré a ti y ya veremos cómo hacemos para salir de esta horrible ciudad.

—No lo hagas. —Quentin se detuvo—. Por favor, no lo hagas. Solo te meterás en problemas y a mí me mataran. No sé donde estamos, ni cómo salir de este lugar. Solo sería para que nuestros cadáveres se sequen en el sol del desierto.

—Entonces que así sea, pero juntos. —Ilsa retomó el camino y Quentin se tardó unos segundos en seguirla—. Pasarán quince días hasta que lo noten, podremos llegar a alguna aldea de Sitnor para ese entonces.

—Ilsa, no…

—Quentin, ¿cuánto tiempo crees que viven los esclavos de Arkghor? —murmuró, molesta—. Te lo diré: no más de unos meses. No te dejaré ahí para que un puñado de malditos carniceros se siente a la sombra para entretenerse con tu muerte.

—No puedo irme sin Josh —dijo y volvió a detenerse. Ilsa se frenó y se dio vuelta, caminó hacia él, lo tomó del brazo y se dirigió de nuevo a la casa abandonada—. ¿Qué haces?

—Cállate y sígueme la corriente, hay gente en las calles —murmuró —. Si te ven hablándome, tendremos problemas.

—Perdóname, Ilsa —dijo Quentin en cuanto cerraron la puerta—. Josh es como un hermano para mí. No podría marcharme y dejarlo aquí.

—Comprendo, pero puedes morir, Quentin. —Ilsa se quitó el velo, lo guardó en su bolso y se recogió el cabello mientras hablaba—. ¿Cómo estaré tranquila? Ni siquiera tengo dinero para comp… —Dejó caer sus brazos y su cabello cayó como una lluvia de plata sobre sus hombros y su rostro—. Espera, tal vez podría conseguir el dinero. Y

luego trabajaríamos para comprarlo a él.

—¿Puedes? ¿Se puede comprar un esclavo así como así?

—No es fácil. —Ilsa volvió a recoger su cabello y lo sujetó con una cinta—. Los esclavos son muy caros, pero creo que podría conseguirlo. Ya veré como hago. Intenta mantenerte con vida y, por los dioses, deja que alguien te cure, apenas si eres capaz de quitarte las manos del abdomen. Arkghor debe tener magos que puedan hacerlo.

—Sí, está Naga, el mismo que nos trajo a la ciudad. Él solo nos dejó un puñado de monedas y se marchó.

—¿Nagalíjakh?

—¿Lo conoces?

—Todo el mundo lo conoce, aunque él es como un hermano para mí. Sabía que estaba en la ciudad, pero no que estaba con Arkghor. Es bueno que sea tu amigo, permanece con él todo el tiempo que puedas. Veré si puedo encontrarlo, de seguro podrá hacer algo más…

Quentin se quedó mirándola hablar, sin alcanzar a comprender quién era esa muchachita desgarbada y de movimientos torpes a la que tanto había anhelado encontrar. Por momentos sentía que la conocía desde una y mil vidas anteriores pero, al observarla y escucharla, se dio cuenta que era una completa extraña, que nada tenía que ver con lo que él había imaginado que sería. Entendió que era una persona real, tan real como él lo era, y no solo el puñado de emociones tan intensas que había sentido cuando la conoció y que sentía cada vez que la extrañaba. Nunca había pensado en Ilsa de esa manera; para él, su recuerdo era felicidad, esperanza, ilusión y a eso se le añadían ahora miles de interrogantes con cada segundo que pasaba con ella.

—Quentin, ¿estás bien? ¿Qué te sucede? —Quentin negó con un movimiento de cabeza e Ilsa lo condujo hasta las sillas de la otra habitación, pero él permaneció de pie. Nada le sucedía, solo quería estar con Ilsa por unos minutos más. Quería que el tiempo dejara de correr para poder hablar con ella, descubrir quién era, qué le gustaba hacer y, también, porque le gustaba verla sonreír. La muchachita le tomó las manos y susurró—: Dime que tienes, por favor.

—Solo… no quiero alejarme de ti. —Quentin intentó esbozar una sonrisa, pero no supo si lo había conseguido—. Sé que debo hacerlo, Josh está solo, ni siquiera le dije que me iba y, al mismo tiempo, por los dioses, no quiero dejar esta casa.

—Quentin… —dijo y, en su voz, Ilsa dejó translucir lo mismo que él sentía.

—Y soy un maldito esclavo, un objeto, sin poder de decisión sobre

mí mismo.

—Calla, te sacaré de ahí, como sea, pero lo haré. Por favor, no dejes que esto te desanime. —Ilsa se soltó el cabello y se colocó el velo una vez más—. Ya debemos irnos, antes que empiecen a buscarte.

Ilsa caminó hacia la salida, pero él no la siguió y se quedó mirándola, como si estuviera clavado al piso, como si cuerpo no le respondiera o, mejor dicho, como si él mismo no quisiera irse.

—Quentin, por favor, no hagas esto más difícil —susurró Ilsa al llegar y darse cuenta que él no se había movido. Apoyó una mano en la puerta y bajó la cabeza—. Debo llevarte para que regreses a ese horrible lugar, sin saber qué sucederá contigo, sin saber si uno de estos días morirás entreteniendo a esos desalmados. ¿Crees que quiero hacerlo? —Ilsa se dio la vuelta, se quitó el velo y fijó sus ojos enrojecidos en él. Se llevó las manos al pecho y entre ellas, tenía el velo al que retorcía sin consideración—. No quería decírtelo, pero me sentí morir cada día desde que nos conocimos en Sitnor, las mañanas, las tardes, las noches, cada instante era insoportable. —Quentin caminó hacia ella y, cuando la abrazó, Ilsa comenzó a llorar—. Sentía que algo me estrujaba el corazón constantemente, que el aire que respiraba era como un veneno que entraba a mi cuerpo y me enfermaba cada vez más. Y ahora que te encontré, debo dejarte ir de nuevo con esos asesinos.

—Yo también me sentí igual —susurró, mientras pasaba la mano sobre su cabello—, lo único que le daba sentido a mi existencia era que prometiste volver a encontrarme, Ilsa, y recordaba tus palabras cada mañana para poder ponerme de pie.

—Dime que no sentiste este peso en el pecho que no te deja pensar en nada más —dijo entre lágrimas—. Dime que no te dolía vivir, Quentin. Dime que eras feliz.

—No puedo hacerlo, Ilsa. Puedo mentirle a todo el mundo, pero no a ti.

—¿Cómo se hace para vivir así? —susurró.

—A mí me ayudaba recordar tu promesa, el recuerdo de tu sonrisa me salvó de caer en la locura una vez. Aunque no sé que responderte, puesto que he perdido la cabeza en muchas ocasiones y he hecho cosas que no debí hacer. —Quentin le tomó el rostro y quiso mirarla a los ojos, pero Ilsa bajó la mirada. Quentin sonrió y le secó las lágrimas —. Ya no llores, ¿si? Me destroza verte así…

Ilsa sonrió a medias y volvió a esconder su rostro abrazándose a él.

—¿Por qué? ¿Por qué nos sucede esto? —preguntó con la voz ahogada.

—Porque somos parte de la misma estrella. Y, a pesar de todo, creo que es lo más hermoso que podría sucedernos. —Quentin habló sobre lo que Onix le había contado al respecto y lo poco que había podido hablar con su Astro cuando fue atacado por el Indigno. Ilsa se quedó en silencio por largos minutos después que Quentin terminó de hablar.

—Pero… las guardias no iban a matarte. —Ilsa, recién en ese momento, se separó de él para mirarlo, sin embargo Quentin tenía la vista fija en la puerta que estaba frente a él.

—Y tampoco nada malo estaba ocurriendo cuando nos encontramos la primera vez. Tal vez, en adelante, las cosas sean diferentes para nosot… —bajó la mirada y se encontró con que los grises ojos de Ilsa estaban observando sus labios. En ese momento, pareció que se le abrió un infinito vacío en el estómago, fue consciente de que las manos de Ilsa estaban en su cintura y de la peligrosa cercanía en la que se encontraban. Su perfume le pareció hechizante y la forma en que estaba mirándolo solo contribuía a que sus sentidos estuvieran aturdidos como nunca antes. Miró con detenimiento su rostro, observó los lunares que decoraban sus mejillas, sus largas pestañas y el contraste que se generaba entre el color de sus labios y su piel. Sintió la necesidad urgente de besarla y, también, de besar su pálido cuello, de acariciar su rostro y acercarse aún más a ella, deseó que las suaves manos de Ilsa se aferraran a él y le impidieran alejarse. Quentin contuvo la respiración y antes de hacer algo de lo que quizá se arrepentiría, le tomó el rostro con ambas manos y cerró los ojos—. Debemos irnos ya —susurró y le besó con suavidad la frente.

Cuando quiso separarse de ella, Ilsa le tomó la mano y lo detuvo.

—Quentin —dijo en un suspiro. La muchacha volvió a acercarse a él, sus brazos lo rodearon y sus manos recorrieron su espalda con tal sutileza que sintió su piel erizarse. Ilsa pareció notar su reacción puesto que sonrió y lo miró a los ojos. Quentin se perdió entre las betas grises de su mirada y el mundo pareció girar a una velocidad imposible, pero todo se detuvo cuando Ilsa pestañeó y su espalda chocó contra la puerta. De alguna forma, ella lo había acorralado contra la única puerta de salida—. Ya no quiero que te alejes de mí.

—No hagas esto… —susurró y cerró los ojos.

—Quiero quedarme contigo hasta que cada uno de los Astros pierda su luz—dijo tan cerca de él, que sus labios acariciaron su cuello.

—Por favor, ya no sigas. —Su corazón latía con tanta fuerza que pensó que saldría de su pecho en cualquier momento Puso sus manos sobre los hombros de Ilsa con toda la intensión de apartarla pero, a su vez, deseando que lo que sucedía en ese momento nunca se terminara.

—¿En serio lo dices? —susurró.

Quentin sintió su cálido aliento en la piel y, ya sin pensar en lo que hacía, acarició los hombros de Ilsa. Sus dedos se detuvieron al llegar a su cuello y se deslizaron por él con lentitud. Su piel era tan suave y delicada que temió lastimarla con sus callosas manos. Abrió los ojos y la miró. Ilsa tenía los ojos cerrados; su cabeza, levemente inclinada hacia un lado, reposaba con total confianza en una de sus manos y una pequeña sonrisa iluminaba su rostro. La acarició una vez más y su dedo pulgar siguió el recorrido de los lunares en su mejilla hasta llegar a sus labios. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ceder a sus deseos de besarla y olvidar todo lo demás.

—Por los dioses, Ilsa —susurró. Ella lo miró y puso una mano sobre la de él—. ¿Cómo puedes ser tan hermosa?

—Me pregunto lo mismo desde que te encontré de nuevo. —Ilsa sonrió y sus ojos brillaron.

—Perdóname. —Quentin desvió la mirada e intentó alejarla—. Nunca pensé en verte de esta forma. No…

—¿De qué forma? —susurró divertida. Sus ojos volvieron a encontrarse y Quentin se incomodó por la intensidad de la mirada de Ilsa. Se sintió como un niño torpe, abrumado y confundido por todo lo que ocurría y sentía.

—Así, Ilsa. Como si… No me hagas decirlo, por los dioses. —El rostro de Quentin enrojeció una vez más y las mejillas le ardieron. Ilsa rio, volvió a abrazarlo y apoyó la mejilla en su pecho, por lo que Quentin sonrió y continuó hablando como si ella no lo hubiera interrumpido—. No sabía porqué te extrañaba tanto hasta que me dijeron lo que sucedía, pero no imaginé jamás algo así. Perdóname por ser solo un esclavo y ni siquiera ser libre para sentir.

—No digas eso…

—Es la realidad, perdóname —dijo y acarició su cabello—. Si alguien llega a saber que he estado aquí contigo, a solas, sin tener un permiso… no sé que podría suceder.

Se quedaron en silencio, aferrados el uno al otro por unos minutos, hasta que Ilsa se alejó de él de repente y evitó mirarlo.

—En todo caso, perdóname tú a mí por causarlo. No quiero que te hagan daño por mi culpa. —Ilsa le dio la espalda, rebuscó en su bolso y se colocó el velo otra vez. Cuando volvió a hablar, su voz era tan baja que apenas pudo oírla—. Además, me casaré en la primavera y quien será mi esposo me espera en Morrau.

Quentin sintió que su sangre hervía y deseó rebanar en mil partes a ese sujeto desconocido pero intentó que Ilsa no lo note, no tenía

ningún derecho de interferir en su vida y en su futuro. Sin embargo, en ese momento se sintió tentado de sugerirle escapar de Drioed-ta. Tenía un remolino en su interior en el que se mezclaba todo lo que sentía, lo que pensaba, lo que era correcto, lo que quería hacer y lo que debía hacer.

—Ilsa…

—Dime.

Pero, como tantas veces antes, Quentin decidió hacer lo que creyó que era lo correcto. Seguir siendo un esclavo y dejar que Ilsa continúe con su vida.

—Espero que seas feliz… cuando te cases.

Se sintió devastado cuando Ilsa asintió y pasó junto a él para abrir la puerta sin decirle ni una palabra. Tal vez, ella estaba esperando algo más, pero él no tenía nada para ofrecerle. Era un esclavo y los esclavos no pueden decidir sobre su propia vida.

Cuando dejaron la casa, el sol ya había llegado a su punto más alto. Hicieron el recorrido en silencio y, al cruzar los cercos de arbustos de radiantes hojas verdes que dividían la ciudad, Ilsa comenzó a caminar delante de él.

Las calles de la parte masculina de Drioed-ta estaban llenas de gente que se detenía a comprar en los numerosos puestos y, a esa hora, los más concurridos eran los puestos de comida. La mayoría de las mujeres que veía llevaban velos para cubrir sus rostros, aunque había algunas pocas que iban con el rostro descubierto. Las mujeres sonreían descaradamente a cuanto hombre se cruzaran y estos se detenían a observarlas sin pudor alguno.

—¡Q! —Josh corrió hacia él en cuanto lo vio—. Por un demonio, ¿dónde estabas? ¿Te encuentras bien?

—Me perdí —dijo. Vio a Ilsa detenerse y mirar hacia donde ellos estaban—. ¿Naga regresó?

—No aún. ¿Qué te sucedió? —dijo tocándose el rostro.

Ilsa regresó a su lado, Josh la miró por unos segundos y luego bajó la mirada.

—Crucé los arbustos, me vieron las guardias, me golpearon y la señorita me ayudó a regresar.

—¿Dónde está Nagalíjakh? —preguntó Ilsa.

—Aún no regresa —dijo Quentin, sin mirarla.

—Me quedaré junto a ustedes y lo esperaré.

—Ilsa, no. Regresa, por favor.

—No puedes dirigirme la palabra aquí sin que yo lo consienta y no te permitiré hablarme. Me quedaré aquí, necesito ver a Nagalíjakh.

—Ilsa, lo digo en serio —protestó y sintió los ojos de Josh clavados en él.

—Yo también, Quentin —susurró.

—Q, ¿qué haces? Harás que vuelvan a golpearte —dijo Josh apartándolo del lado de Ilsa.

—La conozco de Sitnor, no dejará que me golpeen otra vez.

—¿Desde cuando tú conoces muchachas?

—Ahora no, por favor. —Josh abrió la boca para seguir protestando, pero Quentin regresó junto a Ilsa y lo dejó solo—. Escúchame…

—Escúchame tú a mí —dijo golpeando con el dedo índice en el medio del pecho de Quentin—. Si no me permites hablar con Nagalíjakh y me voy ahora, iré hasta la casa de Arkghor y te pediré como esposo, lo que significa que escaparemos de aquí. Tú elijes.

Quentin miró a su alrededor y vio que Josh estaba parado en el mismo lugar donde lo había dejado, mirándolo con desconfianza.

—¿Qué crees que harán tus padres cuando no te encuentren? Me cazarán como al maldito esclavo que soy. Y si logras comprarme, ¿qué voy a hacer? ¿A dónde me alojaré? ¿Contigo? Tu esposo te espera en Morrau, Ilsa, y no creo que se vaya a alegrar cuando sepa lo que has hecho.

—No voy a casarme, ¿cómo podría hacerlo? Nunca imaginé que podría sentir por alguien lo que tú…

—No hagas esto, por favor —suplicó.

—¿Hacer qué?

—Ilusionarnos, Ilsa.

—*Shrakjta*, Quentin, no lo digas así… —Ilsa quiso tomar la mano de Quentin, pero él no se lo permitió. Había demasiada gente a su alrededor y no quería sobrepasarse.

—¿Cómo quieres que lo diga? —preguntó con un gesto de impaciencia—. Nos separaremos hasta quién sabe cuándo y… te casarás, maldición. Si ya tienes un matrimonio arreglado no puedes cancelarlo, no puedes rehusarte porque sí, Ilsa. ¿Cuál será tu excusa? ¿Qué te enamoraste de un esclavo que acabas de conocer?

—Eres cruel —susurró dolida—, no sabes lo que siento.

—No me digas eso, dime cualquier cosa, pero no eso. Tú tampoco sabes lo que yo siento. No sabes lo que tuve que luchar contra mí mismo para no perderme en tus labios pero sabía que si lo hacía, no solo nuestra separación sería más dolorosa sino que si alguien se entera, me matarán. No me importaría morir, pero sé que tú vas a sufrir aún mucho más de lo que ya sufriste.

—Nadie lo hubiera sabido, hubieran sido solo unos momentos…

—No solo unos momentos, Ilsa —susurró y se acercó a ella—, porque estoy seguro que si te besaba iba a perder la razón por completo.

—Yo ya lo hice —murmuró. Quentin rio y la voz de Ilsa se endureció—. Dime cómo demonios se llama esto, entonces.

—Confusión. Es por nuestra estrella. Fue solo porque nos encontramos —dijo, intentando convencerse él mismo, también—. Si llegas a conocerme mejor, verás que soy un idiota y no pensarás lo mismo de mí.

—Aún así, deberíamos haber disfrutado de esos momentos de confusión ¿no te parece? —Quentin notó que Ilsa estaba utilizando el mismo tono de voz, entre seductor y divertido, que cuando estaban en la casa abandonada.

—Por los dioses. —Quentin se sintió avergonzado y se pasó las manos por el rostro. Escuchó que Ilsa reía debajo de su velo y hubiera dado cualquier cosa por verla reír, aún a costa de su vergüenza—. ¿Acaso crees que soy de piedra?

—A decir verdad, sí —dijo Ilsa, divertida—. A mí no se me ocurrió razonar en ese momento, pero ahí estabas tú, recordando que eres un esclavo. Yo solo te hubiera besado y…

—Ilsa, ya deja de jugar conmigo —dijo. Sintió que el rostro le ardía e Ilsa rio otra vez.

—Te ves tan lindo cuando te pones nervioso —murmuró entre risas y Quentin cerró los ojos por unos segundos, pero lo mismo sonrió por su comentario.

—¿Lo haces a propósito?

—Claro que sí, y también porque me gusta ver cuando sonríes. Ojalá pudiera verte sonreír todos los días.

—No sé quien es más cruel, si tú o yo —murmuró Quentin e Ilsa volvió a reír.

—¡Ilsa! —una mujer se acercó a ella y la tomó del brazo, alejándola de Quentin antes que ella pudiera responderle. Se preguntó como había sido capaz de diferenciar a Ilsa entre las demás mujeres, pero luego notó que ella era la única que llevaba un bolso de cuero colgado de su hombro. Con la misma desolación de la primera vez, la vio perderse entre la gente que recorría las calles sin poder hacer nada para evitarlo.

—Dime qué sucede —dijo Josh, con el ceño fruncido, cuando llegó junto a él—. ¿Quién era ella?

Quentin se llevó la mano al abdomen al recordar que, desde que

habían dejado la casa abandonada, no había vuelto a sentir dolor. Ilsa lo había curado sin que lo notara, tal vez cuando estaba abrazada a él.

—La conocí antes de ir al encierro, cuando tú y Noah terminaron en la enfermería. —Quentin intentó que su voz sonara lo más normal posible, a pesar de que sentía un nudo a mitad de su garganta.

—Te agradezco profundamente la confianza —dijo disgustado.

—Otra vez con lo mismo… —Quentin se pasó las manos por la cabeza. Necesitaba una excusa para no tener que decirle a su amigo quién era Ilsa en realidad y todo lo que ella significaba para él. Quería seguir conservando ese secreto pero sin tener que mentirle a Josh—. No lo mencioné porque solo intercambiamos unas pocas palabras esa vez, fue solo eso.

—Por la forma en que hablaban, no lo pareció. ¿Estaba coqueteando contigo?

—¿Qué dices? No, quiere comprarme o pedirme como esposo a Arkghor para escapar. Pero le dije que no te dejaría aquí. —La respuesta pareció haber convencido a su amigo, puesto que no insistió.

—¿Y Naga qué tiene que ver en todo esto?

—Lo conoce y quiere pedirle dinero para comprarme. De esa forma, yo sería capaz de trabajar para comprarte a ti. Pero dudo que Naga tenga la cantidad necesaria.

—Vete con ella, Q. Ve a Sitnor y habla con mi padre…

—Salimos los dos juntos de aquí, o aquí moriremos, Josh. No te dejaré. —Josh quiso protestar, pero Quentin lo interrumpió—. ¿Tú te irías? —Josh negó moviendo la cabeza—. Entonces ya no digas más.

Se quedaron en silencio, sentados contra la pared de una casa, por más de una hora hasta que Naga llegó y, en silencio también, los tres regresaron a la mansión de Arkghor.

34

Lo único que tenía de bueno ese horrible lugar, era que podía pasear sola por la ciudad, sin condiciones ni quejas de su madre y era algo que aprovechaba a hacer a diario. Pero, esta vez, Ilsa salió a la calle ni bien amaneció y caminó hacia las afueras de Drioed-ta, donde se encontraba la mansión del señor Arkghor.

Estaba tan nerviosa que sentía que en cualquier momento podía desmayarse, pero tenía que controlarse de alguna forma. Aunque quizás Quentin no estaría de acuerdo con su decisión, no se podía quedar de brazos cruzados esperando que, por voluntad de los dioses, él sea liberado. Tampoco podía estar tranquila sabiendo que en cualquier momento podían anunciar un nuevo evento en la "Pequeña Thoria". Decenas de personas morían ahí cada vez que los esclavos luchaban y él podría ser uno de ellos.

Había encontrado a Nagalíjakh el día anterior, poco después de dejar a Quentin, pero él no podía prestarle ni una moneda, ya que debía grandes cantidades de dinero a Arkghor, y ella no se atrevía a pedirle el dinero a su padre. Una suma tan importante llamaría su atención y las preguntas no terminarían nunca. No conocía a nadie más allí que pudiera ayudarla y no tenía más opción que pedirlo como esposo.

No pensó qué haría cuando Quentin fuera llevado a su casa, ni qué le diría a su madre. Ya había decidido que no se casaría con el esposo que sus padres le habían buscado, pero ellos no lo sabían aún.

Tampoco había pensado cómo harían para escapar de Drioed-ta, pero seguro encontrarían la forma de hacerlo. Quizá podrían dirigirse hacia alguna aldea de Sitnor o de Morrau, su padre tenía infinidad de mapas en la carreta en la que viajaban y no le sería difícil encontrar el que necesitaban, ya que el vehículo estaba en el establo de la casa de invitados en la que se alojaba con su madre.

Después de más de una hora de caminar por las arenosas calles de la ciudad, Ilsa llegó a la mansión de Arkghor y, antes de llamar a la puerta, respiró varias veces para intentar serenarse.

«Maldición, no voy a ser capaz de hablar siquiera, ya me lo imagino» pensó.

Finalmente, respiró profundo una vez más, levantó la mano y tiró de la fina cadena de oro que pendía frente a ella. Un coro de campanas de distintos tamaños sonaron por unos segundos, creando una suave melodía. Ilsa no tuvo que esperar mucho ya que, casi al instante, un muchachito se presentó en la puerta.

—Deseo hablar con el señor Arkghor —dijo Ilsa y su propia voz le sonó tan ridícula que sus mejillas se sonrojaron. Nuevamente, agradeció a los dioses por el velo que la cubría.

El muchachito le hizo una seña y la invitó a pasar a una sala decorada con almohadones, alfombras, sillones y mesas de todas las especies, tamaños, formas y colores. Había desde los rústicos muebles que usan en las casas más pobres del continente hasta lujosos sillones de oro y almohadones de terciopelo. Ilsa había viajado con sus padres y su hermano en una carreta de madera desde que tenía memoria. Había conocido aldeas pobres y ciudades prósperas, se había alojado con aldeanos y grandes señores; parecía que el señor Arkghor había viajado de igual forma y traído con él una muestra de cada casa que había pisado. Si bien era extraño encontrar una sala con tan variada decoración, todo estaba correctamente acomodado y de forma que la composición general era agradable de ver.

El sirviente la condujo hasta el sillón de oro más grande que había en la sala, la invitó a tomar asiento y la dejó sola. Unos minutos después, regresó con una bandeja de oro con frutas y bebidas de colores.

—Cuando termine de alimentarse, haga sonar la campana y el señor vendrá a verla.

—No es necesario, me gustaría hablar con él ahora.

El sirviente hizo sonar él mismo la campana y desapareció detrás de una puerta. El señor Arkghor entró a la sala y se sentó, en un almohadón de tela rústica, a los pies de Ilsa.

—Mi señora, ¿qué puedo hacer por usted? —dijo sin levantar el rostro.

—Deseo casarme con uno de sus esclavos —contestó, intentando que su voz sonara serena y segura.

—Como usted desee.

—Su nombre es Quentin. ¿Se encuentra disponible?

—Por supuesto, mi señora.

Ilsa deseó abrazar al desagradable y rosado sujeto y saltar de alegría, pero se contuvo.

—Excelente.

—He notado por su voz que usted es joven, ¿podría decirme su edad?

«Maldición, ¿a qué edad se casan las mujeres aquí?» pensó.

—Tengo dieciséis años.

El hombre hizo silencio por unos segundos y luego asintió.

—Dígame su dirección y su nombre.

—Mi nombre es Ilsa Zvezda y me alojo en la casa de invitados número 29.

—Esta noche, él llamará a su puerta, mi señora.

—Excelente —repitió y se puso de pie. El señor Arkghor se levantó tras ella y la acompañó hasta la salida.

Estaba hecho, Quentin estaba a un paso de ser libre. Ilsa sonrió y su sonrisa la acompañó de regreso hasta su hogar.

—El viejo me matará si envío ese esclavo a su hija —murmuró y luego exclamó—: ¡Naga!

El señor Arkghor caminó por las diferentes habitaciones buscándolo, pero el muchacho no aparecía. Salió hacia el jardín trasero y caminó hasta el edificio de los esclavos.

—Naga, maldito seas muchacho, ven aquí —le dijo con una seña cuando lo vio. Estaba sentado en la sombra, justo al lado del esclavo que la señorita Zvezda había solicitado; los ojos verdes de Quentin parecían iluminar aún a la distancia y resaltaban sobre su piel bronceada por el cruel sol del desierto.

«¿Cómo demonios no va a querer que el muchacho la visite? Es raro que sea la primera que ha pedido por él» pensó divertido.

Naga corrió hacia él y el señor Arkghor lo tomó del brazo y lo condujo hacia la casa. Entraron al despacho y el señor de la casa se sentó en un sillón de cuero negro. Naga caminó hasta una mesa que había en un rincón, repleta de botellas de diferentes tamaños y colores.

—Escucha, ha venido la hija del viejo Zvezda.

—¿Y? —preguntó Naga sirviendo licor en una copa.

—Quiere casarse, idiota, ¿a qué otra cosa puede venir aquí?

—¿Y yo qué tengo que ver? Oh, maldición… ¿Acaso quiere casarse conmigo?

—La chica no es ciega, Naga, y tú eres feo por donde te miren, ¿cómo crees?

—Tengo más propuestas que tú y, al menos, hay quince niños que

llevan mi sangre… No sé quién es el más feo en esta sala... Bueno, entonces, ¿qué? ¿Yo debo decírselo al viejo? No sé qué es peor, no me jodas. —Naga bebió el contenido de su copa de un solo trago—. Aún aprecio mi vida, Arkghor, ve y díselo tú.

—Ya deja de llorar… quiere al muchacho que estaba contigo recién, a Quentin. Dile al viejo que se lo vendo al precio que él desee, que es uno de los buenos, pero que se lo vendo y que haga lo que quiera. No quiero tener problemas, ya sabes como es.

—Los tendré yo cuando deba decírselo, demonios. ¿Por qué no envías un mensajero? —Naga volvió a llenar su copa y se sentó frente al señor Arkghor.

—Porque la señorita quiere a su esposo hoy y no puedo negarme a enviarlo. El mensajero pasará todo el día yendo y viniendo de un lado al otro entre ridículas formalidades. Si él viene enseguida y lo compra, puedo decir que lo vendí antes que ella llegara y lo había olvidado. —Arkghor se encogió de hombros y frunció la cara—. Yo que sé.

—Demonios, Arkghor. Me las pagarás si el viejo se enoja conmigo, ¿oíste?—dijo apuntándolo con el dedo.

—Sí, sí, lo que digas —dijo moviendo las manos—. Habla con él, vamos. Quiero saber que dice.

Los ojos de Naga se convirtieron en dos esferas luminosas, del color del metal fundido y, a los pocos minutos, volvieron a apagarse.

—Estará aquí al mediodía.

—¿Cómo lo tomó? —preguntó con impaciencia.

—Dijo que pagará lo que el muchacho vale.

—¿Y ya? ¿No gritó, insultó, amenazó ni nada?

—Y ya, solo que estará aquí.

—Pero, ¿le dijiste que la chica quiere casarse?

—¿Tenga cara de idiota? —Naga lo miró fastidiado—. Claro que le dije, era la única forma en que se lleve al muchacho de aquí.

—No sé qué es peor, si saber que está tranquilo o que insulte y maldiga hasta a mi madre. Bueno, como sea. Quédate conmigo cuando el viejo llegue, no sea cosa que se le dé por destruir mi casa.

Cuando el sol estaba en el punto más alto del cielo, un sirviente llamó a la puerta y, cuando Naga abrió, el muchacho señaló hacia la sala.

—El señor Zvezda está aquí —dijo y se retiró hacia la cocina. Arkghor y Naga se dirigieron a la sala y, detrás de ellos, otro sirviente iba llevando frutas frescas y bebidas.

—No quiero formalidades —dijo el señor de cabello y barba del color de las nubes de tormenta—. ¿Cuánto quieres por el muchacho?

—Aceptaré lo que quieras pagarme por él.

—Dime un precio, no quiero deberte ningún favor, Arkghor.

—Al contrario, soy yo el que está en deuda contigo.

—Ya, ya —dijo moviendo las manos como si espantara a las moscas—. Dime el precio.

—10 monedas de oro. Y haz lo que quieras con él.

—Hecho. —El señor Zvezda sacó su bolsa de cuero y comenzó a contar las monedas, luego las amontonó en una pila y la empujó hacia Arkghor—. 10 monedas. Trae al muchacho.

—Naga, ve.

—¿Qué harás con él? Es un muy buen guerrero, sería una pena que…

—Lo devolveré a Sitnor. Es hijo del segundo, si el Gobernador se entera que está aquí, buscará Drioed-ta por cielo y tierra y, cuando la encuentre, hará pedazos la ciudad.

—¿Y el rubio grandote, el que está junto al muchacho siempre, quién es?

—Por su descripción, debe ser el hijo de Pronees. ¿Puedes traerlo?

—Sí, sí. —Arkghor se pasó la mano por el rostro—. Por un demonio. Llévatelo, entonces.

—¿Cuánto quieres por él?

—Nada, llévatelos a los dos y encárgate de ellos.

Naga llegó en ese momento, con Quentin a su lado.

—Ve por el otro, Naga, por el amigo. —El mago lo miró extrañado—. Después te explico, ve por él, anda.

Naga volvió a dejar la habitación con un gesto de fastidio y Quentin se quedó parado junto a la puerta, mirando al suelo, con las manos cruzadas tras su espalda.

—Y pensar que por poco los llevo a mi habitación —dijo Arkghor mirando a Quentin.

—Maldito seas, Arkghor, ¿qué cosas dices?

—No puedes negar que se ven muy bien…

—Cállate, demonios, cállate. Son dos críos.

—Ya son muy capaces de comer solos, viejo —rio Arkghor.

—Cierra la maldita boca o te arrancaré la lengua.

Arkghor rio y Naga llegó acompañado de Josh.

—Sí, es quien dije. Los llevaré a los dos. —El viejo hombre les habló en el idioma de Sitnor y los dos muchachos se sobresaltaron al oírlo, luego, volvió su atención hacia su anfitrión—. Gracias, Arkghor.

—¿Qué le digo a tu hija?

—Envíale a cualquier otro y dile que Quentin fue vendido.

—Vendrá a quejarse.

—No lo creo, pero si viene, no le digas que yo lo compré.

Arkghor asintió y el señor Zvezda se puso de pie, les hizo una seña a los muchachos y estos se acercaron a él. El viejo los encadenó y, luego, lo siguieron en silencio para desaparecer tras la puerta de la mansión.

—¿Por qué el viejo se llevó a los dos? —preguntó Naga.

—Porque son hijos de los gobernadores de Sitnor y no queremos problemas con esa gente. Los devolverá a su país.

—¿Qué sucede, Arkghor? ¿Te duelen las monedas que perdiste?

—Casi llevo a esos dos a mi habitación —dijo en un suspiro.

—Cualquiera de ellos te hubiera roto todos los huesos si solo lo hubieras intentado —dijo Naga riendo.

—Qué molesto eres, Naga, ni siquiera me dejas soñar despierto. Vete de aquí, encuentra algo útil para hacer. Anda, lárgate ya.

Naga soltó una carcajada y salió al jardín.

35

Quentin y Josh caminaban encadenados detrás del hombre de cabello gris por un camino de fina tierra blanca que se levantaba en pequeñas nubes a cada paso. Sentían que el astro rey les estaba cocinando, a fuego lento, la piel del rostro y de las manos.

A los lados del camino, solo veían arena, rocas y algún que otro arbusto de ramas y hojas grises. Y, para Quentin, era un día tan triste como el paisaje que lo rodeaba.

«¿Qué estará haciendo Ilsa? Me han vendido y no hay forma que ella lo sepa. Ojalá Naga pueda decírselo» se lamentó. Era lo que más le mortificaba en ese momento, más aún que el hecho de haber sido vendido a un desconocido y haber sido alejado de Naga, que había demostrado, en reiteradas oportunidades, que su amistad con el gato era lo único que los había mantenido a él y a Josh con vida por tantos meses.

Después de una hora de caminar bajo el sol abrasador, llegaron a una mansión tan grande como la que habían dejado atrás y, cuando entraron, su nuevo dueño se apresuró a quitarles las cadenas.

—Mis señores —dijo haciendo una reverencia—, disculpen a este viejo por haberlos tratado de esta forma.

—Yo lo conozco —dijo Quentin, de repente, cuando el hombre se irguió—, usted… usted nos ayudó en Sitnor.

—¡El borracho! —dijo Josh dándose un golpe en el muslo.

—Así es, mis señores.

Josh comenzó a reír y abrazó al viejo hombre.

—¿Usted nos compró? —preguntó, sin soltarlo.

—Si, mis señores, y los devolveré a Sitnor.

—Nuestros padres pagarán lo que gastó y seguro que más también, cuando sepan lo que ha hecho por nosotros —dijo dejando al señor y acomodándole la túnica.

—Las monedas no son nada, mis señores.

—No lo entiendo —dijo Quentin y Josh lo miró como si quisiera matarlo—. ¿Por qué lo hizo?

—Tenemos amigos en común —dijo el viejo y Quentin asintió con una sonrisa.

— Onix… —murmuró en respuesta—. Gracias, señor.

—Nada que agradecer. Esta noche pueden descansar aquí. Partirán mañana al amanecer hacia Sitnor y mis hombres los escoltarán.

El viejo hombre les hizo una seña, los condujo hacia las escaleras y, en el primer piso, les señaló las habitaciones.

—Mis señores, cuanto poseo les pertenece. Siéntanse cómodos, están en su casa.

Los muchachos volvieron a agradecerle y el señor regresó a la planta baja por las escaleras.

—Hay que hacerle un enorme obsequio a Onix cuando regresemos, Q.

—Así es…

—Tendremos que averiguar qué es lo que más le gusta.

—Eso es fácil…

—Pero, debe haber algo más, aparte de que lo halaguen —dijo Josh riendo.

Quentin rio y entró a una de las habitaciones, necesitaba darse un baño con urgencia, quitarse de la piel el fuego del sol y la arena del camino.

Ilsa se pasó toda la tarde encerrada en la carreta de su padre, acondicionándola para cuando Quentin llegara. Había decidido alojarlo ahí hasta que decidieran cómo dejarían Drioed-ta pero, cuando entró a ver en qué condiciones estaba, vio que una capa del fino polvo blanco de las calles cubría todo el interior. Se entretuvo limpiando y eso la ayudó a pasar el día con más calma, porque se había imaginado que los nervios se le destruirían de tanto esperar. Al atardecer, subió a su habitación, se dio un baño y se quedó esperando a que llamaran a la puerta. Su madre había ido a ver a su hermano y a su padre, que vivían del otro lado de la ciudad, y cenarían juntos allí, por lo que estaba completamente sola.

Cuando la noche se adueñó de Drioed-ta, al fin alguien golpeó la puerta y, al abrir, se encontró con Naga, un muchacho con un lejano parecido a Quentin y dos de las guardias.

—Solo entrará Nagalíjakh —dijo Ilsa, y el mago entró a su casa—. ¿Qué es esto, Naga? ¿Dónde está Quentin?

—Lo siento, Ilsa. Alguien lo compró.

—¿Cómo que…? —Ilsa se dejó caer en el sillón más cercano. Sintió

que le costaba respirar y que comenzaba a formarse un nudo en su garganta.

—No lo sé, no sé quién fue ni dónde se encuentra.

—No es posible, Naga, no puede ser cierto —susurró retorciéndose las manos.

—Voy a averiguar qué fue de él y mañana vendré, ¿si? —dijo acercándose a la puerta, pero la miró por unos segundos y regresó junto a ella—. Dame unos momentos, intentaré saber qué sucedió ahora- —Los ojos del mago se encendieron y su vista se extravió por unos cuantos minutos. Ilsa lo observó, para ver si había algún cambio en sus expresiones, pero parecía tallado en piedra—. Lo compró alguien de Sitnor, Ilsa. Partirán hacia su país mañana en la mañana.

Ilsa se permitió sonreír. A pesar de que no podría verlo, era libre otra vez y regresaría a su hogar. Le dolía no poder despedirse de él, pero ahora estaba a salvo y eso le bastaba.

—Gracias —suspiró, aliviada.

—No te preocupes, él estará bien. ¿Me llevo al muchacho?

—Sí, por supuesto, ¿para que lo querría? —preguntó con el ceño fruncido.

—No responderé a eso —dijo con picardía, se levantó de su asiento e Ilsa lo imitó.

—Ya lo hiciste. Si no fuera por la información que me diste, les diría a las guardias que te den una paliza, Nagalíjakh.

Naga rio y abrió lo brazos. Ilsa le besó ambas mejillas y lo abrazó.

—Adiós, bonita.

—Adiós, Naga —dijo sonriendo.

«Quentin es libre» pensó ni bien cerró la puerta. Y eso era lo único que le importaba. Subió a su habitación corriendo, se desvistió y se acostó mirando el techo.

Las noches en Drioed-ta eran frías según la opinión de la gente que vivía allí y las camas de la casa en la que se alojaba estaban cubiertas con pesadas mantas tejidas que nunca utilizaba. Para ella, que había nacido en el Extremo Sur donde la nieve puede llegar a acumularse más de un metro en una sola hora de tormenta, el frío del desierto era soportable con una simple sábana. Aunque recordaba poco de su infancia y de esas nevadas tan impresionantes, sabía que aborrecía el calor del norte de Thoria y esperaba ansiosa el momento en que sus padres decidieran regresar a Tesar. Ellos planeaban dejarla casada en Morrau, pero eso no sucedería. Escaparía si no lograba convencerlos, pero por nada del mundo ataría su vida a la de un hombre que no conocía. Antes le disgustaba la idea, pero ahora estaba segura de no

querer hacerlo. Y no era por el momento de insensatez que tuvo estando con Quentin sino porque, probablemente, nunca sentiría algo así con nadie más. Él había estado en lo cierto y ahora se daba cuenta de ello, solo había sido un instante de confusión. Quizás fue la emoción de encontrarse, de dejar de sentir esa angustia que le carcomía las entrañas a diario o el hecho de tener la certeza de qué era lo que ocurría entre ellos. Saber que eran parte de la misma estrella era, tal como dijo Quentin, lo más hermoso que podría sucederles.

Solo esperaba que las cosas fueran diferentes para ellos desde ahora. Que su dolor no sea tan grande y que su separación no durara tanto.

36

Quentin estaba en el jardín de la mansión del misterioso hombre que los había comprado a él y a Josh. Parecía que cada vez que necesitaba ayuda urgente, el señor sin nombre aparecía.

El señor había tenido invitados esa noche, por lo que Josh y él habían cenado en su habitación y su amigo se había retirado enseguida a descansar. Quentin esperó hasta que se hizo silencio y bajó a tomar aire al jardín. Ahora era libre y había extrañado su libertad. Desde su celda en el edificio de esclavos de Arkghor solo podía ver una mínima porción del cielo nocturno, eso si corría la cama y la cajonera de su lugar, pero no todas las noches tenía la energía suficiente para hacerlo sin quedarse dormido antes de devolver las cosas a su posición original. La primera vez que lo hizo, el guardia lo despertó a latigazos por el desorden que había hecho. Aprendió de mala forma que los muebles no debían moverse.

Se quitó las botas y caminó descalzo por los pocos parches de hierba que había entre los caminos de piedras blancas, que brillaban como si tuvieran luz propia y, después de unos minutos, se sentó en contra de una alta palmera.

El cielo en ese lugar era diferente al de Sitnor, podía ver muchas más estrellas y no encontraba ninguna que le resultara familiar. Siempre pensó que las mismas estrellas alumbraban por igual en todos los cielos pero, como no había dejado su ciudad desde que había nacido, no sabía que eso podía ocurrir. Había tantas y eran tan distintas, que pensó que nunca sería capaz de saber cuál de todas ellas era la que compartía con Ilsa.

Sintió vértigo al pensar en la infinidad de estrellas que habría en el cielo y en lo diferentes que serían en otras ciudades. Se sintió tan diminuto e insignificante como un grano de arena entre las dunas que rodeaban Drioed-ta.

—¿Quentin? —La voz serena y profunda del señor sin nombre lo llamó desde la galería. El muchacho se puso de pie, tomó sus botas y caminó hasta donde él se encontraba. Este lo invitó a tomar asiento en

los sillones de mimbre que estaban junto a la puerta que llevaba al salón principal y Quentin obedeció. La vista del jardín era hechizante, ya que los caminos luminosos parecían formar el rostro de una mujer de largo cabello y lo notó recién cuando los vio desde lejos—. Me gustaría hablar unos momentos contigo. ¿Cómo te sientes ahora que has encontrado a la persona con la que compartes tu estrella?

Quentin se sobresaltó y lo miró.

—¿Cómo… cómo lo sabe?

—Puedo verlo, así como pude verlo cuando se encontraron por primera vez- —El viejo señor se puso de pie y levantó las manos—. Ahora verás lo que yo veo cuando se encuentran, pues mis ojos pueden ver la magia en las personas y en los objetos. Lo que tú verás será una ilusión de esa magia, ya que te tomaría muchos de años de entrenamiento lograr verlo con tus propios ojos.

«¡Un mago! Es un maldito mago» pensó Quentin, alarmado, y miró a su alrededor, para ver si alguien más estaba en el lugar.

—No temas, no te haré daño. —El señor bajó las manos—. Soy amigo del gato al que tú llamas Onix y él me pidió que cuide de ti y del señor Joshua. Quizás mi nombre no te diga nada, pero me llaman Lobo Blanco.

—Comprendo. Josh me habló de usted —murmuró Quentin y volvió a sentarse. Estaba justo al lado de uno de los magos más poderosos de la Antigua Era y, en su mente, se acumularon cientos de preguntas en un solo instante—. No me imaginé que fuera cierto todo lo que él me contó, ni siquiera se me ocurrió pensar que usted podría estar vivo aún.

—Pues ya ves… —dijo sonriendo.

Lobo Blanco levantó una mano y Quentin vio con asombro cómo en el jardín se formaron las siluetas de dos personas de pie, una frente a la otra y, a su alrededor, aparecieron cientos de aros de suaves colores, de los que emanaba una tenue luz. Las siluetas estaban rodeados por ellos de pies a cabeza y parecía que unos finos hilos blancos unían sus manos. Algunos de los aros eran pequeños, algunos más brillantes pero todos ellos parecían girar muy lentamente a su alrededor, mezclándose entre sí, subiendo o bajando. Una de las siluetas se alejó algunos pasos de la otra, mientras movía sus brazos de un lado a otro. Los aros de colores se alborotaron y comenzaron a girar más rápido y, en lugar de circulares, ahora eran ovalados y mucho más brillantes.

—¿Eso… eso sucede cuando estamos juntos? ¿Eso es lo que un mago puede ver cuando nos ve? —tartamudeó. Nunca había visto un

espectáculo tan maravilloso y estaba seguro que pensaría en eso cada vez que recordara a Ilsa.

—Así es. Sin embargo, no todos los magos son capaces de verlo, se necesita de mucho entrenamiento y ser un mago poderoso para lograrlo. Esos aros forman parte del poder que los une. Cuanto más se alejan, más se estiran, pero después de cierta distancia se debilitan, su luz se apaga y los anillos vuelven a separarse. Antes de su primer encuentro en Sitnor, los dos llevaban vidas melancólicas, pero normales, y esas luces no existían. Sin embargo, segundos antes que se encontraran, esos anillos se unieron por primera vez y es por eso que ahora se sienten incompletos cuando están lejos uno del otro.

—Recuerdo que antes de verla por primera vez me sentí mareado y no podía respirar.

—Fue en ese momento en que esos anillos se unieron. —Quentin asintió—. Ella se sintió igual, pero corrió hacia ti sin saber lo que hacía. Y aquí sucedió lo mismo.

—¿Por qué yo no pude darme cuenta de que ella estaba cerca? Seguí sintiéndome mal incluso estando ella en la misma ciudad que yo.

—Sus anillos no habían vuelto a unirse y la vida de ninguno de los dos corrió peligro hasta ese momento —Quentin lo miró, confundido—. ¿No te mencionó el señor Joshua que hubo una pelea en el puesto de joyas? El dueño mató a un hombre, lo culpó de haber robado uno de sus collares. Si hubieras permanecido ahí, te hubiera culpado a ti.

—¿Y qué hay de lo que ocurrió en el recinto? Casi me aplasta una roca descomunal la primera vez que estuve allí y…

—Nagalíjakh estaba ahí para protegerte, Quentin. No deberías subestimar la sabiduría de tu Astro.

—No entiendo… ¿Cómo sabía usted que estaba en el puesto de joyas?

—La mariposa no salió volando por sí sola, Quentin. Deberías saber que un objeto de plata no puede moverse a voluntad.

—¿Fue usted o fue mi Astro, entonces? —dijo y lo miró frunciendo el ceño.

—Quizás fuimos los dos —dijo con una sonrisa.

—Esto es muy confuso…

—Lo sé. Onix me ha mencionado que tienes algunos problemas para familiarizarte con…

—No tengo algunos problemas, señor. No quiero hacerlo.

—Pero lo necesitas.

Quentin cerró los ojos, intentando calmarse para no mandar al

demonio al mago y a todas sus palabras. No solo sabía lo de Ilsa, sino también quería convencerlo de ser un mago, como Onix, como Astor.

—¿Por qué me habló de mi encuentro con… ella? —preguntó. Ya no quería seguir conversando con él. Deseaba que llegara la mañana para largarse de ese lugar, aunque significara alejarse de Ilsa otra vez.

—Porque quiero que sepas que deberás ser muy fuerte en los próximos años.

—No es necesario que me lo diga. Puedo manejar mis emociones, señor.

—Onix…

—¡Por un demonio! —exclamó Quentin y se puso de pie—. ¿Será que pueden mantener un secreto? ¿Qué le dijo Onix? ¿Le habló de mis problemas para dormir, acaso? ¿De mis …?

—¿Terminaste? Onix está viejo, eso quería decir.

—Perdón, señor —murmuró avergonzado y volvió a sentarse—. Sucede que ahora todos se entrometen en mis asuntos y es algo que me molesta más de lo que quisiera, discúlpeme por reaccionar así.

—Todo esto es nuevo para ti y lo entiendo. Con respecto a Onix, es un animal y está muy viejo. Incluso para uno de los nuestros es inusual que viva tanto...

—Pero él está muy bien, señor.

—Que no te sorprenda si uno de estos días ya no despierta, Quentin. Él no querría que supieras su edad, pues es muy vanidoso, pero debes saber que lleva varios siglos caminando sobre nuestras tierras. Ha sido mi amigo y mi compañero desde que ambos éramos pequeños, hemos aprendido juntos y peleado lado a lado. Nos hemos separado por largos años en reiteradas oportunidades, pero permanecimos juntos durante el exilio. Ha sido uno de los más poderosos magos de la Antigua Era y lo sigue siendo. Pero, a pesar de su vanidad, siempre se mantuvo oculto. Encontrarás pocas referencias sobre él en los libros que todavía se conservan de esa época, pero sí de mi o de mis compañeros. En algunos escritos lo describen como un gran dragón negro, pues eso era lo que él quería que los demás recordaran. Es tan grandioso que podía defenderse, atacar y, a la misma vez, crear la ilusión de ser uno de esos feroces animales.

—¿Qué es un dragón, señor?

—Es un enorme animal que, se dice, vive al otro lado del mundo, en unas tierras a las que ninguno de los habitantes de Thoria ha llegado jamás. —El rostro de Quentin debió haber reflejado su desconcierto, porque el viejo mago sonrió y cambió el tema de conversación—. Dejaremos eso para otra ocasión, me llevaría varias

horas poder explicártelo y hay otras cosas de las que deberíamos hablar.

Josh apareció en ese momento por la puerta y los miró. Tenía el cabello revuelto y los ojos hinchados.

—¿Estás bien, Q? ¿Qué sucede?

—Solo conversamos —dijo Quentin y le señaló uno de los sillones. Josh se sentó y se cubrió la boca para bostezar—. ¿Sabes quien es este señor? Estoy seguro que te gustará saberlo. Es Lobo Blanco.

Josh se paró de un salto y volvió a caer pesadamente. Abrió la boca para hablar pero al no lograrlo, pasó las manos por su rostro.

—Demonios, yo sé quien es —dijo saltando del sillón una vez más. —Leí sobre usted. ¡Maldición! Perdón, señor. —Josh agachó la cabeza y volvió a sentarse. Quentin rio y el mago lo miraba con una sonrisa —. Amo la magia, ¿sabe? A mucha gente le disgusta y teme a los magos, pero yo daría con gusto una mano por ser mago.

El viejo hombre rio.

—Haría bien en temer a los magos, muchos pueden ser muy peligrosos, señor Joshua.

—Lo sé, pero eso no hace que deje de admirarlos —Josh señaló a Quentin—. Él es mago, ¿sabía?

—Onix me lo dijo.

—Me salvó la vida una vez con sus poderes. Pero no quiere aprender a utilizarlos. ¿Cómo puedo convencerlo?

—¿Tú también, Josh…? —murmuró Quentin.

—Es su decisión, no es algo que se pueda forzar.

—Comprendo. —Josh miró a Quentin con el ceño fruncido y, luego, volvió la vista a Lobo Blanco—. ¿Puedo hacerle un montón de preguntas? Perdón, pero no dejan de darme vuelta muchas cosas en la cabeza.

—Adelante —contestó sonriendo.

—¿Por qué está usted aquí?

—¡Josh! ¿Acaso vas a interrogarlo? Ten más respeto, por los dioses.

—Está bien, no tengo nada que ocultar. Estoy aquí porque necesito dinero, enormes cantidades de dinero, y la mejor forma de conseguirlo es con las apuestas. Según Onix me ha contado, ya están al tanto sobre lo que sucede en Pyebra con los magos. —Los muchachos asintieron —. Desde que la Era de los magos comenzó nuevamente, hace poco más de veinte años, me he dedicado a viajar por Thoria para instruir a los nuevos magos. Y para eso se necesita dinero.

—Comprendo. ¿Esta ciudad qué es? No sabíamos que había ciudades en medio del desierto.

—Es Drioed-ta, la ciudad dorada. Cuando finalizó la Última Gran Guerra, en Sitnor se reunieron representantes de cada país, tanto magos como no magos, y allí se firmó la Ley de Protección. Esta ley incluye un tratado para proteger la magia antigua, para que no se vuelvan a utilizar los hechizos que destruyeron Thoria y, por eso, los magos fueron perseguidos y asesinados con relativa facilidad, pero los grandes maestros nos dispersamos y ocultamos, incluso de nuestros propios amigos. Además de los no magos, nuestros enemigos querían acabar con nosotros, tanto como nosotros queríamos acabar con ellos.

«Dos de las grandes maestras de Tesar: Leyna, Hija del Viento del Sur, y Rivka, Señora de las pesadillas, fueron quienes fundaron esta ciudad y llamaron a los magos menores que habían huido de Sitnor después que el tratado se firmó. Ellas dos hicieron las leyes que la gobiernan y se encargaron de que sea una ciudad pacífica. Los magos que llegan son entrenados por ellas mismas. Con el paso de los años, más gente llegó: refugiados, desterrados, gente que no se amoldaba a la ciudad en la que vivía pero, principalmente, magos. Más allá del país en el que hayan nacido y la crianza que hayan recibido, todos se adaptan a las reglas, y tienen prohibido revelar la ubicación de Drioed-ta si alguna vez dejan la ciudad.

—¿Y cómo es una ciudad tan enorme, entonces?

—Bueno… haciendo las preguntas correctas a las personas correctas, puedes llegar sin mayores problemas. La ciudad toda está llena de hechizos y encantamientos que la protegen y ayudan a mantener el orden. Aquí las Leyes de Protección no funcionan, pues Leyna y Rivka se encargaron de anularlas.

—Entiendo. Me preguntaba cómo era que podían sostenerse esas pasarelas sobre el recinto de combate, si apenas tenían una o dos columnas. Y también comprendo porqué en una mansión como esta no hay ningún sirviente.

—Eso es para ahorrar dinero, muchacho, todo lo hago con magia y ahorro muchas monedas en esclavos, alimentos, uniformes y demás.

—¿Esas maestras que mencionó, aún viven? —preguntó Quentin.

—Claro que sí.

—¿Los magos son… inmortales? —preguntó Josh después de tragar con algo de dificultad.

—Por supuesto que no, pero podemos vivir por muchos siglos, si no nos asesinan. Contamos con la ventaja de que nuestro Astro nos protege, por eso es raro que un mago enferme. Puede ocurrir que un hechizo salga mal y acabemos con nuestra vida nosotros mismos o que en una batalla resultemos heridos y no seamos capaces de curarnos,

pero eso rara vez ocurre, no es tan fácil matar a un mago hábil.

—Por un demonio… eso significa que Q va a vivir por siglos y Astor también. —Josh palideció y se llevó ambas manos a la boca. Quentin se puso de pie y miró al mago primero y a Josh después—. No debí decir eso.

—Por los dioses, Josh…

—Astor es mi discípulo, Quentin. Joshua no dijo nada malo, ¿recuerdan lo que ocurrió el día que él nació? —Ambos asintieron—. Yo estuve ahí.

—Ese día Quentin dijo haber oído algo y Noah, su hermano mayor, dijo que era una profecía.

—¿Es necesario que le cuentes todo? —preguntó Quentin, enojado. Josh lo miró y encogió los hombros.

—También la oí. —Lobo Blanco recitó la profecía entera. Quentin volvió a sentarse y se llevó las manos a la cabeza. No había sido capaz de recordarla por completo, pero ahora le sería imposible olvidarla.

—Eso no suena nada bien, señor—susurró Josh—. ¿Quién será Astor, entonces?

—Si la profecía no se rompe, será un peligro tanto para sí mismo como para nuestros enemigos, Joshua. Y eso es lo que estamos intentando hacer, educarlo y ayudarlo para que esa profecía pierda sentido.

—¿Se puede conseguir? —tartamudeó Quentin.

—Todo es posible. Es la razón para que Onix y yo estemos junto a él la mayor cantidad de tiempo posible. Astor no sabe de la profecía, por lo que sería mejor que no la mencionen. Solo lo condicionaría, estaría pendiente de eso a cada instante y, si comete un error, puede llegar a castigarse de tal modo que terminará siendo quien quiere evitar ser.

—¿Cómo podemos ayudarlo nosotros? —preguntó Josh.

—No depende solo de los que estamos a su alrededor. Pueden ocurrir cosas que estén fuera de todas nuestras previsiones y desencadenar el infierno en él. Puede ocurrir que, después de haberlo hecho, él necesite ayuda para volver a ser quien era, puede que sea capaz de hacerlo por sí mismo, o puede que ya no haya regreso.

Para Quentin, las palabras de Lobo Blanco fueron como una puñalada en las entrañas. Era consciente del poder de su hermano, de sus habilidades y de sus conocimientos y si bien eso era algo que lo asustaba, más le afectaba la perspectiva que le había dado el viejo mago sobre quién era Astor.

—Puede haber sido para alguien más —susurró Quentin.

—No nació nadie más, ese día, en Ciudad Capital. Ni siquiera alguien a quién los Astros no hayan bendecido. Tanto Onix como yo estuvimos atentos desde el momento en que la oímos. No hay posibilidades de que sea otra persona.

—Un animal tal vez… alguien en otra ciudad.

—¿Cómo es que funcionan las profecías, señor? —preguntó Josh.

—Una profecía es un mensaje de los Astros. Ellos nos hacen saber ciertas cosas con su cantar. Algunas veces, todos los magos son capaces de oír sus bellas voces aunque en otras ocasiones solo aquellos que estarán más afectados por sus palabras podrán escuchar la profecía.

—Ahora entiendo porqué pude escucharla… sí es Astor —dijo Quentin y Lobo Blanco asintió.

—Ya es hora de descansar, Sitnor queda lejos.

El viejo mago se puso de pie y entró a la casa. Quentin y Josh se quedaron en silencio por largos minutos.

—¿Por qué ahora? —preguntó Quentin—. Todo sucede ahora, todo junto, como un golpe bien dado.

—No lo sé, no sé que decirte. A mí me sorprende tanto como a ti, pero me parece que hay más cosas que aún no me dices.

—Estás en lo cierto, hay cosas que no te he dicho.

—Y tampoco me las dirás…

—No, no lo haré. Es algo que me gustaría guardarme. Pareciera que todos quieren saber todo lo que me sucede. Onix, Astor, el ser que me atacó, mi Astro y ahora también este mago. Entran en mi cabeza, hablan, me dicen qué hacer, qué no hacer… Perdón, Josh.

—Comprendo. —Josh se puso de pie y le dio una palmada en el hombro—. Si necesitas hablar sobre eso en algún momento, sabes que te escucharé.

—Lo sé. Gracias.

37

Cuando el sol asomó en el horizonte, una carreta de madera llegó a la mansión. Parecía que no iba a aguantar ni medio día de viaje antes que se desarme por completo, pero el viejo mago aplaudió cuando se detuvo.

—Vamos, señores, Sitnor nos espera —dijo señalándoles el camino.

—¿Usted también vendrá? —preguntó Josh y empezó a caminar.

—Por supuesto. Debo visitar a un amigo cerca de Ciudad Capital.

—Gracias a los dioses —dijo Josh—, porque no sé cuantos kilómetros pueda durarnos el viaje en este armatoste.

—Ya verás, ya verás. Es la mejor carreta que podría haberse construido —dijo el mago y le dio unas palmadas en la espalda a Josh.

—Los cajones de los pescadores tienen mejor pinta que esto, señor.

El mago soltó una carcajada y subió a la destartalada carreta por una puerta que estaba en un costado. El vehículo era tirado por cuatro animales de largas y delgadas patas, de cuerpo robusto y feo rostro alargado. En Drioed-ta había visto cientos de ellos pero Quentin no supo de su existencia hasta que fueron esclavizados y no era capaz de pronunciar su nombre sin que los que estuvieran a su alrededor rieran a carcajadas.

Quentin no salía de su asombro, ya que reconoció la carreta en el mismo instante en que la vio, la había visto en Sitnor e Ilsa se subió en ella cuando se separaron por primera vez, aunque era tirada por caballos en ese entonces.

—¿Esta carreta es suya? —Quentin se acercó para ver la madera tallada con soles, lunas y estrellas.

—La alquilé. Sube de una vez. —Lobo Blanco se asomó por una de las ventanas por unos segundos. Quentin subió los escalones y entró—. Hay camas para todos, así que viajaremos cómodos.

Quentin se sentó en la cama que estaba junto a la puerta y se dio cuenta que esa, sin dudas, era la carreta de Ilsa. Podía oler su suave perfume a lavandas y había un largo cabello gris sobre los almohadones. Se percató que estaba sonriendo y levantó la vista para

comprobar si lo habían visto pero, para su alivio, nadie le prestaba atención. Miró con detenimiento a su alrededor y vio que a los pies de la cama, entre las mantas dobladas prolijamente, asomaba una correa de cuero. Estiró la mano, levantó las mantas y vio un bolso que tenía muchos bolsillos de distintos tamaños cerrados con hebillas de bronce y Quentin lo reconoció, también. Era el bolso de Ilsa. Volvió a bajar las mantas y escondió la correa debajo de ellas. No quería que alguien más lo viera y lo sacara de ahí. Era una parte de Ilsa que lo acompañaría hasta Sitnor y quería conservarla la mayor cantidad de tiempo posible.

Después que los dos hombres que irían con ellos terminaron de cargar las provisiones, la carreta se puso en marcha con unos cuantos crujidos. A pesar de que no inspiraba nada de confianza, dejaron la ciudad sin contratiempos y recién a mediodía se detuvieron en medio de la nada. Los hombres que los acompañaban sujetaron una lona en el techo de la carreta y, con unas varas que clavaron en la arena, armaron un toldo para resguardar a los animales del sol.

—¿Vieron? Es la mejor carreta jamás creada —dijo el mago cuando se sentaron a almorzar.

—No entiendo… ¿Por qué las ruedas no se enterraron? —preguntó Josh—. Está usando magia, ¿verdad?

—¿Quién sería tan idiota para usar tanta cantidad de magia? ¿Sabes la cantidad de energía que consumiría sostener esta carreta todo el viaje? Ya estaría seco como este desierto, señor —dijo y soltó una carcajada.

—¿Entonces…?

—Chinchillas —susurró el viejo. Los muchachos se miraron confundidos, el viejo volvió a reír y los hombres que viajaban con ellos rieron también.

Uno de los hombres, al que llamaban Aqhú, se inclinó hacia Josh y susurró para que él y Quentin puedan oírlo:

—Acostúmbrense, todas sus respuestas serán inusuales. No se tomen en serio nada de lo que diga durante el día. De noche vuelve a ser… confiable, en algunas ocasiones. Ya podrán darse cuenta.

Josh miró a su amigo y Quentin encogió los hombros.

—¿Por qué no quieres ser mago? —preguntó Lobo Blanco mirando a Quentin.

—Prometí no hacerlo y, además, mucho de lo que me dicen me confunde.

—Ya le he dicho que debe buscar a alguien que le enseñe, pero no me hace caso —dijo Josh—. Seguro que con un buen maestro sería un gran mago. Usted podría enseñarle…

—¿Enseñarle qué?

—Sobre la magia.

—¿Quién es mago? Si conocen a uno deben reportarlo, señores.

—Déjalo —susurró Quentin.

—Por supuesto que hay que reportarlo —asintió Josh mirando al viejo mago.

—Claro que sí. La Ley así lo dice. Reportarlo para su inmediata ejecución. Son un peligro para el mundo los magos, eso son.

Aqhú se acercó a Lobo Blanco y le habló en voz baja. El viejo se puso de pie y entró a la carreta, acompañado por el hombre que lo llevaba del brazo. Pasaron varios minutos hasta que Aqhú regresó.

—Hoy no es un buen día para él, pero dormirá algunas horas y despertará mejor.

—¿Qué le sucede? —preguntó Quentin.

—Los años, la vida. No sé si hay en el mundo alguien que haya perdido tanto como él. Amigos, compañeros, familia. La última Gran Guerra terminó hace más de dos siglos. Pyebra fue derrotada, pero él sigue perdiendo hasta el día de hoy. La historia y los libros hablan de grandes hazañas y de poderosos magos, pero nadie habla de los hombres reales. La historia no es solo un puñado de batallas ganadas, ni lo que se cuenta en diez páginas sobre cada uno. Ni siquiera es lo que puedes ver de un hombre, puesto que las batallas contra las que luchan los de carne y hueso están dentro de cada uno y de esas nadie sabe. —Aqhú hizo una pausa y sacó de su bolsillo una pequeña bolsa de cuero. La abrió, sacó de ella un picadillo de hojas marrones, las puso sobre una delgada, casi transparente, hoja de papel y la enroscó. Cuando estuvo conforme con lo que veía, acercó el cilindro a las brasas y luego llevó a sus labios el extremo contrario al encendido. Aspiró el humo y lo exhaló a los pocos segundos.

Josh miró de reojo a Quentin, que tenía la mirada perdida entre sus pies. Recordó lo diferente que era su amigo desde que dejaron la ciudad para ir al entrenamiento obligatorio. Con el tiempo se había vuelto más callado y más serio. Pasaba noches enteras sin dormir, le costaba levantarse en las mañanas y, cada vez que tenía la oportunidad, bebía cualquier clase de licores que tuviera al alcance de la mano hasta quedar inconsciente. No sabía qué le ocurría, ni qué era lo que le afectaba tanto como para que actúe de esa forma. Josh veía el esfuerzo que hacía Quentin cada día para aparentar que no había

nada malo en él. Pero le preocupaba cuánto tiempo pasaría hasta que deje de hacerlo, cuánto pasaría hasta que se cansara de esforzarse, cuánto faltaría para que se desmorone definitivamente. No podía hacer nada para ayudarlo, puesto que no quería hablar de lo que sucedía y Josh no sabía qué decirle para reconfortarlo.

Ambos estaban peleando en la misma batalla, aunque en distintos frentes.

Quentin se puso de pie y se subió a la carreta cuando Aqhú comenzó a hablar. No estaba de humor para conversaciones profundas, tan solo quería que el viaje continuara para que cada uno pusiera su atención en sus propios asuntos. Había notado la inquietud de Josh y lo entendía, pero contarle lo que sucedía solo iba a hacer que estuviera aún más pendiente de él y no quería eso para su amigo, no se lo merecía.

Se sentó en la cama en la que había estado toda la mañana y, tras comprobar que el viejo mago dormía, levantó las mantas y sacó el bolso de Ilsa. Lo sostuvo entre sus manos por largos minutos hasta que se le ocurrió que podría dejarle una nota en él, para que ella supiera qué le había sucedido.

Sentía una inmensa curiosidad, quería abrir cada uno de esos bolsillos y ver qué cosas guardaba, pero se contuvo y volvió a esconderlo. Decidió que era mejor ponerse a pensar en qué le escribiría y así, también, ocuparía su cabeza en algo.

Josh llegó después de casi una hora y se sentó en la cama frente a él.

—Partiremos otra vez.

—¿Necesitan ayuda con los animales?

—No, ya los acomodaron. ¿Estás bien?

—Si, estamos regresando a casa, ¿qué más puedo pedir?

—Es cierto, ¿qué mejor que volver a casa? —Josh rio y se recostó en la cama.

—Hemos sido afortunados, los esclavos no viven mucho en Drioedta.

38

Drioed-ta

Ilsa estaba apoyada en el marco de la ventana observando la casa del tejado derrumbado cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta. No tenía ganas de escuchar a su madre preguntándole lo mismo una y otra vez: *"¿Cuándo dejarás esa cama?"*

Si era necesario, fingiría dormir, como tantas veces antes lo había hecho.

Hacía más de dos semanas que había comenzado a sentirse mal, el dolor en su pecho y la angustia habían regresado y la habían golpeado con mayor crueldad de la que estaba acostumbrada. Sin dudas Quentin había dejado ya la ciudad y estaba segura de que él estaría sintiéndose de la misma forma, lo que contribuía a aumentar su malestar.

—¿Cuál de todas ustedes es culpable de que Quentin se sienta así? —susurró mirando a las estrellas—. Déjenlo en paz, por favor.

—Ilsa, ¿estás despierta? —Era la voz de su padre, por lo que corrió a la puerta y, cuando la abrió, se colgó de su cuello—. Mi niña, mi pequeña estrella[11].

—Padre, te extrañé, ¿dónde estabas?

—Tu viejo tuvo que hacer un viaje urgente. Toma —dijo y le entregó su bolso—, estaba en la carreta y no lo noté hasta que llegué aquí. Espero que no hayas necesitado nada de ahí.

—Con razón no podía encontrarlo —dijo sonriendo—. ¿Tu viaje estuvo bien?

—Si, mi pequeña. Bajaré ahora, tu madre me espera, pero creí que sería mejor entregarte tu bolso—dijo antes de dejarla.

Ilsa se sentó en su cama y, cuando abrió el bolso, se encontró con un montón de hojas dobladas prolijamente por la mitad.

—Esto no es mío —dijo con el ceño fruncido.

Cuando separó las hojas, vio que estaban escritas y en un primer

momento no fue capaz de entender el idioma, a pesar de que la caligrafía era limpia y clara. Dio vuelta la primera hoja y sus ojos se dirigieron hacia el final, donde leyó la firma de quien las escribía: “Quentin Guna”.

Ilsa sintió que la invadió la emoción y empezó a reír. Al parecer, su padre había comprado y llevado a Quentin a Sitnor y ninguno de ellos lo supo. De haberlo sabido, quizás ella podría haber viajado a Sitnor también. De nada le servía ahora pensar en ello, quería saber qué decían las cartas de Quentin, por lo que se acomodó en la cama y, después de hacer un esfuerzo por recordar los caracteres de Sitnor, leyó:

“Hoja 1

Ilsa:

Quería que supieras que un señor de Sitnor nos compró a Josh y a mí y nos llevará a nuestro país. Esta es la primera noche después de haber dejado Drioed-ta y estoy sentado frente a la fogata. Pedí hacer la primera guardia, ya que me cuesta dormir en las noches y podía usar este tiempo para escribirte estas líneas, aprovechando la soledad y el silencio.

No puedes imaginar lo que sentí cuando vi que viajaríamos en tu carreta, hasta llegué a pensar que tú estarías ahí, pero no fue así. La reconocí apenas llegó a la casa del señor, puesto que la recordaba de Sitnor. Cuando subí me senté en una de las camas, la que está junto a la puerta, y vi que una correa de cuero asomaba entre las mantas que había dobladas. Tiré de ella y ¡era tu bolso!

Puedo asegurarte que la intriga por abrir los bolsillos y curiosear lo que tienes guardado me está carcomiendo, pero intentaré no abrirlos. A mi no me gustaría que alguien mirara mis cosas, así que supongo que a ti tampoco. Pero si lo hago, te lo diré, porque no sé cuantos días pueda contenerme.

—No te atrevas, Quentin… —murmuró.

“No podré saber cómo te encuentras, puesto que no puedes responderme, pero quiero que sepas que estoy bien.

—¡Cuánto me alegro! Ahora estoy mejor que hace unos minutos, Quentin, gracias a ti y a esta sorpresa. —Ilsa comenzó a conversar con la carta, como si estuviera cara a cara con su remitente.

“El viaje fue tranquilo y sin contratiempos. Josh pensó que la carreta se

desarmaría antes de dejar la ciudad pero no fue así y debo admitir que yo pensé lo mismo.

—¡Descarados! ¡Es la mejor carreta jamás construida!

"Ahora te imagino con el ceño fruncido y dándome un codazo entre las costillas, aunque no te vi de esa forma, pero mi hermana suele enfadarse por cualquier mínima cosa que hago y siempre reacciona de esa manera cuando se ofende por algo.

Me hubiera gustado pasar más tiempo a tu lado, tanto como para que pueda verte fruncir el ceño y enojarte conmigo, aunque sea por unos minutos.

—¿Cómo podría enojarme contigo?

"También, me hubiera gustado encontrarte en esta carreta y que hicieras el viaje hacia Sitnor con nosotros. Pero, en ese caso, no sé si podría haberte dejado regresar. Creo que si alguna vez pasamos más de dos días juntos, no seré capaz de dejarte ir. Estuvimos juntos menos de dos horas y fui más feliz que en toda mi vida, ¿te imaginas dos días?

—Tampoco dejaría que te alejaras de mi lado nunca más, Quentin Guna.

"Creo que ya estoy desvariando. Creo que estoy siendo muy egoísta en pensar solo en mí y en lo que quiero, sin siquiera pensar en ti o en tu familia.

Se me termina la hoja y no tengo muchas, así que hasta acá escribiré por hoy.

Te recuerdo.

Quentin Guna

~~~~~

Hoja 2

Ilsa:

El segundo día de viaje ha finalizado y, como ayer, pedí la primera guardia. No he abierto tu bolso, para tu tranquilidad.

—Gracias a los dioses…
~~~~~

“Aunque la intriga continúa, pero supongo que con el tiempo se pasará.

He encontrado tu velo debajo de la almohada, el que usabas cuando me encontraste, y te aviso que lo voy a conservar como recuerdo, aunque no me haga falta un objeto para recordarte.

—¡Ladrón! —murmuró.

“No tengo nada para dejarte a cambio de él, puesto que fui despojado de lo poco que tenía cuando me capturaron. Espero poder encontrar, en algún lugar, algo para que sea un intercambio justo. Ya te diré cuando lo encuentre.

El viaje estuvo bien el día de hoy, salvo por el momento en que Josh perdió la paciencia y casi se golpea con uno de los sujetos que viajan con nosotros. Josh pierde la paciencia con mucha facilidad y estos hombres son bastante molestos, debo decir. Por suerte pude detenerlo antes que lo lastime. Ya has visto el tamaño que tiene Josh y el que lo molestaba no era particularmente fornido. El señor que nos liberó se divertía al verlos discutir, pero no creo que le hubiera divertido si Josh le rompía algún hueso. En fin… cosas que pasan, supongo, es la primera vez que viajamos encerrados en una carreta con desconocidos.

Dejando ese tema de lado, me entristece no poder saber qué has hecho estos días, no hay forma de que vaya a enterarme.

—Han sido una mierda, pero por suerte no lo sabrás.

“Quisiera poder encontrar una forma para hacerlo. Creo que la magia sería de mucha utilidad, pero no sé hacer nada con ella. Fue muy estúpido de mi parte no aceptar la ayuda que me ofrecieron en Sitnor, antes de ir al desierto. Quizás de esa forma podríamos seguir comunicándonos, aunque según noté, tú tampoco tienes muchos conocimientos en ese rubro a pesar de estar en una ciudad llena de magos.

—Debo ocuparme de eso, hubiera sido más fácil separarnos si pudiéramos hablarnos a la distancia.

“Me pregunto cuanto faltará para encontrarnos otra vez…

—Lo mismo quiero saber.

“… y espero que no sea cuando nuestras vidas peligren. Pero si es así, ojalá sea yo quien esté en apuros.

—No digas algo así, Quentin, no…

“No podría soportar verte sufrir.
Ya se me acaba la hoja, así que solo diré que estoy bien.

Te recuerdo.

Quentin.

~~~~~

Hoja 3

Ilsa:

El tercer día de viaje ha finalizado, y hoy no ha sucedido nada. Todo es arena, más arena, sol, viento y calor. Josh hoy apenas si ha hablado dos palabras, supongo que la inactividad le está afectando. Ni siquiera tenemos un par de espadas para entrenar por las noches y, siendo sincero, la idea de recibir golpes de sus puños no es algo en lo que esté interesado en estos momentos.

Debo decir que por un lado estoy ansioso por llegar a Sitnor, pero al mismo tiempo no quiero hacerlo. Creo que dejar de escribirte va a sentirse como separarme de ti otra vez. Quizá continúe haciéndolo una vez que llegue a Sitnor, aunque no sé si algún día lo leerás. Si lo hago, conservaré las cartas, por si quieres leerlas cuando volvamos a encontrarnos.

—¡Por supuesto que las leeré! Creo que haré lo mismo, gracias por la idea —dijo con una sonrisa.

“Me enteré de algo que te interesará. Bueno, lo supe en Drioed-ta, pero no había tenido lugar antes para mencionarlo. ¿Sabes? Cuando estamos juntos, nos rodean cientos, o tal vez miles, de anillos de todos los colores y parecen estar hechos de luz. El señor de Sitnor es mago y me hizo verlos y dice que son parte de la magia que nos une.

—¿Qué? ¿Mi padre es mago? Eso es imposible. Quizás alguien más viajó con ellos y mi padre solo fue por la carreta. Sí, eso debe ser…

“¡Es maravilloso! Si tan solo pudiera explicarte cómo se ven, pero soy un poco torpe para describirlo. Cuando nos separamos esos anillos se estiran y empiezan a perder el brillo, hasta que se separan y se apagan. Pero mientras estamos juntos, esos anillos giran a nuestro alrededor, muy lentamente y cuando nos movemos se agitan y cambian de formas y brillan mucho más. Fue muy emocionante verlo.
~~~~~

Ilsa reía, imaginando como se verían Quentin y ella rodeados de anillos de colores.

"¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

—¿Cómo podría olvidarlo?

"El malestar que sentimos fue porque nuestros anillos se unieron. ¿Y el escalofrío cuando nuestras manos se tocan? Es porque hay unas líneas de luz blanca que unen nuestras manos, como si fueran unas finas cadenas de plata. O al menos esa impresión me dio.

Ilsa soltó las cartas y se miró las manos.
—Quisiera tirar de esas cadenas para que regreses a mi lado.

"Es maravilloso y ojalá algún día seas capaz de verlo. Pensándolo mejor, puede que acepte ayuda de algún mago para aprender a hacer una ilusión así, para enseñártela la próxima vez que nos encontremos. Sería lindo que tú también lo vieras, aunque sea una vez. Sé que pensaré en ello cada vez que te recuerde, porque realmente es algo hermoso y además no podré olvidarlo aunque pasen miles de años.

—Yo también pensaré en ello.

"Entre todas las cosas extrañas que nos suceden, creo que esta es la más extraña de todas. Y también la más bella.

Te recuerdo.
Quentin.

~~~~

Hoja 4

Ilsa:
El quinto día de viaje ha finalizado. Ayer no ocurrió nada destacable, por lo que creí que era mejor ahorrar una hoja. Sin embargo, me di cuenta que necesitaba estos minutos y escribir estas líneas. Es como si estuviera contigo, aunque no pueda verte ni escucharte.
Josh está cada vez más callado y de peor humor. Según dijeron, mañana deberíamos llegar a una aldea. Ojalá así sea, quizá podemos encontrar aunque sea dos palos para practicar y, si no es así, puede que ver un paisaje diferente contribuya a mejorar el humor de Josh.
~~~~

No quería mencionarlo pero, al mismo tiempo, tampoco quiero mentirte. Hoy no ha sido un buen día. Me parece que la distancia en la que nos encontramos está comenzando a afectarme.

—Quentin —susurró con tristeza.

"Supongo que en estos momentos nuestros anillos se están apagando y, con ellos, mi alegría. Perdón por decirlo. Quisiera poder escribir en una hoja nueva, pero no tengo muchas. Quisiera empezar de nuevo y decirte que estoy bien. Pero lo dejaré por hoy. Creo que te haré más daño si continúo escribiendo.

Te extraño. Quentin.

~~~~

Ilsa:

Es la noche del sexto día. Estamos en una pequeña aldea, ya en Sitnor. Discutí con Josh, nos golpeamos y él me rompió la nariz.

Ilsa se llevó una mano a la boca para ahogar una exclamación.

"El señor me ha curado y mi nariz quedó bien. Josh no ha vuelto a hablarme y de momento tampoco sé cómo acercarme a él. Creo que es mejor dejar pasar un tiempo. Los dos dijimos cosas que no deberíamos haber dicho, pero comprendo que los dos teníamos razones para decirlas. Sé que he sido un mal amigo porque no le he hablado sobre ti. Pero sé que si le cuento todo, solo lograré preocuparlo aún más de lo que se preocupa por mí y no quiero que esté pendiente de mis problemas todo el tiempo. No se lo merece y no puedo explicárselo. Lo golpeé primero para dejar que él pueda desquitar su frustración en mí.

Por los dioses, ha sido un día terrible. Creo que ya ninguno de los anillos tiene color alguno. Y si lo pienso, tampoco soy capaz…

Hoja 5

…de ver colores en nada de lo que me rodea. Solo espero llegar pronto a mi hogar, abrazar a mis hermanos y a mis padres. Creo que eso me serviría de consuelo.

Perdóname, Ilsa. Perdóname por preocuparte. Quisiera poder verte sonreír una vez más y así aliviar el dolor que estoy sintiendo. Me conformaría con verte en mis sueños, así sea solo por unos pocos minutos.

Estoy siendo tan desconsiderado y egoísta. Perdóname.

Te extraño.
~~~~

Quentin.

—Yo también te extraño. —Ilsa dejó las hojas a su lado, se cubrió el rostro y comenzó a llorar. De nuevo Quentin había comenzado a sentirse mal, al igual que ella. Pensó que quizás esta vez sería diferente para él, pero hasta su letra era distinta a la de la primera hoja y sus palabras lo confirmaban. Lloró por largos minutos, en silencio, hasta que pudo ser capaz de calmarse. Sabía que lo poco que quedaba por leer no iba a ser agradable, pero necesitaba leerlo.

~~~~

Ilsa:

Ha finalizado el octavo día. En dos días llegaremos a Ciudad Capital. No encontré sentido en escribir ayer. Soy una muy mala compañía en estos momentos. He discutido con Josh y nuevamente dejé que me golpee.

—¿Por qué? No hagas eso —susurró.

"Son días muy malos, pero intentaré arreglar las cosas con él y haré un esfuerzo por estar mejor, te lo prometo. Es deprimente leer lo que escribo y ya no quiero preocuparte más, puesto que tú debes estar sintiéndote igual que yo.

No he abierto tu bolso, ahora que lo recuerdo…

Ilsa sonrió.

"… pero duermo abrazado a él. Me sirve de consuelo tener algo que te pertenece cerca de mí.

Ilsa tomó el bolso y lo sostuvo en sus brazos, como si de esa forma pudiera abrazar a Quentin.

"He encontrado también algo para dejarte a cambio de tu velo. Es un poco ridículo, pero no tengo dinero para comprarte nada.

Ilsa abrió el bolso y comenzó a buscar hasta que encontró algo que no le pertenecía hasta ese momento. Sacó una piedra rectangular, con delgadas rayas en todos los tonos del marrón. Era hermosa.
~~~~

“Es una simple piedra que encontré en el camino ayer cuando paramos a mediodía. Aunque sea tan lisa, suave y brillante, no creo que tenga algún valor en monedas. El hecho de que sea rayada fue lo que llamó más mi atención. Como sea, no creo valga algo, pero puedes preguntar y si tiene valor, puedes venderla y comprar un nuevo velo.

—¿Cómo crees? Jamás la venderé, aunque valga una fortuna.

“Por los dioses, daría cualquier cosa para que estés bien, para que te olvides de mí y de lo que nos une.

—Es lo más terrible y, a la vez, lo más hermoso que podría sucedernos, Quentin. Ojalá no vuelvas a decirlo.

“Sé que no depende de mí, pero si fuera posible, con gusto sentiría tu dolor para que tú estés bien. Lo que más me pesa es saber que tú te sientes mal y que cada vez será peor. Ya casi había olvidado esta angustia y ahora que ha regresado, tan de golpe y con tanta fuerza… maldición, cuánto quisiera saber que estás bien.

—Estaré bien, encontraré la forma de estar bien.

“¿Cuándo volveré a verte? ¿Cuánto tiempo pasará esta vez?

Perdóname, de nuevo mi egoísmo y desconsideración. Te extraño y te necesito tanto. Perdóname.

Quentin.

—Ya no me pidas perdón. —Ilsa abrazó el bolso y volvió a llorar. Podía imaginarse lo mortificado que debió haberse sentido si necesitaba pedirle perdón cada vez que expresaba su malestar. Ambos eran conscientes de lo que les sucedía y, ahora, mucho más que antes. Ilsa secó su rostro y continuó leyendo. Quedaba ya una sola hoja.

“Hoja 6

Ilsa:

Noveno día de viaje. Se supone que llegaremos a C.C. mañana a medio día, por lo que esta será mi última carta. Espero no arruinarla. Al menos pude hablar con Josh en la parada del mediodía, está de mejor humor ahora que estamos cerca de casa, y ya ha notado que no estoy bien. Se ha disculpado por no haberlo visto antes y ha insistido en que le diga qué me

sucede, sospecha que tú tienes algo que ver, pues nos vio en Drioed-ta, pero no escuchó nada de lo que hablamos. No le he dicho, inventé una excusa sin pies ni cabeza, que por supuesto no creyó. Sé que en unos días volverá a insistir así que deberé esforzarme en mostrarle que estoy bien. Solo que no esperaba tanto malestar de repente y me ha tomado por sorpresa. Desearía que a ti no te ocurra lo mismo, aunque sé que te sientes igual y eso es lo que más me atormenta. Sin embargo, te prometo que me esforzaré en estar bien y me gustaría que tú también lo hagas. Por favor, inténtalo. Quiero que tu sonrisa siga siendo la misma la próxima vez que nos encontremos. Quiero ver esa sonrisa inocente y dulce, ¿si?

—Sí, te prometo que me esforzaré en estar bien —sonrió.

"Cásate con el esposo que tus padres buscaron para ti e intenta ser feliz a su lado. ¿Lo harás?

—Ni lo sueñes.

"Quisiera escucharte decir que sí lo harás y que también te esforzarás por estar bien. Aunque en estos momentos, tan solo escucharte decir cualquier palabra me devolvería a la vida, Ilsa.

Me he planteado volver a Drioed-ta cuando el señor regrese, pero he decidido no hacerlo. Sitnor está a un paso de entrar en una guerra con Pyebra. No es mi intención correr a los brazos de la muerte, pero no podría estar tranquilo sabiendo que mi país, mi ciudad está siendo invadida. Tarde o temprano regresaría a Sitnor, aunque no sea de mucha ayuda. Pero la razón más importante por la que no regreso es porque estaría interfiriendo en tu vida. Me dijiste que no te casarías porque me habías encontrado, pero sé que estabas tan confundida como yo y de no haber sido porque tuve un momento de conciencia, quizás hubiera hecho alguna locura de la cual los dos nos arrepentiríamos luego.

Ilsa bajó las hojas y sonrió. Recordó lo que había sucedido en la casa abandonada y se dio cuenta de que aún no sabía bien cómo se sentía respecto a lo que hizo. Ni siquiera estaba segura de qué sentía por Quentin, ahora que él se había marchado. No se arrepentía de haberse acercado a él como lo hizo, pero tampoco sabía hasta dónde se hubiera animado a llegar si él no hubiera recordado que era un esclavo. El hecho de perder su pureza con alguien que era un completo desconocido hubiera sido un escándalo en su familia y, aunque le permitían algunas libertades que no hubiera tenido de

haber sido criada en Tesar, su matrimonio ya estaba arreglado y no había vuelta atrás.

“Viéndolo desde la lejanía, no tiene sentido que canceles tu matrimonio. Tienes todo el derecho y la libertad de casarte y formar tu familia. Quizás ahora coincidas conmigo. Ojalá que así sea.

—No coincido contigo y ya decidí que no voy a casarme. Que me cuelguen si acepto ser la esposa de un desconocido —dijo, aún sabiendo que no tenía otra opción más que aceptar.

“Espero verte pronto y que, cuando nos encontremos, tu sonrisa siga siendo la que recuerdo. Prometo que me esforzaré por estar bien. Que las estrellas guíen tus pasos, Ilsa. Buscaré cuál de todas es nuestra estrella, así la próxima vez, podré decírtelo. Te lo prometo.

—No veo la hora de encontrarte otra vez, porque prometo que te encontraré de nuevo, Quentin Guna. Me enseñarás cual es nuestra estrella y ya nunca más me alejaré de ti.

Ilsa dobló las cartas y las guardó en uno de los tantos bolsillos de su bolso. Tomó la piedra y se acostó. Esa noche pudo dormir tranquila, otra vez.

39

Sitnor Ciudad Capital, diez días antes.

Quentin y Josh descendieron de la destartalada carreta y caminaron más de una hora antes de llegar a las puertas de la ciudad.

—Extrañaba el frío —murmuró Quentin después de pasar junto a los guardias.

—Se nota, hacía bastante que no sonreías por tanto tiempo —Quentin rio—. Qué afortunados hemos sido, Q. Llegué a pensar que moriríamos en esa espantosa ciudad.

—Estuvimos a punto de hacerlo varias veces… ¿Qué haremos ahora?

—¿Ir a la taberna?

—Podría ser, pero me refería a otra cosa… Nuestros padres creen que estamos en la frontera.

—Supongo que les habrán dicho que nos perdimos.

—Por los dioses, es cierto. Quizás hasta nos dieron por muertos…

Regresaron a las puertas corriendo, les dijeron a los guardias quiénes eran y, después de la sorpresa inicial, estos les confirmaron lo que Quentin pensó. Sus familias habían guardado luto por un mes entero después que los intentos de encontrarlos no dieron resultados. Quentin y Josh se sentaron junto a los guardias después que un mensajero fue enviado al Palacio de Gobierno con las noticias de su llegada.

—No puedo esperar aquí —dijo Josh después de unos minutos. Se puso de pie y Quentin lo imitó—. Nos llevaremos sus caballos y se los enviaremos de regreso.

—Por supuesto, señores —dijo uno de los guardias, acompañándolos hacia donde estaban atados los animales.

Para su suerte, la calle principal estaba casi desierta y no tuvieron que detenerse ni aminorar la marcha por temor a lastimar a algún peatón.

Cuando arribaron a la fortaleza, el Gobernador y Rob llegaban caminando. Rob cayó de rodillas en cuanto los vio. Aníbal se detuvo y su rostro palideció de tal forma, que parecía que había visto no a su hijo, sino a su fantasma. A su lado pasó el mensajero que había sido enviado desde las puertas de la ciudad e ingresó por la puerta enrejada. Habló con uno de los guardias, y luego ambos corrieron hacia cada una de las casas del Gobernador y de los Guna.

Quentin desmontó y corrió hacia su padre, que se cubría el rostro con ambas manos. Cuando llegó a él, vio que su cabello, antes negro como la noche, ahora se veía nevado y estaba mucho más delgado. Quentin pensó en cuánto sufrimiento pasó por el corazón de ese hombre para que haya cambiado tanto en tan poco tiempo.

—Padre —susurró. Quentin se arrodilló frente a él y, al abrazarlo, su padre comenzó a llorar como nunca antes.

—Condenados sean los dioses —murmuró Aníbal antes de abrazar a Josh. El Gobernador comenzó a reír y luego exclamó—: ¡Mi hijo está vivo¡ ¡Está vivo!

No pasó mucho hasta que la Dama Ema llegó riendo entre lágrimas para unirse a la alegría de su esposo. Quentin ayudó a su padre a ponerse de pie y luego corrió a abrazar a su madre que caminaba hacia ellos apoyándose en Ara y ambas reían, con los ojos enrojecidos. Elisa llegó hasta él y le tomó el rostro con las manos.

—Mi muchacho. —Quentin sonrió. Todo lo que estaba bien en el mundo, estaba en los ojos de su madre. La paz, el amor, la comprensión. Solo lo notó cuando estuvo en esa ciudad infernal, sin saber si podría ver una vez más a la mujer que le dio la vida, sin saber en qué momento le tocaría a él ser quien arrancara los aplausos del público con su muerte.

—Maldito idiota —susurró Ara cuando se colgó del cuello de su hermano y su madre la reprendió. Rob llegó hasta ellos y Elisa acarició el rostro de su esposo, secó sus lágrimas y besó sus mejillas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Quentin sin soltar a su hermana.

—No pude regresar al entrenamiento después que abandonaron su búsqueda. —Ara se separó de él—. No podía dejar de pensar en que no volvería a verlos.

—Chiquita, perdón—dijo y volvió a abrazarla.

Josh se acercó a ellos y los padres de Quentin lo abrazaron como si fuera su propio hijo. Ara soltó a su hermano y se quedó mirando a Josh. Él se dio vuelta y la vio, pero luego miró a Quentin y a sus padres.

—Con todo lo que ha llorado esa niña —dijo el Gobernador—, no

creo que alguien vaya a decir algo en estos momentos.

Ara parecía estar conteniendo un mar de lágrimas en sus ojos. Josh la miró por unos instantes, que parecieron eternos, y luego la abrazó, levantándola del suelo.

—Por un demonio, cuantas noches soñé con volver a verte, Ara de mi vida —exclamó Josh y Ara rio, abrazada a su cuello. Pero no pasó mucho hasta que Quentin le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Suficiente —dijo con seriedad—. Ya déjala.

—Quentin —protestó Ara, pero Josh hizo lo que Quentin decía.

—Está bien, Ara —susurró Josh, cuyo rostro parecía una fogata ardiente, y no se atrevió a mirar a Quentin.

—¿Por qué siempre…? —Ara comenzó a reprocharle su interrupción, pero no la dejó continuar.

—No te atrevas —dijo mirando a su hermana. Ara abrió la boca, pero su padre le puso una mano en el hombro.

—Aranza.

—Iré a ver a Noah, con permiso —dijo Quentin. *«¿Por qué hice eso? Es mi amigo, es mi hermana, ¿cómo pude ser tan desconsiderado? Por un demonio, debo aceptarlo de una vez»* pensó.

Caminó refunfuñando y apretando los puños hasta el Palacio de Gobierno, entró, corrió hasta llegar al final del largo pasillo y, una vez que llegó, golpeó la puerta con fuerza. Noah abrió enseguida y su rostro quedó de piedra cuando lo vio.

—Tú —susurró—. ¡Eres tú! Yo sabía que no podías estar muerto.

Quentin entró al estudio y abrazó a su hermano mayor.

—Perdón, hermano —dijo y se separó de él—. No teníamos forma de hacerles saber que estábamos vivos.

—¿Qué te sucedió? —Noah cerró la puerta y Quentin se dirigió hacia los desvencijados sillones que había frente a la chimenea. Disfrutaba del frío del invierno, pero su cuerpo lo sufría más de lo que le gustaba admitir.

—Nos esclavizaron. —Quentin se sentó y se quitó las botas. Sentía que tenía dos bloques de hielo por pies, por lo que estiró las piernas y se acercó al fuego.

—Demonios. —Noah se sentó a su lado—. ¿Josh está bien? ¿Regresó contigo?

—Está en la fortaleza, estuvimos juntos todo este tiempo.

—Por los dioses, lo que Ara ha sufrido por ustedes…

—Lo sé… Rojo, uno de nuestros compañeros, también se perdió con nosotros, pero él no logró sobrevivir. Nos usaban para luchar y hacían

apuestas… en el primer evento él perdió la vida. Debo ir a ver a sus padres… Y tenemos mucho de qué hablar. No sé cómo, pero debemos hacer algo para que el señor Aníbal y nuestro padre nos hagan caso esta vez.

—Ahora no, Quentin, después habrá tiempo. Tómate unos días…

—No tenemos unos días, Noah. Han ocurrido demasiadas cosas.

—Vamos a la fortaleza. Después veremos cómo hacemos para ponerlos al tanto de lo que está ocurriendo.

—¿Qué noticias tienes de Pyebra? —preguntó sin moverse.

—Tranquilo, hermano. —Noah rio—. Has regresado de la muerte, ¿puedes darme un respiro? ¿Unos momentos para asimilar el hecho de que has vuelto a casa?

Quentin sonrió. No se había dado cuenta que, para sus familias, ellos ya no volverían.

—Tienes razón, perdóname. —Quentin se recostó en el sillón—. ¿Enara? ¿Astor?

—Están bien. Astor viene cada luna nueva a hablar con Tino Suhrah, el mago de Erjathá. —Quentin asintió—. Enara no quiso dejar a la Dama Ema después que ustedes… ya sabes, por lo que continúa trabajando con ellos. Quizás a partir de ahora dejará de hacerlo, no sabría decirlo. Creo que se ha encariñado mucho con ellos.

—¿No seré tío? —preguntó y Noah rio.

—Aún no. Enara es muy inteligente, aunque no tuvo oportunidad de aprender mucho más que lo básico, pero es algo que le gusta hacer y quiere tomarse un tiempo para ella, para nosotros, así que creímos que era mejor esperar para traer un niño al mundo. Cuando no está en casa del Gobernador, viene aquí a leer. Al principio le costaba entender la mayor parte de las cosas, se interrumpía constantemente preguntándome el significado de las palabras, pero aprende muy rápido y a veces me olvido que ella está aquí, de tan silenciosa que es. —Quentin vio cómo los ojos de Noah brillaban de orgullo cuando hablaba de su esposa—. Incluso más de una vez me ha ayudado en algunas cosas a las que no podía encontrarle sentido. Ella, con solo leerlo y pensarlo unos segundos, me da la solución que quizás estuve horas buscando.

—Vaya, me ha quitado el trabajo de ayudante —dijo Quentin con una sonrisa.

—Ya lo creo, hace todo lo que tú hacías antes de dejar la ciudad.

—Me alegro mucho por ustedes, Noah, en serio.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Sabes a lo que me refiero, Quentin.

—¿Tú también? Te pareces a Ara, no jodas —dijo con una mueca.

—No he dicho nada malo, solo preguntaba…

—Buscaré una esposa. —Quentin tomó las botas para calzarse—. A la mía me la robaron los sujetos que nos esclavizaron. —Noah rio—. De hecho, buscaré dos, como las de Eric.

—Qué idiota eres.

—¿Qué mujer podría ser tan paciente para soportarme, Noah? Josh es la persona que más tiempo pasa conmigo y en los últimos diez días me rompió la cara dos veces… Sería muy desconsiderado de mi parte torturar a una mujer con mis tonterías.

—Josh no es la paciencia personificada, debemos admitirlo.

—Lo sé. Y también me conozco lo suficiente para no desearle a nadie pasar el resto de su vida conmigo. No hay una sola persona aquí a la que le hable de todo lo que me sucede, de lo que pienso o de lo que siento. Tú, Josh, Ara… solo conocen una parte de mí. Ustedes lo saben y lo aceptan, Josh lo cuestiona en cada oportunidad que tiene, pero no soy capaz de hablar de mí mismo con nadie. Las personas que conozco confían en mí, por alguna razón, y me cuentan sus problemas. Y lo que no me dicen, lo deduzco. Termino sabiendo todo de todos, muy a mi pesar, porque hay cosas que es mejor no saber.

—A veces me asustas, ¿sabías?

—Más te asustarías si conocieras a las personas, Noah —dijo y encogió los hombros—. La cuestión es que no quiero casarme, ni voy a hacerlo. ¿De qué sirve compartir la vida con alguien, si sé que no podré confiar en ella? Y no soy capaz de confiar en nadie, por más que lo desee. Dejaría mi vida en tus manos o en las de Ara… Josh me ha salvado la vida en varias oportunidades, de hecho, pero hay cosas que no quiero decir y no las diré jamás. Hay veces que quisiera poder decirlas, pero al mismo tiempo hay algo que me detiene de hacerlo. Siento… me siento débil si hablo de lo que me sucede.

—La gente cambia. No siempre serás la misma persona. Algún día llegará alguien en quien podrás confiar y que te hará pensar de manera diferente con respecto a no querer casarte, ya verás.

Quentin pensó en la sonrisa de Ilsa y, al mismo tiempo, se reprochó por hacerlo. *«Fue solo un momento de insensatez. Deja de pensar en ella de esa forma, demonios, la chica está a punto de casarse».* Quentin frunció los labios en una mueca, le dio un golpe al apoyabrazos y el destartalado sillón crujió.

—¿Qué dije? —Noah se sobresaltó.

—Nada, recordé algo. ¿Vamos a casa? —Quentin se puso de pie y

cuando salieron del estudio, dijo—: Necesito que mañana me ayudes en algo. Hice una estupidez antes de venir a verte —le contó lo que había sucedido con Josh y Ara.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que saques a Ara de la casa mañana, yo iré por Josh y no sospecharán.

—Sería extraño, Quentin. Ara y yo apenas nos hablamos, ¿a dónde podríamos ir juntos? No tiene mucho sentido, le diré a Enara.

—Hablaré con ella entonces, si no te molesta.

—¿Por qué me molestaría? —Noah se detuvo unos segundos para mirarlo y luego movió la cabeza de lado a lado—. Demonios, Quentin.

—Solo decía… es tu esposa ahora y…

—No vuelvas a decir algo así, es ridículo.

El Gobernador dio una discreta cena familiar para festejar el regreso de los muchachos, después de haber ido junto a ellos a la casa de Rojo a informar a sus padres que su hijo perdido había fallecido en el desierto, antes que los nómadas los rescataran. Algo que inventó Quentin en ese momento, ya que no podían decirles lo que de verdad había ocurrido con él.

Ara estaba tan ofendida por lo que su hermano había hecho, que apenas si lo miró, pero Quentin, en cambio, se disculpó con Josh y su amigo hizo lo mismo por haberse excedido. Astor estuvo la mayor parte de la noche en brazos de su recién llegado hermano, pero se comportó todo el tiempo como un niño acorde a su edad.

Cuando la cena terminó y Quentin regresó a su habitación, Onix estaba esperándolo, sentado en medio de su cama.

—*Cachorro.* —Onix ronroneó ni bien Quentin puso un pie en la habitación.

—*Onix, no me alcanzará la vida para agradecerte lo que hiciste por nosotros.* —Quentin se acostó junto al felino y lo abrazó.

—*Te aprecio, cachorro, a pesar de que eres estúpido, irresponsable e insensato.* —Quentin rio.

—*También te extrañé. ¿Sabes? ¡Se llama Ilsa!*

—*¿Estuviste con ella?*

—*Me encontró, Onix, tal como lo prometió. Ninguno de nosotros estaba por morir. Me estaban dando una paliza, pero no iba a morir por eso.* —Quentin le contó al gato lo que había ocurrido, salvo por el momento en que estuvo a punto de besarla—. *Casi no regreso de Drioed-ta, Onix. Pero ella está por casarse y no podía interferir en eso. No*

tendría sentido arruinar su vida.

—¿Por qué lo dices?

—Dijo que no podría casarse después de haberme encontrado. Estoy seguro que solo fue por la emoción de habernos visto otra vez, no por otra cosa. Quizás ahora que nos hemos separado, no piensa lo mismo y puede casarse sin mayores problemas.

—¿Y tú qué piensas sobre eso?

Quentin se puso de pie y comenzó a desvestirse.

—¿De su casamiento? Que es una mierda. Y, cada vez que lo pienso, siento ganas de matar al cabrón que se casará con Ilsa —dijo y arrojó con fuerza una bota al piso.

—¿Acaso quieres casarte con ella?

—No lo sé, Onix, no la conozco. Pero te mentiría si dijera que no quiero conocerla, pues quiero saber todo de Ilsa. Antes pensaba en ella de forma diferente, pero después de haber estado a su lado, siento deseos de saber quién es de verdad.

—Te enamoraste, cachorro.

—No es así. —Quentin quitó las mantas, se acostó y Onix se estiró a su lado antes que el muchacho se cubriera—. *¿Cómo podría enamorarme de alguien que apenas conozco? Pero es tan diferente a las mujeres que estoy acostumbrado a ver en Sitnor. Ilsa es apenas más baja que yo y las mujeres de aquí no llegan a alcanzar la altura de mi hombro siquiera.*

—Claro que sí, conozco a las mujeres de Tesar, allí todas son altas y delgadas.

—Ilsa es muy delgada, y bastante torpe… parece que está a punto de tropezar a cada paso que da, tiene la piel muy blanca y algunos lunares en el rostro. Y su acento es muy extraño, pero me gusta, y tiene la voz suave incluso cuando está molesta.

—Te enamoraste, cachorro.

—No, Onix. Pero sí creo que es hermosa y estoy seguro que nunca me cansaría de verla sonreír. Por eso es que no regresé. Porque me pareció muy bonita en ese momento y creí que era solo por haber dejado de sentirme mal. Sin embargo, ahora me siento mal y sigo pensando que es hermosa y que su sonrisa es bellísima, al igual que sus ojos. Pero bueno… ya está visto que todo va a salirme mal siempre, no debería sorprenderme que la única mujer que me ha parecido hermosa hasta ahora, esté a cientos de kilómetros y a punto de casarse con algún maldito infeliz de Morrau. No veo por qué no se podría sumar una desgracia más a mi vida.

—Los destinos de las personas están muy enredados y nunca se puede saber con seguridad a dónde los conducirán sus pasos. No seas tan

pesimista, cachorro. Quizás Ilsa no se casa y en dos meses está aquí. Deja de lamentarte por cosas que aún no suceden.

—Quién sabe… pero me gustaría que fuera como dices.

—Toma mi garra de una vez, cachorro, y vamos a dormir. Mañana te espera un largo día. —Onix estiró sus patas delanteras y las puso entre las manos de Quentin.

—¿Me despertarás a mitad de la noche para que te abra la ventana así puedes ir a maullar al tejado?

—No solo los humanos se enamoran, cachorro.

—Desafinando como lo haces, no creo que vayas a tener suerte en tus conquistas…

—Ya duérmete y deja de molestarme. No sabes de lo que hablas.

40

Había pasado una mala noche y, otra vez, las pesadillas en las que se veía en la “Pequeña Thoria” lo acosaron durante toda la noche. No había visto qué había sucedido cuando Rojo perdió la vida pero, en sus sueños, podía ver el momento de su muerte una y otra vez. En cada ocasión, estaba a punto de advertirle o de llegar a él, pero nunca podía hacerlo. Lo alcanzaba cuando el gran árbol caía donde él se encontraba. Escuchaba su voz aterrada, el crujido de sus huesos siendo aplastados y el aplauso eufórico del público. Todos los combates eran diferentes, pero todos terminaban de igual forma, con la muerte de Rojo.

A pesar de que había sucedido hacía muchos meses, no podía dejar de soñar con él. Una sola vez, estando en Drioed-ta, había hablado con Josh sobre su compañero y, al igual que él, se sentía culpable por su muerte. Ninguno de los dos hubiera podido hacer nada para evitarlo y ambos lo sabían, por eso acordaron, aunque sin decirlo, no volver a nombrarlo, como una forma de enterrar el dolor y la culpa. Aún así, Quentin soñaba con él cada pocas noches y nunca podía despertarse para ahuyentar al fantasma de Rojo.

En la ciudad del desierto, había visto a varios de sus compañeros quitarse la vida ya sea arrojándose desde el tejado de la mansión del señor Arkghor o con las armas que conseguían en el circuito de peleas. Josh había presenciado una de esas muertes en el recinto, la segunda vez que estuvo allí, y lo sucedido lo había perturbado de tal forma, que pasó varios días sin ser capaz de comer ni dormir. Quentin le preguntó a Naga si podía hacer algo por él, si podía ayudarlo a escapar o, en todo caso, borrar sus recuerdos, pero Naga le contestó que había hecho un juramento mágico que le impedía liberar esclavos.

—*Un recuerdo no se puede borrar para siempre, Quentin* —le había dicho Naga esa vez—, *no puede hacerse desaparecer. Otra mente debe alojarlo en el momento en que sea extraído de su lugar original.*

—*¿A qué te refieres?*

—*A que si le quito algún recuerdo a Josh, debo depositarlo en otra*

mente. Y no solo será el recuerdo, sino también todas las emociones que ese recuerdo cause en él. Tá-qá… a él se le borran sus recuerdos cada vez que va al recinto y estos son depositados en alguno de los otros esclavos. Por eso se quitan la vida tantos aquí. Por qué tienen que cargar con cosas que no les pertenecen. La forma de concebir la vida y la muerte de los habitantes de las Islas de la Luna es muy diferente a la nuestra. Es cierto que son grandes guerreros, pero no toleran la guerra y son el pueblo más pacífico de todos. Para ellos, toda vida es preciada, desde la de una hormiga hasta la de una persona. Piden perdón con lágrimas en los ojos si deben matar un animal para alimentarse, aunque rara vez lo hacen, puesto que ellos lo perciben como una atrocidad.

Quentin había insistido en cargar con los recuerdos de Josh, pero Naga le dio una semana para que lo pensara, no era una decisión que se debía tomar a la ligera. Sin embargo él sabía que no quería pensarlo y, aún teniendo la oportunidad, ni siquiera lo consultó con Onix. Josh la estaba pasando realmente mal. Estaba demacrado y ojeroso, aún más impaciente que de costumbre y había perdido tanto peso después del tercer evento al que asistió, que se le podían contar las costillas cuando estaba sin camisa.

Una semana después de que se lo pidiera, Naga accedió a la petición de Quentin. Se escabulleron en la habitación de Josh en la noche y Naga hizo su trabajo mientras él dormía. Quentin le pidió que elimine sus recuerdos desde el segundo evento, al que Quentin no había ido, y Naga, en un principio, no quiso hacerlo. Era demasiado tiempo y muchas cosas las que habían sucedido. Él no era capaz de borrar recuerdos aislados, sino que borraría todo lo que había ocurrido desde ese momento en específico hasta el último recuerdo que tuviera.

Quentin insistió hasta que logró convencerlo y, una vez que Naga finalizó, el muchacho de ojos verdes y cabello oscuro como la noche estuvo delirando por la fiebre por más de una semana.

Después de eso, cada vez que Josh asistía a un evento, Naga examinaba sus recuerdos. Si había presenciado un suicidio, se lo decía a Quentin y él siempre estaba dispuesto a cargar con el dolor de su amigo, aunque, por las noches, su mente fuera lo más parecido a un infierno.

Un rayo de sol dio en su rostro y lo despertó. Quentin se sentó en su cama, asustado, y le tomó algunos segundos darse cuenta a dónde se encontraba.

Se vistió apurado y fue por Josh, que aún estaba desayunando, por lo que se sentó a acompañarlo. Cuando terminaron, fueron por Noah para ir a hablar con el Gobernador y contarle todo lo que sabían de Drioed-ta y de Pyebra. Como era de esperarse, el Gobernador comenzó a ponerse nervioso ni bien los magos fueron nombrados, palideció cuando le hablaron de la muerte de Rojo y cuando le explicaron con todos los detalles lo sucedido en el recinto de combates de Drioed-ta. Luego, le hablaron de cuando los magos de la reina atacaron Erjathá y lo que estaba sucediendo en Pyebra Ciudad Capital. El Gobernador se rehusó a hacer algo al respecto, escudándose en que había tomado medidas para proteger la frontera con Pyebra.

—No es suficiente —dijo Noah con seriedad—. Estamos hablando de magos y los magos pueden matar a cientos de soldados sin siquiera ponerles un dedo encima, con solo mirarlos.—El Gobernador asintió y se pasó las manos por la cabeza—. Necesitamos magos nosotros también. Los magos de Erjathá están dispuestos a venir a instruir a los que se presenten.

Aníbal los miró en silencio por largos minutos, hasta que al fin abrió la boca.

—No es posible. En la Última Gran Guerra los magos destruyeron la mayor parte del continente. No podemos dejar que eso suceda de nuevo.

—Las cosas son diferentes ahora, señor. La Ley de Protección hizo que la mayor parte de los hechizos sean inútiles. Los magos de Erjathá conocen los hechizos antiguos aunque no pueden recordarlos por el tratado que los protege. Ellos saben cómo romper ese tratado, pero no lo harán a menos que sea necesario. Además, hasta que no acaben con la líder de los Hijos del Águila, no vale la pena arriesgarse. Esa mujer es una bruja de la Antigua Era, malvada y peligrosa. Ella, por supuesto, también conoce esos hechizos, aunque ahora sea incapaz de utilizarlos. De tener la posibilidad de usar la magia antigua, no dudaría en hacerlo para terminar lo que empezó hace tres siglos. La Dama de la Cueva es quien quiso destruir Tesar en la última Gran Guerra y es la misma que ha comenzado esta guerra sin sentido cuando quiso llevarse a Josh y a mi hermano. Al parecer, Tesar sigue siendo su objetivo principal y nosotros estamos en su camino. No sabemos las razones que la motivan ahora, puesto que el Consejo General de Magos de Thoria fue disuelto en cuanto se firmó la Ley de Protección, pero arrasarán Sitnor para llegar hasta allí si no tenemos magos entrenados que detengan a los de la señora Viktoria y Erjathá no puede darse el lujo de dejar a su ciudad sin defensas. Pueden venir

uno o dos magos, pero no más que eso, señor.

—Es como intentar detener con los puños a un lancero a caballo, padre. ¿Qué crees que haremos cuando debamos enfrentarnos a gente como ese mago de Drioed-ta, por ejemplo? A pesar del tratado que anula los hechizos, los magos siguen siendo poderosos. Puede que no vayan a hacer tanto daño como la última vez, pero siguen siendo peligrosos para personas como nosotros, sin esas cualidades.

—Quentin, no has dicho nada en toda la mañana —dijo el Gobernador—. Tú eres mago también.

—No sé hacer nada, señor —se excusó de inmediato—. Alguien me enseñó a proteger mi mente, para evitar que otro mago pueda ver que hay dentro de mi cabeza, pero es algo involuntario, por así decirlo. Una vez que está hecho, no puede deshacerse y tampoco tengo que pensar en que está ahí. Solo está.

—¿Qué opinas de lo que sucede?

—Noah y Josh tienen razón, señor, por eso estoy aquí con ellos ahora. Nuestro mundo ha cambiado y debemos adaptarnos o nos destruirán. Es necesario advertir a Morrau y a Tesar para que también se preparen. Reda Almairon dijo que iban a saquear el continente entero y en aquel momento lo justificó diciendo que iban tras el oro, pero no creo que eso sea cierto. No tiene sentido, no necesitan involucrar a todo el continente en una guerra por el oro de Tesar, siendo que en Pyebra viven tapizados de oro.

«Hay magos de la Antigua Era aún con vida, pero están escondidos. La Dama de la Cueva, la líder de la orden que Noah mencionó, es la causante de este desastre, pero hay al menos tres de Tesar, dos de ellos en la ciudad del desierto. No sé si ellas saben lo que ocurre, ni qué harán en caso de que optemos por no defendernos, pero no creo que vayan a dejar la protección de su ciudad para involucrarse en esto. Ellas entrenan a los magos que llegan a su ciudad, aunque eso no garantiza que vayan a colaborar con nosotros.

«El mago restante va de pueblo en pueblo instruyendo magos en secreto. Él es el maestro de los magos de Erjathá que se enfrentaron a la señora Viktoria. Si mi opinión sirve de algo, debemos ponernos en contacto con los magos de Erjathá y que nos aconsejen sobre cual es la mejor manera para poder hacer salir del anonimato a los magos entrenados y a los que no tienen ninguna clase de conocimiento. Establecer las reglas para el uso de la magia, los límites, sus deberes y derechos y comenzar con sus entrenamientos cuanto antes.

—Bien —dijo el Gobernador—. Pensaré en que medidas tomaremos. Pueden retirarse.

Los tres salieron después de hacer una reverencia y caminaron hacia el estudio de Noah.

—Al menos no enfureció —dijo Josh después de cerrar la puerta. Quentin se acercó a la chimenea y, mientras intentaba reavivar el fuego, Noah y Josh se sentaron en los sillones detrás de él.

—No es mucho, pero ya es algo —dijo Noah—. En veinte días vendrá Tino Suhrah, veremos que noticias nos trae. No ha habido muchos cambios, lo que no deja de ser una suerte. Lo malo es que el rey continúa convocando a más hombres para engrosar sus ejércitos y sus soldados continúan masacrando a aquellos que deciden refugiarse en Erjathá. La ventaja es que el país es muy grande. Movilizar a la gente del norte es un gran problema debido a la falta de caminos por los que circular. No pueden cruzar la selva porque se cruzan con las patrullas de Erjathá. Han desbaratado cientos de caravanas de soldados y reclutas que se dirigían a Ciudad Capital…

—¿A quién demonios se le ocurrió llamar "Ciudad Capital" a cada capital? —preguntó Josh.

—Cuando los primeros reyes se reunieron…

—No es necesario, Noah —murmuró Quentin—. ¿Qué hay de la princesa de Pyebra? ¿Ha vuelto a entrenar con su madre?

—No, incluso atacó a los magos de la reina. La niña aprendió, por sí sola, a hacer murallas en su mente y después de eso abandonó los entrenamientos. Su madre intentó utilizar al espía de Erjathá para conocer cómo las hizo, pero él se lo dijo a la niña. La pequeña enfureció y atacó a tres de los magos más fuertes de la reina. Casi asesina a uno de ellos, el favorito de la señora Viktoria, e hirió a decenas de ellos mientras lo buscaba.

—Esa niña sí que sabe lo que hace… —dijo Josh.

—El espía ha dicho que, después de ese ataque —continuó Noah—, la niña no ha vuelto a utilizar sus poderes y no recuerda cómo hacerlo. Sospecha que la reina esté inhabilitándola de alguna forma.

—Por los dioses —dijo Quentin—. ¿También eso puede hacer? ¿Inhabilitar los poderes de un mago?

—Al parecer, así es. No han podido saberlo con seguridad, pero una persona que sabe utilizar sus poderes, no tendría porqué olvidar cómo hacerlo, a menos que haya algo que se lo impida.

—¿Un hechizo? —preguntó Josh.

—Lo dudo. La niña tiene su mente protegida.

—Una poción —susurró Quentin.

—Puede que estés en lo cierto, quizás estén administrándole una poción, o inyectándola en su cuerpo. Debo decírselo a Tino cuando

venga.

—Hablaré con Astor. —Quentin se puso de pie—. Que se comunique con su maestro y que él lo averigüe cuanto antes. Pueden estar haciéndole un tremendo daño a esa niña.

—Más daño aún del que ya le han hecho, malditos sean —murmuró Josh, imitando a su amigo—. Vamos por Astor.

Cuando salieron del Palacio de Gobierno el sol brillaba en su punto más alto y, a pesar que el día anterior había estado frío y apagado, ese día era radiante, casi primaveral. Quentin recordó las tardes de verano en que iban a pescar al arroyo, fuera de las murallas y, al mismo tiempo, recordó también que esa mañana había hablado con Enara antes de ir a ver al Gobernador.

—Espérame en el laberinto —dijo Quentin—. Iré por Astor.

Josh asintió y se separaron. Cuando Quentin llegó a su casa, encontró a Enara en la cocina, preparando una canasta.

—¿Ya está? —preguntó cuando lo vio entrar.

—Sí, le dije a Josh que me espere en el laberinto. ¿Hablaste con Ara?

—Sí, fue a su habitación a buscar una manta.

—Gracias, Enara, te debo una —dio con una sonrisa—. Dile a Josh que me ocuparé de lo que íbamos a hacer. Iré a ver a Astor.

Enara, que se había llevado un panecillo a la boca, señaló hacia la habitación de la planta baja y hacia allí dirigió sus pasos. Al abrir la puerta, se encontró al pequeño correteando desnudo por todo el lugar, mientras su madre y la nana intentaban alcanzarlo para poder vestirlo. El niño corrió hacia él en cuanto lo vio y Quentin lo levantó del suelo, pero lo mantuvo lejos de él con los brazos extendidos, para que pudieran vestirlo.

—Gracias a los dioses que llegaste, hijo —dijo Elisa y se acercó a él. Quentin se agachó para que su madre le diera un beso en la mejilla.

—¿Está muy inquieto? —preguntó y las dos mujeres lo miraron con ojos agotados mientras intentaban ponerle una camisa al niño—. Lo llevaré a dar un paseo. Es un lindo día, tal vez vayamos a pescar. ¿Qué dices, Astor? —El pequeño comenzó a aplaudir y a festejar—. Entonces deja que te vistan.

Astor obedeció e, incluso, se puso el pantalón él solo. Quentin fue a buscar sus cosas a su habitación y, al bajar las escaleras, se cruzó con Enara, que había regresado sola.

—Todo listo, cuñado.

—Eres grande, Enara.

—Los dos estaban muy sorprendidos por haberse encontrado ahí.

Ara invitó al señor Josh y él aceptó, pero luego dijo que no podía quedarse, porque tenía cosas que hacer. Le dije que te ocuparías, que había sido tu idea que se encuentren en el laberinto y yo solo había ido para acompañar a Ara. El señor Josh rio y su rostro enrojeció como nunca antes —dijo sonriendo—. Ara solo dijo "Mi tonto hermano".

—Espero que puedan disfrutar este día —dijo con una sonrisa—. Ayer en serio que les arruiné su reencuentro, pero me di cuenta cuando ya lo había hecho. No sé por qué me cuesta tanto aceptar que Ara ya no es una niña y que ella y Josh…

—No te mortifiques, al menos hiciste algo para remediarlo. Solo intenta no ser tan odioso la próxima vez —dijo Enara y Quentin rio.

—Lo intentaré, aunque quizás me cueste al principio… Llevaré a Astor a pescar, así que estarán en paz toda la tarde. —Enara rio—. Dile a mi madre que iré a la armería, a ver a la Dama Ema y luego vendré por Astor.

Los hermanos dejaron la ciudad y fueron hacia uno de los arroyos que unían sus aguas al río Mor. En el camino, Quentin le habló sobre lo que había sucedido en Drioed-Ta y le dijo que fue su maestro quién los trajo de regreso a Sitnor, pero el niño no dijo ni una palabra en todo el viaje. Una vez que llegaron y pusieron las cañas en la orilla, Quentin le contó sobre la princesa de Pyebra, y la posibilidad que había de que le estén administrando algo para que no pueda utilizar sus poderes.

—¿Puedes hablar con Tino Suhrah? —preguntó Quentin.

—No conozco el idioma de Pyebra. Hablaré con mi maestro ahora. —Quentin pudo ver que las pupilas de su hermano parecían un torbellino verde, que se fue mezclando a gran velocidad con unas líneas violetas que surgieron desde el centro de su ojo, hasta que fue el único color que podía verse. Astor le puso una mano en el mentón—. Cierra la boca, hermano, o entrarán las moscas.

—Es que no había visto cómo sucedía. Vi otro mago en Drioed-ta, pero sus ojos simplemente comenzaron a brillar. Eran rojos, como los de Tino Suhrah.

—Tienen distintas formas de cambiar.

—¿Y qué sucede cuando un mago tiene los poderes de dos Astros?

—Tendrán un ojo de cada color. Dependiendo a que poder acuda, uno de sus ojos se iluminará, pero puede utilizar los dos a la vez, también, y en ese caso sus dos ojos cambiarán. Ahora sabemos que tu

Astro es una estrella, así que tus ojos se pondrán grises. Si es que alguna vez decides aprender a utilizarlos.

—No había pensado en eso… —Quentin sonrió.

—Ya sé que no quieres aprender…

—Me refería al color de mis ojos, no había pensado que serían así. No lo recordaba. —Quentin se recostó en la hierba—. Habla con tu maestro, ya no te interrumpo.

Quentin esperó a su hermano mientras miraba, entre las hojas de los árboles, como las esponjosas nubes surcaban el cielo con tranquilidad y sin ningún apuro. Siempre le había gustado observar el cielo, sin importar si era de día o de noche, si era celeste o si estaba cargado de nubes blancas o grises. Hacía un tiempo ya que no lo hacía, había estado demasiado ocupado con sus entrenamientos, los estudios en "el encierro" o manteniéndose con vida en Drioed-ta y había olvidado lo reconfortante que era recostarse en la hierba y simplemente mirar el cielo sin pensar en nada más.

—Tino irá al palacio esta noche a ver a su contacto ahí, y espera poder encontrarlo. No deberían verse hasta dentro de cinco días, por lo que probará suerte.

—Los dioses quieran que pueda hacerlo.

—Mi maestro me lo dirá mañana, solo nos queda esperar. ¿Qué harán tú y Josh ahora? ¿Regresarán al desierto?

—No lo sé, no lo creo. Hasta dentro de seis meses no partirá otro relevo, así que supongo que estaremos por aquí. Aún no nos han dicho nada.

—Eso es bueno. Me gusta que estés aquí. Pronto deberé partir yo también y no regresaré por mucho tiempo.

Quentin se incorporó.

—¿De qué hablas?

—Te lo dije ya, te hablé de mi visión. Me iré con mi maestro después que eso suceda.

—¿Qué sucederá, Astor? Dímelo.

—No puedo. Pero queda poco tiempo, menos de dos años. Para ese entonces debemos estar preparados para que lo peor ocurra, Quentin. Y no solo a nosotros, sino a Sitnor también. —Quentin volvió a recostarse—. Sé que no quieres aprender sobre la magia y lo entiendo. Pero yo debo partir con mi maestro. Tú eres un soldado ahora, así que haz lo posible por lograr un cargo importante. Debes decírselo a Josh y a Ara también, ella debe regresar al entrenamiento. Cuanta más gente importante tengamos entre nosotros, más fácil será tener el control. Los magos de la Antigua Era eran más importantes que

cualquier otra persona, solo respondían a su maestro, y, por esa razón, yo estaré por encima de cualquiera de ustedes pero no basta con un mago conocido. Necesitamos estar bien ubicados en los ejércitos también y ese será su trabajo hasta que yo regrese. Deben esforzarse como nunca desde ahora. —Los ojos de Astor volvieron a cambiar de color—. No te asustes, pero verás algo en tu mente. Esto ocurrió hace un tiempo, pero es necesario que lo conozcas.

Quentin vio lo que había ocurrido en Erjathá, cuando la señora Viktoria atacó la ciudad con sus magos. Presenció, con la misma desesperación que tendría una persona que lo está viendo con sus propios ojos, como las cabañas se consumían por el fuego y como los magos de la reina asesinaban a la gente que quería escapar de las llamas. Los vio acabando con las vidas de los soldados que se atrevían a asomarse entre los muros de piedra, sintió el dolor de su brazo siendo arrancado y vio a una maga volver a colocarlo en su lugar. Se vio a si mismo degollando gente, sintió su sangre alborotada y, a su vez, la sangre de sus enemigos deslizarse por sus brazos. Se sintió aparecer y desaparecer en varias oportunidades, sintió odio, dolor, impotencia, miedo, asco, frustración, decepción. No eran sus emociones, sino las de quienes habían compartido esos recuerdos para que ellos puedan verlos y entender lo que sucedía cuando una ciudad era atacada.

Astor se retiró de su mente y las sensaciones se fueron con él. No dijo nada, para darle tiempo a su hermano de asimilar lo que acababa de experimentar.

—Padre tiene que ver esto. Y el Gobernador también.

—Onix lo hará como último recurso, pero en una persona normal, ver esto podría causar un daño irreparable. No lo viven de la misma forma que un mago.

—Vaya, no lo hubiera imaginado.

—Tú pudiste sentir lo mismo que ellos, pero ahora esas sensaciones se han ido. —Quentin asintió después de unos momentos—. En los que no son magos, permanecen por mucho tiempo. Pueden pasar días o incluso meses hasta que logren recuperarse, pero la mente de los magos es mucho más fuerte y es por eso que no te afecta ver recuerdos de esta clase. Puedes recordarlos, revivirlos, pero solo estarán presentes en ese momento y luego desaparecerán.

—Entiendo, por eso es que Onix no lo ha hecho antes.

—Así es. —Astor se puso de pie y caminó hacia donde estaban las cañas, aún sabiendo que no había ningún pez—. ¿Quentin? Tengo hambre.

—Ven. —Quentin sonrió y tomó su bolso—, me imaginé que no pescaríamos nada.

41

—Siéntense y no se muevan por nada del mundo —dijo Noah cuando abrió la puerta del estudio. Sus hermanos y Josh entraron y se apresuraron a acomodarse—. Tino llegará en cualquier momento.

Esperaron en silencio por algunos pocos minutos y, cuando menos lo esperaban, sintieron una corriente de aire y Tino apareció frente a sus ojos. Después de presentarle a Josh, Noah le preguntó qué había sucedido en el Palacio de Las Hojas.

—No encontré a Tareq cuando mi maestro me lo pidió, pero si anoche, cuando habíamos acordado encontrarnos. —Noah tradujo sus palabras a los demás—. Es como ustedes lo suponían, la señora Viktoria está administrándole algo con el agua a la niña. La princesa quiso conocerme, por lo que anoche estaba presente y ella misma me dijo que el único momento que su madre pasa con ella es por la mañana, cuando desayuna, pero le insiste en que beba una copa de agua antes que nada.

—Maldita mujer —murmuró Josh—. ¿No hay forma de escabullirse en sus habitaciones y asesinarla?

—Lo hemos pensado. Incluso la princesa también lo sugirió, pero ella no puede hacer uso de sus poderes y, aunque lo habíamos conversado con Tareq, él no se atreve. La señora Viktoria es fuerte y, si algo le sucede a Tareq, la niña quedaría desprotegida ahí dentro. Reda Almairon detesta a los dos príncipes y los maltrata en cada oportunidad que tiene.

—¿Y el rey? —preguntó Quentin.

—Es un adorno, un títere de su esposa y de su hermano. Les ha dado poder y ahora no puede contra ellos. Tareq me ha dicho que se la pasa encerrado en la Sala Dorada, la sala del rey.

—Qué inútil —murmuró Josh.

—La princesa me ha pedido que los lleve a Erjathá —continuó Tino—. A ella, a Tareq y a su hermano, pero es un riesgo que no podemos correr. Arrasarían la ciudad si saben en dónde están. La única solución que se nos ocurrió es que Tareq cause algún disturbio, o interrumpa a

la señora Viktoria para que la princesa no beba el agua y ver qué sucede. Cuando regrese el mes próximo, les diré qué ha sucedido. Disculpen, pero me retiraré por hoy. Mi padre está con fiebre hace días y mi madre necesita descansar.

Noah y Tino conversaron por unos minutos y luego el mayor de los Guna miró a sus hermanos.

—Iré con Tino.

—Noah, ¿cómo crees? —exclamó Quentin y se puso de pie.

—El padre de Tino está enfermo y los sanadores no han podido curarlo. Ni siquiera la maga sanadora de Erjathá sabe qué le sucede. Iré a verlo y Tino me regresará en cuanto haya terminado de revisarlo.

—Está bien, Quentin. Es importante que Noah vaya —dijo Astor.

Quentin los miró por unos momentos y luego asintió. Noah se apresuró a buscar su bolso y puso en él varios frascos de diversos tamaños.

—Te esperaremos aquí —dijo Quentin. Noah tomó la mano de Tino y ambos desaparecieron.

—Pobre Noah —dijo Josh—, menuda sorpresa se va a llevar cuando llegue a Erjathá.

—¿Por qué lo dices? —Astor se puso de pie, asustado, y lo miró.

—Porque eso de aparecer y desaparecer te revuelve todo adentro, niño —dijo Josh moviendo las manos sobre su abdomen—. Estuve a punto de vomitar cuando Naga me bajó de la montaña.

—Quisiera poder hacerlo, pero mis poderes no me lo permiten. —Astor regresó a su asiento.

—Eso es algo que solo hacen los que tienen el poder del Sol —dijo Josh—, sin embargo hubo quienes poseían los poderes de otros Astros y pudieron hacerlo en la Antigua Era. Lo leí.

—¿Quiénes? Debo preguntárselo a mi maestro —dijo Astor, ansioso.

—*Egil Zvezda* —dijo Onix. El gato entró desde la habitación donde Noah hacía sus experimentos.

—Tu maestro —dijo Josh a su vez—. Uno de los más grandes magos de toda la historia.

—¿Mi maestro? —dijo Astor con asombro.

—Vaya, eres un experto ahora —dijo Quentin. Onix se subió a su falda y se recostó.

—Es interesante la magia. —Josh levantó los hombros.

—*Deberías escuchar a tu amigo, cachorro.*

—¿Quién más? —preguntó Astor—. Es un poco difícil tenerlo como referencia considerando sus habilidades.

—Shrika Valya, la Reina, y Zelig Akhusta, el Dragón Azul.

—*Buenos tiempos cuando los dragones atacaban.* —Onix comenzó a ronronear y Quentin dijo lo que el gato había mencionado.

—He leído también sobre los dragones, había siete en los últimos años de la Antigua Era. El de Zelig Akhusta era uno de ellos. Estaba también el dragón dorado de Verj, el blanco de tu maestro… —Josh se veía entusiasmado al compartir sus conocimientos sobre la Antigua Era.

—¿Por qué lo llaman Lobo Blanco entonces? —preguntó Quentin.

—Porque cuando era joven se parecía a un lobo… su rostro —dijo Josh y miró de reojo a Onix—. Solo los últimos años comenzaron a utilizar a los dragones. Pero todos eran ilusiones, no dragones de verdad. Había un dragón verde que era de Ogdev Wrognia, uno rojo de Shrika Valya, uno plateado de Leyna, que era la esposa de Verj, y uno negro, pero nadie sabía de quién era, puesto que nunca podían ver de dónde salía. El dragón negro fue el primero en aparecer en los campos de batalla y, junto al dragón plateado de Leyna, eran los únicos capaces de escupir fuego de verdad pero solo el negro podía aplastar a sus enemigos o incluso, comérselos.

—Aquí está el dragón negro. —Quentin señaló a Onix.

—Maldición. —Josh se acuclilló frente al gato—. ¿Señor Onix? ¿Usted era el dragón negro? —Onix se lamió una pata y fijó sus ojos en Josh—. ¿Puedo ver su dragón?

—Dice Onix que mañana, al aire libre. Aquí adentro haría un desastre y Noah se molestaría con nosotros.

—Por los dioses, muchas gracias. ¿Puedo acariciarlo? —Josh miró a Quentin y él se largó a reír. Onix saltó a las piernas de Josh y el muchacho lo abrazó.

—Tendremos que dejar la ciudad para que nadie más lo vea, iremos al arroyo en la mañana y Onix nos enseñará su dragón.

—No voy a poder dormir esta noche —dijo Josh, con una enorme sonrisa en el rostro.

—*Nada me haría más feliz que poder enseñarles algo de magia de la Antigua Era* —dijo Onix.

Mientras esperaban que Noah regresara de Erjathá, Onix les contó que los dragones habían sido el resultado de una apuesta. Ogdev Wrognia y el gato competían constantemente para ver quién de los dos lograba algo antes que el otro. Ogdev lo desafió a crear un dragón y utilizarlo en una batalla. Onix, por supuesto, aceptó el reto y lo logró con éxito, venciendo así a Ogdev. Luego Zelig Akhusta, el discípulo de Ogdev, fue desafiado por Onix y Zelig creo su propio

dragón, para gran disgusto de su maestro, que no lograba crear uno que durara más de cinco minutos y se deshacía con el viento.

A partir de eso nació el “Escuadrón de los Dragones de Tesar”, cuando Onix y Zelig decidieron compartir el secreto de su creación y los demás se sumaron a crear los suyos propios.

Tino y Noah regresaron de Erjathá mucho después de la medianoche. Astor dormía en brazos de Josh y Onix sobre las piernas de Quentin cuando aparecieron en un rincón del estudio y los muchachos se sobresaltaron de la sorpresa.

Noah estaba pálido y su rostro sudaba. Quentin se puso de pie y dejó a Onix en la silla para acercarse a su hermano.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué sucedió?

—Es solo la sensación, no te preocupes. —Quentin ayudó a Noah a sentarse y Tino volvió a desaparecer luego de despedirse.

—¿Pudiste ayudar al padre de Tino? —preguntó Josh cuando Noah recuperó el color.

—Sí, su fiebre bajó y despertó. Mientras esperaba a que Mihaí, el padre de Tino, se recuperara, me reuní con los magos de Erjathá y con el Señor Jeno, el Gobernante de la ciudad.

—Por un demonio —dijo Quentin—, deberías habernos avisado, Noah. ¿Qué tal si te sucedía algo?

—Hace meses que estoy en contacto con ellos, Quentin, ¿qué podría pasarme? Además, tampoco solucionarían nada desde aquí. Son gente muy agradable y los magos son sorprendentes. Les comenté sobre las “piedras que reaccionan” y le dije que estoy dispuesto a enseñarle a uno de sus alquimistas a crearlas, para que puedan hacerlo a gran escala.

—¿Estás seguro de regresar? No estoy de acuerdo contigo, Noah.

—*No olvides lo que Astor te hizo ver, cachorro. Es necesario encontrar aliados en esta guerra que se avecina.*

—Voy a consultarlo con Enara llegado el momento, de todas formas. Aún no sé si será necesario que vaya, puedo enviar con Tino una copia de mis anotaciones y esperaré a que me digan si han tenido los mismos resultados que yo. —Noah sonrió—. No te preocupes, lo de hoy fue una emergencia. El padre de Tino es un gran mago, al igual que su madre. De hecho, son sus padres adoptivos, pues sus padres reales, también magos, partieron a Ciudad Capital cuando la señora Viktoria convocó a los magos de Pyebra. Tino escapó y se refugió en Erjathá. Mihaí y Ajác, su esposa, lo llevaron a vivir con ellos después de que los magos de la reina atacaron la ciudad. Ajác me contó que estuvo a punto de matar a su padre verdadero esa mañana y estaba

muy atormentado por lo que había sucedido, tenía pesadillas, no podía dormir y hasta su humor era otro.

—Por supuesto que si, fue terrible lo que sucedió en Erjathá —dijo Quentin a media voz—. Astor me lo hizo ver. Vi cuando Tino enfrentó a su padre y cuando mató a ocho personas en apenas unos segundos. Hay que admitir que el muchacho es realmente habilidoso, pero no quita lo desagradable que fue ver todo eso.

Quentin se quedó en silencio, con la mirada perdida entre los caminos que se dibujaban entre las rocas del suelo, reviviendo las lamentables escenas del ataque a la ciudad de Erjathá. Le causaban tanta impresión y dolor como la primera vez que las vio y Josh debió notar el malestar en el que estaba sumergido, ya que le puso una mano en el hombro para regresarlo a la realidad.

—Vamos, Q. Es mejor que vayamos a descansar. —Josh sostenía a Astor con un brazo y el niño dormía con la cabeza apoyada en su hombro. Quentin asintió y se puso de pie.

—¿Noah?

—Me quedaré aquí, en caso de que Tino regrese y necesite de mi ayuda. Los veré mañana.

—¿Quieres que le avise a Enara?

—Solo la preocuparías, hablaré con ella en la mañana.

42

Grordau[12], Morrau.

«Maldición, si al menos pudiera seguir utilizando el velo para que no vean mis gestos. ¿Qué hay peor que tener que aparentar? Ya sé, casarse con un desconocido» pensó con disgusto.

Parecía una locura que, desde ahora, debería quedarse en esa extraña ciudad junto a su futuro esposo. Estaba acostumbrada a viajar y, además de tener que casarse, la idea de establecerse en un lugar fijo le causaba un fuerte malestar, como si desde en ese momento en adelante pasara a ser no más que una prisionera. Además, las costumbres de Morrau eran las que menos le gustaban de Thoria, sin mencionar la comida, que le parecía espantosa. Tenían la costumbre de comer la carne casi cruda y a todo le ponían grandes cantidades de ajo. El pan era pesado, seco y demasiado tostado para su gusto, en comparación con los blancos y esponjosos panes de Tesar, que eran, por lejos, los mejores de Thoria.

Después de haber leído las cartas de Quentin, Ilsa había hablado con sus padres y les había dicho que no se casaría, pero no lo aceptaron. Su matrimonio ya estaba arreglado y se concretaría el primer día de la primavera. Habían llegado a la ciudad de Grordau, al oeste de la cordillera Selgo, diez días antes para comenzar los preparativos.

Su futuro esposo había sido nombrado Praeth del Distrito 2, por lo que vivía en el castillo ubicado en el centro mismo de la ciudad y, desde allí, podían verse las enormes y blancas cimas de la cordillera recortadas contra el límpido azul del cielo. Era tan impresionante su altura, que se dirían imposibles de escalar. Jamás había visto algo tan descomunal como esa cordillera y siempre se sentía del tamaño de una hormiga al contemplarla.

Ilsa dibujó una fingida sonrisa en su rostro y descendió de la destartalada carreta en la que había viajado por años junto a su

familia. El castillo del señor Damien Enda era un magnífico edificio de brillante piedra negra, que le recordó a los edificios espejados Morrau Ciudad Capital. Su anfitrión los estaba esperando en la puerta de entrada, envuelto en un gran saco de piel de oso. El hombre era tan parecido a Quentin que Ilsa tuvo que mirarlo dos veces para corroborar que no fuera él. Incluso, tenía los ojos verdes, pero era más alto y era unos años mayor que ellos.

«Al menos no es un viejo barbudo y enorme, como todos por aquí» pensó Ilsa.

—Pasen, por favor, o se congelarán—dijo con un ademán, invitándolos a pasar. Los condujo al salón principal, en el que había una gran chimenea encendida frente a los lujosos sillones de madera tallada. Los sirvientes se acercaron para tomar sus abrigos y desaparecieron a los pocos segundos. El Señor Damien los miró, sonrió y dos hoyuelos se dibujaron en sus mejillas—. Espero que hayan tenido un buen viaje, los túneles tienen la ventaja de no verse afectados por las tormentas y el viento.

—Ha estado bien, muy bien —dijo su madre, que parecía hechizada por su futuro yerno. No le había quitado los ojos de encima ni un segundo, ni siquiera cuando Evan, el hermano menor de Ilsa, había intentado llamarle la atención.

—Cuanto me alegro, mi señora. Si no es molestia, señor Zvezda, me gustaría conversar con usted en privado cuanto antes.

—Por supuesto, pero puedes llamarme Egil —dijo. El señor Enda hizo un ademán y su padre lo siguió.

—Quedan en su casa, mis señoras, joven. Los sirvientes los conducirán a sus habitaciones para que puedan asearse. Con su permiso —dijo haciendo una reverencia y luego le señaló el camino a Egil para que lo siguiera.

Damien condujo a Egil Zvezda hacia su despacho y encendió la chimenea con un chasquido de sus dedos ni bien cerró la puerta.

—Tome asiento, maestro —le dijo antes de sentarse.

—Damien, que gusto ver que te has convertido en Praeth, ¡vaya sorpresa!

—No es tan bueno como quisiera, maestro. Pero lo que más me importa decirle es que no me casaré con su hija.

—¿Cómo dices? —Egil se puso de pie y su rostro enrojeció— Esto es una falta…

—Por lo que veo no está enterado —dijo con calma—. El rey

Mesqeu ha sido asesinado y una mujer de la Orden de los Hijos del Águila gobierna ahora. Es por su seguridad, maestro, y la de su familia. Deben dejar Morrau cuanto antes.

Egil se sentó y se llevó las manos a la cabeza.

—No puede ser posible.

—Sí, lo es. Morgana Rostur está en el trono dorado. Asesinó al rey y a toda su descendencia. Han cambiado muchas leyes y han comenzado a reclutar magos, tal como Viktoria Almairon ha hecho en Pyebra. No puede quedarse aquí, no estarán seguros mientras estén en Morrau.

—¿Alguien sabía de tu boda con Ilsa? ¿Los demás Praeths? ¿La reina?

—Solo mi amigo Nathan Bohn, Praeth del Distrito 3, pero le he dicho que la boda se ha cancelado y le he dado una excusa creíble. Él está buscando la forma de desbaratar los planes de Morgana. En un principio la reina comenzó a reclutar hombres para aumentar los ejércitos, y Nathan mandó a decir a la gente de su distrito que emigren a Tesar, mientras él permanece en Ciudad Capital. La señora Morgana… verá, no es que sea una reina muy cuidadosa. Le importa más divertirse que gobernar y Nathan se aprovecha de eso.

—¿Confías en él?

—Con mi vida, maestro. Gracias a él estoy aquí. Para ponerlo a prueba sugerí enviar a la gente a Tesar y él fue el primero en hacerlo. La reina no lo ha notado, ya que los emigrantes debían pasar por mi distrito y, por supuesto, no le he dicho ni una palabra. Mi gente ha comenzado a emigrar a Tesar también, aunque algunos, creo, optarán por quedarse en Sitnor… De cualquier forma, nuestros distritos son los más poblados de Morrau, por lo que hemos cambiado algunos números para evitar que la Reina sospeche. Muchos de nuestros ciudadanos han decidido apoyar a Morgana, pero no todos, y en cuanto comiencen a escasear los alimentos, más serán los que dejarán nuestras tierras. Nos encargaremos de que así sea.

—¿Sabe él de tus poderes?

—No, maestro, no he encontrado oportunidad para decírselo ya que hace meses está en Ciudad Capital y nos comunicamos a través de un mensajero de confianza. No cree en Morgana, pues conoce la Hermandad. Nathan es un hombre muy estudioso, no es nada fácil engañarlo, aunque pasa por ingenuo y dócil. Por eso estamos buscando la forma de contactar con el Gobernador de Sitnor…

—No. No se dirijan al él, pues será inútil. Busquen a Noah Guna, el hijo del segundo. El muchacho está en contacto con mis discípulos de Erjathá y está al tanto de todo lo que sucede en Pyebra. Erjathá tiene

un hombre en el Palacio de Las Hojas, por lo que tienen noticias desde adentro. Hace tiempo que no hablo con ellos, pues hay cosas que es mejor que no sepa. Mi tiempo ya ha pasado y solo sería un peligro para ustedes que esté involucrado en lo que ahora está sucediendo, pero hablaré con alguien para que Noah Guna contacte contigo o con Nathan Bohn.

—No, maestro. Es mejor que nosotros iniciemos el contacto, para evitar que algún mensaje llegue a manos de la reina.

—Entonces le diré sus nombres, para que confíe en ustedes y sus intenciones.

—Eso está mejor. Maestro, si usted quiere, pueden partir esta misma noche. Desde mi castillo pueden acceder a los túneles sin cruzar la ciudad y llegarían a Sitnor en tres días. Puede llevar los hombres que sean necesarios y hay caballos cada pocos kilómetros por si quieren forzar la marcha. Ya he dispuesto de todo para facilitar su viaje fuera de Morrau. Si alguien llega a saber que usted está aquí, si algo llega a ocurrirles, no podría perdonármelo nunca.

—Gracias, hijo. Nos daremos un baño y partiremos enseguida.

—Mis sirvientes tienen preparados alimentos para ustedes y también ropa limpia y mantas, pueden dejar aquí aquello que no esté en condiciones. —Egil se puso de pie y Damien lo imitó—. ¿Maestro? Discúlpeme por cancelar la boda…

—Entiendo las razones, hijo.

—Me gustaría hablar con la señorita Ilsa, para explicarle los motivos. He inventado una excusa para no decirle…

—Ella no quería casarse, de todos modos. La hará feliz saber que seguirá siendo libre.

—Se sentirá rechazada, maestro, aunque no haya deseado casarse.

—¿Ilsa? ¡Ja! No lo creo. Casi tuve que amarrarla para que se suba a la condenada carreta, hijo. Tú no te preocupes por ella, estará bien, ya verás.

Ilsa se asomó por una de las ventanas del salón del castillo del Señor Enda y miró el sol perderse en el inalcanzable horizonte, mientras esperaba a que terminaran de cargar la carreta para partir hacia Tesar. Su padre le había dicho que su casamiento se había cancelado.

«Feliz día, Quentin. Feliz día para mí» pensó con una sonrisa genuina en el rostro. Hacía diecisiete años, a media tarde, ambos habían llegado a este mundo. En ese momento, a pesar de que no estaba junto

a él, Ilsa era feliz.

43

Sitnor Ciudad Capital

Después de haber dejado a Astor durmiendo en su habitación, Quentin despidió a Josh, subió a su habitación y se acostó. Había sido un día demasiado largo pero, aún así, no podía conciliar el sueño. El hecho de tener pesadillas cada pocas noches contribuía a que, inconscientemente, se mantuviera despierto por mucho más tiempo del que le tomaba dormirse antes de caer esclavo.

Para pasar el rato e intentar dormir, cada noche pensaba en lo que hubiera sucedido de haberse animado a regresar a Drioed-ta con Lobo Blanco. Las opciones eran tantas y tan variadas, que se pasaba horas pensando en cada una de ellas y en sus posibles consecuencias.

Ninguna de las noches de desvelo aspiraba llegar a alguna conclusión, solo lo hacía por el gusto de imaginarse junto a Ilsa y, de esa forma, mitigar el dolor que sentía al estar lejos de ella. Le había prometido en sus cartas esforzarse para estar bien y, dentro de todo, lo estaba cumpliendo. Al menos, habían pasado casi tres semanas desde que había llegado a Ciudad Capital y no había probado ni una gota de alcohol en ese tiempo. Cada vez que estaba por rendirse y correr hacia alguna taberna para poder adormecer un poco sus sentidos, pensaba en la promesa que le había hecho.

A pesar de su insistencia, a Josh y a él les habían dado un mes de descanso y aún faltaban diez días para regresar a sus tareas en el ejército. Ambos querían que les asignen algo para hacer, pero no había trabajo para ellos, por lo que intentaba mantenerse atareado durante todo el día, un poco para mantener la mente ocupada y otro para agotarse lo más posible y poder dormir de noche, pero eso seguía sin darle resultado. Había empezado a entrenar con Eric, para que le enseñe cómo utilizar dos espadas a la vez como él lo hacía y casi siempre entrenaba solo por unas cuantas horas, hasta que sus músculos se sentían tan agotados que empezaban a temblar.

Su madre lo había encontrado más de una vez en la cocina a mitad de noche, buscando algo para comer o bebiendo una taza de té. Ella le había recomendado algunas infusiones de hierbas que ayudan a dormir, pero Quentin prefería pasear toda la noche a beber alguna de ellas, ya que le parecían horribles.

"Puedes endulzarlas con miel" había dicho su madre, aún sabiendo que, también, detestaba la miel.

Había hablado con su hermano, pero Noah no quería darle una poción porque podía acostumbrarse a ella y eso aumentaría el problema en lugar de solucionarlo.

Lo único que le ayudaba a dormir era cuando Onix compartía con él algún recuerdo de cuando Ilsa era niña, sin embargo el gato no siempre llegaba temprano y las horas se hacían eternas esperándolo.

La mayor parte de las veces prefería la soledad, pero en ocasiones la noche se le hacía demasiado larga e iba a la caseta de las puertas de la fortaleza o al cuartel a hablar con los soldados, pues siempre tenían alguna anécdota interesante para contar. Varias veces el amanecer lo había encontrado sin que hubiera podido pegar un ojo y, en esos casos, andaba adormecido la mayor parte del día, deseando que el sol llegue al horizonte para poder ir a su cama y, al fin, descansar. Más de una vez había pensado en cambiar el día por la noche, pero le resultaba inadecuado porque, a la noche, no había nada para hacer.

Estaba a punto de dormirse cuando Onix saltó a su ventana y comenzó a maullar. De muy mala gana, Quentin se levantó a abrirle y el felino se escabulló entre las mantas ni bien el muchacho se acostó.

—*¿Cachorro?*

—*¿Qué?*—preguntó, malhumorado.

—*Tengo algo que decirte.*

—*Si es malo, no quiero saberlo. Al menos no ahora.*

—*Damien Enda, el esposo de Ilsa…*

—*No…* —Quentin se tapó, inútilmente, los oídos.

—*… canceló la boda.*

Quentin se sentó de golpe y Onix saltó, asustado.

—*Dilo de nuevo.*

—*Ilsa no se casará. En estos momentos está viajando hacia Tesar con su familia.*

Quentin saltó de la cama y tuvo que contenerse para no festejar ruidosamente la noticia en ese mismo momento.

—*Por los dioses… sí que me has dado un gran regalo de cumpleaños, Onix* —dijo cuando logró serenarse.

—*Y dices que no estás enamorado.*

—No lo estoy. Pero la noticia me alegra más de lo que hubiera imaginado.

—Lo dije solo por molestarte… Lo supe hace unas horas y me hubiera gustado decirlo antes pero, cada vez que te veía, estabas rodeado de gente y temía tu reacción. Hice bien en esperar —dijo el gato, divertido.

—Gracias, Onix.

«Feliz día, Ilsa. Feliz día para mí» pensó. Quentin volvió a acostarse y abrazó al ronroneante felino.

Noah dormía en un sillón cuando alguien llamó a la puerta. Se sentó, confundido, al ver que ya había amanecido. Se levantó, acomodó su ropa lo mejor que pudo y abrió la puerta de su estudio; su esposa estaba en el pasillo, con una canasta en la mano. Se veía extraña, como si estuviera enferma.

—¿Te encuentras bien? Te ves muy pálida. —Noah tomó la canasta, la dejó sobre su escritorio y abrazó a Enara—. ¿Qué sucede?

—Necesito decirte algo —susurró—. Ya no puedo guardarlo por más tiempo.

—¿Qué es? —Noah llevó a Enara hacia uno de los sillones frente a la chimenea y se sentó junto a ella.

—Una vez que me escuches, podrás hacer lo que creas necesario. Repudiarme, anular nuestro matrimonio, enviarme lejos de aquí…

—Eres la luz de mis ojos, el sol que ilumina mis días, mi paz y mi alegría más inmensa. —Noah abrazó a su esposa y le besó la frente—. ¿Cómo crees que podría hacerlo? Sea lo que sea, estoy a tu lado. Siempre estaré a tu lado.

Enara se tomó unos minutos antes de volver a hablar.

—¿Recuerdas a Reda Almairon? —susurró, aún en brazos de Noah.

—Por supuesto, ¿qué sucede con él?

—Yo… yo debía decirle quienes eran Quentin y el señor Joshua. —Noah apenas si fue capaz de escucharla, de tan baja que era su voz—. Era su contacto aquí.

—Enara… ¿Cómo…? —Noah se puso de pie y se llevó las manos a la cabeza.

—También los vi a ti y a Quentin la noche que me encontré con él, detrás de la Posada del Tuerto. Mi misión en Sitnor era infiltrarme en la fortaleza y mantener informada a mi maestra, la Dama de la Cueva, sobre sus movimientos. Los de todos ustedes. Sus horarios, su rutina, sus actividades. Todo lo que ustedes hicieran. —Noah la miraba sin reaccionar—. Perdóname.

Enara se cubrió el rostro y comenzó a llorar. Noah se arrodilló frente a ella y tomó sus manos.

—No lo hagas, no llores —dijo y la abrazó—. No sé cuales fueron tus motivos, ni porqué lo hiciste, pero, por alguna razón, no cumpliste lo que te encomendaron. Ya no llores, por favor.

—Es que siento vergüenza, Noah. Vergüenza por lo que hice, por lo que creía, por lo que estuve a punto de hacer.

—Pero no lo hiciste. Mírame. —Noah le tomó el rostro y secó sus lágrimas—. No hiciste nada malo. Si le hubieras dicho a Reda quiénes eran, ni Quentin ni Josh estarían aquí hoy, probablemente.

—Ambos morirían ni bien Reda tuviera el control de Ciudad Capital. —Enara comenzó a llorar de nuevo y abrazó a Noah.

—Ya pasó, corazón. No debes preocuparte.

—Se vengarán, Noah. Encontrarán la forma de hacerme pagar. —Noah dejó de respirar y le pareció que hasta su corazón se detenía. No había pensado en esa posibilidad—. Por mi culpa perdieron la oportunidad de tomar Sitnor sin tener que movilizar sus ejércitos. Y no se han olvidado de mí, hace una semana encontré en nuestra puerta una insignia de la hermandad.

—Lo saben todo —murmuró Noah—. Viviremos en la fortaleza desde ahora. Y tendrás una escolta…

—Noah…

—… no dejaré que salgas a la calle sola.

—No querrán que yo muera, querrán que sufra, Noah. Matarme sería rápido y fácil. Yo no estoy en peligro. Tú lo estás. Astor, Ara, tu madre, la Dama Ema.

—¿Y tu familia? Debes decirles que vengan.

—No tengo familia, Noah —susurró.

—Pero… —Noah se apartó de Enara una vez más.

—Soy huérfana.

—No entiendo. Tu madre, tu familia… —Enara bajó la vista y movió la cabeza de lado a lado—. ¿Quiénes eran ellos?

—De la hermandad —susurró—. Borré sus recuerdos antes que dejaran la ciudad. Modifiqué en sus mentes lo que no quería que supieran, tu apariencia, la de tu familia, nuestro casamiento.

—¿Quién eres? —Noah se puso de pie y se alejó—. ¿Quién eres? —preguntó para sí mismo, sin esperar una respuesta de Enara. El joven caminó de un lado al otro, con las manos en la cabeza, mirando cada pocos segundos a esa extraña en la que se había convertido su esposa —. ¿Qué es esto? ¿Otro engaño? ¿Te casaste conmigo para cumplir otra misión?

—Noah, por favor, no digas eso.

—¿Qué quieres que diga? ¿Cómo puedo ahora saber lo que es cierto y lo que no? —Enara se puso de pie—. No te acerques. No sé quién eres. No sé nada de ti, no sé lo que es real y lo que has inventado. ¿Cómo puedo…? ¿Y también eres maga? Por un demonio.

Noah le dio la espalda y se quedó pensando por unos minutos en todo lo que había escuchado. Le costaba creer que lo que Enara decía fuera cierto, pero no tenía forma de saber algunas cosas si no hubiera estado presente. Él nunca le había hablado de lo que sucedió en la posada.

—Esperaré en casa —susurró.

—No, no te vayas —dijo y volvió a mirarla.

Enara, que ya había llegado a la puerta, lo miró con los ojos enrojecidos y la tristeza marcada en el rostro.

—Sea cual sea la decisión que tomes con respecto a mí, la acepto, Noah. —La muchacha bajó la vista—. Y quiero que sepas que no me arrepiento de haber usado la magia para protegerlos. Lo haría cada vez que fuera necesario, aún ante cientos de personas.

—No quiero que te vayas y me dejes con cientos de preguntas que no puedo responder. Solo… necesito algo de tiempo, estoy confundido…

—Y también estás decepcionado porque te estuve engañando todos estos años, lo sé.

—No es así, perdóname por lo que dije, perdóname por reaccionar de esa forma. —Noah se acercó a Enara y la tomó de la mano para llevarla nuevamente frente a la chimenea—. Mentir es muy fácil, lo difícil es decir la verdad y enfrentar las consecuencias. Aún necesito asimilar todo lo que has dicho, pero eso no significa que vaya a tomar una decisión drástica sin saber lo que ha sucedido, Enara.

—No puedo decir nada en mi defensa porque dudarás de todo lo que diga de ahora en más. Traicioné tu confianza y te cuestionarás cada palabra que diga de ahora en adelante. Haz lo que debes hacer, repórtame.

—No es la solución, Enara —dijo con calma.

—Te puedo contar que me crié sola en las calles de Garhq Tahok, que mendigaba alimentos pero recibía más golpes que pan. ¿Creerás que es cierto o pensarás que lo estoy inventando? Tal vez creas que no era así, o tal vez dudes si nací en Garhq Tahok o si tenía padres. Lo entiendo, Noah. Yo tampoco confiaría en mí.

—Yo decidiré si confío o no en ti, pero antes necesito entender tu historia. —Noah intentaba hablar con la mayor tranquilidad posible,

para no alterar aún más a su atormentada esposa.

—Astor lo sabe todo. —Enara lo miró fijamente—. Él lo descubrió la primera vez que me llevaste a tu casa.

Otra confesión que se sintió como un mazazo en la cabeza. Noah cerró los ojos y se pasó las manos por el rostro.

—Hablaré con Astor después. —Enara se puso de pie de un salto y su esposo la imitó, asombrado.

—¡Reacciona, maldita sea! —exclamó y Noah la miró, confundido—. ¿Cuánto más falta para que te enojes conmigo? Golpéame de una vez, arrójame a la calle como la basura que soy, llama a los guardias para que me encarcelen. —Noah quiso tomar su mano pero Enara se apartó y empezó a hablar entre lágrimas—. ¿Qué demonios esperas? Ni siquiera merezco que me mires.

Él la abrazó y Enara quiso alejarse, pero Noah no la dejó ir.

—Cálmate, ¿si? Entiendo lo que quieres hacer, pero no lo permitiré —dijo antes de besar su frente.

—No, no lo entiendes —sollozó—. ¿No te das cuenta que si sigo con vida harán lo posible por hacerles daño? Repórtame, por favor.

—Con mi cuerpo como tu escudo… —Enara se removió entre sus brazos y le cubrió la boca con su mano.

—No lo digas, por favor, no lo digas —susurró. Las lágrimas corrían por sus mejillas y Noah sintió que su corazón se rompía en mil partes. Tomó entre las suyas las manos de Enara, las besó y las puso en su pecho.

—¿Acaso lo has olvidado? —dijo con una sonrisa—. Yo no. Yo me casé contigo, con tu pasado y con tus errores, y tú con los míos. Quizás ahora las cosas sean un poco diferentes, pero no por eso te dejaré sola. Si Astor no me dijo nada de ti, es porque confió en lo que le dijiste.

—Noah…

—No voy a cuestionar tus razones ni cómo es que terminaste con esa gente, no necesito hacerte pasar por eso otra vez. Confío en Astor y, por eso, confío en ti.

—Me merezco que me odies.

—Pero te amo, Enara —dijo sin dejar de mirarla a los ojos—. Y me siento el hombre más feliz del mundo cuando vienes aquí en tus ratos libres, cuando me preguntas algo o cuando me ayudas. Mi corazón salta de alegría cuando te miro y me siento como la primera vez que te vi, cuando te acercaste a mí en la entrada de la fortaleza. —Enara lo abrazó con fuerza—. Cuando vienes y te recuestas en el sillón a leer, tengo que hacer un esfuerzo titánico para concentrarme en mis

asuntos, aunque a veces me es imposible y lo único que puedo hacer es mirarte. Para tu tranquilidad, utilizaré los pasillos para venir hasta aquí, saldré a la calle con una escolta y mi familia también. Ya sabes que Astor es mago, él podrá ayudarte a que aprendas más cosas.

—Pero… ¿y la Ley de Protección? —preguntó sin moverse.

—Debemos burlarla. Los planes de Pyebra no nos dejan otra opción. Tú ya los conoces, ya sabes lo que quieren así que no debo explicártelo. Quentin también es mago, pero no quiere aprender a hacer nada.

—Lo sé. También sé del muchachito de Erjathá que viene cada luna nueva. Astor me lo ha dicho.

—Eso me ahorra unas cuantas explicaciones. Y ahora entiendo cómo es que Astor sabía lo de la Dama de la Cueva. No fue su maestro quien se lo dijo.

—Sí, fue él —dijo Enara y se separó de Noah para regresar al sillón frente a la chimenea—, aunque Astor me preguntó sobre ella y le conté todo lo que sabía, aunque no era mucho. Siempre se cuidó de hablar frente a mí.

—De a poco armaremos el rompecabezas que es esa mujer y encontraremos la manera de detenerla —dijo Noah después de sentarse junto a su esposa.

—El problema no es solo ella, sino también sus discípulas. Viktoria, Morgana, Islery y Vanya. Hasta donde sé, ellas serían las futuras reinas de Pyebra, Morrau, Sitnor y Tesar, respectivamente. Viktoria está en su lugar. Morgana debe estar pronta a tomar la corona, si es que ya no lo ha hecho…

—¡Por un demonio! —exclamó Noah.

Alguien llamó a la puerta en ese momento y Noah y Enara se miraron, sobresaltados.

—Quédate del otro lado. Despediré a quien sea.

Enara se encerró en la habitación y Noah caminó hacia la puerta.

—Son ustedes —dijo, aliviado, al abrir. Eran sus hermanos.

—Tenemos algo que decirte —dijo Quentin. Hizo un paso y Noah lo detuvo.

—Ahora no puedo, discúlpenme.

—Es urgente, Noah —dijo Astor y Quentin entró a la habitación, con el niño en brazos—. Noticias de mi maestro. El rey Mesqeu Ravenna de Morrau ha sido asesinado, al igual que toda su familia.

Enara abrió la puerta, miró primero a Astor y, luego, caminó hasta llegar junto a Noah. Quentin los miró, confundido, y Astor sonrió.

—¿Qué sucede? —dijo Quentin.

—Enara es como nosotros. Pero conoce a la Orden del Águila desde adentro —dijo Astor.

—¿Cómo que…? ¿Alguien puede explicarme qué sucede?

—Si, yo, pero no ahora. Deja que termine de hablar con Noah. Como dije, el rey ha sido asesinado y una mujer llamada Morgana Rostur es la nueva reina de Morrau. En el Castillo Blanco ahora ondean los estandartes de los Hijos del Águila.

—Maldición —murmuró Enara y buscó la mano de su esposo.

—Hay dos Praeths que se oponen a ella, aunque le siguen el juego para engañarla. Nathan Bohn y el señor Damien Enda, este último es discípulo de mi maestro. Él le ha dicho que querían contactarse con el Gobernador, pero mi maestro le ha dicho que se dirijan a ti, Noah. Recibirás correspondencia de alguno de ellos.

—Gracias, Astor. Agradece a tu maestro. Estaré atento por si llega algún mensaje de ellos.

—Eso es todo, nos retiramos. —Quentin no se movía de donde estaba y tenía los ojos clavados en Enara. Astor le tomó el rostro para que lo mire—. Vamos, Quentin.

—¿Cómo es que nadie me dijo?

—Reacciona, hermano, hablaremos después. Ellos necesitan estar solos ahora.

—Pero…

—Noah acaba de enterarse, también. Vamos.

Los hermanos dejaron el estudio y Noah miró a Enara.

—¿Qué sabes del distintivo o de las personas que lo dejaron en nuestra puerta?

—Astor me ha ayudado a rastrear a las personas que estuvieron en contacto con el objeto. Sin embargo, cabe la posibilidad de que haya habido más personas involucradas, a eso no lo sabemos. Seguimos el rastro de dos hasta que dejaron la ciudad.

—¿Qué crees que harán?

—Imagina la forma más cruel de hacer sufrir a alguien. Ellos pueden hacer algo aún peor que eso, Noah.

—¿Cómo es posible?

—He visto cosas que no verías ni en tus pesadillas, pero no quiero inquietarte, por eso no lo diré.

—Mi hermosa Enara, si pudiera hacer algo para que olvides todo eso… —Noah acarició su mejilla y ella se abrazó a él.

—La mejor forma de superar a tu enemigo, es conociéndolo. Gracias a los dioses que lo recuerdo, de lo contrario, me encerraría en nuestra casa, pensando que vienen por mí, cuando en realidad las

personas que me importan serán su objetivo.

De pie frente a la puerta de su despacho, Noah se preguntó qué cosas habrían visto esos ojos que parecían ser tan limpios y puros, que lo miraban siempre con amor y orgullo; qué cosas había sido obligada a hacer esa mujer que parecía tan frágil, pequeña e insegura.

Se preguntó quien era en realidad su esposa, si Enara Pirhs era su nombre verdadero o si lo había inventado cuando llegó a Sitnor, se preguntó si alguna vez había tenido un nombre, un hogar, una familia de verdad; si recordaba algo de su infancia, antes de llegar a esa siniestra orden, se preguntó cómo había sido capaz de cambiar el resentimiento con el que había sido criada por todo el amor que era capaz de entregar ahora. Se preguntó de qué sería capaz su esposa, qué cosas había hecho por él, para defenderlo y resguardarlo de su antigua maestra.

Quería saber todo sobre su pasado y, a su vez, no quería perturbarla con esos recuerdos. Sin embargo, a pesar de todas las preguntas que surgieron a raíz de su confesión, Noah tuvo la certeza de que jamás dejaría de amarla.

«Con mi cuerpo como tu escudo, con mi confianza como tu espada, con mis ojos como la luz que guíen tus pasos, con mi voz como la canción que alivie tu pesar, con mis brazos como el lecho donde reposarás en tus días finales, prometo ser quien te acompañe hasta el día en que tu vida deje de iluminar la mía».

44

Palmeras, Pyebra

El templo a Sinmá había sido erigido contra el muro norte, en la zona donde los inmigrantes habían construido sus hogares y donde se concentraba la mayor cantidad de personas adeptas a la diosa. Era una construcción sencilla, de troncos de madera como las casas de la zona, pero sus paredes habían sido revocadas con barro por dentro para poder ser decoradas de la misma forma en que estaban en el templo de la abandonada aldea de Vila. No tenían esperanzas de que el revestimiento resista por mucho tiempo, puesto que el clima era muy diferente al de la desértica aldea. Sin embargo, estaban buscando otras alternativas en caso de que esta fallara.

Vila no había sido capaz de dormir en toda la noche debido a la variedad de emociones que se entremezclaban en su interior. El templo estaba terminado y ella sería la encargada de realizar el primer ritual a Sinmá en la historia de Palmeras. No solo eso, Vila, también, tenía miedo. En cuanto el rito comenzara, el Supremo Sacerdote recordaría a Vila, sabría que había desoído sus órdenes de regresar a su templo, aunque estuviera destruido y la aldea abandonada. Los sacerdotes no pasarían por alto su desobediencia. Sabía de las consecuencias de sus actos, pero la diosa quería perdonarla y ella necesitaba su perdón como al sol en su piel.

El cielo ya había comenzado a iluminarse cuando Vila decidió, finalmente, dejar su cama y ponerse en movimiento. Se vistió con una túnica de seda blanca y adornó su cuello y sus brazos con gruesas cadenas doradas; trenzó su cabellera plateada, colocó en su coronilla una tiara de oro y, cuando se sintió preparada, dirigió sus pasos hacia el nuevo templo.

Vila sonrió, complacida, al llegar y ver que una gran cantidad de personas estaban esperando por ella, aun cuando habían pactado comenzar el ritual a media mañana. No esperaba tal cantidad de gente

y, mucho menos, tan temprano, pero los fieles estaban muy animados y todos ellos vestían sus mejores prendas para tan importante acontecimiento.

El señor Jeno y los consejeros de Palmeras llegaron poco antes del comienzo y Vila tuvo que trasladar el altar hacia fuera, porque el templo había quedado pequeño para la nutrida concurrencia.

La sacerdotisa comenzó a cantar una alabanza a Sinmá y, poco a poco, se le unieron las voces de las casi doscientas personas que la acompañaban. Alguien había llevado un instrumento de cuerdas y se sumó también a ellos, logrando una agradable melodía. Mientras todos cantaban, Vila se quitó un anillo, que llevaba un inmenso rubí incrustado, y lo dejó en el centro de una bandeja de oro que había sobre el altar. Hizo fuego en una vasija de barro e introdujo, primero, un puñado de los frutos de las plantas de *raicar*, un arbusto de frutos amarillos que debían ser cosechados con la luna llena, cuando esta alcanzaba su punto máximo en el cielo. Luego, puso sobre ellos el anillo y, por último, abrió un saco de cuero que colgaba de su cuello, sacó de él una diminuta botella de vidrio, derramó tres gotas del líquido que contenía sobre el fuego y retrocedió, sin dejar de cantar.

Las llamas comenzaron a crecer de a poco y estas dieron vida a una figura humana. Se hizo el silencio en cuanto el fuego tomó la forma de una mujer de largo y llameante cabello, pero Vila los animó a continuar cantando.

La mujer de fuego bajó desde el altar saltando con agilidad entre la gente, que la miraba con una mezcla de felicidad y temor. Ella comenzó a bailar entre los fieles y acariciaba sus rostros y sus manos, sin quemarlos ni herirlos. Tocó a cada una de las personas que estaban presentes y podía oírse el murmullo de una risa infantil sobre las voces que continuaban cantando.

Cuando terminó de saludarlos, caminó hacia el altar, con pasos suaves. Vila miró a su alrededor y vio que todos estaban arrodillados, mirando al cielo y murmurando entre lágrimas y sonrisas, como si conversaran con un ser invisible.

Se arrodilló en cuanto la figura de fuego se acercó a ella y la contempló con fascinación.

—Mi amada diosa, bienvenida sea a Palmeras.

—Mi hija más preciada. —Una voz salió de entre las llamas, una voz dulce y calma, que transmitía paz y sabiduría—. Mi guerrera más joven y valiente, la del corazón lleno de amor.

Vila no pudo más que dejar sus emociones salir desde dentro de su pecho. Hacía tiempo que tenía una espina clavada en su alma y a

nadie le había hablado de lo que le sucedía.

—No merezco sus amables palabras, mi señora —murmuró.

—Mereces todo lo bueno, Vila.

—No, mi señora. Dudé, por largos meses, entre seguir siendo Vila la sacerdotisa o comenzar a ser Vila, la mujer.

—No puede haber una sacerdotisa sin una mujer, Vila. No está escrito que debas dejar de lado a alguna de ellas para ser la otra. Los sacerdotes tienen a sus familias, aunque no lo griten a los cuatro vientos. Tareq Sabah y tú tomaron una dolorosa decisión, pero ambos decidieron desde el amor y el amor es un milagro, Vila, y también un privilegio, puesto que no todos tienen la capacidad de hacerlo. Su amor por ti lo ayudó a despertar y él decidió regresar a Ciudad Capital para redimir sus errores, sacrificando su propio bienestar y su felicidad. Actuó, sin egoísmo alguno, para ayudar al pueblo de Thoria. Puso, por encima de todo, el bienestar de millones de personas, ya que las palabras de Tareq Sabah ayudan a cada instante a proteger a los inocentes; hombres que, de otra forma, hubieran terminado entre las filas de guerreros del rey Kirios, mujeres y niños destinados a morir de hambre de no haber sido por su intervención, aldeas enteras hubieron sido arrasadas si esos hombres que fueron salvados llegaban a la capital. Los magos de Palmeras actúan rápido y de forma precisa gracias a lo que él está haciendo. Tu amor por él te llevó hacia el mismo camino. Sabes que debes ayudar a mantener al pueblo esperanzado, que necesitan de ti y de mí como del agua y del sol. Hubiera sido más fácil para ambos alejarse de aquí, de todo, pero el amor viene en muchas formas, mi amada Vila. Siéntete orgullosa de lo que su amor ha logrado.

La sacerdotisa se cubrió el rostro con las manos y lloró sin poder controlarse.

—Tan solo me gustaría verlo una vez más...

—Llegará su tiempo, mi preciosa Vila. No hoy, no mañana. Pero ten por seguro que llegará y ambos serán libres de todo esto. Sé valiente, sé fuerte. Sabes que a partir de ahora nada será fácil. Cuidaré de ti…

—Cuida de él, mi amada Sinmá, te lo ruego. —Vila miró, suplicante, al rostro ígneo de la diosa.

—No necesitas pedírmelo, lo hago desde el día que decidieron alejarse.

—Mi señora, tan justa, tan buena y noble— sollozó.

—Ten cuidado, mi valerosa hija. Los sacerdotes ya están enterados de que has desobedecido sus órdenes y que he decidido darte mi bendición; ellos tienen muchas formas de hacer la guerra. No atacarán

hoy, ni mañana. Lo harán cuando los hayas olvidado, cuando seas feliz y no pienses en ellos. Cuando no los esperes. Pero te ayudarán, Vila, los tuyos estarán contigo, quienes te aman. Se fuerte, hija.

La figura de fuego se desvaneció sin dar aviso alguno y todos se miraron desconcertados. Poco a poco, se pusieron de pie al notar que la diosa no regresaría y que habían quedado solos. A pesar de eso, una sensación de esperanza y bienestar perfumaba el aire, las personas sonreían y se abrazaban por el milagro que habían presenciado. Habían recibido los consejos y las bendiciones de Sinmá y eso era mucho más de lo que cualquier mortal podría siquiera imaginar.

Los concurrentes, de a uno, se acercaron a Vila para agradecer su intervención y dejaron el lugar luego de hacerlo. El señor Jeno fue el último en acercarse a ella.

—Gracias, señorita sacerdotisa, por lo que ha logrado.

—Solo soy un instrumento de la diosa, mi señor.

—La figura de fuego…

—La diosa Sinmá, mi señor —dijo con amabilidad.

—¿Cómo lo has hecho?

—La señora de los cielos decidió venir a derramar sus bendiciones y consejos sobre sus fieles. No creí que fuera a presentarse ante nosotros, pero la diosa así lo quiso.

—No entiendo.

—Usted no creía en la diosa Sinmá, ¿no es cierto? —dijo con el ceño fruncido.

—No es eso, no me malinterprete señorita, solo que nunca vi una cosa así, Vila —respondió, aún asombrado—. He visitado el Gran Templo desde que tengo memoria, pero jamás presencié una manifestación de este tipo.

—Que no lo haya visto no significa que no suceda, mi señor —agregó con una sonrisa.

—Tienes razón. Creo… creo que me verás más seguido de ahora en adelante.

—¿El consejo de mi señora Sinmá le fue de utilidad?

—Como jamás me lo hubiera imaginado, Vila. Ella conoce el corazón de cada persona mejor que uno mismo.

—Así es, mi señor.

—No dude en hacerme llegar una invitación para el próximo encuentro, señorita Vila.

—Así lo haré, no tenga dudas.

El señor Jeno caminó algunos pasos hacia la calle, pero se frenó y dio la vuelta.

—Supongo que tendremos que pensar en construir un templo de mayores dimensiones —dijo, sonriente.

—¿En serio lo dice? —preguntó sin poder contener la emoción.

—No ahora, Vila, no puedo permitirlo en los tiempos que estamos atravesando pero, quizás, con la colaboración de los fieles podamos solventar algunos gastos, conseguir quienes donen su tiempo en las construcciones… ya lo pensaremos con más tiempo.

—Bendito sea, mi señor Jeno. La diosa cuidará de usted por su generosidad.

—Ya lo hace, niña —el señor Jeno se acercó a Vila otra vez y le tomó una mano—. ¿Qué mayor bendición puedo pretender? Estoy rodeado de gente inteligente, hábil y bondadosa, que actúa desinteresadamente en beneficio de todos, se ayudan unos a los otros, siempre están dispuestos a socorrer a quienes estén en necesidad. Eso, Vila, eso es una bendición mayor que cualquier otra en este mundo.

45

Picos Blancos, Tesar

El viento gélido aullaba y estrellaba grandes copos de nieve en su ventana. Ilsa estaba sentada frente a su escritorio, tenía el rostro apoyado en sus manos y la mirada perdida en algún punto fuera de su habitación, entre los pinos cubiertos por un manto blanco que parecían iluminar en el plomizo atardecer.

Hacía poco más de una semana que habían llegado a Tesar y se habían establecido en la antigua casa de sus padres, donde ella había nacido. Estaba a las afueras de Picos Blancos, una ciudad al noroeste de Ciudad Capital. Habían limpiado el polvo que cubría los muebles y los pisos, habían reparado el tejado de una de las habitaciones y su padre había comprado animales para criar y vender en la ciudad.

Toda había sucedido tan rápido que aún no lograba comprenderlo. Una tarde Evan, su hermano, comenzó a tener fiebre, a las pocas horas enfermó su madre y a la mañana siguiente, ninguno de ellos despertó. Dos días atrás, había ayudado a su padre a cavar dos tumbas en el helado suelo, una junto a la otra, y ninguno de ellos había dicho una palabra después que los despidieron y los encomendaron a la diosa Sinmá. Desde ese momento, su padre se había encerrado en la habitación y no había querido comer. Ilsa dejaba a su lado un plato de comida y lo retiraba, intacto, una hora después. No sabía qué hacer ni qué decirle para que regrese a ella y se sentía más sola que nunca. Ya no le quedaban lágrimas para llorar y no podía recordar cómo era el rostro de su hermano. Había olvidado la voz de su madre, pero su perfume permanecía en la habitación, en la casa, en todos los rincones.

Tenía, frente a ella, la piedra rayada que Quentin le había regalado y a su lado un estuche de cuero cerrado. Hacía tiempo que lo había comprado pero nunca había utilizado los elementos que había en su interior.

Había visto que, en el este de Pyebra, las personas mezclaban unas gotas de agua en un frasco que contenía un polvo negro, luego introducían en él una aguja de plata y lo clavaban en su piel. Lo hacían muchas veces para formar líneas, hasta que esas líneas se convertían en dibujos. Siempre le había gustado la apariencia de la piel tatuada, pero su madre no pensaba igual que ella, por lo que ese estuche, que había comprado cuando tenía doce años, era uno de sus secretos mejores guardados y siempre lo llevaba en su bolso. Esa noche lo abrió, como tantas veces antes, pero en esta ocasión sacó todo su contenido.

Extendió el paño negro en el escritorio y, sobre él, un estuche metálico que contenía finas agujas de plata, un frasco de vidrio vacío del tamaño de su meñique, otro frasco, de mayor tamaño, lleno de polvo negro, y varias tiras de cuero, algunas más anchas que otras, todas ellas perforadas con distintas formas, letras de varios idiomas y números. Ilsa miró cada una de ellas y se decidió por una que tenía números. Puso unas gotas de agua en el frasco vacío y le agregó un poco del polvo negro, lo cerró y luego de agitarlo varias veces, volvió a abrirlo. Sujetó la tira calada a su brazo derecho y tomó una aguja, la pasó sobre una vela, esperó a que se enfríe y la introdujo en el frasco.

El primer pinchazo le dibujó una mueca en el rostro y una gota de su sangre se mezcló con la tinta pero, aún así, estaba decidida a continuar. Cuando terminó de dibujar el primer número en su piel, desató las correas para ver cómo había quedado. Lavó su brazo y, aunque la piel alrededor del número estaba hinchada y enrojecida, se sintió conforme. Se secó, ató nuevamente la tira de cuero con los números en su brazo y continuó clavando su pálida piel hasta que completó la fecha en que la diosa Zarba había arrancado de su lado a su madre y a su hermano. No iba a olvidar nunca ese día, pues lo llevaba escrito en su alma, pero sintió que era una forma de rendirles homenaje.

Cuando terminó, guardó todo en su estuche y arrojó a la chimenea encendida las telas manchadas de tinta y sangre.

Se sentía, de alguna forma, aliviada. El ardor en su brazo atraía tanto su atención, que no podía pensar en su pérdida. Sabía que era temporal, que mañana su piel estaría bien y el dolor en su pecho regresaría, pero le conformaba saber que por unas horas tendría otra cosa por la qué preocuparse. Pensó en Quentin y en lo diferente que sería si él estuviera junto a ella. Tendría con quien hablar, con quien llorar, con quien sentirse cuidada. Pero estaba demasiado lejos y nunca sabría lo que ahora a ella le estaba sucediendo.

Vendó su brazo y se acostó, esa noche no iría a ver a su padre, no tenía ganas de comer ni mucho menos de cocinar. De todas formas, él ni miraba su plato. Pensó que tal vez en la mañana sería capaz de hablarle y sacarlo de su dolor. Lo necesitaba, pero él parecía no notarlo, tan abandonado como estaba a su pesar.

Los dos estaban sufriendo, pero su padre era viejo y estaba cansado, como tantas veces lo había dicho antes. Su madre había estado a su lado por muchos años antes que Ilsa llegara al mundo y, a pesar de lo incómodo que le resultaba a Ilsa, siempre demostraban el cariño que se tenían. No había día en que él no le regalara una flor, la que su madre recompensaba con una sonrisa, un abrazo de largos minutos y palabras susurradas en sus oídos. No había noche en que ella no le cantara una canción mientras él se recostaba en su regazo para recibir sus caricias.

Eso era el amor para ellos y su padre había perdido a la persona a la que le regalaba una flor cada día y ya no tendría quién le cantara una canción por las noches.

Ilsa se levantó y caminó hacia la habitación de su padre, pero se cruzó con él en el pasillo, antes de llegar.

—¿Papá?

—Perdóname, mi pequeña —su viejo padre abrió los brazos y ella lo abrazó—. Tu padre es un egoísta, olvidándote de esta forma.

—No digas eso, papá, los dos necesitábamos un tiempo. ¿Me acompañas a tomar una taza de té?

El hombre asintió con una sonrisa que iluminó su triste rostro.

Sitnor Ciudad Capital

«Otra noche sin poder dormir y Onix aún no aparece».

Quentin se levantó, se vistió, tomó un puñado de monedas y salió de la casa por la puerta principal. Ya no era capaz de soportar el peso del dolor que sentía en su interior y necesitaba, de alguna forma, desconectarse de todo. Había sido un día terrible, igual que los dos anteriores, y tener que fingir que nada le sucedía era tan desgastante como el dolor que sentía en su pecho. Sin detenerse a pensar por un segundo en lo que estaba haciendo, caminó hasta la taberna de peor reputación de Sitnor, cerca de las puertas de la ciudad, y estaba por entrar cuando Eric lo alcanzó.

—¿Señor Quentin?

El muchacho se detuvo y lo miró.

—¿Acaso me seguiste?

—Lo vi de casualidad. No le recomiendo entrar, a menos que quiera perder alguna parte de su cuerpo ahí.

—Me da igual, Eric—dijo de mala gana. Quentin quiso abrir la puerta, pero el hombre lo detuvo.

—Conozco un lugar mejor. Acompáñeme —dijo y comenzó a caminar.

—Llevas el uniforme, no podrás beber conmigo.

—De todas formas no bebo. No lo molestaré, solo lo esperaré en la calle.

—No hace falta.

Caminaron por cerca de media hora y llegaron a una lujosa casa de varios pisos, en la calle principal. Las ventanas de los pisos superiores tenían cortinas oscuras y una delgada línea de luz aparecía allí donde los paños se juntaban. Eric dio tres golpes en la puerta y un hombre de traje negro abrió a los pocos segundos.

—Señor Bohn, adelante.

—Hoy no, solo vengo a acompañar al señor Quentin, pero lo esperaré aquí afuera.

—Por supuesto. Adelante.

—Si causa problemas, no dude en llamarme —susurró Eric, pero Quentin pudo escucharlo.

El hombre de traje acompañó a Quentin hasta un salón de paredes oscuras, iluminado con escasos faroles dorados, que estaba repleto de hombres de trajes costosos y mujeres con finos vestidos bordados con diminutas piedras preciosas y collares de oro en sus cuellos. Se miró a sí mismo y se vio vistiendo su camisa de uso diario arremangada hasta los codos, sus pantalones desgastados y sus botas sin lustrar. Sintió vergüenza por su atuendo pero, antes que pudiera dar la vuelta para salir del lugar, una bella muchacha de vestido carmesí y rubíes en su cuello se acercó a él y lo condujo amablemente hacia una mesa. Quentin pidió cerveza y que no lo molesten. La misma muchacha se acercaba a él antes que su jarro de vidrio se vaciara, y Quentin perdió la cuenta de cuantas veces ocurrió. Cada vez que se acercaba a él, la muchacha sonreía e intentaba una conversación, pero Quentin no estaba de humor para hablar y apenas si respondía.

—¿Tienen ghona? —preguntó en un momento.

—Por supuesto, señor.

La muchacha se llevó el jarro y a los pocos minutos regresó con una bandeja de plata en la que traía una botella de cerámica y un pequeño vaso del mismo material. Quentin le pidió que deje la botella y se

sirvió dos veces. El tibio líquido fue como un fuerte golpe en la cabeza y a partir de ese momento, no pudo darse cuenta de lo que hacía ni de lo que sucedía a su alrededor.

Solo recuperaba la conciencia de a ratos y, en un momento, la muchacha estaba sentada a su lado mientras le acariciaba el rostro, en otro caminaba de su mano por un pasillo en penumbras, al siguiente sus labios recorrían el vientre de esa desconocida que lo había llevado a su habitación.

Quentin abrió los ojos y vio a Eric. El hombre estaba intentando despertarlo.

—¿Qué demonios…? —preguntó e intentó sentarse. La cabeza le pesaba y sentía que podía vomitar en cualquier momento.

—Vamos, señor, no falta mucho para que amanezca. Lo acompañaré a la fortaleza.

Eric lo ayudó a vestirse y dejaron la habitación. Quentin se dejaba guiar por el Capitán de la Guardia como si fuera un crío dormido, apoyado en el enorme Eric.

—¿Cuánto debe? —preguntó. Quentin se sentía tan mal que no quería levantar la vista para ver lo que ocurría frente a él.

—10 monedas de plata, señor Bohn —dijo una voz femenina.

—Maldición, ¿cuánto bebió? —murmuró Eric y luego agregó—: No importa. Señor, ¿cuánto tiene?

—No lo sé, Eric. —Quentin comenzó a rebuscar en sus bolsillos y sacó un puñado de monedas de cobre.

—Con esto no hacemos nada, maldito chico —se quejó y luego agregó—. Vendré en unos momentos, lo llevaré a la fortaleza y pediré el dinero a su padre.

—¿Y quién es su padre? Si puede saberse, por supuesto.

—El Señor Robnan Guna. Agradecería su discreción, Señorita, usted entiende.

—Por supuesto. Pueden salir por la puerta de atrás y un carruaje los llevará. Cortesía de la casa.

Quentin entró tambaleándose por la puerta de la cocina y su madre estaba ahí, preparando el desayuno.

—¡Quentin! ¿Qué te sucedió? ¿Dónde estabas? ¿Te encuentras bien?

—Son demasiadas preguntas para un solo Quentin —dijo arrastrando las palabras—. A ver… Sucede que me emborraché. Estar, estaba en un prostíbulo y me siento como el carajo, madre.

—¿Por qué, Quentin? ¿Qué sucede contigo?

—Quiero bañarme con agua hirviendo y arrancarme la piel, madre. —Quentin apoyó la espalda en la puerta y se dejó caer hasta el piso, con las manos en su cabeza—. Pasé la noche con esa muchacha y no recuerdo sus ojos, su rostro ni su voz. Quiero rascarme con un cepillo hasta arrancarme la piel. Por los dioses, siento tanto asco por mí mismo.

—¿Qué dices, hijo? —su madre se acuclilló frente a él y le tomó el rostro.

—Le prometí que estaría bien pero no estoy bien, no puedo estar bien.

—¿A quién le prometiste?

—No debo decir su nombre. Suena horrible nombrarla con estos labios, con esta voz y con esta culpa, madre. ¿Cómo podría decirlo? Sería ensuciar su recuerdo de la peor manera. Y la recuerdo, aún como estoy, la recuerdo, cuando solo quiero olvidar, nada más que olvidar.

Quentin se levantó, corrió como pudo hacia el patio y su madre fue tras él. Se apoyó en el árbol más cercano y vomitó todo lo que había bebido esa noche.

—¡El jazmín! —exclamó Elisa—. Me vas a matar el jazmín con esa peste, ¿qué tenías en el estómago?

Quentin oyó la voz alarmada de su hermana, preguntando qué sucedía.

—Ve por un balde con agua, este desgraciado me va a matar el árbol. Y trae a tu padre también. Que sean dos baldes con agua, hija.

Quentin se sentó en el banco mirando a la nada, sin prestar atención a las preguntas que su madre le hacía ya que todo frente a él daba vueltas a una velocidad vertiginosa y los oídos le zumbaban. Después de lo que pudo ser un minuto o una hora, Ara le puso una mano en el hombro y dejó un balde frente a él.

—Te ayudaré a lavarte —le dijo.

—Ve a casa del Gobernador, Ara —dijo Quentin sin levantar la mirada.

—¿Quieres que traiga a Josh?

—No, quiero que te vayas. No quiero que me veas, no quiero que me recuerdes así.

—No puedes alejarme de ti ahora que me necesitas, Quentin.

—Vete, por favor —murmuró.

—Haz lo que tu hermano dice, te llamaré cuando esté mejor —susurró Elisa—. ¿Y tu padre?

—Ya salió, pero enviaré a alguien por él.

Quentin escuchó cerrarse la pesada puerta de madera que separaba su jardín del patio central y miró a su madre. Quiso desprender los botones de su camisa, pero sus manos no conseguían hacerlo.

—Te ayudaré, hijo. —La mujer lo desvistió y tiró la camisa a un lado.

—Quémala, madre, no quiero recordar esta noche, ni lo que sucedió.

—Dime qué te sucede —dijo y acercó un paño húmedo para limpiarle el rostro.

—Rompí mi promesa. Ya no valgo nada, un hombre sin palabra no vale nada, madre. Le prometí que estaría bien y mírame. ¿Esto es estar bien? —Quentin comenzó a rascarse los labios y el cuello, dejando marcas rojas en su piel—. No sé que labios he besado, no sé que cuerpo he tocado, madre.

—Quentin, por los dioses, ya déjate en paz. —Su madre le sujetó las manos antes que logre lastimarse.

—Bebí tanto que apenas soy capaz de recordar lo que hice. Y lo que recuerdo… Demonios, madre, ¿cómo pude?

—No es tan terrible, estabas borracho, no sabías lo que hacías y ella no lo sabrá.

—Yo lo sé, madre. Y eso es suficiente. —Quentin se liberó de su madre y comenzó a rascarse los brazos.

—¿Dónde demonios está tu padre? —preguntó con desesperación. Quentin se distrajo cuando la puerta se abrió y su madre lo sujetó de nuevo—. Gracias a los dioses, Josh.

—¿Qué sucede? —dijo su amigo.

—Está borracho y diciendo incoherencias. Se está lastimando, no lo entiendo.

—¿Qué tienes, Q?

—Culpa. ¿Cómo se quita la culpa, Josh? —Quentin se liberó de las manos de su madre y empezó a rascarse el abdomen y el pecho, pero Josh llegó hasta él y le sujetó las manos con fuerza.

—Detente, estás asustando a tu madre. —Josh lo ayudó a ponerse de pie—. Lo llevaré a su habitación y haré que tome un baño. Tal vez así se reponga. —Josh intentó que Quentin camine, pero sus piernas parecían no querer sostener su cuerpo—. Colabora, por un demonio, pesas demasiado.

—No soy yo. Es mi culpa la que pesa, Josh.

—Cierra la boca y pon un poco de tu parte, maldición. —Josh intentó acomodar su brazo para sostener mejor a Quentin—. Disculpe mi vocabulario, señora.

—Está bien, querido. Gracias por haber venido.

Elisa caminó delante de ellos, los acompañó hasta la habitación y luego se retiró. Josh levantó a Quentin y lo sentó dentro de la tina. El agua fría hizo que regresara a sus sentidos en menos tiempo del esperado.

—Maldito seas —se quejó Quentin, resignado.

—¿Yo? ¿Maldito yo? —Josh tomó un balde con agua y le arrojó el contenido sobre la cabeza. Quentin protestó y quiso ponerse de pie, pero Josh lo mantuvo sentado—. Mírate, mira tus brazos, mira tu cuerpo. —Quentin bajó la vista y comprendió a qué se refería. Tenía marcas en todas partes y algunas de ellas le picaban—. Tu madre te vio lastimarte de esa forma y Ara llegó llorando a casa. ¿Qué demonios sucede contigo? Yo debería arrancarte las entrañas por hacerles esto. —Josh sacó ropa del armario y la dejó sobre una silla, junto a la tina—. Me iré ahora, pero luego hablaremos tú y yo. ¿Entendido?

—Perdón, Josh.

—¿Necesitas algo? —preguntó al llegar a la puerta.

—Deshacer lo que hice —dijo sin mirarlo.

—Intenta descansar, vendré a verte en la tarde.

Josh bajó las escaleras y caminó hacia la cocina. Allí estaban los padres de Quentin esperando por él, sentados frente a dos tazas de té.

—¿Cómo está? —Rob se puso de pie en cuanto lo vio.

—Ya se ha despejado un poco. Le dije que intente dormir, que vendría a la tarde a hablar con él. ¿Qué le sucedió? —Josh se sentó frente a ellos.

—El Capitán Bohn fue a verme. Me dijo que anoche lo vio salir de la fortaleza y lo siguió. Estaba por entrar a una taberna de mala muerte pero lo detuvo y lo llevó a una casa privada de la calle principal…

—Por un demonio —dijo Josh, pero luego se disculpó por lo inapropiado que había sido frente a los señores Guna—. ¿Por qué no lo trajo de vuelta?

—Porque ya no es un niño. Pensó que era mejor que esté ahí, al menos las mujeres están limpias y sanas en ese lugar. —La señora Elisa se llevó una mano a la boca para ahogar una exclamación y Rob la abrazó—. Disculpa, querida, esto es tan incómodo para ti como lo es para mí. Como decía, el Capitán se quedó afuera esperando toda la noche hasta que alguien lo llamó desde adentro. Quentin estaba

absolutamente borracho en una habitación. Su chiste me costó 10 monedas de plata.

—¿Cómo dem…? Perdón —murmuró Josh—. 10 monedas… ¿Tanto puede beber una persona?

—No lo sé, pero tendré que hablar con él sobre esto. Echará su vida a perder si este comportamiento se repite.

—No es de ahora, señor —dijo Josh—. Desde que empezamos el entrenamiento que lo hace. Muchas veces lo he detenido, pero otras tantas no llegué a tiempo. Se las ingeniaba para robar botellas de lo que sea de la bodega de los Comandantes. Lo extraño es que al día siguiente estaba como si nada hubiera pasado y no se quejaba de ningún malestar por haber bebido de más.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Rob.

—No lo sé. Parece estar triste todo el tiempo, como si estuviera apagado y sombrío.

—Se refirió a alguien, pero no dijo su nombre. —Elisa tomó la mano de su esposo—. Solo que le había prometido estar bien pero que no podía hacerlo. No pude saber nada más. —Elisa sollozó y se cubrió el rostro—. Dijo que sentía asco de él mismo y quería arrancarse la piel.

—Ahora entiendo porqué se lastimó de esa forma. Estando en Drioed-ta desapareció por un par de horas y regresó con una muchacha, aunque no supe quién era y las mujeres allí llevan velos que ocultan sus rostros. No quiso decirme su nombre —dijo Josh y, aún sabiendo que se llamaba Ilsa, no lo mencionó—. Dijo que la había conocido aquí antes de ir al Campo de Entrenamiento. Le quitó importancia diciendo que solo habían hablado unas pocas palabras, sin embargo discutieron frente a mí y no como si fueran desconocidos, precisamente. No pude escuchar lo que hablaban, así que no es de mucha utilidad lo que sé. Los días que le siguieron a su encuentro parecía el mismo Quentin de antes, pero luego volvió a retraerse y a apagarse. Quizás a ella se refería hoy. He insistido muchas veces, pero nunca me habla de lo que le sucede, y solo se ha molestado conmigo cuando la he mencionado. Me imagino que esa muchacha algo tiene que ver, pero no sé nada más, perdónenme.

—¿Por qué no habla contigo?

—Eso quisiera saber, señor. Tendré que estar más al pendiente de él para que no vuelva a repetir lo de anoche.

46

Astor estaba sentado en el jardín, viendo a su madre quitar las flores secas de un arbusto, cuando el gato negro llegó y se recostó a su lado. Astor lo miró con una sonrisa y acarició su brillante pelaje.

—*Necesito decirte algo* —dijo Astor.

—*¿Qué sucede?*

—*A los pocos días de nacer tuve una visión. En su momento no lo entendí pero, con el tiempo, cuando comencé a conocer a la gente de mi entorno, lo que vi comenzó a tener sentido. Mis padres, el Gobernador y la Dama Ema morirán.*

—*¿Estás seguro?*

—*Si. Vi a mis hermanos, a Josh, a Enara y a otra gente que aún no he conocido. Estábamos parados frente a cuatro tumbas. Mis padres no estaban con nosotros, ni los padres de Josh. No sé qué sucederá, si será un accidente o algo más. Ocurrirá en menos de dos años.*

—*El sistema de gobierno de Sitnor permite que los gobernantes sean elegidos mediante elecciones populares. No podemos permitir que alguien que piense igual que Aníbal tome su lugar.*

—*Por eso te lo he mencionado, Onix. Debes hablar con el maestro, puesto que a mi no me ha respondido. Tenemos que saber su opinión. Lo único que se me ocurre hacer es que Noah tome la Gobernación por la fuerza cuando el Gobernador ya no esté. Yo estaré a su lado cuando llegue el momento y debemos convencer a Quentin, a Joshua y a los que sean cercanos a ellos. Noah no estará de acuerdo, pero es la única forma.*

—*Lobo Blanco me acaba de decir que nos ocupemos nosotros. Hay otra forma, Astor. Necesitamos tener, principalmente, a Noah de nuestro lado y también evitar que los posibles candidatos o quienes quieran postularse se rebelen y el daño que causemos sea peor. Me encargaré de ello ahora mismo, antes que suceda algo que nos distraiga de esto.*

Onix dejó al niño y saltó sobre el paredón de piedra. Corrió hasta llegar a la parte que daba a la calle y, desde ahí, se dirigió al Palacio de Gobierno. Rodeó el enorme edificio blanco y buscó una ventana que estuviera abierta. Cuando entró, se encontró en un pasillo de la

planta alta. Bajó las escaleras hasta el piso intermedio y se paró frente a la puerta del despacho del Gobernador. Respiró hondo y sus ojos se volvieron grises. Abrió la puerta y la cerró. El Gobernador se puso de pie y Onix saltó sobre el escritorio de madera negra.

—Saludos, humano. —El Gobernador se dejó caer sobre su sillón y lo miró con un gesto extraño—. He venido a hablar contigo.

—Hablas —balbuceó.

—Por supuesto. Soy mago, uno de los más poderosos que ha pisado esta tierra y también soy el gato al que Quentin llama Onix. He sabido que en dos años morirás. También sé que eres consciente de lo que... —el Gobernador se puso de pie y quiso escapar, pero Onix lo detuvo y lo obligó a sentarse. Su cola azotó de un lado al otro, impaciente—. Quería que hiciéramos esto de forma amigable, pero no me dejas opción.

—¿A qué te refieres? —preguntó después de notar que cualquier intento de liberarse de Onix era inútil.

—Cuando mueras, se llamará a elecciones para decidir quién tomará tu lugar. No podemos permitir que gobierne alguien que continúe con tus ridículas ideas. Los magos no pueden detenerse con una espada. Los magos se detienen con más magos. Noah tiene contacto con los magos de Erjathá, como ya te lo han dicho en más de una ocasión. Lo has ignorado cada vez y eso no le conviene a Sitnor. No solo eso, Noah entrará en contacto con gente de Morrau que se opone a que la Orden del Águila gobierne su país. Noah es el más apropiado para ocupar tu lugar y he venido a asegurarme que así sea. También podemos hacer que Noah tome el Gobierno por la fuerza, pero es demasiado correcto para estar de acuerdo con nosotros y no querrá hacerlo.

—¿Quiénes son “nosotros”? ¿Eso significa que hay más magos en Sitnor?

—Por supuesto. Patea una piedra y hallarás un mago debajo de ella. Pero no lo gritamos a los cuatro vientos, por que tú no lo permites.

—Hay una Ley que lo prohíbe. —El Gobernador se removió en su asiento.

—Quieto humano, no me obligues a demostrarte quién soy en realidad.

—¿Quién demonios eres?

—Ya te lo he dicho, presta atención cuando hablo, humano.

—Un gato, un gato mago, ya lo escuché.

—Me alegro que lo recuerdes. Quiero que redactes un documento que asegure a Noah como tu sucesor y a Tanáel Nocia como su

segundo.

—Eso es ilegal, gato.

—Tú eres quien dicta las leyes, puedes hacerlo legal.

—Me niego a hacerlo.

—¿Me obligarás a obligarte?

—Puedo destruir el documento que me has hecho escribir una vez que dejes esta habitación.

—Solo si recuerdas haberlo escrito.

—¿Qué demonios significa eso?

—Que borraré tu mente antes de irme. Como dije, no quiero obligarte, pero si no colaboras conmigo, lo haré. El destino de Sitnor depende de que Noah asuma como gobernador una vez que tú hayas dejado este mundo.

—¿Tú me matarás, acaso?

—¿Por quién me tomas, ridículo humano? No sé que sucederá, solo que ustedes morirán. Eso es todo.

—¿Josh? ¿El también…? —susurró y una sombra cayó sobre el rostro del Gobernador.

—No, Josh no.

—¿Qué será de él? ¿Lo sabes?

—No lo sé.

—Redactaré el documento. Prometo que no lo destruiré. No es necesario que borres mis recuerdos, gato. Quiero recordar que mi tiempo se acaba.

—Por supuesto.

El Gobernador sacó un pergamino de uno de sus cajones y comenzó a escribir. Cuando terminó, lo dobló en tres partes, y garabateó unas palabras en él. “Abrir solo en caso de muerte” y debajo, puso su firma y sello. Guardó el documento en el último cajón de su escritorio y miró al gato.

Onix recurrió a sus poderes, selló el cajón que contenía el documento y, en un santiamén, el Gobernador olvidó lo que había ocurrido en los últimos minutos.

No le gustaba borrar recuerdos, pero tampoco quería correr riesgos.

Quentin y Josh se habían reincorporado ese día al ejército de Sitnor y les habían asignado patrullar las calles de la zona noreste de la ciudad, donde la mayor parte de sus habitantes eran personas muy dadas a los crímenes, robos y maltratos. Estaban quienes vendían su cuerpo por unas pocas monedas, quienes comerciaban con artículos de

dudosa procedencia y quienes gustaban de estafar a los incautos con pociones que prometían milagros que jamás se realizarían.

Nunca antes habían estado en esa parte de Ciudad Capital, pero ahora tenían un uniforme y, con ello, la autoridad para detener a quien causara problemas y, si llegara a ser necesario, matar a quien se atreviera a desafiarlos. En las horas que habían transcurrido desde que llegaron al lugar, no había sucedido nada que les llamara la atención. La mayor actividad en ese barrio comenzaba en las últimas horas de la tarde y terminaba cuando el sol hacía su aparición, por lo que a ellos, por ser novatos, les asignaron el primer turno.

No habían cruzado ni una palabra en toda la mañana, más que unas pocas formalidades. Quentin sabía que no pasaría mucho tiempo hasta que Josh le preguntara sobre lo ocurrido el día anterior y, si bien no quería hablar de ello, tendría que hacerlo en algún momento. Siguieron pasando las horas y ninguno de los dos dijo una palabra. Su turno finalizó a media tarde y, cuando estaban regresando al cuartel a dar su parte, Quentin se decidió a hablar.

—Perdón por no recibirte ayer. Hice cosas que no debería haber hecho y no quería ver a nadie.

—Está bien, Q. —dijo Josh sin mirarlo.

—¿Solo eso? —Quentin se detuvo—. ¿No me dirás nada?

—¿Qué más puedo decir? —Josh continuó caminando.

—No lo sé, Josh. Estaba esperando algún sermón de tu parte.

—Como si sirviera de algo. —Josh finalmente se detuvo y lo miró—. Ya dije demasiado, en varias oportunidades, y a ti te da igual. No es solo a ti a quien estás haciendo daño, pero parece que no te importa.

—Fue una borrachera… —dijo queriendo quitarle importancia.

—Una de tantas, Quentin. —Josh continuó su camino y Quentin lo siguió—. No es la primera y no será la última, estoy seguro. Solo intenta no regresar a casa hasta que estés bien. Ahórrales el lamentable espectáculo a Ara y a tu madre y procura salir con el dinero suficiente para que tu padre no tenga que pagar tus deudas.

—Eso fue…

—No tienes que darme explicaciones.

—Josh, quisiera poder decirlo…

—No es necesario. Apresúrate. Quiero llegar a casa de una vez.

Quentin ya no dijo nada más pero, por primera vez, se dio cuenta de lo dolido que estaba Josh por lo que estaba sucediendo. Al final, en su intención de no querer preocuparlo, lo único que había logrado era que su amigo decidiera distanciarse de él.

Después de entregar su informe en el Cuartel y regresar a la fortaleza, Quentin subió a su habitación. Le urgía quitarse esas botas que, por ser nuevas, eran incómodas y le habían sacado ampollas. Volvió a vestirse con sus ropas desgastadas con las que se sentía cómodo y fue a buscar a Josh. Mientras cruzaba el patio central, iba arremangando su camisa y pensando en qué le diría a su amigo, si este lo recibía.

Quentin abrió la puerta de madera que daba al jardín de la casa del Gobernador y Mirka lo recibió moviendo la cola y saltando sobre él. La Dama Ema se asomó entre los rosales al oírlo hablar y lo invitó a pasar, pero Quentin decidió esperarlo en el jardín y Josh apareció a los pocos minutos con una manzana en la mano.

—Acompáñame —dijo Quentin y caminó hacia la salida.

—¿Qué sucede? —Quentin no respondió, pero Josh fue tras él y Mirka no quiso quedarse encerrada esta vez, por lo que caminó junto a ellos. Se dirigieron hacia la Plaza de la Fuente, ingresaron al laberinto y se recostaron sobre la hierba, donde solían hacerlo siempre. Mirka se dedicó a olisquear el césped y, luego, se acostó de espaldas y comenzó a revolcarse.

—Te diré lo que me sucede. —Quentin se sentó después de unos minutos de silencio. No sabía bien cómo explicarle la importancia de Ilsa y le costaba un poco poner sus ideas en orden. Era la primera vez que hablaba de lo que sucedía, puesto que Onix lo supo la noche que ese extraño ser lo atacó y no había tenido que explicárselo. Le contó a Josh todo lo que había sucedido desde que se encontraron por primera vez hasta lo sucedido en Drioed-ta, incluido el momento en que quiso besarla. Cuando terminó de hablar, volvió a recostarse—. No sé si pude explicarme, pero puedes preguntarme lo que sea que no hayas entendido.

—¿Cómo te sientes? —Mirka se había acostado entre medio de ellos y Josh le rascaba el lomo, distraído.

—Como si tuviera el vientre abierto y pudieras ver mis entrañas.

—No era la respuesta que esperaba, pero lo entiendo. Sabía que estabas mal, pero no me imaginé que podía ser por algo así. Es cuestión de magia…

—No podía explicármelo a mí mismo antes de que Onix me lo dijera, por eso tampoco te lo había dicho a ti. Y de regreso de Drioed-ta… —Quentin suspiró y se llevó las manos a la cabeza—. Fue todo muy repentino. La felicidad de haberla encontrado me volvió tan egoísta que no quería compartirlo con nadie más. Nunca me había sentido tan bien en toda mi vida, pero cuando nos separamos de

nuevo, el dolor golpeó con tanta intensidad… sentirme tan miserable de repente me afectó mucho más. Creo que antes de verla, de alguna forma, me había acostumbrado a mi dolor. Fue peor haberla visto que si no hubiera sucedido.

—¿Seguro? Al menos sabes su nombre —dijo Josh con una sonrisa.

—Me aterra decir su nombre, Josh.

—He notado que no lo has dicho ni una vez. ¿Por qué?

—No lo sé. Creo que es la culpa por lo que hice.

—Hay algo que no entiendo de todo esto, aunque creo que ya lo has dicho. —Josh dudó—. Tal vez sea mejor que no lo preg…

—Dilo.

—¿Estás enamorado de Ilsa y sientes culpa por haber pasado la noche con otra muchacha?

—No, no sé nada de ella, creo que no podría enamorarme de alguien que no conozco. Siento culpa porque le prometí que haría un esfuerzo por estar bien y le fallé. Debí haber hecho algo más para no caer nuevamente, pero no fui capaz. Solo quería dejar de pensar y corrí a emborracharme.

—Comprendo… como mencionaste lo que ocurrió cuando estuvieron solos, pensé que quizás…

—Es cierto que es muy hermosa y jamás hubiera imaginado sentirme así con alguien. Por los dioses, todavía no sé cómo fui capaz de recordar mi condición de esclavo en esos momentos. —Quentin rio —. Pero de ahí a sentir amor creo que hay mucho camino. Creo que debería conocerla mejor para saber si realmente estoy enamorado, aunque tampoco voy a negar que me gustaría saber más de ella. Aún así, no sé si eso puede llamarse estar enamorado… no lo creo.

—Yo diría que sí, pero tú sabes mejor que yo qué es lo que sientes.

—Pues eso… Perdona por no haberlo dicho antes. No quería que te preocuparas por mí, pero resultó al revés. Creí que podría manejarlo solo.

—La próxima vez que sientas que ya no puedes más, ve a buscarme, Q, permite que te acompañe. Quizá podemos hacer que no rompas tu promesa otra vez. De alguna forma, intentaré distraerte.

—Ahora puedo decir: “No sé que haría sin un Josh en mi vida” —dijo Quentin y ambos rieron.

—Si te sirve de consuelo, yo debo recordar que Ara es tu hermana cada vez que estoy cerca de ella.

—Por los dioses, Josh… no digas esas cosas, ¡es mi hermana!

—Y también es el amor de mi vida, Q.

47

Norte de Pyebra

Hacía dos días que Tino, Drian y Ajác iban tras el rastro de una veintena de soldados. Habían encontrado sus huellas en uno de los caminos que unía a las aldeas ubicadas al noreste de Palmeras y Tino había regresado a la ciudad a informar sobre el hallazgo. El señor Jeno los había autorizado a seguirlos y encargarse de liberar a los hombres que fueran forzados a marchar a Ciudad Capital para engrosar las filas del rey.

Si bien la invitación del gobernante se había extendido ya a todo el país, no todos pudieron emigrar hacia Palmeras. Los constantes ataques de los soldados de Pyebra contra las caravanas, la destrucción de la parte nueva de la ciudad, donde murieron más de quinientas personas, y las grandes distancias habían sido algunos de los mayores impedimentos. Con el correr del tiempo, los magos de Palmeras comenzaron a salir con más frecuencia a recorrer los caminos, atacaban a los soldados que se encontraban y ponían a resguardo a los que quisieran protegerse en la ciudad amurallada.

Los magos sabían que los soldados debían regresar por el mismo camino, puesto que no había senderos más allá de las aldeas. La selva entre estas y Puerto de las Águilas era un lugar peligroso para cualquier persona que no esté familiarizada con su geografía. Abundaban los pantanos, largas extensiones de arenas movedizas y un sinnúmero de insectos y serpientes venenosas, sin mencionar a los bandidos y exiliados que habían hecho de esas tierras salvajes su hogar.

—Son solo veinticinco soldados y traen con ellos alrededor de doscientos hombres desarmados —dijo Ajác. Se había adelantado a sus compañeros para poder ver a qué debían enfrentarse.

—¿Nada más? —dijo Tino—. No me agrada. Iré a ver. —Ajác compartió con él los recuerdos de los lugares por los que había

caminado horas antes y Tino desapareció. Pasaron unos pocos minutos y el muchacho regresó—. Había una mujer entre ellos, seguro que es maga. Vestía con las mismas ropas que los campesinos pero, aún así, no me extrañaría que haya algún otro encubierto. No pude reconocer a ninguno de los más peligrosos entre ellos. No está Lehsa, Nihá, ni siquiera Tareq.

—Demonios —dijo Drian y Tino asintió—. Puede que sean de elementos o que sean nuevos.

—No sé que es peor —dijo Ajác—. Estarán aquí en una hora, así que no queda más que esperar y ver qué sucede.

—Me gustaría ir por Bela —dijo Tino—, pero consumiría demasiadas energías con ella.

—Estaremos bien, no te preocupes —dijo Ajác, intentando tranquilizarlo.

—Dormiré hasta que lleguen. —Drian se sentó contra un árbol y puso su espada sobre su regazo. Había cubierto el último turno y hacía mucho tiempo que estaba despierto. Como él mismo decía, le gustaba demasiado dormir y aprovechaba cada oportunidad que tenía para hacerlo.

Ajác asintió y, junto a Tino, se alejaron de él para que su compañero pudiera descansar. El muchacho se sentó junto a su madre y conversaron en susurros hasta que oyeron las voces de los soldados traídas por el viento. Ambos se pusieron de pie, despertaron a Drian y se ubicaron, separados y ocultos entre la vegetación, a los lados del camino. No pasó mucho tiempo hasta que pudieron verlos. Los soldados rodeaban al grupo de hombres desarmados y pudieron ver que algunos estaban encadenados, pero no todos ellos.

Los ojos pardos de Drian se volvieron grises y el hombre se arrodilló. Puso las palmas de sus manos en la tierra y esta comenzó a temblar. Las personas que estaban en el camino se detuvieron y miraron a los lados, dando claras muestras de no entender qué era lo que estaba sucediendo. La tierra se abrió por apenas unos segundos y los soldados cayeron entre las grietas, gritando desesperados. Los hombres que estaban desarmados se amontonaron en el centro cuando la tierra se movió una vez más y la grieta se cerró.

—*He contado tres magos* —dijo Tino—. *Una mujer al final de la fila y un hombre a cada uno de sus lados.*

—*Desde aquí puedo ver a dos más* —dijo Ajác—. *Están justo frente a mí.*

—*Veo a uno en el centro. Es un joven que tiene los ojos rojos, tendremos que cuidarnos de él.*

—*Competencia* —dijo Tino, emocionado por encontrar a alguien similar a él. No había visto, además de la princesa Lena, a alguien más que posea los poderes del sol por lo que, encontrar a alguien así contra quién enfrentarse, le causaba cierta alegría.

—*Ten cuidado y no hagas locuras* —dijo su madre—. *¿Alguno de los que ustedes ven está armado?*

—*No* —dijeron Tino y Drian a la vez.

—*Atacaré a los del frente, Drian intenta mantener ocupados a los de atrás. Tino, encárgate del que está en el centro y sé prudente, por los dioses.*

Tino desenfundó su espada y apareció a escasos centímetros de la mujer que estaba flanqueada por dos magos, la tomó de la mano y tiró de ella, para separarla del resto. Los hombres quisieron moverse pero Tino, que puso la espada en su cuello, los detuvo con un gesto.

—Déjala —dijo uno de ellos. Tino escuchó al mago de los ojos rojos aparecer tras él, por lo que soltó a la mujer y desapareció antes que el joven lo ataque. Se refugió entre la vegetación a un lado del camino, para poder ver qué hacían los demás. Enfundó su arma y vio que el hombre que se había dirigido a él cayó al suelo, seco como un animal que lleva muerto en el desierto por meses. A sus pies, una mancha de humedad comenzaba a ser absorbida por la reseca tierra. La mujer a su lado gritó aterrorizada y su otro compañero intentó calmarla. El joven de los ojos rojos estaba de pie, observando el cadáver de su compañero, sin reaccionar.

Tino reapareció detrás de él y le tocó el hombro. El joven se dio vuelta de inmediato y Tino le asestó un puñetazo en la mandíbula, que lo hizo trastabillar.

—Eres nuevo aquí —dijo Tino, divertido—. ¿Es la primera muerte que ves?

El joven estaba pálido y parecía que se desvanecería en cualquier momento. Tenía la mano en su mejilla y sus ojos, en esos momentos, eran oscuros como un pozo del que no se puede ver el fondo. Tino volvió a desaparecer y se refugió entre la vegetación. No podía ver a sus compañeros desde donde estaba pero sí a los magos que estaban en el camino. La maga, aún conmocionada, miraba con espanto el cadáver del hombre, mientras su compañero intentaba hacerla reaccionar. Uno de los que estaban siendo atacados por Ajác estaba inmóvil, con los ojos cerrados y el otro cayó de rodillas en ese momento.

—*Madre, ¿necesitas ayuda? ¿Drian?*

—*Llévate al muchacho de aquí* —dijo Ajác.

Tino obedeció y volvió a reaparecer frente al joven que, en esta ocasión, reaccionó de inmediato y sus ojos se transformaron en lava líquida. Tino lo tomó del brazo y lo llevó consigo para aparecer en el camino, pero a más de quinientos metros de los demás. Tino lo soltó y el joven se llevó las manos al estómago.

—Por Efos. —Tino rio—. ¿Acaso es tu primera aparición a distancia? Esa bruja que se hace llamar reina sí que está desesperada.

—No hables así de mi señora —masculló sin levantar la vista.

—Perdón —dijo en tono de burla—, olvidé que en Ciudad Capital son muy leales a ese desagradable cadáver.

El joven se incorporó y Tino pudo ver que su expresión había cambiado. Antes parecía un niño asustado, ahora un hombre enfurecido. Sus ojos se iluminaron y Tino sonrió. Al fin vería de qué era capaz, aunque no tenía demasiadas esperanzas de que sea un duelo justo, ya que solo podía hacer apariciones a escasos metros. Tino desenfundó su espada y acudió a sus poderes.

—¿Te asustan las armas, también? —dijo al verlo dudar. Tino arrojó la espada a un lado, el joven cargó contra él y le golpeó el estómago con su hombro.

Tino cayó sentado, sin aire y, antes de poder levantarse, su contrincante le dio un rodillazo en el mentón que terminó por dejarlo en el suelo, tendido cuan largo era. El muchacho sintió el sabor de la sangre en su boca y se limpió los labios con la manga de su camisa, dibujando en esta una mancha roja. El joven retrocedió y le dio lugar a que se incorpore, Tino rio y se puso de pie.

—¿Cómo es tu nombre? Yo soy Tino Suhrah —dijo y se sacudió el polvo que tenía en la ropa.

—Sé quien eres, me han hablado de ti —dijo sin quitarle los ojos de encima ni un segundo, mientras caminaba de lado a lado—. Soy Radjhá.

Tino retrocedió varios pasos, sacudió su ensortijado cabello y una nube de polvo gris se desprendió de su cabeza.

—¿Qué dices? ¿Nos golpeamos de nuevo? —sonrió.

Antes de que Radjhá pudiera contestar, Tino reapareció a un paso de él. Radjhá se sobresaltó, pero reaccionó rápido y arrojó un puñetazo dirigido a su ya golpeada mandíbula. Tino fue capaz de esquivarlo y le devolvió el golpe. Su puño dio en el pómulo de Radjhá y este trastabilló, pero volvió a incorporarse y pudo golpear a Tino. Después de unos minutos, los rostros de ambos estaban ensangrentados, lo mismo que sus camisas, y tenían los nudillos en carne viva.

Radjhá sacudió sus manos y en sus palmas se formaron dos esferas negras. Tino nunca había visto algo así, pero no quería detenerse a probar qué se sentiría ser alcanzado por una de ellas.

Tino desapareció y reapareció tras él. Sacó el cuchillo que llevaba en su cintura y lo puso en su cuello.

—Podría matarte aquí mismo, pero eres uno de los míos y debes saber que eso no se ve a diario. Te dejaré vivir para que la próxima vez, sea un duelo justo.

La respiración de Radjhá comenzó a agitarse cada vez más y, finalmente, levantó las manos, para que Tino pueda ver que ya no había nada en ellas. Tino ingresó en su mente y recorrió uno a uno sus recuerdos. Su nombre en efecto era Radjhá, no tenía nombre familiar y era de una aldea al pie de la cordillera Selgo. Ignoró todos los recuerdos de su infancia, hasta que llegó a los que mostraban su llegada a Ciudad Capital. Vio sus paseos en los jardines del palacio, las atenciones que recibía por parte de la reina y las visitas que recibía de Nihá por las noches.

Radjhá se llevó las manos a la cabeza y cayó de rodillas mientras Tino inspeccionaba sus recuerdos. Cuando dejó de quejarse y ya no se movió, Tino robó la mayor parte de su energía y dejó su mente. Fue por su espada, se agachó a su lado, tomó su mano y apareció en la lujosa habitación del joven, en el Palacio de Las Hojas. Dejó a Radjhá tendido en el suelo y, después de inspeccionar sus pertenencias, se lavó, no muy bien, el rostro y lo secó, dejando los blancos paños manchados de sangre y suciedad.

Tino caminó hacia la entrada de la habitación, levantó sus manos e hizo estallar la puerta. Esperó unos segundos, mientras escuchaba los alaridos de la gente que había sido herida y las voces de quienes llamaban a los guardias y a los magos. Podía ver frente a él un amplio jardín interno, rodeado de galerías. El jardín tenía el piso de piedra pero, a su alrededor, había canteros con flores e incluso algunos árboles con frutas. Había seis pequeñas mesas redondas, con dos sillas cada una, y bancos de madera debajo de los árboles.

Cuando se hizo silencio, Tino salió de la habitación, miró a los lados y encontró una veintena de guardias armados con espadas, pero no había ningún mago entre ellos. Tino levantó la mano derecha y muchos de los soldados amagaron a esconderse detrás de sus compañeros, lo que lo hizo reír.

—¿Dónde se encuentra su reina? —dijo—. Me gustaría hablar con ella.

—No te acercarás a la señora Viktoria. —Un hombre a su izquierda

habló con firmeza y Tino lo miró. Vestía una reluciente armadura y tenía la mano en el pomo de su espada enfundada.

—No tengo tiempo para esto. Le he traído a su muchacho de ojos rojos que, por cierto, está inconsciente y es incapaz de usar sus poderes. Quisiera darle algunos consejos sobre su entrenamiento antes de retirarme.

El hombre movió una mano y los soldados que estaban del lado derecho de la puerta corrieron hacia él, pero Tino desapareció para reaparecer en el jardín. Levantó una mano y las mesas y sillas que había a su alrededor se estrellaron contra las paredes. Los soldados, una vez repuestos de la sorpresa, saltaron sobre los canteros que rodeaban el patio y se acercaron al muchacho con sus espadas listas. Tino levantó su arma y se enfrentó a los primeros que llegaron a él. El resto de los guardias lo alcanzaron, lo rodearon y lo hirieron en la espalda y en los brazos pero, aún así, Tino fue capaz de incapacitar a tres de ellos. Al ver que no tendría oportunidad de escapar de ahí sin utilizar sus poderes, Tino levantó su mano derecha y de ella salió una extensa cadena dorada que se enroscó alrededor de cuatro de sus atacantes y los hizo chocar unos contra otros. Los soldados comenzaron a gritar, ya que la cadena se ajustaba cada vez más y no había nada que pudieran hacer para deshacerse de ella. Los hombres cayeron al piso y sus rostros comenzaron a enrojecer cuando sus armaduras, incapaces de soportar la presión, se abollaron como si fueran de papel. Mientras los guardias miraban a sus compañeros morir, Tino decapitó a dos de ellos y, luego, caminó hacia la galería.

—Trae a tu maldita reina —dijo mirando al que parecía estar a cargo. El muchacho agitó la mano y la cadena que salía de ella regresó a gran velocidad.

—No lo haré —contestó el hombre.

Tino enfundó su arma y levantó ambas manos. Los soldados que estaban detrás de su interlocutor saltaron hacia atrás, como si hubieran sido golpeados en el vientre con un martillo gigante ya que sus armaduras se hundieron y algunas de ellas se resquebrajaron. El soldado de la brillante armadura, el único que había quedado en pie, giró sobre sus talones y vio que ninguno de sus hombres se movía. Miró a Tino con el rostro pálido y sin poder cerrar la boca.

—Trae a tu reina, ahora —dijo el muchacho.

El hombre retrocedió unos pasos, chocó con la pierna de uno de sus hombres y cayó sentado. En ese momento, Tino sintió que algo trepaba por sus piernas y, antes de poder reaccionar, cientos de sogas se enroscaron en su cuerpo y lo hicieron caer de cara al piso.

—*Tino, ¿qué demonios haces?* —La voz de Tareq sonó en su mente.

—*Una estupidez. ¿Estás solo?*

—*No. Está Lehsa, Nihá y la reina. Lehsa y Nihá te sujetan. Yo debo entrar en tu mente, pero atacaré a Nihá en cuanto se acerque a ti. Encárgate de Lehsa.*

Tino sintió que alguien le pateaba el costado y, cuando abrió los ojos, se vio rodeado por los tres magos de la señora Viktoria. Miró primero a la muchacha y luego a Lehsa, y entró en la mente de ambos a la misma vez, sin darle a Tareq ninguna oportunidad. No quería que se arriesgue ayudándolo. Sus ataduras se liberaron de inmediato y Tino se puso de pie, tomó a Tareq y le puso su cuchillo en el cuello.

—¿Dónde está esa bruja cobarde a la que llaman reina? —dijo apretando los dientes. Su rehén se removió en sus brazos, como si intentara escapar, pero Tino lo golpeó en la cabeza con el cabo del cuchillo y este cayó al suelo. Lehsa y Nihá estaban de pie, con los ojos cerrados y sin mover ni un músculo—. ¡Señora Viktoria!

Tino escuchó un silbido y antes de poder siquiera moverse, una flecha se clavó en su muslo, otra en su brazo y una tercera en su pantorrilla. El muchacho apretó las mandíbulas y sintió que las flechas le quemaban la carne. Recordó cuando apareció por primera vez en las puertas de la Capital; su respiración se agitó, sintió la desesperación apoderarse de él y no era capaz de pensar en nada. Tenía que escapar de ahí para regresar junto a su madre, pero no podía recordar cómo debía hacerlo. Sabía que debía conectar con su poder, tenía que ver el lugar donde debía aparecer y… ¿después?

—Que agradable visita, Tino Suhrah —dijo la voz serena de la señora Viktoria, que se detuvo a unos pasos de él y lo miró detenidamente—. Es una lástima que hayas matado a algunos de mis hombres. Aún así, me alegra tenerte aquí. Ahora podremos conversar y pagarás la deuda que tienes conmigo. —La señora Viktoria le dio la espalda y miró a los guardias que habían llegado detrás de ella—. Enciérrenlo.

Tino sintió que Tareq entraba en su mente y atacaba sus murallas.

—*¡Vete, demonios!*

En ese momento, pudo reaccionar. Recordó que, después de ver el lugar en el que iba a aparecer, debía hacer que su cuerpo se convirtiera en la misma esencia que conformaba su poder, que cada mínima parte de él sea de la misma luz que componía la esfera de energía que estaba en el centro de su mente. Tino cerró los ojos y dejó el Palacio de Las Hojas. Cayó de rodillas a pocos metros de donde había desaparecido y escuchó la voz de su madre llamarlo.

El dolor que sentía en donde tenía las flechas clavadas, hacía que su vista se nublara y los latidos de su corazón resonaban en sus oídos. Sentía la pegajosa humedad de la sangre que empapaba su cuerpo y cada mínimo movimiento hacía que sus heridas le quemaran. Ajác llegó hasta él, se arrodilló a su lado y le acarició el magullado rostro. Tino la miró y vio a sus ojos aguados mirarlo con ternura.

—*Perdón, madre. Regresaré a Palmeras* —dijo a Ajác. La mujer asintió, se apartó y Tino volvió a desaparecer para buscar quien pudiera curarlo. Apareció en el salón donde se reunían y Héctor era el único que estaba ahí.

—¡Muchacho, por Efos! ¿Qué has hecho esta vez?

El delgado hombre corrió hacia él y comenzó a murmurar hechizos, mientras retiraba con cuidado las flechas de su cuerpo. Luego, posó sus manos en las heridas abiertas y estas dejaron de sangrar. Lo ayudó a sentarse, le quitó la camisa pero la herida de su brazo volvió a abrirse en cuanto se movió y la sangre volvió a brotar. Héctor rasgó la tela de la camisa y la presionó.

—Bela y tu padre llegarán enseguida y podrán ayudarte mejor que yo.

—Gracias, Héctor —susurró.

—¿Qué pasó con Ajác y Drian? —El hombre se alejó por unos momentos, regresó con un vaso con agua y lo ayudó a beber.

—Ellos están bien. Había magos entre los soldados que seguíamos —dijo a media voz—. Uno de ellos es como yo, lo dejé inconsciente y lo llevé a Ciudad Capital.

—¿Qué demonios dices?

—Soy un idiota, lo sé. De no haber sido por la ayuda de Tareq, ahora sería un juguete de la reina.

—Cuando tus padres sepan lo que has hecho, cuando el señor Dima se entere, Tino, por Efos.

—Lo sé, ya no dejarán que salga de la ciudad.

La puerta del salón se abrió y Bela corrió hacia él, seguida de cerca por Mihaí.

—Hijo, ¿qué te ha sucedido?

—Perdóname —susurró sin atreverse a mirar a su padre.

—Dejen que lo cure, después podrán hablar —dijo Bela.

Héctor y Mihaí se alejaron y Tino pudo escuchar que hablaban, aunque no entendía sus palabras. Bela curó primero sus piernas y se tomó más tiempo en recomponer su brazo. La flecha se había clavado hasta el hueso y algunas astillas se habían desprendido de él, según mencionó cuando acabó.

Mihaí volvió a su lado, lo ayudó a incorporarse y a vestirse con una camisa limpia de las que guardaban en el salón. Bela y Héctor dejaron el lugar luego de decirles que irían a ver al señor Jeno para que envíen refuerzos a donde Ajác y Drian habían quedado.

—Espero que esta sea la última vez que haces una locura así, muchacho —dijo Mihaí con brusquedad. Se apartó de él y se sentó frente a la mesa que había a mitad del salón.

—Más allá de las heridas que recibí y del miedo que sentí cuando la señora Viktoria estuvo a punto de encarcelarme —dijo y tomó asiento junto a su padre—, lo que más me duele es haber dejado a Ajác llorando antes de venir hacia aquí.

—Ya le he dicho que Bela se encargó de tus heridas.

—Eso no quita la culpa que siento por haberlos preocupado, padre.

—Seguro lo pensarás mejor en la siguiente ocasión que se te presente.

—El señor Dima no me permitirá dejar la ciudad otra vez, estoy seguro. Ya no podré acompañar a mi madre. —Tino apretó los puños. La razón principal de sus salidas junto a Ajác eran para intentar protegerla pero, cuando la oportunidad se presentó, él decidió arruinarla en un acto de completa inmadurez y egoísmo.

—Eso se verá. Aún no se lo hemos dicho. —La voz de Mihaí se suavizó y puso una mano sobre las suyas.

Tino hizo silencio por largos minutos y pensó en todo lo que había arruinado culpa de su impulsividad.

—¿Y mis viajes a Sitnor? —Tino se llevó las manos a la cabeza—. Demonios, cómo no pensé en eso antes de hacer tremenda idiotez.

—Sitnor es un asunto de Palmeras también, no solamente tuyo. —Mihaí se puso de pie—. Vamos a casa, hijo, seguro quieres darte un baño.

48

Sitnor Ciudad Capital, año 4001

Esa noche, Astor se quejó tanto del calor que Quentin le dijo a su madre que lo haría dormir en el estudio de Noah, en una excusa para ir a ver a Tino. Cuando llegaron, Josh estaba ahí y también Tanáel. Por sugerencia de Astor, lo habían puesto al tanto de todo lo que sucedía en Thoria y, aunque le costó asimilarlo y dejó de verlos por un tiempo, terminó por aceptarlo y regresó para poder despejar las dudas que le habían surgido en esas semanas de reflexión. El bibliotecario estaba inusualmente nervioso y, a cada rato, Noah debía detenerlo cuando quería ponerse de pie para caminar por la habitación.

Sin previo aviso, Tino apareció en el rincón de siempre y Tanáel saltó de su silla al verlo, a pesar de que le habían advertido cómo sucedería. Noah se apresuró a presentarlo ante Tino, sin darle tiempo a preocuparse por el desconocido hombre que estaba hoy junto a ellos. El joven mago se sentó en el sillón junto a Quentin, que tenía a Astor en su regazo, y en una forma de entrar en confianza con el asustado y muy pálido bibliotecario, les contó sobre la golpiza que recibió por parte de Radjhá y su irracional viaje al Palacio de Las Hojas. Una vez que Tanáel se animó a hablar y hacer alguna pregunta, Tino cambió el tema de conversación.

Les contó que la señora Viktoria había alejado a Tareq de la princesa Lena, pero que ellos aún se veían en cuanto podían escaparse de los ojos vigilantes de los guardias que custodiaban a la niña. Tareq había comenzado a prepararla por si en algún momento tenía que dejar el palacio sin que Tino pudiera llevarla con él. Le estaba enseñando a hablar como una campesina, a cazar y a cocinar su presa, cuales frutas podía comer en la selva, qué insectos eran peligrosos y demás cosas esenciales para quien debe refugiarse en la intemperie por un largo período de tiempo. La situación para ella se estaba volviendo cada vez más peligrosa en el palacio, ya que Reda Almairon

había comenzado a maltratarla nuevamente sabiendo que ella no podía defenderse. Si bien no lo hacía cuando sus perros estaban cerca, muchas veces los hacía encerrar fuera del Palacio para poder acercarse a la pequeña y a su hermano.

El rey Kirios estaba cada vez más retraído y ya casi había abandonado los asuntos del reino, dejándolos en manos de sus consejeros y ministros. Se quejaba de dolores que ningún sanador había podido curar y rara vez dejaba su habitación.

—Alguna buena noticia debes tener —dijo Noah en un momento, al ver que los rostros de todos eran de preocupación.

—Podría decir que sí —dijo Tino—. Ya son casi treinta los niños que estamos entrenando. Algunos son más poderosos que otros, pero todos se empeñan en aprender y en mejorar.

—Ya es algo… —dijo Josh.

—¿Ustedes tienen alguna noticia? —preguntó Tino.

—Aún esperamos que los Praeths de Morrau se contacten con nosotros —dijo Noah.

—Josh y yo partiremos el mes próximo hacia el Puente Negro para reforzar la frontera —dijo Quentin—. Será una partida de alrededor de mil soldados.

—¿Alguno de ustedes ha estado en el Puente Negro? —preguntó Tino con un gesto de picardía—. Quizás podría visitarlos allí cuando los soldados del rey se animen a dejar la Capital.

—Yo —dijo Tanáel—, pero recuerda que el puente está cerrado ahora y hay campamentos dispersos en todos lados. Puedes caer en cualquier lugar y sería un grave problema para ti.

—¿Del lado de Pyebra también? —preguntó Tino. Noah le dijo que solo del lado de Sitnor y Tino volvió a preguntarle a Tanáel por medio del mayor de los Guna—. ¿Cruzaste la frontera? Si tienes recuerdos del lado pyebrano, me serán útiles. Puedo llegarme en estos días y buscar un lugar apropiado para aparecer cuando llegue el momento.

—¡Eso sería grandioso! —dijo Josh cuando Noah terminó de traducir—. Nos vendrá bien una mano mágica para detenerlos.

—*Ahorra* hablo su idioma —dijo Tino en sitnorense y los demás festejaron—, así *podrré* hablar con ustedes. Más fácil.

—Lo haces muy bien —dijo Quentin—, será útil si vienes a instruir a nuestros magos o si vas hasta el Puente Negro cuando llegue el momento.

—Si, si —dijo Tino—. Áliza, una de las *maestrras* de Erjathá, me está *aprrendiendo.*

—Enseñando —lo corrigió Quentin.

—Si, si —rio Tino—, no sé *decirrlo* todo. —Tino volvió a su idioma y Noah tradujo lo que dijo—. ¿Puedo ver tus recuerdos del Puente Negro, Tanáel? No quiero irme y sin antes pedirlos.

Tanáel accedió y Tino entró en su mente por apenas unos segundos, sin que el bibliotecario se diera cuenta de que estaba sucediendo. Cuando finalizó, Noah le preguntó al mago si era posible que viniera una vez a la semana desde ahora, ya que estaban esperando que la gente de Morrau se contacte con ellos.

—No sé —dijo Tino—, debería solicitarles al señor Dima y al señor Jeno que me autoricen a hacerlo.

—Tengo una nota para que le lleves al señor Jeno. —Noah se puso de pie y caminó hacia su escritorio, abrió varios cajones y revisó entre los diferentes libros y papeles que había por todas partes, hasta que halló el sobre que buscaba y se incorporó con un gesto triunfal en su rostro—. ¡Aquí! Ten, entrégalo al señor Jeno. Me gustaría que pudieras venir seguido. Muchas cosas están comenzando a suceder y es mejor mantenernos informados entre nosotros.

—Estoy de acuerdo. Si me autorizan a venir, lo haré dentro de siete días. Recuerda dejar mi espacio despejado.

—Por supuesto.

—Ya me retiraré entonces —dijo Tino y se puso de pie—. Espero poder regresar pronto.

Tino caminó hacia su rincón y desapareció haciendo revolotear el aire.

49

Drioed-ta, desierto Then Kua

Naga se abrió paso entre hombres borrachos y se acercó a una mesa, donde estaba uno de sus conocidos bebiendo solo. Al verlo llegar, le ofreció una silla desocupada y le sirvió cerveza en un jarro.

—¿Qué tal? —dijo Naga después de beber la mitad de su contenido —. ¿Hay alguna cosa interesante?

—Me recuerdas a las viejas de mi pueblo—dijo el hombre barbudo y gordo que estaba sentado frente a él—, que lo único que hacían era entrometerse en la vida de los demás.

—Estoy aburrido como un árbol, viendo la vida pasar, ¿qué esperas? —dijo Naga con una mueca.

—Ya quisiera aburrirme como tú, ni siquiera tienes que trabajar.

—Soy mago y soy un esclavo —resopló—. Mi vida es una mierda.

—Tengo algo para ti… —El hombre miró a los lados y bajó la voz —. Me he enterado que la reina de Morrau ofrece mil monedas de oro por un hombre que encaja perfecto con la descripción de Tá-qá. Al parecer, es el esposo de Ilaria, la mujer que está al frente de su ejército. Por eso la reina está buscándolo e hizo correr la noticia.

Naga se quedó mirándolo por largos segundos. Eso pagaría su deuda, pagaría lo que vale Tá-qá y aún le quedaría muchísimo dinero.

—Ya mismo me voy a buscar a Tá-qá. Si conoce a esa tal Ilaria, te daré 250 monedas. Pero no digas ni una palabra a nadie.

—Por supuesto que no diré nada. No se lo he dicho a nadie, solo tú podrías hacer algo al respecto.

Naga salió de la taberna, hizo unos pasos y desapareció para aparecer frente al edificio donde se alojaban los esclavos. Entró, subió las escaleras y golpeó en la puerta de Tá-qá.

El hombre de piel negra como el ébano se tardó unos minutos en abrir y Naga tuvo que llamar varias veces.

—¿Qué sucede? —preguntó a media voz. Naga ingresó en su cuarto

y cerró la puerta.

—¿Conoces a una mujer llamada Ilaria?

Tá-qá caminó hasta su cama y se sentó pesadamente en ella. Se pasó las manos por la rapada cabeza y volvió a mirar a Naga.

—¿Cómo sabes sobre Ilaria? ¿Qué le ha sucedido?

—No digas una palabra. —Naga se sentó junto a él—. Ilaria es la capitana de los ejércitos de la reina de Morrau, y la reina ofrece mil monedas a quién le diga dónde encontrarte.

—Llévame —dijo Tá-qá y se puso de pie de un salto.

—Espera. No puedo hacerlo ahora, tendremos que esperar hasta que amanezca.

—¡No quiero esperar hasta el amanecer!

—Cálmate, de todas formas no podremos ingresar al Palacio Blanco hasta que sea de día. ¿Crees que la reina nos recibirá a mitad de la noche?

—Tienes razón. Por Sinmá, Naga. Mi Ilaria, al fin estaré junto a mi dulce Ilaria. —Naga pudo ver que la luz de la luna llena, que entraba por la ventana enrejada, se reflejaba en el brillo de sus ojos llorosos.

—Descansa, Tá-qá, e intenta que todo es normal. No quiero que sospechen de nosotros. Lo mismo, vendré a buscarte antes que los llamen para el desayuno, no quiero que el viaje te descomponga, pero si debes salir por alguna razón, mantén la compostura. En lo posible quédate aquí y no te muevas de tu cama, apareceré junto a la puerta y nos largaremos, ¿entendido? —Naga se puso de pie y Tá-qá lo abrazó, levantándolo varios centímetros del suelo.

—Gracias, Naga.

—Tranquilo —rio el muchacho—. Tú descansa, prepara tus cosas y recuerda no moverte de tu cama después del amanecer.

Naga desapareció de la habitación de Tá-qá y apareció cerca de la ciudad. Necesitaba encontrar quién haya estado en la capital de Morrau, por lo que dirigió sus pasos nuevamente hacia la taberna. El hombre de barba que le había dado la información estaba en la misma mesa y se deshizo de quien lo acompañaba en cuanto vio a Naga.

—Es él —dijo Naga—. Necesito recuerdos de Morrau para poder hacer el viaje, si tengo que caminar hasta allí, querrán robarme a Tá-qá a cada paso que dé. —Naga rio.

—El año pasado estuve allí, fíjate.

No podía creer que todo estuviera saliendo tan bien. Estaba acostumbrado a dar un paso y retroceder dos, a que cada cosa que empezara resultara en un desastre, o que fracase, incluso, antes de empezar. Naga se encogió de hombros y entró a la mente del hombre.

Se sumergió en sus recuerdos y vio que había acampado a pocos kilómetros de las puertas de la ciudad negra. Vio todo el recorrido desde su campamento hasta las puertas, hasta que encontró un lugar seguro donde podría aparecer junto a Tá-qá. Dejó la mente del hombre y prometió ir a verlo a su casa al día siguiente para darle su parte de la recompensa. Cerraron el trato con un apretón de manos y Naga dejó la taberna por segunda vez.

Sabía que la noche se le haría eterna, estaba a un paso de comprar su libertad y poder hacer lo que quisiera con su vida. Nunca se había sentido tan feliz y aunque intentaba no esperanzarse demasiado, le era imposible. Naga reapareció en su habitación en el edificio de los esclavos y se dispuso a acomodar sus cosas. Guardó en su bolso de cuero sus pocas pertenencias de valor y se recostó a esperar la salida del sol.

Cuando los primeros rayos asomaron en su ventana, Naga buscó un saco, se lo puso sobre los hombros y reapareció en la habitación de Tá-qá, que estaba sentado en su cama, mordiéndose las uñas.

—¿Listo? —preguntó. El moreno saltó de la cama y, cuando Naga trabó su puerta, Tá-qá se puso un pesado saco y tomó sus cosas—. Este viaje será largo, incómodo y tomará más tiempo. Intenta mantener la calma y no intentes moverte por nada del mundo, ¿si? —Tá-qá asintió —. Toma mi mano.

Dos minutos después, el viento helado que bajaba de la cordillera les golpeó el rostro con fuerza. Tá-qá lanzó un grito triunfal y rio de la forma que solo lo haría alguien que ha recuperado su libertad.

—¡Soy libre! ¡Soy libre!

Naga pensó que el viaje le afectaría, pero no fue así.

—Ven, grandote —dijo sin perder el tiempo—, debemos caminar hasta las puertas, por lo que cambiaré tu apariencia para que nadie intente alejarte de mi lado. Agáchate. —Tá-qá obedeció y Naga pasó las manos alrededor de su rostro y su cabeza, cambiando algunos de sus rasgos y aclarando su piel—. Listo. No hables y no te muevas muy rápido. Si hay problemas, yo me encargo.

Tá-qá asintió y se pusieron en movimiento. Caminaron por más de una hora hasta llegar a las puertas y poco más de media hora hasta que, finalmente, llegaron al Castillo Blanco.

Un par de guardias los detuvo y Naga solicitó ver a la reina Morgana. Esperaron unos minutos y una mujer de baja estatura, de cabello rizado y amplia sonrisa los condujo al interior.

—¿Qué asuntos quieren tratar con la reina? —preguntó.

Naga miró a Tá-qá y terminó con el hechizo que cambiaba su

apariencia.

—Traigo al hombre que la reina Morgana busca.

La mujer volvió a sonreír y los condujo a una habitación.

—Esperen aquí, por favor. Vendré por ustedes en unos momentos.

Tá-qá se retorcía las manos y caminaba de lado a lado mientras esperaban a que alguien entre a la habitación. Naga estaba por reprenderlo, pero entendía lo que pasaba por su mente, llevaba más de seis años siendo un esclavo, era uno de los pocos afortunados que había logrado esa triste victoria. Aparte de sus habilidades, una de las principales razones de su prolongada supervivencia era porque Arkghor hacía curar sus heridas y borrar su mente cada vez que un evento terminaba. Tá-qá no recordaba lo que había sucedido, por lo que las atrocidades que veía y debía cometer para poder seguir con vida, no hacían mella en su conciencia. Arkghor había pagado mucho por Tá-qá y no quería perderlo.

La mujer de cabello rizado regresó y les pidió que la acompañen. Caminaron por un largo pasillo alfombrado y Naga se sentía tan nervioso que no era capaz de quitar la vista de la puerta de madera negra en la que finalizaba el corredor.

La mujer se detuvo y la puerta se abrió desde adentro. Naga miró a su alrededor y vio, alarmado, los estandartes negros colgar desde los techos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero continuó caminando hasta que la mujer los presentó y dio un paso al costado.

La reina Morgana, que estaba sentada en el trono dorado, clavó en ellos sus ojos verdes y los miró con curiosidad. Detrás de ella, junto al trono, una mujer alta y esbelta estaba de pie. Vestía una armadura dorada y llevaba puesto un casco que dejaba al descubierto solo sus ojos y mejillas, oscuras como la piel de Tá-qá. La reina se puso de pie y giró para ver a su capitana.

—¿Qué esperas, mi Ilaria? Ve a buscar a tu hombre —dijo con suavidad.

La mujer asintió, se quitó el casco y descubrió su melena rizada. Bajó los escalones a paso lento, como si ver a Tá-qá fuera parte de un sueño, y Naga pudo ver que gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Tá-qá quiso dar un paso, pero Naga lo detuvo. El hombre lo miró con los ojos enrojecidos y una enorme sonrisa.

—Gracias, Naga. Jamás olvidaré esto —dijo. Corrió hacia la mujer de la armadura y la abrazó.

Ambos comenzaron a reír, entre caricias, besos y palabras susurradas que estuvieron cautivas por miles de días, esperando ese reencuentro.

—Malditos sean —murmuró Naga y se secó los ojos con las mangas de la camisa. Miró hacia el trono y vio a la reina llorando sin hacer ningún esfuerzo por contenerse. Ilaria miró a su señora y a Tá-qá, sin decidir hacia dónde ir o qué hacer en esos momentos. La reina Morgana bajó los escalones y Tá-qá le hizo una reverencia. La reina sonrió y les dijo:

—Váyanse, Ilaria, no pasará nada si no estás a mi lado por un día o dos.

—¿Mi señora?

—Vete, te lo ordeno —dijo sonriendo—. Enviaré a buscarte solo si es necesario.

Ilaria dudó por unos momentos, pero luego tomó del brazo a Tá-qá y salieron por una puerta lateral.

—Has hecho feliz a mi Ilaria. —La reina miró a Naga cuando regresó al trono—. Traigan su recompensa.

Un hombre llegó cargando un cofre y lo depositó en sus brazos. El peso sorprendió al muchacho, ya que jamás en su vida había visto tanta cantidad de monedas.

—Gracias, su Majestad —asintió con una reverencia.

—Puedes retirarte —dijo haciendo una seña con la mano. Naga volvió a bajar el mentón y fue escoltado hacia fuera del castillo por dos guardias.

El mago sonrió. Tá-qá era libre, tenía los brazos llenos de oro y él sería libre en pocas horas. Aún le costaba comprender porqué todo le estaba saliendo bien.

Caminó hacia una calle lateral y desapareció cuando creyó que nadie lo veía. Apareció en su habitación, dejó el cofre sobre la cama y lo abrió. Nunca se había imaginado ver tanto oro junto. Su brillo era tan hermoso que, si hubiera podido, se hubiera fundido con esas monedas para ser parte de ellas. Naga rio por su ocurrencia y comenzó a contarlas. 250 para el hombre que le dio la información, 350 para el maldito de Arkghor, 100 para pagar el precio de Tá-qá y 15 para cada uno de sus quince hijos.

Cuando terminó de separar sus monedas, envolvió cada pequeño montón en tiras de tela para que no hagan ruido y no se mezclen, y las guardó en el bolso que colgó en su hombro. Caminó hacia la mansión y fue en busca de Arkghor, al que encontró en la sala, lustrando con gran esmero uno de los sillones de oro.

—¿Dónde demonios estabas? —preguntó ni bien lo vio.

Naga puso el cofre a sus pies y lo abrió.

—Cuéntalas y libérame. 350 monedas de oro.

Arkghor se arrodilló frente al cofre, lo miró asombrado por unos segundos y luego miró a Naga.

—¿De dónde salió esto?

—No contestaré ninguna pregunta hasta que me liberes.

—Maldito seas, muchacho. ¡Eres libre, claro que sí!

—Recita las palabras, Arkghor, sabes que no puedo ser libre hasta que lo hagas. —Arkghor se puso de pie y adoptó un aire de solemnidad.

—*Ivnez lanta*[13] Nagalíjakh Barbreti Monteftonra —dijo con toda seriedad.

Naga cerró los ojos y repitió lo que Arkghor había dicho. Sintió que las cadenas mágicas que le impedían dejar ese lugar definitivamente se rompían en mil partes y se sintió libre de verdad, liviano como una pluma y más feliz de lo que alguna vez creyó que se sentiría. Naga rio y estiró los brazos sobre su cabeza, como quien se quita de encima un lastre.

—Toma, Arkghor —dijo dándole un saco de cuero—. 100 monedas más… por Tá-qá.

—¿A qué te refieres?

—Lo vendí. —Naga le dio la espalda y caminó hacia la puerta—. Ya me marcho, no tengo nada más que hacer aquí.

—Espera un segundo, maldito seas. Quédate donde estás.

—No te debo obediencia ahora, Arkghor.

—¿Dónde está Tá-qá?

—Lejos. —Naga abrió la puerta—. En Morrau. Adiós.

Naga hizo dos pasos y Arkghor corrió tras él, pero el mago desapareció.

Después de haber dado su parte de la recompensa al hombre de la taberna y de haber visitado por última vez a cada uno de sus hijos, Naga se sentó a descansar junto al oasis.

—*Maestro, ya soy libre. ¿Dónde se encuentra?*

—*¡Naga, qué gusto!* —Lobo Blanco le contestó de inmediato, como nunca antes—. *Ilsa y yo estamos en Tesar, estamos solos. A Magtha y a Evan se los llevó la fiebre a los pocos días de llegar.*

—*Cuanto lo lamento, maestro. Me gustaría quedarme con ustedes ahora que puedo disponer de mi vida.*

—*Claro que sí, muchacho, claro que sí.*

Su maestro le mostró una habitación vacía de la casa en donde se hallaban Ilsa y él, y Naga llegó hasta ellos después de unos minutos de estar convertido en la nada misma.

Era completamente libre y todo había salido bien esta vez, mejor

que si hubiera pensado cada uno de los detalles de su plan por miles de horas, mejor que si hubiera analizado cada ventaja y desventaja cientos de veces, mejor… imposible.

El muchacho abrió la puerta de la habitación y sus anfitriones estaban frente a él, esperándolo.

—¡Naga! —exclamó la sonriente Ilsa antes de abrazarlo.

50

Sitnor Ciudad Capital

Noah abrió la puerta de su estudio y había un guardia acompañado de un joven de aspecto frágil, con oscuras ojeras y rostro pálido.

—Le traigo una visita, señor Noah, viene de parte del señor Nathan Bohn —dijo, dubitativo, el guardia y el joven asintió.

—Claro, sí, gracias —dijo Noah y le hizo una seña al joven—. Pasa, por favor.

El joven hizo unos pocos pasos y se quedó junto a la puerta. Noah habló en el idioma de Morrau y lo invitó a tomar asiento frente a su caótico escritorio.

—Mi nombre es Joel, mi señor, he traído un mensaje para usted.

El joven sacó de su bolsillo un sobre amarillento y se lo entregó. Noah lo abrió y leyó:

Al señor Noah Guna de Nathan Bohn y Damien Enda.

¡Saludos!

Por amigos en común hemos sabido que está al tanto de la nueva amenaza que acecha sobre Thoria. Debe saber que sus servidores están haciendo todo lo posible por desbaratar los planes de nuestra reina, aunque hay muchos que tenemos que permitirle hacer, para que las sospechas no comiencen a echar raíces. Los sucesos ocurren con demasiada rapidez y hasta el día en que escribimos este mensaje hay solo una noticia que afecta a Sitnor directamente y, en caso de haber más, enviaremos mensajeros veloces para que se le informe cuanto antes.

La reina Morgana nos ha comunicado que Pyebra avanzará sobre Sitnor en el otoño. Somos conscientes del peligro que Sitnor corre al estar rodeados y desprotegidos, pero Morrau no se involucrará aún. Sabemos que el primer asedio será sin magos, puesto que sus fuerzas se vieron

diezmadas en la última incursión a Erjathá. No debería preocuparse, el ejército de Sitnor es muy superior a la improvisada milicia de Kirios.

Sabemos que usted está en contacto con la gente de muy al norte y creemos que es una buena estrategia tener aliados a los magos de Erjathá. El maestro nos ha contado tanto de sus victorias como de sus derrotas y al parecer los apoyarán cuando llegue el momento. Quisiéramos saber su opinión sobre lo que está sucediendo.

No desconfíe de nuestro mensajero, por favor.

Lo saludan, N.B. y D.E.

Noah dobló la carta y miró al mensajero.

—¿Cuándo regresarás a Morrau? Hay cosas que me gustaría consultar.

—Partiré en la mañana, si a usted le parece. Si necesita más tiempo, lo haré en la mañana siguiente.

—Me bastará con el día de hoy, muchas gracias. ¿Tienes alojamiento para hoy?

—Si, mi señor.

—Excelente. Ven a verme en la mañana y podrás llevar mi respuesta. ¿Necesitas alguien que te acompañe? Un guardia, un guía…

—No, mi señor. Descansaré. Ha sido un largo y agotador viaje.

—Comprendo. Estaré aquí si necesitas cualquier cosa.

El joven asintió, se puso de pie y Noah lo acompañó hasta la puerta. El guardia, que había permanecido del lado de afuera, lo dirigió a la salida del Palacio de Gobierno y Noah los siguió para pedirle a otro de los guardias que vaya por Quentin, Josh y Tanáel.

Noah esperó por largos minutos hasta que llegó primero Josh, luego Tanáel y, por último, Quentin que traía a Astor de la mano. El niño tenía el rostro enrojecido y los ojos hinchados.

—¿Qué sucedió? —preguntó Noah mirando a Quentin—. ¿Por qué está así?

—No ha querido bañarse —respondió intentando permanecer serio y el pequeño le golpeó el brazo.

—Estoy seguro que a ustedes tampoco les gustaba —refunfuñó Astor y los demás rieron.

—Te apoyo en eso —dijo Josh, Astor sonrió, caminó hacia él y Josh lo sentó en su falda.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Quentin.

—Llegaron, finalmente, las noticias de Morrau que esperábamos. Al parecer, Pyebra nos atacará en otoño.

—Iremos directo al frente. —Josh miró a Quentin.

—Vaya… no me lo esperaba tan pronto.

—Noah, hay que contactar a Tesar y será mejor que lo hagan desde Morrau también —dijo Tanáel.

—Él tiene razón —dijo Astor—, pueden que ignoren un mensaje, pero no ignorarán dos.

—¿Hay magos de tu maestro en Tesar? —preguntó Noah.

—No lo sé, pero probablemente haya algunos.

—¿Y aquí? —preguntó Josh.

—Tampoco sabría decirles. Los magos de Erjathá tampoco sabían quienes eran los otros hasta que llegó el momento en que debieron unirse. Los padres de Tino llevan juntos desde hace años y ninguno sabía de los poderes del otro. Vivían en una aldea en el desierto y no se enteraron de que se habían casado con un mago hasta que partieron hacia Erjathá. Aquí sucederá lo mismo y en Morrau y Tesar también. Puede que alguno de los guardias de la fortaleza sean magos, la nana o su hijo, el señor que trae la leche en las mañanas, o alguna de las enfermeras. No lo sabremos hasta que llegue el momento.

—Noah, deberías enviar a buscar a Enara —dijo Quentin—. Necesitamos que nos cuente sobre las discípulas de la Dama, y enviar esa información a Tesar y Morrau.

—Según me dijo mi maestro, el señor Nathan Bohn sabe mucho de la reina Morgana —dijo Astor—, pasa mucho tiempo con ella.

—¿Bohn? ¿Cómo Eric? —preguntó Quentin.

—¿Serán familia? —Josh miró a los demás, buscando alguna respuesta.

—No lo sé —dijo Noah—, solo el Gobernador y mi padre saben de dónde viene Eric.

—No creo que eso importe ahora —dijo Tanáel—, estamos todos del mismo lado y si ellos no quieren hablar sobre su origen…

—¿Ellos…? —Quentin miró a Tanáel.

—Eric y Rhoane, su hermana. —Tanáel se incomodó—. He estado… visitándola.

—¿Eric lo sabe? No queremos quedarnos sin nuestro bibliotecario favorito—dijo Josh, divertido, y los demás rieron.

—Claro que lo sabe, ¿crees que soy tan tonto? Le bastaría mirarme para romper cada hueso de mi cuerpo. Pero es un buen hombre, aunque pensé que me cortaría en dos la primera vez que me dirigí a él.

Después de bromear por unos minutos más y felicitar a Tanáel, este se retiró y Noah comenzó a redactar las cartas que enviarían a Morrau y a Tesar.

—¿Quién llevará el mensaje a Tesar? —preguntó Josh a Noah—. ¿Crees que podríamos ir nosotros?

Quentin lo miró, asombrado, y Josh le guiñó un ojo.

—No hablan tesariano y no conocen el camino —dijo Noah sin levantar la vista de la hoja que tenía frente a él.

—Quentin un poco, algo aprendimos en el encierro, aunque no lo creas.

—Déjalo Josh, nos llevaría meses y no regresaríamos a tiempo para ir al Puente Negro.

—Tal vez dos meses —dijo Noah, sin dejar de escribir—, días más, días menos.

Josh aplaudió y Noah dio un salto.

—Demonios —murmuró—, manché la hoja. ¿Qué sucede, Josh?

—¿Podríamos ir?

—No depende de mí y lo saben. No puedo disponer de ustedes, son soldados del ejército de Sitnor ahora. Debería solicitar un permiso a su comandante, detallar los motivos por los que deseo que ustedes vayan, asegurarle que regresarán a tiempo para la partida hacia el Puente…

—O hablar con mi padre —dijo Josh—, decirle lo que sucede y que quieres enviar un mensaje al rey Atkjer.

—No voy a hablar con él sobre Tesar. Le diré que recibí información de Morrau y que Pyebra atacará en otoño, pero nada más.

—Noah está en lo cierto —dijo Astor—. Tu padre solo haría un escándalo y lo prohibiría. Es mejor que no lo sepa.

—Si, tienen razón —dijo Josh.

—He pensado enviar ambas cartas a Morrau y que ellos envíen a Tesar a su mensajero de confianza. De esta forma, llegarían a la vez y nos aseguraríamos que nuestro mensaje no se pierda en el camino. No tengo un mensajero de confianza y tendré que encargarme de eso. ¿Podrían retirarse ya? Me distraen. —Noah regresó su atención a los pergaminos que tenía frente a él y los muchachos dejaron sus asientos —. Díganle a Enara que venga cuando se desocupe, por favor.

51

Tesar Ciudad Capital

El rey Atkjer[14] estaba de pie junto al ventanal viendo a Verj entrenar. Era tan diferente a sus demás hijos, que alguna vez había dudado si realmente era suyo. Sin embargo se sentía tan orgulloso de él que aún si la reina Valka le hubiera confirmado que, efectivamente, no era su hijo, no hubiera dejado de sentirse su padre. Cabía la posibilidad que no lo fuera, pero amaba a ese muchacho grandote, serio y respetuoso.

Verj era enorme, de espaldas anchas y brazos fuertes, un auténtico y despiadado guerrero, tan exigente consigo mismo como lo era con los hombres bajo su mando.

Por otro lado, los otros dos príncipes, aunque eran altos, sus cuerpos eran esbeltos, sus rostros de rasgos suaves y su carácter tranquilo; eran habilidosos con el uso de las armas, pero preferían otra clase de actividades. Verj solía ser impulsivo, se enojaba y desaparecía en el bosque por varios días, hasta que se calmaba, recapacitaba y regresaba al palacio.

El carácter de Zelig, el único hijo varón que había tenido con Atharja, era parecido al de Verj, pero Zelig golpeaba a quien lo molestara y, luego de hablar con su gemela, se disculpaba por lo que había hecho. Verj, al contrario, nunca había golpeado a nadie dentro del castillo.

El rey regresó al trono y miró a Ogdev, su hijo mayor y heredero del reino, que estaba leyendo un libro de la historia de Tesar, lo mismo que hacía cada vez que tenía un poco de tiempo libre. Las llamas de la chimenea teñían su rubio cabello de tonos dorados y rojizos, otorgándole la apariencia del protagonista de alguna historia de la Antigua Era, de cuando los grandes magos caminaban sobre esas tierras y los artistas pintaban sus gloriosas batallas con colores vivos y detalles asombrosos. Hasta el arte era diferente cuando los magos existían, ya que después de la Ley de Protección, las pinturas se

volvieron apagadas y las melodías tristes y melancólicas.

El rey era un gran amante de la historia mágica de su país y, por esa razón, todos sus hijos llevaban el nombre de los grandes maestros de Tesar: Los tres príncipes Ogdev, Verj y Egil, y los hijos que había tenido con su concubina: Leyna, Zelig, Shrika y Rivka. Le hubiera gustado tener más hijos para así seguir honrando a los magos, pero su amada Atharja[15] no quiso darle uno más, ya que consideraba que siete eran suficientes.

El rey regresó al trono y acomodó los pliegues de su media falda. Los hombres de Tesar, sin importar su edad o clase social, vestían media falda sobre sus pantalones; esta cubría una sola de sus piernas hasta el tobillo y la llevaban en su pierna derecha quienes estaban casados o en su pierna izquierda los que eran solteros. Los más adinerados solían combinar los colores de su falda con los de su chaqueta y su pantalón, mientras que los menos pudientes usaban solo el color negro. La composición de las telas también variaba de acuerdo a la clase social pero todos, sin excepción, tenían al menos una falda gris perla, que era utilizada para los actos y fechas importantes.

Un guardia ingresó al salón justo cuando el rey estaba pensando si sucedería algo en ese aburrido día. El hombre venía acompañado de un joven pálido y ojeroso.

—Su Majestad, el señor Joel, de Morrau —dijo el guardia, hizo una reverencia y retrocedió hasta quedar detrás del joven.

—Lo escucho —dijo el rey. Ogdev se acercó a su padre y se sentó a su lado.

—Traigo dos cartas firmadas de Morrau y de Sitnor, su Majestad.

El rey le hizo una seña, el guardia tomó los sobres y se los entregó. El soberano leyó cada misiva con detenimiento y luego se las dio a su hijo.

—Gracias, señor Joel de Morrau. Le daré mi respuesta en cuanto la tenga. —Y, luego, agregó mirando a su guardia —Lleva al mensajero a descansar, parece estar agotado.

—Muchas gracias, su Majestad —dijo el joven con una reverencia, antes de dejar la sala.

—¿Qué harías en mi lugar, Ogdev? —preguntó cuando se quedaron solos. El rey se giró para ver a su primogénito.

—Lo mismo que ha hecho Pyebra. Sabes que los Astros siempre nos han favorecido, padre.

—Te olvidas de algo. Pyebra está a miles de kilómetros de aquí y Sitnor está entre medio, con el ejército más poderoso del continente. No les permitirán llegar hasta aquí.

—¿Y por esa razón debemos escondernos? —Ogdev se acomodó en su sillón y lo miró—. ¿Debemos confiar en que Sitnor se hará cargo? Ya lo has leído, el Gobernador no quiere saber nada que tenga que ver con los magos y Morrau apoya a Pyebra.

—¿Pretendes involucrar a Tesar en una guerra que aún no ha comenzado? —El rey hizo un gesto de impaciencia y se acomodó, recto, en su sillón—. Ni siquiera sabemos si comenzará alguna vez, Ogdev. Déjalos que solucionen sus problemas entre ellos.

—¿Olvidas a los miles de refugiados que han llegado de Morrau? No me parece que sea algo que debamos ignorar. El pueblo de Morrau no quiere meterse con Sitnor y por eso han dejado su país. Sabemos que sus hombres aman la guerra más que beber y, aún así, han escapado de ella.

El rey volvió a mirar a su hijo y lo estudió por unos segundos.

—¿Quieres ir a la guerra, Ogdev?

—Sitnor necesita apoyo, padre —respondió con seguridad.

—Tú eres mi heredero y no puedo permitírtelo. Ignoraremos estos mensajes y, si volvemos a recibir noticias de Morrau o de Sitnor, lo pensaremos un poco mejor. —Ogdev asintió y el rey Atkjer se puso de pie—. Iré unos días a la casa de campo con Verj y Egil, ¿vendrás a ver a tus hermanos?

—Claro que sí —asintió con una sonrisa—. Madre estará feliz de que le demos un descanso.

—Su madre los ama, no hables así.

—Lo decía por ti —dijo riendo y el rey soltó una carcajada.

—Si no fueras el Primer Príncipe te daría una paliza, muchacho. —El rey desenfundó su espada y arremetió contra un enemigo invisible.

—Estás oxidado, padre. —Ogdev lo miró de arriba abajo—. Hasta Egil puede vencerte…

—Los treinta y ocho inviernos que he vivido aún no han marchitado mi fortaleza. —El rey lo apuntó con la espada—. Hoy los voy a desafiar a todos ustedes y los voy a vencer, ya verás. Pensándolo mejor, a Verj no. No es que quiera morir tan pronto.

Ogdev rio, se puso de pie y Verj entró a la sala en ese momento. Unos largos mechones de su cabello gris plomizo se habían escapado de su trenza y le caían en el rostro, sus musculosos brazos brillaban por el sudor que lo cubría y tenía el rostro enrojecido. Traía su hacha apoyada en un hombro, como un leñador que vuelve de trabajar.

—Mi muchachote —dijo el rey y Verj hizo una reverencia.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quién era el mensajero?

Ogdev volvió a sentarse, le contó a su hermano lo que había leído

en las cartas y Verj sonrió a medias.

—¿Iremos a Sitnor?

—Olvídenlo —dijo el rey y enfundó su arma—, nadie irá a ninguna guerra. Ni siquiera hay una guerra a la que ir.

—Es una lástima. Iré por mis cosas y luego partiré a la casa de campo.

—Pero, iríamos todos juntos —dijo Ogdev, confundido. Verj se sentó en los escalones que llevaban al trono, justo debajo de su hermano, y acomodó su hacha a su lado.

—Le prometí a Leyna que iría en mi caballo —respondió Verj—, y la llevaría a montar en él. Le gustan los caballos de guerra, pero Zelig no le permite acercarse al suyo.

—No lo sabía, tendré que comprar uno para ella —dijo el rey—. Veré si lo consigo para su cumpleaños.

—Que sea blanco —dijo Ogdev y Verj asintió.

—Yo me encargaré de él —agregó Verj—, no quisiera que Leyna se lastime porque el caballo esté mal entrenado.

Ogdev le dio una palmada en la espalda.

—¿Y a Zelig que le obsequiarás? —preguntó el mayor de los príncipes. Leyna y Zelig eran gemelos, por lo que debía recibir un regalo de igual valor para evitar un conflicto entre ambos.

—A Zelig le permitiré que se mude al Palacio Dorado para que empiece a entrenar con ustedes.

—¿Atharja está de acuerdo? ¿Y madre? —Quiso saber Verj.

—Lo he hablado con las dos. —El rey se sentó en el trono, otra vez —. La reina estuvo de acuerdo desde el inicio. Atharja en un principio no quería permitirlo, pero logré convencerla. El muchacho es brillante y necesita un entrenamiento más intensivo. Se está echando a perder en la casa de campo.

—Será bueno que esté aquí —dijo Verj.

—Y las chicas estarán en paz —dijo Ogdev con una sonrisa.

—Así es —dijo el rey Atkjer—. Zelig no les permite hacer nada, pobres mis niñas, todo le molesta. Aunque casaré a Leyna el año entrante…

—¡No! —exclamaron Verj y Ogdev al mismo tiempo. El rey se sobresaltó y los miró.

—¿Otra vez? Este año debió haberse casado y ustedes no me lo permitieron.

—Es una niña aún —dijo Verj con el ceño fruncido.

—Cumplirá diecisiete. No puede quedarse sola de por vida. Es bella, tiene educación, tiene dinero. Es un buen partido para cualquiera.

—¿Para cualquiera? ¿Dejarás que Leyna se case con cualquiera? No, padre, no lo permitiré.

—¿Qué harás, Verj? ¿Raptarla y huir con ella para que no la case?

—No, pero si Leyna debe casarse, que sea con alguien que ella elija, no con un noble que la quiera solo para poder engrosar sus arcas o escalar posiciones.

—Nadie sabe que es mi hija, no puedo darle más que el oro que le corresponde. ¿Quieres que se case con un campesino o uno de los soldados que cuidan la casa de campo?

—Con quien sea, padre —dijo Ogdev, apoyando las palabras de su hermano—, pero será alguien que ella elija.

—¿Harán lo mismo cuando deba casar a Shrika? ¿O a Rivka?

—Por supuesto —respondieron a la vez.

—Por un demonio, ya no sé para qué soy rey, si ni siquiera puedo casar a mis hijas a mi voluntad. —El rey se acomodó la corona—. Hagan lo que quieran, entonces. Pero si en un año y medio Leyna no se casa…

—Nada, padre. Lo hará cuando deba hacerlo —dijo Verj. El rey se incorporó, lo miró por largos segundos y, luego, asintió.

—Como deseen, al fin y al cabo ¿quién soy yo para oponerme? Ah, cierto, ¡soy el rey! —dijo riendo. Ogdev rio e incluso Verj se sumó a ellos.

—Ninguna de las chicas puede ser llamada princesa, padre —dijo Ogdev—. Déjalas que al menos puedan elegir con quien compartir su vida.

—Mi obligación como padre es asegurar que se casen con alguien de…

—Solo nosotros sabemos que son tus hijas. Para el resto, no tienen un padre que decida por ellas. En otros países las costumbres son distintas y les permiten elegir con quién…

—Estamos en Tesar, no en otro país —dijo el rey con el ceño fruncido—. Esas libertades ridículas que se toman solo sirven para arruinar los linajes familiares y la economía de los países.

—¿Realmente cree en eso?—preguntó Verj—. Preste atención a lo que sucede en Sitnor, por ejemplo. Son el país más libre de Thoria, el más próspero, tienen el ejército mejor preparado y su gente puede elegir con quién casarse.

—Y las mujeres pueden ir a la guerra, vaya estupidez —dijo con una mueca—. Las mujeres deben ocuparse de la casa y de los hijos, no estar entrenando como si fueran hombres.

Verj soltó una carcajada, se puso de pie y su padre lo miró

extrañado.

—Hace unas semanas me crucé con una mujer de Sitnor. Me dio una paliza memorable y era así de alta —dijo poniendo su mano un poco más arriba de su codo—. Ve y dile a una mujer de Sitnor que se ocupe *solo* de la casa.

—Bah, seguro no quisiste hacerle daño… —dijo su padre.

—No pude, que es diferente —dijo Verj y Ogdev rio—. Me avergonzó frente a todos. Cada vez que regreso a la taberna me lo recuerdan.

—¿Qué le dijiste? —preguntó su hermano.

—Una grosería que no repetiré. —Verj se sentó en los escalones nuevamente—. Noté por su acento que era de Sitnor y quise comprobar si era cierto que tenían carácter. Vaya que lo tienen. Podría haberme matado, pero le dijeron que era el Segundo Príncipe y se retiró. Los hombres quisieron detenerla y llevarla a los calabozos, pero lo impedí. Había sido mi culpa, después de todo.

—Qué idiota eres, Verj —soltó Ogdev—. Seguro esa mujer está muerta ahora.

—Me aseguré de que nada le suceda. Anoche la vi en la taberna, para tu tranquilidad.

—Ya veo —murmuró el rey—, otra de tus conquistas.

—Una mujer como ella no me haría caso ni en un millón de años.

—Eres un príncipe —dijo el rey—, puedes tener a quién quieras, no sé porqué pierdes el tiempo pidiendo permiso.

—No quiero “tener a quien quiera”, padre. Prefiero que ellas estén de acuerdo. Tengo tres hermanas, una madre y a Atharja, que también ha sido como una madre para nosotros. ¿Cómo podría tomar a una mujer a la fuerza? Mataría sin dudarlo a cualquiera que quisiera hacer algo así. ¿Te imaginas que alguien quiera forzar a Leyna o a Shrika?

—Es diferente, Verj.

—No, padre —dijo Ogdev—. Todas las mujeres son hermanas de alguien e hijas de alguien… ¿Alguna vez te detuviste a pensar en lo que ellas puedan sentir?

—Parece que todo lo que diga hoy tendrá una negativa por respuesta. Me han cansado. Vayan ustedes por su parte, iré con Egil, no podría soportar que estés todo el viaje con lo mismo.

Los príncipes rieron y el rey se alejó de ellos refunfuñando.

La casa de campo estaba ubicada a las afueras de Ciudad Capital y en ella vivían Atharja y los cuatro hijos del rey. Atharja había sido el

primer y único amor de Atkjer. Se conocían desde que eran apenas unos niños ya que la madre de Atharja era una de las cocineras del palacio y, cuando llegó el momento en que el entonces príncipe Atkjer debía contraer matrimonio, su padre el rey Brander rechazó a Atharja y arregló su matrimonio con Valka Akhusta, una bella joven de la alta sociedad tesariana y descendiente del legendario "Dragón Azul". Ninguno de los dos jóvenes estaba de acuerdo con ese matrimonio, pero no tuvieron más opción que obedecer y aceptar.

Al poco tiempo de haberse casado, la princesa Valka dio la noticia de que estaba embarazada. El rey Brander fue feliz, pero la tristeza se adueñaba del humor del príncipe con cada día que pasaba. Valka sabía que la única forma en que Atkjer sonriera era ante la mención de Atharja, por lo que la princesa le sugirió que siga viendo a su amada y ella guardaría su secreto.

—¿Por qué haces esto? —Había preguntado Atkjer.

—Porque no podemos ser los dos infelices por el resto de nuestras vidas. Yo tampoco quería casarme contigo, quería casarme con uno de los soldados de la fortaleza de mi familia. Huiríamos a Sitnor en primavera, pero me trajeron en otoño y ya me ves, aquí, a cientos de kilómetros de él. Al menos, que nuestro hijo tenga a uno de sus padres feliz, ¿no crees?

—Deberíamos los dos ser felices, Valka. Por nuestro hijo. Dime su nombre y enviaré a buscarlo.

—Nos matarán si nos descubren, Atkjer.

—Pero moriremos sonriendo.

Reidar, el soldado, había llegado a Ciudad Capital unos días antes del nacimiento de Ogdev, y Atkjer lo asignó como guardia personal de Valka, cargo que mantenía en la actualidad, al igual que su relación secreta con la reina.

El príncipe heredero a la corona de Tesar había llevado a Atharja a una casona muy cerca del Palacio Dorado, la residencia de la familia real, y la visitaba con frecuencia. Apenas un año después de Ogdev, Verj llegó al mundo y, si bien en un principio Atkjer dudó si era realmente su hijo, nunca cuestionó a Valka y lo aceptó como propio. A los pocos meses del nacimiento del Segundo Príncipe, nacieron Leyna y Zelig, los primeros hijos de Atkjer y Atharja.

Las costumbres en la familia real de Tesar eran que cada año naciera un niño, pero ni Atkjer ni Valka querían ya compartir el lecho y Valka se cuidaba de no concebir un niño con su guardia personal. Sin embargo, ante las presiones del rey Brander, la princesa Valka dio a luz a Egil dos años después del nacimiento de Verj y Atharja, oculta

a los ojos de la familia real, trajo al mundo a Shrika un mes antes que Egil respirara por primera vez.

El rey Brander cerró sus ojos para ya no abrirlos cuando Egil cumplía los tres meses y Atkjer fue coronado rey de Tesar. Lo primero que hizo tras su coronación, fue llevar a Valka y a los príncipes a la casa donde vivía Atharja con sus otros hijos. Las mujeres no tenían una relación cercana, pero se trataban con respeto por todo lo que significaban para el rey; Valka solía visitarlos con frecuencia para que todos los hijos del rey pasaran tiempo juntos como hermanos. Después del cuarto cumpleaños de Egil, Valka dejó de visitar a Atharja y la concubina del rey y sus niños fueron mudados a una lujosa casona en el campo. Rivka fue la última niña del rey y Atharja, llegando a sus vidas hacía seis primaveras.

Cuando el carruaje del rey llegó a la casa de campo, Leyna y Rivka estaban sentadas en un banco debajo de un pino, bordando la falda de un vestido que sería para la menor de las hermanas.

Las hijas de Atkjer eran como la inmensa mayoría de las mujeres de Tesar: delgadas, altas, de rasgos suaves y modales delicados, de piel pálida y rubio cabello, a excepción de Shrika que tenía el cabello gris como Verj y algo de su temperamento, también.

Ambas se pusieron de pie para recibirlo y la mayor miró a su padre con cierta desilusión cuando solo él bajó del carruaje.

—¿Qué sucede, Leyna? —dijo el rey después de saludarlas, mientras caminaban hacia la casa.

—Esperaba que vinieran mis hermanos también —respondió con suavidad.

—Tu viejo padre ya no es lo suficientemente interesante, ¿verdad? —Leyna rio y sus mejillas se ruborizaron.

—No es así, padre —dijo y bajó la mirada.

—Tus hermanos llegarán en cualquier momento —dijo el rey y rodeó a su hija con un brazo—, venían en sus caballos.

La puerta de la casona se abrió y Shrika saltó a los brazos de su padre, pero luego lo miró confundida.

—¿Egil no vendrá? Quería que leyera algo en lo que estuve trabajando.

—Ya no divierto a nadie en esta casa. Me quedaré solo con Rivka —dijo el rey fingiendo estar ofendido, pero a los pocos segundos rio, levantó a la pequeña en brazos y dejó solas a sus hijas mayores, que salieron al jardín a esperar a sus hermanos.

—¿Crees que nos dejarán montar sus caballos? —preguntó Shrika.

—Yo no las dejaría. —Zelig se acercó a ellas. Venía del establo y estaba bañado en sudor. El muchacho era, físicamente, una combinación de sus hermanos: Su cabello era rubio, aunque más oscuro que el de los príncipes, de ojos de un verde que se mezclaba con betas doradas en el centro y de hermosas facciones, como Ogdev y Egil, pero de espaldas más anchas que ellos y podía ser tan salvaje como Verj con un arma entre las manos.

—Pero Verj me lo prometió… —Se quejó Leyna. Las muchachas continuaron hacia el camino de entrada.

—Ellos no son como tú, ellos sí nos aprecian —dijo Shrika.

—Porque no saben lo insoportables que pueden ser.

—Se lo diré a Verj —murmuró Leyna, ofendida.

—¿Y qué hará Verj? ¿Golpearme? —dijo en tono de burla.

—Te aplastará como al gusano que eres —dijo Shrika. Zelig rio y Shrika tomó a Leyna de la mano—. Vamos a la entrada a esperarlos, no quiero quedarme junto a este idiota.

Las muchachas estaban por llegar a las puertas de madera, que separaban la propiedad del camino público, cuando estas se abrieron y los príncipes tomaron el polvoroso sendero que llevaba a la casa. Los tres desmontaron antes de llegar a ellas y, después de saludarlas, Verj y Egil las ayudaron a montar sus caballos y condujeron a los animales por las riendas. Conversaron sobre lo que había sucedido desde la última vez que se habían visto y Ogdev les habló de las cartas que habían recibido de Morrau y de Sitnor.

—¿Qué sucederá con nosotras si ustedes se van a la guerra? —preguntó Shrika.

—No hay guerra aún —dijo Verj con una sonrisa—, así que no deberías pensar en eso.

—Yo no podría ir —dijo Ogdev.

—Pero tu sí —dijo Leyna mirando a Verj—, y no me gustaría que te fueras.

—Si voy a la guerra, será para proteger nuestro país y evitar que esos bastardos pyebranos se acerquen a ustedes. No iría solo por el gusto de ir.

—En Sitnor las mujeres pueden ir a la guerra, ¿no? —preguntó Leyna y Verj asintió—. Yo también quiero ir, entonces.

—No sabes utilizar un arma, ¿a qué irías?—dijo Ogdev y Leyna lo miró.

Estaba a punto de revelar a sus hermanos el secreto que había guardado durante toda su vida. Leyna cerró los ojos, recurrió a sus

poderes y, cuando volvió a abrirlos, vio que su hermano mayor la estaba mirando. De inmediato sintió que alguien entraba en su mente, se alarmó y sintió que le faltaba el aire.

—¡*No lo hagas!*— dijo Ogdev. Leyna volvió a calmarse cuando se dio cuenta que era él.

—*¿Por qué? Puedo ser útil en la guerra. Puedo cuidar a Verj.*

—*No deben saberlo aún, si padre te ve no sé lo que podría sucederte, por eso tampoco yo se los he dicho. Hablaremos luego ¿si?*

Leyna asintió y Ogdev abandonó su mente, dejándola agotada y confundida. Verj la miró, detuvo el caballo y la ayudó a desmontar.

—¿Qué te sucede? ¿Qué tienes?

Por más que lo intentaba, no conseguía que todo a su alrededor dejara de girar y, para empeorar las cosas, su cuerpo parecía no responderle. Verj la tomó en sus brazos y la llevó a un costado del camino, para sentarla sobre el verde césped.

—Me he sentido mareada, nada más —dijo e intentó sonreír. Se incorporó y vio que todos estaban mirándola con preocupación.

—¿Desayunaste hoy? —preguntó Verj.

—Claro que sí.

—¿Zel te ha hecho algo? —preguntó Verj bajando la voz.

—No, quédate tranquilo—contestó en un susurro y, luego, agregó —. No se preocupen, ya estoy bien. —Leyna se apoyó en su hermano y se puso incorporó. El suelo había dejado de temblar bajo sus pies y caminó hasta los demás—. Continuemos, por favor. Shrika y yo estuvimos cocinando todo el día de ayer para cuando ustedes llegaran.

Verj la abrazó y le dio un beso en la cabeza. Ella era la única, aparte de la reina Valka, que recibía alguna muestra de cariño de su parte.

52

Sitnor Ciudad Capital

Quentin había dibujado, con la ayuda de Eric primero y las recomendaciones de Onix después, cómo eran las espadas que quería que el herrero hiciera para él y uno de los guardias había ido a buscarlo para que vaya por ellas. Se sentía como un chiquillo, tan emocionado y ansioso que casi no podía contenerse.

Caminó apresurado por el patio central y el calor de la fragua le azotó el cuerpo cuando entró a la herrería.

El enorme sujeto le entregó las armas envueltas en un paño y Quentin lo quitó para poder verlas. Eran tal como las había imaginado; idénticas como dos gotas de agua, afiladas por los dos lados, levemente curvadas, livianas y, en las empuñaduras, tenían incrustadas una piedra diferente en cada una. La que usaría en su mano derecha tenía una esmeralda y la de la izquierda una piedra rayada, similar a la que le había enviado a Ilsa en su bolso.

Después de haber pagado por sus armas y haber agradecido al herrero, Quentin volvió a cubrir sus espadas y regresó a su habitación. Quería que Onix las viera antes que nadie. Cuando llegó, colocó la envoltura en su cama y la abrió despacio.

—*Mira, son casi perfectas, Onix.*

—*¿Qué les falta para ser perfectas? Para mi están muy bien.*

—*Si pudiera hacer que las hojas fueran negras, sí serían perfectas. Vi una espada así en Drioed-ta.*

—*Eso puedo hacerlo yo por ti* —dijo el felino y Quentin lo miró.

—*¿En serio puedes?*

—*¿Aún no tienes idea de con quién hablas, verdad?*

—*No he leído tantos libros como Noah, ni siquiera los que Josh. Perdón por mi ignorancia.*

—*Que vergüenza.*

El gato se acercó a las espadas y las miró fijamente. Ante el

asombro del muchacho, las hojas empezaron a cambiar de color, como si gotas de tinta cayeran sobre ellas y su color se mezclara con el brillante gris del metal.

—*¿Quieres que sean brillantes o sin brillo? Apresúrate.*

—Brillantes —murmuró Quentin sin quitar sus ojos de las espadas.

Las armas cambiaron de color por completo y Onix le dijo que ya podía levantarlas. Quentin tomó una de ellas y la miró con fascinación.

—*No deberás afilarlas jamás. También me encargué de eso.*

—Vaya Onix, te has lucido. —Quentin observó la espada, pero luego la bajó y miró al felino—. Espera, ¿qué diré cuando alguien me pregunte por su color?

—*Ese es tu asunto. Deberías haberlo pensado antes, cachorro.*

—Por un demonio, te hablo en serio, Onix.

—*Yo también. ¿Acaso quieres que solucione todos y cada uno de tus problemas?*

El gato se estiró y saltó a la ventana.

—¿Te vas a ir? —Quentin se acercó y cerró la ventana—. No puedes, dime qué haré.

La ventana volvió a abrirse y Onix salió.

—*Tengo una cita, llegaré tarde.* —El gato saltó al tejado y lo dejó solo.

—Maldición —murmuró.

Por suerte al día siguiente marcharían hacia el norte, al Puente Negro. Podría ocultar sus espadas de su familia y demás guardias de la fortaleza, sin que el herrero lo exponga. Aún así, colocó sus armas en las fundas de cuero que había mandado a confeccionar y fue a ver a Josh. Necesitaba que él también las vea.

—¿Por qué las piedras son diferentes? —preguntó Josh después de haberlas mirado con detenimiento y haberlas guardado. Ambos estaban sentados en el césped del jardín, entre los rosales de la Dama Ema.

—¿Te llaman la atención más las piedras que el color de las hojas?

—La huella de la pata de Onix en cada hoja ya me ha sacado de dudas, pero no entiendo lo de las piedras.

—Me recuerdan a ella, aunque no necesite de un objeto para recordarla, puesto que está todo el tiempo en mis recuerdos. Pensé que tal vez me ayuden a no hacer alguna estupidez de nuevo. —Quentin encogió los hombros—. Llevaba unos aretes de esmeraldas cuando nos conocimos y la piedra rayada es similar a la que puse en su bolso antes de llegar a la ciudad.

—Comprendo. ¿Y cómo te encuentras?

—No lo sé. Acostumbrado a sentirme como una mierda. Pero creo que me ayuda un poco poder decírtelo de cuando en cuando. —Quentin se puso de pie.

—¿A dónde vas?

—Supongo que querrás despedirte de Ara, nosotros nos cansaremos de vernos las caras. —Quentin hizo algunos pasos y se dio vuelta—. Puedes olvidar por hoy que es mi hermana, pero no te pases.

Quentin retomó su camino antes que su amigo le responda y regresó a su habitación a guardar sus cosas.

—Adelante —dijo la voz del Gobernador y Eric abrió la puerta para entrar al despacho—. ¿Qué sucede, Capitán?

—Mi señor, quería solicitar su permiso para partir mañana hacia el Puente Negro. Estoy dispuesto a regresar al rango más bajo, a renunciar a mi salario e incluso…

—¿Por qué harías eso? ¿No estás conforme con tu posición, acaso?

—Puedo ser de mayor utilidad en el frente, mi señor.

—Vaya. Sabía del amor de los morroínos por la guerra, pero no hasta este punto.

—No es solo por eso, Santoro también desea ir, pero él está de guardia y no pudo acompañarme. Es por los señores Quentin y Joshua, mi señor. Son hábiles y son valientes, pero son nuevos y una guerra no es para cualquiera. Ellos no conocen a nadie allí y son tan cerrados que dudo vayan a hacer amistad con alguien más.

—No son niños, Capitán. Muchos tendrán su bautismo de acero en el otoño, no veo por qué hacer la diferencia con ellos.

—La señorita Ara regresará al Entrenamiento Obligatorio, y ya no tendremos a quién ayudar aquí. Además, se lo prometí al señor Quentin la noche en que apresamos a Almairon. Si no me permite hacerlo dentro del ejército, renunciaré e iré por mi cuenta.

—Por un demonio, Eric. ¿Y tenían que esperar hasta última hora para decirlo?—El Gobernador abrió un cajón y sacó un pergamino—. Ve por Santoro. Les permitiré ir, pero perderán sus rangos y su paga será la mínima. Recibirán órdenes de sus superiores y todo lo demás que no es necesario que repita.

—Gracias, mi Señor. —Eric sonrió y fue en busca de Santoro.

53

Picos Blancos, Tesar

—Naga, ¿puedo preguntarte algo? —Ilsa terminó de poner en el horno una bandeja con panes y se sentó en la mesa frente a él.

—Ya lo has hecho. ¿Quieres saber otra cosa? —dijo sin levantar la vista del libro que estaba leyendo.

—Qué gracioso —refunfuñó y Naga rio.

—¿Qué sucede? —murmuró sin mirarla.

Ilsa se tomó unos momentos en responder.

—¿Puedes decirme algo de Quentin? —En su imaginación, era una buena idea hablar con Naga sobre Quentin, pero una vez que lo dijo le pareció en extremo ridículo y su rostro enrojeció.

—Sí, de eso quería hablar contigo, pero tu padre siempre estaba en la casa y no tuve la oportunidad de mencionarlo antes. —Naga cerró el libro y la miró—. Vaya, no es para que te pongas así. Es un muchacho muy guapo, entiendo que…

—No es eso, Naga. Tú eres mago y entenderás de lo que hablo. Quentin y yo somos parte de la misma estrella.

—Maldición, ahora comprendo.

—¿Qué cosa? —Ilsa se alarmó—. ¿Qué más sabes?

—Nada, que lo hayas pedido por esposo, por ejemplo. Era para liberarlo de Arkghor, ¿no es así?

—Por supuesto.

—En ese momento pensé que, bueno… querías…

—Ni lo menciones, demonios —dijo Ilsa con el ceño fruncido y Naga rio—. Además estaba a punto de casarme, imagínate, hubiera sido un escándalo si hubiera tomado un esposo en Drioed-ta.

—Tus padres te hubieran abandonado ahí.

—Pues si… No quiero ni pensarlo, con lo que detesto el calor.

—Yo lo extraño, pero prefiero estar aquí, con ustedes. ¿Qué querías saber de Quentin?

—Algo, no lo sé. Mira. —Ilsa se arremangó y puso su brazo izquierdo en la mesa, frente a sus ojos.

—¿Qué te has hecho? —preguntó cuando vio que había tatuado flores, pájaros volando, palabras sueltas en varios idiomas y diferentes formas que no tenían relación alguna entre ellas.

—Descubrí que esto me distrae, cuando siento que no puedo más. —Ilsa volvió a cubrirse y le habló de lo que les sucedía, de cómo se habían conocido y parte de lo que había sucedido en la casa abandonada. No creyó que fuera adecuado mencionar su momento de insensatez, por lo que se guardó eso para ella. Tal vez en algún momento se lo diría, pero no hoy.

Naga tenía unos años más que ella, pero tenía la apariencia de alguien mucho menor. Su padre lo había recogido de las calles de Ahrbak Ardhal[16], cuando Ilsa era pequeña, y era casi como un hermano para ella. Al hacerse mayor, decidió hacer su vida, pero terminó esclavizado en Drioed-ta por varios años. Cuando finalmente pudo pagar en oro el precio de su error, se decidió a regresar con la única persona que le había dado cariño y una familia. A la fuerza se dio cuenta que no era tan maduro como él había creído y necesitaba aprender muchas cosas aún.

—Escúchame y quiero que lo pienses antes de decir algo. Pyebra atacará a Sitnor en breve y antes que eso suceda, iré hacia allí. Hay magos activos en el norte de Pyebra que se oponen a los reyes actuales y les han dado algún que otro dolor de cabeza. Tengo que ir a Sitnor a buscar a alguien y llevarlo hacia Erjathá. Podría llevarte para que veas a Quentin y regresaríamos ese mismo día.

—No, Naga. No quiero saber cuándo te irás.

—Pero… es una buena oportunidad.

—No podré regresar contigo si lo veo otra vez y no quiero dejar a mi padre solo.

—Piénsalo, por favor.

—Ya lo hice. Mi padre está viejo, no sé cuantos años más le queden. Quisiera estar con él hasta sus últimos días. —Ilsa sintió que se le hizo un nudo en la garganta y que se inundaron sus ojos—. Si veo a Quentin otra vez, no seré capaz de dejarlo, Naga. No sabes lo que se siente morir a cada instante por no estar cerca de él.

El muchacho se levantó de su silla, se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Por primera vez, Ilsa sintió que podía compartir su dolor con alguien y lloró frente a él.

—Por favor, no llores. Encontraré la forma de ayudarte. ¿Qué tal si le escribes una carta? Puedo entregársela y traer su respuesta cuando

regrese.

—No, eso solo empeorará las cosas. Creo que es mejor si no sabemos el uno del otro. ¿Qué tal si él quiere venir hacia aquí?

—Lo dudo. No llegué a conocer mucho a Quentin, pero por lo que vi de él, creo que no dejará su lugar. Ellos comenzarán a marchar hacia el Puente Negro en estos días, a esperar la invasión de Pyebra. Aunque, ante la posibilidad de verte, tal vez lo haga, no sabría decirlo.

Ilsa sintió que todo dejaba de existir a su alrededor. Quentin podía morir ahí y la sola idea le oprimió el corazón.

—No me digas eso —sollozó.

—No ganaría nada mintiéndote.

—Discúlpame, Naga. Necesito estar sola. —Ilsa dejó a Naga y se encerró en su habitación. Abrió el estuche de cuero que había comprado en Pyebra, sacó las agujas y los pequeños frascos de vidrio. Tal vez, podría encontrar algo más que tatuar en su brazo.

Sitnor Ciudad Capital

Quentin estaba acostado, pero sin ser capaz de conciliar el sueño. Había comenzado a sentirse mal hacía unas horas, mucho peor de lo que ya estaba, y no había ningún pensamiento que pudiera distraerlo. Pensar en Ilsa solía ayudarlo a atenuar levemente su malestar, pero hoy no podía hacerlo, su recuerdo se escapaba como el humo de las chimeneas, incontrolable y libre.

«¿Qué te sucede Ilsa? ¿Por qué me siento así de repente? Por los dioses, si solo pudiera saber que estás bien. Me conformaría con que alguien me dijera que nada malo te ha sucedido».

Se levantó de su cama y se vistió. Iría a beber. Ya no podía soportar ese dolor que sentía hasta en los huesos y quería que todo se desvanezca aunque sea por unas pocas horas. Se aseguró de llevar dinero suficiente esta vez y dejó su casa para ir a donde Eric lo había llevado. Al menos ahí lo conocían y, si había problemas, podrían avisarle a Eric o a su padre. No confiaba en sí mismo, no tenía idea de lo que haría y ya sabía que podía beber hasta perder la conciencia antes de darse cuenta.

«Le prometí que estaría bien, pero no puedo» se dijo mientras caminaba. *«¿Cómo se hace? ¿Cómo pude prometerle algo sin saber si sería capaz de cumplirlo?»*

Quentin llamó a la puerta y el mismo hombre de traje de la última vez lo recibió con amabilidad, lo condujo al salón y lo dejó solo.

—¿Qué beberás esta noche? —preguntó una suave voz detrás de él. Se dio vuelta y vio que era la misma muchacha que lo había acompañado la ocasión anterior.

—Cerveza —contestó y la muchacha lo acompaño hasta una mesa.

No pasó mucho hasta que ella regresó y se sentó a su lado.

—Estoy bien solo, gracias —dijo con seriedad, pero ella sonrió.

—¿Ya no quieres que Ilsa te acompañe? —Sus dedos se deslizaron con suavidad su espalda.

—¿De qué demonios hablas? —Alejó el jarro de cerveza que tenía frente a él, como si se tratara de alguna clase de veneno.

—No lo recuerdas, ¿verdad? Me llamaste Ilsa. —La muchacha quiso tocar su mano, pero Quentin no lo permitió—. Puedo ser ella de nuevo hoy, si así lo deseas.

Quentin se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos. No podía creer lo que estaba oyendo. Se puso de pie y abandonó el salón, le dejó una moneda al hombre que cuidaba la puerta y salió a la calle.

Lo último que esperaba esa noche era saber que había llamado Ilsa a una mujer que ni siquiera conocía y que no tenía absolutamente nada que ver con ella. Su voz era diferente, su rostro, su cuerpo, su cabello, sus ojos… todo lo que veía en esa muchacha era distinto a Ilsa. Solo quería dejar de pensar y alejarse de la realidad por unas horas, aunque sea por unas pocas horas.

—¡Espera! —La muchacha lo llamó, Quentin se dio vuelta y se detuvo al verla. Ella corrió hacia él sosteniendo su voluminoso vestido —. Si algo he aprendido en este trabajo, es reconocer a una persona atormentada y tú…

—Calla, por favor. —Quentin no la dejó seguir hablando—. No sabes nada de mí y no sabes nada de ella. No es mi intensión ser grosero, pero no me interesa escucharte.

—Está bien. Solo… intenta ya no tener miedo.

—¿Y quién te dijo que tengo miedo? —Quentin habló apretando las mandíbulas.

—Tienes miedo de lo que sientes, chico. Miedo de admitirlo, miedo de vivirlo. —Ella le tomó la mano y Quentin se sorprendió al no sentir nada. La única muchacha que le había tomado la mano alguna vez había sido Ilsa y con ella todo era muy intenso y, sin dudas, mágico. Se sintió más vacío y más miserable que antes.

—Ya cállate —murmuró. Quentin quiso darse la vuelta y ella se lo impidió.

—He visto toda clase de cosas aquí. Me han golpeado, me han quemado, me han lastimado, me han violado, me han humillado de

todas las formas posibles, pero tú… tú fuiste diferente. No lo recuerdas, pero quería que lo supieras.

—Perdóname, no lo sabía… —Quentin miraba sus pies sin saber qué más podía decir. No estaba esperando escuchar esa clase de confesiones en medio de la calle.

—No tienes que pedirme perdón, tú no me has hecho nada malo. No suelen tratarnos bien y, cuando eso sucede, por supuesto que lo recordamos —dijo con una sonrisa triste—. Ya puedes irte. Esa tal Ilsa es muy afortunada de tener tu amor en sus manos. Ojalá el destino deje de jugar con ustedes, sea lo que sea que les ocurra, y vuelva a ponerlos en el mismo camino.

La muchacha se alejó y Quentin se quedó parado en medio de la calle vacía, sin saber qué hacer ni qué pensar y con el mismo dolor de hacía unas horas atenazando sus entrañas, arraigado en lo más íntimo de su ser, más constante y agobiante que nunca.

«Ilsa es muy afortunada de tener tu amor en sus manos». Sus palabras se repetían como un eco sin fin entre sus pensamientos. No la amaba, pero aún estaba presente en él lo que ella le había hecho sentir. Estaba seguro que con el tiempo esas sensaciones se desvanecerían y volvería a pensar en Ilsa de la misma manera que antes, cuando no pensaba que era hermosa, cuando no sentía tantas ganas de volver a oler su perfume a lavandas, cuando no quería besarla.

Quentin movió la cabeza de lado a lado, como si quisiera que sus pensamientos se escaparan por algún lado. En ese momento solo quería beber y olvidarse de Ilsa, de esas palabras que se repetían sin parar y de lo que sucedía a su alrededor, por lo que comenzó a caminar hacia el muro oeste, si mal no recordaba había otra taberna cerca de allí.

—¿Dónde estás, cachorro?

Quentin no respondió y Onix insistió varias veces hasta que soltó un rugido tan fuerte que Quentin se tomó la cabeza con ambas manos, pensando que algo estallaría ahí dentro. Se sentó en el banco que había afuera de una casa, a esperar a que ceda el malestar que estaba sintiendo.

—No me ignores, maldito seas —exclamó cuando terminó de rugir.

—¿Qué demonios quieres, Onix? Si no respondo es porque no tengo ganas de escucharte, ¿no lo has notado?

—Me importa tres carretas de mierda lo que quieras, Quentin Guna. ¿Dónde estás?

—Maldición, estoy yendo a…

—En dónde, no hacia dónde.

—*Y a ti qué te importa.*

—*He encontrado al Indigno que te atacó. ¿Vas a seguir comportándote como un niñito caprichoso o me prestarás atención?*—Quentin sintió como si dos martillos le hubieran golpeado en las sienes al mismo tiempo—. *Astor y yo iremos por él ahora. Necesitas estar a resguardo, cachorro irresponsable.*

—*¿Dónde se encuentra?*

—*En la calle de Los Libertadores, dos calles antes de llegar a la biblioteca. No se te ocurra pasar cerca de ahí y, si estás en la zona, aléjate ahora mismo.*

—*Estoy del otro lado, pero regresaré a casa ahora.* —Quentin se puso de pie y comenzó a correr hacia la fortaleza—. *¿Llevarás a Astor?*

—*Por supuesto, no puedo hacerlo sin él, pero ahora no es momento para que te preocupes, sabemos lo que hacemos. Regresa a casa y no hagas ruido para que nadie se despierte, de lo contrario tendré que borrar la memoria de los que pregunten por el niño y no es algo que me guste hacer.*

Justo lo que necesitaba para que sea una noche memorable, saber que Astor y Onix estaban a punto de poner su vida en riesgo.

Cuando llegó, corrió a la habitación de su hermano, la que antes ocupaba Noah, pero el pequeño ya no estaba en su cama. Quentin tocó las mantas y aún estaban tibias. *«Los dioses y los Astros me los cuiden»* pensó.

Fue a su habitación, tomó sus espadas, bajó en silencio y se quedó en el jardín, esperando.

54

Páginas 727 y 728 del Libro de Anotaciones de Leyna,
Hija del Viento del Sur.
Tesar Ciudad Capital, año 3647

"Sobre los Indignos:

Un Indigno ha sido, en el pasado, una Estrella que decidió nacer como un ser humano y que en su paso por la tierra ha sido corrompida por una invocación o como resultado de sus propios actos.

Los Indignos normales son seres espectrales, cuyo cuerpo esquelético se rodea de la más absoluta oscuridad y solo pueden ser vistos por ojos mágicos aunque, algunas veces, los magos con pocos poderes tampoco son capaces de verlos. Los indignos mutables pueden cambiar su tamaño y apariencia y, cuando ellos cambian, todos, sean magos o no, podrán verlo y oírlo.

En un principio, se creía que los Indignos eran una Estrella que había decidido obrar con maldad, de ahí su nombre. Eran indignos de ser llamados Astros, de ser llamados Estrellas, pues las Estrellas son bondad, paciencia y amor en la mayoría de los casos, pero nunca completa crueldad.

Con el tiempo se descubrió que el humano ha obrado en perjuicio de estos maravillosos seres, aprovechándose de su inocencia. Sin embargo, una vez que una Estrella ha sido corrompida, el ser resultante no puede ser tratado con ninguna clase de consideración, ya que ha olvidado su verdadero origen, su verdadera esencia.

Cabe remarcar el hecho de que una Estrella que decide nacer como humano será una persona dulce, pura e inocente, de modales suaves, de corazón noble y mirada sincera. No hará daño jamás a una persona, un animal o un árbol. Estará siempre dispuesta a ayudar y sufrirá como una tortura insoportable en su propio cuerpo cualquier injusticia que presencie e intentará dar lo mejor de sí para hacer de su entorno un lugar mejor.

Un Indigno, en cambio, es un ser repugnante que solo sirve a la maldad

y se alimenta de ella. El propósito de su creación es otorgar ciertos poderes mágicos a quienes no los poseen o aumentar los de quienes sí han sido bendecidos por un Astro.

Se puede corromper una Estrella con la invocación del Dios Suin, guardián de las puertas de los mil infiernos, y de la Diosa Zarba, la segadora de almas, la incompleta, la eterna sufriente.

No se ha podido saber quién fue el primer mago y el primer sacerdote a los que se les ocurrió cometer tal atrocidad, ya que no solo no les bastó con hacer una invocación a los dioses malvados, sino también tuvieron que esclavizar, someter, forzar, a una Estrella a ceder sus poderes y ser funcional a quien la mantiene cautiva.

Nadie con un mínimo de compasión sería capaz de realizar un acto tan egoísta y cruel. De por sí las invocaciones son desagradables, pero aún más monstruosas, inhumanas, atroces y retorcidas son las invocaciones del Dios Suin y la Diosa Zarba. Siniestros rituales adicionales se necesitan para la creación de un Indigno mutable.

Una Estrella se corrompe por propia voluntad cuando sufre una niñez desbordada de violencia y dolor. Por esta razón, como humanos, no suelen vivir más allá de los veinticinco años y suelen morir por su propia mano o como consecuencia de sus actos. Su esencia convertida en maldad pura queda en la tierra y se aloja en la mente de la primera persona que pase a su lado, sin importarle su edad, hasta que destruye ese cuerpo y busca uno nuevo. Un Indigno que se corrompió a sí mismo, no puede nunca ser capturado y esclavizado, pero sí puede ser destruido de la misma forma que uno cautivo.

Un Indigno en estado cautivo, debe mantenerse dentro de un objeto que tiene que estar en contacto permanente con la persona a la que sirve. Es común que los mantengan sometidos dentro de joyas que se engarzan en anillos, brazaletes, collares o gargantillas, aunque hay muchas opciones diferentes y muy variadas: cuchillos, dagas, espadas, armaduras, coronas.

El Indigno resultado de una invocación puede ser liberado al dar muerte a la persona que lo tiene sometido y, en este caso, el Indigno buscará alojarse en la mente de quien lo liberó. En un primer momento, el Indigno huye de su prisión física, atormentado y asustado por su condición, por lo que le ha ocurrido y lo que ha sido forzado a hacer, hasta que toma consciencia de cuál es su realidad. A partir de ese momento, comienza a buscar a quién lo liberó. De no encontrarlo, recorrerá los alrededores hasta hallar un lugar que le agrade para permanecer en él. Habita en lugares donde han ocurrido asesinatos, escenas de violencia extrema, campos de batallas o prisiones. Necesitan de la maldad para vivir y los sentimientos de odio se impregnan en los suelos, las paredes y los muebles, tanto como

pueden hacerlo en las personas.

Un Indigno que ha sido liberado, puede volver a capturarse dentro de un objeto pero, en este caso, el Indigno estará de acuerdo en servir a otra persona siempre y cuando se le ofrezca un sacrificio que sea de su agrado. De más está decir que mientras se trate de un hecho violento, el Indigno estará complacido. Sin embargo, algunos Indignos son más crueles que otros y exigirán diferentes clases de ofrendas para aceptar ser sometido. No enumeraré aquí cuales son las de su preferencia.

Cuando un Indigno toma una mente, personas que siempre fueron honestas, correctas y respetuosas se transforman en un peligro para su entorno de la noche al día. El Indigno lo conduce rápidamente a la locura y la persona poseída por él asesina a las personas que una vez amó sin tener una razón genuina para hacerlo, solo porque el Indigno así lo quiere.

Si el Indigno es libre, volverá a poseer cuanto cuerpo se cruce en su camino hasta ser destruido por un mago del bien. En cambio, si el Indigno ha sido un esclavo, buscará acabar con la persona que lo liberó de su cárcel física y, luego de eso, será libre para regresar a su forma original de Astro, pero no podrá otorgar sus poderes por un largo período de tiempo, hasta que las heridas causadas por aquellos que lo llevaron a convertirse en un Indigno hayan sanado por completo."

El gato encontró al Indigno esa noche sin proponérselo ya que regresaba de una de sus andanzas, puramente felinas, cuando sintió el mal que acompañaba al horrendo ser.

Corrió sobre los tejados siguiendo el rastro de maldad que emanaba hasta que pudo verlo. El Indigno, que toma la forma de un esqueleto cubierto de una piel gris y apergaminada cuando esta libre, tenía a su alrededor un halo de profunda oscuridad a pesar de estar flotando debajo de uno de los numerosos faroles que iluminaban las calles de la capital de Sitnor.

Onix lo observó por varios minutos y el Indigno apenas si se movió, balanceándose con la suave brisa nocturna como si se tratara de la hoja de un árbol. Cuando se aseguró de que estaba reposando, se alejó con sigilo hacia la fortaleza. Había alertado a Astor en cuanto lo sintió por primera vez y el niño lo esperaba en su habitación, ya vestido y preparado.

Los dos caminaron de regreso entre las sombras de los árboles y los arbustos, ocultándose de los ojos alertas de los guardias que recorrían las calles.

—*Haremos lo mismo que la vez anterior* —dijo Onix—. *Le diré que*

eres mi ofrenda.

Astor asintió y, cuando pudieron verlo, el niño comenzó a sollozar. El Indigno pareció despertarse de su letargo y levantó la esquelética cabeza para encontrar el origen de ese débil llanto. Se deslizó hacia ellos y revoloteó a su alrededor.

—*Quiero tus servicios.* —Onix se dirigió al Indigno—. *Tengo este niño y haré con él lo que me pidas.*

El ser se acercó a Astor, que fingía no verlo, y olió su cabello, su cuello y sus manos.

—*No tiene miedo.*

—*Lo tendrá* —dijo Onix.

—*Muéstrame.* —El Indigno frotaba sus huesudas manos, emocionado y ansioso.

Onix saltó y golpeó en el pecho al Indigno, que trastabilló y cayó sentado. Las manos de Astor se iluminaron, tomó al ser del cuello y este comenzó a retorcerse hasta que fue capaz de liberarse de las pequeñas manos del niño y se alejó de ellos, aullando y maldiciendo. Ascendió para resguardarse debajo de las salientes de los tejados y Onix se lanzó hacia él, lo sujetó entre sus garras y saltó hacia abajo. Los huesos del ser crujieron al aterrizar en la calle empedrada y este soltó un alarido; las piedras debajo de ellos se rompieron y saltaron en todas direcciones. Astor, que puso una mano delante de él para que los escombros no lo lastimen, se acercó corriendo. En sus manos aparecieron dos esferas de luz roja, las que liberó en cuanto Onix se alejó. Una de ellas le dio en un brazo y la otra se desvaneció antes de llegar a impactar.

El Indigno se puso de pie, se acomodó los huesos que se habían salido de su lugar y comenzó a crecer, haciéndose más alto a cada segundo. Astor levantó una mano y una llama apareció en ella.

—*No lo hagas* —dijo Onix.

—*Este es diferente. ¡Este crece!*

El Indigno creció hasta sobrepasar la altura de los techos de las casas que, en esa zona, eran de dos plantas.

—*Es mutable. Tenemos que ser capaces de llegar a su marchito corazón sin destruir la ciudad.*

Astor rio y lanzó una bola de fuego hacia el pecho del Indigno, pero esta se esfumó mucho antes de llegar a él.

—*Es imposible alcanzarlo* —dijo—. *¿Tienes idea de cómo lo haremos?*

—*De la misma forma que con el anterior, aunque nunca me enfrenté a uno mutable.*

El ser saltó sobre una casa, se acuclilló y enterró sus garras en el

techo de madera. Entre aullidos de rabia, el Indigno comenzó a arrancar cada una de las tejas y a arrojarlas hacia ellos. Los habitantes de la vivienda gritaron aterrorizados y el Indigno, entonces, soltó una risa estridente que hizo vibrar el aire a su alrededor.

—*¿Voy por él?* —Astor corrió hacia la casa y se apoyó contra la pared, junto a la entrada—. *¿O lo dejamos ir?*

La puerta de la casa se abrió y tres mujeres, pálidas por el pánico, salieron corriendo; una de ellas llevaba un niño pequeño en brazos.

—*Ya no podemos dejarlo. Está enfurecido y va a destruir todo lo que se cruce en su camino hasta encontrar a Quentin.*

Astor esperó hasta que las personas se alejaron, entró por la puerta que quedó abierta y desapareció en la oscuridad del interior. Onix, por su parte, trepó a un árbol y ascendió hasta las ramas más altas, para luego saltar hacia el tejado de la casa lindante.

Varias ventanas se iluminaron, los vecinos de la propiedad que estaba siendo destruida aparecieron en las ventanas de sus casas y miraron hacia la calle. Una viga de madera salió disparada desde el tejado, como si de una enorme flecha se tratara, y entró por la ventana de una de las casas de en frente. La viga debió haberse estrellado en contra de una columna, pues el techo cedió y parte de él cayó hacia adentro. El Indigno soltó un victorioso chillido cuando los habitantes de la casa gritaron.

—*¡Maldito bicho!* —exclamó Onix.

Tres soldados de la guardia se hicieron presentes y, al mirar hacia el lugar del que caían los trozos de madera, dos de ellos corrieron hacia donde se encontraba el cuartel del ejército; el tercero desenfundó, inútilmente, su espada.

El sonido del metal atrajo la atención del Indigno y este giró su horrible cabeza hacia el soldado. Flexionó las piernas y se dispuso a saltar pero, antes de poder hacerlo, unas luminosas cadenas plateadas surgieron desde el hueco que él mismo había abierto, se enredaron en sus brazos y rodearon su descarnado cuerpo. Las cadenas tiraron de él hacia abajo y el Indigno aulló, desesperado y enfurecido. Onix corrió detrás de él, entró por la abertura y vio que Astor lo había aprisionado en la planta baja, ya que parte del segundo piso se había derrumbado por la fuerza con la que el niño lo había bajado del techo.

El horrendo ser maldecía e intentaba liberarse de las mágicas ataduras sin lograrlo, ya que las cadenas estaban fijas al suelo de piedra. Onix saltó sobre su pecho, el Indigno se contorsionó y el felino cayó al suelo. Los aullidos de indignación y odio de la criatura inundaban el ambiente y Onix supuso que la mitad de la población de

Sitnor estaría despierta a esas horas por ello.

—*¡Las palabras de poder!* —exclamó Astor.

—*No pueden ser utilizadas contra un Indigno, al ser un Astro él mismo.*

—*Maldito sea.* —El cuerpo esquelético se quedó quieto y en silencio. Astor movió las manos y las cadenas tintinearon como copas de cristal —. ¡*Está cambiando otra vez, Onix! Lo siento en las cadenas.*

—*Usaré el dragón.*

—*Esto será un desastre.*

—*Tengo que hacerlo. Sostenlo lo que más puedas. Libéralo a mi señal y haz un escudo sobre ti.* —Astor asintió. Onix subió las escaleras y, una vez que subió al tejado, el gato miró hacia la calle—. ¡*Por un demonio, está lleno de soldados! Sal a la calle y protégelos, me llevaré al Indigno fuera de la ciudad.*

—*No creo que pueda proteger a todos, Onix.*

—*Inténtalo, crea un escudo sobre ellos. Temo que la casa se derrumbe y causemos una desgracia.* —Después de unos momentos, el niño le confirmó que estaba en la puerta de entrada y Onix le dio la orden—. ¡*Ahora!*

El chillido triunfal del Indigno al saberse libre aturdió al gato y asustó a los soldados, que apretaron con fuerza las empuñaduras de sus armas y se agitaron, nerviosos. El ser dio un salto hacia el tejado y miró a Onix con sus brillantes ojos plateados.

—*Me traicionaste, gato.*

—*Quiero liberarte para que vuelvas a ser un Astro.*

—*¡No quiero hacerlo!*

—*Ya lo sé y por eso te traicioné.* —Onix creó su dragón negro y este apareció pesadamente detrás del Indigno. La casa crujió bajo su peso y parte del tejado se derrumbó. La horrible criatura saltó hacia la casa de al lado y le dio la espalda a Onix. El gato vio como le crecieron unas alas cubiertas, en parte, de plumas negras. Algunas estaban rotas, otras parecían chamuscadas y varias de ellas colgaban como si estuvieran a punto de caerse. El Indigno miró a su alrededor y levantó vuelo. Onix escuchó gritar a la gente que había en las calles, mientras buscaba la sombría figura del Indigno en la oscuridad de la noche.

—*¿Viste hacia donde se dirigió?* —preguntó a Astor.

—*¿Se escapó?* —preguntó, a su vez, horrorizado.

—*Salió volando el muy maldito.*

Onix se sentó, resguardado entre las tablas del tejado destruido, conectó su mente a la de su creación e hizo que el dragón levantara vuelo.

—*Iré hacia ti* —dijo Astor.

55

—¿Enara? ¿Qué sucede? —Quentin, que estaba sentado en el jardín cuando Enara ingresó por la puerta que separaba los patios, se puso de pie apenas la vio.

—Hay un Indigno suelto, pude sentirlo y por eso he venido por Onix. —Su cuñada se veía algo pálida y nerviosa.

—Él y Astor están encargándose. —Quentin volvió a sentarse y se acomodó las correas de la funda doble en la que llevaba sus espadas. Al ser la primera vez que la usaba le resultaban un tanto incómodas—. Yo lo liberé hace unos años y ese ser me quiere a mí.

—Me quedaré contigo, entonces. —Enara se sentó junto a él y puso sus temblorosas manos entrelazadas sobre su falda.

—¿Y Noah?

—En su estudio… No he ido a verlo, no quise preocuparlo, no sabía si tendría que ir a ayudar a Onix.

—Comprendo. —Quentin se quedó en silencio por unos minutos y luego preguntó—: ¿Qué opina él sobre tus… poderes?

—Está muy orgulloso de mí y, aunque teme qué algo malo me suceda, no me lo dice. Astor y Onix me han enseñado mucho, aunque hay cosas que aún no soy cap…

Un agudo chillido los aturdió, ambos se asustaron y se pusieron de pie de un salto. El suelo tembló, se escuchó a la gente gritar a lo lejos y pareció que cientos de piedras caían a la vez.

—Astor —dijo Quentin.

—Noah está cerca de donde sentí al Indigno —dijo Enara a su vez.

—Iré por Josh y a buscar a mi hermano. —Quentin quiso caminar hacia la casa, pero Enara lo detuvo.

—Quentin, no puedes. —Enara lo tomó del brazo y él la miró por unos segundos, pensando qué hacer. Sabía el riesgo que corría si acercaba al Indigno pero, a su vez, no era capaz de quedarse tranquilo sabiendo que Astor y Onix corrían peligro. Quizás, si él hacía de carnada, les sería más sencillo atraparlo y destruirlo. El estruendo que habían oído parecía hablar por sí mismo. Este no era similar al que

habían atrapado en la ocasión anterior, debía ser mucho más poderoso.

—No puedo quedarme haciendo nada. ¿Te animas a venir conmigo? —Enara dudo pero, luego, asintió y Quentin caminó hacia la casa—. Salgamos de aquí antes que los demás despierten y comiencen las preguntas.

Salieron por la puerta principal, rodearon la fortaleza y Quentin se trepó por los muros hasta la habitación de Josh. La ventana estaba abierta pero su amigo no estaba en su cama. Quentin regresó con Enara y la tomó del brazo para continuar caminando.

—Hoy venía Tino, el muchacho de Erjathá —susurró—. Me había olvidado por completo, pero no deja de ser una suerte. Onix tendrá un mago más para atrapar al Indigno.

Enara se detuvo en mitad de la calle y Quentin la miró, extrañado. Su cuñada comenzó a desatar las cintas de su falda y él la detuvo.

—¿Qué haces? ¿Has perdido la cabeza?

—Llevo un pantalón debajo. No se puede correr con faldas, Quentin. —Enara arrojó la prenda a un costado y se largó a correr.

Quentin asintió y fue tras ella, cruzaron la Plaza de la Fuente y continuaron hasta llegar al Palacio de Gobierno. Cuando Quentin abrió las puertas, vio que Tino, Noah y Josh, con Mirka a su lado, estaban llegando ya a la salida.

—¿Qué sucede? —preguntó Josh.

—Un Indigno —dijo Enara. Noah caminó hacia ella y la abrazó.

—Quédate con Noah —dijo Quentin mirando a Enara—, nosotros iremos con Tino.

—Tú debes quedarte aquí —dijo Josh con el ceño fruncido—, es a ti a quien busca.

—¿*Erres* su objeto? ¿Objetivo? —preguntó Tino.

—Objetivo, sí —dijo Quentin—. Yo lo liberé.

—Ellos lo *oyerron* —dijo Tino. Josh y Noah asintieron—. Entonces es uno mutable, hay que *tenerr* mucho cuidado.

Mirka caminó hacia la puerta, ladró y Josh le silbó para que regrese a su lado.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Noah.

—Los mutables son más poderosos —dijo Enara—, cambian de tamaño y de forma.

—Me lo imaginé —murmuró Quentin.

—Queda, Quentin —dijo Tino—. Yo *irré* con el gato.

—¿Cómo crees? ¡Mi hermano está allí!

—Tu *otrro herrmano* aquí. *Astorr* puede *defenderrse* y tú no. El

Indigno *harrá* todo lo posible *porr poseerrte*.

—Tino tiene razón, Q. Yo iré con él.

—Vuelvo ya, *irré porr* magos a Erjathá. *Esperren* donde están—dijo Tino y desapareció con una correntada de aire.

—¿A qué gato se refería? —preguntó Noah y Enara y Quentin se miraron.

—Onix es un mago de la Antigua Era —dijo Enara.

—Por todos los cielos…

—Es quien instruye a Astor y, en ocasiones, a mí también.

—Toma. —Quentin le entregó una de sus espadas a Josh y dejó que su hermano y Enara hablen—. Estás desarmado.

Josh la tomó con una mano e hizo algunos movimientos.

—Mierda, que incómoda es.

—Bueno, tienes hasta que regrese Tino para habituarte a ella. —Quentin sonrió, desenfundó su otra espada y estaba por atacar a Josh cuando Noah los detuvo.

—Quietos, pueden lastimar a Tino y a quien venga con él.

Los dos asintieron y regresaron a donde estaban cuando Tino desapareció. Oyeron un aullido, a los pocos segundos un estruendo y les pareció que el suelo tembló otra vez. Tino regresó acompañado de una muchacha de largo cabello dorado y rostro redondo y una mujer bajita y rolliza. La muchacha miró primero a Josh, luego a Quentin y por último a Noah. Levantó una ceja, sonrió y habló en pyebrano. Su compañera la miró sobresaltada y Enara hizo un claro esfuerzo por no reír. Tino frunció el ceño y le dijo algo, evidentemente disgustado.

—Ella es Shanyi —dijo, después de unos momentos, presentando a la más joven de sus acompañantes—, y ella es Ade. Nos *ayudarrán* con el Indig…

Algo cayó pesadamente sobre el tejado y lo que parecían ser garras rasguñaron la cúpula vidriada. Quentin se tapó los oídos, Mirka se paró delante de Josh y volvió a ladrar.

—*Onix, el Indigno está en el Palacio de Gobierno* —dijo Quentin.

—*No preguntaré por qué demonios estás ahí.*

—*Tino está aquí, también Enara y dos mujeres de Erjathá.*

—*Perfecto. Quédate junto a Enara y no hagas idioteces, por favor. Iremos hacia ustedes.*

—Onix y Astor vienen hacia aquí —dijo Quentin.

Tino dijo algo y salió hacia la calle con sus compañeras, Josh y Mirka.

—¿Astor? —preguntó Noah.

—Astor destruyó el anterior junto a Onix. —Enara le explicó su

procedencia y la forma en que su hermano menor y el gato de Quentin se habían encargado de él. Noah la miró, asombrado.

—Vaya con el niño —dijo al final.

—¿Cuánto faltará para que llegue el Gobernador? —preguntó Enara.

—No lo sé —contestó Noah—, pero estoy seguro que será un desastre. Cuando vea que hay magos de Erjathá, cuando sepa que Astor…

Un nuevo estruendo sacudió el edificio y una de las enormes placas de vidrio de la cúpula cayó para estrellarse en el suelo. Enara levantó las manos, las astillas de cristal chocaron con su escudo invisible y se amontonaron debajo de él.

—¿Qué demonios ha sido eso? —rugió el Gobernador, sin quitarle los ojos de encima a Enara—. ¿Qué acabas de hacer?

Los dos guardias que venían detrás de él se adelantaron pero Quentin desenfundó su espada y se paró delante de Noah y Enara. El Gobernador lo miró primero a él y luego a su arma. Sus ojos se abrieron al doble de su tamaño al notar su color.

—Mi señor, estamos siendo atacados —dijo Enara con firmeza. La muchacha discreta, tímida y callada que solía ser parecía haberse esfumado esa noche, y caminó con seguridad hasta pararse junto a Quentin.

—Enara, ¿qué haces? —susurró Noah. Un nuevo aullido apuñaló el aire y los dos magos se cubrieron los oídos por unos segundos.

—Un ser maligno y poderoso está en busca de Quentin y estoy aquí para protegerlo.

—No me interesan los seres malignos y podero…

Un destello iluminó la totalidad del interior del edificio y se escuchó algo caer pesadamente al suelo, acompañado de un fuerte gemido de dolor que les hizo erizar la piel.

—¿Está usted seguro, mi señor? Regrese a la fortaleza, avise a mis suegros y resguárdense en los pasillos. Saque a sus hombres de las calles, esto no se puede combatir con soldados. Solo la magia puede detenerlo. Haga algo para que la gente no deje sus hogares y, si tienen sótanos, se resguarden allí. Han venido tres magos de Erjathá a ayudar, podrá agradecerles después. Astor está…

—Enara, no. —Quentin la miró, alarmado.

—No es momento para secretos. Astor es un mago también y está ayudando a los magos de Erjathá.

—¿Qué demonios…?

—¡Hágalo! —exclamó Enara con firmeza.

Los dos guardias desenfundaron sus armas y el Gobernador se sobresaltó. Quentin tomó a Enara por un brazo para ponerla detrás de él y apuntó con la espada a los guardias. En ese momento se escuchó un rugido, que parecía venir desde lo alto del cielo, y los vidrios de la cúpula que aún se mantenían en su lugar tintinearon al chocar entre sí.

—Bajen sus espadas, maldición, haré lo que la señora Enara dice —dijo el Gobernador—. Hablaremos después.

—Dígale a mis padres que Astor estará bien —dijo Quentin—. Él sabe lo que hace.

Aníbal lo miró extrañado, como si estuvieran diciendo incoherencias, pero después de unos breves segundos asintió, dio media vuelta y salió del edificio con los dos guardias detrás de él.

—Ese rugido no fue del Indigno —dijo Noah.

—Onix —dijo Enara y su esposo la miró, confundido—. Onix puede hacer aparecer un dragón…

—Esto tengo que verlo —dijo Noah con una sonrisa y caminó hacia la salida. Enara lo tomó del brazo y lo detuvo.

—Puede confundirte con Quentin —dijo asustada y Quentin sintió que Enara estaba en su mente—. *¡Ayúdame!*

—*¿Eso es cierto?*

—*No, pero no quiero que se arriesgue. Si le sucede algo a Noah, yo…*

—*Está bien, no diré nada. Pensé que Astor podría estar arriesgándose demasiado, también.*

Noah la miró por unos segundos y regresó a donde estaba. Pasaron varios minutos y nadie volvió a hablar.

—Por un demonio. —Quentin cerraba y abría las manos cada pocos segundos—. Como me molesta estar encerrado aquí sin hacer nada.

—Mejor encerrado y vivo… —dijo Enara.

—Mejor libre —dijo Quentin con una sonrisa. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan animado. La sangre le cosquilleaba en las venas y mantenerse quieto era lo más parecido a una tortura para él—. Ya fui esclavo una vez y no pienso regresar a ese estado nunca más.

El muchacho dio media vuelta y corrió hacia la calle, sin esperar a que dijeran algo más. Miró hacia los lados y se dirigió hacia la derecha. Escuchó que Enara y Noah gritaron su nombre, pero no hizo caso.

—*Regresa, por favor* —dijo Enara.

—*Cuida de Noah. Estaré bien.*

—*Ten cuidado.*

Quentin vio que un grupo de personas estaba en medio de la calle y

alcanzó a distinguir a Josh. Cuando llegó hasta ellos tenía la respiración agitada y resopló. Junto a su amigo estaban Ade y Shanyi.

—¿Qué hay? ¿Dónde está? —preguntó.

—Vete, demonios —masculló Josh, sin muchas esperanzas de que Quentin regresara a resguardarse al Palacio de Gobierno—. No sabemos dónde se encuentra.

—Si estoy aquí, vendrá a buscarme. ¿Dónde están los demás?

—Tino se fue con Astor, aunque no sé a dónde. Onix está sobre el tejado y su dragón está sobrevolando la ciudad. Los soldados han intentado atacarlo pero no pueden hacerle daño con unas simples flechas. Ni siquiera estoy seguro si puede resultar herido de alguna forma.

—No sabría decirte, tú eres el experto. —Quentin miró hacia el cielo estrellado, intentando ver algo—. ¿Cómo se ve el Indigno?

—Como *sombrra* —dijo Shanyi—. Mucho *negrro*. Como humano escuálido con alas de pluma *negrra*.

—Comprendo. —Quentin miró con más atención. Una porción de la luna, como un pétalo blanco, reposaba a su derecha y las parpadeantes estrellas decoraban el resto de la inmensidad que había sobre ellos. Recordó su estrella y escudriñó el cielo en busca de la más brillante. Junto a ella, pequeña, su estrella brillaba con la misma timidez de siempre y Quentin sonrió. Una sombra las ocultó por unos breves segundos, lo que hizo que se sobresaltara.

—Allí —dijo y señaló hacia arriba. Sus ojos siguieron la espectral sombra—. *Onix, estoy junto a Josh. Mírame, he divisado al Indigno.*

Quentin sintió el aire vibrar y miró hacia arriba, detrás de él. Una sombra inmensa como el mismísimo edificio de la biblioteca se recortó en el cielo y pasó volando a gran velocidad por encima de ellos, haciendo temblar el aire. El muchacho estaba maravillado, jamás había visto algo tan enorme e imponente como un dragón volando y, aún cuando no fuera una criatura con vida propia, sabía que nada podría compararse a esa sorprendente visión.

—*¿Lo has visto?* —preguntó a Onix.

—*El maldito bicho desaparece de mi vista en apenas segundos.*

Josh le dio un codazo para llamar su atención.

—No te distraigas, Q. Puede aparecer en cualquier momento y desde cualquier dirección.

—Tu mano se acostumbró a la espada, ¿no? —preguntó Quentin y Josh la movió de lado a lado, recortando el aire—. Perfecto, vamos a buscar a ese bicho.

—No puede —dijo Shanyi—. Ustedes no magos, tú *erres* su objetivo,

señor.

—Ven con nosotros —dijo Quentin.

—Ustedes corren, Ade no corre. No dejar Ade *fuerron* mis *órrdenes*.

Quentin se rascó la frente y frunció el rostro.

—En ese caso, mis disculpas, señorita. —Quentin hizo una reverencia—. No puedo quedarme esperando. Pueden seguirnos, pero no las esperaremos.

Quentin miró a Josh y ambos corrieron hacia la Plaza de la Fuente, con Mirka delante de ellos.

—*Estaré en la plaza con Josh, hay más lugar para tu dragón allí y menos edificios que puedan destruir.*

—*Volaré sobre ustedes y avisaré a Astor.*

—¿Te sientes bien? —preguntó Josh cuando se detuvieron cerca de la fuente.

—Mejor que nunca —dijo con una sonrisa—. ¿Sabes? Había ido a beber…

—Maldición, Q.

—Pero no lo hice —dijo y levantó las manos, excusándose. Quentin se agachó y acarició a Mirka, que estaba sentada junto a él, para que Josh no notara que estaba mintiendo—. Estaba regresando a casa cuando Onix me dijo lo del Indigno. Me sentía terrible, empecé a sentirme peor de lo que estaba muy de repente. No sé si le habrá sucedido algo malo a Ilsa, tengo tanto miedo que ella, no sé, Josh, que ella esté pasándola peor que yo.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Esa vez que Eric me llevó a casa borracho, estuve dos días sintiéndome fatal… ¿Sabes por qué? La madre y el hermano de Ilsa habían fallecido… —Quentin suspiró y se pasó las manos por la cabeza, como Noah hacía cuando necesitaba pensar—. Onix me lo dijo al día siguiente. Por eso no quise recibirte esa tarde…

Mirka se levantó de un salto y empujó a Quentin hacia un costado, haciéndole perder el equilibrio. La perra comenzó a ladrar enfurecida; Quentin se puso de pie, desenfundó su espada y miró en la dirección que Mirka señalaba. Uno a uno, lo árboles que bordeaban uno de los senderos de la plaza fueron arrancados y volaron para caer a varios metros; el Indigno lanzaba un chillido triunfal cada vez que uno de ellos aplastaba un arbusto o chocaba en contra de otro árbol, dirigiendo su odio hacia los únicos seres vivos incapaces de hacer nada más que el bien a la tierra que habitan. Quentin sintió en su mente la maldad de su presencia y el miedo se adueñó de cada centímetro de su cuerpo. Mirka quiso correr hacia el lugar de donde

provenía la escalofriante risa, pero Josh la sujetó por la cadena que tenía en su cuello.

—*Te encontré, Quentin Guna.*

—¡*Onix, está aquí!*

—*No temas, estoy cerca, cachorro.*

Quentin miró hacia el último árbol derrumbado y pudo ver al espantoso ser. Parecía un repugnante esqueleto, con una especie de piel seca y gris pegada a sus huesos. Tenía unas enormes y desplumadas alas tan negras como la sombra que parecía rodearlo de pies a cabeza y sus piernas parecían tener las rodillas detrás, puesto que se flexionaban de manera extraña.

Quentin recordó lo que había sucedido la ocasión anterior, lo que su Astro le había dicho y recordó a Ilsa, pensó en sus bellos ojos y en la dulzura de su sonrisa. El Indigno se retorció y sus alas temblaron.

—¿Qué le sucede? —preguntó Josh.

Antes que Quentin pudiera decir algo, el inmenso dragón negro aterrizó detrás del Indigno haciendo temblar el suelo bajo sus pies, lo tomó entre sus poderosas garras y, tomando impulso con sus patas traseras, volvió a levantar vuelo. Quentin intentó ver hacia dónde se habían dirigido, pero la oscuridad de la noche se los tragó antes que pudiera encontrarlos.

Tino llegó con sus compañeras y Astor y rodearon a Quentin. Shanyi tenía a Onix en sus brazos y el felino parecía mirar al infinito, pues sus ojos no se fijaban en ningún objeto o persona.

—¿A dónde se fueron? —preguntó Josh, que aún sostenía por la cadena a la inquieta Mirka.

—*Intentarrá sacarr* de la ciudad —dijo Tino—, *perro* no sabemos si *podrrá hacerrlo*. Cambia de *forrma* todo el rato, *agrranda*, achica. No se puede *saberr*.

—Maldito bicho —murmuró Astor.

Todos miraban al cielo, en distintas direcciones, para intentar encontrar algo que les indique donde se encontraban.

—¡*Se me ha escapado!* —dijo Onix. El felino bajó de los brazos de Shanyi, corrió hacia la fuente y, de un salto, trepó hasta la parte más alta.

Josh soltó la cadena de Mirka, la espada se resbaló de su mano y cayó de rodillas, sosteniendo su cabeza. Quentin se acercó a él y, cuando puso una mano en su espalda, Josh se levantó de repente y le lanzó un puñetazo hacia el rostro. Mirka saltó entre ellos y recibió el golpe en sus costillas. La perra cayó al piso, aullando de dolor.

—Me *encarrgo* —exclamó Tino y sus ojos se iluminaron. Tomó a

Josh del brazo sin perder un segundo y desapareció con él.

Quentin, que aún no podía comprender qué había sucedido, se agachó junto a la gimiente Mirka y miró a los magos.

—¿Alguien puede ayudarla? Por los dioses…

—*Intentarré* —dijo Shanyi y se arrodilló junto a él. Puso sus manos sobre Mirka y ella le lanzó un gruñido. Quentin la tranquilizó y sostuvo su cabeza.

—Costilla rota —dijo Shanyi—, pulmón *herrido*. *Sangrre adentrro*. ¿Astor ayuda?

El niño negó moviendo la cabeza de lado a lado y Ade, con gran trabajo y apoyándose en Quentin, se arrodilló junto a su compañera y ambas comenzaron a hablar en susurros. Por unos minutos nada sucedió pero, de pronto, Mirka movió la cola y quiso incorporarse. Quentin continuó sosteniéndola por unos segundos hasta que las mujeres se alejaron y, luego, la soltó. Mirka se sentó al lado de Quentin y miró a las mujeres, con agradecimiento en sus ojos por lo que habían hecho por ella.

—¿Dónde están? —preguntó Quentin a Astor después de haber agradecido a las magas por curar a Mirka.

—Tino está intentando expulsar al Indigno de la mente de Josh, el dragón de Onix está junto a ellos, fuera de la ciudad —dijo Astor.

—Por todos los cielos… —dijo Quentin.

—No *prreocuparr* —dijo Shanyi con una sonrisa—, amigo *regrresarrá* bien.

—¿Tino te ha dicho algo?

—Quiso *matarr* Tino. Robó su espada. Tino *durrmió* Josh, *parra* no *tenerr* que *golpearrlo*. Tiene *narriz* rota.

—Josh podría matar a alguien de un golpe, maldita sea.

—Tino *fuerrte*, no *prreocuparr*.

—Tranquilo, hermano. —Astor se acercó a él y le tomó la mano—. *Sé que lo haces, pero no te culpes por lo que sucede. Lo que el Indigno hace es su asunto.*

—*¡Lo tengo!* —La voz de Onix sonó en sus pensamientos y todos suspiraron aliviados.

Tino regresó con Josh, que aún estaba dormido, lo despertó, tomó a Ade de la mano y desaparecieron sin decir una palabra. Quentin alcanzó a ver que el muchacho tenía sangre en su rostro y en su camisa. Mirka se acercó a su dueño moviendo la cola y le lamió el rostro. Josh sonrió, la abrazó y, luego, Quentin lo ayudó a ponerse de pie.

—¿Qué ha sucedido? No lo recuerdo —dijo, confundido.

—Nada, no te preocupes.

—Tino estaba herido. ¿Fue mi culpa?

—Indigno hizo —dijo Shanyi—. No *prreocuparr*.

Josh se disculpó y caminó hacia donde había caído la espada que su amigo le había prestado.

Unos minutos después, una esfera negra cayó del cielo, haciendo volar las piedras de los senderos. Quentin vio con espanto como una de ellas golpeó a Astor en la cabeza y el niño se desplomó en el suelo. Se agachó junto a su hermano e intentó despertarlo, puso su mano en su cabeza y un escalofrío le recorrió la espalda cuando sintió la aterradora y cálida humedad de la sangre.

Mirka corrió hacia la esfera, ladrando enfurecida, antes que alguno de ellos pudiera detenerla. Del costado del curioso objeto surgió un brazo esquelético, una enorme garra tomó a Mirka del medio del pecho y la arrojó con fuerza en contra de la fuente. Sin que nadie pudiera prever lo que sucedería, Mirka golpeó su espalda contra el mármol blanco de la construcción y cayó al agua. Josh corrió hacia allí, la levantó y la recostó con suavidad en el suelo.

—Llévate a Astor —dijo Quentin a Shanyi, poniendo al niño en sus brazos—. Al Palacio de Gobierno, rápido.

56

Tino reapareció a las afueras de Sitnor junto a Ade. La oscuridad los abrazó con fuerza y tardaron algunos segundos en acostumbrar sus ojos. La capital era muy luminosa, mucho más que Erjathá, y sus calles parecían estar en un constante atardecer.

Tino miró al cielo y vio las sombras del dragón de Onix y del Indigno recortarse en el cielo estrellado, momentos antes que ambos cayeran e hicieran temblar el suelo. El dragón aterrizó sobre el Indigno y este emitió un sonido ahogado, como quien se queda sin aire. El dragón lo sostuvo con firmeza y, como la horrible criatura se retorcía e intentaba escapar, lanzó una llamarada de largos segundos, que hizo que la hierba a sus pies se ennegreciera hasta desaparecer por completo. El Indigno rio y esperó hasta que el dragón cerrara la boca para volver a moverse; Bela creo pequeñas esferas de luz que se elevaron por encima de ellos y se distribuyeron en varios puntos, para poder ver mejor lo que estaba sucediendo.

El cuerpo del Indigno se hizo líquido como el agua y, de esa manera, escapó de debajo de las garras que lo sujetaban. Su esquelética figura se formó alrededor de una de las patas delanteras del dragón, quien empezó a moverse intentando quitárselo de encima. El Indigno comenzó a reír otra vez y el dragón lanzó un gruñido al ver que no podía librarse de él.

Tino desenfundó su espada, corrió hacia ellos y, en ese momento, el Indigno soltó al dragón y puso su atención sobre el muchacho. Entre sus esqueléticos dedos apareció una espada del mismo largo que la del muchacho. El arma parecía estar tallada en hueso y Tino se estremeció al verla.

—¡*No lo hagas!* —dijo la voz de Onix, pero ya era tarde. El Indigno giró para darle la espalda al muchacho. Sujetó la escalofriante espada con sus dos manos y, en un veloz y certero movimiento, rebanó una de las patas del dragón, que expresó su dolor con un fuerte rugido. Tino vio, con espanto, que la extraña espada había cortado la gruesa pata por completo y, por absurdo que le pareció en ese momento, del

muñón brotaba sangre como si se tratara de un dragón de verdad—. *¡Por un demonio! No pude retirarme de la mente del dragón, siento que me ha lastimado en mi propio cuerpo.*

—*¿Qué puedo hacer por ti?* —preguntó Ade.

—*No distraigamos a Tino.*

El Indigno dio un salto y aterrizó detrás del muchacho. Tino, antes de darse vuelta, vio que Ade caminaba hacia el dragón, pero no pudo ver más ya que tenía a la horrible criatura a solo unos pasos. Levantó su espada a tiempo y pudo frenar el golpe que el ser le lanzó. Su brazo tembló con el fuerte impacto y retrocedió unos pasos, pero no estaba en sus intenciones darse por vencido, a pesar de estar en clara desventaja. Desapareció para aparecer detrás de él y le atravesó el pecho de lado a lado. El Indigno rio y giró con velocidad. La espada fue arrancada de su mano al estar encajada entre las costillas de la criatura y Tino lo miró con asombro. El huesudo puño del Indigno le golpeó en medio del pecho, el muchacho se dobló en dos y tosió para poder volver a respirar. El maligno ser no le dio tiempo a recuperarse y volvió a golpearlo hasta que perdió la consciencia y cayó al suelo.

57

Shanyi comenzó a correr con Astor en brazos, Quentin la miró por unos segundos y, cuando le dio la espalda, vio que el Indigno había retomado su forma esquelética, pero sin alas esta vez. Llevó la mano hacia detrás de su cabeza para tomar su espada y vio que Onix caía en un chapoteo desde lo alto de la fuente, como si estuviera inconsciente.

—¡Josh! —exclamó y señaló hacia donde se encontraba el felino.

Apenas si tuvo tiempo de decir su nombre, ya que el Indigno acortó la extensa distancia que los separaba de un salto y lo pateó en medio del pecho.

Quentin sintió como el aire se escapó de sus pulmones y su cabeza golpeó con fuerza en las piedras del sendero. Su vista se oscureció pero intentó hacer un esfuerzo por recuperarse. Josh y él estaban solos y no tenían más que dos espadas. Quizá podían contar con la ayuda de su Astro, que aparecía cuando se le daba la gana, pero no tenían mucho más que eso y debía mantenerse despierto a toda costa. Oyó la risa triunfal del Indigno y, de inmediato, su presencia en su mente.

—*Eres mío, Quentin Guna.*

Quentin intentó pensar en Ilsa, pero sus recuerdos se esfumaban de su mente; solo podía ver dos ojos brillando en la oscuridad, ojos que lo miraban con odio y deseo a la vez.

Sintió cómo el Indigno comenzaba a escarbar en su interior, como si estuviera arrancando pedazos de él con sus inmundas garras. Se tomó la cabeza con las manos y se hizo un ovillo en el duro suelo de piedras grises. Era tanto el dolor que no era capaz de pensar en nada más. El Indigno susurraba todo el tiempo; por momentos gritaba y su voz se alzaba aún por sobre el dolor que sentía, por momentos, era solo un débil murmullo.

—*Eres tan inútil que has caído directo en mi trampa. ¿Te has dado cuenta? Todo lo que haces está destinado al fracaso y solo yo puedo liberarte de tu miserable existencia. No eres nada, no sirves para nada, a nadie le importas, nadie arriesgará nada por ti. ¿Dónde está el gato ahora? ¿Tu amigo? ¿Tus hermanos? No eres nadie, no sirves para nada. Te estoy*

haciendo un favor al querer hacerme cargo de ti y de tu deplorable vida.

Quentin perdió la consciencia y volvió en sí varias veces, pero lo único constante eran el dolor y las palabras del Indigno que, por momentos, se mezclaban con imágenes en las que sus hermanos y sus padres estaban siendo torturados. Perdió la noción del tiempo, le pareció oír la voz de Josh, le pareció escuchar al Indigno gritar de dolor, reírse y quejarse. Sentía el padecimiento en su cuerpo y en su mente pero, aún así, seguía intentando recordar a Ilsa, recordar algo que lo mantuviera lúcido, necesitaba con urgencia algo a lo que aferrarse para no ceder ante esa criatura que quería arrebatarle la razón.

«Ilsa, ¿dónde estás?» preguntó, después de ver a Ara morir por segunda vez, como si ella fuera capaz de oírlo. Ya no tenía más fuerzas para soportar los tormentos a los que el Indigno lo estaba sometiendo. Le lloraba el alma al no estar seguro de si lo que estaba sucediendo era verdad o si era algo que veía en su mente, ya no era capaz de distinguir qué era realidad y qué una ilusión.

En un momento, le pareció que Josh lo tomaba del brazo, lo hacía poner de pie y le hablaba, pero no estaba seguro de qué era lo que ocurría. Vio a su madre morir, a su padre gritar por su muerte y se sintió morir él también.

«Quentin, ¿qué tienes?» la suave voz de Ilsa se escuchó como si estuviera muy lejos de él. *«Siempre estoy contigo, aunque no puedas verme, todo estará bien»* dijo Ilsa y, como si escuchar su voz fuera suficiente, todo lo malo que ocurría comenzó a desvanecerse.

Josh dejó a Mirka junto a la fuente y puso su oído sobre su pecho. No podía escuchar el golpeteo de su corazón ni su respiración. Conocía demasiado bien esos sonidos, había dormido muchas noches junto a ella y, casi siempre, Mirka amanecía siendo su almohada. Se le anudó la garganta y sus ojos se inundaron. Sintió una mezcla de furia, odio, dolor e impotencia crecer en su pecho y antes de poder dejarla salir, escuchó a Quentin llamarlo.

—¡Josh!

Quentin señaló frente a él, Josh se puso de pie y vio que Onix había caído dentro de la fuente. El muchacho entró al agua y levantó al felino. Lo llevó junto a Mirka pero, antes de dejarlo en el suelo, escuchó aliviado que su pequeño corazón latía con fuerza. Lo dejó junto a Mirka y volvió a erguirse. Esa espantosa y desalmada criatura tenía sus garras sobre Quentin esta vez y su amigo estaba enrollado en

sí mismo, intentando protegerse.

Corrió hacia ellos y saltó sobre la espalda del espantoso ser, lo tomó de la cabeza y comenzó a tirar de ella para separarlo de Quentin. Su piel, si a eso se le podía llamar piel, era como un cuero seco y áspero, frío como el invierno y, a su vez, vivo y latente. Sintió un asco visceral al poner sus manos sobre el Indigno, pero debía alejarlo de Quentin. Tiró y tiró con tanta fuerza que él mismo cayó al suelo, de espaldas, con la inmunda cabeza entre sus manos. Sin embargo, el esfuerzo no sirvió de nada pues, al incorporarse, vio que el Indigno continuaba en el mismo lugar, riendo más que antes.

—¡Maldita criatura! —exclamó—. No dejaré que te lleves también a Quentin.

Josh arrojó la cabeza hacia un lado, regresó junto a ellos y pateó al Indigno en la espalda. Las costillas le crujieron y pareció que una de ellas se rompió por el golpe. Volvió a patearlo y otra más se quebró, pero el ser no se movió de su lugar. Lo único que hacía era reír. Una risa que parecía un murmullo, lejano y escalofriante.

Josh se detuvo y retrocedió. Quentin parecía estar sufriendo, pero él no sabía qué hacer para ayudarlo.

«Piensa, Josh» se animó. Ese ser no sentía dolor, por el contrario, parecía disfrutar de él. No recordaba haber leído nada sobre los Indignos, ni siquiera sabía de su existencia hasta que Quentin fue atacado por primera vez. No sabía como destruirlo, pero hay dos cosas que son vitales para un ser vivo, si es que estaba vivo. La cabeza es una, su corazón es otra. Quizás, el Indigno tenía un corazón, o algo semejante, para destruir.

Josh se abalanzó sobre la criatura y comenzó a golpear con sus puños, en donde tenía las costillas rotas. Golpeó y golpeó hasta que la apergaminada piel se abrió. Introdujo los dedos en la llaga y tiró de ella hasta que se agrandó lo suficiente como para que su mano entre en ella. Una especie de líquido negro y viscoso chorreaba de la herida y olía a carne podrida. Sintió nauseas al meter su mano en el frío cuerpo del Indigno, pero hizo un esfuerzo para no vomitar.

—¿Tienes corazón, maldito bicho? —preguntó, más para sí mismo que para recibir una respuesta. Tenía la mitad del brazo adentro del pecho del Indigno y su mano intentaba encontrar algo que pudiera parecerse a un corazón. Tomó un órgano esponjoso y tiró de él hasta que lo arrancó de su lugar. Sacó el brazo del cuerpo del Indigno y miró lo que sujetaba. No se parecía a un corazón. Volvió a meter el brazo hasta el codo por la herida abierta—. Mataste a Mirka, condenada criatura, pero no te permitiré que te lleves a una de las

pocas personas que de verdad me importan.

Josh sacó otro órgano putrefacto y lo arrojó a un lado. La única reacción del Indigno era reír cada vez con más placer y Josh no sabía si le asqueaba más eso que el repugnante olor que despedía.

—Mirka era mi amiga, mi hermana, mi madre, ¡mi hija, maldito seas!

Metió ambas manos en la herida y comenzó a tirar de ella. La piel empezó a desgarrarse aún más y dejó al descubierto sus costillas, tan blancas como un copo de nieve. Las miró sorprendido, ya que se imaginó que estarían tan oscuras y putrefactas como todo lo demás.

El Indigno se dio vuelta en ese momento, tomó a Josh por el cuello y sus garras le lastimaron la piel cuando clavó las uñas en él. Luego de levantarlo como si fuera un muñeco de trapo, lo arrojó a más de cinco metros de donde se encontraban. Josh cayó despatarrado en un cantero de flores, pero se levantó como impulsado por un resorte, corrió hacia una de las espadas y regresó al Indigno.

El filo negro del arma de Quentin se enterró en el podrido cuerpo con tanta fuerza que dos costillas más se rompieron como si fueran unas simples ramas secas. Josh dejó el arma a un lado y arrancó las costillas rotas. Debajo de ellas, vio un destello, como si una pequeña luz plateada intentara abrirse paso entre las tinieblas. Sin decir nada e intentando que el Indigno no lo note, introdujo la mano una vez más y revolvió entre las vísceras hasta que tocó algo duro. El Indigno quiso librarse de Josh en ese momento, pero él tomó ese objeto que había llamado su atención y se apartó con rapidez. La criatura gritó enfurecida, cayó hacia un lado y se retorció en el suelo gimiendo como un pequeño animal herido e indefenso.

Josh se acercó a Quentin, lo tomó del brazo y, con la facilidad con la que se levanta a un gato, lo alejó de donde estaba. Un lamento de gran pena reemplazó a las risas que había escuchado hasta ese momento y Josh sintió su corazón encogerse de tristeza. Quentin, por su parte, intentaba mantenerse en pie, pero se tambaleaba de lado a lado, con las manos en su cabeza y los ojos cerrados.

—¿Qué hago con esto? —preguntó Josh.

—No sé —susurró—. Usa la espada.

Quentin resbaló de su mano, cayó de rodillas una vez más y se ovilló en el suelo. Josh miró hacia los lados, para ver a dónde habían quedado las armas. El Indigno había caído sobre una, lo había visto, pero no sabía dónde estaba la segunda de ellas. Caminó hasta el charco de inmunda sangre negra y comenzó a revolver entre las putrefactas entrañas que había arrancado minutos antes, hasta que vio

un destello verde. Era la espada de la esmeralda.

—¡Quentin! —Escuchó la voz de Enara cerca, miró hacia su izquierda y vio que ella venía corriendo junto a Noah.

Josh sintió que la piel de su espalda se le desgarró en cuanto tomó la espada y lanzó un grito. El Indigno, en un último intento de mantenerse vivo, había estirado su garra hacia Josh y había clavado sus uñas en él. Al saber que Quentin estaba acompañado, puso su atención en lo que debía hacer: destruir ese objeto.

Abrió su mano para ver qué era lo que había encontrado dentro del Indigno y, entre la negrura de la sangre del extraño ser, brillaba una pequeña piedra blanca, no más grande que una moneda. La puso en el suelo, levantó la espada con ambas manos y respiró profundo. Soltó la espada con toda la fuerza que tenía y esta se estrelló contra el corazón del Indigno, o lo que eso fuera. Un lamento agónico inundó sus oídos y le llenó el corazón de dolor y tristeza.

«Y si ahora se termina todo para mí, espero que Quentin lo logre. Que no sea tarde para él, por los dioses» pensó. Recordó a Ara y una solitaria lágrima rodó por su mejilla, perdiéndose en la fétida sustancia que había salpicado su rostro. La luz blanca que salió del corazón del Indigno lo cegó y, cuando cerró los ojos, vio entre sus pensamientos a una persona que nunca conoció, una persona de hermosos ojos brillantes que sonreía con dulzura, a pesar de que lo gemidos de dolor continuaban inundando sus sentidos.

Cuando la luz se extinguió, al fin se hizo el silencio. Un silencio que le resultó tan repentino como abrumador. No había nada, como si en todo el mundo se hubiera hecho silencio al mismo tiempo, como si el viento se hubiera detenido, como si las personas hubieran dejado de hablar, como si nada más fuera a ocurrir jamás.

Josh se tomó unos momentos antes de intentar abrir los ojos. No sabía si había muerto junto al Indigno o si se le había concedido otro día más de vida. Tenía miedo. Por primera vez en su vida, Josh se sintió paralizado por el miedo. Miedo por él, miedo por Quentin, miedo por no saber si había logrado romper la piedra antes que el Indigno se adueñe de su amigo. Le aterraba imaginar su vida sin Quentin, si es que aún él mismo continuaba con vida. Comenzó a sentir dolor y eso era bueno, pero no se atrevía a abrir los ojos. No quería mirar a Noah y a Enara, no quería que sus rostros le revelaran nada de lo que había ocurrido.

Después de lo que pareció una vida entera, alguien le puso la mano en la espalda, Josh relajó los hombros y soltó la espada. Sentía el cuerpo cansado y sin fuerzas, el corazón devastado por la pérdida de

Mirka y, a pesar de estar aterrado ante la posibilidad de haber perdido a Quentin, no se atrevía a mirar hacia donde él estaba la última vez que lo vio. Sin embargo, alguien estaba a su lado y, fuera quien fuera, supo que no estaba solo por completo.

—Maldito demente, vaya desastre has hecho.

La grave voz de Quentin resonó como un trueno en el silencio que los rodeaba y se sintió aliviado de oírlo. Sin embargo, dudo por unos momentos si era cierto que él estaba a su lado o si podía ser un último truco del Indigno. Ya lo había engañado antes, había entrado en su mente y lo había confundido. Tino estaba herido cuando despertó y, si bien todos le quitaron importancia, sabía que él mismo lo había hecho aunque no se lo confirmaran. De esos momentos, solo podía recordar una turbulencia de imágenes que se entremezclaban, como si miles de cosas ocurrieran en apenas un segundo. Recordaba que su cuerpo se movía sin que él pudiera evitarlo y que, por más que intentaba resistirse, sus extremidades hacían su voluntad. O la voluntad del Indigno, mejor dicho.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue a la pequeña piedra partida en dos. Estaba rodeada, como él mismo, en la viscosa sustancia negra que era la sangre del Indigno y ya no brillaba. Era translúcida, como un trozo de vidrio ordinario, y no parecía haber nada de especial en ella.

Josh se incorporó lentamente, pues le dolía cada mínima parte de su anatomía. Levantó el rostro y vio a Quentin de pie; su amigo lo miraba con tanta incredulidad como agradecimiento. Estaba pálido y unas oscuras ojeras le rodeaban los ojos. Su rostro estaba, también, salpicado con manchas negras y apestaba igual que él. Josh largó una carcajada, se puso de pie y lo abrazó, levantándolo del suelo. Realmente lo había logrado, lo había hecho a tiempo y Quentin estaba vivo.

Tino abrió los ojos y, con algo de trabajo, se incorporó. Sentía un dolor intenso en el pecho y se llevó las manos al lugar donde el Indigno lo había golpeado. De no haber sido por los duros golpes que recibía en los entrenamientos con Drian, los puños del horrible ser le habrían roto hasta la columna. Miró a su alrededor sintiéndose un poco fuera de sí, como si estuviera viendo desde muy arriba, como si flotara; a su derecha, una suave claridad amenazaba con desplazar las sombras de esa terrible noche y, a su izquierda, solo se encontraba una profunda oscuridad.

—*¿Ade? ¿Dónde te encuentras?* —preguntó, pero solo respondió el más absoluto y desolador de los silencios.

Hizo un esfuerzo y se puso de pie. El cuerpo le dolía, pero necesitaba encontrar a su compañera. No recordaba en dónde estaba ella la última vez que la vio, por lo que caminó hacia la oscuridad, chocando con las matas de hierba que crecían por todo el lugar. Vio una sombra recortarse entre la maleza y caminó hacia allí. Tal vez era una rama arrastrada por alguna tormenta, pero no podía saberlo desde donde estaba. Tropezó poco antes de llegar y sus manos cayeron sobre lo que había creído que era una rama pero se encontró con que era algo mullido, frío y cubierto de tela húmeda. Tino regresó a sí mismo de golpe y se quedó sin aire; se arrodilló, volvió a recorrer a tientas lo que tenía frente a él, pero retrocedió espantado cuando llegó a la fría mano de Ade.

No era la primera vez que veía a la muerte de cerca, incluso él mismo había tomado muchas vidas, pero Ade era su compañera y eso lo hacía todo diferente. Debería regresar a Palmeras y contarles a su hermana Bela y también a Héctor porqué no había podido proteger a Ade. Tendría que hablar de ello más de una vez, estaba seguro, y no quería hacerlo. Él había sido el culpable de que Ade esté ahí. Él había ido por ella y por Shanyi.

«¿Y Shanyi? ¿Y si ella también murió por mi culpa? ¿Qué sucedió con los demás? ¿Josh, Astor, Quentin, Noah, Onix?»

Tino empezó a temblar; la realidad era demasiado dolorosa, la vida también, pero la muerte le dolía aún más.

Se quedó sentado, abrazado a sus rodillas, sin poder pensar y sin ser capaz de moverse por sus propios medios, aunque se balanceaba de atrás hacia adelante, murmurando palabras sin sentido.

Los primeros rayos de sol asomaron y desvelaron la escena frente a sus ojos. Ade había muerto y había trozos de su cuerpo todo a su alrededor, pero Tino no podía verlo. No podía ver nada de lo que ocurría.

Escuchó que Quentin llegó a su lado y le habló, pero no fue capaz de comprender sus palabras. Lo ayudó a montar en su caballo, lo llevó hacia donde estaban Shanyi y Josh y regresaron a toda velocidad a la capital. Lo llevaron a un cuarto, le ayudaron a desvestirse, a limpiarse y curaron sus heridas pero él parecía estar dentro de un sueño en el que solo era un muñeco, incapaz de reaccionar, de moverse, de escuchar, de pensar.

58

Cuando el sol iluminó las calles de Sitnor, la ciudad pareció regresar a la vida. Todo se inundó de gente que corría de un lado a otro, buscando ayuda u ofreciendo sus herramientas y sus carros para mover los escombros que tapizaban las calles del centro de la urbe. Casi una decena de casas alrededor de la Gran Biblioteca habían resultado destruidas y el doble tenía daños considerables. El Palacio de Gobierno había sido inhabilitado hasta que pudieran remover por completo la cúpula central, que amenazaba con caer de un momento al otro. El laberinto de la Plaza de la Fuente había sido arrasado, como si un fuerte vendaval hubiera arrancado todos y cada uno de los arbustos, los hubiera estrujado y los hubiera arrojado a un lado. Los árboles, ya casi desnudos por la llegada del otoño, eran un conjunto de ramas retorcidas, enredados unos con otros. Las dalias que crecían entre sendero y sendero estaban aplastadas sin ninguna consideración y los caminos de piedra que cruzaban la plaza de una punta a la otra, estaban interrumpidos por la vegetación caída o por los escombros.

A media mañana, de pie frente a las puertas del Palacio de Gobierno, un agotado y ojeroso Aníbal Pronees habló ante los habitantes de la capital con absoluta sinceridad, después de haber pasado toda la noche ayudando a los vecinos que se habían visto afectados por el ataque del Indigno.

A pesar de los destrozos, solo tres personas habían perdido la vida entre los ciudadanos de la capital y Ade era la única maga que no había sobrevivido al enfrentamiento con el misterioso atacante.

El gobernador reconoció su culpa al no tomar en cuenta a los magos de la reina de Pyebra, pidió perdón por los daños y por haber ignorado, en numerosas ocasiones, a quienes habían intentado hacerle ver la realidad a la que se enfrentaban, pero sin mencionar los nombres de aquellos quienes le habían advertido. Prometió, también, remediar su error modificando aquellas leyes que antes prohibían el uso de la magia y hacer lo posible para garantizar la seguridad de todos los habitantes de Sitnor.

Agradeció a los magos que habían venido de Erjathá a ayudarlos y dedicó un sentido homenaje a la memoria de Ade. Shanyi era la única de los magos pyebranos que estuvo presente en dicho acto, pero pareció no comprender su discurso, ya que estuvo parada como una estatua a la derecha del Gobernador, junto a Enara, varios soldados, los mayores de los hermanos Guna y Josh.

Astor permaneció en la enfermería hasta que Naga vino desde Zart Vialh[17], por la tarde, y pudo curarlo por completo. Shanyi no había podido hacer nada por él y el niño no despertaba.

Onix no estuvo presente en el acto ya que se quedó junto a Tino, esperando a que despierte, lo que no ocurrió sino hasta tres días después del incidente. Shanyi fue la primera en entrar a su habitación y el muchacho lloró abrazado a ella por largos minutos. Shanyi le contó que Naga, un discípulo de su maestro con los poderes del Sol, había llegado a Ciudad Capital al mediodía siguiente y había viajado hasta Erjathá a llevar el cuerpo de Ade y noticias de ellos dos. Ajác había regresado junto a él, pero en ese momento había ido a casa del Gobernador a comer, pues hacía dos días que no probaba bocado y se había sentido descompuesta.

Cuando Tino pudo ver a su madre y después de haberse recuperado, Onix habló sobre la muerte de Ade y de su sacrificio para que él pudiera continuar con vida.

Onix no había podido desconectar a tiempo su mente de la del dragón que él mismo había creado. Al haber sido herido, sintió en su propia carne el ataque del Indigno y su vida se escapaba con cada gota de sangre que caía de su pata cercenada. Ade estaba intentando detener el sangrado en la pata del dragón cuando fue atacada. Después que el Indigno dejó a Tino inconsciente, la criatura saltó sobre Ade y le arrancó un brazo sin que ella pudiera ser capaz de defenderse, sin aviso y sin compasión alguna. Las garras del Indigno se enterraron en su cuerpo y Ade, sabiendo que no sobreviviría, expulsó a Onix de la mente del dragón y tomó su lugar, salvándole así la vida.

Por pedido de Josh, nadie más que sus amigos más cercanos supo que él había acabado con el Indigno, y dejó que los ciudadanos de Sitnor creyeran que habían sido los magos los que lo habían hecho. Creyó que era la mejor forma para que su padre y los habitantes de la capital confiaran en ellos y dejen de resistirse a la nueva realidad que estaban enfrentando.

Cuando Tino se repuso, Naga acompañó a los magos de Erjathá de regreso a su ciudad y, cuando volvió a Zart Vialh, llevó con él una

pequeña caja de madera que Quentin le envió a Ilsa. Naga sabía que Ilsa no quería recibir noticias del muchacho pero estaba seguro, también, que ella iba a ser feliz por al menos unos momentos, antes que la soledad la invadiera otra vez y sus ojos volvieran a perder el brillo.

Una semana después del ataque del Indigno, una extensa fila de carros, caballos y soldados traspasó las puertas de la capital con las primeras luces del día. Una fría, espesa y plomiza nube los rodeaba y adornaba cada superficie con minúsculas perlas transparentes. Los árboles, vestidos de un dorado sin brillo, acompañaban a los caminantes en su salida de la ciudad y los despedían arrojando alguna de sus hojas como si de lágrimas se tratara, al saber que muchos de ellos no regresarían o lo harían sin ser ya los mismos. Nadie resulta ganador en una guerra.

Cuando Quentin dejó la ciudad y el sendero de piedras terminó, el camino ya se había convertido en un chiquero, el barro se le pegó en las botas y, a los pocos pasos, tenía una gruesa e incómoda suela adicional. Josh iba conduciendo uno de los carros de provisiones, a la cabeza de la marcha y, aunque Eric caminaba a su lado, no tenía mucho de qué hablar con él.

Quentin había tomado la mala decisión de enviar a Luna, su yegua, con los demás caballos en lugar de hacer el camino montando y ya se había arrepentido de ello.

—Maldita niebla—murmuró un soldado delante de él. Pasó sus manos por sobre su abrigo y se quitó las gotas de humedad. Su comentario desencadenó una conversación de varios minutos en los que se quejaron de las desventajas de los días de humedad.

—Ahora mismo nuestro porvenir es como este día —dijo Quentin.

—¿De qué hablas, chico? —preguntó uno de los hombres que caminaba junto a él.

—La niebla…. nos empaña los ojos y nos muestra una realidad sombría y apagada, como si todo estuviera muerto a nuestro alrededor. Nosotros estamos marchando hacia la frontera a defendernos de un posible ataque de Pyebra, lo que también se siente como lo que vemos delante de nosotros. Muchos seremos heridos, perderemos alguna parte de nuestro cuerpo o caeremos en batalla —Quentin se detuvo un instante, miró al costado del camino y, después de volver a caminar, agregó—. Pero, aún así, me gusta la niebla…

—¿Qué? ¿Te gusta la perspectiva de morir? Estás mal de la cabeza,

chico.

—Todos vamos a morir. Puede ser hoy, mañana, en unos años… Estuve a punto de morir hace una semana y, sin embargo, aquí estoy. Me gusta la niebla en otoño porque no sé lo que hay detrás de ese velo gris y puedo imaginar mil cosas diferentes, tal como puedo imaginar mil posibles vidas para mí.

—A mi me deprime… —agregó un tercero.

—Es porque te olvidas de algo. —Se dio vuelta para mirarlo —. Siempre sale el sol y todo vuelve a brillar como antes.

—En eso tienes razón —asintió alguien más.

—Vaya, ahora además de novatos, infiltran pequeños sabios entre nosotros —dijo un soldado que iba delante de Quentin.

—Debe ser una nueva forma de mantener los ánimos en el frente —agregó otro y los demás rieron.

—Púdranse —murmuró Quentin. El soldado se detuvo y se dio vuelta.

—Y parece que además de sabios, cobardes. ¿Qué murmuras?

—Cálmense —intervino Eric y se paró entre ellos. Quentin dio un paso al costado y miró al soldado que le había hablado.

—Púdrete—dijo sin quitar la vista de sus ojos.

—Por un demonio, señor Quentin. —Eric detuvo al soldado que quiso saltar sobre el muchacho, poniendo una mano en su pecho.

Quentin rio, levantó las manos y se encogió de hombros.

—Sería poco cortés de mi parte no responder a su pregunta.

Los demás a su alrededor rieron.

—Quítate, grandote —dijo el soldado ofendido—. Deja que le enseñe modales al niño.

—Sí, Eric, déjalo —rio Quentin.

—Si pelean, los van a azotar antes de que sea mediodía, malditos sean. Ya cálmense —rugió. Eric forcejeó con el soldado por unos momentos hasta que este desistió.

—Te buscaré en los entrenamientos, niño. —El soldado lo apuntó con el dedo—. Veremos si ríes cuando te rompa toda la cara.

—Te espero—dijo con una sonrisa.

El soldado se adelantó hasta perderse entre los demás y Eric miró a Quentin.

—Señor, guarde sus energías para los pyebranos. No sirve de nada pelearnos entre nosotros.

—Lo tendré en mente, Eric. —Quentin retomó el camino.

—¿Qué le sucede?

—Nada, ¿por?

—Pensé que era más sensato.

—Lamento desilusionarte. —Quentin sonrió—. Deberías haberle preguntado a Santoro qué clase de idiota soy. Espero que no te arrepientas de haber dejado la capital por mí.

—No lo creo. En todo caso, debo acostumbrarme a verlo hacer estupideces, o detenerlo si es posible.

—Intentaré comportarme, pero no prometo nada —dijo Quentin y Eric rio.

El resto de la jornada transcurrió con normalidad y, en los días siguientes, Quentin no volvió a cruzarse con el soldado al que había insultado.

Después de una semana los soldados llegaron al Puente Negro y Quentin quedó maravillado por lo imponente de su tamaño. Era tan ancho que podían pasar seis carretas sin que se tocaran entre ellas. En el lado de Sitnor la entrada al puente estaba custodiada por dos colosales torres de cinco pisos, de negras paredes lisas y brillantes. En cada piso había aberturas por las que asomaban ballestas de diferentes tamaños, desde las pequeñas que lanzaban una sola flecha hasta las que podían disparar proyectiles del tamaño de una lanza.

El camino que llevaba a la soberbia construcción que unía Pyebra y Sitnor estaba rodeado por una marea de tiendas rojas que abarcaba un espacio tan amplio que se perdían en el horizonte. Los recién llegados fueron ubicados en el extremo este del campamento, al otro lado de uno de los campos de entrenamiento, en una pradera en la que la hierba todavía no había muerto bajo las botas de los hombres. El murmullo del Río Seco, ya casi agonizante por el fin de la temporada cálida, hacía eco en sus altas paredes de roca y tierra, y resonaba por sobre el relinchar de los caballos y las miles de voces y mugidos que inundaban el ambiente.

Tras armar sus tiendas individuales, recibir sus horarios y lugares de guardia, de entrenamiento y días de descanso, Quentin y Josh salieron a dar una vuelta por el campamento, para conocer el lugar y la ubicación de las tiendas principales, dónde debían reunirse en caso de alarma, dónde estaban los puntos de aprovisionamiento, dónde podían entrenar, dónde estaban los herreros, los sanadores y las tiendas que oficiaban de enfermería.

Después de caminar por algunas horas, se dirigieron al campo de entrenamiento y esperaron hasta que se retiraron los hombres que ya había allí para poder tomar su turno.

Su último entrenamiento había sido el día en que el Indigno había atacado Sitnor, y ya se sentían pesados y lentos. Eran pocas las

ocasiones en que los dos se enfrentaban y, desde que Quentin había comenzado a utilizar sus espadas dobles, no se habían cruzado ni una vez pero, al no conocer a nadie más por allí, decidieron hacerlo. No habían intercambiado más que unos pocos golpes cuando alguien los interrumpió.

—Eh, niño sabio, al fin te encuentro. —Un hombre de unos veinticinco años, de anchas espaldas y brazos fuertes se paró a pocos metros de ellos.

Quentin bajó sus armas y el filo de la espada de Josh quedó a pocos centímetros de su cuello.

—Por un demonio, te voy a rebanar el pescuezo un día de estos —maldijo Josh, que retiró su arma y se apartó de él.

—¿Vienes a romperme la cara? —preguntó Quentin, divertido, sin reparar en su amigo.

—¿Qué sucede, Q? —preguntó.

—Tuvimos un intercambio de palabras al salir de la capital —dijo Quentin.

—Tu amigo no puede tener la boca cerrada y creo que necesita modales —soltó el soldado.

Josh rio y se alejó, para dejarles lugar.

—¿Cómo vas a educarme? ¿Con los puños o con espadas?

—Cómo tú decidas, corazón —dijo en tono de burla.

—Está bien, con espadas. ¿Quieres avisar a los jefes para que alguien nos supervise?

—No temas, no seré yo quien arruine tu bello rostro —rio el soldado, que desenfundó su espada y puso distancia entre ellos, retrocediendo sin quitarle los ojos de encima.

—Lo decía por ti.

—Es el caníbal —exclamó alguien a lo lejos y la expresión del soldado cambió por completo.

—¡Señor Guna! —El hombre palideció.

—No soy ningún señor de nada, soy solo un soldado.

Quentin cargó contra él antes que este pudiera reponerse, pero se detuvo al ver que no levantó su espada.

—No cruzaré armas con usted, señor —el soldado dio media vuelta y se alejó de él, casi corriendo.

—¡Eh! ¡Regresa! ¿Qué demonios…? —Quentin se dio vuelta y buscó a Josh con la mirada. Su amigo caminó hacia él después de terminar de hablar con los hombres que estaban a su lado—. ¿Has visto?

—Los de allí dicen que estás loco, Q —dijo haciendo una seña con

la cabeza hacia un lado.

—¿Y eso por qué?

—Son soldados ¿qué esperas? Recuerdan lo que sucedió con Almairon. Ellos sí escucharon de primera mano lo que hiciste en la taberna, algunos de ellos incluso te vieron.

—No me jodas —dijo riendo—. ¿Y tú qué les dijiste?

—Qué era cierto —dijo y encogió los hombros.

—Maldito seas. —Quentin volvió a reír—. ¿Ahora tendré que actuar como loco todo el tiempo para conservar mi reputación?

—En guardia, caníbal —dijo y sacó la espada de su funda otra vez.

59

Palmeras, Pyebra

Áliza dejó el salón después que Shanyi tomó la guardia y caminó hacia el este de la ciudad, a la casa de Bela y Héctor. Habían pasado veintidós días desde que Ade había muerto en Sitnor y en todo ese tiempo, ni Bela ni Héctor habían dejado su hogar. Bela había perdido tanto peso que era apenas reconocible y Héctor no se separaba de su lado más que por unos pocos minutos. Sus compañeros iban a verlos varias veces al día, mantenían su casa limpia, les llevaban alimentos, los acompañaban e intentaban animarlos, pero no había nada que hiciera sonreír a Bela, no decía ni una palabra y, la mayor parte de las veces, ni siquiera los miraba. Héctor intentaba que Bela se alimente, pero ella solo aceptaba beber una taza de té de vez en cuando, lo justo para sobrevivir.

Áliza llamó a la puerta y esperó algunos minutos a que Héctor abriera, pero nada sucedió. Rodeó la pequeña casa, abrió la puerta de la cerca que llevaba al jardín, se asomó por la ventana que daba a la cocina y, como no se veía ningún movimiento, se decidió a entrar.

—Héctor —llamó, pero solo le respondió el silencio.

Áliza corrió hacia la habitación y se asustó al ver a Héctor y a Bela acostados uno junto al otro, abrazados, pálidos e inmóviles. Se acercó, tocó el rostro de Bela y comprobó que estaba tan frío como las noches en el desierto. Áliza apenas si se atrevió a rozar la mano de Héctor, que reposaba en la espalda de Bela. Ya sabía lo que encontraría, pero aún así debía hacerlo.

—*Bela y Héctor han muerto* —dijo a sus compañeros cuando pudo reponerse de la impresión.

Áliza dejó la habitación, se sentó en un banco en la pequeña cocina a esperar por los demás y lloró en silencio, hasta que alguien llamó a la puerta. Tino fue el primero en llegar, con la respiración agitada, la frente cubierta de sudor y el rostro pálido. El muchacho la abrazó, sin

decir ni una sola palabra; su cuerpo temblaba y lloró con ella.

Áliza lo comprendió, le pesaba más que a nadie la pérdida de Ade y ahora, estaba segura, sumaba dos muertes más a su consciencia.

—No ha sido tu culpa, Tino —le dijo con la voz quebrada—. No eres culpable de nada de lo que sucedió, ¿si?

—Si no hubiera llevado a Ade por mi estúpida creencia de no tener energías suficientes, si al menos hubiera confiado más en mí mismo, Ade estaría aquí. Y también Bela y Héctor.

—Déjalo, Tino. No te hagas más daño con esto.

—¿Cómo se hace? —dijo el muchacho. Ajác y Mihaí llegaron en ese momento y él los miró, con el rostro atormentado y los ojos empañados—. ¿Qué he hecho? ¿Cuántos más morirán por mi culpa?

—Yo moriría por ti —dijo Mihaí abrazando a su hijo—, todas las veces que sean necesarias, si eso significa que ya no sentirás este pesar dentro de ti. —Ajác se abrazó a ellos y Mihaí besó la frente de su esposa. Luego de unos minutos, Mihaí se apartó—. Vayan a casa, por favor, me quedaré aquí a ayudar en lo que pueda.

Los cuerpos de Bela y Héctor fueron acompañados al Gran Templo de Efos, dios sol, ese mismo día. Sus pertenencias fueron llevadas junto a ellos para que, de ser necesario, sean acondicionadas y donadas a quienes pudieran serles útiles.

Mesut, el sacerdote del Gran Templo de Efos, los recibió y, luego de las oraciones de recibimiento, los monjes comenzaron el rito de purificación para que sus almas asciendan a uno de todos los cielos. Después de despojarlos de sus vestimentas, los cuerpos fueron sumergidos en agua de lluvia mezclada con aceites perfumados para ser correctamente higienizados y para que toda impureza se desprenda de ellos. Cuando finalizaron con su limpieza, fueron conducidos hacia la sala donde el sacerdote continuaría con los ritos sagrados.

Una vez que Mesut quedó solo, avivó el fuego del horno y, mientras los troncos eran alcanzados por las llamas, se acercó al cuerpo de Bela. Rezó una oración a su nombre y tomó uno de los cuchillos que estaba a su lado. Después de bendecir su filo, lo clavó en la base del vientre de la maga y lo deslizó hasta llegar a sus costillas. Extrajo con sumo cuidado uno a uno sus órganos, a excepción de su útero, y los depositó en una plancha de hierro. Cuando hubo finalizado, los llevó al horno y, mientras esperaba a que el fuego los redujera a cenizas, rezó una oración de agradecimiento a ellos por haber mantenido con vida a una persona.

Al terminar de rezar, regresó junto a Bela y oró por ella una vez más. Bendijo su útero, para que en la próxima vida traiga hijos sanos al mundo, y su cabeza, lugar donde nacen todos los pensamientos y se originan todas las acciones, para que su próxima vida sea de provecho para la evolución del ser humano. Luego, el cuerpo de Bela fue introducido en un gran cofre de piedra que tenía una capa de sal y, una vez acomodado, fue recubierto en su totalidad con el mismo mineral.

Dicha sal, extraída de las minas sagradas de Efos en las mesetas en las Tierras Anexas, era de todos los colores que toma el cielo al atardecer y era utilizada en los ritos sagrados para quitar el exceso de agua de los cuerpos para su mejor preservación. Según las sagradas palabras de Efos, un cuerpo correctamente purificado y conservado tendría una mejor acogida al momento de presentarse a besar los pies del dios Ladha, el encargado de juzgar el alma de los muertos.

Tanto el cuerpo de Bela como el de Héctor permanecerían en los cofres de piedra durante cuarenta días y, luego, serían puestos en ataúdes de ébano en los que se tallarían sus nombres y serían llevados a la cripta familiar, en donde el cuerpo de Ade los esperaría.

Lejos del Gran Templo, en el edificio de Gobierno de Palmeras, sus amigos, familiares y conocidos celebraban el paso de Bela y Héctor por este mundo. Recordaban sus vidas, sus logros y sus virtudes ya que lo malo de una persona debe olvidarse al morir, para que el muerto no se vaya triste y su alma pueda ascender a uno de todos los cielos en paz. No era momento de culpar al muerto por sus acciones, puesto que solo el dios Ladha tiene la inteligencia y el criterio suficientes para comprender sus acciones y, así, juzgarlo. Ese era el momento de alegrarse por haber sido su amigo, su maestro o su alumno, su compañero o su familia.

Celebraban, reían, lloraban, cantaban y rezaban por ellos, al igual que lo habían hecho por Ade hacía veintidós días. Pero, ahora, lo hacían por lo que Bela y Héctor habían significado en sus vidas.

60

Puente Negro, Sitnor

Quentin estaba en el sur del campamento, tenía la espalda apoyada en un tronco y estaba esperando la llegada del amanecer para que su turno finalice. Detestaba tomar la última guardia nocturna porque nunca podía dormirse temprano y, cada vez que le tocaba, debía pasar el resto del día siguiente sin descansar. Los ojos le pesaban y sentía que estaban llenos de arena.

Su relevo estaba a pocos pasos de él cuando el sonido de un cuerno quebró el silencio que imperaba al amanecer y, a los pocos segundos, varios aullidos similares contestaron a su llamado desde distintos puntos.

El campamento cobró vida en un abrir y cerrar de ojos y Quentin corrió, entre hombres nerviosos, para llegar al punto donde debía reunirse con los soldados de su división. Encontró a Josh y a Santoro, pero no vio a Eric junto a ellos.

—¿Dónde está Eric?

—De guardia, señor —respondió Santoro.

—Ya no me llames así —dijo Quentin—, soy un soldado igual que tú.

Los primeros rayos de sol asomaron detrás de ellos, el grupo de soldados comenzó a marchar y las conversaciones cesaron. Quentin miró a su alrededor y observó a sus compañeros que, aún con la pobre luz que había, se notaban perturbados.

La mayor parte de ellos parecía estar usando una mascara rígida debajo de sus cascos, carente de expresión y de vida. Vio miedo en sus ojos, desesperanza y tristeza pero en algunos pocos, había determinación y ferocidad. A medida que se acercaban al camino que llevaba al puente, Quentin comenzaba a sentirse cada vez más confiado, más alerta y, a su vez, más nervioso.

«Porque es mayor el miedo a perder aquello que nos importa, que el

miedo a perder nuestra propia vida» pensó.

Abría y cerraba las manos al ritmo de sus pasos y comenzó a sentir que su estómago estaba revuelto pero, a pesar de eso, sentía hambre. Para distraerse, pensó en algo que le gustaría comer y recordó los panes dulces que su nana hacía en las tardes de invierno, con nueces o almendras. Recordó, a su vez, la canción que la nana les cantaba antes de dormir y comenzó a tararearla. Nadie prestaba atención a lo que hacían los demás, por lo que continuó canturreando despreocupado.

Había estado antes en situaciones arriesgadas, incluso siendo casi un niño, pero nunca a esta escala. Nunca hubo miles de hombres frente a él, ni tampoco a su lado. Cuanto mucho una centena en la "Pequeña Thoria" y el miedo había sido terrible para su cuerpo y su mente en aquellas ocasiones. Pero hoy no sentía miedo por él, pues tenía un motivo para luchar. Ayudar a detener el avance de Pyebra sobre Sitnor. Si su país caía, llegarían a Tesar. En Tesar, aunque a miles de kilómetros de él, estaba Ilsa y no podía permitir que algo le suceda a Ilsa, ni hoy, ni mañana, ni en unos años. Jamás.

«Sitnor no va a caer, no pueden llegar a Tesar» pensó y esas se volvieron las únicas palabras que resonaron en su mente.

Quentin comenzó a adelantarse a sus compañeros para llegar al frente, pero Josh lo tomó del brazo.

—¿Qué demonios haces? ¡Los de adelante son los primeros en caer!

—Nos veremos cuando todo termine —dijo y no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Q, por favor…

—Cuídate, ¿si?

Quentin se soltó y se escabulló entre los demás. Si se quedaba junto a Josh, sucedería lo de siempre, estaría pendiente de él y hoy no quería hacerlo. Las veces que Josh había estado lejos de él, había sido mucho más libre, pero tenerlo cerca era como un imán para sus sentidos y no solo por el afecto que sentía por su amigo, sino también por lo que Josh significaba para su hermana.

Llegó hasta la primera fila cuando todos se detuvieron a una orden de su comandante y, aunque tenía la vista puesta en las altas torres que custodiaban la entrada al puente, podía sentir las miradas de los que estaban junto a él. Los soldados comenzaron a murmurar y le divirtió escuchar sus comentarios, lo que le pareció absurdo por la situación en la que se encontraban.

"Es el caníbal" era lo que más se repetía. Tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír, pero su estómago rugió y pudo finalmente hacerlo.

—Todo esto me da hambre —dijo y notó que los que estaban a su lado se apartaban de él.

—¿Por qué no usa armadura, señor? —preguntó uno de los que estaba más cerca.

—Nunca lo hice y no tengo intensiones de morir hoy por usar una.

—Estás loco, chico —soltó el soldado. Quentin sonrió, lo miró y el soldado se puso incómodo—. Perdóneme, señor, no quise…

—No soy señor de nada, por los dioses, dejen de llamarme así.

Los tambores comenzaron a resonar y los soldados se pusieron en marcha.

«Sitnor no va a caer, no pueden llegar a Tesar».

Desde donde estaba, no podía ver más que un océano plateado formado por los cascos de los soldados, en cuyo frente se alzaba una fila de astas de madera coronadas por una hoja que se veía dorada a la luz del amanecer.

No sabía nada, no podía ver cómo se formaban los demás, dónde estaba la caballería ni cómo atacarían. No tenía idea si esperarían a que los pyebranos se arriesguen a tomar el puente o si, por el contrario, serían ellos los que avanzarían y atacarían a las tropas en su propia tierra. Él solo seguía órdenes y, en ese momento, la orden era avanzar hasta el puente, que se elevaba levemente a medida que se acercaba al centro, por lo que no podía ver más que unos escasos metros de este y no sabía qué era lo que sucedía del otro lado.

Al llegar junto a las torres, un soldado vistiendo una túnica blanca sobre su armadura avanzó, solitario, montando un caballo. Las reglas de cortesía establecían que ambos bandos enviaran un delegado para exponer sus condiciones y negociar antes de llegar a un enfrentamiento pero, antes que detuviera su montura, una lluvia de flechas cayó sobre él. El caballo herido relinchó, arrojó a su jinete al suelo y regresó a todo galope hacia donde ellos estaban. Un grupo de soldados unió sus escudos y corrió a buscar al compañero caído.

Un estridente cuerno sonó, de los pisos más altos de las torres salieron disparadas largas lanzas de puntas afiladas y, al instante, los gritos de los enemigos heridos se hicieron oír desde algún lugar frente a ellos.

Dieron la orden de avanzar y avanzaron.

Sus botas golpeaban las piedras negras del puente al ritmo que los tambores marcaban y Quentin comenzó a limpiar su mente de todo pensamiento, tal como le habían enseñado en los entrenamientos. *«Espero que Josh lo recuerde»* se dijo antes de deshacerse de todo lo que parecía requerir su atención en ese momento.

Delante de él, avanzaba un grupo de soldados con altos escudos rectangulares con los que habían formado una pared de más de dos metros de alto para repeler a las flechas pyebranas, que comenzaban a menguar a medida que avanzaban. Las lanzas disparadas desde las torres cortaban el aire sin descanso, apresuradas por chocar contra las tropas enemigas. Nuevamente los hicieron detener y esperaron, impacientes, hasta que las flechas dejaron de caer. Una ráfaga de viento trajo hacia ellos los sonidos de cientos de voces agonizantes y, con ello, el hedor de la guerra que acababa de comenzar.

—Puedo olerlo —murmuró Quentin—, sangre y miedo. Y solo quiero matar.

—Yo también, chico —soltó alguien a su lado y Quentin sonrió.

—Sitnor no caerá, no pueden llegar a Tesar —dijo. Le dolían las manos por la fuerza con la que sujetaba sus armas y parecía que los músculos de sus brazos explotarían por la tensión.

El zumbido de las lanzas se detuvo de repente, los cuernos sonaron una vez más y, con ellos, los tambores volvieron a marcar el ritmo. Dieron la orden de avanzar por última vez y, cuando llegaron a mitad del puente, vieron frente a ellos cientos de águilas plateadas volando sobre el paño negro de los estandartes que ondeaban con la brisa.

Quentin miró hacia el otro extremo del puente y vio que había dos torres parecidas a las del lado sitnorense, pero de menor altura. Sobre una de ellas, se recortaba la figura de un hombre solitario.

—Maldición, un mago —murmuró.

—¿Un mago? —preguntó, alarmado, alguien cerca de él.

—No estoy seguro, pero podría ser.

—¿Qué se supone que haremos si es un mago?

—Cuando estemos allí, ayúdenme a llegar a él por el interior de la torre. Estará ocupado atacando a los demás, no prestará atención a lo que ocurre a sus pies.

Quentin no quitaba los ojos del hombre que los miraba desde la torre, para ver si hacía algún movimiento que lo delatara.

—*¡Quentin! Puedo* verrte. —La voz de Tino resonó entre sus pensamientos unos minutos después.

—*¡Por un demonio, Tino, eres tú!* —Quentin levantó ambos brazos y le habló a quienes estaban a su alrededor—. ¡Es uno de los magos de Erjathá! Él estuvo cuando atacaron la ciudad, es quien quedó en la enfermería por días. Hagan correr la voz, por favor, que no vayan a herirlo. Ha venido a ayudarnos.

—*Es un* placerr estarr *aquí, Q.*

—*Ya he avisado a los demás quién eres. ¿Hay magos de la reina? ¿Está*

Reda Almairon aquí?

—*No hay magos. Reda sí,* perro *está escondido. Me mezclé con los soldados y me lo* dijerron. Aparrecerré *junto a ti cuando me lo digas, avisa a los* hombrres *que me hagan* lugarr.

Quentin apartó a sus compañeros, les avisó que Tino aparecería junto a ellos y, a su seña, el mago de Erjathá apareció a su lado en un remolino de polvo. Los soldados reaccionaron como todo aquel que ve a un mago aparecer por primera vez, dando un salto y apartándose aún más.

—Qué gusto verte, Tino —dijo con una sonrisa, ignorando a los soldados que estaban a su lado. Las piedras del puente dieron paso a la tierra y pudieron ver que un coro de soldados les cerraba todas las salidas posibles.

—¡Avancen! ¡Avancen! —Eran las órdenes.

Tino tomó a Quentin del brazo y lo llevó hacia atrás.

—Me han dicho que estás tan loco como yo y *quierro prrobar* algo, ¿te animas? —Tino hablaba mientras lo hacía retroceder cada vez más.

—¿Es seguro?

—*Segurro*… —Tino se rascó la frente—, no mucho. Si funciona, *grrandioso*.

—Maldición. —Quentin lo pensó por una mínima fracción de segundo y asintió—. A darle, Tino, hagámoslo.

Tino le dijo lo que harían, Quentin enfundó sus espadas y respiró hondo. Tomó la mano del mago y se sintió desaparecer. Cuando sintió su cuerpo nuevamente, estaba a diez metros del suelo sobre el ejército de Pyebra, a pocas filas de donde ahora se enfrentaban ambos bandos. Sintió como si el aire ofreciera cierta resistencia a su peso y caían lento, como una pluma atrapada en una suave corriente de aire.

Tino lanzó una inmensa bola de fuego hacia abajo y esta impactó sobre los pyebranos. Los gritos de dolor y sorpresa inundaron el aire, a la vez que se sentía el olor de su carne siendo quemada. Mientras caían con lentitud, vio a un hombre que estaba completamente envuelto en llamas e intentaba, en su desesperación, quitarse la armadura, como si con eso pudiera evitar la tortura de estar quemándose vivo.

A pesar de que muchos corrieron para alejarse de las llamas, Quentin no sintió su calor en ningún momento y ambos cayeron justo en medio de donde la candente esfera había impactado. Rodaron en la tierra quemada, pero se pusieron de pie rápidamente y desenfundaron sus armas. Los soldados pyebranos los rodearon en un instante y

Quentin se dio cuenta de lo suicida que había sido la idea de Tino.

—No estoy tan loco como tú, maldito seas —exclamó para hacerse oír sobre los demás sonidos y Tino soltó una carcajada.

Los muchachos se pusieron de espaldas entre sí para defenderse de los sablazos enemigos, que cayeron como una lluvia sobre ellos.

—*Déjame en ese* lugarr.

Quentin intercambió su posición con el mago después de varios intentos y, cuando menos lo esperaba, escuchó un nuevo estruendo. Esta vez, sintió un intenso calor detrás de él, se dio vuelta y vio que un camino de fuego, de al menos diez metros de ancho, se abría frente a él separando el ejército de Pyebra en dos. Quentin tomó a Tino del brazo y retrocedieron hasta donde estaba su ejército.

—¡Avancen! —exclamó Tino cuando hizo desaparecer el fuego y los soldados de Sitnor comenzaron a correr por la brecha que había abierto, antes que los pyebranos volvieran a cerrarla.

—¿Qué demonios están haciendo? —Un hombre a caballo se acercó a ellos y los separó del resto—. ¿Quién les ha dicho que pueden dar órdenes?

—Soy Tino Suhrah, mago del *ejérrcito* de Erjathá, mi señor —dijo y se llevó la mano al pecho, sobre su insignia—. No recibo *órrdenes* de nadie aquí, *perro* he venido a *ayudarr* en lo que pueda. En vistas de lo que ocurre, hay *trres* opciones: puedo *regrresarr* a mi ciudad, puedo *recibirr órrdenes* de usted, que no sabe nada de magia ni de cómo combatimos o puedo *seguirr* haciendo lo que sé *hacerr parra* que podamos *terrminarr* con estos malditos soldados del rey. Dígame usted, señor. —El comandante se quedó mirándolo sin decir nada y sin siquiera moverse—. Reda Almairon está *entrre* los soldados, en algún *lugarr*, escondido. Cuanto antes matemos a sus *hombrres*, más rápido *dejarrá* su cueva. Si lo detenemos, *detendrremos* su *ejérrcito porr* un buen tiempo.

—¿Y tú quién eres? —dijo el comandante mirando a Quentin.

—Quentin Guna, señor. Estoy con él.

—Guna, ¿eh? —El comandante lo miró a los ojos por unos segundos —. Continúen con sus cosas, hablaremos luego de su insubordinación.

—Sí, señor. ¿En caso de tener la oportunidad, puedo seguir a Tino a…?

—Veo que se entienden, así que hagan lo que crean conveniente, pero no involucren a nadie más.

—Entendido, señor. —El comandante espoleó su caballo y se alejó hacia el frente. Quentin miró a Tino—. ¿Cuánta energía te queda?

—*Mucho aún. ¿Se te ocurre algo?*

—*Buscar a Almairon, pero no sé cómo.*

—Regresarré *a la torre y* verré *desde allí cómo se ve todo. Te* avisarré *de mi* regrreso.

—*Cuídate.*

Quentin se abrió paso hacia donde las espadas pyebranas y sitnorenses se enfrentaban a muerte y se unió a sus compañeros. A medida que pasaban los segundos, Quentin empezaba a percibir las familiares sensaciones que lo acompañaban cada vez que se enfrentaba a alguien. La ligereza de sus músculos, los sonidos que se desvanecían, la sensación de que todo a su alrededor ocurría mucho más lento que en la realidad. Veía a sus enemigos levantar sus armas como si pesaran demasiado, con tal lentitud que le irritaba de forma excesiva. Mientras tanto, los cuerpos se acumulaban a su alrededor y cada vez llegaban menos enemigos hacia él. Cuando lo notó, miró a su alrededor y vio que estaba parado sobre una pila de hombres de más de un metro de alto.

—¡No pueden llegar a Sitnor! —exclamó. Quentin soltó una carcajada, saltó hacia las filas pyebranas y se escurrió entre ellas, sin detenerse más que unos pocos segundos en cada soldado que tenía la desgracia de acercarse al filo de alguna de sus espadas negras.

Si hubiera sido capaz de verse, difícilmente se hubiera dado cuenta que era él. La sangre de sus heridas se mezclaba con la de sus oponentes y no había parte de su cuerpo que no estuviera teñida de rojo, reía como un loco, como si hubiera sido poseído por un espíritu guerrero o por el mismísimo dios Xito, el dios de la guerra.

Xito, según las leyendas, poseía cuatro brazos y un enorme cuerpo musculoso; portaba tres espadas cuyas hojas habían sido talladas del indestructible cristal otorgado por las estrellas en el día se la creación del mundo y se protegía con un escudo hecho de la luz del sol, un regalo de Efos, su padre. Amaba la guerra por sobre todas las cosas, más aún que beber, y era siempre el primero en arremeter contra el enemigo. Era el dios predilecto de los morroínos, a quienes los creyentes rezaban antes de cada batalla, a quienes las esposas y madres suplicaban que proteja a sus hombres cuando dejaban el hogar para partir a la guerra.

En Sitnor conocían a los dioses de Thoria, pero ninguno de ellos era venerado allí, no había templos ni rituales en su honor.

Los dioses nunca escuchaban a los hombres por lo que estos, cansados de tantos siglos de ser ignorados, dejaron de hablarles.

61

Puente Negro, Pyebra

En una modesta tienda al norte del campamento, Reda Almairon tamborileaba los dedos sobre el apoyabrazos de su silla. Había abandonado los lujos a los que acostumbraba para mantenerse a salvo en caso de que hubiera más infiltrados por parte de Sitnor.

La velocidad con la que se elevaba el sol hacia el cenit, hacía que a cada segundo se sintiera más nervioso. Las últimas noticias que habían llegado no eran buenas. Un mago de Palmeras se había infiltrado entre los suyos y no sabía desde cuándo estaba ahí, vigilándolos y observando todos sus movimientos.

Ahora ese mago, que no era otro que Tino Suhrah, estaba peleando codo a codo con sus enemigos, quemando vivos a sus hombres y desafiando a su rey con total desfachatez.

Tino Suhrah era el más buscado, él solo valía más que todos los magos de Palmeras juntos y, sin embargo, el muchachito se había paseado entre sus tropas como si fuera un soldado cualquiera.

—Radjhá, ve a ver qué sucede.

—En seguida, mi señor. —El muchacho salió de la tienda y regresó un cuarto de hora más tarde—. Tino Suhrah está combatiendo en el frente junto al hijo del Gobernador esta vez. Apenas si está usando sus poderes, pero los guardias que los observan desde la torre oeste me han dicho que ha matado casi a treinta solo con la espada y Pronees otro tanto.

—Malditos sean —exclamó—. ¿Dónde está Guna?

—Al este y parece imparable, señor. —Reda se puso de pie y se sirvió licor en una copa—. Han dejado de contar después de cincuenta.

Reda lo miró por unos segundos, bebió el licor de un solo trago y estrelló la copa en el suelo.

—¿Cómo puede ser que no haya nadie capaz de detener a esos

condenados muchachos? —exclamó.

—Señor, si me lo permite, puedo ir y hacerme cargo de ellos.

—No. ¿Qué más han dicho? ¿Qué probabilidades tenemos?

—Nos están masacrando, señor —dijo en voz tan baja que apenas si fue capaz de oírlo.

—No vale la pena que te arriesgues por ellos. Regresaremos a Ciudad Capital.

—Pero… ¿Señor?

—Me imagino que tendrás las energías suficientes para llegar hasta la capital.

—Por supuesto que sí, mi señor.

—Entonces no cuestiones mis órdenes y sácame de aquí.

—¿Qué sucederá con los demás?

—Lo que deba suceder. Será su castigo por ser tan inútiles.

—*Quentin, estaba junto a Josh,* perro *me han* herrido*,* regrreso *a Erjathá* —dijo Tino.

—*¿Es grave? ¿Josh está bien?*

—*Él sí. Me* clavarron *en un brazo y no puedo sostener la espada, suficiente para que puedan* herrirrme *de nuevo. Adiós,* regrresarré prronto.

—*Gracias, Tino, espero que te recuperes bien.*

La breve conversación con el mago lo hizo distraer y solo se dio cuenta cuando sintió que su cabeza se llenaba de destellos de colores.

Quentin cayó al lodoso suelo y su boca se llenó del espantoso sabor de la sangre, la tierra y el miedo. Alguien le pateó las costillas y luego sintió que la misma persona lo tomó del cabello para levantarlo. Él se resistió y rebuscó entre el barro que lo rodeaba intentando encontrar sus espadas, que se le habían escapado de las manos al caer. Sintió que sus dedos le quemaron al deslizarlos sobre el filo, pero continuó hasta que pudo llegar a la empuñadura. El hombre que lo sujetaba tiró aún más de su cabello y Quentin le enterró la espada en la bota. Cuando el soldado lo soltó, giró sobre sus rodillas y, sin dudarlo, deslizó su espada por debajo de la armadura y le abrió el vientre. Las entrañas de su enemigo cayeron sobre su brazo y Quentin vomitó, asqueado por el hedor y la desagradable sensación. Quiso limpiar su boca, pero todo él estaba cubierto de barro y no había ni un trozo de su camisa que no estuviera manchada. Escupió a un lado y se tomó unos segundos antes de ponerse de pie. Alguien lo tomó de las correas que sujetaban las fundas de sus armas e intentó levantarlo. Quentin

soltó la hebilla que las mantenía en su lugar, se liberó de ellas y fue capaz de ponerse de pie. Levantó la espada y gritó:

—¡No pueden llegar a Tesar!

—¡Soy yo! —Josh le tomó el brazo antes que la espada caiga sobre él—. Q, soy yo, maldición.

Quentin forcejeó con él por unos breves segundos, hasta que se dio cuenta que era su amigo quien estaba frente a él.

—Josh, gracias a los dioses…

—Ya está, Q. —Quentin dejó caer los brazos a los lados y Josh le puso una mano en el hombro—. Ya se ha terminado, Reda escapó y se han rendido.

—¡Estás bien, Josh! —Quentin comenzó a reír y lo abrazó, como si no hubiera escuchado nada de lo que dijo—. Gracias a los dioses que estás bien.

Cuando se separaron, miró a su alrededor y, por primera vez, notó el horror que se extendía frente a él. El estómago se le estrujó y un escalofrío le recorrió la espalda. Nunca había imaginado presenciar algo así.

La realidad frente a sus ojos fue peor que todas las heridas que había cosechado ese día y que comenzaban a hacerse presentes ahora que había vuelto a prestar atención a su propio cuerpo. Estaban parados sobre un océano de heridos y de cuerpos sin vida. Sin embargo, lo más impactante eran los cientos de hombres que gritaban, gemían y se retorcían.

No había honor en una guerra, no había gloria ni nada de lo que sentirse orgulloso, como antes había pensado. Era, nada más, la mayor expresión de la miseria de los hombres.

Lo único que podía hacer era agradecer a los dioses el hecho de haber sobrevivido a su primera batalla sin heridas de consideración en su cuerpo, pero comenzó a preguntarse qué sucedía con las heridas que quedarían en su mente y en su alma después de ver esta matanza. Se preguntó si sería capaz de olvidar lo que oía por, al menos, las horas suficientes para poder descansar cuando el silencio llegara con la oscuridad y se preguntó, también, si ese maldito olor se desprendería alguna vez de su piel y de su ropa. Era el miedo de miles de personas el que inundaba el aire y parecía que se impregnaba en todo lo que alcanzaba. Le daba la sensación de que, por más años que pasaran, el mismo olor permanecería allí, inalterable. No supo si morir era mejor que haber sobrevivido. Al fin y al cabo, los muertos no recuerdan.

Volvió a colocarse las fundas de sus espadas y, luego, se palpó el

cuerpo.

—Necesito conseguir un par de guantes. —Quentin se miró las manos y vio que, en una de ellas, sus dedos sangraban en abundancia y las heridas le ardían.

—¿Qué dices? —Josh lo miró, Quentin le mostró la mano y su amigo hizo una mueca.

Comenzaron a caminar para buscar a quienes tuvieran mayores oportunidades de sobrevivir, para llevarlos a las tiendas que oficiaban de enfermería, cuando se detuvo en seco.

—Me falta una espada —dijo de repente. Miró la que estaba sujetando y la limpió lo mejor que pudo para ver la piedra que llevaba en la empuñadura; era la espada de la esmeralda.

Regresó sobre sus pasos hacia el lugar donde lo habían derribado y comenzó a buscar entre el barro y los cuerpos hasta que su mano se encontró con la familiar forma de su empuñadura. Quentin suspiró aliviado y, cuando se estaba levantando, una mano se cerró sobre la suya y tiró de él hasta hacerlo caer.

El hombre le saltó encima y le golpeó la cabeza con una piedra. Quentin, aturdido y dolorido, se retorció en el barro en un intento de librarse de su atacante, pero Josh llegó hasta ellos, de un tirón arrojó al soldado de Pyebra hacia atrás y desenfundó su arma. Quentin se puso de pie y sintió que el suelo se balanceaba debajo de él. Vio al hombre, de espaldas en el piso, suplicar por piedad pero Josh le enterró la espada en el cuello.

—Maldito cobarde —murmuró. Enfundó su espada después de limpiarla y lo miró—. ¿Estás bien, Q?

—Ese maldito me rompió la cabeza… —Quentin bajó la mano y la vio cubierta de más sangre fresca.

—Llevemos a alguien más y larguémonos de aquí, tienen que ver tus heridas.

—Hay quienes están peor que yo —dijo y señaló a un hombre que estaba sentado en el suelo, con la mirada perdida en algún lugar frente a él. El soldado sostenía con fuerza su brazo, que terminaba abruptamente antes de llegar a la mano.

Josh caminó hacia él y Quentin miró el cielo. Hacia el oeste unas enormes nubes esponjosas, de un blanco que parecía imposible, se recortaban contra el celeste más profundo. Se tomó unos momentos para distraer sus pensamientos y contempló esas blancas y perfectas catedrales flotantes. Se las imaginó pertenecientes a alguna ciudad de los libros de aventuras que Josh leía, cuyos autores eran los magos de la Antigua Era y de los que solía hablarle casi todo el tiempo. Nunca

antes se le había ocurrido poder ver una ciudad en las nubes, sin embargo, ahora era capaz de imaginar cada nube como un enorme edificio. Se imaginó en esos pocos segundos qué clase de seres los habitaban y como se verían.

Josh llamó su atención para que lo ayude a trasladar a un herido a uno de los carros y, cuando regresaban para buscar otro hombre, Quentin señaló hacia el cielo.

—Mira, una ciudad hecha de nubes —dijo y Josh sonrió.

62

Morrau Ciudad Capital

Ilaria dio dos golpes en la puerta de la habitación de la reina Morgana y esperó a que esta respondiera. Pasaron los minutos y no se oía ningún sonido desde el interior, por lo que golpeó con más fuerza la segunda vez.

—¿Alguien ha entrado a la habitación? —preguntó a uno de los guardias que estaban apostados a los lados de la entrada.

—El señor Hidzá pasó la noche aquí, mi señora.

—Maldito sea —murmuró—. ¿Se marchó?

—No, mi señora.

Ilaria respiró profundo, ingresó a la habitación, caminó decidida hasta los ventanales y corrió las pesadas y oscuras cortinas. La reina se quejó y se cubrió el rostro con las mantas cuando la luz inundó el lugar. Hidzá dormía boca abajo, desnudo y sin cubrirse.

—Cierra, Ilaria, por lo más sagrado—murmuró la reina.

—Su Majestad, ya es demasiado tarde. La gente se está acumulando por montones, esperando a que usted los reciba.

—Despídelos.

—¿Qué sucede? —Hidzá se dio vuelta, sin abrir los ojos, y estiró los brazos. Ilaria apartó la mirada y caminó hacia el guardarropa.

—Debes irte —susurró la reina. El muchacho la abrazó y se metió debajo de las mantas. Ilaria vio con desagrado a su regreso, como se removían y escuchaba sus risas y murmullos.

—Hay mucha gente esperando por usted, su Majestad —dijo alzando la voz—. Y también los aprendices esperan por el señor Hidzá. No falta mucho para que sea mediodía.

—Despídelos —repitió Morgana entre risas.

—Ya lo hice ayer, no puedo volver a hacerlo hoy.

La reina logró convencer a Hidzá que debía retirarse y, luego de que él se vistió y dejó la habitación, se sentó en la cama. Sus pies no

llegaban a tocar el piso, por lo que dio un pequeño salto para aterrizar en una mullida alfombra.

—Vino gente de Pyebra —dijo Ilaria—, por eso insistí en que asista a la sala del trono hoy.

—Maldita Viktoria, esqueleto caminante, mujer odiosa. Encima este maldito muchacho… parece que no estuvo con una mujer en toda su condenada vida, por los dioses. —Ilaria se acercó a ella con un corsé y un vestido de terciopelo negro—. Y mira que para que yo me queje… Maldito sea, no me deja dormir en toda la noche, estoy agotada.

—Debería haber pensado en ganárselo de otra forma, mi señora. —Ilaria tiró con fuerza de los lazos del corsé y la reina se quejó.

—Si hubiera sabido que sería así, hubiera sacrificado un cofre de oro, pero el maldito es muy atractivo y me dejé llevar. No es que una vea ese color de piel dorada todos los días y Nathan dejó la capital hace tiempo, ya sabes… —La reina levantó los brazos por sobre su cabeza para que Ilaria pudiera ponerle el vestido—. ¿Los de Pyebra han pedido ver a Hidzá?

—No, mi señora, solo a usted —dijo después de dejar caer la suave y pesada tela.

—Excelente. Hazlos pasar primero. ¿Dijeron cuantos días se quedarán?

—Tampoco, tan solo que traían un mensaje para usted —dijo mientras ajustaba los lazos del vestido de la reina.

—Pregúntales. Preferiría que no se crucen con él. Necesito dormir y si habla con esa gente tendré que recibirlo esta noche también para averiguar qué le han dicho.

—Mi señora, ¿no sería mejor si buscara a alguien más para ese trabajo? —preguntó antes de alejarse hacia el tocador.

—No sé si vaya a lograr algo. ¿Tú crees que se atrevería a traicionar a la reina?

—Tiene razón, no lo había pensado de esa forma. —Ilaria regresó con un cepillo y broches para recoger los rojizos bucles que tenía frente a ella—. ¿Y si usted misma lleva algunas mujeres a su habitación? Eso le daría a entender que usted no tiene problema con que él se divierta con alguien más.

—Eres excelente, Ilaria. Te cedería la corona, pero sé que solo estaría arruinando tu vida y no mereces sufrir esta lenta y absurda agonía.

Ilaria rio y comenzó a cepillar los rebeldes rizos de la reina.

—No recibiré a nadie más por hoy —dijo Morgana después de estar tres horas en el trono. Había recibido a los mensajeros de Pyebra y a una veintena de campesinos. Se puso de pie, bajó los escalones e Ilaria la siguió de cerca.

Cuando dejaron la sala del trono, un grupo de diez hombres de armadura dorada las rodeó para acompañarlas hasta los aposentos reales. La reina se quitó sus ropajes ni bien cerraron la puerta, Ilaria se despojó de su armadura y las mujeres almorzaron en silencio.

Después de haber terminado una botella de vino, Morgana dijo:

—Viktoria enviará espías a Sitnor y quiere que respondan solo a ella. Los pasos a Sitnor desde Pyebra están cerrados, quiere que reciba en mi castillo a los hombres que ella enviará, los aprovisiones y les de una salida segura hacia el este.

—¿Y cómo se comunicarán con ella desde Sitnor? Es inútil, la información llegaría con meses de retraso y sería igual que nada.

—No lo sé, pero debe haber algo más, algo que no me dice. —Morgana caminó hasta el diván frente a la chimenea y se recostó. Ilaria la siguió con una botella y una copa en la mano y se sentó frente al fuego, sobre la piel de oso—. No sé si están utilizando alguna clase de hechizo que no conozco para mantenerse en contacto o qué demonios se trae entre manos. No pueden enviar a nadie a cruzar el río Seco, eso se entiende, y les sería más fácil enviar a alguien a través de Garhq Tahok hasta alguna playa deshabitada.

—Mi señora, una vez que lleguen, esos espías no deberían salir vivos del Castillo Blanco.

—¿Qué tienes pensado? —Morgana se incorporó para mirarla.

—Entre en sus mentes y averigüe todo lo que saben. —Ilaria la miró a los ojos—. Si usted no quiere matarlos luego de eso, lo haré yo, porque una vez que irrumpa en sus mentes no podrá dejarlos ir.

—Es muy arriesgado —contestó después de unos segundos de vacilación y volvió a recostarse.

—Alguien podría matarlos en el camino, mi señora. —Ilaria sonrió —. La mayoría de nuestros soldados han sido movilizados hacia la capital y no hay quienes protejan los túneles, los bandidos están haciendo de las suyas sin que nadie se los impida. Cualquiera podría ser víctima de un asalto.

—¿Y si esa es su intención? Podría estar buscando la forma de ponerme en evidencia.

—De alguna forma tendremos que averiguarlo, ¿no le parece? Puede que Viktoria confíe ciegamente en usted y no tenga motivos para pensar que quiere traicionarla. Usted nunca le ha dado razones

para que sospeche y ha hecho todo lo que le han ordenado. Una vez que vea lo que hay dentro de la mente de esos sujetos, sabrá qué es lo que piensa Viktoria de usted y cómo piensa recibir noticias desde Sitnor.

—¿Te he dicho que eres brillante?

—Solo soy práctica, mi señora. Deseo que Viktoria fracase tanto como usted y haré todo lo que sea posible por verla acabada, miserable y arrastrándose por los suelos para que alguien la ayude. Pero tenga en cuenta que una vez que empecemos a sabotear sus planes no podremos detenernos y tendremos que pensar qué haremos cuando Viktoria lo note.

—Lo mismo le he dicho a Atrien. —Morgana se llevó la botella de vino a los labios—. Cuando esto se salga de control, tendremos que escapar pero no sé hacia donde. Nos buscarán hasta debajo de las piedras.

—Podemos ir hacia las Islas de la Luna, mi señora. Usted podrá controlar las corrientes y vencer a las criaturas que destruyen los barcos.

—Eso es imposible, Ilaria. Tu gente teme a las personas de piel clara y todo lo que significamos. Nos asesinarán ni bien nos vean.

—De todos modos, estamos condenados. Aquí nos perseguirá la gente de la Orden y en las islas, quizá puedo convencerlos de que ustedes son buena gente y que no quieren hacerles daño. Además, no son solo dos o tres islas. Hay cientos y muchas de ellas están deshabitadas. Tiene tiempo de pensarlo hasta que esos espías lleguen. Usted decide si comenzamos a sabotear a la señora Viktoria ahora o si esperamos.

—Voy a pensarlo, Ilaria, aunque la idea es muy tentadora.

63

Tesar Ciudad Capital

Cuando llegó al establo, Ogdev estaba cubierto de los blancos copos que se habían adherido a su cabello, a su saco de piel y a sus botas. Verj estaba sentado frente al fuego, afilando su hacha, y levantó la vista al abrirse la puerta. El Segundo Príncipe solía pasar largas horas allí y, para que los caballos no se congelen, mantenía varias fogatas encendidas y masajeaba sus patas cada poco tiempo.

—¿Zelig estaba contigo? No pude encontrarlo—preguntó Ogdev después de sentarse junto a su hermano.

—Fue por algo para comer, ya debe estar por regresar.

—Excelente.

—¿Qué sucede?

—Noticias de Sitnor y Morrau. Pero esperaré a que Egil también venga, así no debo repetirlo.

—Se está poniendo difícil, ¿verdad?

—Así es y me alarma la indiferencia de nuestro padre. —La puerta se abrió con un rechinar de sus bisagras y Zelig y Egil entraron riendo, tan cubiertos de nieve como había llegado el mayor de los hermanos —. Menos mal que no se han tardado. Siéntense, por favor.

Zelig sacó de debajo de su abrigo una canasta repleta de bollos de pan y se la dio a Ogdev antes de sentarse junto a él.

—¿Qué sucede? —preguntó Egil después de tomar la canasta de manos de su hermano.

—Pyebra ha atacado a Sitnor a comienzos del otoño, tal como nos habían informado que sucedería. Sitnor rechazó el primer ataque y se adentró en sus tierras, tomaron algunas aldeas y llegaron hasta la ciudad portuaria de Garhq Tahok, donde se han estacionado de momento, pero pronto avanzarán hasta tomar la ciudad de Ahrbak Ardhal.

—¿Dónde es eso? —preguntó Zelig.

—Es una ciudad en medio del desierto Then Kua —dijo Egil—, es un punto de aprovisionamiento desde Ciudad Capital a Sitnor. Si toman esa ciudad, Pyebra no podrá avanzar hacia el sur.

—Los reyes de Pyebra aún no han enviado a sus magos a la batalla —continuó Ogdev—, y uno de los magos de Erjathá estuvo ayudando a Sitnor. Cuando los magos de la reina sean enviados al frente, no sé cómo serán las cosas.

—Al revés —dijo Verj.

—Es probable —asintió Ogdev—. El problema es que nuestro rey no piensa hacer nada, incluso sabiendo que la intención de Pyebra es venir por nosotros. Se alegró con la noticia de que Sitnor entró en territorio pyebrano, pero no quiso escucharme cuando le recordé que estaban luchando sin magos.

—Padre ama a los magos, ¿cómo puede ignorarlos? —preguntó Zelig—. Pensé que correría a anular la Ley de Protección y comenzaría a reclutarlos, antes que a los soldados incluso.

—Ya ves que no. Padre no quiere ninguna clase de conflicto, no quiere encargarse de eso —dijo Ogdev.

—Tendremos a los pyebranos aquí antes que nos demos cuenta —murmuró Verj.

—Intentaré evitar que lleguen a nuestras fronteras. Tengo que convencerlo de alguna manera, necesitamos colaborar con Sitnor antes de que sea demasiado tarde.

—Lo ideal sería que no lleguen a Sitnor —dijo Verj—. No podemos sentarnos a esperar a que estén por llegar aquí para ponernos en marcha.

—Lo sé, pero ya sabes cómo es nuestro padre. Aún así, intentaré que haga algo antes que lleguen a Sitnor Ciudad Capital. Si cae la capital…

—… serán historia. —Egil terminó la oración—. Sin un gobierno, llegar hasta aquí les tomará apenas unos cuantos meses, no nos darán tiempo a prepararnos

—¿Y Morrau qué pinta en todo esto? —preguntó Zelig.

—Morrau esta gobernado ahora por la Orden del Águila al igual que Pyebra —dijo el Primer Príncipe—, y es cuestión de tiempo hasta que se unan a ellos. Muchos de los morroínos han emigrado hacia aquí, otros han quedado en Sitnor. Es evidente que no todos están de acuerdo con el nuevo gobierno y querrán luchar con Sitnor y con nosotros cuando llegue el momento, para recuperar sus tierras y su reino.

—Exterminaron a la dinastía Ravenna —dijo Egil—. ¿Quién

gobernará después?

—Quien sea más apto, quien haya contribuido en mayor medida a recuperar la libertad de Morrau… Supongo que alguno de los hombres que están en contacto con nosotros y Sitnor.

—¿Padre va a contestar los mensajes? —preguntó Egil.

—Solo felicitando a Sitnor y manifestando su desinterés en el conflicto, sin embargo hablé con el mensajero antes de venir hacia aquí y le dije que le daré un mensaje para ellos.

—¿Qué les dirás? —preguntó Verj.

—Quería consultarlo con ustedes. Quería saber qué están dispuestos a hacer para defender a Tesar.

—Iría hasta las mismísimas puertas del Palacio de Las Hojas —dijo Verj.

—Yo también —dijeron a coro Egil y Zelig.

—Me lo imaginé, solo quería estar seguro, saben que yo no puedo dejar la capital, soy el Primer Príncipe, pero puedo ayudarlos desde aquí. Soy mago. —Ogdev levantó una mano, con la palma hacia arriba, e hizo aparecer en ella una pequeña esfera de luz dorada. Zelig se sobresaltó, cayó del banco en el que estaba sentado y Verj y Egil rieron. Ogdev hizo desaparecer la esfera y le tendió la mano a Zelig.

—Lo sabíamos —dijo Egil—. Te hemos visto haciendo algunas cosas.

—¿Cómo yo nunca lo supe? —tartamudeó Zelig.

—Será porque no vivías aquí. —Egil encogió los hombros y Zelig asintió.

—Una de nuestras hermanas también es maga, hemos tenido al mismo maestro y va a ir a la guerra, llegado el momento.

Por primera vez, ninguno de los hijos del rey preguntó nada y Ogdev los miró detenidamente por largos segundos.

—Leyna —dijo Zelig, Ogdev asintió y Verj apretó los puños—. Me parecía que había algo extraño en ella. Siempre asustada, nerviosa, alerta, como resguardándose de todos. Además de lo inteligente que es y de la cantidad de cosas que sabe, cosas que ningún maestro nos ha enseñado.

—Leyna no puede ir a una guerra —murmuró Verj con una mueca —, es una niña demasiado inocente. Si me dijeran que es Shrika, podría aceptarlo, tiene mucho más carácter, su espíritu es más fuerte. Si la dejaran entrenar como a las mujeres de Sitnor, patearía más traseros que Egil, sin ofender, hermano. —Egil asintió—, ¿pero Leyna? De ninguna forma.

—Leyna vio el ataque a Erjathá hace dos años, mientras estaba

sucediendo —dijo Ogdev—. Los magos de la reina atacaron la ciudad y destruyeron una buena parte de ella. No deberías subestimarla, Verj.

—¿Cómo es que pudo verla? —preguntó el menor de los hermanos.

—Tiene visiones, puede ver y sentir como si fuera una persona que está en el lugar en que ocurre. Ambos supimos hace poco quienes somos. Ella es una maga muy poderosa, yo apenas si puedo hacer alguna cosa mínima, pero mi maestro me ha instruido en otras cosas más que en la magia. Leyna, en cambio, me supera por kilómetros.

—Aún así, no creo que sea conveniente permitir que lo haga —murmuró el Segundo Príncipe.

—Por más que la encierres antes de dejar Tesar, nada va a impedir que vaya.

—Por un demonio… ¿y tú lo permitirás? —Verj lo miró con el ceño fruncido.

—Tampoco me gusta la idea —dijo Ogdev—, pero no podremos evitarlo.

—Todo esto está más allá de lo que podamos querer o permitir, Verj —dijo Egil—. Desde la antigüedad, un mago no responde ante nadie más que su maestro y si él le dice a Leyna que debe ir a la guerra, ella lo hará.

—¿Y a quién responde su maestro? —preguntó Verj.

—Antes respondían a su consejo. Ahora, a nadie más que a ellos mismos, puesto que no hay a quien más responder.

—Dime quién es tu maestro —dijo mirando a su hermano mayor.

—No puedo hacerlo.

—¡Maldición, Ogdev! —exclamó golpeando su muslo con el puño.

—Leyna puede llegar a ser la diferencia entre la victoria y la derrota, Verj —respondió con calma—. Hazte a la idea de que no es una niña que necesita protección, es capaz de tirar este castillo abajo si se lo propone. Si nuestro maestro considera que Leyna debe ir, será por el bien de todos. No creas que a los magos nos gustan las guerras, no nos gusta matar ni destruir. Fuimos entrenados para proteger a los que no pueden hacerlo, para evitar conflictos y para mantener la paz, aunque a veces es imposible llegar a la paz sin caer en un conflicto. Matamos solo si debemos hacerlo, somos soldados pero con otras habilidades.

—¿Se lo dirás a los de Sitnor y Morrau? —preguntó Zelig.

—No, no conozco a esa gente. Aunque mi maestro me ha dicho que uno de ellos es su discípulo, creo que aún no es el momento de decirlo. Mañana iré a la casa de campo con el rey, no sé si alguno de ustedes nos acompañará. Hablaré con Shrika y con Leyna sobre las

noticias del norte…

—¿Por qué con Shrika? —preguntó Egil.

—Porque también hay planes para ella. Debo instruirla para el futuro, lo mismo que a ustedes. Se nos ha puesto en frente una guerra que no pedimos, pero estamos a tiempo aún de salvar Tesar y eso es lo que haremos si el rey no piensa ensuciarse las manos. Somos los hijos del rey, reconocidos o no, y alguien tiene que tomar las riendas.

—Comprendo —murmuró Egil, pero no agregó nada más.

—Averiguaré si nuestro maestro ha hablado con Leyna, también —continuó Ogdev—. Él no siempre habla con todos sus discípulos al mismo tiempo, tiene cosas diferentes que decirnos a cada uno. Conmigo hace bastante que no habla, pero se ha comunicado con ella hace pocos meses.

—Eso significa que vive en Tesar… —dijo Verj.

—Puede estar en cualquier lugar. —Ogdev les habló sobre la conexión mental por la que se mantienen en contacto—. No sabemos siquiera cómo luce, podríamos cruzarlo en la calle cualquiera de estos días y no saber que es él.

—Los magos son una cosa muy rara —dijo Zelig—, no me hubiera imaginado que ustedes dos… vaya.

—No puedo imaginar a Leyna yendo a una guerra —dijo Verj—, ni siquiera puede ver una gota de sangre sin descomponerse, ¿cómo se supone que se enfrentará a un campo de batalla?

—No necesita estar en el frente —respondió Ogdev—, hay muchas otras posiciones donde un mago puede ser útil sin estar expuesto.

Verj se puso de pie y dejó el establo sin decir nada más.

—Iré con él, quizás pueda hacerlo comprender —dijo Zelig y salió detrás de su hermano.

—Vaya desastre han armado estos malditos pyebranos —murmuró Egil.

—Y sin razón aparente. En la carta de Noah Guna, el alquimista de Sitnor, decía que el hermano del rey de Pyebra había dicho que irían por la plata de Morrau y luego vendrían por nuestro oro… —Ogdev se quedó en silencio de repente—. Espera Egil, mi maestro me habla.

El menor de los príncipes se quedó viéndolo, entre confundido y expectante, mientras los ojos celestes de su hermano mayor se volvían grises y parecía desconectarse de su entorno. Pasaron unos minutos hasta que Ogdev regresó a la normalidad.

—¿Qué te ha dicho tu maestro? —preguntó, nervioso.

—Los cuernos han sonado entre los hombres de Sitnor y más aldeas han caído.

—¡Esas son buenas noticias! —exclamó Egil.

—Mi maestro teme que no sea más que una trampa. No había magos entre los pyebranos y los soldados apenas si ofrecieron resistencia. Los están dejando avanzar con demasiada facilidad.

—Puede que sea solo ineptitud. Ya lo has dicho, Reda Almairon escapó del Puente Negro y de Garhq Tahok, dejando sus tropas abandonadas, y los de Sitnor no iban a desaprovechar la oportunidad de aplastarlos.

—Tal vez… En todo caso, solo con el tiempo lo sabremos. Debo decirle al rey sobre esto.

—¿Le dirás que eres mago? ¿Le dirás de tu maestro? —preguntó Egil, ansioso.

—Sí, él me autorizó. Es hora de que los hombres y mujeres que han sido bendecidos por los Astros caminen con la frente en alto, Egil. —Una sonrisa iluminó el rostro de Ogdev—. Es hora de que nos pongamos en marcha.

—No pienso perderme la sorpresa del rey por nada de este mundo. Traeré a los sirvientes al establo e iré en busca de Verj y de Zelig, espéranos, por favor.

64

Verkrity[18] es una gran ciudad entre las montañas cercanas a Zwiershadla Naveshia, o lo que se traduciría como “espejos del cielo”, los lagos que se forman con las aguas del deshielo de la cordillera Selgo y se encuentra al norte de Tesar, casi rozando el límite con Sitnor. Allí pasaba la estación fría la reina Valka, dado a que su estado de salud se había vuelto más delicado con el correr de los años. En ausencia de la callada y reservada reina, las cenas invernales en el Palacio Dorado solían estar inundadas de las ruidosas voces de los príncipes y del rey. Con la llegada de Zelig, abundaban las risas y las cenas solían terminar mucho más tarde que de costumbre. Siempre encontraban alguna anécdota que recordar o alguna historia nueva para contar. Sin embargo, esa noche los príncipes estaban callados y el rey intentó en varias oportunidades iniciar una conversación, sin éxito alguno.

—¿Me pueden decir qué les ha ocurrido? —El rey los miró uno a uno pero, como ninguno respondía, frunció el ceño—. ¿Acaso se han peleado entre ustedes?

—No, padre, ¿cómo cree? —Verj levantó, por primera vez, los ojos de su plato.

—Entonces no comprendo porqué están tan callados hoy.

Por unos breves e incómodos momentos solo hubo silencio. Ogdev sirvió vino en su copa, bebió todo su contenido de un solo trago y se puso de pie.

—Padre, soy mago —dijo sin siquiera una pequeña introducción.

El rey estaba llevando el tenedor a su boca cuando escuchó a su hijo y su mano quedó inmóvil a mitad de camino. Sus ojos quedaron clavados en la porción de zanahoria que su cubierto de oro había pinchado y permanecieron ahí por interminables segundos.

—¿Padre? —murmuró Zelig—. Padre, di algo, por favor.

El tenedor se deslizó entre los dedos del rey y cayó en el plato. Unas gotas de salsa saltaron para caer sobre el mantel que Leyna había bordado durante el invierno pasado, e hicieron un desagradable

dibujo rojizo sobre la delicada tela blanca.

—Un mago —dijo el rey y su voz apenas se oyó. Se puso de pie y levantó los brazos al techo—. ¡Un mago! ¡Eres un mago!

El rey Atkjer se tambaleó hacia un lado, se sujetó, en vano, del mantel, y arrastró la dorada vajilla mientras caía. Egil levantó su plato y tomó la botella de vino que tenía en frente, Verj saltó de su silla y alcanzó a su padre justo a tiempo, antes que llegara a golpear la cabeza en el alfombrado suelo. Zelig, con el rostro inexpresivo, se arrodilló junto al rey y miró a Ogdev, que no se había movido de su lugar.

—Mataste al rey —le dijo.

—No es nada, Zel, está respirando —lo tranquilizó Verj.

Egil caminó hacia la puerta que lleva a las cocinas y estaba por trabarla cuando esta se abrió y dos sirvientes se asomaron, alarmados por el ruido.

—Está todo bien, fue solo un accidente —dijo Egil con calma y se acomodó frente a ellos para que no entren al comedor—. Nosotros nos ocuparemos, no hace falta que regresen.

Egil regresó a la mesa, tomó la botella y se la llevó a los labios; bebió dos largos sorbos mientras miraba a cada uno de sus hermanos con una expresión confundida en su rostro. Al ver que nadie le hacía caso, se agachó para recoger lo que estaba frente a él y Zelig lo ayudó a levantar las copas, los cubiertos y bandejas que habían caído al piso. Al terminar, Egil extendió el mantel de Leyna frente a sus ojos y vio, con tristeza, que estaba completamente manchado por el vino derramado y las salsas que habían saltado de sus platos y bandejas. Cuando lo dobló, miró al Primer Príncipe.

—Solo se desmayó. —Egil dejó el mantel sobre la mesa, se acercó a Ogdev y le dio una palmada en el hombro. Luego, agregó con una sonrisa—. Vaya, que sensible resultó el viejo.

—¿Cómo no se me ocurrió decirlo de otra manera? —murmuró el mayor.

—Se iba a desmayar de todas formas, no te mortifiques. —Egil sirvió vino en una copa y la puso entre las manos de su hermano mayor —. Bebe, o caerás de culo al piso igual que el rey.

Verj levantó a su padre en brazos y lo llevó hasta un enorme sillón que había frente a una de las chimeneas del comedor. Sus hermanos lo siguieron y se sentaron a su alrededor a esperar a que despierte.

—Trae alguna botella de algo, por favor. —Verj miró a Zelig, que estaba a su lado

—¿Vino? ¿Cerveza? —preguntó mientras se alejaba hacia la cocina

—. ¿Licor? ¿Ghona?

—Ghona —exclamó el Segundo Príncipe y esperaron en silencio a que algo ocurra; que el rey despierte o Zelig regrese con la bebida.

Ogdev se retorcía las manos y no quitaba la vista de su padre, que parecía dormir con un gesto relajado en el rostro. Egil miraba la escena, divertido, y Verj… Verj tenía la misma expresión de siempre. Serio, concentrado en vaya uno a saber qué asunto, la frente arrugada, como si todo el tiempo estuviera enojado, y la boca cerrada.

Zelig regresó con una botella en cada mano, dejó una en la mesa y, cuando llegó hasta ellos, le ofreció la botella a su hermano mayor. Ogdev movió la cabeza de lado a lado, pero Verj la tomó. Bebió dos sorbos y le pasó la botella de cerámica a Zelig, quién bebió y la pasó a Egil.

Los minutos pasaron silenciosos, lentos y extensos. Iban por la mitad de la segunda botella cuando el rey abrió los ojos y se sentó, de pronto, como si nunca se hubiera desmayado. Le sacó la botella de la mano a Zelig y bebió de ella como si se tratara de agua.

—Así que un mago —dijo con una mueca y volvió a beber—. Condenado muchacho, tenías que esperar a tener dieciocho años para decirlo ¿ah? Un mago… ¿ustedes ya lo sabían? —el rey los miró uno a uno y ninguno dijo ni una palabra. Ni siquiera se atrevieron a mirarlo —. Ya sabían. Estoy pintado aquí, ¿no?

—Se los dije esta tarde, padre.

El rey hizo un gesto con la mano, como si espantara una mosca.

—Si de algo puedo sentirme orgulloso es de que son un gran equipo. Eso, al menos, es algo que hice bien. ¿Qué otra sorpresa me tienen? Hablen.

—Leyna… —comenzó Ogdev.

—No, mi niña… ¿Qué sucede con mi pequeña? —murmuró el rey, sin dejar que termine de hablar, y volvió a beber.

—También es maga, padre —dijo Verj. El rey cerró los ojos y suspiró.

—Ella no, Leyna no —sollozó Atkjer y miró a Ogdev—. ¿Por qué ustedes? ¿Por qué ella?

Zelig se sentó junto a él, el rey apoyó la cabeza en su hombro y un mechón de su rubio cabello ocultó su rostro. Parecía que su tamaño se había reducido varias tallas y tenía el aspecto de un hombre viejo y cansado.

—Está bien, padre. —Lo consoló Zelig—. Leyna es más fuerte y más sabia de lo que creíamos.

Verj se quedó mirando sus pulgares y Egil, que se había sentado en

un rincón, ya no se divertía por lo que veía.

—Los magos llevan vidas peligrosas y solitarias, Zel. Nos verá a morir a todos, quedará sola por siglos. Su esposo morirá, sus hijos morirán y su corazón se marchitará cientos de veces hasta que ella deje nuestras tierras. —El rey miró hacia el techo y exclamó—: ¿Por qué mis niños, Astros? ¿Por qué ellos? Preferiría morir mil veces antes que ellos sufran el solitario destino de los magos.

—Nosotros ya lo sabemos, padre. —Ogdev se arrodilló frente a él y le tomó la mano—. Somos conscientes de ello desde pequeños. Tenemos la opción de renunciar a nuestros poderes cuando consideremos que es necesario y, luego, viviremos una vida normal, como cualquiera de ustedes.

—Lo dices solo para consolarme —balbuceó Atkjer y lo miró con desconfianza—, eso no es cierto.

—No podría engañarte en estos momentos, padre. Leyna lo sabe, yo lo sé. Ningún mago está condenado a vivir una vida casi eterna. Los que lo hacen, lo hacen por su propia voluntad, para ayudar a los demás, para ser útiles a sus pueblos, tal como hemos aprendido.

—Verj, acompáñame a mi habitación. —El rey se puso de pie, apoyándose en Zelig—. Ustedes pueden quedarse. Mañana hablaremos.

Verj se paró a su lado y el rey se tomó de su brazo.

—Padre… —dijo Ogdev.

—No estoy molesto contigo, mi niño. Solo, necesito descansar hoy. Mañana, con la luz del día, todo será diferente.

65

Pyebra Ciudad Capital

Detestaba movilizarse en ese pequeño carruaje, ya que la hacía sentir sin aire y aprisionada, pero era la única forma de moverse con seguridad por la ciudad.

«Vale la pena, Viktoria. Todo sacrificio vale la pena para lograr un bien mayor» se animó. Estiró la mano y abrió apenas la cortina que había frente a ella. La brisa caliente le dio en el rostro y Viktoria frunció el ceño en un gesto de desagrado.

No había nada en ese lugar que le diera algo de alegría. Kirios estaba muriendo hacía meses, día a día, segundo a segundo, sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo y ni siquiera para aliviar su dolor. Dante apenas si hablaba dos palabras y Lena ni siquiera la miraba.

A Reda solo le importaba tenerla en su cama, pero no se interesaba nunca por cómo ella se sentía y ni siquiera era capaz de hacer bien su trabajo ahora que había llegado el momento que habían esperado por tanto tiempo.

Sus discípulos eran lo único que, medianamente, alegraban sus días, pero eso ya no era suficiente.

Estaba cansada.

Muchas noches había pensado en dejar el palacio y regresar a Tesar, regresar a su pueblo rodeado de nieve, donde nadie sabía que era una reina falsa, donde no sabían que había sido madre de dos criaturas asesinadas, que ahora era madre de una maga y de un niño pequeño que aún no aprende a hablar. Donde nadie sabía que había sido esposa de un buen hombre y que ahora estaba casada con un agonizante rey que fue ascendido al poder por la mano de una maga vieja y con más secretos que ella misma.

«Si tan solo tuviera el coraje suficiente para dejarlo todo…»

El pequeño vehículo se detuvo en donde el camino terminaba y la

brusca frenada la distrajo de sus pensamientos. El sol había iniciado su caída a su derecha y se reflejaba en las piedras de la montaña que debía subir, haciendo que sus mejillas enrojecieran y su cuerpo sudara.

Después de una larga hora de caminata en ascenso, Viktoria llegó a la entrada de la cueva que quedaba oculta detrás de unos arbustos de frutos rojos, del tamaño de una uña, que eran tan sabrosos y tentadores como mortales. Su aroma dulzón hacía que solo sintiera deseos de probar uno de ellos, pero si había un antídoto para el veneno de esos frutos, Viktoria no lo sabía. Lo único que le habían dicho era que comer uno solo era inofensivo, pero un puñado de ellos hacía que las entrañas se retorcieran, que la piel se pusiera morada por la falta de aire y que una persona muriera en una horrible tortura. Eso era suficiente para mantener sus manos lejos.

Viktoria se abrió paso entre las ramas recubiertas de suaves y carnosas hojas redondeadas e ingresó a la cueva; respiró aliviada al sentir el frío aire que envolvió su cuerpo, se sintió renacer al enfriarse su piel y una pequeña sonrisa asomó entre sus labios. Comenzó a caminar entre los oscuros pasillos rocosos y, cuidando donde daba cada uno de sus pasos, descendió por escaleras y pasillos naturales hasta llegar a la parte más baja del lugar.

Una estancia amplia y vacía, apenas iluminada, se extendía frente a ella, y el eco de sus pasos resonó a su alrededor cuando caminó hacia uno de los tantos corredores naturales que discurrían desde allí.

—Mi señora, ¿se encuentra aquí? —El eco de su susurro se extendió entre los recovecos de la gruta.

La parte en la que se encontraba, en particular, le producía escalofríos por los recuerdos que llegaban a su mente, pero era uno de los favoritos de su maestra y en donde la vieja señora solía pasar más tiempo.

El pasillo terminaba en una gran cámara natural, cubierta por una bóveda elevada y con pequeños orificios por donde se colaba la luz durante el día pero, a esa hora, estaba en penumbras. Angostos puentes de piedra cruzaban sobre la calma superficie del lago subterráneo, en cuyo fondo algunas piedras que conservaban la luz del sol iluminaban las cristalinas aguas, dándoles tonos verde esmeralda y celeste.

—Aquí, Viktoria —murmuró la anciana y su voz resonó en un eco infinito que se repitió entre las rocas. Viktoria miró con detenimiento hasta que pudo hallarla. Estaba al otro lado del lago, sentada en lo que parecía ser un sillón de piedra negra, reluciente como los edificios

de Morrau Ciudad Capital. Se acercó y se quedó de pie frente a ella, sin mirarla—. ¿Qué ha sucedido?

—Malas noticias. Hemos perdido más aldeas. Reda escapó cuando le dieron el aviso de que se acercaban los de Sitnor. No ha servido de nada que Kirios lo ponga al mando. Solo le ha dado vía libre a Sitnor para que entren a nuestras tierras. Se esconde en su tienda dejando a sus hombres a la deriva. No hay nadie que se atreva a cuestionarlo, nadie que se atreva a ponerse al mando cuando él está presente. Se larga cuando no hay posibilidades de revertir la derrota.

—Parí a un cobarde —masculló—. No dejes que Radjhá vaya con él nuevamente. Ese muchacho puede ser más útil en otro lugar.

—No habrá nuevos avances hasta que contemos con la ayuda de Morrau, mi señora. Se han perdido muchos hombres entre los muertos y los desertores.

—Entonces, haz que regresen a su lugar. Usa a los magos.

—No están listos aún para una batalla, mi señora. Cada uno de ellos es valioso y uno de los magos de Erjathá pelea junto a Sitnor. Lo conozco, los puede hacer cenizas él solo, sin ayuda de nadie más.

—¿Tino Suhrah?

—Así es.

—Reda me ha hablado de él. Ese crío me recuerda al maldito de Ogdev Wrognia. Ojalá sus condenados huesos se retuerzan junto a Suin —masculló—. Wrognia era como Tino, no tenía piedad por nada ni por nadie. Era impulsivo y temerario. Él y Egil, malditos sean, eran capaces de acabar con una centena de hombres en un solo hechizo y aún tener las energías suficientes para viajar de Pyebra a Tesar en un segundo.

La Dama se quedó murmurando en voz baja, con la mirada perdida entre las rocas que iluminaban el lago y Viktoria se limitó a esperar a que los recuerdos dejaran de atormentar a su maestra.

—Utiliza a sus padres para atraerlo al palacio —dijo con dureza después de unos minutos—. Amenázalo con asesinarlos…

—No le importan sus padres, mi señora —respondió Viktoria con voz temblorosa. Temía que su maestra reaccionara contra ella, como ya había ocurrido en el pasado. La señora respiró profundo, sostuvo el aire unos segundos y, luego, lo soltó lentamente.

—Pregunta entre los soldados de todos los rangos quién, entre ellos, ha logrado algo digno de admirar, quién ha sobresalido en el campo de batalla. Necesitamos a alguien que tenga las pelotas bien puestas, no saldremos nunca de Pyebra con Reda al mando.

—Si, mi señora. —Viktoria se sintió aliviada al no haber sido

víctima de la frustración de la vieja señora, pero no dio ninguna muestra de ello.

—¿Cómo esta Kirios?

—Su salud se deteriora día a día. Nadie ha conseguido saber qué ocurre con él. Solo se levanta algunas horas para estar con los niños y el resto del día… solo duerme, atiborrado de pociones para calmar sus dolores.

—Consigue nuevos sirvientes. Magos con pocos poderes, que respondan solo a ti. Que Reda no se acerque a él. Temo… temo que esté envenenando a su hermano.

—Si, mi señora.

—No puede ser que ningún sanador consiga aliviarlo… si tan solo pudiera salir de aquí.

—No, mi señora, es muy arriesgado —dijo con alarma en la voz.

—Lo sé, pero mi hijo se está muriendo de a poco y no puedo hacer nada para ayudarlo —susurró.

—Yo me encargaré, mi señora. No se preocupe.

—Que Efos te acompañe siempre, Viktoria.

66

Picos Blancos, Tesar, año 4002

Desde las partes más elevadas de la ciudad, en los días más despejados, se podían divisar las altas cumbres de nieves eternas de la cordillera Selgo, que se recortaban en el lejano horizonte y sumergían a la ciudad en una suave penumbra en las noches estivales.

En Picos Blancos, al igual que en Ciudad Capital y demás poblaciones que se ubicaban al sur de ella, los días de verano duraban más de un ciclo lunar, y se podía ver al sol sumergiéndose por escasas horas entre las cimas más altas, dándole a la ciudad solo una combinación de atardecer y amanecer en las horas en que, en el norte del continente, sería noche cerrada. El sol se ocultaba entre las columnas de roca de "La Ventana del Dragón" y hacía su aparición, unas breves horas después, en la cima de la montaña llamada "Kyslav[19]", la más altas en la porción tesariana de la cordillera.

"La Ventana del Dragón" era una montaña que fue parcialmente destruida por el dragón negro en una de las batallas de la Última Gran Guerra, cuando los magos de Pyebra y Morrau intentaron avanzar sobre Tesar. El resultado de la defensa del dragón, al que hostigaban con constantes hechizos para hacerlo desaparecer, fue que un trozo de la montaña se desprendiera y esta quedara con una abertura en el medio, como si un extenso y perfecto bloque de piedra hubiera sido removido en su totalidad.

La ciudad de Picos Blancos se expandía entre suaves colinas tapizadas de pastos duros y grisáceos que alimentaban a los rebaños de ovejas, una de las principales actividades económicas del lugar. La lana tesariana era una de las más suaves y, por lo tanto, más caras del continente; se comerciaba en Sitnor y en Morrau a precios exorbitantes.

Verj y Zelig habían llegado esa misma mañana, habían dejado sus caballos en la posada y habían salido a caminar, buscando dónde se

reunían los hombres en esa desconocida y gris ciudad. Caminaron por las calles lodosas que separaban los conjuntos de casas bajas de piedra blanca y tejados robustos, que soportaban, imperturbables, las abundantes nevadas invernales.

Se pasearon por el mercado, por el pequeño puerto y por la triste plaza central, que solo era una rotonda de piedra con una pequeña fuente sin agua. Tras unas horas de caminar, parecía que no había nada más que mujeres en ese lugar.

Después de la confesión de Ogdev, el rey les había dado vía libre para partir hacia Sitnor, pero no los apoyaría de ninguna manera; no habría paga, armas, armaduras, caballos ni provisiones y no pondría al ejército de Tesar bajo el mando del Segundo Príncipe si dejaba las fronteras del país. Verj intentó por todos los medios recibir alguna clase de apoyo pero no lo consiguió, por lo que vendió las propiedades que le correspondían y se decidió a financiar la campaña con eso. Su padre enfureció y, de no ser por la intervención de sus hermanos, lo hubiera desheredado en ese momento.

Leyna y Shrika vendieron sus joyas y Egil puso sus tierras en venta, en esperas de conseguir un comprador justo. La reina Valka quiso vender el Palacio de Invierno de Verkrity, pero sus hijos no se lo permitieron. Su salud era frágil y no podría sobrevivir a muchos inviernos en la capital, además de que el rey terminaría por deshacerse de todos ellos ante una ofensa de ese tamaño.

Con lo que habían reunido, les alcanzaría para armar a varias centenas de hombres y conseguir el alimento suficiente para llegar a Sitnor Ciudad Capital. Luego de eso, quedarían a disposición del Gobernador. De ninguna manera exigirían una paga, solo alimento, armas y, por supuesto, ghona en abundancia.

Iban pasando por el mercado, de regreso hacia la posada, cuando Verj vio que un hombre venía corriendo y, a unos cuantos metros detrás de él, una muchacha gritaba y corría en la misma dirección.

—Un ladrón —murmuró Verj y Zelig asintió.

Los hermanos se separaron y, cuando el hombre estaba por pasar en medio de ellos, Verj levantó un brazo y el ladrón chocó contra él, como si se hubiera estrellado contra un muro. Cayó sentado y lo miró con el ceño fruncido hasta que sus ojos se posaron en su pecho, en la insignia que indicaba su ascendencia real. El ladrón se arrodilló, bajó la cabeza y puso sus manos sobre las rodillas.

—¿Qué has robado? —preguntó Verj.

—Mi señor, yo no he robado nada.

La muchacha llegó en ese instante, se detuvo frente a ellos y le dio

un rodillazo en las costillas del hombre, que se quejó pero no hizo ningún movimiento. Verj la miró con asombro y Zelig ahogó una carcajada.

—¿Dónde está mi bolso? —exclamó. Tenía el ceño fruncido, el rostro enrojecido y algunos mechones de su gris cabello se habían liberado de la cinta que lo sujetaba. De un bolsillo de su falda sacó una daga y la puso en su cuello—. Devuélveme mi bolso.

Verj levantó una mano.

—Haya paz, señorita.

Los relampagueantes ojos de la muchacha se posaron en él por unos breves instantes y, luego, volvió su atención al ladrón.

—Mi bolso —dijo con dureza. El hombre, con movimientos cuidados, abrió su abrigo y sacó de él un bolso de cuero de muchos bolsillos y hebillas de bronce. La muchacha lo arrancó de sus manos de un tirón y se lo colgó en un hombro.

El hombre se puso de pie y corrió en cuanto Verj le hizo un gesto para que se largue.

—Muchas gracias por su ayuda, señores.

—Muestra respeto, hablas con Verj, Segundo Príncipe de Tesar —dijo Zelig, haciendo un esfuerzo por no reír.

—Entonces, muchas gracias por su ayuda, señor Verj, Segundo Príncipe de Tesar —la muchacha hizo una reverencia y le dio la espalda.

—No he dado permiso para que te retires —dijo Verj. La muchacha se detuvo y giró para verlo.

—¿Qué desea, mi señor? —Una extraña y forzada sonrisa se dibujó en sus labios.

—Para ser de Sitnor hablas muy bien nuestro idioma.

—¿Quién dijo que soy de Sitnor?

—No tienes los modales de alguien que ha nacido aquí, por no mencionar tu absoluta falta de respeto hacia la realeza.

—Me crié en el mundo, señor —dijo sin simpatía alguna—. He recorrido Thoria junto a mi familia y hace poco tiempo nos establecimos de nuevo en la casa donde nací, a pocos kilómetros de aquí. ¿Ya puedo retirarme?

—Tienes suerte de no haberte cruzado con mi padre. Él te hubiera decapitado por tu insolencia.

—Está bien… ¿Debo darle las gracias por no matarme, entonces? Gracias al rey y a sus malas decisiones es que hay ladrones en cada esquina, señor. De haber hecho las cosas bien, no tendría nada para agradecerle a usted.

Zelig no pudo contenerse esta vez y se largó a reír. Verj la miró con el ceño fruncido.

—Dime tu nombre y dónde vives. Tus padres deben pagar por lo que has dicho.

—¡No, señor! —Esta vez el rostro de la muchacha se sonrojó, cayó de rodillas frente a él y bajó la mirada—. Mis padres han hecho su mejor esfuerzo para ensañarme modales, señor, se lo aseguro, pero ya ve que no ha sido posible. Si alguien tiene la culpa, soy yo. Puede hacer lo que desee conmigo, solo permítame ver a mi padre una vez más, para poder despedirme de él.

—Tu nombre.

Zelig le dio un codazo. Verj lo miró y le guiñó un ojo.

—Ilsa Zvezda, mi señor —susurró.

—¿Zvezda? ¿Cómo Egil Zvezda, el mago? —preguntó Zelig. La muchacha los miró, confundida y asustada, y bajó la vista de nuevo.

—Ese es el nombre de mi padre, pero no es ningún mago. ¿Cómo cree? No, señores, criamos ovejas en nuestra granja.

—Es un nombre bastante común, Zel, déjalo. —Verj le tendió la mano e Ilsa la aceptó, después de dudar unos instantes, para ponerse de pie—. Estás armada, ¿tienes entrenamiento?

—Apenas, mi señor.

—Estamos reclutando guerreros para ir a Sitnor. —La muchacha abrió mucho los ojos y Verj no pudo descifrar su fugaz expresión. Fue una mezcla de angustia, miedo, dolor y alarma—. Pyebra quiere invadir sus tierras, arrasar con ellos y llegar hasta aquí. Tesar no tiene mujeres en sus ejércitos pero, si quieres unirte a nosotros, búscanos. Podremos entrenarte, proveerte de armas y protegerte.

—No podría hacer mucho en una guerra, mi señor —tartamudeó y su voz apenas era audible—. Además mi padre es un hombre viejo, mi madre y mi hermano fallecieron y no quiero dejarlo solo.

—Comprendo. Estaremos aquí por seis días más, en la Posada del Cuervo, por si cambias de parecer. Ya puedes retirarte, Ilsa Zvezda.

—Gracias, mi señor —murmuró e hizo una reverencia.

Verj la miró hasta que se perdió entre la gente que, de a poco, comenzaba a poblar las calles.

—Realmente espero que vaya a buscarnos.

—No jodas, Verj, ¿ya le echaste el ojo?

—¿Acaso te sorprende? Tú la viste… es hermosa.

—Demasiado tesariana para mi gusto. Tampoco es que sea un parámetro de belleza, para ti todas las mujeres son hermosas.

—Eso es cierto, pero no es como las demás, ella tiene carácter.

—Un carácter de mierda —rio Zelig—, te trató como si fueras un pescador.

—No me molestaría que me maltrate así de por vida —rio, a su vez, Verj—. Estoy un poco cansado de que me tengan tantas consideraciones. Quizás cuando lleguemos a Sitnor diga que tú eres el Segundo Príncipe y yo un guerrero más. Además, te pareces más a Ogdev que yo.

—Deja, prefiero seguir siendo el hijo bastardo del rey. En Sitnor no conocen a Ogdev, así que tu excusa no sirve.

—Egil no pasaría como Segundo Príncipe ni en un millón de años. ¿No quieres que se arrodillen ante ti?

—No. —Zelig acompañó la palabra con un movimiento de su cabeza—. Prefiero la libertad de no tener nombre familiar. El rey puede avergonzarse de mi comportamiento, pero no pondría en ridículo a la familia real. Tiene sus ventajas, si lo piensas.

—Maldita suerte la mía —murmuró.

67

—¿Zvezda? ¿Cómo Egil Zvezda, el mago? —preguntó el acompañante del príncipe e Ilsa los miró, asustada. Era la segunda vez que alguien mencionaba a la magia y a su padre en la misma oración y eso no podía ser posible. De ninguna manera.

—Ese es el nombre de mi padre, pero no es ningún mago. ¿Cómo cree? —se apresuró a decir y clavó la vista en el ruedo de la media falda gris plomo que vestía el príncipe—. No, señores, criamos ovejas en nuestra granja.

—Es un nombre bastante común, Zel, déjalo. —dijo el príncipe y le tendió la mano. Ilsa dudó, le pareció extraño que un príncipe la tratara con… ¿respeto? Finalmente, tomó su mano y fue raro hacerlo. No hubo ese agradable cosquilleo que sintió en su cuerpo al tocar a Quentin y sintió una punzada en medio del pecho al recordarlo. Solo con Quentin podía sentir eso y hacía tanto tiempo que lo extrañaba… El príncipe volvió a hablar y la regresó de sus pensamientos—. Estás armada, ¿tienes entrenamiento?

—Apenas, mi señor —musitó.

—Estamos reclutando guerreros para ir a Sitnor. —Ilsa sintió que el mundo le dio vuelta cuando lo oyó decirlo—. Pyebra quiere invadir sus tierras, arrasar con ellos y llegar hasta aquí. Tesar no tiene mujeres en sus ejércitos pero, si quieres unirte a nosotros, búscanos. Podremos entrenarte, proveerte de armas y protegerte.

—No podría hacer mucho en una guerra, mi señor. Además, mi padre es un hombre viejo, mi madre y mi hermano fallecieron y no quiero dejarlo solo.

—Comprendo. Estaremos aquí por seis días más, en la Posada del Cuervo, por si cambias de parecer. Ya puedes retirarte, Ilsa Zvezda.

—Gracias, mi señor. —Intentó hacer una reverencia pero nunca supo si lo logró con éxito.

Se alejó del Segundo Príncipe y de su acompañante con una mezcla de sensaciones. Por un lado, el miedo que había despertado en ella que el príncipe le haya hablado de la guerra y, por otro lado, el alivio

que le producía saber de los planes de Tesar de involucrarse en ayuda de Sitnor. Pyebra tenía magos, pero Sitnor tendría a los implacables soldados tesarianos como refuerzo. Naga se lo había dicho, el Segundo Príncipe estaba a cargo del entrenamiento de los ejércitos hacía algunos años y era tan exigente con sus hombres como lo era consigo mismo. Ni los morroínos podrían hacerles frente si se encontraban en batalla. Aunque, en el último año, muchos habitantes de Morrau habían dejado su país y los hombres se habían enrolado en el ejército tesariano ni bien llegaron, esperando la oportunidad de derrocar a Morgana Rostur, la reina puesta por la Orden de los Hijos del Águila. También Naga le había contado que muchas mujeres de Sitnor que vivían en las frías tierras tesarianas habían decidido regresar a su patria y alistarse en los ejércitos para defender su país y evitar que las intensiones de Pyebra de llegar a Tesar sean una realidad.

Si bien Sitnor y Tesar aún se resistían a cambiar la Ley de Protección, una vez que los tesarianos entraran en batalla, eso sería solo un detalle. Era bien sabido que los Astros siempre favorecieron a Tesar y, sin duda alguna, muchos dejarían de esconderse para ser quienes realmente eran en cuanto la situación lo requiriera.

Además, estaba el hecho de que nunca se había topado con dos hombres tesarianos en la calle, y menos de esa forma. Las veces que había salido de la posada, lo había hecho con Naga y él nunca le permitía hablar con nadie, por lo que les prestaba nula atención. Al interactuar brevemente con ellos dos, tuvo la oportunidad de observarlos y, definitivamente, el acompañante del príncipe le hacía helar la sangre. No podía negar que era muy guapo, de hecho todos los hombres de su país lo eran, pero tenía algo que la repelía, quizás sus fríos ojos verdes o ese fugaz gesto de ferocidad que vio en él cuando ella amenazó al ladrón con su daga, parecía que estaba esperando a que usara su arma. No tenía la mirada comprensiva y sincera del príncipe Verj, ni su tranquilidad. Ese tal Zel parecía una olla de agua hirviendo a punto de saltar y el príncipe se asemejaba a un lago en calma. Sí, esa sensación le daba. Quizá por eso el príncipe lo llevaba a su lado, un príncipe necesita un hombre que esté dispuesto a todo y que sea capaz de hacerlo sin dudarlo.

Ilsa caminó refunfuñando y hablando consigo misma hasta la posada e hizo un recorrido diferente, aunque más largo, para no volver a cruzarse con el Segundo Príncipe y su acompañante. Cuando llegó, entró sin mirar a la gente que se reunía en la sala común y subió las escaleras para llegar a la habitación de Naga. Golpeó una vez y, después de escuchar su voz, ingresó. El muchacho estaba acostado en

su cama, con un libro en sus manos.

—Adivina qué me sucedió.

—No quisiera entrar en tu mente. —Naga apartó la vista del libro que tenía frente a él y la miró.

—Qué idiota eres —rio—. Un hombre me robó el bolso…

—¿El que traes colgado?

—Sí, pero lo recuperé gracias a Verj, Segundo Príncipe de Tesar —dijo haciendo una reverencia a la nada.

—Por todos los cielos, Ilsa. —Naga se sentó de repente—. No puedo creer que aún estés viva para contármelo.

—Me dijo que su padre me hubiera decapitado por mi insolencia, pero eso no es lo importante. —Ilsa se sentó en el borde de la cama de Naga—. Me dijo que está reclutando hombres para partir en ayuda de Sitnor. Me ofreció entrenamiento, armas y protección.

—No comprendo.

—Amenacé al ladrón con mi daga.

—¡Ilsa!

—¿Crees que iba a dejar que se lleve mi bolso? Ni en un millón de años, Naga, tengo cosas demasiado importantes aquí, además del dinero de las ventas. ¿Tú qué hubieras hecho?

—Lo hubiera cocinado, pero sin dejar que otros me vean. ¿Cómo te atreviste a sacar un arma frente al príncipe? Tienes que estar loca, niña.

—No me conozco todas las reglas aún, Naga. Además, nunca me había topado con un príncipe, no es algo que me ocurra todos los días.

—Aunque no sepas tratar con la realeza, aquí no eres tan libre como en otros lugares, aquí debes respetar a todos los hombres que se crucen en tu camino.

—¡Eso es injusto! —Ilsa se puso de pie y cruzó los brazos en su pecho—. Tengo tanto derecho…

—No, Ilsa. No en Tesar. Observa como se comportan las mujeres de aquí. Obsérvalas y aprende a imitarlas, aunque te desagrade. El príncipe podría haberte encerrado, haber castigado a tu padre o haberles quitado sus tierras, sus animales y su casa. Tuviste suerte de que fuera amable y considerado, pero no todos los señores son como él. Seguro que es un joven aventurero, por eso no presta tanta atención al protocolo. Pero puede que la próxima vez no tengas tanta suerte como hoy.

—¡Que mierda!

—Pues si. Entiendo que en Drioed-ta las mujeres son tratadas como deidades y te acostumbraste a ello, pero aquí es todo lo opuesto.

—¿Acaso tengo que aceptar a mi futuro esposo sin cuestionarlo, como los hombres de Drioed-ta? —dijo con una mueca burlona.

—Si un hombre se acerca a ti y no te deja más salida… —Naga cerró los ojos y sus palabras salieron de sus labios como si le doliera decirlas—. No te resistas, no grites, no pelees.

—¿Qué…? —susurró. Se sintió desfallecer en ese momento. Por irreal e irracional que sonara, sabía que Naga no jugaría con algo así.

—Pueden matarte si te resistes y nadie haría nada. Tu padre y yo quemaríamos el mundo por ti, pero no los soldados o los gobernantes de la ciudad. La vida de una mujer vale poco y nada en estas tierras.

—¿Qué…? —Ilsa se dejó caer en una silla—. ¿Por qué mi padre no me lo dijo?

—Es algo que una madre debe decirle a su hija, Ilsa, y ella no tuvo la oportunidad de hacerlo. Quizá tu padre pensó que ya lo sabías.

—¿Por qué me trajo a vivir aquí? Es un lugar horrible, ¿cómo puedo salir a la calle tranquila después de lo que me has dicho?

—Por eso vine contigo a la ciudad, Ilsa, y por eso te advertí de que no salieras sola de la posada.

—Es una mierda, Naga, ¡una mierda! —Se puso de pie otra vez y comenzó a caminar por la diminuta habitación—. Debo regresar a casa y hablar con mi padre. No quiero vivir en este lugar y si él no quiere irse, me uniré al príncipe y me iré a Sitnor.

—No podemos irnos aún. Tenemos que entregar el resto del cargamento y cobrarlo.

—¡Me importa una mierda! —exclamó levantando los brazos.

—¿Quieres calmarte? Demonios, te escucharán.

—No me interesa. ¿Quieres que acepte que no valgo nada? ¿Quieres que acepte que pueden violarme apenas ponga un pie fuera de tu habitación? ¿Quieres que me quede callada mientras lo hacen? ¡Pues no, Naga, no!

—¿Crees que estarás más segura en el ejército del príncipe? —Naga la tomó de la mano y la condujo hacia una silla—. No hay mujeres en los ejércitos tesarianos, Ilsa. Serías la única mujer que los soldados verían por meses, ¿crees que eso es más seguro que la protección que podemos darte tu padre y yo?

—Quiero irme de aquí —susurró.

—Puedo llevarte a donde quieras y lo sabes. —Naga se arrodilló frente a ella—. Piénsalo primero. Piensa en tu padre, piensa en qué harás, a dónde irás.

—Iré con Quentin.

—Quentin está en Ahrbak Ardhal. —El muchacho se incorporó y se

sentó en la cama—. Tomaron la ciudad y estarán estacionados allí hasta que el resto del ejército se les una para avanzar a Ciudad Capital. ¿Qué harás en medio de una guerra?

—No lo sé, Naga, curar a los heridos.

—Eso puede ser de gran utilidad. Lo mismo tienes que hablarlo con tu padre, no haré nada sin consultarlo antes con él.

Ilsa se puso de pie y dejó la habitación. Caminó hasta el final del pasillo, bajó las escaleras y llegó hasta donde se reunían huéspedes y ciudadanos a beber y cenar. Algunos de ellos levantaron los ojos de sus platos y la miraron, pero sin ponerle demasiada atención.

Caminó decidida hasta el extenso mostrador de madera, que separaba la cocina del resto de la estancia, y se sentó en un banco alto, de espaldas al resto de la gente. Una mujer alta, de cabello negro, mirada apagada y mejillas coloradas se paró frente a ella.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó en un susurro.

—Un jarro de cerveza, señora —dijo sin bajar la voz. Ilsa escuchó que algunas voces se acallaron detrás de ella.

—Usted no puede beber aquí, pero puedo llevarlo a su habitación —susurró.

—Mis monedas valen tanto como las de cualquiera en este salón. Quiero un jarro de cerveza.

Los ojos de la mujer parecieron brillar por un segundo pero, en seguida, se dio vuelta, habló con el hombre que estaba acomodando las botellas en un estante y hablaron por más tiempo del que deberían, a su parecer. El silencio se apoderó de la posada y solo se escuchaba a los dueños murmurar. El hombre gesticuló y su rostro cambió de colores, pero la mujer dejó de escucharlo, tomó un jarro, lo llenó de cerveza, lo depositó frente a Ilsa y la muchacha pagó su bebida con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

«Debería ir a una mesa y así burlarme de todos estos idiotas» pensó, pero permaneció en el mismo lugar.

Después de unos minutos, un hombre se paró cerca de Ilsa y pidió lo mismo que ella bebía. Cuando la mujer lo atendió, él tomó su bebida y se sentó a su lado. Ilsa no le prestó atención y terminó con su bebida.

—Mujer, tráeme otra —dijo con una seña.

—No debería, las mujeres no sirven para beber —dijo el hombre. Ilsa giró levemente la cabeza para mirarlo por una fracción de segundo. El hombre se inclinó hacia su lado, puso una mano frente a ella y susurró en su oído—. ¿O estás buscando compañía?

Ilsa, moviéndose apenas, sacó una navaja de su bolsillo y la sostuvo

con su mano derecha. Posó con suavidad su mano izquierda sobre la de él.

—¿A ti qué te parece? —dijo con una sonrisa y él le respondió de igual forma. Ilsa frunció el ceño, levantó su mano y clavó su navaja en la mano del hombre hasta que el filo topó con la madera del mostrador; el sujeto ahogó una exclamación y apretó las mandíbulas— A mi nadie me dice lo que debería o no debería hacer.

—Quita tu navaja o te…

—¿O qué? —preguntó, divertida. El rostro del hombre había palidecido y su frente sudaba.

—¡Señorita! ¿Qué está haciendo?—exclamó la mujer y se llevó las manos a la boca. Ilsa retiró su arma y, en ese momento, el hombre la tomó del cabello y le hizo levantar el rostro.

—Parece que nadie te ha enseñado a respetar a un hombre —susurró en su oído e Ilsa hizo una mueca de desagrado.

—¡Mira nada más! —exclamó una voz masculina detrás de ellos—. Si es la señorita Ilsa.

El hombre la soltó de inmediato. Ilsa se puso de pie y vio al hombre arrodillarse en el suelo. Cuando giró, vio que el Segundo Príncipe estaba allí. Con una sonrisa en el rostro, se acercó al desagradable sujeto y se agachó para hablar en su oído.

—El príncipe acaba de salvar tus pelotas. No te olvides de agradecerle.

El hombre se sobresaltó, pero no levantó la cabeza.

—Zel, llévate a este cobarde de aquí —dijo el príncipe.

—Como ordene, su Majestad. —El Príncipe le dio su hacha a su compañero y este la puso en el cuello del hombre—. Camina, escoria —dijo. Ambos caminaron hacia la puerta trasera de la posada y se podían oír las súplicas del hombre mientras se alejaban.

—Gracias, su Majestad. —Ilsa hizo una reverencia.

—¿Ahora eres correcta y has adquirido modales? —preguntó, divertido. Luego, miró hacia la mujer detrás del mostrador—. Lleva a mi mesa un botella de ghona y lo que la señorita estaba bebiendo, por favor.

El príncipe caminó hacia el rincón más alejado del salón e Ilsa lo siguió.

«¿Por qué es así de cruel mi destino? ¡Es un maldito príncipe, por un demonio! ¿Tengo que aceptar en silencio lo que sea que él desee? ¡Maldición!» pensó.

—Puedes guardar tu arma —dijo el príncipe después de que se sentaron—, no es mi intención ser despreciable como el hombre que

estaba contigo.

—Perdón, no me había dado cuenta que aún la tenía en la mano —murmuró al tiempo que la guardaba.

—Tienes miedo. ¿Qué cambió desde nuestro encuentro anterior hasta ahora?

Ilsa miró el jarro que la mujer estaba colocando frente a ella y esperó a que se retire para responder.

—Yo no conocía las costumbres de Tesar, mi señor —susurró—. Me enteré cuando regresé a la posada. Las mujeres no somos nadie aquí, hasta un caballo vale más que un par de nosotras.

—No todos creemos que eso sea así. —El príncipe sirvió ghona en el pequeño vaso de cerámica y lo bebió de un solo trago—. Ni mis hermanos ni yo pensamos de esa forma, por lo que muchas cosas cambiarán cuando mi padre deje el trono.

Ilsa sonrió a medias.

—Les llevará siglos educar a la gente —dijo antes de beber.

—Puede ser, pero algún día hay que empezar a hacerlo. Tal vez no tú, pero mis hijas o mis nietas y las mujeres en esos próximos años podrán sentirse libres y seguras. Si continuamos posponiéndolo, nunca sucederá.

—Eso es cierto.

—Puedes estar tranquila. —El príncipe le sonrió e Ilsa lo miró por unos segundos. No parecía tan serio ni tan rígido cuando sonreía—. Acepto tu falta de educación, es más, me divierte. Así que no tengas miedo cuando estés conmigo, no dejaré que nadie te falte el respeto y mucho menos oirás una falta de respeto salir de mi boca. No utilizo el privilegio de mi sangre real para conseguir mujeres, no me interesa hacerlo de esa forma.

—Entonces. —Ilsa frunció el rostro y preguntó con cautela—. ¿Puedo conversar con usted y beber sin que vaya a intentar llevarme a… su habitación?

—Te doy mi palabra de que no voy a intentar nada, señorita Ilsa.

—Eso está muy bien. —Ilsa suspiró, aliviada—. Muchas gracias, señor príncipe.

—Puedes llamarme Verj.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —El príncipe asintió—. Está bien si no quiere responder, es algo muy serio. ¿Cómo es que saben lo que ocurre entre Sitnor y Pyebra?

—Eso es algo que no puedo responder, muchacha, porque pondría en riesgo la vida de quienes nos mantienen informados. No te conozco y no sé que clase de persona eres, qué amistades tienes, ni qué

contactos.

—Contactos, dice. —Ilsa rio—. Es la primera vez que vengo a esta ciudad y vivo a menos de cinco kilómetros. Mis contactos son mi padre y Naga, ese muchachito moreno que acaba de bajar por las escaleras. —Ilsa se puso de pie, levantó un brazo para atraer su atención y luego susurró—. Se asustará al verme junto a usted, ya verá.

La puerta de su habitación se cerró y Naga se contactó con su maestro para contarle del encuentro de Ilsa con el príncipe y la conversación posterior.

—¿Dónde está ella ahora?

—Acaba de dejarme. Estaba molesta con usted y conmigo también, supongo.

—Condenada muchachita caprichosa, no sé en qué momento se ha vuelto así.

—¿Quiere que le conteste?

—No hace falta. Ve por Ilsa, a ver cómo se encuentra. No quiero que haga una estupidez.

Naga se levantó de la cama y salió de su habitación. Golpeó la puerta siguiente a la suya, pero no obtuvo respuesta. Corrió por el pasillo hasta la escalera y, al llegar al salón, miró a su alrededor. La vio de pie al otro extremo del salón y haciéndole señas. Se sobresaltó al ver a Ilsa junto a un joven de larga melena gris, que llevaba trenzada a la manera de los soldados tesarianos, de rostro serio y de gran tamaño. Ilsa parecía una niña pequeña a su lado. Caminó hacia ellos y vio en el pecho del joven la brillante insignia de la Casa Real de Tesar, un círculo de oro y, en su centro, una estrella de plata de cuatro puntas.

—Tarde, maestro, Ilsa está sentada en una mesa junto al príncipe.

—¿Qué dices? Esa chica perderá la cabeza por su falta de tacto, no debí haberle dado tantas libertades.

—Iré a buscarla, maestro, intentaré llevármela ahora mismo.

Cuando llegó hasta ellos, Ilsa corrió una silla hacia atrás para que se siente, pero Naga permaneció de pie.

—Buenas noches, su Majestad —dijo con una reverencia.

—Siéntate —contestó el príncipe—, bebe con nosotros.

—No quisiéramos molestarlo, vine por la señorita Ilsa.

—Estamos teniendo una conversación bastante interesante —dijo Ilsa—, siéntate.

—Mi señor, si nos disculpa…

—Siéntate —contestó con seriedad y Naga obedeció, sin protestar esta vez—. Para tu tranquilidad, no tengo ninguna intención de llevarme a la señorita Ilsa a mis aposentos, si esa es tu mayor preocupación. —Ilsa asintió mientras el príncipe hablaba—. Por lo demás, es agradable tener compañía. —El príncipe sirvió ghona en un pequeño vaso y lo dejó frente a Naga—. Todos me tratan como tú lo haces pero la señorita Ilsa, en cambio, me trata como a un igual y eso me hace sentir bien. Cuando era más joven, en mis primeras salidas fuera del palacio, solía esconder mi insignia antes de entrar a alguna taberna, pero no pasó mucho hasta que me descubrieron y el trato de la gente cambió. Regresaron las reverencias y las conversaciones se acabaron. Tuve que ordenarles, a los primeros amigos que tuve, que me trataran como siempre lo habían hecho cuando la insignia no estuviera a la vista, pero pasaron algunos meses hasta que retomaron la confianza. Los hombres con los que había reído, peleado y bebido me miraban con temor, como si fuera un completo extraño.

—Eso debe haber sido muy triste —dijo Ilsa.

—Más aburrido que triste. Pero ahora no puedo quejarme. Hay un puñado de mineros, un herrero, un criador de ovejas, un sanador y un par de borrachos con los que puedo reír y beber sin preocuparme por que quieran pagar mi bebida. ¿Pueden creerlo? Cuando supieron quién era, hasta eso querían hacer, pagar mis bebidas, cuando no me alcanzaría la vida para gastar todo el oro de mi familia.

—No me imagino cuánto oro es eso —murmuró Ilsa.

—No sabría decirte, no estoy muy atento a esas cosas.

—Vaya, señor príncipe, se ve muy serio, pero habla más que…

—¡Ilsa! —Se apresuró a decir Naga, pero el príncipe soltó una carcajada.

—A él no le molesta, Naga.

—Hombre, te va a dar algo, cálmate —dijo el príncipe entre risas.

Naga quería retirarse a su habitación, alejarse de ahí y no tener que presenciar el descaro con el que Ilsa lo trataba pero, a su vez, temía que algo le sucediera si la dejaba a solas con ese desconocido. Él le había dado su palabra de respetarla pero, por más príncipe que fuera, cualquiera puede mentir y Naga no era nadie para poder recriminarle sus acciones. Decidió, finalmente, permanecer junto a Ilsa, pero no participar de su conversación más que lo estrictamente necesario y no intentar detener sus descabelladas respuestas. Transpiró como si estuviera en Drioed-ta, temió por su integridad física en más de tres ocasiones y, cuando el príncipe pidió una segunda botella, un

muchacho de cabello rubio, y tan alto como el príncipe, se unió a ellos.

—¿Qué hiciste con el hombre? —preguntó Verj a Zelig, su compañero, después de haberlo presentado a Naga.

—Perdió algunos dedos… A decir verdad, terminó perdiendo una mano. —Zelig se rascó una oreja e hizo una mueca. Sus ojos verdes brillaron por unos segundos—. Y, bueno, ya no será capaz de molestar nunca más a una mujer. —El muchacho hizo una pausa y el príncipe lo interrogó con la mirada—. Lo castré.

—Bien hecho —dijo, le palmeó la espalda y le sirvió una copa—. Brindemos por eso.

Ilsa rio y festejó con ellos el logro del tal Zelig y Naga los observó, sin saber muy bien qué pensar de lo que había oído.

—Ese hombre estaba molestando a la señorita Ilsa —dijo el príncipe a Naga—. Zelig lo vio y decidimos intervenir. No toleramos esa clase de comportamientos de nadie.

—Me parece correcto —susurró Naga, aún asombrado. Tal vez, sí eran hombres de palabra.

Las conversaciones continuaron más ruidosas que antes entre los hombres pero, después de la llegada de Zelig, Ilsa ya no se comportaba de igual forma y, cuando la muchacha se puso de pie para retirarse, Naga tenía un ardor en el estómago que parecía quemarle las entrañas.

—Esperen —dijo el príncipe—. ¿Irán con nosotros a Sitnor?

Ilsa y Naga se miraron por unos segundos.

—¿Cuándo partirán? —preguntó ella.

—Cuando hayamos juntado algunas centenas de hombres. En un año quizás, queremos recorrer todos los lugares posibles.

—Vaya uno a saber qué estaremos haciendo dentro de un año —dijo Ilsa y se encogió de hombros.

—Lo haremos saber antes de partir, de todas formas. Espero encontrarlos allí.

—Ya veremos que tiene preparado el destino para nosotros, señor Segundo Príncipe —contestó Ilsa.

El príncipe sonrió y ellos se retiraron.

68

—¿Crees que Ilsa vendrá con nosotros? —preguntó Verj mientras la miraba marcharse.

—Lo dudo, no parecía muy convencida.

—No me extraña, la guerra siempre es peor para las mujeres, Zel. Nosotros podemos ser heridos o morir, pero ellas pueden ser violadas por decenas de hombres y aún continuar con vida para parir a un hijo sin padre.

—Tienes razón. —Zelig vació su copa una vez más—. El muchacho que estaba con la señorita Ilsa, ¿quién es?

—Su hermano adoptivo —dijo Verj antes de beber—. Es de Pyebra.

—Hay algo extraño en él, como si tuviera miedo.

—¿Quién no tendría miedo frente a nosotros, Zel? —contestó Verj con una mueca burlona—. Además, tú has visto el tamaño que tiene, parece un niño.

—No es eso a lo que me refiero. No esa clase de miedo, sino algo más grande, diferente. Como si ocultara algo tan grande que…

—Como Leyna… —murmuró Verj.

—Tienes razón. Eso es, ¡es un mago! —dijo Zelig, intentando contener la emoción.

Los hermanos dejaron la mesa y Zelig caminó hacia el mostrador.

—Mujer, ¿podría decirme en qué habitación se aloja el muchacho que estaba con nosotros? —preguntó Zelig con amabilidad.

—En la 7, mi señor.

Zelig le agradeció dejando una moneda frente a ella y caminó hacia la escalera. La subieron a grandes zancadas y Verj llamó a la puerta 7. Pasaron unos segundos hasta que el muchacho abrió. Se asombró al verlos pero, de inmediato, hizo una reverencia y se apartó para dejarlos ingresar.

—Su Majestad —murmuró cuando Verj pasó junto a él— ¿en qué puedo ayudarlo?

—Te haré una pregunta y te ordeno a que me respondas con total sinceridad. ¿Eres mago?

Naga, que no había levantado la mirada del suelo hasta ese momento, lo miró y su rostro palideció.

—Yo… sí, lo soy —tartamudeó. Naga cerró los ojos por unos instantes y, cuando volvió a abrirlos, su actitud había cambiado por completo. Su espalda se irguió y miró a Verj a los ojos—. Si intentan detenerme o hacer algo contra mí, desapareceré de aquí en el mismo instante en que muevan un dedo y me llevaré a Ilsa conmigo.

Verj levantó ambas manos y miró a su alrededor. Se sentó en una silla, apoyó los codos en sus rodillas y su compañero ocupó el lugar a su lado.

—Siéntate, por favor. —Verj señaló la cama que había frente a él—. No queremos hacerte daño, no te reportaremos ni atentaremos contra ti.

—Te necesitamos —agregó Zelig.

—También es mi guerra, señores, pero aún no es mi momento.

—No entiendo —dijo Verj—, ¿de qué lado estás?

—Del de Sitnor, por supuesto. Estamos al tanto de lo que…

Unos golpes interrumpieron a Naga y Verj le hizo una seña para que abra.

—¿Te imaginas a Quentin vistiendo media falda, como los tesarianos? Sería… —Ilsa ingresó a la habitación, su sonrisa desapareció y se quedó con la frase en los labios en cuanto reparó en ellos—. ¿Qué sucede? Naga, ¿estás bien?

—Estoy bien. Pasa y siéntate. —Naga cerró la puerta—. El príncipe descubrió que soy mago.

—¿Te descuidaste? Naga…

—Zelig lo descubrió —dijo Verj.

—No lo vi hacer nada, fue su actitud, señorita Ilsa.

—No entiendo, pero no importa. Continúen. —Ilsa se sentó junto a Naga y él comenzó a hablar otra vez.

—Estamos informados de todo lo que sucede entre Sitnor y Pyebra. Sitnor acaba de tomar Ahrbak Ardhal…

—¡Bien! —exclamó Verj.

—Avanzaran a Ciudad Capital cuando se una a ellos el resto del ejército. En ese momento, algunos de nosotros iremos en apoyo de Sitnor. La reina cuenta con una centena de magos de diferentes clases de poderes y seremos necesarios. Somos muchísimos menos pero, quizá, podamos hacer una buena defensa si unimos fuerzas. Hasta ahora, los magos de la reina continúan en Ciudad Capital, por lo que avanzar ha sido muy fácil para Sitnor.

—Demasiado fácil, a nuestro parecer —dijo Zelig—. Pensamos que

quizás están guiándolos hacia allí a propósito.

—No ha sido así —dijo Naga—. Ha sido por la cobardía de Reda Almairon, el hermano del rey. Se esconde en su tienda y escapa en cuanto las cosas se ponen difíciles. Huyó de Ahrbak Ardhal antes que Sitnor llegue, los soldados se rindieron casi sin luchar y muchos desertaron cuando se supo que Reda había escapado una vez más.

—Vaya guerrero —dijo Verj.

—¿Qué hay de los magos de Erjathá? —preguntó Zelig.

—Hay uno de ellos que ha participado en las batallas pero, al no tener rivales, se ha dedicado a jugar con ellos. A pesar que la reina ha puesto precio a su cabeza, él se ha dado el lujo de camuflarse entre los soldados de Pyebra, comer con sus hombres, pasearse entre ellos, conocer sus planes y luego participar activamente con las tropas de Sitnor.

—¿Cuánto piden por él? —preguntó Verj.

—1000 monedas de oro —dijo Naga con una mueca—. Vivo o muerto.

—Eso es mucho oro—dijo Zelig asombrado—. La reina está desesperada o ese mago es muy bueno.

—La segunda —asintió Naga—. Y además de ser poderoso, no tiene ni un gramo de prudencia. Se ha presentado en el Palacio de Las Hojas dos veces para devolver a dos magos con los que se cruzó. Casi muere en la primera ocasión… —Naga hizo una pausa—. Bueno, las dos veces, de hecho. En la última, la reina casi lo captura. Lo salvó el espía que tienen en el palacio.

—Por Sinmá —rio Zelig—, ya me cae bien.

—Hay varios imprudentes de nuestro lado. En el campo de batalla suele hacer equipo con un muchacho de Sitnor, Quentin Guna.

—Por los dioses —exclamó Ilsa y se llevó la mano a la boca—. ¿Lo han herido?

Verj pudo notar que Ilsa había permanecido ajena a la conversación y solo en ese momento se sobresaltó.

—Los pyebranos le llaman “reznic”.

—¿Qué quiere decir…? —tartamudeó Ilsa y, luego, exclamó alarmada—. ¡Carnicero! ¿Lo llaman carnicero?

—Usa dos espadas de hojas negras y es imparable en el campo de batalla. No deberías preocuparte, si lo hieren, serán solo heridas menores.

Ilsa miró a Naga por unos segundos y, luego, se miró las manos.

—Vaya, pensé que era incapaz de matar a una mosca.

—¿Eso te pareció?

—No lo vi con un arma, no podría saberlo —murmuró y se puso de pie—. Debo… me marcho.

La muchacha dejó la habitación sin más explicación, para asombro de Verj.

—¿Qué le sucede? —preguntó el príncipe.

—Quentin es alguien muy cercano a ella, lo conocimos en Sitnor.

—Se alteró cuando lo mencionaste —dijo Zelig.

—Siempre, cada vez que escucha algo de él, no se preocupen. Quentin es el hijo del Vicegobernador. Su hermano, Noah, es quien envía correspondencia a su padre el rey Atkjer, junto a los Praeths de Morrau.

—Se me hacía conocido el nombre familiar —dijo Verj.

—El mundo es muy pequeño —murmuró Zelig.

—Más de lo que imaginamos —dijo Naga—. Nunca hubiera pensado conversar con el Segundo Príncipe acerca de estos asuntos. Es importante hacer alianzas y permanecer unidos, pero no imaginé que sería así.

—En algún momento sucedería. —Verj se puso de pie y su compañero lo imitó—. ¿Permanecerán aquí más días?

—Mañana por la tarde dejaremos la ciudad.

—Quizá no nos veamos hasta que lleguemos a Sitnor —dijo Verj—. Ha sido un gusto haberte conocido, Naga.

—¿El padre de Ilsa es el mismo mago de la Antigua Era? —soltó Zelig y Verj lo miró, confundido.

—En lo absoluto —dijo Naga—. Es un granjero que cría ovejas.

—Zelig, ¿qué sucede contigo?

—Solo curiosidad, su Majestad.

—Mis disculpas —dijo Verj mirando a Naga y el muchacho asintió.

De regreso en su habitación, Zelig estaba quitándose las botas cuando habló.

—Me juego la cabeza que es el mismo Egil Zvezda de los libros.

—Ya déjalo —murmuró Verj, acostado en su cama.

—Ilsa no lo sabe, pero ese Naga sí. Ni siquiera se sorprendió cuando lo pregunté.

—Quizá está habituado a que se lo pregunten.

—No lo sé, pero para mí hay algo. Deberíamos visitarlos. Tal vez ese sea el maestro de Ogdev y de Leyna.

—Eres inteligente, condenado crío.

—Apenas eres unos meses mayor que yo, anciano.

—Fue una buena idea traerte, aunque aún no es el momento de visitarlos. Ahora que lo pienso, no sé porqué deberíamos hacerlo.

Ogdev ya nos ha dejado en claro cómo son las cosas. No podré convencerlo de que deje a Leyna aquí, ella no querrá que la dejemos atrás y, aunque me duela decirlo, la necesitamos.

69

Pyebra Ciudad Capital

—¡El Rey ha muerto! ¡El Rey ha muerto!

Eran las únicas palabras que se oían en las calles, en los mercados y en los puestos callejeros.

Las mujeres lloraron arrodilladas allí donde la noticia las había alcanzado. Los hombres se despojaron de sus sandalias y comenzaron a caminar hacia el Gran Templo de Efos, para rezar por él.

Ciudad Capital lloraría por un día y, al siguiente, celebraría el paso del soberano por esas tierras. En cada hogar se festejaría el recuerdo de Kirios Almairon, su bondad y lo bueno de su reinado. Las calles se llenarían de guirnaldas de flores, los músicos se reunirían en cada esquina… Pero no era momento de hacerlo aún. Era momento de expresar la tristeza de su pérdida, llorar por la reina viuda y por sus pequeños, que crecerían sin el cariño y la protección de su padre.

La procesión para acompañar al rey en su último paseo por la ciudad, partió desde la puerta enrejada del Palacio de Las Hojas, donde se habían congregado miles de tristes mujeres. Presidía la desconsolada comitiva una carreta blanca, sin techo, donde el cuerpo del soberano iba envuelto en sábanas blancas con bordados de oro. La reina, vestida de blanco, escondía su rostro debajo de un velo e iba en un carruaje abierto, acompañada por los dos pequeños príncipes, que lloraban en silencio.

Reda Almairon, hermano del rey, caminaba al lado del carruaje de la viuda, con el rostro serio y la mirada puesta en las piedras del sendero.

Mientras avanzaban lentamente, más y más mujeres se unieron a ellos y, cuando llegaron a su destino, todos los hombres de la ciudad los recibieron gritando su dolor a los cuatro vientos.

Veinticuatro colosales columnas de piedra gris, que se elevaban hasta acariciar el cielo, formaban un cuadrado que rodeaba al edificio

de lisas paredes de mármol blanco.

El Supremo Sacerdote, ataviado con una túnica azul, esperaba delante de las talladas puertas de ébano del Gran Templo de Efos, dios sol. Caminó hasta atravesar las columnas y llegó a la carreta que se había detenido en la calle. Junto a Reda y los ministros, tomaron el cuerpo de Kirios y caminaron hacia el templo. Viktoria y los príncipes los siguieron algunos pasos detrás.

Los llantos y exclamaciones continuaron hasta el anochecer, cuando la reina salió del templo, con el príncipe Dante durmiendo en sus brazos y la princesa Lena caminando a su lado.

La coronación de Viktoria como Reina Única se llevó a cabo esa misma noche, en la intimidad de un palacio en silencio. Si continuaba con vida, la reina Viktoria regiría hasta que el príncipe Dante cumpliera los trece años, en el año 4010.

Viktoria entró a su habitación, cerró la puerta con llave, tomó una botella de vino y salió al balcón. Era una noche sin luna y, frente a sus ojos, solo se veían los brillantes y pequeños astros suspendidos en el cielo. Se recostó en un diván y bebió.

—¿Cómo pudiste, Kirios? ¿Cómo me dejaste sola? —sollozó—. Eras mi compañero, mi amigo, Kirios, ¿por qué te fuiste? Ibas a reinar el mundo, luz de mis días, ¿cómo continúo sin ti? —Cubrió su rostro y lloró por largos minutos, hasta que oyó pasos detrás de ella. Se sentó, sobresaltada y limpió sus mejillas. La silueta de Reda se recortaba en la tenue luz de la habitación.

—Pensé que querrías compañía —dijo Reda.

—Vete —dijo con la voz ahogada.

—No tienes que fingir conmigo, Viktoria. Ya te libraste del inút…

Viktoria se puso de pie y pequeños rayos de luz blanca se formaron en su mano.

—No te atrevas, Reda, ¡no te atrevas! —Se acercó a él pero, después de unos segundos, los rayos de luz desaparecieron y Viktoria regresó al diván.

—Ahora lloras, pero pasabas más noches en mi cama que en la de tu marido. ¿A quién quieres engañar? No tienes público para fingir tristeza, nadie aquí se conmoverá con tus palabras o tus lágrimas, Viktoria.

—Vete de aquí o serás el próximo en encabezar la procesión —susurró sin mirarlo.

—Nos casaremos en cuanto terminen estas ridículas festividades.

—¿Cómo te atreves a pedirme casamiento cuando acabo de perder a Kirios? ¿Has perdido la razón?

—Te casaste con él por conveniencia, pero ya no está aquí, somos libres.

—Me casé con él porque lo amaba, Reda.

—¿Y a mí?

—Tú eres solo un accesorio. —Viktoria sonrió disfrutando hacerlo sentir insignificante—. Tenía esperanzas de que, al menos, seas capaz de tomar la primera aldea pasando el Puente Negro, pero ni siquiera fuiste capaz de defenderlo…

—Sitnor tenía a Tino Suhrah…

—Tú tenías a Radjhá, pero en lugar de enviarlo por Tino, le pediste que cuidara tu trasero. —Viktoria hizo una pausa y luego lo miró—. Vete, Reda, antes que…

—¿Antes que qué…?

—Demuéstrame que sirves para algo, además de complacerme en la cama. Demuéstrame que eres útil para Pyebra y para nuestros propósitos. No me sirves de nada si no es así. Puedo conseguir un amante en cualquier lugar. Uno que me dé todo lo que necesito, además de una buena noche.

—¿Cómo te atreves…? —Caminó hacia ella y la levantó del diván tomándola del brazo, pero Viktoria puso una mano en el cuello de Reda.

—Dame un solo motivo para no arrancarte la garganta aquí mismo —murmuró.

—Mi madre te… —Reda levantó la voz, pero Viktoria no lo dejó continuar.

—Tu madre sospecha que envenenaste a Kirios. —Reda la soltó. Viktoria se alejó de él y le dio la espalda. Miró hacia el cielo por unos segundos antes de volver a hablar—. Puedo entrar en tu mente y averiguarlo o, incluso, inventarlo si no lo hiciste. Tu madre maldecirá tu tumba y tu alma hasta el último de sus suspiros.

Cuando giró para verlo, Reda ya no estaba. Viktoria entró a su habitación y revisó el lugar. Su cuñado parecía haberse esfumado.

70

Lena abrió los ojos cuando escuchó el sonido de su puerta abrirse. Se sentó en la cama y se restregó los ojos, que parecían estar llenos de arena. Había llorado por la muerte de su padre todo el día anterior y gran parte de la noche. El dolor que sentía amenazó con llegar a sus ojos de nuevo, pero no lo permitió.

—Los dioses la bendigan, princesa —dijo Teka, su nana—. He traído su desayuno.

—No tengo hambre. Iré a ver a mis perros. Ayer no les permitieron estar conmigo. —Lena caminó hacia el guardarropa, buscó una túnica, se quitó la ropa de dormir y se vistió.

—Princesa, su madre se enojará si no…

—Siempre está enojada, Teka.

—Ella vendrá en cualquier momento a verla.

Lena la ignoró y se sentó en el suelo para calzarse sus sandalias. Cuando terminó, dejó la habitación con la nana corriendo detrás de ella, rogándole que regrese.

Lena caminó entre el laberinto de pasillos y, cuando salió al jardín, la nana ya no venía tras ella. Corrió hacia el establo y, al abrir la puerta, un fuerte olor le sacudió los sentidos y oyó el zumbido de cientos de moscas revoloteando.

—¡Fuego! —llamó, asomada en la puerta—. ¡Plata!

Lena comenzó a sollozar, intuyendo lo que encontraría, y caminó hacia el interior ignorando el hedor. Repitió sus nombres entre lágrimas hasta que llegó a ellos.

Sus cuerpos estaban cubiertos por decenas de heridas abiertas y tenían sangre seca en sus colmillos. Se arrodilló entre ellos y los acarició, a pesar del estado en el que se encontraban.

«Te voy a matar, Reda, te juro que un día te voy a matar» pensó. Reda había amenazado con dañarlos en más de una ocasión y, esta vez, lo había cumplido.

Tomó la pata de Fuego entre las suyas y se agachó para besarla. Recostó la mejilla en su cabeza y sus lágrimas cayeron en los ojos

abiertos del enorme animal. Recordó que su nana anterior se los había regalado, para que no se sintiera sola, cuando apenas eran unas gordas bolas de pelos. Y Viktoria la había mandado a matar por ello.

Se abrazó a Plata y lloró con su frente apoyada en su lomo. Los momentos que había compartido con ellos regresaron a su mente y Lena recordó, con dolor y alegría mezclados en su interior.

"—*Ya sé cómo podemos llamarlos.* —Le había dicho a Tareq una tarde junto al lago y él había sonreído—. *Tus ojos son como dos monedas de plata cuando usas tus poderes y los míos del color de las brazas, por eso es que los llamaré Plata y Fuego.*

—*¡Esos nombres me gustan! Qué inteligente eres, pequeña.*"

Alguien puso una mano sobre su hombro y Lena se puso de pie de un salto.

—Tareq, mis perros —murmuró y se abrazó a él.

—Debes irte, pequeña, hoy mismo.

—No, no quiero. No quiero irme sola, tengo miedo.

—Ayer vi a Reda salir de aquí con sus hombres.

—Por favor, Tareq. —Lena lo abrazó con más fuerza.

—¿Cuánto crees que faltará para que ese monstruo te lastime? Ahora que tu padre no está…

Todo el dolor que había echado raíces en su pecho desbordó por sus ojos, rodó por sus mejillas y ahogó su garganta. El único lugar seguro que le quedaba, ahora que Fuego y Plata habían sido asesinados, eran los brazos de Tareq, pero debía alejarse de él para mantenerse a salvo. Lena dejó toda su pena en el hombro de su amigo, que intentaba consolarla acariciando su cabello.

—Ya he creado una distracción para que tu madre esté ocupada —dijo Tareq cuando ella se calmó—. Tienes que irte antes que recuerde que debes beber la poción.

—Ven conmigo —susurró sin soltarlo.

—Si no me encuentran, saldrán a buscarnos y me matarán cuando me encuentren. Nihá sabe todo de mí, sabrán que fuimos a Palmeras.

—¿Cuándo viene Tino?

—Dentro de cuatro días.

—Esperaré a que él…

—No, mi pequeña, no quiero que Reda te lastime. Ya me he ocupado de todo. En la puerta norte…

—No, por favor —dijo y se aferró con más fuerza a él.

—Lena, escúchame. —Tareq la apartó para mirarla a los ojos y le acarició el pequeño rostro—. No puedo protegerte de él, tu madre no me deja acercarme a ti y, si le hago algo a Reda, ella acabará conmigo;

quedarás desprotegida y sola aquí. Debes irte a Palmeras ahora mismo. En la puerta norte dejé un bolso con algunas cosas para ti. Hay ropa y alimentos para varios días. ¿Recuerdas lo que te enseñé? —Lena asintió y Tareq se puso de pie, con la niña en brazos—. Deja tu túnica, tus sandalias y tus pulseras entre los arbustos, yo las buscaré. Vístete con las ropas que hay en el bolso antes de salir. Ten mucho cuidado, evita los poblados, escóndete bien. Tino ha dejado marcas en los árboles por donde debes ir, ¿lo recuerdas? —Lena volvió a asentir—. Cuenta los pasos y, si pierdes una marca, regresa hasta la anterior. Si debes defenderte, hazlo. No dejes que nadie te lastime. No importa si es soldados, hombre o mujer. No dejes que nadie te toque, solo estarás segura cuando llegues a Palmeras. —Tareq respiró profundo—. Si debes matar, hazlo. No sientas culpa si lo haces, tu vida es más importante que cualquier otra hasta que llegues a Palmeras. Mantente alerta hasta que encuentres a Tino, ¿si? —Lena asintió— Le diré que te busque por los caminos cuando venga.

—Te quiero, Tareq. —Lena se abrazó con fuerza a él.

—Yo también, mi pequeña.

—Te voy a extrañar.

—Pronto iré a verte, ¿sí? Esta es tu oportunidad para escapar de aquí y ser libre. Te esperan buenas personas, estarás bien allí. —Tareq depositó a la niña en el suelo, se quitó la cadena que colgaba en su cuello y la pasó sobre la cabeza de Lena. Ella la miró y vio que tenía un dije de una estrella de plata con un rubí incrustado en el centro. Tareq había enviado a hacer dos colgantes iguales, uno para ella y uno para él, pero Viktoria le había quitado el suyo cuando lo descubrió y, después de eso, alejó a Tareq de su lado y le prohibió visitarla otra vez.

Lena le dio la espalda, comenzó a correr hacia la salida del establo y, luego, se dirigió hacia la salida norte. Llegó a la pequeña puerta de madera y buscó entre los arbustos el bolso que Tareq había mencionado. Cuando terminó de vestirse, dejó sus pertenencias a un lado, se colgó el bolso en la espalda y abrió la puerta.

Delante de ella, un camino de tierra rojiza, cubierto en partes por la hierba, se internaba en la tupida selva pyebrana.

«Cuando regrese aquí, será para destruirlo todo» pensó.

Lena, sin mirar atrás, se internó en el sendero en desuso y agradeció que, en lugar de sandalias y túnicas, Tareq hubiera incluido un par de botas y pantalones largos. Los pastos eran altos y molestos y se imaginó que le hubieran irritado las piernas de forma horrible.

Corrió por un par de minutos, pero el calor no contribuyó a que

pudiera recorrer mucho camino, por lo que se sentó a descansar y a beber agua. Una rama crujió a sus espaldas y Lena se puso en marcha nuevamente. Debía alejarse del palacio lo más posible antes que notaran su ausencia.

Tareq sacó de su bolsillo un collar igual al que le había dado a Lena y lo colgó en su cuello. Respiró profundo y caminó hacia la salida. El olor a putrefacción se le había impregnado de tal manera en la ropa y en los sentidos, que no lo notó hasta que salió del establo. El aire puro le llenó los pulmones y respiró, aliviado.

Fue a la puerta norte a buscar las ropas de Lena y, luego, corrió hasta la galería que se abría frente a él. Después de terminar con la ilusión que lo escondía, se dirigió a su habitación. Se quitó las ropas manchadas con la sangre de Plata y de Fuego y las quemó. Se vistió y se dirigió al ala sur, para comenzar con las clases que dictaba a los niños más pequeños.

A mediodía, después que todos se retiraron a sus habitaciones a pasar las horas en que el calor era más intenso, Tareq dejó el palacio por la puerta sur y fue hacia uno de los barrios pobres. Sabía que allí, en la inocente creencia de que tendrían una mejor vida, algunas madres vendían a sus niños a cualquier desconocido por unas pocas monedas. No preguntaban que harían con ellos, no reclamaban volver a verlos y, probablemente, no pensarían en ellos nunca más; tenían más niños por los que preocuparse.

Necesitaba una niña que se ajuste a las características de Lena. De cabello negro, rolliza, de baja estatura para su edad pero, el principal problema, era encontrar una niña de piel tan blanca como la de la princesa. En Pyebra era raro encontrar personas de piel clara, a menos que sean originarias de Tesar.

«Los muertos palidecen, Tareq, no te pongas tan exigente» pensó.

Después de varias horas de caminar entre perros famélicos y niños sucios de todas las edades, encontró una niña parecida a Lena. Su madre accedió a vendérsela y él dejó la zona junto a la pequeña. Caminó hacia el río con la niña en brazos y cuando ella empezó a preguntar por su madre, la puso a dormir con un hechizo.

Al llegar a la orilla, Tareq la depositó entre la hierba, la desvistió y volvió a vestirla, pero con la túnica de Lena esta vez. Estiró la raída túnica de la niña, colocó unas piedras en ella, la anudó y la arrojó a la corriente. Intentó ponerle las sandalias de Lena, pero sus pies eran más grandes que los de la princesa. Las dejó a un lado y se sentó junto

a ella. La miró de reojo y la pequeña dormía, tan confiada y tranquila que el corazón se le encogió y no fue capaz de mantener el control.

Tareq lloró e intentó convencerse de que lo que él haría era mejor que cualquier destino que podría esperarle a esa pequeña.

Niños como ella venían al mundo para sufrir desde el primero hasta el último de sus suspiros. Hambre, humillaciones, maltratos, abusos, violaciones, torturas… Pocos eran los señores adinerados que compraban niños para hacerlos sus sirvientes y la mayoría de ellos no duraban más que unos pocos meses con quienes los habían comprado. Él la mataría sin que sienta dolor, sin que sufra, sin enterarse de lo que estaba por ocurrirle. De hecho, la niña ya no volvería a despertar.

Levantó una mano y la acercó a ella, pero no pudo recitar las cuatro palabras de poder que acabarían con su vida.

—Hazlo por Lena. ¡Debes hacerlo! —exclamó, pero no logró reunir el coraje suficiente.

Después de varios minutos, se puso de pie y se acercó al río. Mojó su cabello y lavó su rostro varias veces. Se secó las manos en el pantalón y caminó decidido hasta la niña.

—*Khubta sharak gatryth lanta*[20] —murmuró y la pequeña dejó de respirar. Cayó de rodillas y se tomó la cabeza—. ¡Demonios! Maldito sea, lo hice.

Tareq se golpeó la cabeza con los puños y gritó, maldiciéndose. Luego, se arrastró hasta la niña, tomó su mano y apoyó su frente en ella. Le pidió perdón cientos de veces, hasta que ya no salió ningún sonido de su garganta y, cuando se dio cuenta, la diminuta mano que sostenía entre las suyas estaba tan fría que la soltó y retrocedió, horrorizado.

Las moscas, de verde alas tornasoladas, se posaban en los ojos y en la boca de la niña y él las espantó en vano, pues regresaron enseguida.

Miró al cielo y vio que no faltaba mucho para el atardecer; debía volver al palacio antes que alguien fuera a buscarlo a su habitación.

Se sentía miserable y vacío, como si su alma se hubiera escapado de su cuerpo en el momento en que sus labios pronunciaron esas cuatro palabras. Aún así, sabía que debía continuar con el plan, no podía dejar que alcancen a Lena, no podía permitir que la muerte de esa niña no significara nada. No podía arruinarlo todo por su debilidad.

Se puso de pie, arrojó las sandalias de Lena a un lado y arrastró a la pequeña hasta dejarla junto a la orilla. Se debatió entre hacerlo o no pero, finalmente, apartó la mirada, cortó uno de sus pequeños dedos y dejó caer la mano en el agua.

Los animales se encargarían del resto.

71

A pesar de que intentó seguir con completa normalidad los entrenamientos esa tarde, se sentía descompuesto. Todavía podía sentir esa pequeña y fría mano entre las suyas y fue una impresión de la que no se pudo deshacer por más horas que pasaron. Temía que, en un descuido, notaran su malestar. O, en el peor de los casos, alguien pudiera ver un destello de sus recuerdos en su propia mente y decidirse a indagar con mayor profundidad. Tenía que hallar con urgencia la manera de proteger esas memorias. Había evitado hacerlo, pero debía preguntarle a Tino cómo lograrlo antes que sea demasiado tarde.

Cuando la noche cayó sobre ellos, se retiró a su habitación, se dio un baño y estaba mirando por su ventana cuando vio que una marea de antorchas comenzó a inundar los jardines.

—Recién ahora han notado que Lena no está aquí —susurró.

Abrió la puerta de su habitación y vio que sus compañeros salían hacia el pasillo con la misma confusión, que él intentaba aparentar, marcada en sus rostros.

—¿Qué sucede? —preguntó a uno de los soldados que pasaba frente a él.

—La princesa ha desaparecido.

—¿Dónde está su nana?

—Estaba colgada en su habitación. Lleva muerta varias horas.

—Puedes retirarte —dijo Tareq, intentando mantener la compostura.

«Fue mayor el temor a enfrentar a la señora Viktoria que el aprecio a su propia vida. Demonios, ¿qué he hecho?»

Tareq corrió hacia los jardines, para unirse a la búsqueda. Todos conocían la relación que tenía con la princesa, por lo que nadie se extrañaría de verlo tan perturbado. Al final podía expresar su pesar sin temor alguno.

Una mano se posó con suavidad en su hombro y él se dio vuelta, sobresaltado. La señora Viktoria lo había alcanzado.

—Tareq, querido.

—¿Qué ha sucedido con Lena, mi señora?

—No lo sé, no lo entiendo. Los perros de Lena estaban muertos en el establo, cubiertos de heridas. Llevan así desde ayer y…

—Reda —murmuró sin notarlo.

—¿Cómo dices? ¡Habla! —exclamó. Viktoria lo tomó de la túnica y lo sacudió con una fuerza que no parecía poseer.

—Perdón, mi señora. —Se excusó, pero ya lo había dicho y no le quedaba más opción que continuar antes que ella forzara su mente—. El señor Reda amenazó con matarlos en varias oportunidades. Lo escuché, Lena lo escuchó, todos alguna vez lo han oído.

—¿Crees que él fue capaz de dañar a Lena…?

—No es lo que…

—¡Reda! —Un grito salió de lo más profunda de sus entrañas y apuñaló el silencio de la noche.

La reina caminaba, enfurecida, de regreso a las galerías del palacio cuando Reda se dirigió hacia ella. Su cuñado cayó de rodillas, antes de poder hablar, y se retorció en el piso, gimiendo de dolor.

Tareq los alcanzó, pero se tomó unos momentos para intervenir. Reda merecía sufrir por lo que había causado.

—Mi señora —susurró, pero no obtuvo respuesta. La señora Viktoria empezó a llorar y las lágrimas brillaron como gotas de oro por las luces de las antorchas que habían comenzado a rodearlos.

—¡Maldito seas, Reda! —La señora Viktoria se agachó junto a él y lo tomó de la camisa—. ¿Cómo pudiste hacerle eso a mi niña? ¡Te maldigo, miserable, te maldigo!

—Mi señora, ¿Reda hirió a la princesa?

—No hoy pero, por lo que vi, siempre maltrató a mis hijos y asesinó a Fuego y a Plata.

—¡Largo! —Tareq hizo una seña a los soldados que estaban a su alrededor—. Continúen buscando a la princesa, no hay nada que ver aquí.

Los hombres comenzaron a dispersarse, pero uno de ellos regresó.

—¿A dónde buscamos ahora, mi señor?

—En toda la ciudad, en las orillas del río, en las afueras, en las calles, en cualquier lado. Movilicen a todo el maldito ejército, que no quede un solo rincón sin recorrer.

Tareq ayudó a la reina a ponerse de pie.

—Mi señora, ¿él aún vive? —preguntó con cautela.

—Sí, pero déjalo ahí —contestó con la voz quebrada.

—¿Qué sucederá con él?

—Lo enviaré a Sitnor en cuanto se reponga, debo alejarlo de Dante. —La señora Viktoria limpió sus lágrimas—. Los dioses quieran que los Guna lo encuentren y terminen lo que alguna vez empezaron —agregó apretando las mandíbulas.

—Entiendo. ¿Quiere que la acompañe a su habitación? Me gustaría ir a buscar a Lena.

—Acompáñame a ver a Dante, querido, por favor. Luego saldré contigo.

—Sería mejor que permanezca aquí y espere a que lleguen noticias, mi señora.

—Es mi hija, Tareq —dijo y la desesperación empañó sus ojos fugazmente—. Quizás no he sido la madre que Lena necesita, quizás no he sabido cómo lidiar con ella, pero la amo tanto como a Dante.

—Entiendo.

La angustia amenazaba con quitarle los pocos jirones de cordura que le quedaban. Había recorrido la ciudad junto a Tareq durante toda la noche y el amanecer comenzaba a desafiar a la oscuridad a la izquierda del polvoroso camino.

Estaban en las afueras, llegando al río Salado, cuando vio a un soldado correr hacia ellos. Traía una pequeña sandalia en la mano y trozos de una tela sucia y desgarrada en la otra.

—¡Es la niña! ¡Es la princesa!

El sol asomó, triunfal, en ese momento e iluminó la armadura del soldado. Los reflejos de sus rayos jugaron con el cabello de Tareq, como si todo lo que ocurriera en la tierra fuera insignificante para el máximo Astro.

El tiempo se detuvo para Viktoria y dejó de escuchar lo que decían. Las manos de Tareq intentaron sostenerla, pues sus piernas le fallaron y sintió que la tierra del sendero había desaparecido bajo sus pies. Vio los labios del soldado moverse, pero no comprendía sus palabras. Lo vio gesticular y, arrodillada en el suelo, lo vio mirarla. El soldado ponía frente a sus ojos el embarrado calzado de Lena y sacudía la tela bordada, que alguna vez formó parte de la túnica de su hija, intentando obtener una respuesta de su parte. Tareq lo sujetó del brazo, lo alejó de ella y le habló. Vio a Tareq tomar entre sus manos lo que el soldado le entregaba. El muchacho cayó de rodillas, abrazando las prendas. Pasó entre un segundo y una eternidad hasta que Tareq se puso de pie y corrió por el sendero que llevaba al río.

Viktoria quedó sola, con la mirada extraviada en el camino,

esperando poder escuchar algún sonido, esperando volver a sentir el sol, el horrible sol de Pyebra que quemaba la piel y la hacía sentir débil.

"Cuando estoy en el sol, las piernas me tiemblan como a un potrillo recién nacido" decía Lena.

No tenía sentido, ¿por qué estaría Lena allí?

Lena tenía que estar en su cama, en su habitación, junto a la habitación de Dante. Lena tenía que levantarse dentro de pocos minutos, tenía que correr por los pasillos del Palacio de Las Hojas, chocar contra los sirvientes y hacer travesuras con Dante, Plata y Fuego. Lena tenía que escapar de Teka, cuando la nana quería bañarla, tenía que escabullirse en las habitaciones de los sirvientes y las cocineras para comer pasteles con su hermano y sus perros, con la complicidad de todos ellos. Lena tenía que exasperar a sus maestros, tenía que cuestionar cada lección que intentaban enseñarle. Lena tenía que chapotear en el lago, abrazada al cuello de Fuego, o de Plata. Nunca lograba distinguirlos uno del otro. Lena tenía que correr descalza en el césped de los jardines.

Lena tenía todo lo que necesitaba en el palacio. ¿Qué haría Lena en el río? No tenía sentido. ¿Por qué vendría aquí?

Viktoria revivió lo que sintió la noche en que su primera familia fue arrancada de su lado. Cuando murió su alma y su corazón se secó. Creyó que nunca volvería a vivir una pena tan grande como aquella vez. Creyó que no quedaba en ella nada que pudiera ser capaz de amar. Creyó que nada la apenaría de la misma forma, pero había vuelto a perder a su esposo y a su hija en apenas un día.

Quizás esta vez ya no quedaba nada en su interior, quizás esta vez sí dejaría de amar por siempre.

Un velo de oscuridad cayó con suavidad sobre sus cansados ojos y se sintió desaparecer.

Cuando despertó, horas después, no quiso abrir los ojos. No quería ver nada que le indicara que lo que había sucedido era realidad y no una pesadilla. Estaba en su cama, podía sentir la suavidad de sus sábanas de seda y la comodidad de sus almohadones. Sí, tenía que haber sido una pesadilla. En cuanto se levantara, iría a ver a Lena y ella apartaría la mirada, como siempre lo hacía.

Viktoria estiró los brazos y escuchó una silla crujir a su derecha. Abrió los ojos y vio a Tareq; el muchacho tenía los ojos enrojecidos y su bello y joven rostro lucía demacrado. Estaba pálido y parecía haber envejecido una década.

Ver al muchacho le confirmó que la realidad era cruel, que no se

podía despertar de ella como de una pesadilla y deseó poder regresar el tiempo atrás, tan solo un día atrás, para dejar que Tareq permaneciera con ella, protegiéndola, cuidándola, acompañándola en su pérdida. Primero su padre, luego sus perros. Era demasiado dolor para una pequeña niña y sabía que ella tenía la culpa. No le permitió que sus perros estuvieran a su lado ni dejó que Tareq la visite cuando Kirios falleció. Si solo pudiera volver un día atrás… Viktoria comenzó a llorar, sin poder evitarlo.

—Dime que fue una pesadilla, por favor, dímelo.

—Mi señora, lo lamento tanto… —dijo sin moverse de su lugar. Viktoria se limpió el rostro y recobró la compostura.

—¿Qué sucedió con ella? Dime todo lo que sepas.

—Creemos que Lena escapó después de ver lo que había sucedido a sus perros, pues estuve averiguando y el establo estaba abierto. Se debe haber perdido y puede que un animal salvaje la haya atacado, no fue capaz de defenderse al no poder usar sus poderes.

—¿Puedo verla? —Se aventuró a preguntar.

—Mejor que no lo haga, mi señora. Los animales… no quedó mucho de ella —dijo antes de que su voz se quebrara. Viktoria se incorporó y una pequeña esperanza nació en su pecho.

—Quizás no sea Lena, quizás ella está en otro lugar, escondida —dijo.

—No, mi señora. Su túnica, sus pulseras…

—Necesito verla. —Viktoria saltó de la cama y Tareq la detuvo.

—Recuérdela como era, por favor, no necesita tener esa visión espantosa.

—Por favor, Tareq. Es mi niña…

—¿Quiere que le diga en qué estado estaba? —exclamó el muchacho. Viktoria lo miró asombrada. El tranquilo y respetuoso Tareq había perdido la compostura por primera vez frente a ella—. ¡La reconocí por sus pulseras, señora! Por sus pulseras…

El muchacho se derrumbó y cayó de rodillas. Sabía que él apreciaba mucho a Lena, pero no se imaginó que hasta ese punto. Viktoria se arrodilló frente a él y lo abrazó.

—Perdón, mi querido, perdón por hacerte pasar por eso.

Tareq asintió y no se movió por varios minutos.

—Ya me he encargado de llevarla al templo de Efos, mi señora —murmuró—. El Supremo Sacerdote la recibió y me dijo que la trasladarán al panteón el mismo día que al rey Kirios.

Tareq se apartó de ella y ambos se pusieron de pie.

—¿La acompañaron? La gente, ¿la acompañó?

—Sí, mi señora —dijo limpiando su rostro—. Toda la ciudad.

—¿Dante?

—No me atreví a visitarlo, está junto a su nana. Me tomé el atrevimiento de poner magos en su puerta, con órdenes de no permitirle el paso al señor Reda. Ese cobarde no se atreverá a enfrentarlos, tienen órdenes de atacarlo si insiste. Asumiré las consecuencias si cree que me extralimité.

—Hiciste bien, mi querido, ese maldito no merece ninguna consideración. Cuando su madre sepa lo que ha causado…

—¿Su madre? —preguntó, confundido.

—La Dama de la Cueva, mi maestra. Ella apreciaba mucho a Lena y, a pesar de lo que se dice de ella, es una buena mujer.

—No lo sabía, perdón por mi indiscreción —dijo y bajó la vista.

—Está bien, Tareq. No hay nada de malo en que lo sepas. ¿Reda ha despertado?

—Hasta donde yo sé, no. Pero hace más de dos horas que estoy aquí.

—Iré a ver a Dante, debo decirle lo que ha sucedido con su hermana y sus perros.

—Me retiro, estaré en mi habitación.

Cuando Tareq dejó a la señora Viktoria, ya estaba comenzando a anochecer y, mientras se dirigía a su habitación, pensaba en lo que había sucedido. Por unos breves momentos, llegó a sentir lástima por ella. Estaba realmente perturbada por la pérdida de Lena pero, aunque no se sentía con la capacidad de juzgarla, creyó que se lo merecía. Había hecho un infierno la vida de la pequeña desde el mismo momento en que se enteró que era una maga y ahora estaba pagando cada uno de sus errores.

No se arrepentía de haber facilitado su escape, pero le pesaba como una tonelada de piedras lo que había tenido que hacer para asegurarse de que Lena no fuera buscada por mucho tiempo. Por más que intentaba convencerse de que lo había hecho por la seguridad de la princesa, no lograba apartar el malestar que le producía recordar que asesinó a una pequeña e inocente niña, cuyo único error había sido ser físicamente similar a Lena. Se preguntó por cuanto tiempo podría soportar esa carga sin derrumbarse por completo.

Tareq llegó a su habitación y se recostó en su cama sin encender ni una vela o farol, necesitaba descansar y si alguien veía luces, seguro querrían preguntarle por Lena o la señora Viktoria.

Pensó en Lena y en dónde estaría, cómo habría pasado su primera noche sola y si aún tenía miedo. Lena no temía a la oscuridad, pero le preocupaba que estuviera completamente sola, en un lugar desconocido, con animales salvajes rondando y todo el peligro que eso significaba. Era una maga poderosa, pero los magos también tienen miedo, él lo sabía, lo vivía en carne propia cada día.

Había cerrado los ojos y estaba a punto de entregarse al sueño cuando sintió una brisa y, de inmediato, un crujido. Se sentó sobresaltado en la cama y vio dos puntos luminosos en la oscuridad.

—Soy yo, tranquilo —susurró la voz de Tino.

—Por Efos, que alivio.

—Llegaron noticias de Lena a Palmeras… ¿qué le sucedió?

—La ayudé a escapar ayer por la mañana.

—Gracias a Efos, temí que las noticias fueran ciertas, iré por ella ya mismo.

—Espera. —Tareq suspiró—. No puedo soportar esto un día más, Tino. No sé hasta cuándo podré esconder tantos secretos…

—Iremos por Lena, entonces, y luego a Palmeras. Quizás debamos caminar un tiempo, hasta que me reponga, o puedo utilizar sus energías. Ustedes son magos poderosos y eso me desgastará más de lo habitual. ¿Qué dices?

—Perdón, no me hagas caso. No seré de tanta utilidad si…

—No eres de piedra. Sabíamos desde un principio que esto iba a suceder en algún momento y no estás obligado a permanecer aquí. Yo, en tu lugar, me hubiera largado hace meses. ¿Quieres que regrese mañana por ti, así lo piensas? —Tareq no respondió. Aunque había hablado sin pensar, no estaba seguro de qué debía hacer—. Lena ya es libre, no tienes mayores motivos para estar aquí ahora. Ven conmigo.

Tino le tomó la mano y Tareq supo que el muchacho tenía razón. Ya no tenía sentido permanecer allí, arriesgando su vida y su cordura.

—Espera, dejaré una carta para que no me busquen. Diré que me alejé hacia la cordillera, que necesito algo de tranquilidad, y que regresaré cuando me sienta bien.

Tino se escondió en el guardarropa y Tareq encendió algunas velas. Se apresuró a garabatear unas líneas en una hoja y, luego, tomó algunas de sus pertenencias y las guardó en un bolso.

—Estoy listo —murmuró—. ¿Recuerdas el camino?

—Claro que sí —susurró desde su escondite. Tareq apagó las velas, abrió la puerta del mueble y tomó la mano de Tino—. No te asustes y no te muevas, intentaré llevarnos a donde se encuentra ella, según los planes que teníamos.

72

Una absoluta oscuridad, acompañada de una fresca brisa, los rodeó cuando aparecieron. Tareq se tomó unos momentos para reponerse de las extrañas sensaciones y Tino quiso soltar su mano, pero él no se lo permitió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—No del todo —murmuró—. ¿Tú? ¿Tus energías?

—Estaremos bien. Puedo defenderme si es necesario.

Tareq respiró profundo y comenzó a concentrarse en su entorno, para encontrar las energías de Lena; sin embargo, el poder de Tino era tan grande que le dificultaba sentir algo más a escasa distancia. Sus energías se expandían por muchos metros, abarcando todo a su alrededor.

—No puedo sentir a Lena aquí. Tomemos el camino de regreso, puede que se haya retrasado. Además, no soy capaz de rastrear a corta distancia contigo tan cerca.

—¿Quieres que nos separemos?

—Mejor no, no sabremos cómo encontrarnos si llegamos a ella, pero podré sentirla desde lejos.

—Está bien, regresemos —acordó Tino—. ¿Crees conveniente encender alguna luz?

—Una pequeña, a nuestros pies, para no tropezar.

—Hazlo tú, quiero reponer mis energías antes de volver a utilizarlas.

Caminaron por más de una hora hasta que Tareq pudo percibir a Lena a varias centenas de metros delante de ellos y se lo dijo a Tino. Expandió la luz y comenzaron a correr hacia donde la había sentido. Cuando su energía se confundió con la de Tino, la llamaron por su nombre ya sin importarles si alguien los oía, no dejarían escapar a nadie que se atreviera a acercarse a ellos.

Una luz blanca se encendió en mitad del camino y comenzó a acercarse a ellos.

—¡Tareq! —exclamó la pequeña y él sintió, al verla, que todo lo

que había hecho había valido la pena. Su sonrisa, sus bonitos ojos negros, que ahora lucían alegres, y su bienestar valían cualquier sacrificio. La niña se arrojó a sus brazos mientras reía y, a su vez, lloraba.

—Ya está, pequeña, ya estamos contigo.

Tareq la apartó para ver si estaba herida pero, al verla sana, volvió a abrazarla y se puso de pie.

—Hola, Tino —dijo con la cabeza apoyada en el hombro de Tareq.

—Hola, princesa.

—Lena, solo llámame Lena ¿si?

—¿Cómo estás para regresar a Palmeras? —preguntó Tareq. Ya que se habían reunido con la pequeña, pensaba en la posibilidad de volver a ver a Vila esa misma noche y su corazón saltaba de emoción.

—¿Tú puedes cederme tus energías?

—No sé cómo hacerlo, pero…

—¿Recuerdas lo que hizo Ajác? Es eso, básicamente, pero no llegaré a tal extremo.

—Hazlo, larguémonos de aquí.

—Lena, ¿recuerdas lo que te dije sobre como aparecer? —preguntó a la niña, ella lo miró y asintió—. ¿Recuerdas lo que sentiste la noche que lo hicimos? —Lena volvió a asentir—. Esta vez nos llevará más tiempo y será más incómodo. Necesito que ambos se queden quietos, que no intenten hacer nada y confíen en mí. En unos minutos estaremos en mi habitación.

Lena rio, nerviosa, y se abrazó al cuello de Tareq.

—No tan fuerte, Lena, me dejarás sin aire —susurró Tareq.

Tino le tomó la mano y los tres desaparecieron en un vendaval, para reaparecer en una habitación de paredes de madera.

—¿Se encuentran bien? —preguntó Tino y Tareq asintió—. Bajaré a avisar que ya estamos aquí, no tardo.

Tino dejó la habitación, Tareq se sentó en la cama que había en contra de una pared y sentó a Lena en su falda.

—¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo tu viaje?

—Estuvo bien, conocí a algunos animales que me acompañaron, incluso, por las noches. Pude conversar con ellos y fueron muy amables. —Tareq rio—. No tuve miedo porque ellos estaban conmigo. Una jaguar con sus dos crías, una familia de monos y…

La puerta se abrió de repente y Vila apareció. Miró primero a Tareq y luego a la niña.

—¡Es la mujer de tus recuerdos! —exclamó Lena, que giró para verlo y, al notar que él no reaccionaba le tomó el rostro con sus dos

manos—. Es Vila, Tareq.

—Si, mi pequeña —susurró.

Vila comenzó a reír y caminó hacia ellos. Tareq se puso de pie, sin dejar a Lena, y Vila los abrazó a ambos.

Tareq se sintió, al fin, a salvo junto a esa mujer de cabello gris y hermosa sonrisa. Habían pasado tres años desde la última vez que la había visto, pero seguía emanando la misma paz que antes y el mismo amor. A pesar de los años, parecía que nada había cambiado y que había sido el día anterior cuando ella le había pedido que se quedara en Palmeras, a su lado.

Vila se apartó y secó sus lágrimas con el borde del velo que cubría su cabello. Tareq le acarició el rostro y ella sonrió.

—Lena, te presento a Vila —dijo, pero la niña no respondió. Tareq se giró para que Vila la viera.

—Está dormida—susurró.

—Vaya, debe haber estado agotada, han sido días difíciles para ella. —Tareq la recostó en la cama de Tino y se quedó viéndola por unos segundos.

—¿Y para ti? —preguntó Vila. Él se giró para verla y ella le tomó las manos.

—Años difíciles… —Tareq bajó la vista—. De no haber sido por Lena, no hubiera podido permanecer allí. Creí que perdería la razón si me quedaba por más tiempo. —Vila lo abrazó y apoyó la mejilla en su pecho.

—Ya pasó —susurró—. Ahora estás conmigo, estarás bien, podrás descansar y, luego, hablaremos sobre todo lo que te ha sucedido, así puedes sacarlo de tu vida antes que te haga más daño.

—No quisiera. Son demasiadas cosas y no tiene sentido involucrarte en ellas.

—¿Crees que si te las guardas estarás mejor? Los malos recuerdos son como espinas, duelen si están clavadas en nuestra carne. Estoy aquí por y para ti, Tareq, desde el momento en que entraste en mi cabaña para salvarme esa noche. Te escucharé cuando lo necesites y te ayudaré a que te deshagas de todo lo malo que haya en ti. Y juntos haremos lo mismo para que Lena pueda sanar sus recuerdos.

—Eres el ser más maravilloso de este mundo, Vila. Gracias a los dioses que te cruzaste en mi vida. —Tareq le acarició el cabello y le dio un beso en la frente pero, después de unos momentos se apartó de ella—. Perdóname, por favor. Olvidé que eres una sacerdotisa y…

—¿Y…? —preguntó confundida.

—Eso, que eres una sacerdotisa. Perdóname, por favor, me dejé

llevar. Tenía tantas ganas de volver a verte que olvidé que Tino me dijo que habías construido un nuevo templo y…

—Soy una sacerdotisa de Sinmá, no de Efos. Los hijos de Sinmá tienen familia—dijo.

Tareq rio y volvió a abrazarla.

—¿Dónde nos alojaremos? —preguntó después de un tiempo—. No pensé en eso cuando decidí venir.

—Conmigo, por supuesto. Como Tino nos habló de la princesa y de la posibilidad de que deba escapar del palacio, pedí que me ayudaran a construir una segunda habitación para ella. Tino me dijo que Lena me conocía de tus recuerdos y que cada vez que él iba, le preguntaba por mí. Creí que sería bueno que permanezca con alguien a quien conociera hasta que tú llegaras. Pero ahora ambos están conmigo.

—¿Estás segura? La gente puede hablar mal de ti y no quisiera eso.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, llegamos así, de repente…

—Hace tanto que te espero, que los espero, que me tiene sin cuidado lo que los demás digan. Mi diosa nos ha dado su bendición y eso es lo único que necesito.

—Entonces no te cuestionaré.

—¿Vamos? —preguntó y Tareq asintió—. Avisaron a los demás de su llegada, pero les pidieron que no vinieran hoy, ya le presentaremos a la princesa cuando ustedes hayan descansado.

Tareq levantó a Lena, Vila tomó sus bolsos y bajaron las escaleras. Ajác, Tino y Mihaí estaban sentados alrededor de la mesa y se levantaron de sus asientos en cuanto los vieron.

—Qué alegría verlos aquí—susurró Mihaí, para no despertar a la niña. Ajác se acercó a ellos, miró a Lena, sonrió y le besó la mejilla.

—Iremos a mi casa —dijo Vila sin levantar la voz—. Cuando Lena se encuentre descansada y bien de ánimos, vendremos a verlos.

—Claro que sí —dijo Ajác—, ya habrá tiempo para conocernos.

—Gracias, Tino —dijo Tareq—, te debemos tanto…

—Te lo debía —contestó sonriendo—. Iré a verlos en la mañana, descansen.

Caminaron a paso lento por los caminos de tierra iluminados con la luna llena que se posaba en lo alto del cielo y Tareq recordó, con una mezcla de sentimientos, lo que había ocurrido la única vez que estuvo allí.

—No lo hagas, Tareq. —Vila tomó su mano, como presintiendo lo que le sucedía—. Crearemos nuevos recuerdos a partir de hoy.

—Eso no podrá borrar los que ya poseo.

—No te pido que los borres, solo que no pienses en ellos, pues no te traen nada bueno y puedo sentir cómo tú alma se entristece al recordar. Las personas que viven aquí perdieron todo ese día. Sus pertenencias, sus hijos o sus padres, sus amigos y vecinos, pero regresaron a levantar sus hogares en el mismo lugar dónde estaban antes, porque el dolor no puede borrarse, pero se puede elegir entre recordarlo y vivir vidas miserables o no recordarlo y permanecer atentos a lo que hacemos ahora, para crear buenos momentos que se conviertan en mejores recuerdos.

Tareq no supo que contestarle. No estaba acostumbrado a que alguien se interese en lo que a él le sucedía. El único interés que despertaba era por sus habilidades, que habían mejorado notablemente desde la última vez que estuvo en Palmeras, o por su apariencia física. Pensó que le llevaría algún tiempo habituarse al interés genuino que Vila le demostraba y a su manera de interpretar el mundo, que contrastaba enormemente con todo lo que él conocía.

—Por aquí —dijo Vila y entró en una cabaña. Se tomó unos momentos para encender un farol y caminó hacia el angosto pasillo que conducía a las habitaciones. Vila le señaló una cama amplia y corrió las mantas.

Tareq recostó a Lena, pero la niña no quiso soltarse de su cuello.

—Está bien —dijo y tomó sus manos—, estaré aquí, a tu lado.

—No te vayas… —murmuró sin abrir los ojos.

—No me iré, pequeña. —Tareq acomodó a Lena en el centro de la cama y se sentó junto a ella. La niña se acostó de lado y abrazó la almohada.

—Iré a la otra habitación así descansas—susurró Vila y Tareq se puso de pie.

—Quédate, por favor. —El joven se acercó a ella, tomó el farol que Vila sostenía y lo dejó sobre la mesa de noche—. Hay lugar para los tres.

Abrió los ojos y había un techo de madera sobre ella. Se sintió confundida y asustada, ella se había acostado entre los arbustos la noche anterior. Giró con lentitud la cabeza hacia su derecha y vio, aliviada, que Tareq estaba a su lado. Miró, luego, a su izquierda, vio a Vila y sonrió. Respiró profundo, intentando no moverse demasiado para no despertarlos, y se quedó por largos minutos disfrutando de la compañía. Había estado dos largos días sola, caminando casi sin detenerse y estar junto a ellos la reconfortaba. Ese hombre la había

cuidado desde el día en que la conoció y la mujer que dormía a su izquierda era la razón por la que él había decidido traicionar a Viktoria.

«Viktoria debe estar aliviada de haberse librado de mí» pensó.

Sentía un peso en su vientre y pensó que, tal vez, Vila tenía un gato y este había venido a darle la bienvenida. La idea la divirtió, nunca había acariciado un gato. Imposible hacerlo con Fuego y Plata siempre cerca de ella. A pesar de que no quería moverse, la curiosidad pudo más y levantó la cabeza de la almohada para ver qué era. Se encontró con las manos de Tareq y de Vila entrelazadas sobre ella. Lena sonrió, puso sus manos sobre las de ellos y, en ese momento, Vila despertó.

—Hola, soy Lena. —Se presentó en un susurro—. Perdóname, no quise despertarte.

—Está bien, princesa. Yo soy Vila.

—Discúlpame por mis modales, pero… —dudó entre decirlo o no—, ¿tienes algo para comer? Tengo mucha hambre.

Vila sonrió, se puso de pie y le hizo una seña para que la siguiera. Cerraron la puerta al salir y Vila la condujo hacia la cocina. Notó que todo era pequeño en ese lugar, pero no se sintió encerrada, como Tareq le había dicho que sucedería. Se sentía bien. Vila era amable y parecía que una luz la envolvía cada vez que hablaba. Mientras preparaba las frutas para el desayuno, le preguntó como había estado su viaje y, al contrario de Viktoria, no le pedía que dejara de hablar a cada instante. Escuchó todo lo que ella tenía para decir y le hizo preguntas sobre los animales que había conocido.

Vila, por su parte, le contó que era sacerdotisa y que dirigía el templo a la diosa Sinmá. Lena no sabía qué diosa era esa, pero sonaba que era una muy compasiva, tal como lo era Vila.

Tino llegó después de que terminaron el desayuno, trayendo una canasta con más frutas, hortalizas y pan recién horneado. Tareq se presentó al poco rato en la cocina, sin duda lo había despertado el alboroto. Aunque creyó que estaría malhumorado, él reía a cada instante y parecía diferente a cuando estaban en el palacio. Ella también se sentía diferente. Su vida había cambiado tanto que le costaba pensar en que esa era su realidad ahora, después que Tareq la hizo dejar el palacio.

Pensó, en un primer momento, que se había equivocado en su decisión, que las cosas serían cada vez peores, que un animal la atacaría en mitad de la noche o que los soldados la confundirían con alguna niña perdida y la atacarían, pero resultó ser todo lo contrario y en ningún momento sintió miedo mientras estuvo sola.

Lena se bajó de la silla y se acercó a Tareq.

—Tenías razón en venir hacia aquí —le dijo—. Lamento no haber sido capaz de salvar a Fuego y a Plata de la crueldad de mi familia, pero ahora somos libres.

Tareq la sentó en su falda y le besó la frente.

—Claro que sí, pequeña. Vamos a estar bien.

—¿Puedo ir a pasear con Tino? Quiero conocer a su padre, él horneó ese pan tan delicioso y quiero agradecerle.

—No creo que sea conveniente que salgas tan pronto, Lena.

—Podemos aparecer en mi habitación. —Se apresuró a decir Tino —. Nadie más la verá.

Tareq dudó por unos momentos pero, finalmente, aceptó. Lena le pidió a Vila que la ayude a bañarse y, una vez vestida y peinada, se despidió de ellos, tomó la mano de Tino y ambos desaparecieron.

73

Pyebra Ciudad Capital

Viktoria estaba firmando unos documentos en la Sala Dorada cuando Reda llegó escoltado por dos guardias.

—¿Deseaba verme, su Majestad? —preguntó sin levantar los ojos del suelo. Viktoria despidió a los hombres de armadura con un gesto y Reda se acercó a ella en cuanto la puerta volvió a cerrarse—. ¿Cuándo aceptarás casarte conmigo?

Viktoria lo miró de arriba abajo.

—Cuando me demuestres que sirves para algo.

—Ordena.

—Quiero a Sitnor. —Reda la miró, asombrado—. Quiero que la capital sea mía. Quiero llegar a Tesar y no puedo hacerlo si Sitnor resiste. Quiero que sus ciudades queden reducidas a escombros.

—Viktoria, ¿cómo crees que…?

—Las excusas no nos llevarán a ningún lado Reda. —Viktoria se puso de pie y caminó hacia la ventana que daba a los jardines—. Tienes un ejército de soldados y de magos entrenados a tu disposición. Úsalos. Si me entregas la cabeza de Pronees, consideraré casarme contigo. Si Sitnor cae, me casaré contigo. Demuéstrame que eres digno.

—Es imposible… —Reda se acercó a la mesa de los licores y se sirvió una copa.

—No esperes resultados si solo te escondes en tu tienda. Si quieres lograr algo, debes ensuciarte las manos, debes luchar codo a codo con tus hombres. Gánate su respeto, haz que ellos quieran luchar a junto a ti, haz que den su vida por ti.

Reda bebió de un sorbo lo que quedaba en su copa y se acercó a ella.

—Lo haré, si así lo deseas. —Quiso tomar su mano pero Viktoria se alejó.

—Excelente—dijo sin mirarlo y regresó a su asiento.

—¿Puedo disponer de Radjhá?

—Es la última oportunidad que tienes con Radjhá, sea lo que sea que se te haya ocurrido. Ya puedes retirarte.

Reda dejó la Sala Dorada y fue en busca del muchacho. Cuanto antes cumpliera con los deseos de Viktoria, más rápido estaría cerca de ella.

Sitnor Ciudad Capital

Radjhá apareció en las afueras de Sitnor, en un claro entre un grupo de árboles. Hacia el este las enormes murallas de la capital se iluminaban de naranja con el sol del ocaso. Sobre ellas, en el centro, brillaban los cristales de la cúpula de la biblioteca, el edificio de mayor tamaño en toda la ciudad. Le habían dicho que en Sitnor no había templos y Radjhá pensó que la desgracia que caería sobre la ciudad era una de las consecuencias de la soberbia de los hombres al pensar que no había nada más sobre ellos. Los dioses no protegían a quienes los ignoraban.

A cada uno de sus lados estaban Reda Almairon y uno de sus hombres, Kuiza, que se soltó de su mano y se alejó a tropezones de ellos. Se apoyó en un árbol y vomitó.

—Patético —murmuró Radjhá y apartó la vista.

—Malditos sean los magos —exclamó. El hombre bebió de su bota y regresó junto a ellos. Radjhá lo ignoró, de lo contrario hubiera acabado con él en ese mismo instante.

—Vámonos —dijo Reda—, debemos llegar a las puertas antes del anochecer. No me apetece pasar la noche a la intemperie y con este maldito frío.

Los hombres se apresuraron a llegar hasta el camino principal y se mezclaron entre los granjeros y los mercaderes que querían ingresar a la ciudad. Llevaban, al igual que los ciudadanos comunes, ropas viejas y con remiendos. Sus botas estaban desgastadas y cada uno cargaba en sus espaldas un atado con otras prendas.

Caminaron arrastrando los pies por más de una hora, hasta que traspasaron las puertas de la ciudad y se escabulleron por las calles hasta que encontraron una posada de las más baratas. Debían evitar llamar la atención.

Al amanecer del día siguiente, dejaron el lugar y se separaron para investigar los movimientos del Gobernador, pero no fue hasta cinco

días después que se presentó la oportunidad que esperaban. Por la noche se celebraría la boda de uno de los consejeros del Gobernador en una lujosa casa ubicada en la calle principal. Aníbal Pronees, según le comentaron a Radjhá, solía ser el primero en dejar los eventos a los que concurría.

Desde la fortaleza hasta la casa a la que acudiría, el carruaje del Gobernador no necesitaba más que rodear la Plaza de la Fuente y, luego, seguir en línea recta por la calle principal. No había ninguna posibilidad de que se desvíen o tomen por otro camino.

Aguardaron entre las sombras de los arbustos por largas horas, luego de haber visto el vehículo salir de la fortaleza y pasar por donde lo esperarían. Una espesa niebla otoñal comenzó a caer sobre la ciudad momentos antes de que oyeran el carruaje de Pronees acercarse hasta donde ellos se encontraban. No había nadie en las calles y la ciudad estaba sumida en un absoluto silencio, a excepción del sonido acompasado de los cascos de los caballos.

Radjhá caminó hasta la mitad del camino, levantó una mano y los dos animales de tiro cayeron muertos. El carruaje se detuvo bruscamente y el hombre de Reda dejó su escondite, trepó por un lado y cayó sobre el chofer. Pasó el filo de su cuchillo por su cuello antes que este pueda ser capaz de defenderse y, desde dentro del carruaje, se escucharon insultos y gritos de sorpresa.

Radjhá y su compañero rodearon el vehículo, abrieron las portezuelas y vieron que había seis personas dentro. El Gobernador, el vicegobernador y su hijo junto a sus esposas. Los hombres estaban desarmados y las mujeres temblaban, tomadas de las manos de ellos.

—Abajo, todos —dijo Radjhá.

—¿Qué demonios creen que están haciendo? —exclamó Pronees y Radjhá encendió una esfera de luz en su mano. Los ocupantes del vehículo descendieron, atemorizados, y se quedaron todos juntos, patéticamente amontonados, pegados unos con otros como cachorros abandonados.

—*Contrra* la *parred.* —Les dijo con una seña.

—Están locos si creen que…

Radjhá movió la mano y la pequeña esfera salió despedida para impactar en medio del pecho de la mujer alta y de cabello oscuro que estaba tomada de la mano de Pronees. Una fugaz mueca de dolor apareció en su delicado rostro pero, al instante, se desvaneció. Radjhá pensó que debió haber sido muy bella en su juventud.

El Gobernador la miraba, como si no comprendiera lo que estaba sucediendo, mientras ella se desplomaba en el suelo. Las mujeres

dieron un grito y Guna maldijo en una exclamación. Kuiza puso la punta de su espada en el cuello del Gobernador, impidiendo que se arrodille a su lado y lo obligó a retroceder.

—¿Alguien más *desobedecerrá* mis *órrdenes*? —preguntó Radjhá—. *Contrra* la *parred*, *ahorra*.

La mujer más joven abrazó a la de cabello rubio y murmuró algo en su oído. Todos obedecieron y retrocedieron hasta llegar a la pared. Los Guna, inútilmente, intentaban proteger a las dos mujeres que quedaban aún con vida, mientras el Gobernador no podía quitar los ojos del cuerpo de su esposa. Una línea de sangre se había dibujado en su cuello y en su camisa, pero parecía que él no lo había notado.

—Buen trabajo, Radjhá —dijo Reda.

—¡Maldita alimaña! —exclamó Robnan Guna. Su rostro estaba enrojecido y las venas se marcaban en su frente—. Pagarás por esto.

—Espera, espera. Mira a quién tenemos por aquí… —Reda parecía divertido y habló en pyebrano esta vez, ignorando las amenazas de Guna—. Enara Pirhs, que bonita sorpresa. Al parecer todavía sigues siendo esa niña temerosa y cobarde. Aún no alcanzo a comprender de dónde sacaste el valor para mentirme en mi propia cara.

—¿Es por mí? ¿Hacen esto por mí? —tartamudeó la mujer.

—No ha llegado tu momento aún. Promete no ser valiente esta noche y perdonaré tu vida. Otros asuntos me han hecho regresar. Kuiza, tráela. A nuestra Dama le gustaría verla de nuevo.

El hombre la apuntó con la espada y ella se aferró a la mano de su esposo.

—No te atrevas, Reda —dijo Noah Guna, pero Reda ni siquiera lo miró. El vicegobernador quiso avanzar sobre Reda, pero Radjhá levantó sus manos hacia el Gobernador, él y su esposa; el hombre se quedó inmóvil, mirándolo con desprecio.

Kuiza la tomó del brazo y, cuando quiso tirar de ella, el joven Guna saltó sobre él y clavó algo en su cuello. Kuiza levantó una mano para quitárselo pero, antes de poder hacerlo, cayó de cara al suelo.

Ante una seña de Reda, Radjhá murmuró unas palabras y el gobernador se desplomó pesadamente.

—¿Qué has hecho? —Robnan Guna miraba alternadamente al mago y a Pronees—. ¿Qué has hecho?

Radjhá sonrió, movió los dedos y la mujer rubia que estaba a su lado se tomó el cuello. Su rostro comenzó a enrojecer y parecía que sus ojos explotarían en cualquier momento. Reda desenfundó su arma y apuntó a Guna, para evitar que se mueva. El enorme hombre, sin temor alguno, tomó la espada por el filo y la arrancó de la mano de

Reda. Le dio un golpe con el puño, que lo dejó sentado en el suelo y, luego, lo obligó a levantarse tomándolo del cabello. Tomó por la empuñadura la espada que había quitado de las manos de Reda y la cruzó en su cuello.

—Suelta a mi esposa si no quieres llevar su cabeza a tu reina—dijo mirándolo a los ojos.

Radjhá ladeó la cabeza y levantó ambas manos, mostrándole que no tenía nada en ellas. La mujer tosió y volvió a respirar. Robnan, confiado, bajó el arma y Reda se alejó. Radjhá volvió a sonreír.

Tanto Guna como su esposa cayeron al suelo en el mismo momento y Radjhá pudo escuchar el sonido de sus cabezas al golpear las piedras de la calle. Fue como si un par de rocas hubieran golpeado entre sí.

Se sentía bien, la reina Viktoria estaría complacida por el trabajo realizado. De alguna forma, debía compensar sus involuntarios errores al no poder participar activamente en ninguna de las batallas a las que acudió. Su desempeño esta noche le aseguraría seguir contando con su simpatía. Era difícil competir con Lehsa, pero no imposible.

Reda se agachó para tomar su arma y sus ojos se posaron en Noah Guna, que miraba a sus padres tendidos en el suelo, sin pestañear. Enara Pirhs estaba inmóvil a su lado. Era una escena bastante deplorable, a su parecer. Esperaba al menos tener algo de acción, pero parecía que era cierto lo que habían dicho de ellos. Noah Guna no tenía nada de iniciativa y su esposa era una insignificante maga, débil y miedosa.

—Hemos concluido nuestro trabajo, Radjhá. —Reda le dio la espalda a los jóvenes y caminó hacia él—. Ya podemos marcharnos.

—Como desee, mi señor —asintió.

En ese momento, la mujer lanzó un grito al cielo y extendió sus manos. Antes que Radjhá pudiera predecir lo que estaba por suceder, se sintió aprisionado y su cabeza empezó a dolerle, como si algo hubiera estallado en su interior. Quiso llevarse las manos a las sienes, pero no podía moverse. Lo último que vio antes de concentrarse en su defensa, fue a Noah saltando sobre la espalda de Reda.

Enara Pirhs inundó su mente con su enojo, su frustración y su dolor, y Radjhá se sintió asfixiado por la fuerza de su ataque. Vio la imagen mental de la mujer caminar entre sus recuerdos, tocándolos, modificándolos y destruyendo muchos de ellos.

Quería defenderse, sabía que era más poderoso que ella al contar con la bendición del Sol, pero la ira de Enara parecía darle una fuerza descomunal para alguien con tan poco nivel de energías. La reina le había hablado de ella pero, según sus palabras, la mujer no tenía más

que un entrenamiento básico y no sería capaz de hacerle nada; su poder era escaso y se paralizaba cuando tenía miedo. Había repetido varias veces que era una inútil sirvienta.

Sin embargo, estaba a punto de destruir todo lo que tenía en su mente y, si llegaba a su esfera de energía, sabría que todo habría terminado para él.

Desobedecería las órdenes que había recibido, pero debía marcharse antes de perder la razón. Reda podría escapar por sus propios medios. El muy maldito siempre escapaba, como si tuviera un dios exclusivamente a su servicio.

Radjhá convirtió su cuerpo en la esencia que componía su energía y apareció a los pocos minutos en su habitación en el Palacio de Las Hojas. Cayó de rodillas, parecía que todo giraba a su alrededor e, incluso, el piso alfombrado en el que se encontraba parecía mecerse debajo de él.

—Malditos sean todos —murmuró y se llevó las manos a la cabeza —. Al final, Tareq estaba en lo cierto, todo aquí es una farsa.

Una vez que pudo recomponerse y su alrededor regresó a su sitio, caminó hacia el mueble donde guardaba sus bebidas y sacó una botella de licor. En la mañana iría a ver a la reina, pero ahora… ahora necesitaba beber.

Enara, sorprendida, vio que el mago de Viktoria desaparecía frente a sus ojos sin que pudiera evitarlo. Corrió hacia donde él se encontraba y gritó su nombre, pero ya no estaba allí.

—¡Cobarde! —exclamó con todas sus fuerzas. Se dio la vuelta, buscó a Noah con la mirada y, al encontrarlo, se sintió desfallecer—. No puede ser…

Cuando llegó a él, vio que su esposo estaba hecho un ovillo sobre un charco donde el agua de la llovizna diluía la sangre que emanaba de sus heridas. Se arrodilló a su lado, acarició su frente y apartó el cabello que le cubría el rostro. Estaba desfigurado por los golpes y tenía ambas manos sobre una herida en su abdomen.

—Enara… —susurró.

—Aquí estoy, todo estará bien, mi corazón.

Los vecinos se asomaron a ver qué había sucedido y corrieron a socorrerlos al verlos solos. Dos hombres tomaron a Noah y lo llevaron hacia el interior de una casa. Enara se puso de pie justo en el momento en que una mujer ahogaba una exclamación y caía desmayada al suelo. Corrió hacia ella y, cuando la alcanzó, vio que el

cuerpo del Gobernador había sido horriblemente mutilado. Faltaban su cabeza y su mano derecha, donde llevaba el anillo con el sello de Sitnor. Se llevó las manos a la boca, aunque no fue capaz de emitir ningún sonido.

—*Enara, ¿qué ha sucedido?* —Era la voz de Onix la que le hablaba.

—*Reda y un mago. Han matado a todos. Noah…*

Enara no pudo decir más y un velo de oscuridad cubrió su mente y sus ojos. Su cuerpo cayó pesadamente en la calle, junto a los demás.

74

Ahrbak Ardhal, Pyebra

—Señor Joshua, apresúrese.

Un joven con la respiración agitada y cubierto de sudor lo llamó antes de llegar a la casa que ocupaba con Quentin, cerca del límite este de la pequeña ciudad.

—¿Qué sucede? —Josh se detuvo para esperarlo.

—El señor Quentin, señor, otra vez está ebrio y lo están golpeando —soltó como sintiendo vergüenza, como si lo que Quentin hiciera fuera su culpa.

—Maldito sea —murmuró—. ¿Dónde se encuentra?

—Sígame, señor. Espero que no sea tarde.

Desde que dejaron Ciudad Capital, hacía poco más de un año, Josh se había asegurado de cumplir con su deber, tanto dentro como fuera del campo de batalla, y su esfuerzo había sido recompensado con una pequeña división de ciento cincuenta hombres a su cargo.

Quentin, en cambio, se destacaba en las batallas, pero se emborrachaba en cada oportunidad que tenía y terminaba provocando peleas sin sentido. Había sido estaqueado por varios días, en varias ocasiones, y, por último, azotado frente a todos en cinco oportunidades, pero no habría una sexta. Lo regresarían a Sitnor, dado de baja por comportamiento deshonroso, si alguien volvía a reportarlo a sus superiores. Josh lo había salvado más veces de las que recordaba pero, aún así, Quentin no se daba por enterado. No solía defenderse, tan solo se dejaba golpear una vez que conseguía provocar a alguien. Josh ya no sabía cómo hacerle entender que debía dejar de hacerlo, ni sabía cómo evitar que se emborrache y temía que termine apuñalado o muerto en alguna de sus riñas.

El joven soldado lo llevó hacia los barrios del norte del poblado, donde abundaban tabernas y prostíbulos, borrachos y ladrones. Josh ya conocía esas calles de memoria, pero nunca sabía en cual de ellas

lo hallaría y mucho menos en qué estado. Estaba con el corazón en la boca cada vez que Quentin salía, ya que nunca tenía la seguridad de qué haría ni en qué condiciones regresaría, si es que no debía salir él mismo a detener una pelea o acarrearlo absolutamente inconsciente y magullado de regreso hasta la casa.

Recorrieron las callejuelas malolientes de la zona entre mujeres que se les tiraban encima con medio cuerpo descubierto y hombres que querían robarles o venderles objetos de valor de dudosa procedencia a precios en extremo ridículos. No pasó mucho hasta que lo encontraron echo un ovillo en un charco de vaya uno a saber qué clase de líquidos.

Josh se arrodilló a su lado y lo dio vuelta. Tenía el rostro a la miseria, la nariz rota y ambos ojos ennegrecidos e hinchados.

—Q, por un demonio, ¿qué has hecho esta vez?

Josh revisó que no tuviera heridas de gravedad y, al no encontrarlas, lo levantó con la ayuda del soldado y lo llevaron arrastrando hasta la casa. Josh y el joven bañaron a Quentin, limpiaron sus heridas y lo acostaron, pero Quentin no reaccionó en ningún momento. El muchacho se marchó poco después de terminar, cuando el sol naciente comenzaba a acariciar los tejados de paja de Ahrbak Ardhal.

Josh se sentó a su lado a esperar, como siempre hacía.

—No sé que diablos hacer contigo, Q. En serio… ya no sé qué hacer —murmuró, aún sabiendo que él no podría oirlo—. Ni siquiera puedo culparte por lo que haces, maldito seas.

Josh dormitó en la silla por unas horas, despertando a cada mínimo movimiento que su amigo pudiera hacer, hasta que alguien llamó a la puerta. Se estiró, bostezó, arregló su camisa y fue a ver quién era, temiendo que uno de los comandantes viniera por Quentin.

—Tino, los dioses te han enviado —dijo, aliviado.

—¿Qué sucede? —preguntó, sorprendido. Josh lo hizo pasar, lo llevó a la habitación de Quentin y Tino se sobresaltó al verlo—. ¿Qué le sucedió?

Le hizo una seña para regresar a la cocina y cerró la puerta al salir de la habitación.

—Ya no sé qué hacer con él —dijo después de sentarse frente a la mesa—. Se emborracha y busca que lo golpeen. Desde que estamos estacionados aquí, lo hace cada noche si no tiene guardia.

—*Perro*… ¿por qué?

Josh dudó por unos segundos pero, finalmente, le habló a Tino sobre lo que le ocurría con Ilsa y su Astro. No quería hacerlo, consideraba que era traicionar la confianza que Quentin tenía en él,

pero la situación ya se había salido de su control y no podía hacer nada más por su amigo.

—Ahora dime, ¿cómo podríamos ayudarlo? —preguntó al terminar —. Tú sabes más que yo sobre estos asuntos y seguro sabes sobre estrellas que hacen esta clase de cosas.

—La única solución que se me ocurre en estos momentos es *enviarrlo* a Tesar, o ir a *buscarr* a la chica.

—Es lo mismo que pensé. Aunque no sé si él estará de acuerdo.

—Podemos *engañarrlo*. Puedo *intentarr comunicarrme*, por medio de mi *maestrro,* con Naga y que él *trraiga* a la chica o se lleve a Quentin de aquí.

—¿Servirá que sea solo por unos días o haremos peor? Es una mierda todo esto… Estoy sin ideas ya, te lo aseguro. Nada, absolutamente nada de lo que le diga le sirve de algo. En cuanto despierte estará mortificado y arrepentido, y le dolerá eso más que los golpes que ha recibido, ya verás, pero eso no lo detiene de volver a hacerlo.

—Por lo que me has dicho*, serrá* peor que solo sea por un *perríodo corrto* de tiempo. *Deberríamos encontrrar* la *forrma* de que estén juntos *parra siemprre*. O, al menos, *cerrca,* para que la distancia no los afecte de esta forma.

—Quizá dejarla en Sitnor sea suficiente… quizás eso ayude —dijo esperanzado. Tino asintió y se quedaron en silencio por algunos minutos.

—Antes de que tomemos una decisión, hay algo más, Josh. He venido *parra llevarrlos* a Sitnor. A ti y a Quentin.

—¿Qué ha sucedido en Sitnor? —Quentin se asomó en la pequeña cocina, con las manos en el abdomen, la espalda encorvada y una mueca de dolor en su desfigurado rostro.

—Por los dioses, Q, mírate… —Josh se puso de pie y lo ayudó a llegar hasta una silla.

—Ya lo sé. Perdóname. Perdón por hacerte pasar por esto otra vez. —Quentin saludó a Tino antes de acomodarse en su asiento—. He escuchado todo lo que dijeron. Lamento tanto ponerlos en esta situación… pero no quiero que traigan a Ilsa y de ninguna manera iré a Tesar. No puedo dejar el frente, no estaría en paz si me escapo de aquí y no quisiera que ella viviera esto de cerca.

—Escucha, no *sirrves* de mucho si solo te emborrachas y te dejas moler a golpes, Quentin. Lo *entenderría* si *pudierras contrrolarrte, perro*…

—Tino, espera. No comprendes como son las cosas en realidad. —

Josh lo interrumpió. Quería evitar que Quentin añadiera más culpa a la que ya sentía, pero Tino tenía otros planes y esos no incluían dejarle pasar sus errores.

—No, Josh. No podemos *perrmitir* que su vida se *convierrta* en un *infierrno* mayor al que ya es.

—Él tiene razón —murmuró Quentin, sin levantar la vista de sus manos.

—No puedes *dejarrte morrir* cada día, Quentin. Si solo *pudierras verrte* como los demás te vemos, *dejarrías* de *hacerrlo*. *Mirra* a Josh, consumido por la *prreocupación*, volviéndose loco cada vez que te quita los ojos de encima. ¿En *serrio crrees* que a esto lo *atrraviesas* solo? ¿En *serrio crrees* que a los demás no nos afecta lo que haces? Y si eso no es suficiente *parra* ti, si *crrees* que *nosotrros* no somos tan *imporrtantes* en tu vida…

—No digas eso, claro que me importan, pero…

—Las excusas no sirven de nada, Quentin. —Tino se puso de pie y golpeó la mesa con los puños—. Si no es suficiente pensar en quienes estamos cerca de ti, piensa en lo que *verría* Ilsa si *llegarra* ahora y te *encontrarra* en ese estado. ¿Qué *quierres* que Ilsa *encuentrre* cuando te *encuentrre*? ¿Qué *quierres* que ella piense cuando sepa que lo único que has hecho de tu vida es estar borracho, buscando pelea y dejándote golpear sin razón? Imagínate si ella te *vierra* llegar en este estado cada noche, ¿qué *dirría*?

—No quiero ni pensarlo… —murmuró.

—¡Dilo!

—Ya, Tino, es suficiente —exclamó Josh.

—No es suficiente, Josh. Si realmente *querremos ayudarrlo*, debemos hacer que *entrre* en razón. No podemos *perrmitirrle* que siga arruinando, con su *comporrtamiento*, no solo su vida sino la de todos los que estamos a su alrededor.

—¡Pero esta no es la forma!

—¿Y cuál es? ¿*Sirrvió* de algo lo que has hecho hasta ahora? Y no estoy diciendo que haya estado del todo mal, solo que no ha sido suficiente *parra* él. No le va a hacer mal regresar a la realidad.

—Él tiene razón, Josh —murmuró.

Tino asintió, se acercó a Quentin, le tomó el mentón y le levantó el rostro. Quentin no fue capaz de mirarlo.

—Quítate la camisa también, c*urrarré* tus *herridas* —dijo después de observarlo—. Debo llevarlos a Sitnor y es mejor que no llegues así.

—¿Qué ha sucedido?

—Reda y Radjhá… —contestó después de haberse encargado de los

magullones de su amigo.

—¿Qué hicieron? —exclamaron Quentin y Josh a la vez.

—Lamento tener que ser yo quien se los diga. Ellos *emboscarron* a sus *padrres*, a Noah y a Enara.

—¡Habla! —Josh saltó de su silla.

—Lo lamento mucho… Noah está en la enfermería, Enara está bien, pero sus padres no *sobrrevivierron*.

—¡Malditos sean! —Josh le dio un puñetazo a la pared. Sintió que su mente quedaba en blanco por unos segundos. Nunca había tenido una buena relación con sus padres pero, aún así, eran sus padres. Miró a Quentin y lo vio inmóvil, con los codos apoyados en la mesa y sus manos sosteniendo su cabeza. Parecía que ni siquiera estuviera respirando. Debía estar devastado por la pérdida, por Noah y por sus hermanos. Su mente volvió a funcionar de repente—. Ara… ¿Qué sabes de Ara? Por los dioses, debe estar destruida. ¿Y Astor? Cielos, el pequeño…

—No sé nada, apenas me *informarron* de lo sucedido y vine hacia aquí. Podemos *parrtir ahorra*, si *quierren*. Ya he informado a sus *superriorres* y me han dicho que puedo *llevarrlos* a la ciudad.

—Vamos. —Josh se acercó a Quentin y le puso la mano en la espalda.

—Espera, debemos ir por los uniformes —dijo en voz baja.

—¿En serio? ¿Lo único que se te ocurre decir es que debemos ir por los uniformes? —Josh pensó en lo práctico e insensible que Quentin podía ser algunas veces.

Su amigo dio media vuelta, sin prestarle más atención, y fue hacia las habitaciones.

—¿Cómo sucedió? —Josh volvió a sentarse y apoyó la frente en sus manos.

—No tengo detalles, no he estado allí, solo me *ordenarron* que venga por ustedes. Debo *regresarr* enseguida a Erjathá, les han dado una semana *parra*… *parra* que arreglen sus asuntos en la capital. Naga o yo los traeremos de vuelta.

—Gracias, Tino. Por lo de Quentin también.

—Como dijo mi madre: “Estamos juntos en esto, debemos ser *fuerrtes* y *apoyarrnos* entre *nosotrros parra* no *caerrnos* en pedazos”.

—Cuanta razón tiene. —Quentin regresó con un bolso en cada mano—. ¿Vamos?

75

Palmeras, Pyebra

La vida de Lena había cambiado mucho desde que llegó a Palmeras y eso la alegraba. No había nadie que le diera razones para enojarse, había aprendido a ayudar a Vila en las tareas de la casa y hasta le permitían ir a visitar a Tino sin compañía. Dormía todas las noches con Vila y Tareq ocupaba la otra habitación, aunque era más pequeña. A veces se encontraba abrazando a Vila al despertar y a la mujer no le molestaba que lo hiciera.

Muchas tardes las pasaba jugando con los hijos de los vecinos y le gustaba que todos la trataran bien, aún sin saber que era una princesa. Había perros con los que jugar e incluso conoció a un gato gris, rayado y de ojos amarillos. Lo alimentaba a diario y él se lo agradecía con un ronroneo, pero no estaba acostumbrado a recibir caricias por lo que no le había permitido tocarlo aún; cada vez que se acercaba demasiado, él corría y se subía a un árbol. Lena no perdía las esperanzas, algún día podría hacerlo.

Hacía poco había vuelto a entrenar con Tino y había aprendido infinidad de cosas. Una muchachita, Shanyi, solía entrenar con ellos y cada vez que la veía, la abrazaba y la llenaba de sonoros besos que le hacían cosquillas en las mejillas. Al principio era extraño, pero ya se había acostumbrado y siempre se reía cuando estaba con ella. Tenía muchas ideas divertidas, incluso para hacer los ejercicios que el señor Dima les pedía.

Sus entrenamientos no se parecían en nada a los que había padecido en el palacio. Día de por medio, Tino la llevaba al salón por unas horas pero, a media mañana, regresaban a sus hogares, a tiempo para acompañar a Vila al mercado o para ir con Ajác a tejer canastos. Estaba haciendo uno en secreto para regalarle a Vila y no le faltaba mucho para terminarlo.

Tareq era oficialmente un mago de Palmeras y también estaba

tomando lecciones con los maestros. Pero Tareq era diferente ahora. Los primeros días en Palmeras durmió la mayor parte del tiempo; según Vila le dijo, lo necesitaba y por eso lo dejaron hacerlo. Él había pasado por muchas cosas dolorosas en el palacio, al igual que ella, y esas cosas le habían impedido dormir por años. Desde que estaban allí estaba en paz y su cuerpo descansaba correctamente, o al menos, eso había dicho Vila cuando Lena quiso saber porqué Tareq pasaba tantas horas encerrado en su habitación.

Tareq tenía los ojos tristes, pero Lena podía notar que él se esforzaba mucho para estar bien y sonreír; sin embargo, en ocasiones, parecía no ser capaz de hacerlo y se volvía inalcanzable. A veces estaba muy callado y con la mirada perdida, no escuchaba lo que ella quería contarle y no había nada que le dijera que lo trajera de vuelta. Vila, en esos momentos, la llevaba a casa de Ajác, pero regresaba enseguida junto a él, ya que nunca quería dejarlo solo cuando estaba así. En algunas oportunidades, Tareq iba a buscarla al poco rato y le pedía perdón por no haberla escuchado, otras Lena pasaba la noche en casa de Ajác. La primera vez que Tareq se perdió en sí mismo, estuvo tres días sin verlo y Mihaí se pasó esos angustiosos días yendo y viniendo cada poco rato. De verdad se había asustado en esa ocasión, pensó que estaba muy enfermo y temía que le sucediera lo mismo que a su padre. No quería que él muriera pero, gracias a un sanador de lejanas tierras que Tino fue a buscar, Tareq se recuperó y sus siguientes crisis no volvieron a ser tan extensas.

Muchas veces se preguntó porqué él no podía, simplemente, dejar el pasado atrás y disfrutar lo bonito que estaban viviendo. Al fin y al cabo, no podían cambiar nada de lo que había sucedido y no tenía caso pensar en ello.

Tareq y Vila se pasaban mucho tiempo conversando, pero Lena se alejaba para no oírlos. Por un lado, no quería seguir recordando el palacio y, por otro, quería respetar su privacidad.

No entendía a Tareq, pero lo amaba como a un padre, él había hecho muchos sacrificios por ella y ella estaba dispuesta a responder por él las veces que se presentaran. Por él y por Vila, que la había recibido con tanto amor y había hecho que sus días allí fueran hermosos.

—Iré a buscar a Ajác para que te dé un baño, estás cubierta de polvo de nuevo, y luego iremos con Vila. —Tareq le dio un beso en la frente y camino hacia la puerta. Se frenó antes de salir y la miró unos segundos. Sonrió y agregó—: No le abras la puerta a nadie y no te muevas de aquí, ¿si? Regresaré en unos minutos.

Esa noche era la vigilia en conmemoración al nacimiento de Sinmá, que se celebraba la sexta luna nueva de cada año. Habían estado preparando todo desde hacía varios días y Vila había dejado la cabaña mucho antes del atardecer para ir al templo. Era la primera vez que Tareq y Lena asistirían, por lo que los tres estaban muy ilusionados. Vila había bordado una túnica igual a la que ella utilizaba en las celebraciones y Lena la estrenaría esa noche.

La sacerdotisa les había dicho que muchas veces, desde que había establecido el templo, la diosa se había presentado frente a ellos para hablar a sus seguidores y guiar sus pasos en los momentos más oscuros. Lena no sabía a qué se refería con esas palabras pero, de todas formas, estaba nerviosa. Quizás, esa noche, presenciaría la aparición de una diosa de verdad.

Alguien llamó a la puerta con urgencia y Lena se asustó. Nunca iban visitas a esas horas de la noche. La niña no se movió de donde estaba pero una mujer se asomó por la ventana.

—Llama a tu padre, pequeña. ¡Vila necesita ayuda!

Lena saltó de su silla y corrió hacia afuera, ignorando la advertencia de Tareq. Miró hacia donde se encontraba el templo, contra los muros, y vio llamas recortarse sobre los tejados. Sin siquiera pensar en lo que hacía, y sin detenerse a esperar por Tareq, Lena corrió hacia allí, esquivando a los vecinos que se dirigían al mismo lugar. Escuchó la voz de la mujer que la llamaba, pero la ignoró. Vila la necesitaba y no podía esperar a nadie.

Cuando llegó al templo, vio que un grupo de personas estaban tendidas cerca del pequeño edificio, como si Zarba los hubiera alcanzado queriendo escapar de allí, mientras que otros estaban siendo transportados por los vecinos.

—¿Dónde está Vila? —preguntó y le señalaron el interior del templo—. ¿Qué sucedió?

—Los sacerdotes del Gran Templo. Aún no perdonan que ella…

Lena dejó al hombre que había hablado con ella y corrió hacia el templo. El hombre quiso detenerla, pero Lena se liberó de él y se paró frente a la puerta; extendió los brazos, con las manos abiertas y las llamas que estaban devorando las paredes de madera se convirtieron en un río que corrió, apresurado, hasta desaparecer en las manos de la pequeña. Lena pudo oír algunas exclamaciones y algún que otro aplauso, que no duró mucho.

Lena volvió a mover las manos, con las palmas hacia abajo esta vez, y extrajo del suelo hasta la última gota de agua. Movió los diminutos dedos, como si estuviera tejiendo canastas con Ajác y unió cada gota

en una esfera que elevó por sobre el tejado. Luego, la dejó caer. Una espesa nube de vapor se desprendió de las paredes y Lena ingresó al templo, sin perder más tiempo.

Vio a Vila tendida en el piso de piedra, inconsciente, y había una figura vestida de negro de pie a su lado. Lena se preguntó porqué ese extraño no había escapado del fuego.

—Vete, niña —murmuró. No pudo saber por su voz si era un hombre o una mujer.

—¿Qué le has hecho a Vila? —preguntó, intentando mantener la calma. Le sería más fácil acabar con su vida que interrogarlo, pero no quería hacerlo, no quería desilusionar a Tareq. El hombre la miró y sus relucientes ojos negros la traspasaron por completo. Lena sintió que se quedaba sin aire por unos breves momentos y su corazón latió tan fuerte que podía oírlo por sobre los gritos de la gente que estaba fuera del templo.

—Este no es tu asunto, princesa. Retírate.

El hombre sacó de un bolsillo una daga plateada, que brillaba con una blanquecina luz propia, y se arrodilló junto a Vila. La respiración de Lena se agitó de repente y sintió miedo. Más miedo que nunca en su vida. Apretó los puños y vio al hombre levantar la daga por encima de su cabeza. Cuando intuyó que estaba por dejarla caer sobre la sacerdotisa, Lena cerró los ojos.

—*¡Khubta sharak gatryth lanta!* —exclamó. Oyó al cuerpo caer y el sonido cristalino de la daga al rebotar en las piedras del suelo.

Lena se quedó sin aire, otra vez, cuando sintió que desde su cuerpo se extendían cientos de corrientes de una energía más intensa de lo que alguna vez había sentido. Era la primera vez que utilizaba esas palabras de poder y no estaba preparada para algo así.

Cuando pudo respirar de nuevo, se acercó a Vila y quitó el cabello que cubría su rostro. Estaba muy golpeada; uno de sus párpados estaba deformado por la hinchazón y tenía un color oscuro, sus labios estaban lastimados y tenía cortes en las mejillas. Su túnica blanca con bordados dorados, como la que Lena vestiría esa noche, estaba rasgada y cubierta de sangre.

Y Lena enfureció.

Pudo sentir que, en su interior, crecía un fuego tan intenso como el que había abrazado al templo. No podía controlarlo y tampoco quería hacerlo. Quería dejarlo salir y envolver al mundo con él. Por Vila.

Corrió fuera del templo, llamando a los vecinos para que la ayuden a sacar a Vila de ahí y, cuando vio que ellos obedecían, desapareció para volver a materializarse en la marca que había para ella en el

salón donde entrenaban.

—¡Lena! ¿Qué sucedió? —exclamó Tino. Shanyi estaba a su lado y su silla cayó hacia atrás cuando se puso de pie.

—Los sacerdotes atacaron a Vila —dijo con dureza—, necesitamos destruirlos.

Shanyi se acercó a ella y quiso tomar su mano, pero Lena no se lo permitió. No quería nada más que la extinción de esa gente que había dañado a Vila.

—Por favor, Lena. Quédate aquí a esperar a Ajác —susurró Shanyi —. Nosotros nos encargaremos de todo. Quédate con ella, Tareq cuidará de Vila.

Lena no respondió. Vio que Tino y Shanyi se tomaban de la mano, lo que sucedía cuando iban a desaparecer, y decidió que iría con ellos. Habían dejado a Vila a un paso de la muerte, si es que no lo habían logrado ya. Lena tenía el poder suficiente para destruir muchas cosas y ahora quería, o mejor dicho, necesitaba hacerlo. Y lo haría, sin importar las consecuencias.

Lena reapareció junto a Tino y lo tomó de la mano justo un segundo antes de que desaparecieran.

—¡Por un demonio! —exclamó Tino cuando aparecieron en un descampado—. ¿Quieres decirme en qué diablos estabas pensando, Lena? Podríamos haber muerto los tres.

—Sabía que no lo haríamos. ¿Hacia dónde está el templo? —Shanyi la miró como si no la conociera y Lena le sostuvo la mirada hasta que la muchacha bajó la vista.

—Que sea la última vez que…

—Tino, el templo —dijo Lena, con la voz carente de emoción.

El muchacho señaló hacia detrás de ella. La niña giró para ver a sus espaldas y vio un conjunto de edificios circulares, a unas decenas de metros de donde estaban. Desapareció para volver a aparecer frente a uno de ellos y no esperó a que Tino y Shanyi la siguieran; sin embargo, a los pocos segundos, estaban a su lado.

—Detente, Lena. Seguirás mis órdenes de ahora en adelante.

—Tú no viste el estado en el que dejaron a Vila, Tino. Voy a destruir a esta gente. Sígueme si quieres, pero no me detengas.

Lena comenzó a correr entre los domos y se detuvo frente a la construcción de vidrio.

Se arrodilló, puso ambas manos en la extraña hierba negra de los senderos y sus ojos encendidos se reflejaron en el vidrio que formaba el edificio de mayor tamaño. La translúcida construcción tembló y los vidrios comenzaron a crujir, hasta que se agrietaron y cayeron con un

gran estruendo.

Los sacerdotes y sacerdotisas dejaron los pequeños domos blancos y corrieron, gritando, hasta donde ella se encontraba. En las manos de Lena se formaron dos esferas de luz roja y Shanyi se paró frente a ella.

—Lena, detente —dijo la muchacha—. Solo vendríamos a dialogar con el Supremo Sacerdote.

—Hablaremos con ellos, Shanyi, pero en su propio idioma.

—¿A qué te refieres?

Lena se apartó de la muchacha y comenzó a correr hacia la muchedumbre que se había congregado frente al edificio derrumbado.

—¡El Supremo! —repetían atemorizados.

Lena liberó las esferas de luz sin ver donde impactaron. A los pocos segundos, nuevas esferas reemplazaron a las que expulsó pero, esta vez, las dirigió hacia las personas.

Tino la tomó del hombro, pero ella se dio la vuelta.

—¡No te atrevas a tocarme! —exclamó antes de alejarse sin mirar atrás.

Comenzó a correr sin sentido, persiguiendo y disparando a quién se cruzara en su camino. Era libre al dejar salir de su cuerpo el dolor que sentía. El que hacía tanto tiempo estaba guardando en su inte-rior y el que habían ocasionado los sacerdotes al atacar a Vila. Era la última vez que alguien se atrevía a dañar a sus afectos sin sufrir las consecuencias de sus actos. De ahora en más no habría perdón para nadie y no huiría jamás de nadie. No había podido enfrentar a Reda aún, pero lo haría llegado el momento y también pagaría por lo que había hecho a Fuego y a Plata.

Cuando estaban en el palacio, antes que Viktoria inhibiera sus poderes, Lena pensaba en qué es lo que haría Tareq en su lugar. Y Tareq siempre quería solucionar los problemas con calma, pensando en las opciones que tenía antes que actuar impulsivamente, lo que la había detenido, en numerosas ocasiones, de hacer cosas terribles.

Pero esta vez no quiso pensar en él. No quiso pensar en cómo se sentiría Tareq cuando supiera lo que había hecho. Solo quería que todos esos sacerdotes desaparecieran de la tierra y ya nunca más molestaran a Vila.

La diosa Sinmá estaba a su lado, feliz de lo que Lena estaba haciendo y ella podía sentirla en el aire que respiraba, en la brisa que le acariciaba la piel y le revolvía el cabello. Podía escucharla cantar y reír. Pudo sentirlo, también, en las llamas que envolvieron su cuerpo de un momento al otro. Pero ese fuego que se adhería a todo lo que alcanzaba y arrancaba gritos de dolor en los sacerdotes, no quemaba a

Lena, ni le arrebataba el aire, al contrario. Era un fuego que la llenaba de vida y de energía, que la hacía querer danzar y cantar como la misma diosa lo hacía a su lado.

Esa era la forma en que Sinmá le daba su bendición, lo sabía.

No era solo el deseo de Lena, era también la voluntad de la diosa que los sacerdotes desaparecieran.

Las llamas que brotaban de los cuerpos caídos comenzaron a crecer como zarzas y a abandonarlos, para unirse y formar una figura humana. La mujer de larga cabellera incandescente, la diosa que había nacido de la muerte de los hombres, creció hasta alcanzar los dos metros de altura. Danzaba alrededor de Lena, encendiendo aún más todo lo que su cuerpo ardiente acariciaba.

La niña y la diosa se acompañaban mutuamente, cantando y riendo, saltando y festejando, mientras los sacerdotes caían rodeados de un manto con los colores y el brillo de un atardecer en el desierto.

Los cuerpos de las personas que habían sido alcanzados por la ira de la pequeña niña se habían convertido en curiosas islas rojas y naranjas, que iluminaban los domos de color blanquecino transformándolas en extrañas y enormes lámparas circulares. De no ser por los gritos de desesperación o de agonía de los sacerdotes, se hubiera dicho que el templo de Sinmá se había vestido de fiesta para conmemorar el nacimiento de la diosa.

—*Todo brillará, la diosa Sinmá ha hablado y ellos la han ignorado. Todo caerá. Hoy la diosa Sinmá ha renacido. Todo arderá.*

La voz infantil de la diosa comenzó siendo un murmullo, pero creció hasta ahogar las voces de los que estaban siendo castigados por haberla desobedecido.

Shanyi y Tino se habían alejado hasta traspasar el extenso círculo de hierba negra y contemplaban, horrorizados, la escena que tenía lugar frente a sus ojos.

Una niña pequeña, envuelta en llamas que no quemaban su cuerpo. Una mujer hecha de fuego que reía junto a ella y acompañaba sus acciones, mientras los sacerdotes y sacerdotisas caían a su paso, sin poder escapar más allá de donde la hierba negra se acababa.

Tino intentó en varias oportunidades acercarse al lugar, pero el calor era tan intenso que sintió su cuerpo arder en cada ocasión. Shanyi estaba a su lado, tomada de su mano, y las lágrimas que bañaban sus mejillas brillaban como rubíes.

Cuando la claridad del sol comenzó a competir con las llamas que

todo lo envolvían, la mujer de fuego cantó por última vez y Lena salió de los límites de lo que alguna vez fue el Gran Templo.

Una multitud se había congregado allí y todos contemplaban el espectáculo con tanto horror como fascinación. Se apartaron cuando la niña en llamas caminó hacia ellos; muchos la insultaron y le arrojaron cosas, pero estas se esfumaron antes de llegar a tocarla.

El murmullo de la risa de la diosa Sinmá aun resonaba en el aire cuando Lena se desplomó en mitad de la calle y el fuego que la envolvía desapareció. Tino dijo unas palabras a Shanyi, reaparecieron brevemente junto a Lena y los tres dejaron Ciudad Capital. La multitud los insultó y los maldijo, pero ellos ya no estaban allí para escuchar esas palabras.

El Gran Templo ardió durante tres días con sus noches, aun cunado no había nada que pudiera mantener las llamas vivas por tanto tiempo, ya que los edificios y los muebles eran de piedra y de vidrio.

El fuego desapareció de un instante a otro y, cuando lo hizo, no quedó allí más que un círculo de tierra negra.

FIN DE LA PARTE II

EPÍLOGO

Tesar Ciudad Capital

Salió de su habitación silbando una alegre melodía y descendió los ciento sesenta y ocho escalones alfombrados hasta llegar al pasillo que llevaba a la entrada de las mazmorras del palacio. Después de cuarenta pasos, se topó con una fuerte puerta de madera tachonada con remaches de hierro y dos guardias la custodiaban, uno de pie a cada lado. Ambos hicieron una reverencia al verlo y uno de ellos quitó la pesada madera que la trababa. El otro guardia le entregó una antorcha y él traspasó la puerta.

Continuó silbando por veinte pasos más.

Hacía pocos meses, había decidido dejarse crecer el cabello para llevarlo trenzado, como la mayor parte de los soldados tesarianos. Aún no se acostumbraba a ello, le resultaba un tanto incómodo y no lo tenía del largo suficiente para recogerlo en un lazo. Sin embargo, había conocido, entre los sirvientes, a una esclava de las tribus nómadas de Morrau que sabía hacer unas trenzas pequeñas y pegadas a la cabeza. La muchacha lo ayudaba, a veces, a mantener su lacio y rubio cabello en orden, pero esa noche no era una de esas ocasiones y el cabello que le caía sobre el rostro lo ponía de muy mal humor.

Cuando llegó hasta la puerta enrejada que daba a las celdas subterráneas del Palacio Dorado, lo recibió un uniformado de mediana edad, casi tan alto como él, de rostro serio y mirada penetrante.

—Buenas noches, mi señor —dijo con voz firme.

—Buenas, ¿qué tenemos? —Se agachó para mirar la lista que había sobre la pequeña mesa frente a él.

—Han traído a tres hombres por órdenes del Segundo Príncipe, mi señor. —El carcelero señaló sus nombres—. Dijo que usted va a encargarse de ellos.

—Es un gran sujeto el príncipe Verj. —Se incorporó y le mostró una enorme sonrisa. El carcelero, en respuesta, le entregó un juego de

llaves.

—Están en donde siempre los alojan, al final del pasillo.

—¿El piso inferior está vacío?

—Como de costumbre, mi señor.

—¡Excelente!

Zelig continuó silbando y caminó entre los húmedos pasillos hasta llegar a la última celda. Se asomó entre los barrotes de la puerta y miró su interior. Dos antorchas iluminaban pobremente la habitación, pero lo suficiente para ver a tres hombres durmiendo en el frío y húmedo piso de piedra. Zelig volvió a sonreír.

Regresó sobre sus pasos, caminó hasta la mitad del extenso corredor y giró a la derecha, donde unas escaleras lo condujeron al piso inferior. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Zelig se dirigió a cada uno de los rincones, mientras encendía las antorchas entre silbidos. Luego, se dirigió a la puerta y miró el lugar, ahora iluminado en sepia. Una mesa con correas de cuero, un cepo, una rueda de hierro de dos metros de alto, una silla de enormes dimensiones, atornillada al piso, con correas de cuero para sujetar brazos y piernas, una mesa a su lado en la que brillaban cuchillos de diferentes tamaños, pinzas y un hacha de no más de cincuenta centímetros. Junto a la puerta había dos baldes llenos de agua.

—¡Excelente! —exclamó.

Traspasó la puerta, subió los escalones y se dirigió a la última celda. Los prisioneros se alarmaron al verlo y se amontonaron todos juntos en un rincón.

—¿Quién llegó primero? —preguntó. Uno de los prisioneros empujó a otro de ellos y este avanzó un paso más, retorciéndose las manos.

—Hoy serás libre —dijo Zelig con una sonrisa y el prisionero sonrió también. El hijo del rey le hizo un gesto con la mano y les dio la espalda—. Acompáñame.

El prisionero caminó, con algo más de confianza esta vez. Zelig cerró la puerta tras él y le hizo otra seña al hombre.

—Por aquí.

El hombre caminó y Zelig fue detrás, guiándolo con breves palabras, pero este se detuvo al llegar a la habitación que se encontraba al finalizar la escalera. Se dio la vuelta para enfrentar a Zelig y le lanzó un puñetazo al rostro. El muchacho lo esquivó y el golpe fue detenido por la pared de húmedas piedras. Zelig lo empujó y el hombre cayó sentado, pero se levantó de un salto, dispuesto a escapar. El joven sacó un cuchillo de su cintura, el hombre miró el destellante filo y, luego, a la puerta que estaba a sus espaldas.

—Yo que tú, lo pensaría dos veces —dijo Zelig. Su sonrisa simpática se había esfumado ya y había sido reemplazada por un brillo de ferocidad—. Siéntate.

El hombre retrocedió, Zelig se giró para cerrar la puerta y, cuando se dio la vuelta, vio al hombre estirar su mano hacia la mesa. Zelig arrojó su cuchillo y este se clavó en el muslo del hombre. El prisionero aulló y cayó, golpeando su cabeza con el borde de la mesa antes de llegar al piso.

—Qué idiota eres. Te lo advertí… —murmuró. Zelig lo tomó del brazo para que se ponga de pie, pero el hombre estaba inconsciente—. Maldito sea el instinto de supervivencia de estos cabrones.

Zelig giró la cabeza a ambos lados y su cuello crujió. Quitó el cuchillo de la pierna del prisionero y un chorro de sangre caliente le saltó a la mano, pero no hizo nada por limpiarla, solo levantó al hombre tomándolo por debajo de los brazos y lo sentó en la silla. Le aseguró las extremidades con las correas, así como cada uno de los dedos de las manos, fue por uno de los baldes y regresó junto al prisionero. Le arrojó un poco de agua sobre la cabeza y el hombre despertó sobresaltado.

—Despierta, Zarba está buscándote. —El muchacho caminó hasta la mesa y tomó el hacha.

El hombre forcejeó con sus correas pero, al ver que era inútil escapar de ellas, comenzó a implorarle que lo libere.

—¡Calla! —rugió. El hombre cerró la boca y lo miró asustado—. Por los dioses, qué cobarde eres. De ahora en más, cada vez que abras la boca sin que lo autorice, perderás una parte de tu cuerpo, ¿estamos de acuerdo? —Zelig lo señaló con el hacha. El hombre asintió—. Excelente. ¿Sabes por qué estás aquí?

—No, mi señor —susurró.

Zelig bajó el hacha y el dedo meñique de la mano derecha saltó por el aire, a pesar de las correas que lo inmovilizaban. El hombre gritó, Zelig levantó el hacha nuevamente y el prisionero cerró la boca, aunque los gemidos de dolor se escapaban entre sus labios así como su sangre chorreaba a través de la herida abierta; el líquido comenzó a tintinear en las piedras del suelo y Zelig contempló por unos segundos la mancha que aumentaba de tamaño con cada gota. El prisionero tenía la respiración agitada y su sudor se mezclaba con el agua que el muchacho le había arrojado hacía unos pocos minutos.

—Te contaré una historia, así nos conocemos un poco mejor, ahora que somos íntimos. —Se apartó el cabello que caía sobre su frente, con la mano salpicada de sangre, y comenzó a caminar de una punta a la

otra de la habitación, con la vista puesta en las telarañas del techo—. Mi nombre es Zelig, soy el tercer hijo varón del rey Atkjer pero, como mi madre no es la reina Valka, no soy un príncipe. En un principio, cuando me enteré de quién era en realidad mi padre, me molesté con él y con mis hermanos, los que vivieron aquí desde su nacimiento. Con el tiempo, sin embargo, comprendí que era mejor así. Los maestros de mis hermanos fueron en extremo exigentes y podría decirse que cualquiera de los príncipes tiene una maldita biblioteca en su cabeza. Ogdev está obligado a reinar, Verj a comandar los ejércitos y Egil a manejar la economía del reino. Una mierda, si les preguntas. Ninguno de ellos puede elegir qué hacer. Yo, en cambio, fui afortunado. Me crié en el campo, sin protocolos, con pocos sirvientes, un solo maestro, sin actos ni fiestas aburridas, sin que mi padre me presionara por ser alguien que no soy. Es mejor así. ¿Alguna pregunta? —Zelig se detuvo, lo miró y el hombre negó moviendo la cabeza de un lado al otro. Luego, retomó su andar—. Bien... Además, debo decir que mis hermanos son muy buenas personas. Siempre nos han tratado a mí y a mis hermanas, las otras hijas del rey, como a iguales. Nos han mantenido al tanto de todo lo que ocurría aquí y nos han pedido opinión en decisiones que, quizás, no nos correspondía tomar. A todos menos a Rivka, porque ella es solo una niña y lo único que le interesa es dibujar y comer pasteles.

«Padre se aseguró de que nos llevemos bien, evitando hacer diferencias entre nosotros; nos visitaban regularmente, nos llevaba obsequios, y demás. Verj es muy cercano a mi gemela, Leyna, y a mí. A ella la adora, a mí me vigila; Egil es muy cercano a Shrika. Ogdev es más bien solitario, pero se lleva bien con todos nosotros. ¿Sabes por qué Verj me vigila? —El prisionero negó con un movimiento de su cabeza—. Te lo diré. Una vez llegaron a la casa de campo y me vio maltratando a Leyna. Teníamos diez años y él once, pero ya era mucho mayor de tamaño que yo. Leyna me defendió, a pesar de todo lo que le hacía a diario, y Verj me obligó a decirle lo que sucedía. Le dije que no podía controlarme, que mis deseos… mi necesidad de dañar a alguien se hacía cada vez mayor. Verj obligó a Leyna a enseñarle las piernas y los brazos. Los tenía cubiertos de heridas, algunas nuevas y otras ya cicatrizadas. Leyna lloró, Verj enfureció y me dio una paliza. Me dijo que si alguna vez volvía a tocar a mi hermana, me rompería todos los huesos. Quizás esté loco, pero no soy idiota y no lo volví a hacer. Ogdev y él intercedieron para que padre envíe soldados al campo y me entrenen en el uso de las armas. De esa forma, logré aplacar mis impulsos. Golpeaba cuantas veces quería,

pero me golpearon muchas veces más de las que hubiera deseado. Leyna volvió a hablar conmigo después de un año, puesto que no me dejaban acercarme a ella. Siempre había un guardia a su lado, por orden de Verj. Pudimos volver a tratarnos y a retomar nuestra relación y, después de tres años, Verj retiró el guardia. Gracias a las constantes conversaciones con Ogdev y Verj, aprendí a no dañar a quienes son de mi familia. Solo ellos tres saben lo que está mal en mí y hacen lo posible para ayudarme a que no le haga daño a quienes no lo merecen. He aprendido a controlarme y a tener la confianza suficiente en los príncipes para decirles cuando estoy por hacer algo que, según sus criterios, está mal. Sin embargo, si se presenta la oportunidad en otra ocasión, no la voy a desaprovechar, claro está.

«Hace un tiempo que estoy aquí, mi padre el rey me trajo a vivir con ellos, puesto que los entrenamientos con los soldados no eran suficientes y, nuevamente, estaba comenzando a sentir la necesidad de dañar a alguien. Verj detesta a quienes maltratan a las mujeres y ¿sabes qué? Los encarcela para que yo pueda darle rienda suelta a mis impulsos y a mi imaginación. Y, créeme, tengo mucha inventiva.

El prisionero lo miró con los ojos desencajados y su respiración volvió a agitarse.

—¡Maldito loco! —exclamó y Zelig se acercó a él en dos veloces pasos. Le dio un puñetazo, la nariz le crujió y dos hilos de sangre corrieron por sus labios hacia su mentón. Zelig apartó la vista y tomó uno de los cuchillos.

—No me gusta que me llamen así —susurró. Sus ojos verdes centellearon a la luz de las antorchas y una sonrisa escalofriante se dibujó en sus labios. El prisionero abrió mucho los ojos e intentó, en vano, liberarse de las múltiples correas que lo sujetaban—. Esto se ha tornado personal —murmuró antes de deslizar la afilada punta de su arma por la frente del prisionero, justo donde comenzaba la línea del cabello.

ÍNDICE

Mapa	9	Capítulo 25	232
Prólogo	11	Capítulo 26	241
Capítulo 1	17	Capítulo 27	246
Capítulo 2	31	Capítulo 28	261
Capítulo 3	40	Capítulo 29	270
Capítulo 4	50	Capítulo 30	283
Capítulo 5	59	Capítulo 31	292
Capítulo 6	73	Capítulo 32	301
Capítulo 7	76	Capítulo 33	304
Capítulo 8	81	Capítulo 34	327
Capítulo 9	87	Capítulo 35	336
Capítulo 10	102	Capítulo 36	341
Capítulo 11	110	Capítulo 37	354
Capítulo 12	118	Capítulo 38	360
Capítulo 13	141	Capítulo 39	376
Capítulo 14	156	Capítulo 40	388
Capítulo 15	163	Capítulo 41	402
Capítulo 16	168	Capítulo 42	409
Capítulo 17	172	Capítulo 43	416
Capítulo 18	182	Capítulo 44	430
Capítulo 19	196	Capítulo 45	437
Capítulo 20	199	Capítulo 46	451
Capítulo 21	210	Capítulo 47	461
Capítulo 22	218	Capítulo 48	475
Capítulo 23	224	Capítulo 49	479
Capítulo 24	228	Capítulo 50	489

Capítulo 50 489
Capítulo 51 495
Capítulo 52 510
Capítulo 53 515
Capítulo 54 524
Capítulo 55 534
Capítulo 56 549
Capítulo 57 552
Capítulo 58 563
Capítulo 59 573
Capítulo 60 578
Capítulo 61 589
Capítulo 62 596
Capítulo 63 602
Capítulo 64 611
Capítulo 65 617
Capítulo 66 623
Capítulo 67 630
Capítulo 68 646
Capítulo 69 653
Capítulo 70 658
Capítulo 71 666
Capítulo 72 677
Capítulo 73 687
Capítulo 74 697
Capítulo 75 705
Epílogo 718

[1] *Vhinden*: ciudad sagrada en el idioma de Morrau, llamada así porque la diosa Zarba eligió esa pequeña ciudad para construir su único templo en todo el continente.

[2] La mayoría de edad se alcanza a los quince años en la mayoría de los países, a excepción de Tesar, donde la mayoría de edad es a los dieciséis.

[3] *Loyk lanta*: Ábrete. Una de las veintiocho palabras de poder descubiertas y utilizadas por los magos de la Antigua Era. Las palabras de poder solo pueden ser utilizadas por magos que puedan mantener comunicación con el Astro que le ha otorgado su poder. Son palabras que se pronuncian en el inmaculado idioma de los Astros.

[4] Yarth Leg: Mar Verde en el idioma de Pyebra.

[5] Erjathá: Palmeras en el idioma de Pyebra.

[6] Selgo: se pronuncia *seígo* en el idioma de Morrau.

[7] Praeths: Gobernadores. Son los encargados de administrar las cuatro regiones al oeste de la cordillera Selgo y la única región que se encuentra al este.

[8] Drioed-ta: Ciudad dorada.

[9] Garhq Tahok: Colonia Este en pyebrano.

[10] Shrakjta: Una grosería en el idioma de Tesar.

[11] Zvezda, el nombre familiar de Ilsa, es uno muy común en Tesar. Significa "*estrella"* en su idioma.

[12] Grordau: Se pronuncia *groudó.* En su traducción significa "pradera verde".

[13] Ivnez lanta: Palabra de poder que significa "libérate".

[14] Atkjer: se pronuncia a*tkier*

[15] Atharja: Se pronuncia *adaria*

[16] Ahrbak Ardhal: Ojo de Agua, ubicada al sur de Pyebra.

[17] Zart Vialh: Picos Blancos en tesariano.

[18] Verkrity: escondido, escondida en el idioma de Tesar.

[19] *Kyslav*: Colosal en tesariano.

[20] Khubta sharak gatryth lanta: Palabra de poder que significa "muere".